

**LA
LITERATURA VENEZOLANA
EN EL
SIGLO DIEZ Y NUEVE**

(Ensayo de Historia Crítica)

POR

Gonzalo Picón-Febres

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS

DIVIDUO CORRESPONDIENTE EXTRANJERO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y DE NÚMERO (ELECTO) DE LA VENEZOLANA

**CARACAS
«EMPRESA EL COJO»
1906**

The seal of the University of Vienna, featuring a shield with a cross and the word 'LIBERTAS' below it, surrounded by the text 'SIGILLUM UNIVERSITATIS CAROLINAE' and 'MDCCCXXXIII' at the bottom.

This book was presented
by
The Rockefeller Foundation

BOOK CARD

Please keep this card in
book pocket

ARTICLE TITLE	ARTICLE TITLE	ARTICLE TITLE
LA-LITTEPATURA-VENEK	LA-LITTEPATURA-VENEK	LA-LITTEPATURA-VENEK

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8531
.P5

[illegible]

This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below:

OCT 1 5 1884	OCT 3 0 1884
--------------	--------------



* * La * *

Literatura Venezolana

EN EL

Siglo Diez y Nueve

LA
^{4m}
LITERATURA VENEZOLANA
EN EL
SIGLO DIEZ Y NUEVE

(ENSAYO DE HISTORIA CRITICA)

POR

Gonzalo Picón-Peabres

Doctor en Ciencias Políticas

Individuo Correspondiente Extranjero de la Real Academia Española
y de Número (electo) de la Venezolana

CARACAS
"EMPRESA EL COJO"
1906



Digitized by the Internet Archive
in 2013



Al
 Benemérito Señor
 General Cipriano Castro,

Restaurador de Venezuela

y Presidente Constitucional de la República

Señor General:

En la múltiple y complicada labor que á vuestro cargo tenéis como Primer Magistrado de la Nación, el progreso intelectual de ésta llama especialmente la diligencia de vuestros cuidados administrativos. Y convencido yo del interés patriótico que os anima por todo cuanto de alguna suerte pueda contribuir al acrecentamiento del tesoro de nuestras letras, sé bien que no desdeñáis ningún esfuerzo que se haga con aquel noble designio. No dudo, pues, que acogeréis con toda vuestra benevolencia la dedicatoria que á honra tengo haceros de mi obra intitulada: «La Literatura Venezolana en el Siglo Diez y Nueve—Ensayo de historia crítica»; y que al mismo tiempo me permitiréis poner al frente de ella vuestro famoso nombre, singularmente caracterizado en nuestros patrios anales por los altos hechos que lo harán imperecedero.

Trabajo ejecutado en la mañana del presente siglo, por efecto de la mirada retrospectiva que al través del anterior he podido dirigir sobre el campo de nuestra Literatura y sobre el campo de nuestra Historia, vengo á exhibirlo ante la República al favor de la protección que por manera tan espléndida os habéis dignado dispensarle, seguro como estoy de que en mis juicios me han inspirado solamente la severa musa de la imparcialidad, mi admiración por las glorias nacionales y el amor fervoroso que profeso á la verdad y á el arte.

Soy, Señor General, con la más elevada consideración, vuestro muy atento

S. S. y amigo,

Gonzalo Picón-Febres.



381374



INTRODUCCIÓN



UN cuando no se le reconozca ningún mérito, ni en ella vean los críticos sino una falta absoluta de sabiduría y de belleza, siento la más profunda satisfacción al dar hoy por terminada la presente obra.

Ella no es sino una contribución modesta á la Historia de la Literatura Nacional en el Siglo Diez y Nueve, que de seguro será escrita por algún ciudadano verdaderamente docto, de gran sentido estético, y por lo mismo hábil para el manejo del asunto.

Mi satisfacción es tanto más profunda, cuanto que para este ensayo no me he atenido al ditirambo, que es tan fácil de cantar, sino que he estudiado con perseverancia á nuestros más notables poetas y escritores, analizándolos fríamente y juzgándolos con sinceridad.

No intento en modo alguno imponer á nadie mis muy humildes opiniones. Lo que ingenuamente digo en el decurso de estas páginas, es lo que pienso, lo que creo, lo que en mi entendimiento existe como una convicción bien meditada.

No lo tomen, pues, á mala parte los que no se conformen con mi manera de sentir y de juzgar, la cual, si re-

sultare errónea por la pobreza y poco alcance de mi inteligencia, en cambio es de la mejor y más acendrada buena fe.

Mi trabajo ha sido sumamente laborioso, porque bien sabido es que la literatura patria, correspondiente al siglo décimo noveno, se encuentra casi toda en colecciones de periódicos y en folletos demasiado raros, de difícil consecución en los actuales días. Además, la mayor parte de esas colecciones, en el caso de poder ser obtenidas después de una búsqueda paciente, se hallan ó incompletas, ó en un estado lamentable de desorden, ó yá casi perdidas por la acción del tiempo; y es claro que para conseguir un dato, una noticia, una producción cualquiera, se necesita persistencia inquebrantable en el propósito.

Por ello mismo, esta obra no es ni puede ser completa, ni yo aspiro á que se la considere así. Para una historia completa, prolíja en toda suerte de noticias, serían precisos varios años de trabajo, más de un volumen como el que ofrezco al público, suficiente vagar para la empresa y no tener qué habérselas con nada en la tremenda y dolorosa lucha por la vida.

La misma razón me ha obligado á no mencionar á todos los escritores del país, sino solamente á aquellos que han alcanzado más renombre, que mayor influencia han ejercido en nuestra evolución intelectual, y cuyas obras son bastantemente conocidas hasta por las personas de versación no muy extensa en la literatura nacional.

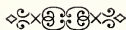
En todas mis apreciaciones he tenido qué valerme de la síntesis, para poder dar una idea aproximada de todo el movimiento literario de Venezuela durante el pasado siglo; y si la historia aparece hecha más por la fisonomía de los escritores que por el minucioso recuento de sus obras, es porque de ese modo se condensa en un solo volumen la materia, sin quitarle ninguna de sus condiciones esenciales.

En los juicios que hago, no soy intransigente ni extremista. Cualesquiera que sean la escuela y el orden de

ideas filosóficas á que pertenezcan, admiro la hermosura, la originalidad, el arte de las producciones literarias. Lo que sí no sé admirar es la falta de armonía en su disposición, porque la armonía es el orden, y sin el orden no hay ni puede haber hermosura verdadera.

Esta obra, por lo demás, es de honradez, de sana imparcialidad y de justicia, dentro de mis leales convicciones. Yo amo á Venezuela, admiro la inteligencia nacional, y creo que glorificándola se acrecienta y se acrisola en la conciencia de los pueblos el sentimiento de la Patria.

Caracas : 15 de Junio de 1906.





Historia política de Venezuela.—Obras publicadas.—Juicio crítico-sintético de ellas.—Relación de obras inéditas.—Deberes del historiador.—Advertencias para la filosofía de la historia.



A verdadera historia política de Venezuela; la que debe puntualizar los hechos, hasta donde es posible dentro de la flaqueza humana, con rigurosa exactitud; la que debe investigar con ojos zahoríes las causas inequívocas de donde se han originado; la que debe relacionarlos, por manera precisa y armoniosa, con el temperamento y la moralidad más ó menos resaltante de los hombres que en ellos se mezclaron; la que debe analizar el medio étnico y social que les sirvió de teatro, al mismo tiempo que el grado de civilización alcanzado por el tiempo dentro del cual se produjeron; la que debe estudiar con sagacidad profunda las ideas contrapuestas, las aspiraciones diametralmente contrarias, los odios y rencores de partido, la índole de los procederés y la finalidad de éstos en la lucha sin tregua ni descanso por la conquista del poder; la que debe prescindir en absoluto de las hipótesis de la imaginación para explicar la razón satisfactoria de los acontecimientos político-sociales, y empeñarse en deducirlos de causas y leyes naturales sin contradicción alguna con los fenómenos de la dinámica física y moral en que se

desenvuelve la vida asaz compleja de la nacionalidad; la que en momentos dados debe comparar y armonizar todas esas circunstancias, para extraer de su conjunto la provechosa enseñanza que se desprende de la filosofía; la que debe inspirarse en la justicia y en los principios de la ciencia, para no ser sino imparcial, en el espíritu de la honradez, para no valerse nunca de la superchería, y en la alteza de su propia dignidad, para no hablar sino en lenguaje siempre noble y elevado; la que debe sobreponerse á las exageraciones partidarias, á las pasiones irreflexivas de las sectas y á los rencores implacables de las luchas, con el firme y deliberado propósito de repartir el vilipendio á los malvados, ó de glorificar á manos llenas de laureles á los varones espectables que por su grandeza de alma trabajaron de buena voluntad en beneficio de la civilización; la verdadera historia política de Venezuela, vuelvo á decir aquí, puede asegurarse con certeza que está por escribirse todavía.

La obra de Baralt, considerada como estilo, es admirable y digna de imitación; considerada como filosofía, como sociología, como historia, como exposición y comentario atinado de los hechos, merece grande aplauso en ocasiones, pero en otras es preciso dejarla de la mano y no tenerla como guía, sobre todo en el volumen que á la historia moderna se refiere. En calidad de hermoso contingente para juzgarla con imparcialidad, recomiendo á los lectores el bellísimo estudio publicado por Don Aristides Rojas, en el número 22 de *La América Ilustrada y Pintoresca* de Caracas, con el título de *Recuerdos de Baralt*. En dicho estudio se lee, entre otros datos muy curiosos y expresivos, el siguiente: «Nos contaba Díaz (entiéndase Don Ramón, eficaz colaborador de Baralt en la composición del primer tomo de su obra) que Baralt, al redactar la historia de Venezuela, había querido ser muy severo con el Libertador, sobre todo, en determinados incidentes de la vida pública de este grande hombre; pero que un enemigo político de Bolívar, íntimo de Baralt, había desviado á éste del camino que se había trazado. En efecto, Baralt comunicaba su pensamiento, en cierto día de 1838, al redactor de *El Liberal*, entonces Don Julián García, cuando éste, después de escuchar con atención al fogoso historiador, se pone de pies, y con toda la confianza y cariño que tenía por Baralt, le dice:—¿Qué vas á hacer? Si achicas lo único grande que tenemos, ¿qué será de todos nosotros? Si nos retratas con todos nuestros defectos y basiones, ¿cómo nos juzgarán los extraños? Si Bolívar es disecado en el anfiteatro de la historia, ¿qué mérito tiene su obra? Y si los errores del Libertador sobrepujan sus virtudes, ¿qué gloria es ésta, que se levanta como las mon-

tañas y se disipa como la espuma de las olas? Nó, nó: de ninguna manera sigas esos halagos engañosos de una imaginación acalorada. Para juzgar la obra de Bolívar y de sus compañeros, se necesita del tiempo, que extingue las pasiones, y de las fuerzas del progreso, que levantan á las sociedades nacientes, que desarrollan el espíritu nacional y preparan el genio investiga-



Laureano Villanueva

dor al estudio meditado y concienzudo de los hechos consumados por las grandes revoluciones sociales.—En tal sentido hablaba García á Baralt, cuando éste, lleno de entusiasmo, estrecha las manos de su contendor, y le dice:—Gracias, así hablan los espíritus ilustrados. Estoy convencido de que no debo hacer el papel de disector, sino el de historiador justiciero y levantado á quien no detienen las malezas y espinas del camino, ni las miserias de los hombres. *Dí á la historia lo que sea digno de la historia*, dijo Voltaire. Yo seguiré esta máxima.—Así pudo, un enemigo político de Bolívar, disipar el halagüeño espejismo que había creado la imaginación entusiasta del historiador de Venezuela.»

La biografía de Zamora, escrita por el Doctor Laureano Villanueva, adolece mucho de *partidarismo liberal venezolano*, y en ella no se ve, en diferentes ocasiones, al narrador severo y escrupuloso de los acontecimientos y al psicólogo de los hombres, sino al sectario apasionado, que apenas si lo disimula, de una agrupación política; y tanta más extrañeza causa esto, y tanto más se lamenta al recordar la elocuencia caudalosa de la por otros respectos interesante obra, cuanto que el mismo Villanueva ha dicho: «La historia es la impecable vestal, *sin odios ni amor*, que alumbra las sombras de lo pasado con la sacra antorcha de la ciencia y del arte, para que la humanidad, por escarmiento propio, rectifique sus métodos de mejora en la vía, por lo común dificultosa, de su progreso y civilización.» El estrechísimo bosquejo publicado por el señor Marqués de Rojas, es un libro precipitado, escrito sin la preparación necesaria, demasiado sintético, especie de crónica ligera y reducida acerca de sucesos graves y trascendentales, en la cual aparecen los actores sin precisión alguna, trascienden con intensidad los prejuicios políticos del narrador, y á las veces resuena la destemplada nota de lo burlesco sin ninguna gracia y de la censura agria sin justificación posible, con más la inteligencia de aparecer contradictoria, en no pocos pasajes, con apreciaciones contenidas en trabajos de otra índole, tanto anteriores cuanto posteriores, del mismo señor Marqués de Rojas. Y de ese mismo carácter condensado, breve y no nada consistente, pecan sin duda alguna los otros sus dos libros titulados *Simón Bolívar* y *El General Miranda*. La prominente vida y el acertado cabal juicio de estos dos hombres ilustres en los anales de la civilización, es claro que merecen algo más que narraciones cortas y á las volandas hechas, y por lo mismo, no pueden caber en pocas páginas.

El estudio de Luis Level de Goda, en dos pesados tomos que no tienen, pero en ninguna forma, belleza literaria alguna, se resiente de odios personales, peca exageradamente de *liberalismo amarillo* y precinde por completo de la filosofía, que es como decir el alma de la historia. La gruesa biografía del General José Eusebio Acosta, por el Doctor Aníbal Domínicí, la cual comprende buena parte de la historia del Oriente de Venezuela durante la guerra de la Federación, durante la rápida Revolución de Abril y durante las férreas dictaduras del General Guzmán Blanco, es un elogio excesivo del célebre y prestigioso militar, y revela el sectarismo pronunciado y la indiscreta parcialidad antioligarca de aquel buen escritor, sabio y correcto, que dejó abundantes obras en los anales de la jurisprudencia del país, así como también en diferentes géneros de la literatura, tales

como novelas, dramas, disertaciones filológicas, discursos, estudios históricos de aliento como el que se titula *Felipe Segundo y su secretario Antonio Pérez*, y juicios literarios como el que versa sobre *El Cid*, comparativo de este drama de Corneille con el de Guillem de Castro, y crítico al mismo tiempo de los dos. El volumen del desestimado español Don José Güell y Mercader,



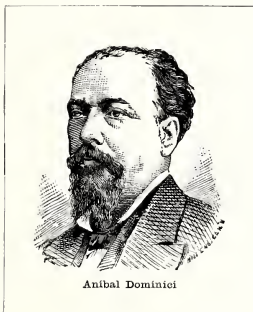
Luis Level de Goda

individuo extraño á Venezuela, sin conocimiento del medio, de los hombres, del carácter nacional, de las tradiciones orales y de la lucha de los partidos, con más la expresiva circunstancia de no haber leído aquel señor sino una documentación parcial para su obra, que tenía forzosamente que ser de conveniencias indispensables del momento, no pasa de resultar un caluroso ditirambo á Guzmán Blanco. La historia del gobierno de la *Aclamación*, por el Doctor Francisco González Guinán, es apenas trabajo muy brillante de propaganda partidaria, y de su perfecta parcialidad puede juzgarse por los siguientes significativos conceptos que aparecen en el prólogo: «Escritores de otra escuela política, distinta de la mía, sin duda que habrán de controvertir mis opiniones, en lo cual les asistirá perfectísimo

derecho; pero ellos convendrán en que ejerzo el mío con honradez, cuando procuro enaltecer la causa en que se ha desenvuelto mi vida pública y hago diligencia por la reorganización de nuestros partidos históricos.» La historia del gobierno que presidió Rojas Paúl, libro elocuentemente escrito por el mismo notabilísimo autor venezolano, quizás que no merece que en rigor y en verdadera puridad se le dé el nombre de historia, porque también es obra, pero más acentuada y definida que la anteriormente citada, de exaltadísima pasión, de afirmaciones sofisticas, de juicios lamentables en pensador tan distinguido, y de propaganda partidaria y esencialmente guzmancista, donde resplandecen, eso sí, todos los esplendores del talento y las magnificencias de la forma literaria. El guzmancismo exagerado y el anti-rojas-paulismo intemperante, que se clarea á cada paso en las elocuentes páginas de esta obra de combate, llevó con frecuencia al escritor carabobeño á cometer las más violentas injusticias, no menos que á colocarse completamente fuera del terreno en que la filosofía de la historia pontifica por la civilización de los pueblos. El mismo González Guinán no aspira á que se la considere como obra definitiva é imparcial, cuando deliberadamente dice en el último párrafo del prólogo: «Réstanos decir que este libro aparece al amparo de nuestras instituciones liberales, que guarda y garantiza nuestro Gobierno Nacional: que comparecemos ante el estrado de la opinión pública exponiendo nuestras opiniones con sencillez republicana: que ningún sentimiento ruín ha guiado nuestra pluma, sino la necesidad de dar testimonio como partícipes en los sucesos: que tan sólo anhelamos que este libro sirva, junto con los que escriban otros venezolanos de iguales ú opuestas creencias políticas, como premisa para las conclusiones definitivas de la posteridad; y que no aspiramos sino á rendir un servicio á la Historia Patria, templo augusto donde tienen cabida todas las creencias, por ardientes que sean y por contradictorias que parezcan.» Y por lo que se refiere á la extensa biografía del General Joaquín Crespo, dada al público en dos gruesos volúmenes por el excelente y laborioso compilador Landaeta Rosales, baste decir que fué escrita é impresa bajo los auspicios del mismo General Crespo en la segunda de sus administraciones, y que ya esto es un motivo poderoso para justificar la falta de verdad, la suma benevolencia y el inexplicable elogio que resaltan en muchos de sus juicios.

Es de lamentarse que hombres de tanta ilustración, de tan preclaro ingenio y de tan elevadas miras como Juan Vicente González y Don Felipe Larrazábal, se dejasen dominar, para escribir de historia, unas veces por la ciega admiración, otras por

el patriotismo irreflexivo, otras por el odio, que todo lo enturbia y oscurece con sus alas espantables de tinieblas. La biografía de José Félix Ribas es uno como canto dantesco, en el cual se ven brillar como flores luminosas las calidades del poeta y del artista de la palabra humana, pero no la austeridad im-



Aníbal Domínguez

pecable del verdadero historiador. La vida de Bolívar es un himno, y en sus páginas resalta el grande hombre como un dios, sin faltas, sin defectos, sin caídas, sin pasiones desastrosas y sin las consiguientes flaquezas de la frágil naturaleza de los hombres. Lo cual también debe decirse respecto de la biografía de Falcón por el General Jacinto Regino Pachano, agiógrafo sincero y convencido que jamás encontró en el Caudillo de la Federación ninguna de las pequeñeces de la carne, sino todas las

excelencias del espíritu. Y este mismo juicio puede lanzarse á boca llena sobre casi todas las biografías ditirámicas de venezolanos ilustres que hasta ahora se han escrito y publicado, que han tenido por objeto el solo elogio de aquellos varones espectables, y que serán sin duda alguna importantísima contribución á la verdadera historia, crítico-filosófica é imparcial, que debe elaborarse en Venezuela, cuando de ellas se tome con cuidado lo que no riña abiertamente ni de ninguna forma con la exactitud de los hechos, y se utilice desde luego lo que en ningún sentido haga afrenta á la justicia.

Las batallas de nuestra Independencia, descritas en estilo grandilocuente y sonoro por la pluma caudalósima de imágenes del prosador Eduardo Blanco, son meras descripciones, cantos poemáticos sin conexión alguna, en los cuales se ve muy de relieve la influencia de Víctor Hugo, que dejó como un modelo—bueno para novelas del temple de *Los miserables*, quizás no para la historia—la descripción de Waterloo. La obra de Don Felipe Tejera es hasta cierto punto disculpable, porque él no se propuso escribir sino un compendio para la juventud que se instruye en las escuelas y colegios, en una forma adecuada, por la abundancia de imágenes poéticas, para despertar en los niños y en los jóvenes el respeto por las virtudes patrióticas y la admiración por las glorias nacionales. Es claro, por supuesto, que

me refiero aquí á las dos primeras ediciones, porque en las posteriores ha sido aumentada hasta el derrocamiento del gobierno que presidió el General Ignacio Andrade, y además corregida en algunos errores ó deslices de consideración, avanzando el autor un poco más en el terreno de la sobriedad y de la crítica, y sin limitarse apenas á la narración breve y sintética de los hechos consumados, aun cuando dicha crítica tenga forzosamente que mostrarse con las mismas extremas condiciones de brevedad y síntesis, por no salirse la obra de los linderos naturales del compendio. De ella escribió Don Rafael Seijas este juicio, que desde luego trascibo por encontrarlo como al justo: «Están allí narrados los principales acontecimientos en lenguaje por lo común castizo y cláusulas cortadas conforme al tipo del *Manual de Historia Universal* del preclaro literato Juan Vicente González, y con aspiración á imitar á Baralt. Se emplean párrafos cortos por encerrar mucho en pocas palabras. Encuéntranse breves descripciones, teñidas, como varios otros pasajes, de colores tal vez más propios de la poesía que de la historia. El estilo es siempre igual, claro, animado, expresivo del entusiasmo del patriota. Lo más reparable nos parece que, en una obra en que no pueden entrar disertaciones, el autor haya pronunciado fallos larto rigurosos, algunas veces mal avenido con sus predecesores, sin justificarse absolutamente, y como si bastara un epíteto para abonar sus opiniones. Tal sucede en cuanto á la guerra á muerte y ejecuciones que se hicieron por mayor.»

Venezuela pintoresca é ilustrada, por Don Miguel Tejera, es una relación, en lo que á la historia se refiere, que no sirve sino para formarse una idea demasiado vaga y nebulosa de los acontecimientos que allí se narran puede decirse que al galope. Las *Biografías de hombres notables de Hispano-América*, por Don Ramón Azpurúa, forman una compilación americana más que nacional, según la exacta opinión que sobre ella pronunció el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, en el discurso inaugural de la Academia de la Historia; «y lo que de nacional tiene, se debe en mucha parte á escritos de circunstancias, como rasgos necrológicos trazados ligeramente por distintos autores en la prensa periódica diaria, con motivo de la muerte de algunos personajes; demostraciones de cordialidad que algún escritor hace á una familia distinguida, y biografías inspiradas por la emulación—casi siempre noble, pero casi nunca imparcial—de los partidos en lucha.» Cuanto á la *Historia militar de Venezuela*, por el Coronel José de Austria, obra concebida «en un lugar solitario, en los hermosos campos de Aragua, á las márgenes del lago que los fecundiza,» el mismo Rojas Paúl dijo lo que en seguida copio, por parecerme acertado: «Actor

en muchos de los sucesos que narra, y corrida yá la primera mitad de la centuria, era de esperarse que los recuerdos evocados por él en su retiro campestre y en la tranquila contemplación de la naturaleza, al acudir al alma del viejo patriota desde una distancia mayor de treinta años, hubiesen perdido el tono acerbo que



José Guell y Mercader

naturalmente les dejaran las impresiones recibidas en el ardor de la lucha, á la manera que los cálidos vientos del desierto se refrescan y suavizan al pasar los mares. Mas no sucedió así: aquellos recuerdos conservan en las páginas del libro casi toda la amargura de los primeros aciagos días, hasta tal grado, que el lector encuentra á menudo exclamaciones como éstas:—¡Desgraciada tierra la de los desvelos del magnánimo Colón! ¡Triste descubrimiento el del Nuevo Mundo! ¡Investigación funesta para la humanidad! ¡Dichoso aquel que nazca en otra éra, cuando

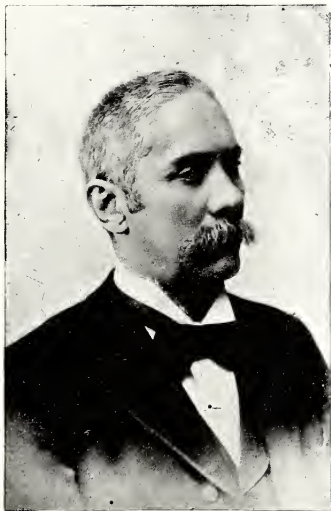
no existan ni los que han sido testigos de la horrenda catástrofe que ha superado la América, para fijar en sus gigantescas cimas el estandarte de la libertad!—Realmente, la colonización española en las regiones americanas fué una obra de destrucción, y no de asimilación progresiva de las razas aborígenes, y la lucha por la emancipación hizo del territorio venezolano un lago de sangre; pero el Coronel de Austria hablaba así treinta y cinco años después de la batalla de Carabobo, casi en vísperas de estallar el movimiento que trajo luégo la guerra federal; y yá para esa fecha había comenzado en toda la América Hispánica, evidentemente, el período en que la frase rencorosa, aun cuando expresase como la de Austria rencores patrióticos, era arcaica; el período en que las recriminaciones, aun las más justas, contra la nación española—nuestra madre—debían enmudecer, para dejar el paso á los serenos juicios de la filosofía de la historia.»

Trabajos inéditos, verdaderamente notables por el estilo digno, por el criterio científico, por la imparcialidad y la filosofía, no faltan por ahí; y el Gobierno de la República haría un gran servicio á las letras venezolanas y á la Patria al favorecer la publicación de esos trabajos, que representan un tesoro de observación, de estudio, de talento y de trascendentales labores literarias, y que no son acreedores, por lo tanto, á que se les deje en las cuartillas manuscritas, con inminente riesgo de perderse en cualquier trance inesperado, y sin provecho ni utilidad para el país.

Lisandro Alvarado, por ejemplo, tiene yá concluida la historia de la Federación, libro de poderoso aliento en que el autor ha venido trabajando, con una laboriosidad merecedora de los más altos elogios, durante muchos años. Gabriel Muñoz se ocupa con verdadero interés en la elaboración de su libro *Monteverde*, que abarca seis años de historia patria. Lo precede una revista, que es bastante extensa, á los sucesos ocurridos de 1810 á 1812. El cuerpo de la obra comprende toda la vida pública de Monteverde, desde su invasión por Coro, en 1812, hasta su salida de Venezuela, en 1816. Muñoz ha procurado seguir el método del historiador norte-americano Bancroft, que no omite ningún detalle, por nimio que parezca y que realmente lo sea, y por lo mismo se ha empeñado en documentar su trabajo de una manera amplia y vigorosa. La obra contiene pormenores generalmente desconocidos, desenterrados por el autor y robustecidos por cuantos historiadores han escrito con referencia á ese período de nuestra vida nacional; historiadores cuyas obras posee, tanto en ediciones del país como extranjeras. Muñoz no sigue en tal estudio el plan acostumbrado de citar otros autores sin apoyarse en documentos,

y tiene, para la apreciación de los hechos, no el criterio *providencialista*, sino el que atribuye los actos sobresalientes de los hombres á las energías de cada cual, según el propósito científico moderno.

José Gil Fortoul ha llevado á término brillante una obra



Francisco González Guinán

que servirá mañana, con el caudal de notas y de finas observaciones que contiene, todas apoyadas con firmeza en una documentación lujosa, de indiscutible ayuda al historiador de Venezuela, aun cuando no relate los acontecimientos políticos que pudiéramos calificar de hecho, sino que se contraiga solamente al desenvolvimiento de las instituciones. Me refiero á la *Historia constitucional de Venezuela*, en la que también hay (dicho sea de pasada) capítulos consagrados á nuestra evolución intelectual, si bien sumarios, por la índole y naturaleza de la obra. A la cual se

agrega la titulada *El hombre y la historia*, yá por fortuna publicada, en cuyas páginas se ven como de bulto las inconsecuencias y las contradicciones garrafales en que frecuentemente han caído, por mantenerse en el poder á todo trance ó por alcanzarlo á toda costa, nuestros partidos conservador y liberal. Además, Gil Fortoul ha dado á la estampa en los diarios más notables de Caracas, no menos que en las revistas literarias de más alta significación, otros interesantes estudios, tales como *Los misioneros en América*, el juicio crítico de la obra de González Guinán acerca del gobierno que presidió Rojas Paúl, el que se refiere al movimiento político de 1810, la opinión sobre el procedimiento que es oportuno emplear en la composición de los trabajos históricos, escrita cuando apareció el primer tomo de las *Leyendas históricas de Venezuela* por Don Aristides Rojas, y algunos más que sería largo enumerar, los cuales deben consultarse, en fuerza de las jugosas y sutiles indicaciones en que abundan.

Miguel Tejera dejó lista, según dicen, para las cajas de la imprenta, la *Vida de Miranda*, obra acerca de la cual publicó Aristides Rojas, juez competente en la materia, elogios calurosos. Tulio Febres Cordero, cuya labor como americanista y venezolanista es abundante y concienzuda, tiene inédito un volumen de documentos preciosos relativos á la época de la Independencia, desentrañados por él de los archivos, anotados con el mayor esmero y que sirven como de complemento á los coleccionados por Blanco y Azpurúa para la vida pública del Libertador. De la historia de la Independencia por el Doctor Francisco Javier Yáñez, no se han publicado sino algunos fragmentos, quizás porque en la mayor parte de la obra, según los numerosos decires de los hombres ilustrados que han tenido ocasión de consultarla, se comentan los hechos inmorales con la severidad que impone la justicia, y se trata á Bolívar como á humano cuyas faltas no alcanzan á deslustrar su gloria en cuanto genio representante de una raza inteligente y heroica, en cuanto caudillo milagroso por la excelencia de sus dotes y por la inquebrantable fortaleza de su voluntad, y en cuanto generoso emancipador de pueblos. También se habla con elogio, por loque la han leído, de otra historia de la Federación por el Doctor Jesús María Morales Marcano, la cual, según corrió de voz entonces con visos de verdad, quiso Rojas Paúl que se imprimiera bajo los auspicios de su administración. No falta quien asegure que el Doctor José María Núñez de Cáceres tiene escrita, desde 1830 para acá, la historia general de Venezuela, y que la lleva perfectamente documentada con el día. En años anteriores se dijo varias veces, ignoro si con certeza ó sin ella, en los periódicos de Madrid y de Caracas, que el Doctor Eduardo Calca-

ño se proponía publicar una historia general de la República, desde la desmembración de la Gran Colombia hasta el término de lo que se conoce en Venezuela con el nombre de *El Quinquenio*. Y el Doctor González Guinán está escribiendo, según él mismo ha dicho por la prensa y en cumplimiento de un mandato oficial, la *Historia contemporánea de Venezuela*, obra cuya imparcialidad y seriedad



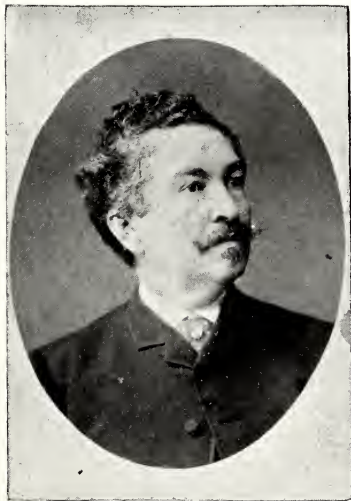
Felipe Larrazábal

pueden presumirse, no obstante el pronunciado sectarismo político del excelente escritor carabobeño, á juzgar por los siguientes conceptos, tan expresivos de una verdad incontestable, cuanto reveladores de un propósito de bien, de verdad y de justicia: «La República tenía que lamentar que los dos grandes partidos (el conservador y el liberal) no estuvieran únicamente separados por disparidad de ideas políticas, sino que esa separación la hiciese aún más absoluta una línea de odio, negra como todo lo siniestro. Se odiaban los hombres de una manera implacable, y este era el amargo fruto del personalismo. ¿Era éste defecto etno-

lógico? Nos inclinamos á creerlo así, porque la raza latina, y particularmente esta híbrida su descendencia de la América Española, carece de la calma necesaria para ver las cuestiones públicas al través del prisma de los intereses de la comunidad, y tiende siempre á individualizarlo todo, el bien como el mal, como si el principio vital estuviese vinculado en el hombre y no en la maravillosa mecánica del universo; como si valiese más para los nobles fines de la sociedad el pasajero y fugaz individuo, que los eternos principios que tienen por bases la razón y la moral. Tratándose de esta enfermedad del personalismo, que corroee las entrañas de la América Hispana, todos hemos pecado: los conservadores como los liberales, los partidos como los individuos; porque hemos vivido ocupados tristemente en la afanosa labor de alzar ó de abatir hombres, cuando con la tenacidad que nos es innata y con la nobleza que imponen sacratísimos deberes, hemos debido emplear todas nuestras fuerzas físicas y nuestras condiciones morales en levantar altares á las ideas, y en ellos oficiar diariamente por el bien de la Patria, generador pródigo de la felicidad individual. Tiempo es yá de detenernos en la angustiosa pendiente y de llevar por otros rumbos nuestros esfuerzos, si es que anhelamos conservar y engrandecer nuestra nacionalidad, y evitar que otra raza nos domine y nos extinga.»

De los numerosos trabajos publicados hasta ahora, merecen consideración, respeto y estudio detenido—ya sea por su legítima sinceridad, ya por la meditación que revelan, ora por la certeza de los datos y lo atinado de los juicios que en lo general contienen—la autobiografía del General José Antonio Páez, la cual, á fuerza de honrada y circunspecta, arroja inmensa claridad sobre los altos hechos en que fué actor de gran relieve el insigne paladín é ilustre fundador de la nacionalidad venezolana; la biografía del Generalísimo Miranda por Don Ricardo Becerra, aun cuando haya necesidad urgente de tacharle ciertas apreciaciones referentes al origen de la revolución de Independencia, no menos que el inexacto paralelo entre dos hombres tan distintos como el militar venezolano y el General Nariño; los estudios históricos de Don Arístides Rojas, trabajados con laboriosidad infatigable, llenos por todas partes casi siempre de luminosos comentarios, y riquísimos de crónicas y notas que sirven á robustecer el conocimiento de los hechos que en ellos se describen, por supuesto que sin mayor elegancia ni pureza en el manejo del idioma, ya que Arístides Rojas (y yo puedo decirlo con certeza, porque lo traté muy de cerca y me favoreció con su noble y provechosa intimidad) se preocupaba más del fondo que de la forma de sus obras; el capítulo consagrado á la política en la biografía de Vargas por el Doctor Laureano Villanue-

va, capítulo cuidadosamente documentado, al mismo tiempo que notable por su seriedad y elevación; los vigorosos estudios de Don Domingo Antonio Olavarría, que se encarecen por la sagacidad, por la potencia formidable del análisis y por la fuerza arrolladora de las deducciones, aunque se resientan del tono exaltado del



Jacinto Regino Pachano

combate y quemen con el fuego del partidatismo político; y la biografía de Don Santos Michelena, homenaje de Don Tomás á la memoria esclarecida de su padre, libro en que se ve tal como fué la prominente figura del ilustre varón venezolano. A dichos trabajos deben agregarse las semblanzas de un mismo personaje por distintos literatos, tales como las de Juan Vicente González por Saluzzo, Lisandro Alvarado, Felipe Tejera y López Méndez, las cuales resplandecen por la firmeza del dibujo, por la exactitud del colorido y por el hondo estudio en que por modo vivo se revela el carácter agresivo, batallador y cáustico de aquel hombre singular,

en quien se dieron noble cita, para que fuese uno de los más eminentes escritores que ha producido Venezuela, una de las más altas cumbres de la gloriosa inteligencia nacional, los abundantes dones de la sabiduría y el clarísimo talento que se acercaba mucho al genio.

En los documentos para la vida pública del Libertador; en los anales de Venezuela, continuación de aquéllos; en las memorias de O' Leary, tanto como en las del General Urdaneta; en los *Datos históricos sur-americanos* por Don Antonio Leocadio Guzmán, leyéndolos con medidas preventivas, descartándolos de ciertas supercherías que encubren (sobre todo en lo que se refiere á los acontecimientos políticos de Venezuela desde la desmembración de Colombia) y poniendo á buen recaudo la vegetación inmensa de su estilo harto efectista, intumesciente y campanudo; en los *Apuntes históricos* escritos con sencillez é ingenuidad por Don Feliciano Montenegro Colón, obra de gran precio en fuerza de la participación que tuvo aquel varón virtuoso en los sucesos que relata; en los materiales para la biografía del General Carlos Soublette, publicados el año de 70 por el Doctor Francisco Cobos Fuertes; en las apreciaciones sobre *la guerra á muerte* por Don Felipe Tejera, por el Doctor Seijas, por Don Rafael Fernando (hijo de éste), por Cristóbal Mendoza y por Saluzzo; en las biografías del General Juan Bautista Arismendi y de su esposa Luisa Cáceres por el fogoso periodista é ilustrado jurisconsulto Don Mariano de Briceño, obra compuesta con la preparación que era oportuna, consultando con frecuencia á los dos héroes y apoyándose en documentos de importancia incuestionable; en los *Prolegómenos de la revolución venezolana* (la de la Independencia) por José Machado; en la inconclusa *Historia del poder civil en Colombia y Venezuela*, así como también en los apuntes sin término para la historia militar del Mariscal Juan Crisóstomo Falcón, estudios comenzados esos dos por la brillante pluma de Juan Vicente González; en el referente al estadista Soublette por Don Ricardo Becerra, de tan vigoroso aliento como la interesante *Vida de Don Francisco de Miranda*; en los folletos sobre Páez por Don Tomás Michelena, por Saluzzo, por el Doctor Laureano Villanueva, por Nicomedes Zuloaga, por Luis Level de Goda y por el mismo Becerra, en la debida inteligencia de que estos escritores, que en lo general concuerdan en sus apreciaciones, han pertenecido los unos al bando liberal, y los otros al denominado conservador ú oligarca; en la disertación que se contrae al proyecto de monarquía en la Colombia quimérica y antigua, por el Doctor Modesto Urbaneja; en las compilaciones bastante laboriosas de Landaeta Rosales, «incansable explorador de los archivos y de las tradiciones

populares, que ha logrado salvar para la historia documentos muy valiosos, haciéndose en muchos casos el artífice único de esa restauración,» no menos que el forzoso manantial informativo, si bien no siempre exacto, en donde abrevan cuantos se dedican al relato de nuestra azarosa vida nacional; en compo-



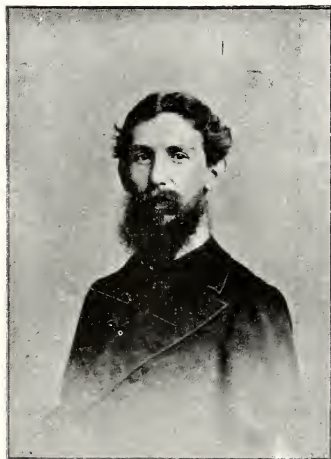
Lisandro Alvarado

siones tan notables como el juicio de Bolívar por el gallardo prosista José Austria, como el de Miranda por José Machado, como el de Sucre (que mereció en un certamen el primer premio de la Academia Venezolana de la Lengua) por Salvador Llamozas, como el concienzudamente escrito por Lisandro Alvarado acerca de *Los delitos políticos en la historia de Venezuela*, como el que se refiere (por el mismo autor) á la revolución de 1810, como el relativo (por el sabio Doctor Seijas) á si el 19 de Abril del mismo año es ó nó el día iniciativo de nuestra Independencia Nacional, y como el que se contrae á la esclavitud en el país, por el Doctor José Manuel Núñez Ponte;

en un interesante libro manuscrito que se destinó á describir y comentar la guerra de la Federación, que no aparece firmado, y que el gobierno del General Joaquín Crespo, ateniéndose al informe presentado por el Doctor Víctor Antonio Zerpa, Director de la Sección Política entonces en el Ministerio de Relaciones Interiores, compró en 1897 á la señora viuda de Don Antonio Mata para que fuese depositado en el archivo de la Academia de la Historia; en el *Memorandum* del General Guzmán Blanco, obra donde se va con paso firme al través de las campañas iniciadas y terminadas por aquél después del triunfo de la Revolución de Abril; en algunos artículos de López Méndez, de los que aparecen insertos en el *Mosaico de política y literatura*; en las nutridas *Páginas de Guzmán Blanco* por el Doctor José Félix Soto, las cuales se publicaron en *La Tribuna Liberal* y fueron aprobadas en parte por el mismo Don Antonio Leocadio, padre del dictador venezolano; en la *Historia de un gran crimen* por el senador Baptista, narrada con fidelidad completa, hasta en lo que se refiere á la pornografía de ciertos pormenores; en la *Refutación y mentis* al extravagante discurso (impropio de una academia en el exordio) que Guzmán Blanco leyó para inaugurar la Venezolana de la Lengua, refutación digna de la profunda sabiduría y de la pluma clásica de Víctor Antonio Zerpa, aun cuando de sus páginas se exhale, desde el principio hasta el final, la ardorosa intransigencia del para aquella época adversario político vehemente; en todo eso, y en mucho otro referente á la época de la Independencia, al período comprendido entre 1830 y 1846, á la dominación de los Monagas, á la sangrienta larga lucha de la Federación y á los gobiernos dictatoriales del General Guzmán Blanco, encontrará el historiador de Venezuela una mina riquísima de datos, de observaciones y de juicios que—bien discriminados y estudiados escrupulosamente por un entendimiento superior, sagaz, apto para el análisis y de buena voluntad—serán preciosa ayuda para el esclarecimiento de los hechos, casi siempre adulterados, en el periodismo de contienda y en los libros de propaganda ó de combate, por las pasiones políticas y por los intereses de partido.

Falta, pues, el hombre que lea cuanto de aprovechable y digno de leerse se ha escrito de historia nacional, que lo estudie con cuidado, que lo analice con ánimo desprevénido, que lo compare con examen minucioso, que se dé cuenta cabal de todas las circunstancias de tiempo y de lugar que son como la atmósfera que envuelve nuestros diferentes períodos históricos, y que relate con toda la austeridad de la justicia la historia crítico-filosófica general de Venezuela, desde los más lueños oríge-

nes de nuestra Independencia hasta el desaparecimiento del General Guzmán Blanco por lo menos, consultando para el caso las colecciones de periódicos radicalmente contrarios en la lucha de los partidos, los documentos oficiales, las biografías, las polémicas ardientes, los boletines expedidos por los ejércitos revolu-



Miguel Tejera

cionarios, los diarios de debates del Congreso y los datos personales de los hombres que han jugado papeles más ó menos importantes en la política nacional, puesto que las condiciones personales de los hombres sirven para explicar muchas veces los acontecimientos que merecen reprobación ó elogio, cuando ello no se logra por las conveniencias de los partidos, por los deliberados propósitos de las revoluciones, por el influjo de las ideas que vienen de otros países como semilla benéfica ó perniciosa, ó por las tendencias progresivas de la civilización.

Y si en la descripción de la raza, del carácter nacional, de la índole de los venezolanos, de las costumbres públicas y privadas, y de las preocupaciones populares que han reinado en

las diversas épocas de nuestra vida política; si en la descripción de esos aspectos, no menos que de los hábitos adquiridos á la sombra del personalismo, y de cierta inclinación natural á no ajustarnos por completo al cumplimiento de las leyes, sino á abusar de la libertad ó á pasar por sobre todo con los procedimientos arbitrarios, se encuentra muchas veces la explicación satisfactoria de los acontecimientos históricos, también deben ser consultados los importantes estudios sobre sociología venezolana publicados por el Doctor Jesús Muñoz Tébar (*Personalismo y legalismo*), por Ceelio Acosta (*Cosas sabidas y cosas por saberse, Estado político-moral de las Repúblicas Hispano-Americanas, Los partidos políticos, Consideraciones sobre política general y de actualidad*, éstas en 1877, y algunos otros que aparecen en *La Tribuna Liberal*), por Don Rafael Fernando Seijas (*El Presidente*), por José Gil Fortoul (*El hombre y la historia*, á que atrás me he referido), y por José Machado (*Cartas á una madre*); así como las leyendas históricas de Arístides Rojas, de Francisco González Guinán, de Francisco Tosta García y algunos más, por cuanto reflejan con vigor, en el dibujo y en el colorido sobrio, el estado social de épocas distintas; y por último, las novelas realistas publicadas desde la aparición de *Peonía* en adelante, tales como *Mimí* (de Rafael Cabrera Malo), *Todo un pueblo* (de Miguel Eduardo Pardo), *Pasiones* (de José Gil Fortoul), *Idolos rotos* (de Manuel Díaz Rodríguez), *Destinos* (de Jacinto López, bosquejo de temperamento personal que vale todo un libro), y algunas más que alargarían esta lista demasiado, en la inteligencia de que esas novelas deben leerse con las reservas oportunas, para descartarlas de las exageraciones de que á las veces pecan, y aprovechar las observaciones sociológicas de valor innegable que en ellas pudieron escribirse, cuando era difícil anotarlas, por más de una razón política, en las hojas volantes del periodismo diario.

En mucha parte de la historia que se ha escrito hasta la fecha, existen vacíos lamentables que es necesario llenar; abundan los epítetos de relumbrón ó de sonaja, las hipérboles descomunales, los escarceos y vaguedades de la imaginación, el prurito de soñar en períodos llenos de elocuencia y las descripciones poéticas teatrales, rayanas muchas veces de la exageración romántica que se usó en la novela y en el drama; se hace el juicio de los hombres y de los acontecimientos de acuerdo con los odios de partido, ó con sus negras pasiones injuriosas, ó con los resentimientos personales, que son los escollos en que siempre ha tropezado y todavía tropieza el propósito de la imparcialidad; existen hechos trascendentales sin ninguna explicación satisfactoria, efectos cuyas causas verdaderas yacen todavía

en el silencio, paladines que no parecen hombres sino fantásticos personajes de leyendas romanescas, revoluciones poderosas cuyos benéficos resultados en sentidos muy diversos se silencian á todo trance por despecho, ciudadanos sobre cuya conducta equívoca no ha caído todavía con precisión el juicio que me-



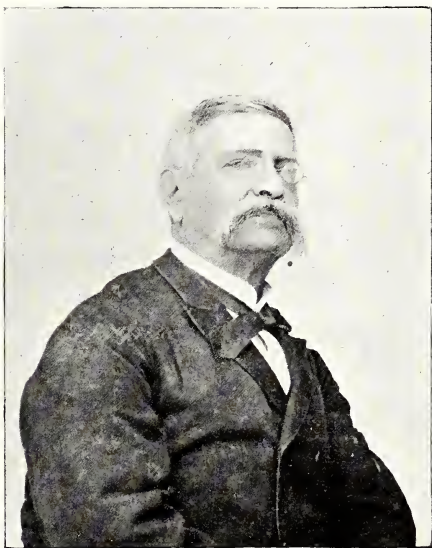
Ricardo Becerra

recen, opiniones sobre ellos en abierta contradicción con su temperamento y con el estado político-social en cuyo ambiente figuraron, documentos sin comentario alguno que no son la expresión de la verdad sino del fraude y la mentira, y civilizadores á quienes, por cuyas demasías y atentados en apoyo y favor de sus designios, se les califica solamente de tiranos, se les abruma á vituperios en tono altisonante, se les niega en absoluto el patriotismo y se les aprecia desde luego sin apoyarse en la razón y la justicia, sino en el efectismo imaginativo con que gene-

ralmente se habla contra las tiranías, para sólo adular y sorprender de tal manera, en no pocas ocasiones, la buena fe de la colectividad social.

Pero la historia, de ese modo comprendida, no se impone al respeto y á las consideraciones de la posteridad, ni puede servir para enseñanza. La historia es la ciencia experimental de los hechos consumados, y para escribirla con acierto se necesitan probidad, sinceridad, inteligencia luminosa, perseverante estudio y sagacidad profunda, que son los fundamentos de la sabiduría; se necesitan dignidad en la expresión y sobriedad elocuente en el estilo, así como dibujo y colorido realistas para describir los hechos y hacer la pintura de los hombres; se necesita, en fin, despojarse, con ánimo sereno y reflexivo, de todos los prejuicios, mezquinidades y pasiones del sectarismo intemperante, que todo lo adultera y desconcierta con su aliento emponzoñado y maléfico. Consiste el ministerio de la historia en investigar los hechos de un modo escrupuloso y seguro, en analizarlos con atención y estudio detenido, en exponerlos con perfecta claridad, en compararlos entre sí para encontrar las forzosas consecuencias que se desprenden de sus afinidades ó de sus contradicciones, en comprobarlos por medio de documentos fidedignos é inequívocos, y en buscarles por todos sus detalles la filosofía que encierran, para enseñanza y ejemplo de los pueblos. Fuerza es tener, por consiguiente, para ejercerlo con la sabiduría que demanda, alto criterio, para descubrir la verdad y ponerse á cubierto del error, suministrado por la resonante balumba de los intereses personales en formidable lucha; alto entendimiento, para determinar con precisión el espíritu y la fisonomía de cada época en que los hechos ocurrieron, y para en ningún caso describirla con los colores propios de la época distinta en que se narran; alta sagacidad, para pintar la índole, el carácter, la complexión moral é intelectual, el grado de honradez y las aspiraciones de los hombres que fueron personajes más ó menos de relieve en el tumulto de los acontecimientos, así como para relacionar las referidas calidades de los hombres con la conducta que ellos mismos observaron; y alta imparcialidad y nobilísima elación, para escribir el fallo adverso á que se hacen acreedores los que á sabiendas prevarican en el manejo y dirección de los intereses públicos, ó para repartir la alabanza glorificadora á quienes la merecen por sus acciones limpias, por su acendrada probidad y por la grandeza de su patriotismo. «El historiador—ha dicho con acierto Gil Fortoul—no es un artista enamorado de hermosuras inmaculadas, ni la historia es un templo donde cada dios deba permanecer eternamente tranquilo en el altar que sus

sectarios le consagraron. El historiador estudia los hechos y los hombres como estudia un fisiólogo las funciones del organismo y estudia un anatómico los tejidos del cadáver. La historia es la repetición escrita de la vida, con todos sus contrastes, con sus actos virtuosos y sus caídas infamantes, con sus resplan-



Aristides Rojas

dores y sus manchas. Y todo pueblo debe reconocer lo mismo los hechos y nombres que lo ilustran, que los nombres y hechos merecedores de reprobación. La verdad no puede dañar nunca á la gloria legítima, ni el amor de la verdad ser contradictorio con el patriotismo.»

Pero recuérdese, para escribir la historia, que el hombre no es perfecto, que el hombre es un compuesto de alma y de materia deleznable, que al tratarse del hombre no puede ni debe prescindirse de esa dualidad abrumadora, que el hombre se en-

grandece y dignifica por la influencia de la civilización, que su naturaleza está sujeta á los errores y á la fragilidad, y que en su contradictorio ente, mitad fango asqueroso, mitad éter espléndido y purísimo, existen así el animal como la mariposa angélica. Recuérdese que la vanidad, la soberbia, el amor propio exagerado hasta confundirse con las negras calidades del defecto, la susceptibilidad de equivocarse, el espíritu de la especulación y la tendencia al egoísmo, son condiciones de que no puede librarse la miserable humanidad. Recuérdese que en la lucha por la vida, en la cual generalmente no se ve sino el *homo hominis lupus* victimario, la expropiación del hombre por el hombre, el predominio del fuerte sobre el débil, ya sea por la potencia intelectual, ó por la sabiduría, ó por el brillo del dinero, ó por la gloria y el prestigio militares, ó por cualquiera otra circunstancia poderosa, se necesita poseer una gran dosis de virtud y de cristiana integridad, para no hollar en ningún caso ni por ningún respecto los intocables fueros de la moral y la justicia. Recuérdese que el patriotismo sin carácter no sirve á mantener en el seno del orden y la paz el equilibrio de la sociedad, ni la probidad sin elevación de miras empuja á los pueblos por la ruta del progreso, sino que los estaciona. Recuérdese que los defectos de los hombres contribuyen muchas veces con virtuosísima eficacia, no sé por cuál misterio impenetrable en la ordenación de los acaecimientos humanos, á la tenacidad creciente de una revolución fecunda en beneficios como la Francesa del 93 en el siglo décimo octavo, y luégo al término del crimen, de la anarquía y del desorden, y al definitivo triunfo de esa misma revolución roja de sangre, pero resplandeciente de luz, con la omnipotencia y el carácter formidable de Napoleón Primero. Recuérdese, con Romero-García, que «la civilización de un pueblo es una obra de pólipo, en la cual cada generación deja una capa de conquistas,» y que «el progreso humano es una estratificación de esfuerzos, energías y capacidades encaminadas al bien común.» Recuérdese que los hombres de existencia absolutamente estéril en el desenvolvimiento nacional; los que el mismo Napoleón calificó de «eternos é intratables conspiradores en secreto»; los que no sólo niegan á su patria el contingente de sus aptitudes, sino que la desacreditan y la exhiben como la encarnación viviente de todas las infamias, liviandades, degradaciones y delitos; los que no salen nunca de su casa, viviendo en ella solamente, como los precitos del Dante, una vida de odios y de rencores implacables; los que hacen á todos los gobiernos la oposición sistemática, no porque tengan razón siempre, sino para que la sociedad los llame *inmaculados*; los que

viven del presupuesto público, pero conspirando contra el gobierno y en favor de todas las revoluciones sin nobles y levantados ideales; los que, por último, blasonan con soberbia de su integridad catoniana, pero sin tener jamás ninguna inter-



Domingo Antonio Olavarría

vención ó actividad en la política, lo cual hace completamente nula esa misma integridad; los que de tal modo proceden, son más criminales por su egoísmo sórdido y merecen mucho más las tremendas reprobaciones de la historia, que los que de alguna suerte, por infames que la pasión les considere y no embargante las manchas y defectos que aparezcan en su conducta

pública, trabajan por el progreso de su patria y la sirven con los dones y facultades que poseen. Recuérdese que en la vida de los pueblos se presentan situaciones de tal modo caóticas, por la anarquía de los hombres, por el desorden de la administración, por la vergüenza del descrédito, por la torpe tiranía del caudillaje, por los vicios que el caudillaje ignorante trae consigo y por la infamia de las guerras fratricidas, en las cuales situaciones se necesita del carácter autoritario y de la energía incontestable, para imponer el orden y restablecer el armonioso equilibrio en que debe subsistir la sociedad, de manera que la civilización progrese y no se enseñoree la barbarie. Recuérdese, con Cecilio Acosta, «que la humanidad marcha surcando un océano de aciertos y de errores; que no pudiendo separarse del todo el hombre moral del hombre fisiológico, no debe condenarse lo bueno, por lo malo; que muchas veces se confunde la luz de la verdad con el resplandor de las pasiones; que el modo de juzgar las cosas es tomarlas en el punto de vista y en el teatro en que pasaron; que el crítico tiene siempre más ventajas que el actor, porque censura sin peligros y tilda sin responsabilidad; que la tolerancia es no sólo virtud sino deber, y que la justicia contemporánea es la justicia relativa de la historia. Hay otra justicia, la póstera, la absoluta; pero esa no se puede aplicar sino por Dios mismo, ó en el último día del mundo, cuando ya estén en una sola fórmula todos los principios y todas las leyes, el arte y la ciencia, las combinaciones matemáticas y las formas estéticas, y cuando llegada á la perfección la perfectibilidad, no haya más que luz, verdad y justicia. Entre tanto, hay mucha miseria que llorar y mucha benevolencia que ejercer.» Y recuérdese, por último, con el mismo Cecilio Acosta, que para juzgar lo pasado, para juzgar las épocas cubiertas yá de tumbas, «aunque el juicio haya de tener toda la exactitud de la verdad, debe ir limpio de todo encono y libre de toda personalidad. Las cenizas están frías, la muerte ha puesto un sello, ese pasado llegó á ser un tiempo de instituciones vivas; y la historia, al pronunciar su sentencia, al mismo tiempo que señale con el dedo los males causados para que no se repitan, debe tener el candor de confesar los bienes que observe. Al fin, en esas épocas ha estado la mano de Dios, y en esas épocas se han agitado intereses é ideas, y se halla un trozo del hilo de la humanidad, que es la continuación del progreso.»





Capítulo Segundo

Historia de la literatura nacional.—Ensayos publicados hasta el día.
Juicio crítico de ellos.



Si todavía no se ha escrito, con toda la austeridad que se debe, la verdadera historia política de Venezuela, menos aún se ha escrito la historia crítico-filosófica de la literatura, con sujeción á un criterio completamente inspirado en la justicia, y que sirva, por lo mismo, de poderoso estímulo y de enseñanza provechosa á cuantos se dedican al cultivo de las bellas letras, que son, primero que los triunfos militares, el esplendor de las naciones. Los ensayos que se han publicado hasta la fecha, ó son demasiado sintéticos, ó resaltan con frecuencia por la parcialidad en los juicios, ó reparten el favor á manos llenas, ó carecen unas veces de reflexión madura, ú otras adolecen de mezquindad ó de ignorancia.

En *El Foro*, interesante bisemanario que redactaron en Caracas los señores Licenciado Luis Sanojo y Don Eloy Escobar, se publicó en 1857 (véanse los números 71 hasta el 78) una breve revista de los hombres más notables que en literatura produjo Venezuela desde los principios del siglo décimo noveno. Parece escrita por Don Eloy Escobar, es trabajo destinado únicamente á repartir la verde rama de laurel á dichos eminentes ciudadanos, se resiente de erróneas opiniones, y por su generoso designio, que desde luego no fué otro que el de glorificar á Venezuela

con la alabanza de sus varones espectables en literatura y ciencias, carece por completo de apreciaciones críticas, y no pasa de ser una estrechísima sinopsis. A Vicente Salias lo cita como autor de *La Médicomauia*, calificando de bello este poema. De Domingo Navas Spínola asegura que era un poeta correcto y elegante. Y al referirse á Juan Vicente González, lo considera poeta «de bien cultivados pensamientos.» Las dos primeras aserciones no son hijas sino de la generosidad y el patriotismo de Escobar, y la última es una frase, apenas una frase desprovista de toda sustancia y realidad, como cualquiera otra frase hueca y vana. Salias, Navas Spínola y Juan Vicente González no fueron sino versificadores fríos, sin aliento, amanerados, y en ocasiones rayanos de la vulgaridad más triste y lamentable. Por eso causan extrañeza aquellas afirmaciones en la pluma de Escobar, el cual, por ser poeta distinguido, á pesar de su fisonomía acentuadamente clásica en la forma, tenía por fuerza que saber que los versos de aquellos compatriotas no eran sino versos dignos sólo de citarse como curiosidad numérica en la bibliografía literaria del país.

De Cumaná, tierra de poetas insignes, como Jacinto Gutiérrez-Coll, Miguel Sánchez Pesquera y Andrés Mata; de egregios oradores, como José Silverio González, Jesús María Morales Marcano y Marco-Antonio Saluzzo; y de *virtuosos* artistas en la música, como José María Gómez Cardiel y Salvador Llamozas, era también nativo José Antonio Pérez Coronado. Fué un escritor muy distinguido, y en 1864 publicó un folleto contentivo de consideraciones generales acerca de la literatura patria; pero dicho folleto es solamente un elogio pomposísimo de todos los escritores que por aquel entonces figuraban en la prensa periódica de Venezuela, no menos que un derroche de ingenio y de imaginación en el cual no se encuentra ningún rasgo de crítica juiciosa, y por lo tanto aprovechable en una historia crítica de la literatura nacional. Por eso fué que Morales Marcano, en su discurso-elogio de Juan Vicente Camacho, calificó á Pérez Coronado de «elegante cortesano del arte, que con profusa mano, y más atento al aura popular que á la rectitud del criterio, distribuyó coronas, seguro de no marchitar la múltiple que ceñía.»

Tomándolo de los *Perfiles venezolanos* por Don Felipe Tejera, reproduzco el siguiente exacto juicio acerca del escritor cumánés. En el mencionado folleto «estimulaba con fervorosos aplausos á los nacientes escritores, y velaba con el manto de oro de su generosidad los lunares ó defectos de aquellos que juzgaba más como admirador y amigo, que como censor ó maestro. Su crítica era más bien un hosanna y su pluma no des-

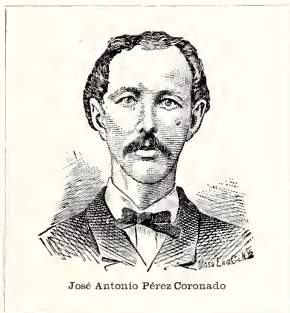
tilaba sino mieles hibleas, para embalsamar el desabrimiento de cualquier justo reparo. De ahí que agrade siempre, pero que no enseñe como debiera, atendidos los indisputables conocimientos y el acrisolado buen gusto de este notable literato. Él mismo indica su carácter, cuando en el juicio que hace sobre la *Introducción de un poema á Venezuela*, escrito por Pardo, se expresa de este modo:—Cuando hablo de lo que pertenece á la amistad, cuando acampo en los pabellones perfumados á cuya sombra canta ella sus eternos idilios, no quiero la inflexibilidad de la lógica ni el hielo del raciocinio, porque me halaga más el instinto impresionable, la volubilidad generosa del corazón, que todo lo halla blando, fácil y accesible.

«Te, amico, membrando, la madre y fratelli
te dolce compagna de' giorni piu belli
che acerbe memorie s'affollano al cor.»

En la introducción á la *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*, publicada en 1875, lo mismo que en una desgraciada histórica reseña de la literatura patria con que prologó en París un tomito de poesías selectas de Gutiérrez-Coll, Don José María de Rojas abunda en una palabrería altisonante sin positivo orden ni concierto, en juicios de todo punto lamentables, en deducciones que abiertamente riñen con los acontecimientos y con su filosofía, en apreciaciones asaz descabelladas, y en la repetición servil de lo que otros escritores han dicho con mayor sustancia. Pongamos un ejemplo por de pronto. Para el señor Marqués de Rojas, en el segundo de los trabajos mencionados, Cecilio Acosta es simplemente un «distinguido filólogo, enamorado del culto á los clásicos.» Decir esto (y tan mal dicho, porque los dos términos de la cláusula no tienen ninguna afinidad) respecto de un hombre de la altura intelectual de Cecilio Acosta, orador, filósofo, poeta, jurisconsulto y crítico, todo en grado eminentísimo, equivale á decir una frivolidad incomparable, y primero que nada es una falta desatentada de justicia, completamente imperdonable en un historiador que aspira á que se le considere sensato, sincero é ilustrado. Para escribir acerca de la historia política y literaria de los venezolanos, Don José María de Rojas ha debido prepararse mucho más con el estudio y la meditación serena, al mismo tiempo que recordar el saludable consejo de Quintana (que nó de Don Felipe Larrazábal, por quien aparece firmado, con el carácter de epígrafe, en la *Refutación y mentís al discurso inaugural de la Academia Venezolana Correspondiente*, por Víctor Antonio Zerpá): «Demos siquiera en los libros algún lugar á la justicia, ya que por desgracia suele dejársele tan poco en los negocios del mundo.» Y para

que se vea con más relieve hasta cuál grado de ligereza llegó, en tratándose de apreciaciones literarias, el señor Marqués de Rojas, léase á continuación el incalificable párrafo que tomo de la introducción á la *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*: «La escuela de Zorrilla y de los dramaturgos llamados románticos, encontró en los jóvenes venezolanos fervorosos sectarios; y en estos últimos años, muchos jóvenes de verdadero talento han rendido culto desatentado á aquellas falsas deidades, desconociendo la noble misión del poeta americano, y olvidando quizá que en su propia patria contaban modelos mucho más dignos de ser imitados en aquella sección de los estudios literarios que llama Bello *aroma de la literatura*.» El cual curioso párrafo, que no tiene por qué lugar cogerlo ni en el estilo ni en el fondo, aparece ratificado en parte, y en parte contradicho, por este otro de la reseña histórica de nuestra literatura que de inoportuno prólogo le sirve al tomito de poesías selectas de Gutiérrez-Coll: «Ningún escritor español influyó tanto como Zorrilla en las tendencias (; óigase bien, en las tendencias!) de la literatura venezolana. El autor del *Don Juan* es, sin saberlo acaso, el fundador de la escuela romántica en Venezuela. Sus primeras poesías despertaron tal entusiasmo en nuestra patria, que desde luego y sin mayor discernimiento (; señores extranjeros, no crean ustedes ésto, porque es absolutamente falso!) fué considerado como el único modelo digno de imitación. La poderosa personalidad de Zorrilla absorbió bien pronto la de José Antonio Maitín y la de Abigaíl Lozano, poetas vasallos de la regia musa de Zorrilla, cuyas faltas (; esto otro y el escribir aun cuando sea para errar, son una misma cosa!) tuvieron aquéllos, sin asimilarse sus grandezas. Zorrilla, animado por su genio, tenía algo así como el presentimiento del triunfo, y sin miedo ni vacilaciones logró imponer su vigorosa personalidad. Maitín, Lozano y sus demás imitadores en Venezuela, sacrificaron estérilmente sus dotes en aras de un excesivo culto al primer poeta lírico de España en el siglo actual.» El cual primer poeta, que en este último párrafo tiene poderosa y vigorosa personalidad, y musa regia, y por añadidura grandezas, y es genio, y al fin viene á resultar el primer poeta lírico de España en el siglo décimo noveno, no pasa de ser en el otro párrafo copiado, con flagrante contradicción del señor Marqués de Rojas, sino falsa deidad, tanto cuanto los dramaturgos llamados románticos, ó lo que es lo mismo (porque supongo que se referirá á los españoles solamente), el Duque de Rivas, García Gutiérrez y Juan Eugenio Hartzenbusch, para no hacer mención sino de tres. Después que se lee con atención aquel último párrafo, se comprende que es difícil encontrar un pedazo de crítica más

disparatado, más falto de analogía, de sindéresis, de lógica y de conocimiento siquiera mediano del asunto acerca del cual trata sin ninguna certeza y claridad. Por lo demás, sépase bien que los poetas venezolanos no imitaron únicamente á Zorrilla durante la época en que reinó el romanticismo, sino también



José Antonio Pérez Coronado

á Espronceda, á Salvador Bermúdez de Castro, á Enrique Gil, al caballeresco Arolas, á Lamartine, á Víctor Hugo, á Alfredo de Musset y al magno inglés Lord Byron ; y sépase también que José Antonio Calcaño, Domingo Ramón Hernández, José Ramón Yepes, Francisco Guaycayuro Pardo, Eloy Escobar y los demás poetas venezolanos que pagaron su tributo al romanticismo, no sacrificaron estérilmente sus dotes en aras de un excesivo cul-

to á Zorrilla, sino que los que lo imitaron (entiéndase que me refiero á los verdaderos poetas y por ningún respecto á los versificadores), lo imitaron casi siempre con positivo éxito, á lo cual deben en parte la hermosa reputación que tienen ; y sépase, además, que los defectos de Maitín y de Lozano no dependen en todas ocasiones de la imitación francamente zorrillesca, sino de la abundosa fertilidad no bien contrapesada por un gusto poético exquisito, y de la falta de sabiduría en gaya ciencia ; y sépase, por último, que el que se proponga escribir la historia crítica de la literatura nacional, está en la forzosa obligación de leer con mucho tiento los referidos trabajos del señor Marqués de Rojas, para que rectifique todos los errores de que están plagados, por la incompetencia de su autor en la materia. Y en atención á todo cuanto he dicho, y á mucho más que falta por decir con referencia á esos estudios, me sorprende que un crítico tan listo, tan ilustrado y perspicaz como Don Felipe Tejera, haya escrito en sus *Perfiles*, en términos tan absolutos, esta inaceptable apreciación : «*La biblioteca de escritores venezolanos* está precedida por una larga introducción del señor Rojas, en la cual expone consideraciones acertadas acerca del desenvolvimiento de las letras en Venezuela y de su estado actual (supongo que se referirá al de 1875, que fué cuando se publicó la *Biblioteca*, por-

que la obra titulada *Perfiles venezolanos* apareció en 1881). Trabajo es éste (la introducción del señor Marqués de Rojas) que se recomienda por su filosófica erudición.» Y como en 1889 alguien escribió en París un juicio referente al segundo de los trabajos críticos en cuyo análisis me ocupo, permítaseme que reproduzca aquí algunas de sus consideraciones, con ciertas y determinadas salvedades.

«Comienza el señor Rojas su bosquejo con el párrafo que sigue: «La literatura de los pueblos hispano-americanos es naturalmente de procedencia española: dispusieronlo así de consuno comunidad de raza é identidad de idioma; de manera que merecerán ser graduados de buenos tales prosistas y poetas americanos que produzcan con arreglo y sujeción á la didáctica de la literatura española. Demás estaría decir que así el estro del poeta, como el ideal que persiga, pueden ser directa y exclusivamente de origen americano, dado que el ingenio humano es cosmopolita, y puede vivir y desarrollar su potencia creadora bajo todos los climas y en las latitudes todas del planeta. Empero, la forma literaria, la factura artística, el modo, en fin, de manifestarse el pensamiento, tiene por fuerza que encajar en los moldes de la preceptiva española.» Dejo aquí á la inteligencia del lector los comentarios del párrafo copiado. Hay cosas que por sabidas se callan, á no ser que se escriba para la enseñanza de las escuelas primarias.»

«Asienta después el señor Rojas que «no sería lícito culpar á España del atraso intelectual en que se hallaban sus colonias en los albores de su Independencia. Dióles ella cuanto pudo darles con mano generosa, más que generosa, pródiga en mercedes; pero hubo de ser rémora de sus larguezas la población indígena, población ignorante, superstitiosa y mal avenida con toda idea de mejoramiento moral.» Bien sabido es que España se opuso tenazmente á que en América se difundiese la instrucción, y que trató siempre de evitarla por cuantos medios pudo. (1) De propósito de-

(1) En el capítulo que sigue se habla extensamente acerca de esta verdad histórica incontestable. Mientras tanto, recordemos las célebres palabras de aquella real cédula famosa de Carlos Cuarto: *No conviene que se ilustre á los americanos.*

En los *Orígenes de la instrucción pública en Venezuela*, Don Arístides Rojas dice así: «Esta frase de Carlos Cuarto no pasa de ser una solemne necesidad, hija de la ineptitud de aquel Monarca. Aunque con restricciones frecuentes (¡atiéndase bien al valor y densidad del adjetivo!), el Gobierno de España patrocinó los estudios científicos en América, como veremos más adelante.»

La referida real cédula, que se dictó para suspender en Caracas la cátedra de matemáticas regentada por el Padre Andújar, no fué hija de la ineptitud de

liberado yerra el prologuista de Gutiérrez-Coll, y contradice no ya sólo á los historiadores y cronistas de más fama, sino hasta sus mismas opiniones, cuando asegura que la población criolla fué causa de que la nación ibérica se preocupase tan poco del progreso intelectual de sus Colonias; y digo de propósito deliberado, desde el momento en que el propio señor Rojas, al referirse en la introducción de la *Biblioteca de escritores venezolanos* al sistema



José María de Rojas

de gobierno empleado por los españoles en América antes de la revolución de Independencia, asegura que consistía, entre otras cosas, en «restringir la enseñanza pública por todos los medios

Carlos Cuarto, aun cuando así lo asegure el historiador venezolano. El mismo Rojas asienta que si el Gobierno de España patrocinaba en América los estudios científicos, era con frecuentes restricciones, particularmente en el país venezolano. «No debe juzgarse del estado de la educación científica en las diversas colonias de la América Española, por lo que pasaba en Venezuela. Mientras en ésta no se conocían las ciencias exactas, ni las ciencias naturales, ni la física y la química tenían adeptos, en algunas de las otras se habían formado núcleos de hombres competentes, á cuyas luces el espíritu científico cosechaba abundantes frutos.» Pero Don Arístides Rojas no recuerda que el progreso de los estudios científicos en las otras Colonias, como lo aseguran todos los historiadores, se debió en mucha parte á la iniciativa y singular esfuerzo de los criollos ilustrados, y no á la espontaneidad é interés de Su Majestad Católica; que buena parte de las clases que se daban á la juventud, eran clases privadas, y que los estudios solitarios servían á

imaginables,» y cuando, para apoyar su aserto, apela al testimonio de honrados escritores. Lejos de oponerse al desenvolvimiento intelectual, á la propagación de la enseñanza pública, á la creación de institutos y universidades, á la vulgarización de los conocimientos humanos, á la introducción de imprentas y á la fundación de hojas periodísticas, la población criolla, por el autorizado órgano de sus hombres más notables, se empeñaba en alcanzar esas mercedes de los gobiernos españoles; pero éstos, temerosos de que el colono se educara, comprendiera sus derechos y abriese propaganda en favor de su emancipación política, le instruían, pero con dosis homeopáticas, en materias que en su inteligencia fomentasen más bien la superstición religiosa, el fanatismo exagerado por las cosas de la iglesia, la fidelidad hacia los Reyes Católicos y la repugnancia contra todo impulso civilizador, al mismo tiempo que le hiciesen concebir como desaconsejadas acciones los goces de la libertad individual aun en su sentido menos lato. Tal conducta, verdaderamente criminal, engendrada por el más alto espíritu de conservación, produjo aquel estado semibárbaro en que se encontraban las Colonias en las postrimerías del pasado siglo; aquella mezcla impura de ridículas tradiciones religiosas y enrevesadas enseñanzas, de repugnantes consejos y enervamiento político, que Don Arístides Rojas, hermano de Don José María, nos ha hecho conocer fielmente en deliciosas crónicas y eruditísimos estudios, á fuerza de espíritu patriótico, de voluntad perseverante, de laboriosa investigación y por lo general buen criterio filosófico. Con todo, era tal la afición á los estudios que por entonces existía en Venezuela, que á pesar del cuidadoso sigilo de los Gobernadores y Capitanes Generales, los libros entraban cautelosamente, los hombres se ilustraban en el silencio de su gabinete, la pluma corría sobre el papel en el

suplir la insuficiencia del aprendizaje que se hacía en los planteles. La frase de Carlos Cuarto no fué hija sino de la conveniencia política de España; de su espíritu de conservación en tratándose de América, la cual formaba parte de la integridad nacional; del temor absolutamente lógico de que los americanos llegasen á entender, por la ilustración que en todos sentidos adquiriesen, la necesidad de su independencia política. De otra manera no se explican las irresoluciones, las ruindades, las restricciones frecuentes apuntadas por Don Arístides Rojas. Además, los adelantos científicos de las otras Colonias á que éste se refiere, no tenían un gran valor, comparado con el asaz pequeño de la instrucción en Venezuela. En leyendo con atención á Don Juan García del Río, á Don Rafael María Baralt, á Don Miguel Luis Amunátegui (que recibió de Bello tantas informaciones preciosas) y aun al mismo Don Arístides Rojas en el mencionado estudio, lo que se ve con mucha claridad es que aunque Rojas se empeña en justificar á España, no logra conseguirlo, y que las decantadas larguezas de Su Majestad Católica (sin exceptuar á Carlos Tercero, que relativamente fué tan generoso) eran mucho menores que las frecuentes restricciones.

apartamiento de la alcoba, y aunque á hurtadillas, el espíritu civilizador cundía y se desarrollaba.»

«No puede negarse que faltaba para todo la iniciativa pública; pero esto no dependía sino del mismo celo empleado por las autoridades coloniales para mantener la instrucción en vergonzoso estancamiento. (2) Sometida la prensa á la censura previa, limitado el derecho de reunión, prisionero el escritor en la fórmula de hierro de la conveniencia política, y restringida por manera altísima la libertad individual, nadie quería entrar en desigual combate con el gobierno constituido—de cuya parte estaban todas las ventajas—para no obtener al fin ningún resultado provechoso. (3) Por otra parte, el espíritu de aquella época era profundamente revolucionario; la América del Norte había dado ya el ejemplo de las gloriosas redenciones, y España temía que despertase eco ruidoso en sus dominios de ultramar.» «Ni aun filosóficamente sería dable sostener la desgraciada tesis de Don José María, porque eso equivaldría á negar las inmutables leyes del progreso. La naturaleza misma hace que los pueblos tiendan á perfeccionarse, á mejorar su condición y á realizar sus ideales, porque la eterna aspiración en la existencia es el impulso del trabajo, y el trabajo la vida de los pueblos.» (4)

(2) «La Real Audiencia de Venezuela, constituida en tribunal para el juicio de los revolucionarios de 1797, anota entre las causas de la rebelión: «la inevitable introducción de papeles de las islas extranjeras y del viejo continente, á pesar de la activa vigilancia de las autoridades.» Antes, en los espasmos de su celo, el Supremo Consejo de Indias ordena al Capitán General de Venezuela que recoja todos los libros y papeles que hayan entrado al país; que se apodere hasta de la correspondencia privada, si ésta puede ser reveladora de planes contra el sosiego y obediencia de las Colonias; y el confesionario y el clero se constituyen en delatores, para favorecer esos designios. El secreto sorprendido en el recogimiento de la fe, á las madres, á las esposas, á los hijos, se convierte en arma poderosa contra sus más cercanos deudos. La horrible delación se hace virtud, el pecado de Judas forma méritos, y la armonía de las familias, resentida con el grosero ultraje del registro, alienta los propósitos de la reacción.»—*Ojeada al periodismo político de Venezuela*, por Luis Ramón Guzmán.

(3) *La Gaceta de Caracas*, en 1808, «da al público la seguridad de que nada saldrá de la prensa sin la previa inspección de las personas que al efecto comisione el Gobierno, y que de consiguiente en nada de cuanto se publique se hallará la menor cosa ofensiva á la Santa Religión Católica, á las leyes que gobiernan el país, á las buenas costumbres, ni que pueda turbar el reposo ó dañar la reputación de ningún individuo.»

(4) En el estudio de Luis Ramón Guzmán, antes citado, se leen estos conceptos: «De tomar en consideración las costumbres, los hábitos y preocupaciones del pueblo venezolano de comienzos de este siglo, no se habría efectuado la emancipación. Ella fué impuesta—por la clase ilustrada, inteligente, selecta; por una minoría contra la mayoría; por un puñado de hombres de espíritu resuelto—á ese mismo pueblo, que corría desbocado en los escuadro-

«Entra en seguida el señor Rojas á decir, pero sin apoyarse en razones de ningún linaje, que el envilecimiento de la Colonia no permitió á ésta tener literatura; que «el movimiento literario de la América Española se inició con su independencia política»; que causa asombro recordar que antes de tan famoso acontecimiento hubiera hombres que, como Don Miguel José Sanz, «dacieran singulares dotes de entendimiento y de cultura»; que «el fruto de la literatura hispano-americana fué muy escaso, ya que no estéril, durante el primer período de la guerra,» porque aquélla «apenas si se produjo de otra suerte que en alocuciones y proclamas» (en lo cual sóbrale acierto, porque los tiempos no eran de hacer versos, sino cartuchos, tacos, lanzas y machetes; de pensar en novelas y disertaciones concienzudas, sino de asaltar ciudades y sorprender cuarteles); y que «ofuscada á veces la crítica por los mágicos resplandores del patriotismo de Bolívar, no ha faltado quien señalara á éste el primer puésto entre los escritores de la América Española.» Lo último le ofrece coyuntura para probar que Bolívar no fué nunca

nes de *El Taita* (de Boves); en los regimientos de Antoñanzas, de Zuazola y de Rosete, para ahogar la revolución sembrando exterminio hasta en las poblaciones indefensas; ella fué impuesta á los esclavos contrariando sus instintos de molicie; ella fué impuesta á las conciencias sobre las pavorosas ruinas del terremoto del año 1812.»

Tiene razón, en parte, el distinguido escritor venezolano. De fijo que la Independencia Nacional fué impuesta á fuerza de energía, de entusiasmo, de perseverancia y decisión, por la clase ilustrada, inteligente y selecta de nuestra sociedad; pero sin duda que eso mismo es lo que enseña la historia universal con referencia á todas las revoluciones trascendentales y fecundas. La masa anónima del pueblo es inconsciente, es ignorante, es tímida de suyo, indiferente y resignada; y quien influye sobre ella, quien la despierta y la levanta á los goces de la libertad y á los esplendores de la civilización, no es sino el talento fortalecido por la cultura, por la experiencia y la sabiduría. El filósofo, el tribuno, el periodista, el caudillo inteligente; los enciclopedistas del siglo décimo octavo, el verbo deslumbrador de Mirabeau, la pluma de los redactores del *Correo del Orinoco*, la espada centelleante de Bolívar; los hombres que antevén, los que meditan, los que presienten y ejecutan, son los que se sobreponen á la pasividad, á la resignación y á la molicie; los que dan el formidable grito de las insurrecciones salvadoras; los que armonizan los caracteres, para alcanzar el éxito en los procedimientos; los que unifican los criterios y las voluntades, para ponerlos al servicio de una idea; los que rompen contra los convencionalismos absurdos y las preocupaciones irritantes; los que se imponen á los pueblos con la luz de la palabra y con la fortaleza de la acción, y los que llevan á su ánimo el convencimiento y la necesidad de las reformas sociales y de las transformaciones políticas. Verdad es que el pueblo venezolano corría desbocado en los escuadrones de Boves, de Antoñanzas, de Zuazola y de Rosete; pero recuérdese que á ello contribuyeron la violencia, el temor á las persecuciones ó á la muerte, el enganche amenazante y brutal, el reclutamiento cruel, y el terror que en todas partes infundían, en fuerza de sus hechos como de tigres carnívoros, aquellos mismos jefes sin entrañas, negros de conciencia y desprovistos de todo sentimiento humanitario.

literato, tomando esta palabra en su sentido estricto ; pero aquel juicio acerca del Libertador resulta innecesario, porque bien sabido es que el afamado capitán no tuvo tiempo de ilustrarse con tal fin, ni le alcanzó después para otra cosa que acabar proezas magnas, abrir campañas que sorprenden, redimir pueblos, dictar



Luis Ramon Guzman

legislaciones y fundar nacionalidades. La indiscreción á que alude el señor Rojas es digna solamente de cualquier escritor superficial. No es sino tomando los palabras en su más amplia significación, que se ha llamado á Bolívar literato, desde luego que aquel hombre poseía, en grado muy notable, las peregrinas dotes de la imaginación, de la gracia y del ingenio. Lo admirable del Libertador consiste, pues, en que—á pesar de las fatigas de la guerra, de lo ímprobo de las campañas, de la lucha con los hombres para vencer emulaciones, del estrépito de los campamentos y de la

bélica actividad de su existencia—le sobrase tiempo para escribir cartas hermosas, discursos elocuentes, proclamas llenas de poesía épica, juicios como el de *La Victoria de Junín*, elogios como el de Sucre y cantos en prosa como el delirio *sobre el Chimborazo*, del cual asegura el señor Rojas que «no merece ciertamente los encomios que se le han dispensado,» pero sin expresar los motivos en que hubo de fundarse para manifestar esta opinión de una manera tan resuelta.»

«A renglón seguido se encuentra el señor Rojas con Bello, y lo arregla con cuatro pinceladas que no encierran juicio alguno. Cuando se opina respecto de sabios literatos é insignes poetas como Bello, es preciso no salir con lo de «maestro en el manejo del habla castellana,» «eximio prosador,» «regalo de las musas,» y otras frases de la misma especie, que yá se sabe hasta el vulgo literario de memoria; sino decir algo nuevo en cualquier sentido en que se considere á nuestro ilustre compatriota, y no repetir una vez más lo que acerca de él dijeron hombres como Harzenbusch, Cañete, Don Juan Valera, Cánovas del Castillo, Don José María Torres Caicedo, Don Aristides Rojas, Don Miguel Antonio Caro y Don Miguel Luis Amunátegui. Refiérese luégo el prologuista, en poquísimas palabras, al cambio de ideas que con Europa se estableció después del triunfo de la revolución, para detenerse en Don José Joaquín de Olmedo, y asentar por absoluto modo que *La Victoria de Junín* es la más notable poesía de cuantas se han escrito en el continente americano.» «Por lo visto, el señor Rojas no reflexiona detenidamente lo que á las mientes se le viene. Por ensalzar á Olmedo, se olvida, por ejemplo, de Baralt.» «Si Olmedo vence al sucesor del Marqués de Valdegamas en pujanza de imaginación y en brillantez de estilo, jamás en esplendor artístico, ni en delicadeza de expresión, ni en exquisito gusto, ni en patéticos arranques, ni en el manejo del epíteto, que es como el oro de los versos fabricados con pulcritud y esmero.» «Ahora bien: después de ver la seguridad con que el señor Rojas afirma que *La Victoria de Junín* es «la más notable poesía de cuantas se han escrito en América,» se me ocurre preguntar: ¿entenderá mucho de géneros poéticos Don José María? ¿Será capaz de comprender lo defectuoso, lo anacrónico, lo poco artístico y prosaico que existe en *La Victoria de Junín*? ¿Sabrá, acaso, distinguir la diferencia que hay entre *La Victoria de Junín* y la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, que en el género á que pertenece (me refiero á la parte descriptiva de nuestra gran naturaleza, que nó á la parte filosófico-social) es la más hermosa flor del parnaso hispano-americano, sin que nadie ose decir nada en contrario? ¿Por ventura se detuvo á meditar un poco la enormidad de su opi-

nión? Al emitirla respecto de la obra de Olmedo, ha debido determinar por lo menos el carácter de aquel bellissimo poema, porque en asuntos como el de que me ocupo no puede hablarse en términos tan absolutos.»

«Llegamos ya á la disolución de Colombia, á la fundación de la República Venezolana, al gobierno paternal de Páez, al primer florecimiento abundante de las letras patrias; época ésa (desde 1830 hasta 1846) de verdadera reconstitución, en la cual se establecieron periódicos, se imprimieron libros, se constituyeron asociaciones, se llenaron los congresos de hombres sabios, fueron libres los comicios, libres las sociedades, libérrima la prensa, y se sintió rumor de gloria y de progreso desde donde corre el Torbes entre fragantes flores y arboledas, hasta donde el Caribe tormentoso azota con brillantísimas espumas las faldas de aquel cerro donde Humboldt dejó impresa la venerable huella de sus plantas. Pero el señor Rojas se limita á decir que el de 1830 á 1848 fue un período en que la literatura se desarrolló rápidamente»; que en el de 1848 á 1870 «la República sufrió tantas y tan erudas acometidas en su organismo político, que el progreso de las letras se hizo forzosamente lento y laborioso»; y que «á contar de 1870, el movimiento literario de Venezuela está íntimamente ligado con el régimen político que allí impera.» Hé ahí á lo que se reduce el bosquejo histórico de la literatura venezolana escrito por Don José María de Rojas. Todo lo ha dejado éste en el tintero. Ni hace apreciaciones racionales de ningún carácter, ni analiza géneros artísticos que hayan sido cultivados, ni falla con acierto acerca de nuestros poetas y escritores, ni examina producciones desde un punto de vista general, ni se refiere á los ingenios extranjeros que mayor influencia han ejercido entre nosotros. El señor Rojas se contenta con hablar de Bello y de Baralt en términos que no dicen nada nuevo; con apuntar que Zorrilla es, «sin saberlo acaso, el fundador en Venezuela de la escuela romántica»; y con mencionar de paso á Fermín Toro, Juan Vicente González, Cecilio Acosta, Maitín y Abigaíl Lozano, poniendo á los dos últimos esclarecidos poetas, notables antes que todo por la espontaneidad, de vuelta y media, como vulgarmente se dice. No se me esconde que Maitín y Abigaíl Lozano dejaron muchos defectos en sus obras, tales como la ineorrección frecuente, la falsa brillantez de estilo y el abuso de los tropos; pero al buen escogedor toea poner á un lado la maleza, y entresacar el fruto regalado.»

«Como muestra de nuestro progreso literario, cita Don José María la *Biblioteca de escritores venezolanos* á que me he referido

antes de ahora, y á continuación copia la carta que recibió de Don Ramón de Campoamor, por cuyo intermedio dedicó aquel libro á la Academia Española. Rehúyese en esta carta todo juicio, y en ella el autor de las *Doloras*, con el talento que le distingue, con la gracia que le es característica y con la facilidad de que dispone para no decir nada cuando quiere, ahógase en palabras, le saca el cuerpo al libro y sale del aprieto sin prodigar á nadie encomios de ninguna especie. Pero no tuvo la culpa el afamado literato de que la *Biblioteca* no fuese algo así como el *Tesoro* de Quintana, por lo selecto siempre de las producciones escogidas, ni el señor Rojas necesidad de precipitarse en la publicación del libro, de imprimir lo que primero le cayó en las manos, ni de andarse á las volandas en todo. «No me atrevo—dice Campoamor—á darle á usted mi parecer sobre *algunos escritores* de la colección, porque no presuma *que los que no pueda citar* me parecen *de poco mérito*, cuando en realidad *no hay ninguno* que no merezca *el lugar que ocupa* en ese monumento levantado á la gloria de Venezuela. Y á pesar de que opino que los escritores en prosa son *de lo más afamado* de la colección, me alegro de que en el tomo haya usted hecho prevalecer las obras metrificadas, pues yo soy de los que creen que la poesía es en este mundo el eco verdadero de las armonías del otro.» (5) Y añade el señor Rojas: «entiende Campoamor, y entendemos como él, que los escritores en prosa son *de lo más afamado* de nuestra colección.» En vista de las poesías (la mayor parte de ellas) que trae la *Biblioteca*, no ya sólo estos señores, cualquiera que las lea ha de emitir por fuerza el mismo juicio. Pero el que carga de lleno con la responsabilidad, es el indiscreto coleccionador, porque parece que tuvo tino singular para escoger, por lo general, lo menos digno de entrar en una *antología*, palabra que vale tanto como *florilegio*, y que significa: «conjunto de trozos selectos de materias literarias.» Lo primero que se advierte, cuando se lee la *Biblioteca*, es la desigualdad que reina en las producciones poéticas coleccionadas. En Don Andrés Bello sobran los fragmentos del poema titulado *América*, ya por ser demasiado largos, ya porque la mayor parte de ellos es prosa pura. Tengo para mí que Bello, si hubiese revisado aquel trabajo, le habría hecho enmiendas muy notables. Maitín, por lo mismo que fué tan incorrecto, no ha debido figurar sino con pasajes de sus poesías, cuidadosamente en-

(5) Esta carta es un documento verdaderamente *peregrino* (véase la cuarta acepción de este adjetivo en el Diccionario de la Academia Española), y por eso lo recomiendo á los lectores. Puede leerse en el tomo cuarto, número 19, del semanario *La Tertulia*.—1875.

tresacados de *La palma solitaria*, *A orillas del río Chorontí*, *Meditación*, *El ave del valle*, *El hogar campestre*, y de otras composiciones en donde, yéndose con pies de plomo, se encuentra mucho qué admirar. En Don Fermín Toro había suficiente con la oda *A la zona tórrida*, con los versos *A Carmen* y con las encantadoras redondillas *A la ninfa del Anaueo*, que están muy por encima de las otras piezas rimadas que del famoso orador y hombre de estado encierra el libro en cuya crítica me ocupo. A



Julio Calcaño

Don José Luis Ramos no se le ha debido publicar nada que medio oliera á versos, ya que el sabio filólogo no despuntó por este lado, ni necesitaba de otra cosa que de sus críticas y atinadas disertaciones literarias. Cecilio Acosta tenía derecho á que le colocasen junto á *La casita blanca*, en lugar del soneto *A la libertad*, las quintillas *A Delia*, felicísima imitación de las tan conocidas de Gil Polo, y trozos bien escogidos de su poema *La mujer*. (6) Ponerle á Yepes *Las dos ciencias*, en compañía de *La media-noche* y de las *Nieblas*, es lo mismo que mezclar abalorios

(6) De Polo puede verse la primera de las *Canciones pastoriles*, en la página 123 del *Tesoro* de Quintana. Gaspar Gil Polo, poeta español (oriundo de Valencia) que floreció después de la primera mitad del siglo décimo sexto, se distingue por la espontaneidad, por la sencillez, por el aroma exquisito y la cándida frescura de sus versos. Lo que le dió más alta fama fué su poema pastoril *Diana enamorada*, que es la continuación del titulado *La Diana*, del

con brillantes de aguas puras. Y si no fuera que este escrito se está alargando más de lo que la conveniencia reclama, me detendría á hacer observaciones semejantes respecto de Lozano, Aristides Calcaño, Pardo, Gutiérrez-Coll, y de algunos otros ingenios que figuran en la *Biblioteca*.»

«El final del bosquejo histórico del señor Rojas (es decir, dos parrafillos) es lo consagrado por el escritor para *destacar* la personalidad de Gutiérrez-Coll. ¡Pero qué manera de destacar tan sumamente vaga! Diciendo sólo, y para remate de cuentas en medio de un laberinto de anfibologías y de frases sin cohesión alguna, que el distinguido poeta se ha dedicado aquí al estudio de las literaturas extranjeras; que «sus sonetos resisten la comparación con los de Josephin Soulary,» y que «por entre la primorosa urdimbre de sus poesías asoma siempre el espíritu sagaz, investigador, inteligente y estudioso de aquel poeta subjetivo.»

«Dígame ahora si no le sobra á uno la razón no sólo para no estar de acuerdo con el diplomático venezolano, sino para aconsejarle también que se vaya con más tiento (del que generalmente acostumbra) en asuntos tan delicados como la historia literaria de un país. Yo me atrevo á asegurar que quien se proponga conocer la nuestra en las páginas escritas por el señor Rojas, se quedará tan á oscuras como antes de leerlas.»

En *La Tertulia*, semanario de copiosa lectura literaria que se publicó en Caracas el año de 75, apareció un largo trabajo sobre *Literatura patria*, elaborado por Don Juan Piñango Ordóñez. Pero en dicho trabajo, contenido en doce capítulos de largas consideraciones sociológico-filosóficas, no hay análisis concreto de la literatura nacional, sino comentarios abstractos acerca de las causas de su nacimiento, de los inconvenientes con que siempre ha tropezado para desenvolverse con más serenidad, de su fisonomía exótica y de sus tendencias no nada definidas á nacionalizarse. En buena parte de sus consideraciones, es un trabajo estimable, aun cuando en otras se resienta de sofisticado, di-

poeta portugués Jorge Montemayor. Recuérdese que Cervantes hizo el elogio de estos dos poemas en el famoso escrutinio que el cura y el barbero practicaron en la alarmante librería del jamás cuanto se debe glorificado señor de Sancho Panza. «Y pues comenzamos por *La Diana* de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros.» «Este que sigue—dijo el barbero—es *La Diana*, llamada *Segunda del Salmantino*, y estotro, que tiene el mismo nombre, cuyo autor es Gil Polo.» «Pues la del Salmantino—respondió el cura—acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo.»

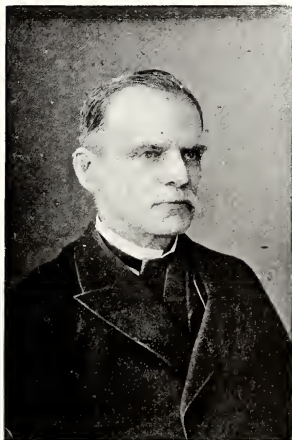
fuso y poco racional; y desde luego merece que se le consulte, porque leído con reservas y atención, se le puede aprovechar de alguna suerte en la composición de nuestra historia literaria. De la índole de este detenido discurso, júzguese aquí por los conceptos que siguen: «Terminamos la primera parte de este estudio sobre Literatura Patria, en la que nos hemos propuesto probar que aún carecemos de una literatura propia que, á la vez que sea la expresión ingenua de nuestra índole y carácter nacionales, responda á todas nuestras necesidades y dé satisfacción á todas nuestras aspiraciones; en la que hemos procurado analizar las principales causas que han impedido su formación; y en la que, por último, hemos tratado de llevar al ánimo de nuestros lectores el convencimiento de que la literatura de un país es uno de los más eficaces agentes de su desenvolvimiento orgánico y pacífico, y que ningún esfuerzo ni sacrificio debe parecernos exagerado, siempre que á la creación de ella nos conduzca.»

En el prólogo al primer volumen del *Parnaso venezolano*, en la *Reseña histórica de la literatura venezolana* y en el *Estado actual de la literatura en Venezuela*, Don Julio Calcaño ha presentado una contribución de gran provecho para la historia crítica á que el presente estudio se refiere. Por el conocimiento de las materias á que se contraen, por la independencia personalísima del criterio estético, por la exactitud de buena parte de los juicios y por el gusto literario que revelan, dichas disertaciones son verdaderamente dignas del aplauso y tienen un mérito innegable, aun cuando sea preciso ponerle serios reparos á Calcaño por la benevolencia suma con que trata ó por la alabanza exagerada que prodiga á ciertos escritores, por la injusticia en equiparar poetas ó literatos de primer orden con otros de segundo ó de tercero, por el elogio ilegítimo ó falso muchas veces, por el fanatismo inquebrantable y ciego en materia de tradición clásica española (conste que me refiero solamente á la que ha sido acreedora á que se le rinda culto), y por la resistencia contra las ideas ó aspiraciones más avanzadas en tratándose de crítica, de ciencias y de escuelas literarias. Para emitir algunas de sus opiniones, Don Julio Calcaño se ha atenido antes al noble afecto ó á la marcada simpatía que siente por determinados escritores, que á la verdad y la justicia; y por eso resultan desestimadas en extremo. Otras veces fulmina á novelistas y poetas distinguidos por lo que él llama sin acierto la inmoralidad de sus obras, é incurre, por consiguiente, en la falta de lógica y en el error de apreciación. Una cosa es la moral en las regiones del arte, y otra la belleza. Una obra literaria, en el fondo, bien puede ser sombría, repugnante, escandalosa, y hasta

de finestas consecuencias para la sociedad ; mas no por eso deja de tener la belleza brillante de la forma en que está escrita, los encantos de la expresión artística admirable, el prestigio del des-envolvimiento por medio de la pintura correcta y armoniosa de las emociones, de los sentimientos y de las pasiones humanas. Una mujer bella, en completa desnudez, no deja de ser bella porque esté desnuda. Si algo hay verdaderamente hermoso, deslumbrador y que frise con el ápice de lo sublime, es la Venus de Milo incomparable, ó sea el triunfo de la realidad humana sin velos ni artificios, idealizada por el pensamiento, por la imaginación ensoñadora, por la destreza del artista que la creó en el mármol castamente para admiración del mundo. Nada más pernicioso que el suicidio ; pero el *Werther* del Júpiter de Weimar no pierde en hermosura intensa porque el suicidio sea el final de aquella triste vida de sufrimientos y amarguras. Nada más injusto y lamentable que la tremenda vesania de los celos ; pero el *Otelo* del solitario del Avón será siempre una de las más bellas creaciones del pensamiento humano. Nada más horrible que la prostitución de la mujer ; pero *La dama de las camelias* no se olvida nunca, no porque Margarita se redima con la influencia del verdadero amor, sino por el valor artístico de la novela, que es obra de sentimiento y de verdad. ¿Qué hay en el *René* de Chateaubriand, en el *Don Juan* de Byron, en *Madama Bovary* de Flaubert, en *Una página de amor* de Zolá, en *El Gran Galeoto* de Echegaray, en *Pequeñeces* del padre Luis Coloma y en el *Juan José* de Dicenta ? Pasiones que horrorizan, injusticias que sobrecogen de espanto, sangrientas aventuras ; lo negro de lo humano, lo monstruoso de la vida, lo inmoral y sombrío de la tierra. Pero nadie puede negar la belleza indiscutible de esas obras, arrancadas á la realidad vivida, engrandecidas por los milagros del talento y calentadas al fuego de la inspiración.

El señor Calcaño, en la *Reseña histórica de la literatura venezolana*, describe el estado de la instrucción pública á fines del siglo décimo octavo y á principios del siglo décimo noveno, sintetizando los datos y opiniones suministrados por Baralt y otros historiadores. Respecto de los orígenes literarios, habla yá por cuenta propia, aunque de un modo breve, y nos hace apreciar debidamente las primeras tentativas de la poesía nacional, juzgándolas con imparcialidad y acierto. Las demás páginas de la reseña, destinadas á hacer conocer ventajosamente á Venezuela en el exterior como país inteligente é ilustrado, se reducen á la enumeración encomiástica de los ingenios que entre nosotros han cultivado la literatura en sus diversas manifestaciones, pero nombrándolos en listas más ó menos largas, al mismo tiempo que sin establecer entre

ellos, de acuerdo con sus méritos, diferencias de ninguna especie. En el prólogo al primer volumen del *Parnaso venezolano*, más que en el estudio anterior, nos muestra los orígenes de nuestra poesía, su desenvolvimiento hasta los primeros años de la centuria décimo novena, y su pobreza innegable por la influencia que sobre los ingenios de entonces, de suyo no muy altos y felices, ejerció



Rafael Seijas

el pseudoclasicismo imperante á la sazón. Los juicios que allí escribe son estimables casi todos, ya por la verdad que encierran, como por la finura que revelan del sentido estético; y digo casi todos, porque al referirse, verbi gracia, á la *Paráfrasis del miserere*, por Don Vicente Tejera, asegura, quizás en fuerza de la benevolencia, que tiene «rasgos verdaderamente magníficos.» Ello puede ser; pero yo no los encuentro, aun cuando bien me empeño en alcanzarlos y en penetrarme de su magnificencia. En mi concepto, dicha paráfrasis no pasa de lo muy mediano, carece de rasgos que sorprendan y despierten la admiración en el espíritu, y es casi toda excesivamente monótona y prosaica. Para la época en que se escribió, de gusto literario asaz estrecho y sobremodo singular,

pudo ser notable. Hoy vale poco, sin duda que pasa inadvertida, se lee por curiosidad apenas, y no deja en el ánimo ninguna honda impresión de esas que dan verdadero deleite en las regiones de la alta poesía. El estudio á que me refiero, considerado como crítica atinada, es excelente entre los mejores del señor Calcaño, y acreedor desde luego á la consulta y al estudio por parte de quienes deseen conocer los poco ricos y delicados manantiales de la poesía nacional. Cuanto al *Estado actual de la literatura en Venezuela*, peca de conservatismo exagerado, abunda en falsas apreciaciones de estética y de historia, y adolece de inexcusables omisiones en tratándose de escritores bastante distinguidos, respecto de los cuales, por su sabiduría y por la alteza de su ingenio, ha debido Calcaño mostrarse menos breve en las consideraciones que apuntó. Con referencia á ese trabajo, aconsejo la lectura de *Pequeñeces académicas*, artículo disparado en que refuta Gil Fortoul algunos puntos que se relacionan con los estudios científicos de la Universidad Central, con la influencia ejercida por el Doctor Adolfo Ernst dentro y fuera de las aulas, y con la renovación literaria, en extremo combatida por los escritores conservadores y ortodoxos, que desde 1880 comenzó á sentirse en el país. También deben leerse los artículos publicados en *El Republicano* de Caracas por Eloy Guillermo González, puesto que muchos de sus párrafos, escritos con la vehemencia incontenible que se apodera de la juventud en los momentos de combate, contradicen victoriosamente algunas afirmaciones de Calcaño, y llegan á conclusiones racionales respecto de la fisonomía con que aparece la literatura nacional en aquel tiempo de poderosa reacción. Dichos artículos vehementes, tanto como la refutación de Gil Fortoul, es claro que adolecen de la censura agría, de la invectiva acérrima, del sarcasmo doloroso, de la ausencia de serenidad que es propia de la crítica disertada y entendida, y por lo mismo abundan en la falta demasiado visible de justicia cada vez que se refieren á la personalidad literaria del distinguido académico venezolano: pero ello no se debe sino á la honda impresión que produjeron, en el ánimo de los escritores más jóvenes de aquella brava época de lucha, la destemplanza y el rigor que generalmente privan en el asendereado estudio del señor Calcaño, sobre todo en lo que toca á la supuesta bohemia literaria de la capital de la República, y al origen que se le atribuyó en la importante cátedra de ciencias naturales de la Universidad Central.

Yo no quisiera, lo confieso honradamente, censurar aquí á Calcaño en forma ó de manera resaltante, por lo mismo que él es uno de los muy contados escritores patrios que han ofrecido mayor contribución para la historia crítica de la literatura en Venezue-

la, lo cual es digno de respeto, de consideración y de alabanza, si bien se considera con tristeza que el egoísmo asolador es lo que generalmente medra, como la ríspida cardencha en los terrenos pedregosos, por los caminos del mundo y en la azarosa vida de los pueblos, en vez de la generosidad; pero sobre que la justicia debe estar siempre de pies en su trono luminoso, es indudable que Calcaño incurre en desaciertos que no se le pueden aceptar, desaciertos que yo me hallo muy distante de creer que sean hijos legítimos de la ignorancia, sino de la intransigencia en lo que atañe á las ideas literarias y filosóficas que arraigadamente profesa. En el *Estado actual de la literatura en Venezuela*, Calcaño está muy lejos de la verdad y la justicia cuando habla de la novela nacional, de la crítica, del cuento, de la poesía misma (si bien de ésta sólo en contadas ocasiones) y del movimiento científico, filosófico y literario que se inició en la Universidad Central bajo la dirección de profesores tan notables como el germano Adolfo Ernst y el venezolano Rafael Villavicencio, así como también en la Sociedad de Amigos del Saber. Hagamos una cita para comprobar esta aserción. Yá para terminar dicho trabajo, Calcaño dice lo siguiente: «Dedúcese de este escrito que la literatura venezolana, como la de las Repúblicas hermanas, es desgraciadamente un tanto imitadora de las literaturas extranjeras, y que hoy priva en alguno de sus escritores la enfermiza literatura naturalista que está produciendo yá desastrosos resultados sociales.» Y al referirse á la novela, asienta con firmeza que una de las mejores de todas las publicadas hasta aquellos días, es la *Débora* de Don Tomás Michelena, sin nombrar, pongo por caso, en ese mismo lugar, que es donde le corresponde aparecer y con altísimo elogio, la *Peonía* de Manuel Vicente Romero, la cual novela representa un progreso en la literatura patria, es la obra inicial por manera no usada y vigorosa de la novela autóctona y realista, y por consiguiente, en lo relativo á dicho género, señala el punto de partida de un período literario completamente definido, nuevo, fecundo y asaz lleno de savia intelectual revolucionaria y regeneradora, no menos que del olor de nuestra tierra, de la luz de nuestro cielo y de la fragancia de nuestra espléndida vegetación. Si *Débora*, para el señor Calcaño, pertenece al número de nuestras mejores novelas, y la considera así por el estilo, bien se sabe que Don Tomás Michelena está muy lejos de ser lo que se llama propiamente un estilista, y que sus méritos como escritor dependen de otras calidades; y si para calificarla y clasificarla se funda en que no es naturalista, que es lo que yo creo, todo el que la haya leído sabrá decir al punto que es una de las que tienen más crudas descripciones entre las

que se han escrito en Venezuela. La contradicción, por tanto, no puede ser más clara, y si Calcaño condena tácitamente al escritor «en quien hoy priva la enfermiza literatura naturalista que está produciendo ya desastrosos resultados sociales,» ha debido condenar también por enfermo, por naturalista y por inmoral (esto de la inmoralidad del naturalismo no se lee sino entre líneas) á Don Tomás Michelena, y no señalar á *Débora* como una de nuestras novelas más notables ó mejores. Además, cualquiera otra de las que ha publicado Michelena (*Margarita Rubinstein*, *Un tesoro en Caracas* y *La hebrea*) tiene más valor que *Débora*, no ya sólo en el estilo, sino también en el plan, en el asunto que la anima, en su desenvolvimiento y en la verdad de las situaciones que narra. Destinada á convencer de la necesidad social del divorcio, en *Débora* se vale para ello el novelista de los recursos y medios más extraños, más extravagantes y por lo mismo inverosímiles. La tendencia de la novela sale al fin flote, pero á costa de la realidad, de la belleza y de la lógica, y después de buen número de circunstancias casuales que sorprenden por su candidez, enteramente inexplicable en un hombre de experiencia, inteligente, observador y estudioso, como Don Tomás Michelena. *Débora* pertenece á lo que bien se entiende hoy por novela novelesca, y no resiste el análisis de la crítica menos intransigente y descontentadiza. Con todo, no se detiene en *Débora* el equivocado juicio de Calcaño. También señala entre las mejores novelas venezolanas la titulada *En el cielo*, escrita en íntima colaboración por dos notables señoras de Caracas que firman con los seudónimos de *Blanca* y *Margot*, y que no es ni puede ser sino un ensayo apreciable hasta determinado punto, y las del eminente sabio Doctor Vicente Marcano, que pertenecen al género entretenido de las de Julio Verne, género muy propio para distraerse uno de igual suerte que se distrae con los toros, con los volatineros, con los jugadores de manos y con las alegres zarzuelas clasificadas en lo que llaman por ahí *género chico*. Por lo que se refiere al naturalismo y á su inmoralidad (pero no al naturalismo salvaje de escritores como López Bago), baste decir que Zolá, que fué el caudillo de la revolución y el jefe de la escuela, comienza ya á recibir, después de muerto, los homenajes de profunda admiración de todos los países de Europa, y que los escritores que se han ocupado y se ocupan todavía de la estupenda y maravillosa obra que legó á la posteridad, lo consideran un genio, un excelso pensador, un hombre honrado y de costumbres intachables, un artista de los más sobresalientes que ha producido el mundo, un gran patriota, un evangelizador sincero de la justicia y de la libertad, y un conocedor profundo del corazón

humano y de las miserias sociales, que lo que hizo fué escribir para crear belleza, para redimir, para moralizar, para desempuercar la tierra de lacerias pavorosas, pintando las flaquezas y las monstruosidades humanas como son, y no con las vague-



Pedro Arismendi Brito

dades, cobardías y lirismos campanudos de quienes se figuran que la novela no debe ser sino una obra torpe y necia de entretenimiento baladí, para pasar las horas muertas y distraer la murria.

En el *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*,

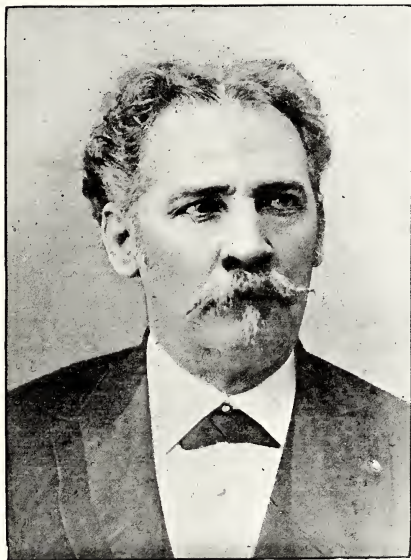
publicado en 1895, puede decirse que está hecha por distintos autores competentes la historia de la literatura nacional; pero en la mayor parte de los patrióticos estudios (ex profeso los califico así) que allí aparecen consignados (conste que no me refiero sino á los que dicen relación con la literatura), y sobre todo en el de los poetas, por Pedro Arismendi Brito, y en el de los oradores profanos, por Domingo Santos Ramos, lo que abunda es la benevolencia, lo que sobra es el favor á manos llenas prodigado, lo que brilla es el respeto fervoroso por los trabajadores en la obra meritísima de la civilización de la República, lo que falta es una crítica serena, juiciosa y concienzuda. De los oradores que Ramos considera á las volandas como tales, las tres cuartas partes no lo han sido; y para Arismendi Brito casi todos los que han escrito versos en Venezuela son poetas, á pesar de que muchos no han pasado de la oscura medianía de prosaicos versificadores, como José Luis Ramos, Luis Alejandro Blanco, Juan Vicente González, Rafael Seijas, Ricardo Ovidio Limardo, Domingo Santos Ramos, Vicente Rendón, Andrés Antonio Silva, Teodosio Adolfo Blanco, Lisandro Ruedas, Ramón Isidro Montes, y sin duda muchos más que no se nombran, ya que la lista vendría á ser bastante extensa y enojosa. El estudio acerca de los *Historiadores de Venezuela*, es una simple enumeración de ellos y de las obras que escribieron. El Doctor Seijas se limita á decir de un modo breve los períodos históricos que en dichas obras se describen; casi nunca aventura juicios propios; cita con timidez los ajenos, pero por manera completamente abstracta; parece como que siente miedo en el sentido de expresar los suyos sin rebozo, y en los á que se atreve á algo, lo que se observa es fluctuación, disimulo bien pensado y delicadeza extrema. Don Pedro Arismendi Brito, en las páginas consagradas á *La poesía lírica*, expone consideraciones muy discretas y atinadas con referencia á sus orígenes, á su desenvolvimiento, á las escuelas extranjeras que han ejercido influencia sobre ella, á la pronunciada tendencia imitativa por parte de los ingenios nacionales, y á las exageraciones en que se han precipitado sin reflexión alguna, empujados por la fuerza voluble y caprichosa de la novelería; pero al referirse de un modo concreto á los poetas y á los versificadores, los nombra, como Don Julio Calcaño en la *Reseña histórica de la literatura venezolana*, en listas más ó menos largas, sin confundirlos á todos en un mismo valor y masa informe, y sin establecer entre ellos ninguna especie de clasificaciones según los méritos que tienen. Y la razón que da, nada especiosa y por lo mismo inaceptable, para de tal suerte escribir, es que á «nuestra presunción legítimamente española,

irritable en todos, ora porque se les calle, ora porque se les juzgue,» debe agregarse «la inclinación natural en el hombre, llevada á la exageración por el venezolano, de dar más crédito á la palabra altisonante que al hecho mudo, y al simple aserto que á la demostración requerida,» con el fin de que se vea «que la crítica bien intencionada tampoco tiene objeto,» porque «ni el autor estudiado la acepta, ni el público, en su pereza de inquirir y de juzgar, le consagra jamás un instante de seria consideración,» y que, por consiguiente, «más holgado y obvio es tolerar, y aun reconocer y aplaudir generosamente, cuantas falsas reputaciones se levanten.» Semejantes conceptos desmerecen, por la falsedad acomodaticia que encierran, de la bien condicionada inteligencia de un escritor como Arismendi Brito, que aspira á que se le considere juicioso. La crítica no se ha inventado para lo que se llama público en su más amplio sentido ó significación, porque la masa general de éste es ignorante, y su ignorancia de lo que no ha aprendido lo inhabilita por completo para que fije su atención en lo que no puede entender. Para darse cabal cuenta de la crítica é interesarse bien por ella, claro es que se necesita estudio previo de los principios y leyes que la informan, educación anterior, suficiente capacidad, en suma, para entender sus enseñanzas, en fuerza de la ilustración que se posee. El público no percibe la belleza de una obra literaria sino por natural instinto, porque adivina la belleza indiscutible en donde existe, por la impresión inefable con que esa belleza lo conmueve ó lo deslumbra; pero jamás porque sea apto para comprender las reglas de composición y de armonía que han producido la belleza, la cual no lo sería sin la aplicación de ellas, que son las que hacen ú originan, como por artes de milagro, la admiración del público. La crítica tampoco se ha inventado para que los escritores no la acepten porque sí, ya que esto no es razón en ningún caso objetivo, sino para que la acepten de buen grado ó por la fuerza, en conociendo la profunda sabiduría que entraña, no menos que la necesidad ó conveniencia de entenderla y de aceptarla, por cuanto lo que enseña es racional en el sentido de que resulten bellas las obras literarias. Escribir sin diccionario, sin gramática, sin preceptos de retórica, sin fórmulas y cánones de estética, es errar y desbarrar; el arte, para serlo, tiene forzosamente que sujetarse á indeclinables leyes de dicción, de correctísima expresión en el fondo y en la forma, de proporción y de armonía entre todas las partes y el conjunto, de correlación estrecha entre la idea principal y los detalles ó las ideas accesorias; la crítica enseña todo eso, y el escritor debe ajustarse ó conformarse á lo esencial del arte, para poder crear las obras que despiertan en

el espíritu del hombre la divina impresión de la belleza. Arismendi Brito, en otras ocasiones, incurre también en la debilidad, que no sé de qué manera calificar ni definir, de nombrar á poetas verdaderos, á notabilísimos poetas, á poetas que son gala y orgullo de la Patria, á poetas que por la altura de su ingenio y por su exquisita delicadeza artística han alcanzado gran renombre dentro y fuera del país, con una frialdad que desazona, con una protección inexplicable, con un tono magistral que por fortuna apenas suena á fofa y palabrero.

Don Domingo Santos Ramos, en su precipitado trabajo acerca de los oradores profanos, que tiene mucho de efectista, se produce en un estilo campanudo, más propio de la tribuna popular que de la historia; trata el asunto muy de prisa y por manera poco seria é ilustrada; se empeña en comprobar, pero citando nombres solamente, que todos los venezolanos de quienes hace referencia han sido grandes oradores, cuando los verdaderos no pasan de un pequeño número; y por último, nivela á éstos con los que nunca fueron sino simples recitadores de discursos. Don Domingo Santos Ramos se aíra y se rebela contra los críticos que han dicho, como una gran verdad, que en Venezuela no ha habido sino muy pocos oradores de los que pueden calificarse de excelentes. Por desgracia para él, los argumentos que aduce para contradecir aquella verdad tan en su puésto, no tienen con ella analogía ninguna, y por lo mismo resultan completamente fuera de pertinencia y de camino. «Pasaron felizmente—dice Ramos—los tiempos en que pudo creerse que el talento, el saber, el ingenio, las letras, las artes, la poesía, las ciencias, eran privilegio de unos pocos; así como yace también, amortajada para siempre, la época en que había señores y esclavos; porque el mundo, según la gráfica expresión de Pelletán, *marcha*; porque todos los hombres tienen derecho á aprender, á discutir, á producir; porque llegaron al fin las edades que han obligado á la humanidad á reconocer que el Supremo Hacedor de cuanto existe dotó á los hombres todos, que habitan la tierra, de alma, inteligencia y pensamiento; sin conceder á éstos más que á aquéllos, ni á aquéllos más que á éstos; sin privilegiar á ninguno; por manera que, cuantos cultivan su inteligencia y su espíritu, pueden producir y producen obras meritorias unas, admirables otras.» Este enrevesado párrafo es inaceptable desde cualquier punto de vista que se le considere, incluso el del estilo; carece de toda afinidad con la opinión que tiende á confutar, y de consiguiente huelgan los comentarios sobre él. En la oratoria, como en la poesía, como en cualquiera otro de los órdenes de la inteligencia y del arte,

existen jerarquías y distancias. Para ser verdadero orador se necesita poseer condiciones interiores y exteriores de altísima significación, sobresalientes en toda la extensión de la palabra, constitucionales, compenetradas de íntima armonía, y capaces de producir, por la belleza y brillantez de su conjunto, los deslum-



Domingo Santos Ramos

bramientos de la elocuencia escrita, expresada en la elocuencia del verbo, de la fisonomía, de la apostura y de la acción. Oradores, lo que se llama oradores, si entendemos de un modo preciso y riguroso el concepto de excelencia en que este vocablo hace pensar, han sido en Venezuela el gran Bolívar, Fermín Toro, Jesús María Morales Marcano, Cecilio Acosta, Antonio Guzmán Blanco, Ildefonso Riera Aguinagalde, Angel Félix Bar-

berii, Eduardo Calcaño y Raimundo Andueza Palacio (para no mencionar sino á algunos de los muertos entre los más altos y notables); y colocar junto á ellos á ciudadanos como Pedro Gual, José Eusebio Gallegos, Alejandro Ibarra (el catedrático de física y de filosofía primaria en la Universidad Central), Gerónimo Eusebio Blanco, Juan Pablo Rojas Paúl, Fernando Arvelo, Ricardo Ovidio Limardo, Pedro Ezequiel Rojas y Rafael Villavicencio, por otros respectos distinguidos, equivale á escribir por escribir, al par que á no entender como se debe de clasificaciones absolutamente necesarias en tratándose de arte y de elocuencia.

El estudio sobre los *Oradores sagrados*, por el Doctor Ezequiel María González, adolece de los mismos defectos que el de Ramos. Muchos de los oradores que el Doctor González cita como distinguidos, no pueden considerarse ni en calidad de medianos tan siquiera. Entre ellos aparecen, por ejemplo, el Presbítero Gregorio Seijas y el Arzobispo José Antonio Ponte, que estuvieron muy lejos de reunir las relevantes condiciones que se requieren en rigor para triunfar gallardamente en la tribuna. El primero, varón docto y piadoso, no rayaba muy alto con el vuelo de su inteligencia, ni alcanzaba sino á hacer dulce y nnciosa la homilía. El segundo, hombre de gran talento, versado en letras tanto divinas como humanas, amante de las artes bellas y de buen gusto literario, carecía, entre otras cualidades externas esenciales, de la voz rica y sonora, que es el órgano más bello para la emisión de la palabra; de la pronunciación correcta, que da á la palabra viveza en los matices, elegancia y precisión; y de la declamación propia y característica de los períodos, en razón directa de las emociones, de los sentimientos y de las ideas que en los períodos se expresan. El mismo célebre Doctor Juan Bautista Castro, profundo pensador, eminente literato, cerebro enciclopédico, sacerdote cuya vasta ilustración admiro y ante cuya inteligencia me descubro, no es el tipo del orador completo, ni brilla como al justo en otra parte que no sea el sillón de pláticas y conferencias. El Doctor Castro aparece en la tribuna con la insinuante sencillez del evangelizador, que va derecho al ánimo de sus oyentes para persuadirlos de las doctrinas que expone; pero no con la doble expresión subyugadora del orador extraordinario, del orador que reúna en admirable síntesis las resaltantes condiciones del Presbítero Rivero, del orador que deslumbre, levante el ánimo con fuerza y arrebate de admiración al auditorio. Excepción hecha de Talavera y Garcés, del merideño Tomás Zerpa, del barquisimetano Macario Yepes, del maracaibero José Octaviano González, del valenciano Miguel Antonio Espinoza, del Presbítero Rivero (el más alto de todos en mi hu-

mildísimo concepto), del popular sacerdote Antonio Luis Mendoza, y de muy pocos á ellos semejantes, creo que no pasan de la justísima docena los verdaderos oradores sagrados que han tenido gran relieve en la eminencia del púlpito venezolano, en entendiendo la oratoria, lo repito, tal como entenderse debe, ó sea en toda la excelencia de su significado como arte de despertar los sentimientos, de embellecer las ideas, de avasallar las almas y conmover los corazones. (7)

(7) El Doctor Francisco Javier Mármol dice en la biografía de Talavera y Garcés (y su opinión merece crédito de sobra, porque le oyó en diferentes ocasiones, teniendo, para apreciarle con verdad, las aptitudes necesarias): «A pesar de su estatura pequeña, él la engrandecía sobre la cátedra; su semblante se inmutaba profundamente; era un hombre distinto. Su voz daba fácil y espontáneamente todas las modulaciones que su asunto requería. En los pasajes graves era solemne y majestuosa, como delicada y tierna en los sentimentales; y todo sin violentas transiciones. Era felicísimo en los apóstrofes, que en él producían la ilusión de aparecer como exclamaciones súbitas nacidas del momento. Pero sobre todo (y este era el gran resorte de su poder oratorio), era imposible que llegase á una parte de su discurso, interesante al corazón bajo cualquier aspecto, sin conmovirse hasta el enternecimiento y sin comunicar su emoción al auditorio; y esto con tal naturalidad, que no interrumpía jamás el hilo de su narración. Servíanle de complemento á estas bellas cualidades, la pureza y armonía de su prosa.»

Respecto del Presbítero Rivero, no hay sino decir que fué un orador de singular tamaño, un orador completo, un orador á quien los oyentes no aplaudían (y en poco estuvo que en diferentes veces no estallase bajo las bóvedas del templo el resonante estruendo del aplauso), por no profanar el tabernáculo ni violar las prohibiciones establecidas por la Iglesia. Por lo demás, cuando en las calles circulaba de pronto la noticia de que el padre Rivero *iba á hablar*, el templo se llenaba de individuos pertenecientes á todos los círculos sociales.

El padre Macario Yepes, tan celebrado por el periodismo de su época, era no sólo un orador sagrado muy notable, sino también un polemista vigoroso y de extraordinarios recursos en el Parlamento. «Tenía una dialéctica terrible, y en general, un movimiento oratorio que lo hacía irresistible en las discusiones.» Estas palabras son de Juan Vicente Silva, voto autorizado en el particular, porque despuntó como orador, con general aplauso, en la Asamblea Constituyente del 64, á pesar de su elocución sobremanera incorrecta, desordenada y poco literaria. El mismo Silva narra este suceso, digno de recordación, en el número 4 del *Eco Popular*, diario que redactó en Caracas en 1877:

«Jamás olvidaremos una sesión del Congreso siguiente (el de 1850), en que fué protagonista el padre Macario Yepes. Defendía éste la capitulación del General Páez en el sitio de Macapo, y un orador gobiernista, contestando su primer discurso, concluyó, apostrofándole, con esta frase:—¿Qué hacemos con el hombre?—De seguidas se levantó Yepes, y sumamente conmovido, improvisó una réplica incontestable y concluyente; y después de rendir uno á uno á todos los oradores gobiernistas, cae él mismo en su sillón de diputado, rendido á su vez por la fatiga y las emociones. Entonces se representó una escena de frenético entusiasmo en la barra, y algunos ciudadanos intentaron salvar la baranda del Congreso, para sacar en brazos del pueblo al insigne batallador, al invencible polemista.»

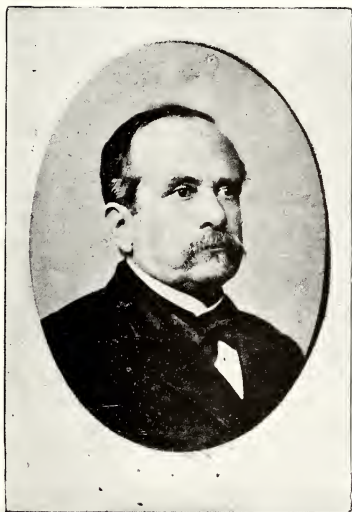
Cuanto al joven y popular sacerdote Antonio Luis Mendoza, valdría más de lo que vale y alcanzaría á más de donde alcanza, si se empeñase en co-

El trabajo de Eugenio Méndez Mendoza acerca del *Teatro nacional*, el de Pedro Arismendi Brito acerca de *La poesía lírica* (en las consideraciones generales respecto de la fisonomía y del carácter de ella en sus diferentes épocas), y el de Luis Ramón Guzmán acerca de *El periodismo político*, son los mejores de la obra (no se olvide que á la literatura es á lo que vengo refiriéndome) por el sentido filosófico y por la parte crítica, debiendo lamentarse que las circunstancias no hubiesen permitido sino la brevedad en estudios como éstos, los cuales, al disponer de más tiempo sus autores, habrían servido á ilustrar con gran provecho la historia de la literatura en Venezuela. El de Méndez Mendoza contiene apreciaciones de alta significación artística, y en lo que atañe á la belleza y al valor de nuestro reducido teatro, cuyas obras no pueden ser consideradas (hasta la fecha y con muy pocas excepciones en el drama y en la comedia regocijada de costumbres) sino como esfuerzo de iniciación en el arte más difícil de comprender y dominar aun poseyendo para el caso dotes superiores, el buen escritor dice, con verdadero acierto, lo que sigue: «La dramática es la parte de la literatura venezolana que ha sentido más los efectos de las causas que dejamos anotadas (entre otras el desprecio que demuestran por las bellas letras las personas que en Venezuela se dan al ejercicio de profesiones lucrativas), y los de algunas cuya exposición diferimos para otra parte de este escrito. Bien es verdad que—hasta ahora—no parece ser el drama fruto que nazca con lozanía del ingenio americano. No hallamos qué nombre de autor dramático, hijo de la América Española, pueda ponerse al lado del de ninguno de los poetas líricos que—bebiendo la inspiración en esta «naturaleza colosal sobre la cual levantó Dios su trono de regalo y pasatiempo»—emulan en los acordes de la lira los de aquella que á Campoamor y Núñez de Arce legaron, festoneada, Rioja, los Argensolas, Garcilaso. No quiere esto decir que sea la América Latina tierra no propicia á la germinación de la literatura dramática, sino que no han llegado aún los pueblos que aquende el Atlántico hablan la lengua de Castilla, al estado de cultura artística que tiene su florecimiento en el teatro. Ni debe ser esto parte á que se den á esperar el arribo á tal estado, que no está próximo, los que con dotes para cultivar fructuosamente el arte dramático, están llamados á activar la educación artística, cada cual entre los suyos; con mayor razón, si se atiende á que el drama, en cuanto á su ob-

municar más variedad al énfasis, mayor número de matices á la declamación y más viveza de expresión á su semblante, tanto como á sus ademanes mayor desenvoltura y movimiento.

jeto, habrá de ser local en tanto que razas, lenguas, religiones y costumbres sean diversas en el mundo.»

Por último, debo referirme con imparcialidad completa, porque la he examinado varias veces con ánimo desprevenido, á la *Antología general* del *Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes*, en su parte exclusivamente literaria. Bien conocida es la



Ezequiel María González

significación de *antología*, que vale tanto como florilegio, el cual equivale á selección; es á saber, cosa escogida, depurada, y por lo tanto exquisita. Salvedad hecha de algunas piezas excelentes que á componerla contribuyen, no puede darse una antología más pobre, más lamentable y menos antología que ésta, tan sin cuidado y gusto hecha como la que el señor Marqués de Rojas tituló *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos*; y si á juzgar se va de la excelencia de la literatura nacional por semejante florilegio, el fallo habrá de ser, en lo general, adverso. En esa parte de la

obra faltan nombres cuyo olvido no tiene justificación posible; sobran otros al frente de producciones detestables, tanto en verso como en prosa, y figuran trabajos completamente indignos de una antología literaria, como el *Apéndice á los Perfiles venezolanos* de Don Felipe Tejera, notabilísimo escritor de quien había, en sus numerosas obras, suficientes pedazos magistrales de poesía y elocuencia, para escoger siquiera dos y hacerlo aparecer con el relieve que le cuadra por la alteza de sus merecimientos.

En 1881 aparecieron los *Perfiles venezolanos* del señor Tejera, obra notable que es la historia de la literatura nacional, hecha, como su nombre lo indica, en las biografías sintéticas de los hombres que en Venezuela se han dedicado al cultivo fervoroso, entusiasta, decidido y hasta puede decirse que verdaderamente heroico de las bellas letras, por la falta de protección y estímulo de que ellas tienen sed en el medio en que florecen á fuerza de fecundas y espontáneas. La obra es tanto más notable por la corrección, la elocuencia y la hermosura que son galas de sus páginas, cuanto que en su composición no gastó el señor Tejera largos meses de trabajo, sino que la escribió de prisa y fué mandando las cuartillas á la imprenta á proporción que brotaban de su pluma, urgiéndole muchas veces los cajistas impacientes por el envío de los originales. En ella demuestra el escritor ilustración general nada común, alto criterio y sagacidad sutil para juzgar de la belleza con acierto, gusto acendrado y depurado por la lectura asidua de los buenos modelos castellanos, conocimientos sólidos en literatura y contingente muy personal en sus apreciaciones, si erróneo en varios puntos, completamente sincero y convencido. De firme dominado por sus creencias religiosas, que son las católico-apostólico-romanas, á su imperio lo subordina todo en la universalidad de las ideas y de los sentimientos, y no acepta, verbi gracia, la hermosura, por innegable que aparezca y brille, fuera de la prístina fe de sus abuelos, que es la misma que en su propia alma alienta como una llama inextinguible y siempre viva de esplendores. En tal sentido, y además por la poética vehemencia con que á sus altos pensamientos da expresión, el señor Tejera tiene alguna semejanza con el célebre orador Don Juan Donoso Cortés. De ahí que ruede con no escasa frecuencia, como rodaba el exaltado luchador de la tribuna española, por la pendiente del sofisma, lo cual viene á ser inexplicable (tanto como en Donoso Cortés) en un hombre de tan clara inteligencia como el señor Tejera, y que fulmine obras de belleza indiscutible, por cuanto sus autores le resultan profundamente incrédulos de las doctrinas que él profesa con la fe del carbonero. En muchos de sus perfiles

hay párrafos que encantan por su numerosa elocuencia, más propios quizás de la índole de obras como *El progreso en la historia*, también suya, que de la sobriedad que requieren las consagradas á la crítica. Otras veces da en perderse, como poeta que es de mucho brillo, en vaguedades de imaginación que nada tienen qué hacer con la intención expresa de su libro, y que por lo mismo se hacen en él impertinentes. Tal sucede, por ejemplo, con la descripción del Orinoco y sus deslumbradoras riberas en el perfil de su hermano Don Miguel, y con la del naufragio en que murió Rafael Domínguez, las cuales, en caso de suprimirse porque sobran, de seguro que no harían ninguna falta para nada. También es reparable que en obra de tal naturaleza, destinada á condensar el juicio acerca de nuestros escritores desde un punto de vista general, el crítico se fije en determinadas afirmaciones de algunos, para detenerse á contradecirlas, ya que su misión allí no es particularizar ningún trabajo en cuanto á las ideas que éste expone, sino juzgar en conjunto de la obra literaria de cada escritor venezolano, por las calidades extrínsecas ó de forma que la avaloran en tal ó cual sentido. En el perfil de Don Miguel Carmona se pierde en un océano de divagaciones pueriles, de las cuales es demasiado poca la sustancia y la conclusión dudosa, para comprobar que ni la música es superior á la poesía, ni la poesía á la música, sino que ambas se completan respectivamente; en el de Don Rafael Seijas se contrae, casi en su totalidad, á fulminar el decreto de Bolívar sobre *la guerra á muerte*; en el de Don Arístides Rojas, á negar que á Humboldt pueda calificársele de *genio*; y en el de Don Félix Soublette (para no referirme sino á cuatro de los perfiles en los cuales se ve la mencionada intención), á disertar sobre particulares distintos relacionados con el teatro nacional. En perfiles como esos, el señor Tejera abandona el todo por una de las partes más insignificantes, la cabellera completa por un rizo, el conjunto de la fisonomía por cualquiera de los diversos por menores que la integran. Que Don Miguel Carmona afirme que la música es superior á la poesía, ó el Doctor Seijas la necesidad y la justicia del formidable decreto de Trujillo, nada quitan ni añaden á las dotes de aquellos escritores, galano y brioso el uno, más que sobrio y descolorido el otro. (8)

La obra abunda en juicios ciertos é imparciales, como el

(8) Advertido, de pasada, que en *El Siglo Diez y Nueve*, diario que redactó en Caracas en 1874 Rafael Hernández Gutiérrez, se encontrarán varios trabajos importantes de Miguel Carmona sobre política, economía, instrucción pública, filosofía é historia, suscritos los unos con su nombre, y los otros con el pseudónimo de *Genaro Culmami*.

referente á Bolívar al detenerse el crítico en el sentimiento idolátrico de que se vale el historiador Larrazábal para pintar su vida y endiosarle. En el perfil del Doctor Aníbal Domínci, que es de los que tienen más jugo y menos flores de imaginación, acierta cuando dice que «*el principio moral debe ser el objetivo del arte dramático, los personajes verosímiles, y lógico y consecuencial del argumento el desenlace*»; pero no cuando sostiene la necesidad del convencionalismo en cuanto á que en el drama deba siempre aparecer el crimen castigado y la virtud en la grandeza del triunfo, para poder llegar al fin moral que se persigue. El artista bien puede valerse de espectáculos radicalmente contrarios á los dichos, y obtener con ellos idéntica finalidad. El desenlace de un drama en una forma ó en la otra, no es lo que importa para el fin moral, sino que los personajes resulten verdaderos, y presentar, dentro de la verdad que encarnan en la lucha, á la virtud en toda su belleza y al vicio en toda su asquerosa y repugnante fealdad. El espectáculo del crimen victorioso y de la virtud aplastada por la infamia, que es lo que generalmente sucede en los caminos del mundo, determina en el ánimo del público asombrado la sublevación inmediata de los sentimientos generosos, la reacción en favor de la justicia, la enérgica protesta que del corazón le arranca la vista dolorosa de la virtud sacrificada; y precisamente de esa indignación del público, producida por la destreza del artista con la verdad humana de los personajes, con la verosimilitud exacta de las situaciones y con recursos dramáticos en que la realidad no se falsee ni prevalezca el efectismo pasajero, como sucede en tantos dramas de Échegaray, es de donde se origina el ideal eterno entrevisto y siempre solicitado por el hombre, el objetivo del arte, el principio ó finalidad moral á que se refiere el ilustrado crítico venezolano.

El señor Tejera, en otros juicios, escritos quizás sin reflexión alguna, no sólo se equivoca, sino que se descamina de una manera completamente lamentable, como cuando abruma al Doctor Cecilio Acosta con la tremenda inculpación de voluble en sus opiniones, de caprichoso en su patriotismo y de falto de carácter. «Ello es que esta circunstancia (la última apuntada, que atribuye á bondad ó á timidez) le dañó sobradamente, y le hizo poco á propósito para figurar, como sus dotes lo presumían, en cualquier ramo de la vida pública. Y no era porque se quebrasen sus convicciones, sino porque cejaba ante la dificultad ó rehusaba la contienda. Espíritu dúctil y en extremo cándido, pasaba en un instante de la certeza á la duda, de la afirmación á la negación, según las impresiones extrañas que recibía. Tan

pronto escribía á las Repúblicas del Plata que esta tierra era otro edén terrenal colmado de delicias, como decía en otra carta para Nueva Colombia que no hay en Venezuela incomodidad que no nos sóbre, ni malandanza que no nos atribule. Según la inspiración del momento, era el mundo para él un paraíso ó un infierno.» Comencemos por fijarnos en que en un espíritu dúctil y en extremo cándido no puede haber jamás sino suma



Felipe Tejera

fragilidad de convicciones, y convengamos de firme y en seguro (porque para eso está la lógica de la razón muy cerca de la mano) en que el señor Tejera incurrió allí en una contradicción descomunal. El crítico venezolano, por desgracia, no se fijó sin duda alguna en lo que dijo; presenta á Cecilio Acosta, á uno de los más altos entendimientos que ha producido Venezuela, como un hombre sin criterio y sin conciencia, como un zote, como un incomparable mentecato, y lo que da á entender, por presentarlo así, es que no llegó á penetrar en la grandeza de aquel selecto espíritu, ni á darse cabal cuenta de aquel carácter fuerte como un basamento de granito. Para juzgar con certeza, es necesario leer con atención. Cuando Cecilio Acosta escribía á Don Florencio Escardó, de la República del Uruguay, «que esta tierra (entiéndase toda la América Española y no Venezuela solamente) era otro edén terrenal colmado de delicias,» se refe-

ría á la índole generosa, al espíritu elevado, al carácter noble y sincero de los hispano-americanos en sus relaciones con los demás hombres, no menos que á la deslumbradora esplendidez y prodigiosa abundancia de la naturaleza en cuyo regazo blando viven y de cuyos ubérrimos pechos de madre fecunda se alimentan; y cuando escribía á Don Rufino José Cuervo, de la República de Colombia, «que no hay en Venezuela incomodidad que no nos s6bre, ni malandanza que no nos atribule,» se refería á todas las intrigas, añagazas, desafueros y arbitrariedades del personalismo político de Guzmán Blanco durante los primeros siete años de su gobierno dictatorial en la República, pero sin escribir el nombre del célebre estadista y sin considerar su personalismo cesáreo como único para entonces en América, sino como enfermedad política dominante, con mayor ó menor intensidad, en todas nuestras naciones incipientes. Quizá el señor Tejera no paró mientes algunas en que la carta á Cuervo se titula *Estado político-moral de las Repúblicas Hispano-Americanas*, y en que el juicio que allí hace es un tratado admirable de sociología; es una pintura vigorosa, gráfica, verdadera, y que bien puede servir para enseñanza y corrección. La carta á Cuervo no contradice en modo alguno la dirigida á Don Florencio Escardó; lo que sucede es que si en aquélla habla con amargura, por encontrarse dentro de la soberanía de su casa y empeñarse en corregir los defectos que la empequeñecen y afean, en la segunda, por natural orgullo de familia, protesta contra las inculpaciones y censuras de la calle, á fuerza de creerlas desautorizadas, pero sin dejar de reconocer los defectos de la casa, sobre los cuales echa el manto de la benevolencia, por exigirlo en semejante coyuntura el patriotismo. Leámosle en la segunda de las cartas mencionadas.

«La mala organización de que atrás he hablado (la de Europa en medio de la mayor confusión, producida, entre otras causas, por la fuerza, la conquista, la anarquía, el más completo desorden y ninguna otra justicia que la de los hechos consumados), no tocó á América, en que no había resabios vetustos y tenaces qué combatir, una vez consumada la Independencia. Ni distinciones de raza, ni privilegios seculares, ni vínculos, ni monopolios, ni absorción de propiedad, ni preocupaciones dinásticas; nada de ésto, ni otra cosa, es hoy estorbo, y la máquina social y política puede moverse libremente. Dejos coloniales quedaron; pero sobre ser vicios éstos de segunda mano, pertenecen al número de los que es más fácil desechar que retener. Errores puede haber, y para eso es la censura; lo mismo que puede haber abusos, que se previenen

y corrigen por la responsabilidad; pero esas son pedrezuelas que ceden ó se desquebrajan al impulso y peso de la rueda. La mala escuela desaparece, la farsa se acaba, y al fin la verdad reluce, la institución queda y el derecho triunfa. La empresa que los libertadores llevaron á cabo en la parte española de este nuevo continente, todavía no ha podido ser bien apreciada en el antiguo, porque hasta ahora la mayor parte de su historia no está escrita más que en castellano, que casi sólo se sabe y se lee en los países de su raza; y sea por ésto, sea porque se crea hallar creces para la honra propia en el decaimiento ó deslustre de la ajena, sea porque algunos ó muchos en ultramar no amen nuestras instituciones y hayan creído útil ponerles malas notas, lo cierto es que algunas veces se nos ha juzgado pésimamente y se nos ha desacreditado, citándose para ello nuestros ensayos como prematuros, nuestras novedades como peligrosas, nuestros cambios como frecuentes, nuestras constituciones como efímeras. El juicio es un derecho, pero no lo es en nadie inclinarlo á mala parte, ni buscar en él de propósito un motivo de desprecio á los demás. Nada tenemos de qué avergonzarnos delante de los extranjeros, y ellos sí tienen mucho qué aprender, gozar y admirar en esta índole nuestra, que va al encuentro á dispensar el bien, ó busca los medios de hacerlo por hacerlo; en estos cielos, todos de zafir, y como barridos, para hacer divino el azul, por la mano de los ángeles; en este aire, todo fomento; en esta vida, toda delicias, patriarcal, franca y de familia; en este espíritu, fino en el salón, alto en el gabinete y desparramado en la confianza; en este carácter, que da con la mano lo que lleva dentro del pecho; en esta libertad, que si clama como los Gracos, salva como Cicerón, y es la misma en el foro, en el senado y los comicios; en esta naturaleza, en que basta extender la mano para hallar pan, y pedirle cualquiera de sus formas ó espectáculos sublimes ó hermosos, para en ellos ver á Dios. Si algo retarda el que se posean de lleno estos goces, es que las cosas no han llegado aún á su punto, y se remueven en busca, cada cual, de su descanso. O la impaciencia de lo mejor, ó el deseo de hacer figura; ó los celos del mánido, ó la ambición desahogada, que es mal de todos tiempos, mantienen á veces una agitación febril, que si á veces en los pormenores culpa, dejan también ver en el fondo un desarrollo de vida y un movimiento de ascensión. Vamos, vamos con todas nuestras faltas, que son sombras de los cuerpos, en pos de un gran destino, y pronto tendremos en ejercicio, en medio de una abundancia que rebose, y de una paz envidia ajena, la invención griega para las artes y el genio de Roma para las leyes.»

Don Manuel Tamayo y Baus calificó á Cecilio Acosta de «hombre integérrimo, que dobló la frente á la adversidad, *antes que la rodilla al poderoso.*» En el mes de julio de 1877, el mismo Acosta decía desde las columnas de *La Tribuna Liberal*, con la arrogancia propia de lo verdadero, sin temor de ser desmentido y refiriéndose al *Septenio*: «Harto sé lo que ha pasado y lo que hemos todos tenido ante los ojos, yo también víctima de ello, sin más desagravio hoy que haber conservado ileso mi carácter.» Y el señor Tejera no hace más que elogiar aquel carácter, al reconocer su firmeza, cuando escribe: «Le adornaban excelentes prendas morales (á Cecilio Acosta) y gozaba de la estimación de la sociedad que honró con sus virtudes privadas (y públicas, agregó yo). La pobreza fué el mejor timbre de su casa, porque la supo llevar con la acrisolada honradez y la santa conformidad del verdadero cristiano.» El señor Tejera olvida, para calificar al glorioso escritor venezolano de falto de carácter, que Cecilio Acosta, antes de 1870, no fué tímido, y se mezcló en los asuntos de la política esencialmente nacional, y combatió con la pluma en los periódicos, y obtuvo ruidosísimas victorias en las plazas públicas, hasta el extremo insólito de haber sido llevado en hombros del pueblo de Caracas, arrebatado éste de entusiasmo por su elocuentísima palabra, á la humildad de su vivienda; olvida que Cecilio Acosta, antes y después de 1870, no tuvo miedo para hacer publicaciones en las cuales contradecía los procedimientos políticos del Gobierno, ó censuraba sus actos arbitrarios; olvida que Cecilio Acosta, durante la Administración del General Francisco Linares Alcántara, combatió enérgicamente, de cuantas formas pudo, el personalismo del General Guzmán Blanco, y que tuvo el valor de no irse al extranjero después del triunfo de la *Reivindicación*, aceptando desde luego, faz á faz con la bronceína autoridad de aquel imperioso gobernante, todas las grandes responsabilidades que echó sobre sus hombros en las columnas de *La Tribuna Liberal*; olvida, en fin, que para publicar trabajos como la carta política á Don Rufino José Cuervo, tan llena de afirmaciones acérrimas, paladinas, desnudas de rodeos y hasta puede decirse que agresivas, se necesita poseer un gran carácter, tanto como para no claudicar en sus principios y arraigadas convicciones, y poder expresar tantas verdades dolorosas con la autoridad moral del combatiente honrada y circunspecto. Precisamente por no tener ductilidad sino firmeza de roca en su carácter, no pudo brillar en la política. Jamás quiso atenerse al inmoral principio maquiavélico de que el fin justifica los medios que se empleen para llegar á él, y por eso no transigió con el personalismo en forma alguna, ya

que bien sabía, como alto pensador que era, que aun siendo dúctil en los medios, no llegaría él jamás—por ser este un pueblo joven todavía, por las exaltadas pasiones de los partidos en lucha, y hasta por las condiciones peculiarísimas del ambien-



José Gil Fortoul

te y de la raza—al fin ó al ideal con que soñaba, que era la democracia práctica sin adulteraciones de ninguna especie, el imperio absoluto de la ley, el reinado de la justicia antes que todo y sobre todo. Otros se agacharon, para decirlo con llaneza, y apenas brillaron un momento, sin llegar al fin que se propusieron en sus ratos de soñadoras abstracciones; y al obtener una

posición brillante, pero desintegrando su carácter, se fueron á los bancos de la oposición, mas no para triunfar, sino para ser vencidos y precipitarse en la derrota. Cecilio Acosta era hombre de una sola pieza, y por eso no tuvo flexibilidad política; sabía que engañar es inmoralidad vitanda, y por eso no transigió con el poder, ni se dejó seducir por sus halagos tentadores; antevió el fin con mirada de pensador profundo, y por eso no quiso emplear los medios de la claudicación en sus ideas, justificándole á poco en sus presentimientos el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, que se valió de todos los medios para alcanzar el solio de la magistratura, y que al reaccionar mañosamente contra el personalismo del General Guzmán Blanco, no fué sino con el deliberado propósito, malogrado por circunstancias cuya referencia es impropia en trabajos como este, de sustituirlo con el personalismo suyo en la política de Venezuela. Si, pues, en todo lo dicho no hay carácter, y en semejante carácter no hay tampoco unidad en las acciones, integridad en la esencia y firmeza inquebrantable en los procederes, no sé entonces cómo deba calificarse la fortaleza en el sostenimiento de los principios que se tienen, el valor en la predicación de ellos, la intransigencia con la inmoralidad y el decoro personal en la conducta pública.

La introducción de la obra del señor Tejera está en relación directa con la índole sintética de los perfiles; y de los orígenes de nuestra literatura, de su desenvolvimiento y progreso, de las escuelas y los ingenios extranjeros que sobre ella han influido por diverso modo, de su tendencia imitativa y del contingente suministrado para su formación por el carácter nacional, aparece allí algo muy breve en frases demasiado estrechas, en afirmaciones categóricas que algunas carecen de verdad, en una así como disertación sinóptica excesivamente reducida, donde lo que se enseña es poco y donde la elocución poética es lo que tiene más relieve. De lo que más trata en esas páginas, que son apenas diez, es de la necesidad en que estamos de poner á nuestra literatura el sello de nuestra nacionalidad, y de sus tendencias constantes á la imitación extranjera, ratificándolo después en los perfiles de Don José Luis Ramos, Don Félix Soubllette, Don José María de Rojas, Don Eduardo Blanco y otros escritores. Pero las consideraciones sobre determinadas materias que en ciertos perfiles hay, relacionadas con la fisonomía y tendencias de la literatura patria, habrían quedado mejor todas en la introducción, ya que en los perfiles, por el carácter generalizador que se les dió, resultan como desencajadas. La obra, á pesar de estar escrita generalmente con imparcialidad, no sabe disimular en muchos puntos la afectuosa benevolencia del maes-

tro y el patriotismo del crítico. En el *Apéndice*, verbi gracia, aparecen escritores y oradores de singular valer, que bien merecían la honra del perfil; en tanto que entre los perfiles aparecen los de poetas y escritores muy medianos, cuyos nombres tenían más que de sobra con una mención en el *Apéndice*, por cuanto las obras que escribieron, pobres y efímeras por todo, carecen de significación en el cuerpo de la literatura nacional. Hay perfiles de gran precio, en fuerza de su jugo y densidad, como los de Toro, Larrazábal, Eduardo Calcaño y Marco-Antonio Saluzzo. El de Juan Vicente González brilla como una joya, y forma desde luego, con las semblanzas escritas por Saluzzo, Lisandro Alvarado y López Méndez del insigne literato, un tesoro de apreciaciones magistrales para conocer en toda su grandeza de ingenio original al formidable combatiente de *El Nacional* y de *El Herald*, al poeta de las *Mesianas*, al crítico de Renán y de Leopardi y de Napoleón Tercero y Mirabeau, al pensador profundo en obras como la *Historia Universal*, al notabilísimo venezolano, verdadero monstruo de ilustración y de elocuencia torrentosa, que si hubiese brillado en cualquier medio europeo y gozado allí de vagar para que trascendiese más aún su poderosa inteligencia, tendría hoy reputación envidiable en ambos mundos, aun cuando esta afirmación parezca exagerada, por la tendencia invencible que de ordinario nos impulsa á empequeñecernos, á deprimirnos lastimosamente y á creer que nuestros grandes escritores, por carecer del prestigio que se alcanza en las metrópolis ruidosas, valen menos que aun los mismos charlatanes que jamás pasan en ellas de la más impotente medianía, á pesar del resonante bombo de la prensa antojadiza ó mercenaria.

Debido, como se ha dicho yá, á las arraigadas creencias religiosas de que pronunciadamente blasona, el señor Tejera ráya en intransigente, y hasta se hace vacío y palabrero, en algunas de sus opiniones. En el perfil de Pérez Bonalde dice esto: «Revelaba el poeta en sus primeros ensayos aquellas hermosas creencias cristianas que aprendió de sus padres, y su imaginación parecía abrirse como flor de ricos aromas y de colores más durables; empero, parece que la lectura de cierta literatura moderna desesperada, le robó á poco la nativa fragancia y desvaneció las bellas tintas de su cáliz. Por manera que yá hoy Pérez Bonalde es un vate escéptico y filósofo, á lo moderno, de la negación; y aquel que en su lucida balada *Flores y nubes* exclamaba:

no hay más que Dios en el cielo
y amor de madre en la tierra,

á vuelta de algunos años ha venido á sustituir á Dios con la duda, y á la inmortalidad con la nada. Por donde se verá cuánto debe haber perdido de noble y sublime su poesía. La lira es un instrumento divino, y el poeta que la pulsa es como un ángel; todo canto que no deje ver á Dios, ya en el centro del infinito, ya en el fondo del corazón, deja de ser sublime, y sin esta virtud no hay poesía. Poeta y ateo no se puede ser al mismo tiempo, porque la inspiración es un rayo divino, porque las musas son hijas del cielo, porque el verdadero numen es la visión de lo infinito. ¿Cómo puede un ateo creer en la esperanza, que es como la musa del sentimiento; ni creer en el amor, que es el ideal sublime; ni creer en la gloria, que es el reflejo de algo perfecto que ó se ha perdido temporalmente, ó se hallará fuera del tiempo, si no cree en Dios, que es todo eso, perfección, ideal, sentimiento y esperanza?» Semejantes afirmaciones son indignas, absolutamente indignas, de un crítico tan serio y tan sensato como el señor Tejera, y el análisis menos sagaz y vigoroso es incapaz de atreverse contra la candidez que respiran. Si nos atenemos á ellas, entonces las poesías donde Núñez de Arce expresa la amargura del escepticismo, la desesperación de la duda y hasta en ocasiones la imprecación de la rebeldía con visos de blasfemia, dejan de ser profundamente hermosas, á pesar de las emociones hondamente sentidas y de los altos pensamientos que encierran en versos magistrales que parecen labrados como en mármol. Afirmaciones hay que no deben discutirse, porque la discusión está demás; y á ese orden pertenecen las del señor Tejera. ¿Se acordaría él de Bartrina cuando las escribió? ¿Se acordaría de Schelley, del poeta inglés ateo, y será capaz de negar la grandeza del poeta? ¿Se acordaría de Leopardi, del formidable pesimista, del italiano insigne siempre lleno de profundísimos dolores, que supo expresarlos en estrofas admirables por la riqueza de la fantasía, por la música del verbo, por la desolación conmovedora que de ellas se desprende en un raudal de lágrimas, y por el arte que las embellece con sus refinamientos y encantadoras maravillas?

Como dibujante, el señor Tejera merece las más cumplidas alabanzas. La fisonomía y el aspecto personal, las costumbres y el carácter de los escritores á quienes ha alcanzado á conocer, tienen un parecido extraordinario y se ven como de bulto. Los de Núñez de Cáceres, Vicente Micolaio y Sierra, Teodosio Adolfo Blanco y Jacinto Gutiérrez-Coll (para no citar sino cuatro de los más resaltantes ó mejores), son retratos admirables, verdaderamente admirables, que no tienen de menos ni de más.

El de Vicente Micolao y Sierra, sobre todo, es peregrino. Y ahora, para terminar estas consideraciones acerca de los *Perfiles venezolanos*, diré que Don Juan Antonio Pérez Bonalde publicó en Nueva York una refutación acerba de la obra. Dicho trabajo, que es extenso y está escrito con violencia, abunda en



Victor Antonio Zerpa

atinados comentarios. En otros se advierte la flaqueza, por los sentimientos apasionados que en buena parte lo animan; pero no obstante su amargura, sobre todo al referirse á la personalidad literaria del señor Tejera, sirve como de complemento á los *Perfiles*, por lo cual debe consultarlo quien se dé á la patriótica labor de escribir la historia crítica de la literatura nacional, ya que Pérez Bonalde no fué sólo un gran poeta, sino también un pensador distinguido, un cerebro lleno de ilustra-

ción bastante sólida y copiosa, y un crítico notable por su elevada comprensión de la belleza.

El estudio reciente de Rufino Blanco-Fombona, publicado en París, resulta sobremanera reducido; pero debe consultarse. Es una selección casi siempre atinada, hecha con criterio artístico muy alto, y donde la alabanza, por lo general, aparece fundada en la justicia. Sin embargo, deja en la oscuridad y en el silencio varios nombres ilustres que debían haber entrado en una selección como la dicha; saca otros á luz con colorido exagerado; pasa por todos los asuntos con precipitación, y á las veces los considera con una ligereza impropia de la atención que merecen, no menos que del talento, de la sagacidad y de la ilustración de Blanco-Fombona. Consagrándolo á la recordación de algunos de los nombres silenciados por aquél, Ricardo de los Ríos publicó en Caracas, en las columnas de *La Restauración Liberal*, un artículo plausible por la generosidad y el patriotismo que revela, pero apenas encomiástico y sin mayor importancia en las consideraciones que apunta el escritor en sus períodos. El afamado autor de *Trovadores y trovas* dice, por ejemplo, que él no la oído en Venezuela sino á dos oradores que puedan calificarse como tales con verdadera propiedad: Eduardo Calcaño, «una sirena,» y Jacinto López, «un Dantón.» Nada contesto desde luego contra la bella comparación que hace de Don Eduardo Calcaño, porque éste, en la tribuna, era realmente una sirena; pero contra la de Jacinto López sí, porque Jacinto López no solamente no es un Dantón, sino que tampoco es ni puede ser el tipo del orador completo—si tomamos esta palabra en su más alto sentido y significación excelsa—mientras su vehemente deseo de triunfar como orador, el ejercicio constante en consecuencia y la energía misma de su temperamento encaminada á tal objeto, no lo levanten á esa altura. Reconozco en Jacinto López (porque no reconocerlo sería la más repugnante mezquindad) clarísima inteligencia, bastante ilustración, criterio despejado y lleno de luz, talento que sabe asimilar, facultades artísticas sobresalientes, una pluma de oro con puntas de brillantes y un estilista de positivos méritos, aun cuando demasiado campanudo, neólogo y expletivo con frecuencia, por el potente influjo que sobre él ejerce la literatura que hoy priva en Venezuela en la mayor parte de los escritores jóvenes, literatura asaz extranjeriza, abigarrada en el color y henchida de baladíes sutilezas en la forma; y no obstante que asimismo reconozco la caudalosa verbosidad de que dispone para expresar sus pensamientos, abrigo la convicción de que le faltan las dotes externas esenciales del orador verdadero é inne-

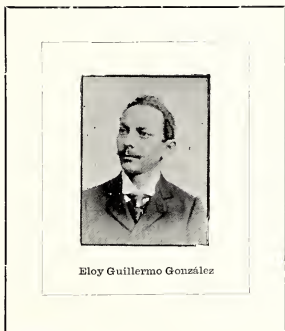
gable. Para serlo se necesita antes que nada voz sonora como un piano ó como un bronce de poderoso timbre; se necesita declamación correcta y pródigamente engalanada por los recursos del arte; se necesita habilidad para comunicar á los períodos, sobre todo cuando son castelarianos, la regalada melodía, la armonía resonante y la intensidad variable que naturalmente les convienen, según como sean las ideas, las pasiones y los sentimientos en ellos contenidos; se necesita destreza eficacísima en la voz, en el gesto, en el ademán, en la mirada y hasta en las actitudes, para expresar, dándoles su colorido propio, las imágenes, los apóstrofes y quejas, las impresiones, lo patético, lo dulce, lo solemne y lo grandioso; se necesita que entre las dotes interiores del que óra y las dotes exteriores, ó sea lo que llamaba con encarecimiento *elocuencia corporis* el magno Cicerón, haya una correlación estrecha, una correspondencia íntima, una armonía perfecta; se necesita, en fin, algo del arte de la escena para poder impresionar, conmover, sacudir los espíritus con fuerza, producir el entusiasmo en los oyentes, y dominarlos y deslumbrarlos con los esplendores del verbo y los recursos de la acción; pero si todas estas circunstancias, que no es tan fácil adquirir por el estudio y que son naturales ó geniales en los verdaderos oradores, no concurren á formar el conjunto rigurosamente armónico de la elocuencia hablada, es difícil llegar á la alta cumbre donde brillaron Fermín Toro, Cecilio Acosta, Eduardo Calcaño y Raimundo Andueza Palacio. Verdad es que Jacinto López tiene imaginación pomposa, ideas elevadas, vehemencia para expresarlas en bella forma de lenguaje, y alteza en la concepción y en la disposición de sus discursos; pero su voz es débil y carece á no dudarlo de sonoridad; su declamación, casi monótona por la falta de matices; su acción, no nada pintoresca y sugestiva; su fisonomía, impasible como un mármol; y desde cuando empieza hasta cuando finaliza algún discurso, lo que se oye es la misma tonalidad de voz débil y sin mayor armonía, lo que se observa es el mismo semblante inexpresivo, lo que se ve en la acción, nacida por lo común de sólo uno de los brazos, que se levanta y desciende con cierta pesadez y golpeteo, es el mismo ademán frío, descolorido y poco desenvuelto y elegante. Yo he escuchado cuatro veces en la tribuna á López, y en ninguna de ellas, por las razones apuntadas, me pareció orador con el tamaño y en la forma que he expresado arriba, aun cuando bien supe admirar la belleza literaria de los discursos pronunciados, los cuales, por su elocuencia escrita, eran dignos de las sobresalientes dotes exteriores que adornaban al cumanés Juan

Manuel González Varela, ó de las del malogrado zuliano Manuel Montiel Pulgar.

Se puede poseer el dón de la improvisación en eminente grado, como José Gil Fortoul, y no ser el orador completo exigido por el arte. Si faltan la voz fuerte, sonora y modulada con maestría, y la acción expresiva, correcta y arrogante que debe ir paralela con la sonoridad musical de la palabra, el orador desaparece. Orador no es el que grita con voz desapacible, áspera y desgarrada, como el Doctor Francisco Bustamante; orador no es el que improvisa con una fertilidad maravillosa y sorprendente, como Don Vicente Amengual; orador no es el que pronuncia discursos en voz débil de pífano y con cierta monotonía cansada que impacienta al auditorio, como José María Manrique, como Juan Pablo Rojas Paúl, como Rafael Villavicencio, como Tulio Febres Cordero; oradores han sido, por ejemplo, Pedro José Rojas, José Silverio González, Marco-Antonio Saluzzo, el tercer Cristóbal Mendoza y Claudio Bruzual Serra, porque poseyeron en grado prominente y vigoroso, para serlo, las dotes interiores de la inteligencia, en íntima correlación con las dotes exteriores de la naturaleza. *Timón*, ó sea el Vizconde de Cormenin, ha dicho en su admirable *Libro de los oradores*: «Ese Dantón, cuya sangre subía á la garganta de Robespierre y lo ahogaba; ese Dantón que voy á pintar; ese Dantón, inferior á Mirabeau, más sólo á Mirabeau, descolaba por sobre la cabeza de todos los demás convencionales. Tenía como Mirabeau, visto de cerca, una fealdad repugnante; mas como el orador de la Constituyente, visto de lejos y en una Asamblea, atraía las miradas por su fisonomía característica y por esa belleza varonil que es la belleza del orador.» «Dantón dejaba apercibir en su surcada frente y en sus ardientes ojos las violentas pasiones que avasallaban su alma.» «Dantón imponía con su estatura atlética y con el estruendo de su voz.» Pnes bien, agréguese á ésto que Jacinto López no ha tenido hasta ahora el escenario de Dantón, ni las tendencias demagógicas de su temperamento, ni las condiciones eminentemente revolucionarias de su elocuencia de trueno, ni el desarreglo característico de sus discursos, abruptos como los desfiladeros de los Andes, cargados de pólvora y de balas como los cañones, preñados de relámpagos siniestros y empapados en sangre, y Blanco-Fombona convendrá conmigo en que Jacinto López no puede ser comparado en ningún caso, ni por ningún motivo, con el tempestuoso orador de la Montaña.

Cuanto á la reseña crítica é histórica que ha publicado últimamente Gil Fortoul, y que fué premiada en el certamen lite-

rario promovido en 1903 por el director de *El Cojo Ilustrado*, es un estudio de mayor aliento, más detenido y meditado, de más fondo y de apreciaciones más juiciosas, á las veces, que el de Blanco-Fombona, con quien, por otra parte, coincide Gil Fortoul en varios puntos. Dicha reseña está destinada principalmente á



Eloy Guillermo González

mostrar los orígenes de la literatura patria, su desenvolvimiento y el influjo ejercido sobre ella (sin nombrar sino á unos pocos) por los escritores europeos. La evolución de nuestra literatura, bajo el imperio de las extranjeras, está bien descrita por lo general, pero de un modo breve y condensado, por exigirlo así las pequeñas dimensiones que el director del periódico aludido estableció para el trabajo, y á las cuales

tenía el autor que someterse. La reseña, por lo mismo, tiene el carácter de selección bastante restringida, y apenas cita á los escritores que en diferentes géneros alcanzan más renombre en la República. Respecto de la novela, no se refiere sino á la novela realista, desde *Peonía* en adelante. Fermín Toro, García de Quevedo, Julio Calcaño, José María Manrique, Eduardo Blanco, que son los representantes de la novela romántica, no aparecen con tal fisonomía, cuando ha debido hablarse de ellos para siquiera precisar mejor nuestra evolución literaria en todos sus matices. De la literatura dramática, Gil Fortoul no hace mención. La reseña de éste da una idea aproximada, tanto como la de Blanco-Fombona, de lo que ha sido la literatura nacional en el siglo décimo noveno. Por lo demás, resulta miope en varios juicios y se resiente de opiniones que no están en la verdad, las cuales contradigo, según mi leal saber y entender, en diferentes lugares de este libro. A ciertos oradores muy notables los silencia, cuando ha debido nombrarlos con alabanza por la alteza de sus condiciones; y á ciertos críticos y poetas que figuran en primera línea entre los de Venezuela, y de los cuales no puede prescindirse en una selección, los deja en el tintero. Al refutar á Don Julio Calcaño en *Pequeñeces académicas*, Gil Fortoul dijo lo siguiente: «Cecilio Acosta es simplemente un espíritu dis-

tinguido! Los que conocen la literatura venezolana, en toda la América Latina y en España, proclaman, sin embargo, á Acosta como pensador eminentísimo y hablista consumado. Acosta reveló más de una vez que su ingenio se acercaba mucho al genio; pero el señor Calcaño, que no se ha atrevido todavía á llamar genio á alguno de sus hermanos, no era capaz de resignarse á ser justo para con aquel grande espíritu.» No se comprende, pues, cómo es que Gil Fortoul, que censura á Calcaño esa falta de justicia, caiga de lleno en la misma falta imperdonable al no mencionar en su último importantísimo trabajo, ó al mencionarlos con tibieza, á escritores, á oradores y á poetas que bien merecían de su corazón y de su alta inteligencia más entusiasmo y alabanza.

En la *Vida de Don Andrés Bello*, por el chileno Don Miguel Luis Amunátegui, hay datos preciosos, suministrados por el mismo Bello, atañedores al estado intelectual de Venezuela en los comienzos del siglo décimo noveno. En las semblanzas de algunos de nuestros mejores poetas por Don Julio Calcaño, entre las cuales figuran las de Domingo Ramón Hernández, José Ramón Yepes, Francisco Guaycaypuro Pardo, Miguel Sánchez Pesquera y Gabriel Muñoz, se advierte en todos sentidos más alcance que en las reseñas críticas, del mismo autor, á que atrás me he referido, y sirven á éstas, por lo mismo, como de complemento, tanto cuanto á los *Perfiles venezolanos* del señor Tejera el extenso trabajo que publicó en Nueva York Pérez Boualde, pero sin apartarse Calcaño de la unidad en el criterio dentro del orden de doctrinas literarias y filosóficas que profesa. El Doctor Juvenal Anzola ha hecho conocer en periódicos de Caracas cuatro artículos, demasiado imaginativos é hiperbólicos á veces, y en todas partes llenos de la abundosa generosidad que le distingue, titulados *Recuerdos universitarios*, los cuales merecen ser consultados en atención á los interesantes datos que ofrece, de 1880 en adelante, referentes al carácter, á la fisonomía moral, al espíritu de reacción y á las aspiraciones científicas y literarias de los jóvenes que por aquel entonces comenzaban á escribir, no menos que á la poderosa influencia ejercida sobre ellos por Cecilio Acosta con los rasgos esencialmente personales de su estilo literario, y también por el ilustre cubano Don José Martí (cuando estuvo en Caracas por aquellos años, y publicó apenas dos entregas de *La Revista Venezolana*, y luego colaboró extensamente desde Nueva York en las columnas de *La Opinión Nacional*).

La misma índole que los artículos del Doctor Anzola tiene la narración *Causerie* de Don José María Manrique, destinada

á recordar con una mezcla de entusiasmo y amargura el periódico *La Tertulia*, su oficina de redacción siempre ruidosa y animada, y aquella como sociedad literaria, sin estatutos, sin sesiones solemnes, sin funcionarios de ninguna clase, formada por los escritores más sobresalientes de entonces (1875), tanto viejos como jóvenes, y muy semejante en su fisonomía á la Academia privada que se alcanza á divisar en los comienzos del siglo décimo noveno, alimentada por el patriotismo de los dos Ustáriz. *Canserie* es digna de leerse, porque en ella se ve clara, aun cuando en rápido bosquejo, una de las épocas venezolanas en que las bellas letras han tenido más fervoroso culto.

Eloy Guillermo González comenzó á dar á la estampa, en las páginas de *El Cojo Ilustrado*, un estudio cuyo título es *Venezuela intelectual*; pero lo suspendió, no sé por cuál motivo, en el primer capítulo, que es como el resumen ó esbozo de lo que dice en los demás. Por último, las biografías de Andrés Bello, de Rafael María Baralt y de Cecilio Acosta por Víctor Antonio Zerpa, así como el copioso número de juicios literarios que este eminente compatriota publicó en el *Boletín de la Librería* de los señores Bethencourt, de Curazao; los de Saluzzo, de Lisandro Alvarado, de Gil Fortoul y López Méndez acerca de escritores venezolanos muy notables; las refutaciones al discurso inaugural de la Academia Venezolana Correspondiente, enderezadas menos al ilegible discurso que á la personalidad política del General Guzmán Blanco, y escritas con pluma apasionada y fulminante por el señor Marqués de Rojas, por el Doctor Santiago Ponce de León y por Víctor Antonio Zerpa, con el bien entendido de que las de los dos primeros no resisten la comparación con la de Zerpa, no ya sólo por la manera sabia con que en el trabajo de éste aparece la lengua manejada, sino también por el caudal de conocimientos que atesora, y por la firmeza y claridad de las censuras en la parte literaria y de filología; las semblanzas de Arístides Rojas, Cecilio Acosta y otros, publicadas en *El Cojo Ilustrado* por Eugenio Méndez Mendoza; los *Trovadores* (los de Venezuela) de Rufino Blanco-Fombona; los ubérrimos estudios crítico-filosóficos de Don Ricardo Ovidio Limardo; algunos muy jugosos de Pedro Fortoult Hurtado, Angel César Rivas y Pedro-Emilio Coll, y varias introducciones y prólogos (naturalmente de los que son dignos de leerse, porque hay otros que no fueron dictados sino apenas por la benevolencia exagerada y la amistad) puestos al frente de libros venezolanos por escritores del país, contienen un caudal de notas, de observaciones finas y pormenores importantes respecto de la evolución intelectual de Venezuela y del desenvol-

vimiento de las letras nacionales. Por consiguiente, esos trabajos todos, fuera de otros que se mencionan en diferentes puntos de este libro y de los que anteriormente se analizan, deben ser estudiados con ánimo sereno por el escritor que se proponga—lleno por supuesto de las hermosas condiciones de corazón é inteligencia que se necesitan para el caso—legar á la posteridad la historia crítica de la literatura patria, en la cual han brillado con clarísimo esplendor varones tan eximios por su ilustración y su talento como Andrés Bello, Fermín Toro, Juan Vicente González, Rafael María Baralt, José Heriberto García de Quevedo, Cecilio Acosta, José Antonio Calcaño, Juan Antonio Pérez Bonalde, Francisco Guaycaypuro Pardo, José Ramón Yepes, Jacinto Gutiérrez-Coll, Eduardo Calcaño, Luis López Méndez y Manuel Fombona Palacio.





CAPITULO

TERCERO

SUMARIO

Estado de la ilustración científica y literaria en Venezuela á fines del siglo décimo octavo y principios del siglo décimo noveno.—Noticias referentes al Padre Montenegro, los Ustáriz, Miguel José Sanz, Fray Cristóbal de Quesada y el Presbítero Escalona.—Nueva era intelectual de la República de 1830 en adelante.—El "Colegio de la Independencia."—Patriotismo de Don Feliciano Montenegro Colón.

NINGUN venezolano medianamente ilustrado debe de ignorar que la instrucción pública en Venezuela, á fines del siglo décimo octavo y á principios del siglo diez y nueve, era pobre, deficiente y restringida en grado sumo, por las reservas preventivas que la Corona de España siempre tuvo para ilustrar á sus Colonias de América, y muy especialmente á Venezuela. Temía, sin duda alguna, que la propagación y lectura de los libros nuevos, la difusión copiosa de las ideas avanzadas y el espíritu revolucionario de los Estados Unidos y de Francia despertasen y luego avigorasen el de la independencia hispano-americana, y por eso procuró á todo trance mantener á sus Colonias en un estado lamentable de ignorancia. Para comprobarlo, con referencia á Venezuela, citaré á varios historiadores distinguidos, casi siempre verídicos, y que por la misma razón merecen fe, á fin de no repetir yo lo que ellos dijeron con suficiente preparación y estudio.

Según Don Juan García del Río, «los colegios no eran, en

rigor, otra cosa que seminarios eclesiásticos, donde los jóvenes educandos perdían su tiempo para todo lo útil, y estaban sujetos á demasiadas prácticas religiosas. Como por esta época las ciencias sagradas eran las únicas que se hallaban en honor, porque el estado eclesiástico era la profesión que daba más crédito y utilidad, nacía de aquí que el principal instituto de los colegios, por no decir el único, era proveer á los pueblos de buenos ministros.» «Formaba la lengua latina la base de nuestros estudios, por la necesidad que de ella había para el estado eclesiástico, para la jurisprudencia civil y canónica, y para la práctica de la medicina; únicas puertas que estaban abiertas al americano para obtener una mediana subsistencia, ó merecer en la sociedad alguna consideración.» «Aprendíamos también, bajo el nombre de lógica, á porfiar más bien que á raciocinar, á jugar con la razón más bien que á fortificarla. Cualquiera hombre sensato que hubiese entrado en nuestros claustros, sin estar advertido antes, habría juzgado, por los gritos descompasados, del furor y el empeño que se tomaba por el ergotismo ridículo, ó que se hallaba en medio de una multitud de locos ó energúmenos.» «Un velo impenetrable nos encubría los idiomas extranjeros, la química, la historia de la naturaleza y la de las asociaciones civiles; una sombra muy oscura nos separaba del conocimiento de nuestro país, de nuestro planeta y de la mecánica general del universo; no teníamos la menor idea de las relaciones que ligan al hombre en sociedad, y á las sociedades entre sí.» «Viciada así la fuente que debiera dar ciudadanos útiles á la Patria, no se encontraba por todas partes en América más que disipación, falta de costumbres, inacción perezosa, galantería; y el extranjero instruido y sensible, al mismo tiempo que hacía justicia al talento natural y al carácter ameno, franco y hospitalario del hombre americano, se afligía al ver su mísera condición social, efecto todo de los principios de política que—desde el siglo diez y seis—han gobernado aquellas regiones. El desorden de la política no pudo, sin embargo, triunfar completamente del orden de la naturaleza; y por más que el despotismo quiso mantener á la América en la más crasa ignorancia, hubo de ceder algo al espíritu del tiempo, en obsequio de la ilustración del Nuevo Mundo, desde fines del siglo diez y ocho. Los destellos de luz que en tanta copia despidieron por aquella época los Estados Unidos de la América del Norte y la Francia, dieron una dirección más feliz á las ideas. A pesar de la vigilancia de la Inquisición, penetraron en las posesiones españolas las producciones inmortales de algunos filósofos; buscábanse con tanto más ardor, cuanto más perseguidas

eran ; estudiábanse en la soledad, y comenzaron á germinar en varias cabezas pensadoras los principios luminosos de los varones ilustres que tanto honor hicieron á su especie, y tanto bien.» «Un profesor de medicina enseñaba la anatomía, explicaba la filosofía, las leyes de la vida animal y el arte de curar (en clases particulares, por supuesto, que nó públicas), haciendo uso de un esqueleto y de preparaciones de cera ; y se notaba en



aquella ciudad (la de Caracas), como en otras varias del continente americano, mucha disposición á la música, cuyo creador fué el Padre Sojo, tío materno del Libertador Bolívar. Distinguíronse por su celo, en mejorar y extender la instrucción, Luis y Javier Ustáriz, cuya casa era una academia privada, donde se reunían varios literatos á cultivar las letras y las artes liberales ; el Licenciado Miguel José Sanz, justamente apellidado *el Lieurgo de Venezuela*, y el Doctor Don Rafael de Escalona, primer preceptor de física moderna en Caracas.» (1)

(1) *Revista del estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española.*

Según Don Ricardo Becerra, colombiano como García del Río, «aquella enseñanza, tan temida para la Corte Española, estaba reducida en la universidad caraqueña á algunos ramos de humanidades, una jurisprudencia capciosa basada enteramente en el derecho real, las ciencias teológicas y la medicina; y se dictaba conforme á los antiguos métodos, ó sea con exclusión absoluta de la experiencia y el análisis, y fiando la labor intelectual, si había alguna en efecto, á la metafísica tenebrosa con que entonces se pretendía razonar. Todavía á principios del siglo se pugnaba en vano por establecer en la capital la enseñanza de la química con aplicación á las artes y á la industria, necesidad que—dicho sea de paso—aún se hace sentir en nuestros días. Fuera de la mencionada Universidad, único establecimiento de ese género que por entonces existía en Venezuela, los criollos pudientes que aspiraban á educar sus hijos, los enviaban, unos á Europa, como sucedió con Bolívar; otros, á las universidades de Méjico y Santa Fe, en la última de las cuales recibieron su instrucción el futuro Obispo de Mérida (Laso de la Vega), Urdaneta y Luis Baralt; otros, en fin, colocaban los suyos en las pequeñas academias de los cuerpos militares que hacían la guarnición de las plazas de guerra. La insuficiencia de que por lo general adolecía el aprendizaje hecho en los planteles de la Colonia, era suplida por estudios solitarios.» (2)

Según el chileno Don Miguel Luis Amunátegui, «cuando tocó á Bello empezar á vivir, una ignorancia más ó menos absoluta era general. Las escuelas, los colegios, las universidades, sobre ser insuficientes en cuanto al número, dejaban mucho qué deseear en cuanto á la enseñanza. Los profesores de la calidad de Fray Cristóbal de Quesada, de Don José Antonio Montenegro y de Don Rafael de Escalona, fueron excepcionales. La introducción de libros se hallaba sujeta á muchas dificultades industriales, y á muchas trabas administrativas. Las contadas bibliotecas que se habían reunido, muy pobres en toda clase de obras, lo eran, particularmente más, en aquellas que no trataban de jurisprudencia ó de teología. La imprenta era una máquina rara, que sólo existía en las capitales de los virreñatos y en unas cuantas ciudades principales, y de que se hacía un uso nada provechoso, empleándose sólo en dar á luz las publicaciones más insustanciales. A la fecha de que voy hablando, no la había ni en Caracas ni en Santiago de Chile. Mas como un estado semejante fuese opuesto á la naturaleza, sólo subsistía artificialmente, mediante el aislamiento en que el Nuevo Mundo era

(2) *Discurso preliminar* de la obra en que se narra la interesante *Vida de Don Francisco de Miranda*.

mantenido respecto á los europeos. La vecindad de Venezuela á los Estados Unidos y á las Antillas, facilitaba, á despecho de las prohibiciones legales, la comunicaci3n con los extranjeros. Este trato m3s 3 menos clandestino, llev3 3 la sociedad venezolana, y sobre todo 3 la caraqueña, un germen fecundo de civilizaci3n, que se arraig3 pronto y fructific3 vigoroso y lozano. As3, no tard3 en operarse en este pa3s, ventajosamente situado, un movimiento intelectual notable, y una afici3n decidida al cultivo de las bellas letras y artes.» «El gobierno central, y aun el colonial, se vieron forzados 3 autorizar, en ciertas temporadas, ese comercio que hab3a dado tan poderoso impulso 3 la ilustraci3n venezolana.» «En los per3odos de tiempo que el comercio mencionado estuvo prohibido, el contrabando hizo sus veces. Fu3 admirable, me contaba Don Andr3s Bello, el fomento que este contacto con los extranjeros di3 en breve tiempo 3 la civilizaci3n en Venezuela. Junto con sus artefactos, los franceses y norte-americanos llevaron una gran cantidad de libros que, vendidos 3 precios 3nfimos, despertaron la afici3n 3 la lectura y popularizaron muchas ideas antes ignoradas. Los ingleses de las Antillas ejercieron el mismo ben3fico influjo, primero burlando las prohibiciones legales, y despu3s de 1808, francamente, merced 3 su alianza con la España.» «En los primeros añaos de este siglo visitaron 3 Venezuela varios extranjeros, los cuales, aunque no eran sobresalientes por el ingenio 3 la instrucci3n, excepto dos, ten3an ese barniz de cultura y esos conocimientos generales propios de los pueblos adelantados. As3, fueron para los venezolanos especie de libros vivos que, por medio de la conversaci3n, los iniciaron en rudimentos de ciencia vulgares en el Viejo Mundo, pero peregrinos en el Nuevo. Entre esos viajeros hubo dos que, desiguales entre s3, pues el uno era muy superior al otro, se distinguieron mucho de los dem3s. Ya he tenido ocasi3n de mencionar al ilustre y preclaro sabio Alejandro de Humboldt. Casi inmediatamente despu3s de 3l, en 1801, vino 3 Venezuela Monsieur Francisco Dep3ns, quien permaneci3 all3 cuatro añaos, hasta 1804, con el car3cter de Agente del Gobierno Franc3s.» «Antes de pasar 3 otra cosa, advertir3 que Dep3ns, observador excelente, not3 la solicitud de muchos venezolanos para procurarse en los libros extranjeros los conocimientos de que carec3an. Reproduzco sus palabras. *Toda la juventud españaola (enti3ndase venezolana), penetrada de la insuficiencia de su educaci3n, procura remediarla, buscando con avidez en libros extranjeros lo que falta 3 su instrucci3n.*» (3)

(3) *Vida de Don Andr3s Bello*, voluminosa 3 interesante obra, digna de ser m3s conocida en Venezuela.

Según Don Felipe Tejera, «allá en los principios, cincuenta años después de la Conquista, comenzó á rayar para Venezuela una vislumbre de educación. (4) El Obispo Don Diego de Baños (y Sotomayor, natural de Santa Fe de Bogotá) fundó en Caracas, en 1696, el Seminario de Santa Rosa, donde empezó á estudiarse latinidad, teología, cánones, filosofía aristotélica y música llana; pero aquí sólo estudiaban los jóvenes que seguían la carrera eclesiástica. (5) Los demás que podían hacerlo, iban á las universidades de Santo Domingo, Méjico ó Santa Fe de Bogotá. (6) Dicho Seminario quedó convertido en Universidad Real (y Pontificia), por cédula de Felipe Quinto, el año de 1721, aumentándose las clases con un curso de medicina y otro de derecho civil. (7) Mérida pidió una gracia semejante, y le fué negada, «porque Su Majestad no consideraba conveniente el que se hiciese general la ilustración en América.» Así, que la generalidad del pueblo no sabía leer; otros ni hablar sabían, y pocos habrían oído en su vida el Padre Nuestro. Cuando acertaba á existir algún maestro en un pueblo, lo era el sacristán de la parroquia, que enseñaba cosas divertidas. Nadie, por otra parte, estaba obligado á saber más que su maestro: que había brujas y duendes: que Nuestra Señora de la Copacabana era más milagrosa que Nuestra Señora de Coromoto: que Su Majestad el Rey de España era

(4) Conste que, en las presentes noticias, Don Felipe Tejera no hace sino extractar á Baralt, quien utilizó á su vez, para componer el magistral capítulo sobre *Educación pública* de su *Resumen de la historia antigua de Venezuela*, el extenso trabajo de García del Río, pero ampliándolo en muchos puntos, é ilustrándolo con sabias y elocuentísimas consideraciones. Don Aristides Rojas, posteriormente á Tejera, rastreó cuanto pudo en los archivos para escribir su estudio referente á los *Orígenes de la Instrucción pública en Venezuela*, y por eso es más preciso que todos los escritores anteriores en ciertos datos y pormenores históricos.

(5) «Los nombres de Locke, de Bacon, de Galileo, de Descartes, de Newton, de Leibnitz, jamás se oyeron pronunciar en las escuelas de América hasta ya muy entrado el siglo décimo noveno. Aristóteles, desfigurado lastimosamente por ignorantes expositores, dominaba en ellas sin contradicción, del mismo modo que en la época del renacimiento de las letras.»—Baralt, *Resumen de la historia antigua de Venezuela*.

(6) Recuérdese lo que dice atrás el historiador Becerra con relación á Urdaneta, Luis Baralt y el Obispo Laso de la Vega.

(7) «La cátedra de Medicina parece haber sido creada en 1763, época en que el Doctor Campíns y Ballesteros se obligó á leerla durante seis años, con la única recompensa de que se le dieran gratis las borlas de Maestro en Artes y Doctor en Medicina.» «La ciencia del Doctor Campíns se reducía á nociones de anatomía y de fisiología, á la patología de aquella época, y al conocimiento de la terapéutica y materia médica que desde remotos tiempos se enseñaban en las aulas de España. Sin modelos y laminarios de anatomía, sin textos, sin bibliotecas científicas, el estudio de la medicina no podía pasar de ser rudimentario.»—Aristides Rojas, *Orígenes de la instrucción pública en Venezuela*.

hijo único del Padre Eterno. Por lo demás, no había profesor de física, ni de matemáticas, ni de mecánica, ni, por último, de la lengua castellana. El profesorado era visto como ocupación de gente de menor valer; la única carrera que no desdoraba era la del sacerdote; ser médico, poseer un oficio, vivir, en fin, de algún trabajo personal, argüía baja alcurnia, poca nobleza ó corrupción de costumbres. (8) Bajo Carlos Tercero se logró



Miguel José Sanz

algún respiro en la enseñanza, y se introdujo en América el arte de la tipografía. Bogotá tuvo un observatorio (astronómico); Méjico, un jardín botánico; pero Venezuela quedó en sus mismas tinieblas. (9) A pesar de todo, hacían grandes esfuer-

(8) «Exceptuando las carreras del episcopado y de la jurisprudencia, las demás eran repudiadas. Hubo abundancia de teólogos y de filósofos, en tanto que los barberos desempeñaban el encargo de cirujanos, los yerbateros el de médicos, y pasaban como insignes arquitectos científicos los alarifes.»—Aristides Rojas, *Orígenes de la instrucción pública en Venezuela*.

(9) «Estas mejoras (las tan importantes para entonces implantadas en Méjico y en Bogotá, así como también en Lima, en Quito y en Guatemala), y muchas más que se introdujeron en los estudios americanos, no fueron por cierto concesiones espontáneas del Gobierno, el cual no sólo se mostró siempre poco dispuesto á concederlas, sino que las retiró después, en parte, á los lugares en que las había al principio permitido. Su introducción se debió á algunos ciudadanos americanos y españoles, que destinaron parte de sus

zos los hijos del país para ilustrarla, y fueron sus principales lumbreras Don Pedro Sojo, sacerdote que inició en Caracas el arte divino de la música; los clérigos Rafael de Escalona y Alejandro Echezuría, que leyeron las primeras lecciones de filosofía moderna (destruyendo así el peripato, según lo dicho por Baralt); y el sabio Doctor José Antonio Montenegro, Vice-Rector del *Colegio de Santa Rosa*.» (10)

Según Arístides Rojas, «ni la física, ni la química, ni las ciencias exactas, ni las naturales, ni el derecho de gentes, ni la historia, ni la ciencia geográfica, ni la ciencia del hombre, fueron conocidas en Caracas» ni aun durante el siglo décimo octavo. «Humboldt encontró á Caracas en el estado más completo de atraso respecto de estudios científicos. Los nuevos instrumentos de matemáticas que tenía el sabio, llamaron la atención, no sólo de los curiosos, sino también de los ingenieros españoles. El único espíritu científico, con nociones exactas de la astronomía moderna, fué el de un fraile franciscano:—el padre Puerto.» «Para la fecha en que Humboldt visitó á Caracas, puede decirse que la Universidad se preparaba á recibir reformas provechosas, debido á los esfuerzos de Marrero, Escalona, Montenegro y otros jóvenes ilustrados que—impelidos por las necesidades de la civilización—comenzaban la propaganda de las nuevas ideas. Los libros importados durante los últimos años de aquel siglo, la visita de viajeros ilustrados y de naturalistas que precedieron á Humboldt, el desarrollo del comercio con las naciones extranjeras, la introducción de periódicos y hasta las mismas ideas revolucionarias importadas á América, fueron otras tantas causas que contribuyeron á levantar el espíritu de una juventud que destinaba la Providencia á representar un gran papel en los destinos de la Patria.» (11) Y

fondos y sus propios conocimientos al santo objeto de propagar las luces, y al celo ilustrado y filantrópico de algunas, aunque contadas, autoridades políticas y eclesiásticas. Venezuela, sin embargo, siempre desatendida, no tuvo parte en ninguna de estas reformas, sin exceptuar la de imprenta; pues aunque la introducción de ésta fué permitida en los primeros años del siglo, quedó el uso sujeto á restricciones y censuras infinitas; por lo que nunca sirvió, en tiempo del Gobierno Colonial, sino para publicar nauseabundas injurias contra la Francia y Bonaparte, é irritantes mentiras sobre el estado de la Península. Todo con el fin desacordado de mantener la Colonia en la ignorancia de los sucesos de Europa, sin reflexionar que esa ignorancia debía ser causa de desconfianzas é inquietudes peligrosas.»—Baralt, *Resumen de la historia antigua de Venezuela*.

(10) Véase el *Manual de historia de Venezuela*.

(11) *Orígenes de la instrucción pública en Venezuela*, notabilísimo estudio que recomendando á los lectores, á pesar de la flaqueza de lógica y de la poca meditación que revelan algunos de sus juicios.

en los *Orígenes de la biblioteca nacional*, trabajo inserto en el extenso *Apéndice* del primer volumen de los *Estudios históricos*, agrega el mismo autor: «Sería inútil investigar si hasta esta fecha (1808) hubo en la capital de la Colonia (Caracas) alguna biblioteca pública, pues donde no existen ni la instrucción pública, ni la imprenta, ni el comercio de libros, es muy difícil



que pueda hallarse el establecimiento oficial que caracteriza, en todo país, el adelanto de la sociedad y las ideas avanzadas de los mandatarios.» «A los conventos de frailes, fundados dos de ellos á fines del siglo décimo sexto, se deben las primeras importaciones de libros á la tierra venezolana. Posteriormente á la fundación de los conventos de San Jacinto y de San Francisco, se erigió en 1698 el Seminario Tridentino, que principió á establecer las bases de una biblioteca, rica en obras ascéticas y en pergaminos que datan, algunos de ellos, del siglo décimo quinto. Más rica que las bibliotecas de los conventos, la del seminario poseyó una variada colección de clásicos antiguos y muchas obras referentes á la historia de América.» «En la biblioteca del Seminario Tridentino fué donde Andrés Bello, desde sus primeros años, á fines del siglo pasado, se nutrió con el estudio de los clásicos latinos y españoles. En ella pasaba

el joven filólogo largas horas entregado al estudio; y refería el venerable patricio, en los últimos años de su vida, que en aquella biblioteca fué donde leyó por la primera vez el *Quijote* de Cervantes. Desde la introducción de la imprenta, ésta se limitó, principalmente, á la publicación de los documentos oficiales del Gobierno Colonial; y después, á los escritos revolucionarios. La *Gaceta*, decretos, hojas volantes, folletos políticos y religiosos: de todo ésto se publicó, y nada que manifestase un propósito conexionado con la instrucción del pueblo, arrastrado por aquel torbellino de las pasiones que se ha llamado *la guerra magna* (1810-1821). Mas en medio de este silencio oficial de ambos partidos beligerantes, los particulares no se descuidaron en fomentar las bibliotecas formadas en el transcurso del tiempo á fuerza de constancia, y llenas de obras, la mayor parte, introducidas clandestinamente. Entre estas bibliotecas particulares figuraron, en primer término, las de Roscio, Yáñez, Espejo, Sanz, Blandín; las de los Presbíteros Lindo, Montenegro, Maya, Sierra, Escalona, Quintana; la de los hermanos Ustáriz, en los valles de Aragua, y la de Peñalver, en Valencia.»

Según Alejandro de Humboldt, «la multiplicación de comunicaciones con el comercio de Europa, y aquel mar de las Antillas que hemos descrito como un mediterráneo con muchas bocas, han influido poderosamente en los progresos de la sociedad en la isla de Cuba y en las hermosas provincias de Venezuela. En ninguna otra parte de la América Española ha tomado la civilización un aspecto más europeo. El crecido número de indios cultivadores que habitan á Méjico y el interior de Nueva Granada, dan á estos vastos países un carácter particular, acaso más exótico; pero en la Habana y en Caracas, á pesar de la población negra, cree uno estar más cerca de Cádiz y de los Estados Unidos, que en ninguna otra parte del Nuevo Mundo.» «En muchas familias de Caracas he hallado gusto por la instrucción, conocimiento de los modelos de literatura francesa é italiana, y una predilección decidida por la música, que cultivan con éxito, y que sirve para unir las diferentes clases de la sociedad, como lo hace siempre la cultura de las bellas artes.» (12)

Según el Doctor José María de Rojas, «la imprenta, esta potencia civilizadora que España había llevado en épocas más remotas á varias de sus Colonias; que funcionaba en Méjico desde 1566, en Cuba desde 1787 y en el Río de la Plata desde 1789, no fué conocida en Venezuela sino en 1808, año en que

(12) *Viaje á las regiones equinocciales del Nuevo Continente.*

plugo á la autoridad colonial hacerse de una que al acaso existía en la vecina isla de Trinidad, y que era la misma que el ilustre General Miranda—patriota predestinado á la muerte en el arsenal de la Carraca, en Cádiz—había llevado consigo cuando invadió en 1806 la provincia de Coro, y tuvo que retirarse por la falta de la cooperación ofrecida.» (13) Y según Arístides Rojas, «la primera imprenta que vino á Venezuela, fué la que trajeron los buques expedicionarios del Generalísimo Don Francisco de Miranda. Depositada en la isla de Trinidad, después del fracaso de la expedición, la adquirieron los norte-americanos Gallagher y Lamb, primeros tipógrafos que se establecieron en Caracas (1808). El primer periódico que salió de esta imprenta, fué la *Gaceta de Caracas*, hoja semanal cuyo primer número se publicó el 24 de octubre del referido año.» (14)

Según Don Rafael María Baralt, «en Venezuela no existió nunca una clase en donde se enseñaran la historia de España y su literatura, y aun á fines del siglo décimo octavo, cuando el comercio y la educación pública habían recibido mayor ensanche, las primeras ideas de los naturales, acerca de las humanidades, las aprendieron en libros extranjeros. Los nombres de Racine, Corneille, Voltaire y otros insignes autores franceses, fueron conocidos y ensalzados primero que los de Lope de Vega, Calderón, Garcilaso, Granada, León, Mariana y tantos otros príncipes de la literatura castellana. Ningún lazo de unión y afecto entre dos pueblos será jamás tan fuerte como el del cultivo de las mismas artes y del mismo idioma. Hace comunes el historiador los grandes hechos patrios, y los fija, con el encanto del estilo, en la memoria. En sus libros se aprenden los ejemplos de virtud y de heroísmo; ellos nos enseñan á amar la nación que los produjo, y á poco de haberlos meditado, nos embebemos en sus principios, en sus sentimientos y pasiones. ¡Cuánto no nos hace gozar el poeta! Con él reímos ó lloramos, con él perfeccionamos el entendimiento, con él hallamos consuelo en las desgracias de la vida. Mucho debe faltar en el alma y en la inteligencia del hombre desgraciado que—al leer el rico tesoro de la poesía española en todos sus ramos—no ame, aun sin conocerlos, los sitios que inspiraron sus dulces armonías, los usos y costumbres que fueron, por decirlo así, nacimiento del raudal copiosísimo de su gracejo, y el cielo que inspiró y el que produjo tantos, tan fecundos y sublimes vates. Así, el Gobierno Español, cuando privó á sus Colonias de es-

(13) *Introducción á la Biblioteca de escritores venezolanos.*

(14) Breve noticia acerca de los orígenes de *La prensa periódica en Venezuela.*

tos estudios, renunció neciamente á una de las más grandes simpatías que debían unir los pueblos de sus dominios, en beneficio general y de sí mismo.» (15)

Según Julio Calcaño, «fué á fines del siglo último cuando la revolución de los Estados Unidos del Norte, la revolución de Francia y el consiguiente estado anormal de la Península, abrieron nuevas sendas á las ideas de los sur-americanos, hicieron posible la introducción clandestina de libros prohibidos, y contribuyeron en gran manera á la lucha de independencia, que cambió por completo la mísera condición de las Colonias, las cuales acaso hubiera conservado España con la práctica de un sistema de colonización y gobierno más liberal, y con la difusión de las luces que preparan el corazón y el espíritu para figurar en la escena de la civilización.» «De ahí (ó sea de la tiranía ejercida por la Corona de España sobre Venezuela con particularísimo interés, y de su calculada mezquindad para difundir la ilustración entre nosotros) que sólo contemos como caudal propio en aquella época (si nos referimos á la literatura nacional) algunos *vejámenes* y otras poesías de diverso género, pálidas todas y generalmente mal rimadas; la primera parte de la *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela*, por Don José Oviedo y Baños, obra importante por la autenticidad de sus noticias, y cuya segunda parte, aún manuscrita á la sazón, fué substraída al señor Coronel Don Feliciano Montenegro Colón, y según se dice, consumida por el fuego; y entre otras, de las cuales algunas, por imperdonable incuria, no han visto todavía la luz pública, el *Teatro de Caracas y Venezuela*, por Don Blas José Terrero, fraile franciscano de grande erudición y talento.»

Pero «en vano buscaríamos en los desmañados poetas y literatos de la Colonia Venezolana el sello glorioso de la rica y majestuosa poesía española, ni la corrección y belleza de su prosa: en vano la elocuencia de los Luises de León y de Granada, la pureza de Jovellanos y la gracia de Meléndez Valdés; ni el galano ingenio de Calderón y de Cervantes; ni la dulzura de Figueroa; ni el nervio de Cienfuegos; ni el corte clásico de entrambos Moratines.» (16) «Nuestra literatura alborea con el sol de la revolución de independencia.» «La revolución de

(15) *Resumen de la historia antigua de Venezuela.*

(16) Conste que en esta opinión no estoy de acuerdo en absoluto con el señor Calcaño, porque en la obra de Oviedo y Baños, verbi gracia, hay páginas enteras que son dignas, por la brillantez del colorido, por la expresión correcta y por la manera elegante de la forma, de los mejores y más gustosos hablistas castellanos de los del siglo de oro.

independencia trae un movimiento de vida inusitado, que presagia una nueva éra para la Patria. Asoma el anhelo de saberlo y de comprenderlo todo; y al lado de las juntas revolucionarias se efectúan otras esencialmente literarias en la casa de Don Luis y Don Francisco Javier de Ustáriz, donde promueven las artes de la paz dos hombres tan sabios como piadosos:



José Rafael Revenga

Don Miguel José Sanz y Don José Antonio Montenegro.» Sin embargo, «aquella literatura no podía ser más pobre. Vicente Salias, autor de *La medicomaquia*, aunque ingenioso y fácil, es prosaico y gusta de emplear expresiones vulgares. Vicente Tejera es tan frío y amanerado como Domingo Navas Spínola. Pelgrón escribe coplas donosas, pero que acusan su escasa instrucción. José Domingo Díaz, el porta-estandarte de Boves en la prensa, moja la pluma en sangre; y escribe un drama, *Inés*; y da á luz otros trabajos literarios de condiciones nada viables, como que murieron al nacer. Tampoco logra vivir el drama *Annibal* del poeta González. Nadie hace memoria de los versos de Arroyal y de Eguiarreta; y Don José Luis Ramos, helenista, humanista y gramático de mérito, no lega á la posteridad obra maestra alguna que sirva de regocijo á las musas. Lo repetimos, aquella época de transición violenta no es la época de los poetas; pero el ardor de las pasiones, las ideas su-

blimes de patria, independencia y libertad, exaltaban el espíritu y el corazón; y Venezuela contaba, en cambio, con brazos de acero y con tribunos dignos del foro de la antigua Roma.» (17)

En trabajos de índole como la de este en que me ocupo, es claro que se necesita precisar bien las figuras de aquellos buenos ciudadanos que tuvieron más relieve en un momento dado, porque su ilustración explica la de la época en que sobresalieron, las preocupaciones que entonces imperaban, y el influjo que ellos alcanzaron á tener en el desenvolvimiento intelectual de Venezuela. Los perfiles que voy á consignar, no son suposiciones de la mente, puesto que se conforman en un todo con los datos suministrados, por nacionales y extranjeros distinguidos, acerca de los Ustáriz, de Sanz y Montenegro. Leamos á Don Rafael María Baralt: «El bueno, el afectuoso, el sabio Doctor José Antonio Montenegro, Vice-Rector del *Colegio de Santa Rosa*, fomentó las reformas literarias con sus propios trabajos; alentó á la juventud estudiosa con su ejemplo, sus consejos y sus escasos bienes de fortuna, teniendo la gloria de contar entre sus alumnos y favorecidos á los hombres que hoy día se distinguen más en Venezuela por su virtud y por su ciencia.» (18) Leamos al chileno Don Miguel Luis Amunátegui: «Según lo que Don Andrés Bello me refirió varias veces, Montenegro era un hombre de bastante mérito, que componía versos, no sólo en la lengua de Garcilaso, sino también en la de Virgilio; que tenía nociones de literatura francesa, y que en los años juveniles había leído hasta libros prohibidos; pero que con la edad había vuelto á las añejas ideas, de las cuales era uno de los más tercios sostenedores.» «Estaba, sobre todo, persuadido de que—en el misterio de las bibliotecas—las obras de los enciclopedistas operaban, entre ciertos criollos de la primera clase, una propaganda que consideraba funesta para el régimen establecido, por cuya conservación hacía votos. De esta convicción nacía que estimara peligroso el conocimiento de la lengua que había servido de órgano á Rousseau y á Raynal.» (19)

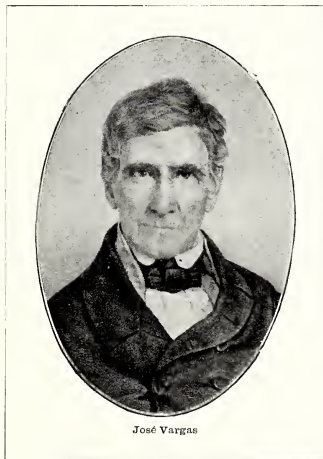
Respecto de los Ustáriz, dice el mismo Amunátegui, refiriéndose á los datos que Don Andrés le suministró: «Entre los condiscípulos con quienes Bello trabó amistad en el *Colegio de Santa Rosa*, había uno llamado José Ignacio Ustáriz, que pertenecía á una de las familias de Caracas más conspicuas por

(17) *Reseña histórica de la literatura venezolana.*

(18) *Resumen de la historia antigua de Venezuela.*

(19) *Vida de Don Andrés Bello.*

el linaje y el caudal. Don Luis y Don Javier Ustáriz, hermanos mayores de Don José Ignacio, en especial el primero (no hagan caso los lectores del enorme desliz anfibológico del escritor chileno), tenían el cetro literario del país. Ambos eran poetas, grandes favorecedores de los devotos de las musas, oficiosos aristarcos de los ingenios noveles que empezaban á despertarse. La casa de estos caballeros se había convertido en



José Vargas

una especie de Academia, á donde concurrían cuantos en la capital de Venezuela figuraban por las dotes del espíritu.» (20) Y con relación apenas á uno de los dos hermanos (Don Francisco Javier), noble figura resaltante (la que ofrece la pluma al señor Marqués del Toro) en el admirable cuadro al óleo donde el pintor Tovar y Tovar dejó representado el gran momento histórico en que se firma el acta de nuestra Independencia Nacional, se lee en un trabajo publicado por el director de *La América Ilustrada y Pictórica* (número 17): «Patriota eximio y distinguido literato, brillaban en él, con toda la gracia de la naturaleza, las cualidades más amables del alma, las más heroicas del corazón, las más brillantes de la inteligencia. Bolívar oía á Ustáriz en asuntos graves sobre Administración Pública, y prueba ine-

(20) La misma obra.

quívoca del alto aprecio en que tenía sus aptitudes, fué la excitación que le hizo, en 13 de Agosto de 1813, para que expusiese sus ideas y opiniones sobre la organización política y social más conveniente para Venezuela, á lo que atendió Ustáriz presentando un plan de Gobierno Provisorio y un proyecto de Constitución muy ilustrado, que no pudo ponerse en práctica, como lo deseó el Libertador, porque muy pronto se perdió segunda vez la República, por los acontecimientos adversos de la guerra.» Con referencia á Sanz, á quien Depóns conoció, para ensalzar después sus prendas y virtudes; á quien Humboldt calificó de *el Lieurgo de Venezuela*, y por quien dijo que podía hacerse viaje á Tierra Firme con el objeto de conocerle y tratarle, leamos otra vez al sucesor de Donoso Cortés en el sillón de la Academia Española, pero no sin dejar de hacer constar que aquel patriota insigne alcanzó mayor altura por su ciencia que por su gusto literario: «Por su elevada capacidad, tanto como por los servicios que hizo á su patria, descollaba el Licenciado Sanz, honor del foro venezolano. Este hombre nació de honrados padres, en Valencia, por los años de 1754, y aplicado desde la edad temprana al estudio de la jurisprudencia, hizo en él y en los pocos conocimientos que entonces se enseñaban tan notables progresos, que muy luégo llamó la atención y mereció el afecto de algunos hombres ilustrados, que sacrificaban en secreto al numen de las ciencias. Estos le proporcionaron cautelosamente la lectura de algunos libros prohibidos, por cuyo medio llegó en pocos años á alcanzar un caudal de instrucción inmenso para aquel país y para los tiempos que corrían, y sin duda alguna, muy superior al de la generalidad de sus conciudadanos. Conoció entonces, lleno de asombro, los admirables adelantos que las ciencias físicas, morales y políticas habían hecho en Europa, y midió con no poca aflicción el hondo abismo de ignorancia en que estaba sumido su país. Desde entonces yá no hubo para él más placer que el estudio, más anhelo que la ilustración de sus conciudadanos; y acaso, leyendo á escondidas y en altas horas de la noche á Rousseau, á Voltaire y á Raynal, se le ocurrió como en sueños la idea confusa, y en aquel tiempo quimérica, de ver libre y dichosa á su patria. Ello es que Sanz, dotado de alma fuerte, de claro ingenio y sólida piedad, consiguió cerrar su corazón á las erróneas doctrinas morales del siglo décimo octavo, al mismo tiempo que abría los senos de su vasto entendimiento á todas las verdades que sobre el gobierno y los pueblos, sobre el hombre y las sociedades, defendieron é ilustraron también Beccaria, Burlamaqui, Montesquieu, Puffendorf y otros autores. No menos aficionado

á la difícil cuanto necesaria ciencia de la economía política, á las buenas letras y á las artes liberales, nuestro joven letrado meditaba constantemente las teorías de Smith, y en sus raros y cortos ocios descansaba de los estudios graves en el regazo de las musas. Sanz, pues, era jurisconsulto, literato, filólogo, economista y poeta; tenía lo que es mejor que el saber, la honradez; y en grado superior, aquel dón precioso del cielo sin el cual valen poco, para la felicidad de la vida, la ciencia del sabio y el ingenio del poeta; es á saber, el dón de gentes. Semejante hombre no podía vivir oscuro, ni aun cuando su modestia hubiera sido igual á su mérito; tanto menos que Sanz, sin ser orgulloso, tenía la noble ambición de distinguirse entre sus conciudadanos y la de ser útil á su patria. Lo uno y lo otro consiguió plenamente. Varias defensas ruidosas en que lució su habilidad como orador y como letrado, le ganaron aura popular; y su honradez, sabiduría y compostura, el afecto y confianza de las autoridades. No se valió de ellas Sanz para enriquecerse, nó; antes rehusó constantemente grandes pensiones que, como justa recompensa de sus servicios, se le ofrecieron varias veces. Uso más noble hizo del favor que gozaba, obteniendo en beneficio de su país medidas de fomento para el cultivo y comercio de sus ricas producciones: promoviendo la formación y organización del Colegio de Abogados, con el fin de dar á su noble profesión el lustre que tiene en todas las naciones: consiguiendo la erección de una clase de Derecho Público, de que fué catedrático, los pocos años que duró, el sabio regente de la audiencia Don Antonio López Quintana: arreglando los pesos y medidas, cuya alteración era causa de muchos males públicos: redactando, con general aceptación y aplauso, las ordenanzas municipales de Caracas, que los desórdenes y desastres posteriores no dejaron plantear; y, en fin, consagrando todos sus desvelos y trabajos, todos sus pensamientos y escritos, al fin que se había propuesto de mejorar en su patria la instrucción primaria y la académica, basas esenciales de una sólida y verdadera grandeza popular.» (21)

Con la muerte del ilustre letrado fueron á manos de Morales sus preciosos trabajos literarios, y entre otros, una parte de la historia de Venezuela, para cuya redacción había acoopiado inmensos materiales. Todos fueron destruidos, así como

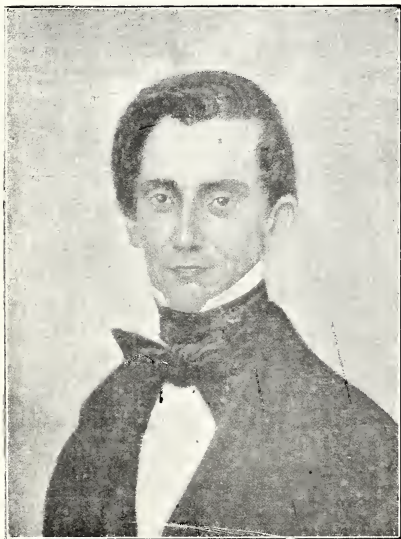
(21) El discurso de Sanz en elogio de la jurisprudencia, así como el destinado á corregir la educación pública de Venezuela á fines del siglo décimo octavo, revelan, antes que todo, el entusiasmo con que trabajaba tan eminente ciudadano, espejo de varones honrados y virtuosos, por la cultura é ilustración de su país.

en 1812, después del fracaso de Miranda, una colección completa de los trabajos literarios que se leían, se juzgaban y se guardaban, como en un archivo nacional, en la biblioteca de la casa-academia de Don Luis y Don Francisco Javier de Us-táriz, aunque dichos trabajos nada tenían qué hacer con la política. Lo cual prueba que el espíritu de sangre, de exterminio, de destrucción y arrasamiento pavoroso de los conquistadores castellanos en América, no había muerto á pesar de la civilización de España tan decantada por sus hijos, sino que renacía más potente y formidable, con el propósito de sobrepujar el espíritu revolucionario de nuestra Independencia por medio del terror, que es el arma de que se valen los tiranos contra las racionales protestas y las legítimas reclamaciones del derecho. (22)

Obra de rapacidad, obra de codicia, obra de exterminio y de desolación fué en su parte más notable la conquista castellana entre nosotros, aun cuando de otro modo la califiquen los escritores españoles, en razón de su nacionalismo exagerado; y semejante obra, cuyo complemento era la conservación de América bajo el dominio de la Corona de España, aunque fuese atropellando todos los fueros de la civilización, de la justicia y de la humanidad, recomenzaba tremenda y formidable después de aquel inmenso grito lanzado por Venezuela el 5 de julio de 1811, en cuanto iniciadora del movimiento revolucionario. En 1817, el General Don Pablo Morillo escribía al Coronel Ceruti, Gobernador para entonces de Guayana, las siguientes escandalosas palabras, en las cuales no se siente sino el vaho de la sangre y la medrosa ferocidad del tigre carnicero: «Haga usted en esa lo que yo he hecho en Nueva Granada: cortar la cabeza á todo el que sepa leer y escribir, y así se logrará la pacificación de América.» Y Don Feliciano Montenegro Colón, en los *Apuntes históricos* de su obra *Geografía general para el uso de la juventud de Venezuela*, se expresa en los términos que siguen: «A fin del año (de 1814) todo anunciaba en el Oriente (de Venezuela) que la dominación española sería duradera, y esta confianza con-

(22) El último de los párrafos del estudio titulado *Historiadores de Venezuela*, por el académico Doctor Seijas, dice así: «Por no prolongar demasíadamente este artículo, habremos de limitarnos á enumerar sólo por su título otros libros ó folletos, inclusive algunos antiguos, sobre el particular que nos ocupa, y que ó hemos visto, ó han llegado á nuestra noticia. Antes de todo, séanos permitido expresar nuestro sentimiento por la pérdida que en 1814, y á causa de la emigración de las familias de Caracas, hizo de sus baúles y papeles, en los cuales había más de treinta pliegos de la *Historia de la revolución de Venezuela*, que estaba escribiendo, el insigne patriota señor Licenciado Miguel José Sanz.»

tribuyó inmediatamente á hacer más conocidas las intenciones de muchos de los de ultramar, pues el brigadier Fierro, uno de los que estaban reputados por de mejores sentimientos, no pudo disfrazarlos con su genial hipocresía, y dijo en carta del



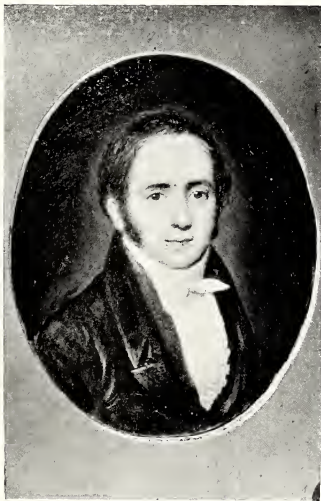
Juan Manuel Cajigal

29 del mismo mes (de Diciembre) dirigida á un compatriota suyo: *Que daba las gracias á Dios por haber concluido con aquella gavilla de bribones; que era necesario, para extinguir la canalla americana, no dejar uno vivo; que aunque habían muerto, de una y otra parte, doce mil hombres, debía tenerse por una fortuna, pues todos los más eran criollos y muy raro el español; que si fuera posible arrasar con todo americano, sería lo mejor, pues se estaba en el caso de extinguir la presente generación; y que, en fin, debía sembrarse la que-*

rra intestinal, para que los criollos se acabaran unos con otros.» (23) Lo que sentían los escuadrones españoles contra la población venezolana, era odio tremendo é implacable; la sangre que derramaban, hasta de niños y mujeres, así lo publica á grandes voces; las numerosas crueldades de los jefes, presenciadas por testigos que después las contaron á los historiadores para su exacta narración, no pueden calificarse de otra suerte que de espantosos crímenes. Aquellos hombres como hienas tenían sed hasta de sangre de inocentes; y si Bolívar, en la apocalíptica proclama de Trujillo, conminó con la muerte á españoles y canarios aun siendo indiferentes, quizás y sin quizás ello no fué por la pasión de la venganza (como lo dejan entrever algunos escritores que juzgan el decreto de *la guerra á muerte* desde la paz de su vivienda, en un período de civilización y de normalidad, á setenta años de distancia del tiempo en que se dictó, y sin encontrarse de ninguna manera en medio de las desesperantes circunstancias en que se encontró Bolívar); quizás y sin quizás ello no fué, vuelvo á decir, en fuerza de sentimientos mezquinos, ni menos por ejercer el derecho de las represalias sin ningún noble designio, sino con el propósito de intimidar á los jefes españoles, de detenerlos en el camino de sus monstruosidades vitandas, y de imponerles los principios de la civilización en medio de la guerra. Pero á pesar de los *gloriosos y edificantes* hechos que acabo de citar; á pesar de Morales y de Boves, de Monteverde y de Morillo, y á pesar de la empoñosa mezquindad de la Corona de España para difundir la ilustración por sus Colonias, Don Marcelino Menéndez Pelayo, pongo por escritor español intransigente hasta rayar en el grosero y descomedido vituperio, ha osado publicar desvergonzados é inconsistentes parrafillos como el que va en seguida, sobremanera indignos de su talento poderoso y de su gran sabiduría: «La colonización del Nuevo Mundo, en el cual sembramos á manos llenas religión, ciencia y sangre, para recoger más tarde cosecha de ingratitudes y deslealtades, *propia fruta de aquella tierra.*» Afortunadamente, los hispano-americanos sabemos bien á qué atenernos respecto de la índole cristiana, humanitaria y civilizadora de la conquista castellana ó colonización del Nuevo Mundo, tenemos la convicción inquebrantable de la justicia que dió margen á la gloriosa guerra de nuestra Independencia, nos reímos cuando Menéndez Pelayo, sin fijarse en lo que dice, se atreve á llamar filibusteros á poetas americanos como Bello, y entendemos cuánto valor deben tener en ciertas y determina-

(23) Véase el tomo cuarto, página 185 de la obra.

das veces las opiniones de los sabios, á pesar de las declamaciones exaltadas de escritores tan celebrados y famosos como Don Juan Valera, como Don Alejandro Pidal y Mon, ó como la en ocasiones bravía é inútilmente desdeñosísima señora Doña Emilia Pardo Bazán. Verdad es que Juan Vicente González es-



Tomas Lander

cribió en su *Historia del Poder Civil*: «La América tuvo Virreyes probos, que fueron á mendigar á España después de haber mandado sobre opulentos pueblos; Gobernadores bondadosos, que tomaron el partido de las Colonias contra el gobierno de las Indias; Prelados sabios y virtuosos, cuya memoria debe florecer entre nosotros; Oidores incorruptibles, que honraron la magistratura.» Pero las excepciones luminosas no sirven sino para hacer más oscuro el tono general del sistema de gobierno empleado por Su Majestad Católica en América, según de sobra

se comprueba con las tremendas demasías y excesivas restricciones que se vieron durante el régimen de la Colonia, tanto cuanto con las crueldades sombrías que los jefes peninsulares cometieron, para afrenta de la humanidad y de la civilización cristiana, durante la guerra de la Independencia; crueldades con cuya lectura se reviven los pavorosos recuerdos de la época de la Conquista. Verdad es que el argentino Don Calixto Oyuela, como para pasar una esponja sobre toda reminiscencia dolorosa y buscar la manera de fortalecer nuestras relaciones más cordiales con la Madre Patria, ha dicho en sus *Apuntes de literatura*: «Mucho se ha declamado y se declama todavía contra España, su régimen colonial y el estado de atraso intelectual en que mantuvo sus posesiones de América; pero sin negar parte de la verdad que puedan contener tan insistentes declamaciones, la investigación detenida y seria de los orígenes, circunstancias y desenvolvimiento de ese período histórico, impide de todo punto hacer coro á esas sistemáticas acusaciones.» Y Don Felipe Tejera, en su *Manual de Historia de Venezuela*: «Con todo, fuerza es convenir en que tales errores no eran exclusivos del Gobierno Español, representante para entonces de la primera Potencia Europea; sino que lo eran de la época en general, y del espíritu de conquista y de represión que se había enseñoreado del mundo.» Y el ilustrado agustino Don Francisco Blanco Garcéa, en su historia de *La literatura española en el siglo diez y nueve*: «Así viene á demostrarse (con el espíritu de humanidad y de fe religiosa que animaba á algunos de los colonizadores) que no fué descubierto y conquistado el Nuevo Mundo solamente por aquellos colosos para el mal soñados por la fantasía ardiente de Quintana, y contra los que se desató en invectivas fogosas el odio de los poetas americanos, al verificarse la emancipación de las colonias españolas, convertidas en Repúblicas. De igual manera cabe afirmar que—si el progreso y la cultura implantados en ellas por la Metrópoli no llegaron, desde el siglo décimo sexto hasta el décimo octavo, á significar lo que hubieran significado en más favorables circunstancias, á éstas hay que atribuir principalmente las deficiencias que por costumbre se achacan á nuestros gobiernos. Y no se arguya en contra citando hechos aislados; cuya responsabilidad debe caer sobre algunos individuos ambiciosos, ineptos ó criminales; nó sobre la nación de que eran hijos espurios y que indignamente deshonraron.» Verdad es, como ya he dicho, que los dos primeros literatos han emitido aquellas consideraciones para disimular la conducta de la Nación Española en los que fueron sus dominios de América, y el último, como buen hijo de su patria, para defenderla de los car-

gos que han llovido sobre ella de plumas elocuentes é ilustradas; pero no debe olvidarse que los errores de España no tenían razón de ser después del triunfo de la Independencia, que la época no era yá la misma de fines del siglo décimo octavo y principios del siglo décimo noveno, que el espíritu general se había modificado considerablemente con la innegable influencia de la gloriosa emancipación hispano-americana, y que la revo-



Agustín Codazzi

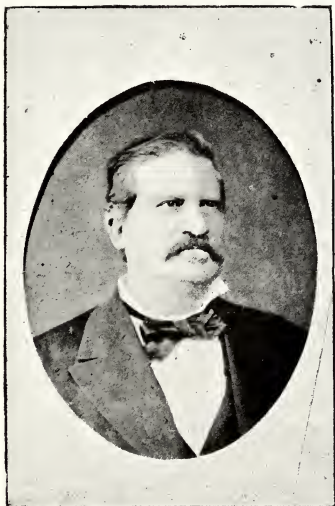
lución de Cuba no fué sino la protesta armada del derecho contra el intransigente propósito conservador de la Península, la cual, no sabiendo antever los desastrosos resultados de su injustificable resistencia, cerró los oídos á consejos de pensadores tan notables como Don Francisco Pi y Margall, se aventuró gallardamente en guerra de un instante con los Estados Unidos, vió con despecho y amargura la derrota y humillación de su bandera en otros tiempos invencible, contribuyó á revivir con mayor fuerza los propósitos conquistadores que son hoy el escándalo del mundo, del derecho internacional y de la civilización, y precipitó á Cuba en una fórmula política temporalicia y ridícula —en uno así como triste simulacro de nacionalidad independiente— de donde al fin caerá, por la fuerza incontrastable de la lógica, para ser definitivamente absorbida y asimilada en absoluto por

la voracidad insaciable del gran pulpo que en los presentes días se conoce con el fastuoso nombre de imperialismo norte-americano.

También es necesario hacer mención aquí de Fray Cristóbal de Quesada y del Doctor Don Rafael de Escalona, no sólo porque su competencia literaria, naturalmente en concordancia con las dificultades de la época, influyó en la juventud amartelada de la sabiduría, sino también porque fueron mentores y catedráticos de Bello, y prepararon y abonaron el cerebro bien dispuesto de quien más tarde había de ser uno de los más altos poetas y uno de los civilizadores más ilustres de la América Española. Amunátegui dice de Quesada: «Sus brillantes calidades hicieron que sus compañeros le rodeasen siempre de consideraciones, y que todos le prestasen, ya que no el acatamiento que se había rendido al privado de un Virrey (el de Nueva Granada, de quien fué secretario particular), á lo menos esa deferencia respetuosa que se tributa al mérito indisputable. El padre Quesada se había adquirido la fama de ser uno de los más consumados latinos que se conocieran, y de seguro, el primero que hubiera á la fecha en Venezuela. Era, no un gramático adocenado de esos—como había muchos—que sabían las reglas de Nebrija y traducían chapuceramente á Cicerón y á Virgilio, sino todo un literato de gusto cultivado y exquisito, que comprendía las bellezas de los clásicos y las saboreaba.» Y del catedrático de Bello en física y filosofía: «El Presbítero Don Rafael de Escalona era uno de los profesores que se habían formado por sí solos, no obstante la falta de elementos de instrucción que hubo en América durante la época colonial. Aunque educado en las teorías del peripato, se había puesto al corriente de los últimos progresos científicos de Europa, sin más maestros que los libros llegados á sus manos por acaso. Este ilustrado sujeto, á la sazón profesor de filosofía en la Universidad de Caracas, había resuelto, aconsejado por el buen sentido, abandonar el sistema vetusto y conformar su enseñanza á los adelantos de la ciencia.»

De todo lo trascrito se deduce, con perfecta claridad, que la Colonia Venezolana fué, de todas las colonias españolas existentes en el Nuevo Mundo, la menos favorecida, en lo que toca á la instrucción, por el gobierno de Su Majestad Católica; que en las postrimerías del siglo décimo octavo y en los comienzos del siglo décimo noveno, el atraso de los estudios científicos era muy semejante en Venezuela al atraso de los estudios literarios; que los progresos alcanzados, en punto á ilustración, por Fray Cristóbal de Quesada, el Presbítero Escalona, Sanz y los

Ustáriz, se debieron á su propio y perseverante esfuerzo, á la sigilosa introducción que hacían—por medio de las relaciones comerciales mantenidas con países más adelantados—de los libros que se denominaban prohibidos, á sus constantes estudios solitarios en el apartamiento de su gabinete, y á su amistad con



Manuel María Urbaneja

los viajeros y naturalistas ilustres que visitaron á Caracas; que las bibliotecas eran pobres, estaban formadas en su mayor parte por libros viejos de asendereada teología, de filosofía peripatética, de derecho artificioso, y escaseaban de modo muy visible en lo que se refiere á obras nuevas de literatura y ciencias ya bastante conocidas en algunos de los países europeos más civilizados; y que los clásicos latinos y españoles, y los enciclopedistas de aquel siglo que se llamó de Luis Catorce, por la pompa y la alta inteligencia del monarca, eran los maestros

que enseñaban á los venezolanos el cultivo de las letras en que lucieron siempre, de acuerdo con los conocimientos, con la cultura y el estímulo de cada medio histórico, la exquisitez del sentimiento, la hermosura de la imaginación y los esplendores del arte de la elocuencia escrita.

¿Cómo, entonces, fué posible que de semejante estado de atraso intelectual salieran pensadores como Sanz, poetas como Bello, literatos como José Luis Ramos, oradores como Coto Paúl y Antonio Muñoz Tébar, predicadores elocuentes como el ilustre sacerdote Mariano Talavera, jurisconsultos como Juan Germán Roscio y Cristóbal Hurtado de Mendoza, y diplomáticos como José Rafael Revenga?

Porque tenían lo principal, que es la inteligencia creativa, la cual, al mismo tiempo que crea, sabe asimilar en los frecuentes ejercicios del estudio por medio del criterio luminoso; porque esa inteligencia recibió, como luz fecundadora, la inspiración de las ideas contenidas en Patria, Libertad é Independencia, las cuales ganaban terreno á toda prisa desde la malograda revolución de Gual y España; porque cuando Humboldt y otros sabios extranjeros visitaron á Caracas, encontraron en ella «un gran movimiento intelectual,» que se desenvolvía puede decirse que de un modo clandestino, y sobre todo, «una juventud dotada de rara facilidad para aprender las ciencias,» no menos que para cultivar las bellas letras con entusiasmo decidido, como lo comprueban las reuniones privadas en la casa-academia de Don Luis y Don Francisco Javier de Ustáriz; porque según Oviedo y Baños, «los criollos de Caracas eran de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos, y hablaban la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los más puertos de las Indias»; porque las revoluciones de Francia y los Estados Unidos habían influido con provecho, á pesar de las medidas preventivas de los gobiernos coloniales, en el cerebro de los hombres enamorados de la sabiduría y de las gracias del ingenio; porque las relaciones comerciales que existían con otros pueblos, y las de índole revolucionaria que mantenía Miranda, en forma sigilosa, con los prohombres de Caracas, facilitaron la introducción de libros cargados con el aliento prolífico de las ideas nuevas; porque desde la postrimera década del siglo décimo octavo se empezaron á leer en la capital de Venezuela las más notables obras de los enciclopedistas, y porque para 1811, año en que se proclamó solemnemente el acta de nuestra Independencia y estalló con más vigor la revolución armada, los hombres distinguidos de Caracas habían ya adquirido cierta sólida y numerosa ilustración, enteramente en armo-

nía con la alteza de su inteligencia. A lo cual debo agregar, excepción hecha de la frase que aparece en letra bastardilla, la cual desde luego es discutible, los siguientes conceptos del historiador Torrente, que dijo sin reservas la verdad, no obstante el odio incontenible que abrigó, como español que era, contra los hombres de nuestra Independencia: «La capital de las provincias de Venezuela (Caracas) ha sido la fragua principal de la insurrección americana. Su clima vivificador ha producido los hombres más políticos y audaces, los más emprendedores y esforzados, *los más viciosos é intrigantes*, y los más distinguidos por el precoz desarrollo de sus facultades intelectuales. La viveza de estos naturales compite con su voluptuosidad, el genio con la travesura, el disimulo con la astucia, el vigor de su pluma con la precisión de sus conceptos, los estímulos de la gloria con la ambición de mando, y la sagacidad con la malicia. Con tales elementos no es de extrañar que este país haya sido el más mareado en todos los anales de la revolución moderna.» (24) Y para dar mayor fuerza á esta pintura vigorosa, recordemos ahora la apreciación de Humboldt: «Me ha parecido que en Méjico y en Bogotá hay una inclinación decidida por el estudio profundo de las ciencias; en Quito y en Lima, más gusto por las letras y por todo lo que puede lisonjear una imaginación ardiente y viva; en la Habana y Caracas (la apreciación es exacta, si nos atenemos á lo que dicen los historiadores, pero aplicándola solamente á aquella época), mayores conocimientos de las relaciones políticas de las naciones, y miras más extensas sobre el estado de las colonias y de las metrópolis.»

Según Don Fermín Toro, «emancipada Venezuela y puesta en libre contacto con el mundo civilizado, recibió de repente todo lo que antes le vedaban: hombres y cosas que no eran de España. Libros sobre todas materias cayeron en nuestras manos; pero en el estado del pueblo, tratados de política eran de urgente necesidad. Ellos formaron, pues, el primer alimento de nuestra juventud. Un sistema filosófico era también preciso á los noveles políticos. El del siglo décimo octavo era el único que simbolizaba la reacción que experimentábamos, y la necesidad de romper con toda autoridad. Rousseau, pues, Voltaire, Helvecio, Diderot, Destut-Traey, fueron los autores favoritos.» (25) Según el señor Marqués de Rojas, «la imprenta, que sólo se había conocido en 1808, comenzó á crujir en todas partes. No era ya el cañón de las batallas lo que tronaba en los espacios,

(24) *Historia de la revolución hispano-americana*.

(25) *Ideas y necesidades*, artículo publicado en el número tercero de *El Liceo Venezolano* de Caracas, correspondiente á marzo de 1842.

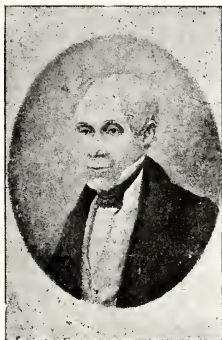
ni el dios Marte quien inflamaba los espíritus; eran las prensas, los periódicos, los folletos, las hojas volantes y las publicaciones de todo género que llenaban el ámbito de Colombia, esa gran república que—según la hiperbólica imagen de uno de sus más espectables fundadores, el Doctor Zca—era un gigante con un pie en el Atlántico, otro en el Pacífico y la cabeza más arriba de la región atmosférica respirable.» (26) Y según Julio Calcaño, «después de aquella lucha de titanes entre legiones tan heroicas, como que en todas hervía la misma sangre y alentaba el mismo varonil espíritu, determinóse en la República un evidente progreso intelectual, merced á las libertades públicas, á la reforma de los estudios decretada por Bolívar, y al comercio sin trabas que permitió la introducción de toda clase de libros; pero como la situación de la República era excepcional, y la Independencia hubo de engendrar, en fuerza de la lógica, una lucha de principios encaminada á destruir preocupaciones coloniales y á poner al pueblo en posesión del patrimonio de sus derechos, la época que se siguió fué más bien política que literaria.» (27)

Antes que todo era preciso legislar, establecer, constituir sobre fundamentos sólidos, llenos del espíritu de la civilización más avanzada, la República, las escuelas para niños, los colegios, las universidades, y estimular el movimiento de la prensa, que es la que difunde con sus alas luminosas el polen fecundante y milagroso de todas las ideas. Durante aquella época política y administrativa, al mismo tiempo que científica y en ocasiones literaria, fué cuando se reorganizaron los estudios en la Universidad Central de Venezuela, se estableció la Academia de Dibujo, Don Juan Mannel Cajigal asumió la dirección de los estudios matemáticos, el Doctor Vargas inició con bravo aliento los de la medicina sabia y por ningún respecto cuasi empírica de los tiempos coloniales, Don Feliciano Montenegro Colón se puso al frente del célebre *Colegio de la Independencia*, Don Rafael Acevedo se constituyó en propagandista activo de las ciencias que se leían en el trienio mal llamado filosófico, Andrés Eusebio Level escribió algunas disertaciones bellas respecto de nuestras razas aborígenes, Don Agustín Codazzi dió á la estampa su magnífico atlas del país y su laborioso *Resumen de la geografía de Venezuela*, que contiene trabajos muy interesantes acerca de toda la historia natural, y Don José Luis Ramos, «humanista como pocos,» según la expresión de Cecilio Acosta, y sapientísimo en

(26) Introducción á la *Biblioteca de escritores venezolanos*.

(27) *Reseña histórica de la literatura venezolana*.

filología, publicó notabilísimos estudios de crítica literaria pura en la doctrina, útil en el consejo honesto, afable en la corrección y luminosa en la enseñanza. «La creación de la *Sociedad de Amigos del País*, base de los adelantos industriales y del desarrollo de las fuentes de la riqueza nacional—sociedad sostenida por los hombres eminentes de aquella época—y el establecimien-



Feliciano Montenegro Colón

to de la Dirección de Instrucción Pública, (28) que desempeñó durante muchos años el papel que hoy desempeña el Ministerio de este ramo, contribuyeron al desenvolvimiento de la instrucción general, al impulso de la prensa caraqueña, y á la creación de colegios y de escuelas, que tanto en Caracas como en los puntos más apartados de la República, comenzaron á producir fecundos resultados.» (29)

Salíamos de Colombia, ensueño sublime de poeta, para entrar en Venezuela, realidad de concienzudos pensadores; del caos, por la anarquía que imperaba, para entrar en la armonía; de

(28) La *Dirección General de Instrucción Pública* se estableció por Decreto Ejecutivo de 17 de Julio de 1833. Fueron nombrados para constituirla los señores José Vargas, Pedro Pablo Díaz y José Bracho, como principales. Como suplentes figuraron Don Juan Manuel Cajigal y Don Manuel Felipe de Tovar; y el carácter de Secretario se le dió á José Angel Freire.

(29) Arístides Rojas—*Recuerdos de Baralt*.

la guerra asoladora, pero fecunda en el sentido de la libertad y del derecho, para entrar en la paz que reorganiza y restablece el equilibrio social; del desorden, que disgrega, para entrar en la disciplina, que junta y cohesiona; de la obra libertadora de Bolívar, «mezcla singular de lirismo democrático y de positivismo autoerático» en las alturas del gobierno, para entrar en la obra eminentemente racional y práctica de Páez, que echó los fundamentos definitivos de la Patria y de su civilización, apoyado en el criterio de todos los pensadores venezolanos de su tiempo.

1830 es la base fundamental é incommovible de la Nación Venezolana. De ese año, como de una aurora que deslumbra, como de una primavera hermosa, como de una fecundación inmensa, surgen las mariposas de la literatura, las aves de la ciencia, las verdaderas delicadísimas estrofas—abejas de brillantes y rubíes—de la poesía nacional; y para entonces ya eran ciudadanos distinguidos, que trabajaban con entusiasmo por la Patria y brillaban por su ilustración é inteligencia, juriseconsultos como Felipe Fermín Paúl y Andrés Narvarte, médicos sabios como Vargas y el Doctor Carlos Arvelo, hombres de estado como el primer Diego Bautista Urbaneja y el formidable Angel Quintero, periodistas como Tomás Landier y Domingo de Briceño, oradores parlamentarios como Peña y Valentín Espinal, oradores sagrados como el Obispo Talavera, economistas profundos como Don Santos Michelena, historiadores como Francisco Javier Yáñez, matemáticos como Cajigal, oradores forenses como José Manuel García, escritores políticos como Francisco Aranda, poetas como Bello y humanistas de gran sabiduría como José Luis Ramos.

Para terminar este capítulo, que era necesario en el presente libro, voy á trascribir los tres párrafos siguientes, de Don Fermín Toro el uno, el otro del señor Marqués de Rojas, y el tercero de Morales Marcano, porque en expresivas síntesis reflejan el carácter de la época en cuyo seno se engendró definitivamente nuestra literatura.

«El tereer individuo que en nuestro concepto ha servido y sirve más á la ilustración de su país—decía Don Fermín Toro en el artículo antes mencionado—es el señor Feliciano Montenegro. Primer fundador de una casa regular de enseñanza, ha contribuido más que nadie á estimular los padres de familia á dar educación á sus hijos: ha sacado del olvido, puede decirse, nuestras escuelas y colegios, y ha sido causa de la útil emulación á que debemos tantos bellos establecimientos. Refine el señor Montenegro, además, un desprendimiento que no ha tenido ejemplo entre nosotros. Dejará á su muerte el primer monumento

que la industria, el trabajo y la constante fatiga de un anciano venezolano levantan en beneficio público y lega él á la nación.» (30) Y el señor Marqués de Rojas, en los apuntes biográficos de Juan Vicente Camacho: «Era aquel colegio (el *de la Independencia*) un instituto fundado y dirigido por uno de los hombres más inteligentes, laboriosos y adecuados, para tales empresas, que ha tenido este país: el señor Don Feliciano Montenegro Colón. Allí se daba una educación tan esmerada y tan completa como la que—atendidas las épocas—puede darse hoy en los mejores colegios de Europa. En ese instituto se educaron los hombres que más adelante debían figurar con buen éxito en el estadio de nuestra política; y si es cierto que aquel colegio se cerró en 1844, y no ha sido reemplazado en veinte y ocho años que van corridos hasta hoy (1872), esto no podrá causar extrañeza alguna sino á los que no sepan que sólo las instituciones nocivas perduran entre nosotros. Lo triste del caso es que el señor Montenegro fué el primer civilizador de la República en aquella época; que agotó su fortuna en la reconstrucción del antiguo convento de San Francisco, para convertirlo en colegio; que en la hora de la crisis, causada por los empeños que contrajo para llevar á feliz remate una empresa tan patriótica, nadie le extendió una mano amiga; y que el colegio pereció y su fundador murió algunos años más tarde, pobre y asendereado, sin que hasta hoy haya habido un corazón agradecido que haya consagrado siquiera unas líneas á su memoria.» (31) Y Morales Marcano, en el discurso de orden pronunciado en la función de honores á Juan Vicente Camacho: «Galana y fecunda primavera aquélla, en que al calor de mil ingenios privilegiados floreció una juventud culta, gallarda, esplendorosa, privilegiada tribu de inteligentes cuanto apuestos mancebos, que esparcidos luego en la escena del mundo, dieron celebridad en nuestros fastos al plantel en donde fecundó sus inteligencias la sólida doctrina de los oráculos del saber en aquel tiempo. Presidíalos, patriarca venerando, un nobilísimo anciano, carácter antiguo en quien la hidalguía castellana sufrió una transfiguración sublime con las aguas del bautismo republicano. Testigo concienzudo de las ínclitas virtudes de nuestros progenitores en la grande epopeya colombiana, el cual, con el buril de la verdad, si no con el

(30) *Ideas y necesidades.*

(31) Es claro que este párrafo debe leerse con reservas. No es verdad, por una parte, que sólo las instituciones nocivas son las que en Venezuela perduran; y por la otra, el señor Marqués de Rojas olvida, teniéndolos tan cerca y tan visibles, los notabilísimos colegios que en la República existieron después de 1844 y hasta 1872.

verbo de la elocuencia, escribió á los venideros, comprendió cuán digno de sus destinos providenciales era un pueblo que—aún naciente—dilataba ya en ambos hemisferios el horizonte de su gloria; é inspirado sin duda en la magnánima idea de reemplazar para la Madre España, con lazos de amor, las cadenas despedazadas de la Colonia, llevó su iniciativa y la docta experiencia de sus provecos años á la obra meritoria de perfeccionar las conquistas liberales de nuestros padres, educando para la civilización á los descendientes de los Libertadores.» (32)

Aquel anciano venerando, digno de los recuerdos y glorificaciones de la historia, tanto como Cajigal, como Acevedo, como Vargas, como Olegario Meneses y Manuel María Urbaneja, como Carlos Arvelo y José María Benítez, como todos cuantos entonces repartieron, á manos rebosantes, el pan jugoso de que el espíritu vive y se alimenta; aquel civilizador eximio, sobre cuyas huellas luminosas han pisado con firmeza y gallardía varones tan notables, en fuerza de su perseverancia heroica, de su moralidad indiscutible y de su predicación constante por el triunfo del bien y la virtud, como José Ignacio Paz Castillo, Juan José Mendoza, Ramón Isidro Montes, Juan José Agüerevere, el ilustre filántropo Aveledo y Pedro Pablo Fontes; aquel historiador noble y sencillo se llamaba Feliciano Montenegro Colón, el cual representa en los destinos de Venezuela intelectual un papel semejante al que representó en los de Cuba Don José de la Luz y Caballero, y bien merece este homenaje de justicia que respetuosamente rindo á su memoria esclarecida.



(32) *Biblioteca de escritores venezolanos.*



CAPITULO CUARTO

SUMARIO

Orígenes de la literatura nacional.—La casa-academia de los Ustáriz.—La "Gaceta de Caracas," el "Correo del Orinoco" y otros periódicos de lucha.—Literatura política durante la revolución de Independencia.—Las revistas literarias tituladas "La Oliva," "La Guirnalda," "El Liceo Venezolano" y "El Repertorio."—Literatura política de 1840 en adelante.—Luchas de liberales y conservadores.—Guerra civil.—Periodismo literario de 1851 á 1859.—Guerra de la Federación.—Renacimiento de la literatura nacional en 1864.—Principales fuentes de ella, en el periodismo político, hasta fines del siglo décimo noveno.—Revistas literarias más notables en las tres últimas décadas de la centuria.—Liceos, ateneos y academias.—Evolución literaria.—Pseudo-clasicismo, clasicismo, romanticismo, neo-clasicismo.—Juan Vicente González.—Semblanza de Cecilio Acosta.—Influencia de éste en la literatura nacional.—Influencia del orador cubano Martí en los jóvenes que empezaron á escribir en 1880.



El progreso intelectual alcanzado por Caracas en los primeros diez años del siglo décimo noveno, progreso cuyas causas se han determinado en el capítulo anterior, estimuló bien pronto á varios hombres inteligentes de la época á escribir en prosa y verso. Don Luis y Don Francisco Javier de Ustáriz, amantísimos de la literatura, se constituyeron en Mecenas de esos hombres, entre los cuales se distinguía por su ilustración, por su talento claro y por su ansia incontenible de saber, Don Andrés Bello. Los dos ilustres patricios caraqueños fundaron en su casa la academia particular á que se refieren casi todos los historiadores que he citado, y en ella se encuentran los orígenes de nuestra literatura, en la cual sobresalen por entonces Don Andrés Bello y el Licenciado Sanz. A las reuniones ó tertulias de la referida academia concurrían también, impulsados por el deseo de la gloria, Vicente Tejera, Domingo Navas

Spínola, Vicente Salías y José Domingo Díaz, para no citar sino á los más sobresalientes, y á quienes, por lo mismo, recuerdan más los eruditos. Pero de aquellos literatos y poetas, bisonños, poco instruidos en el arte, ignorantes de los buenos modelos castellanos, sin mayores alcances ni gallardía de imaginación, y por añadidura amanerados en fuerza de la imitación pseudoclásica imperante, apenas quedan hoy los nombres y algunas de sus obras, de muy escaso brillo y mérito en el fondo y en la forma.

Antes de proceder á definir el carácter y la fisonomía de nuestra literatura durante el siglo décimo noveno, y la manera de desenvolverse de acuerdo con la influencia que ejercieron sobre ella las literaturas extranjeras, voy á reseñar los principales acontecimientos de su historia. En 1818 se fundó en Ciudad-Bolívar un periódico pequeño con el nombre de *Correo del Orinoco*, que redactaron el colombiano Francisco Antonio Zea y los venezolanos Juan Germán Roscio, Pedro Gual, José Luis Ramos y otros, contraído especialmente á hacer la propaganda de la libertad, de la independencia y la república. Dicho periódico apareció el 28 de Junio del referido año y concluyó el 23 de Marzo de 1822. «Aquella hoja diminuta es la página de oro con que se abren nuestros anales,» ha dicho Don Felipe Tejera en sus *Perfiles venezolanos*; pero ésto no es verdad. La página con que se abren nuestros anales, página tornadiza, voluble, mercenaria, servidora de los gobiernos coloniales tanto como de la revolución, es la *Gaceta de Caracas*, cuyo primer número circuló el 24 de Octubre de 1808. Con referencia á ella y á los periódicos que la siguieron, quiero trascribir las siguientes consideraciones de Luis Ramón Guzmán, para que se conozca el carácter, esencialmente político y de lucha, con que aparece entonces la literatura nacional: «Los editores Gallagher y Lamb no son los responsables de esa volubilidad de la *Gaceta* en sus trece años de accidentada existencia (de 1808 á 1821), pero sí los primeros que nos suministran el ejemplo del comercio de las letras con cualquiera que pague sus elogios. Arrimados al gobierno español, la editan desde 1808 hasta 1810; con los republicanos, hasta 1812; con Monteverde, hasta 1813; pero al aparecimiento de Bolívar, en Agosto de este año, desaparecen de la escena. Otros los sustituyen; pero sus nombres no importan al objeto de esta relación. Lo que sí importa, para significar la influencia que el periódico llegó á tener en la opinión, es recordar los nombres de sus redactores, de los patricios Sanz, Roscio, Muñoz Tébar, Salías, García de Sena, los Paúl; el del irlandés Guillermo Burke, que tanta efervescencia levantó con sus escritos sobre tolerancia religiosa; y el nombre de José Do-

mingo Díaz, desertor de la revolución, y enemigo de ella, y de los republicanos, y de Bolívar, desde 1814. Como muy bien afirma el Doctor Rojas (Aristides), «entre las diversas publicaciones salidas durante el tiempo de la revolución, la *Gaceta de Caracas* puede considerarse como el mosaico tipográfico más cu-



Tulio Febres Cordero

rioso.» «Periódico que asiste á los albores de la revolución y á su triunfo en Carabobo; que refleja, en las alternativas de una lucha sin cuartel, el pensamiento, y las preocupaciones, y los prejuicios del gobierno capitalcño; combatiente y combatido; con serenidades de oasis, cuando ponen la voz en sus columnas los filósofos del 19 de Abril y del 5 de Julio; con increíbles acometidas rabiosas, cuando José Domingo Díaz le sopla sus odios, la *Gaceta de Caracas* es la encarnación de las animosidades de la época, y el contendor osado en la brega establecida entre el principio nuevo, razonador y analítico, y el principio viejo, iracundo y bamboleante. Notable contraste entre los representantes de las dos opuestas tendencias: Díaz confiesa que, para man-

tener la lucha, mutila, desfigura é inventa, todo con el objeto de hacer daño á la revolución y á sus hombres; Bolívar elige, para contrapesar á aquel obsecado, enloquecido por las derrotas de la causa que defiende, á los hombres más virtuosos y sabios, á Zea, á Roscio, á José Luis Ramos, «el hábil humanista caraqueño, cuyo único defecto era una modestia excesiva.» La revolución se va á los campamentos; sufrirá reveses; ganará batallas; triunfará en toda la línea. Pero antes, y en tanto que su triunfo no sea definitivo, pondrá las bases de su derecho á la república y justificará su resistencia. Para ello, el auxilio del periodismo; y el periodismo nace, se desarrolla y multiplica, valiente y sereno, con transiciones de reposo y con mayores osadías mientras mayor es el peligro. ¿Se trata de convencer, de fijar rumbos, de ganar adeptos al partido revolucionario, puesto en zozobra por la ignorancia de los pueblos? ¿Se discute la forma de gobierno, se prevén los obstáculos, se hace un llamamiento al patriotismo? Pues allí la prensa de 1811: la *Gaceta de Caracas*, *El Mercurio Venezolano*, *El Semanario de Caracas*, *El Publicista*, donde los mejores ingenios y las más fuertes plumas colaboran al intento de los libertadores.» (1)

Del año de 1825 al 27, Bolívar, que á dondequiera llevaba consigo antes que todo el espíritu de la civilización, organizó los estudios en la Universidad Central de Venezuela, le creó rentas al instituto ilustre y lo dotó con mano larga de las cátedras que necesitaba para el aprendizaje de las ciencias. Yá Bello, para entonces, había fundado en Londres la *Biblioteca Americana* y después el *Repertorio Americano*, interesantes revistas en las cuales publicó artículos científicos, notabilísimos trabajos literarios y algunas de sus primeras poesías. Con la organización definitiva de los estudios universitarios, según decreto de la Asamblea Constituyente, expedido en Valencia el 14 de Octubre de 1830; con la fundación después del *Colegio de la Independencia*, y luégo con la propaganda civilizadora que en los periódicos hacían varones tan espectables como Cajigal, José Hermenegildo García, Tomás Lander, Domingo de Briceño, Fermín Toro, José María Benítez, Juan Bautista Calcaño, Rafael Acevedo y el primer José María de Rojas, tomó grande incremento en el ánimo de los venezolanos el desco del estudio, y también el de ilustrar la bien dispuesta inteligencia nacional. Don José Luis Ramos, en 1836, publicó la primera revista literaria, con el nombre de *La Oliva*; y luégo apareció *La Guirnalda*, que tuvo muy corta duración. En 1842, el excelente escritor Don Fermín Toro, á su

(1) *Ojeada al periodismo político de Venezuela.*

regreso de Londres, á donde fué con el carácter de Secretario de la Legación que presidió el señor Fortique (Don Alejo), redactó los primeros textos patrios de gramática castellana, literatura y filosofía elemental, con el fin de enseñar él mismo estas materias en el *Colegio de la Independencia*. Teófilo Rojas,



Jesús María Herrera Irigoyen

en compañía de Cristóbal Mendoza Buroz, publicó en 1842 *El Liceo Venezolano*, órgano de la sociedad del mismo nombre; y en 1844 dió á luz *El Repertorio*, revista, como *El Liceo Venezolano*, de ciencias, literatura y variedades. Yá para entonces había ciudadanos eminentes, vástagos vigorosos los unos de la generación más joven, pertenecientes los otros á la generación anterior, que se daban con entusiasmo verdadero al cultivo de la divina poesía; pero las composiciones rimadas de algunos de esos eminentes ciudadanos, tales como el insigne matemático Meneses, Don José Luis Ramos, Don Juan Manuel Cajigal y el Obispo Talavera, deben recordarse apenas como curiosidad bibliográfica é histórica, por su falta absoluta de inspiración y delicadeza artística.

En 1840 se inició en el periodismo patrio la propaganda activa de las ideas liberales, con la fundación sucesiva de *El Venezolano*, de Antonio Leocadio Guzmán, *El Centinela del Ávila*, de Tomás Lander, *El Relámpago*, de Rafael Arvelo, *El Republicano*, de Blas Bruzual, *El Elector*, de Guillermo Tell Villegas, *El Tribuno*, de Etanislao Rendón, *El Patriota*, de Felipe Larrazábal, y otros periódicos de lucha, entre los cuales figuraban algunos satíricos y caricaturescos. Para enfrentarse con los escritores opositoristas, aparecieron, sucesivamente también, *El Correo de Caracas*, de Juan Manuel Cajigal, *Venezuela Libre*, de José Hermenegildo García, *El Estandarte Nacional*, de Cristóbal Mendoza Buroz, *El Liberal*, de José María de Rojas, *El Promotor*, de Fernando Antonio Díaz, *El Diario de la Tarde*, *La Prensa y Las Catilinarias*, de Juan Vicente González, *El Manzanares*, de Pedro José Rojas, y algunos más de significación menor. Naturalmente, la lucha de los partidos se empeñó con singular esfuerzo; las pasiones se exaltaron en la palestra cívica hasta hacer brotar los odios y los tremendos rencores banderizos; todos los hombres de ilustración y de talento no se ocupaban sino de la política; los mismos literatos, los que sólo rendían culto á las benéficas artes de la paz, le quemaron incienso á manos llenas; y la guerra civil estalló al fin, después del ruidoso proceso electoral del 46, asoladora, desgrefiada, tinta en sangre y estableciendo entre los hombres-hermanos la discordia. Bello vivía en la capital de Chile desde 1829, trabajando con entusiasmo por la cultura de aquel pueblo, que sabría galardonar más tarde sus servicios con la más espléndida glorificación de sus virtudes y su nombre; y Baralt y García de Quevedo se radicaron en la capital de España por los años de 43 á 46. Las bellas letras cerraron las puertas de su templo, y sólo de vez en cuando se escuchaba la versificación punzante y satírica de Arvelo, la poesía lírica de Maitín y de Lozano, la grandilocuencia de Toro, la crítica de costumbres de Cajigal y la didáctica de Ramos. De 1851 á 1859 se fundaron en Caracas varios periódicos de carácter puramente literario, tales como *El Ateneo* (que se llamó después *Brisas del Ávila*), de Félix Soublette y José Antonio Calcaño, *El Artista*, de Alejandro Peoli, *El Album Literario y Musical*, de Domingo Santos Ramos, *El Mosaico*, de Luis Delgado Correa, y el *Museo Literario* y el *Gimnasio de Literatura*, del Doctor Gerónimo Eusebio Blanco; pero como la política seguía absorbiendo casi por completo la inteligencia de los poetas, de los literatos y de los pensadores, aquellas publicaciones duraron poco tiempo y desaparecieron en medio del fragoroso tumulto de los negocios públicos. La re-

volución de marzo de 1858, la caída del General José Tadeo Monagas, la Convención de Valencia, el surgimiento del General Julián Castro como inmediata consecuencia de aquella poderosa reacción que él mismo encabezaba, la anarquía que luego se produjo, los acontecimientos fusionistas que dieron margen á la descabellada dictadura del General Páez, y por último, la guerra de la Federación durante cinco largos años de pasiones, de heroísmo, de sobresaltos y de sangre, impidieron el renacimiento franco de la literatura nacional hasta el año de 64. Fruto de aquellos de esforzadas contiendas partidarias, de guerras fratricidas y de silencio para las bellas letras, son las siguientes consideraciones, escritas por la elegante pluma del maglgrado cumánés José Antonio Pérez Coronado: «Si algo ha faltado, es el estímulo. Esfuerzos aislados y vergonzantes estudios no son, ciertamente, los que pueden dar la medida del adelanto, ni el tamaño de la aptitud, en estas sociedades incipientes, en que al lado del pensamiento campea á las veces un instinto de rebeldía, no hijo de la índole, sino de la fatal necesidad. El soplo de las revueltas en que se agita este continente, mata de continuo el mismo germen que en otros pueblos fructifica sin violencia. ¡Triste destino, cuyo doloroso yugo habremos de romper, sin duda alguna, al esforzado empuje de nuestras instituciones, cimentando con las ideas que hacen el orgullo de la América, el amor santo á la paz, tan fecundo, tan productivo y tan glorioso! A la reciente lucha ha seguido de cerca el recuerdo de nuestro martirio, para mantener el ánimo inflamado; pero estériles serían tantas ventajas, si tras esos esfuerzos no lográsemos radicar con la libertad el anhelo del estudio, que ennoblece al espíritu, que regenera los hábitos y legitima las aspiraciones.» (2)

Nuestra literatura comenzó á renacer, como dejo dicho atrás, en 1864; y en diarios importantes como *El Federalista*, *El Porvenir* y *La Opinión Nacional*, se creó especialmente una sección literaria y poética en la cual colaboraron Felipe Larrazábal, los Calcaños, Eloy Escobar, Pérez Coronado, Yepes, Pardo, Domingo Ramón Hernández y otros notables escritores, que después alcanzaron la plenitud de su talento, y adquirieron más relieve en los periódicos, por las excelencias de algunas de sus producciones. Acentuóse desde entonces la referida práctica utilísima, porque servía de poderoso estímulo y ayuda á los cultivadores de letras, y bien puede decirse que en *El Federalista*, de Don Ricardo Becerra, en la *Parte literaria* de *El Porvenir* y en

(2) *Consideraciones generales acerca de la literatura venezolana.*

La Opinión Nacional, de los Aldreyes, en el *Diario de Avisos*, de Manuel María Fernández, en *El Siglo Diez y Nueve*, del malogrado Rafael Hernández Gutiérrez, en *La Tribuna Liberal*, de Nicanor Bolet Peraza, en *El Monitor*, de Eduardo Calcaño, en *El Republicano*, de Luis Ramón Guzmán, en *El Radical*, de Don Tomás Michelena, en *El Diario de Caracas*, de Pedro Fortoult Hurtado, en *El Tiempo*, de Don Carlos Pumar, y en otros diarios de gran circulación dentro y fuera del país, que no se nombran por no alargar la lista, se encuentra casi toda nuestra literatura desde el triunfo de la Revolución de Abril hasta las postrimerías del siglo décimo noveno, así como en los periódicos exclusivamente literarios titulados *El Album del Hogar*, *La Tertulia*, *La Revista*, *El Semanario*, *La Lira Venezolana*, *La Entrega Literaria*, *La América Ilustrada y Pintoresca*, *Horizontes* (de Ciudad Bolívar, la cual revista mensual cuenta cinco años de existencia), y en otros más de copiosísima lectura, pero que fueron muy precarios en su vida por la falta de protección del público. Injusticia á todas luces manifiesta sería no mencionar ahora *El Lápiz*, de Tulio Febres Cordero; publicación preciosa á pesar de sus pequeñas dimensiones, cuyos dos volúmenes son y serán siempre buscados con verdadero interés, por su pronunciada tendencia americanista, por sus cuentos y tradiciones regionales de sabor eriollo y castizo, por la abundancia que encierra de interesantes datos históricos venezolanos, y por el esfuerzo del periodista andino en propagar, como lo hicieron antes Don Juan Vicente González, Don Juan Piñango Ordóñez y Don Felipe Tejera, y Romero-García después, la conveniente y trascendental idea de que ya nos cumple dar á nuestra literatura el colorido y sello propios que naturalmente le cuadran. (3) También se impone aquí el recuerdo de *El Fonó-*

(3) «Va á leerse un libro esencialmente venezolano. He tenido sus originales en mi poder durante algunos meses, y se lo agradezco sinceramente á Rafael Bolívar, menos por la honra del prólogo, que por estos ratos de melancólica abstracción corridos al calor de las lecturas patrias. Afortunadamente, yo me entiendo, ya que la generalidad de los que dicen leerme, parece que no lo consiguen. Si es un delito aspirar á la literatura criolla, yo me confieso reincidente; y á la faz de los *rococós* declaro que prefiero los cuadros de *Guasa pura*, á esa eterna charla de los copistas sin talento y de los imitadores sin ingenio. ¡Es tan agradable leer un autor nacional; sentir en las páginas del libro las brisas que oímos de niños; aspirar los mismos aromas que ensanchaban nuestros pulmones en las excursiones de la escuela!»—Prólogo de *Guasa Pura*, por Manuel Vicente Romero-García.

«La obra poética de Polita (de Polita de Lima, la célebre poetisa de la ciudad de Coro), su labor de artista, no vivirá, porque flaquea por su base. Esas estrofas llenas de música, con curvas de senos vírgenes, y combas y contornos griegos, desaparecerán ante la ola renovadora de la nueva escuela. No hay que buscar modelos en las literaturas muertas ó moribundas. La

grafo, diario maracaibero en cuyas páginas no hizo en otros tiempos Eduardo López Rivas—cuan aún quería él ser escritor caballeresco de singulares prendas, periodista brillante de combate y tribuno admirable por su verbosidad pasmosa—sino empeñarse en popularizar las obras de nuestros más distinguidos literatos, así como en *El Zulia Ilustrado* atesorar sabiduría res-



Miguel Peña

pecto de la historia, de las costumbres, de las tradiciones vernáculas, de la literatura y de otros asuntos referentes á aquella hermosa región venezolana, de cuyas salvajes tribus indias, puras todavía en su raza, en sus maneras peculiares de vivir, en sus instituciones, en su lengua y en sus ritos religiosos, ha salido, sale en lo presente, ni dejará de salir en lo futuro, pomposísima y fragante como las selvas donde habitan esas tribus aborígenes, una poesía intensamente bella, hecha en versos admirables por poetas egregios merecedores del aplauso. Pero al hablar del periodismo literario en Venezuela, es necesario hacer mención muy especial de *El Cojo Ilustrado*, publicación fundada en 1892 por Don Jesús María Herrera Irigoyen, hombre talen-

forma nacional indígena, como la llama Zumeta, está en la Patria; y el ideal es úno en todos los pueblos nuevos.»—*Las muchachas corianas*, por el mismo autor del prólogo de *Guasa Pura*.

toso, tesonero, perseverante y sin duda gran patriota, que á fuerza de voluntad incontrastable ha contribuido eficazmente al progreso de la literatura nacional, levantándole á la vez un monumento digno de la estimación de sus conciudadanos y de los recuerdos de la historia. Promover las artes del bien y de la paz; recalentar con el estímulo ferviente los esfuerzos de la inteligencia y el desco de la gloria; sostener con brazo firme, en medio de inconvenientes numerosos, una publicación brillante que hónra por más de una razón á Venezuela; hacer de ese periódico un depósito de interesantes datos que servirán mañana de abundoso contingente para escribir la historia científica y literaria del país; popularizar entre nosotros el carácter y la evolución de las literaturas extranjeras, así como los nombres de sus varones eminentes; llamar hacia el genio nacional la atención del exterior; generalizar, en fin, nuestra literatura en todos los países donde afortunadamente se habla el castellano, y todo ello profusamente engalanado por las gracias de la belleza artística, es labor meritoria y excelente que bien tiene derecho á la consideración y aplauso de los venezolanos. Pedro Fortoult Hurtado ha escrito recientemente estas palabras, que deben recogerse por la verdad que encierran: «Jesús María Herrera Irigoyen, por un nobilísimo esfuerzo de alta inteligencia que la Patria no ha premiado todavía, fundó con *El Cojo Ilustrado* el carro triunfal de la intelectnalidad venezolana; fué poniendo en él nuestras flores y nuestros cardos, el fruto jugoso y nutritivo y la viciosa hojarasca, nuestras águilas y nuestras mariposas, nuestras más resplandecientes estrellas y nuestras lucernas más humildes, y lo echó á rodar impetuoso, como en continua exposición del alma nacional, por todo el mundo civilizado.»

Tampoco faltó en el país, en los diferentes períodos de su desenvolvimiento literario, tanto en Caracas como en las capitales de las Provincias ó Estados Federales, el espíritu de asociación para el cultivo de las letras; pero la mayor parte de los liceos, ateneos y academias que se constituyeron, sobre todo en los Estados, apenas duraron pocos meses, no sólo por la falta de protección de los gobiernos, sino también por la inconstancia de sus propios individuos, casi siempre sumergidos en la balumba recia de las luchas partidarias. La juventud ilustrada é inteligente de Caracas, á fines de 1839, creó el Liceo Venezolano, con el propósito, entre otros, de fundar la Biblioteca Nacional. A dicho cuerpo pertenecieron los poetas y literatos de la época, algunos miembros de la Universidad y varios políticos notables. Celebró su primera fiesta pública el 19 de Abril de 1841, y en ella discurrieron los señores Juan José Aguerre-

vere, Félix Soublette, Cristóbal Mendoza Buroz, Hilarión Nadal y el primer José María de Rojas. Duró apenas tres años, y terminó su papel por la fría indiferencia del Poder Ejecutivo y del Congreso, cuya atención, por los años de 43 á 44, comenzaba á fijarse con toda preferencia en la política, en la contienda de los partidos conservador y liberal, y en el esfuerzo y ardor con que luchaban. En 1869 se estableció en Caracas la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras, con el propósito de reaccionar contra el romanticismo, de fomentar la escuela neo-clásico-romántica, y de ensanchar los horizontes de la poesía lírica; pero desapareció en seguida, en fuerza de los acontecimientos políticos que engendraron el triunfo de la Revolución de Abril. Durante el mismo año apareció el Liceo de Mérida, en la erudita ciudad de Santiago de los Caballeros. De esa corporación formaron parte el espectral hombre de estado y elocuentísimo tribuno Doctor Eloy Paredes; Eusebio Baptista, el célebre orador parlamentario del 65 y del 81; el eminente civilista—honra del profesorado en la Universidad de los Andes—Doctor Foción Febres Cordero; Gabriel Picón-Febres, padre del autor de la presente obra y á quien Don Felipe Tejera calificó de «sabio abogado y escritor muy distinguido de Mérida, de prosa llena de pensamientos majestuosos y elevados como su Sierra nativa»; José Ignacio Lares, autor de varios estudios sobre historia y actual Presidente de aquel Estado Federal, y otros varones estudiosos é ilustrados; pero sus trabajos se redujeron á la celebración de dos fechas gloriosas en la historia de nuestra Independencia, su vida duró menos que la del Liceo Venezolano de Caracas, y desapareció por las mismas razones que la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras. En 1872 surgió llena de vida la Academia Venezolana de Literatura, compuesta en su mayor parte de los escritores jóvenes de entonces; promovió el certamen poético del mismo año, certamen en que resultó premiada la oda de Pardo á *La gloria del Libertador*; celebró la función de honores á la memoria de Juan Vicente Camacho con la mayor solemnidad, y á poco se eclipsó en medio del pavoroso estruendo de las guerras fratricidas, repletas de rencores y de sangre. En 1877 se fundó en la ciudad de Valencia el Ateneo de Carabobo, al cual pertenecieron escritores como Domingo Antonio Olavarria, periodistas de combate como Sebastián Casañas, jurisconsultos como Julián Viso, pensadores como Francisco González Guinán, y varios ciudadanos más que sería largo mencionar. Un grupo de jóvenes notables, algunos de los cuales alcanzaron después distinguidísimo renombre literario dentro y fuera del país, fundó en 1882 la Sociedad de Amigos del

Saber, que marca época en nuestra historia literaria, con el deliberado objeto, en mucha parte, de dar pábulo á las ideas científicas y filosóficas que enseñaban en las cátedras de ciencias naturales y de historia, en la Universidad Central, el Doctor alemán Adolfo Ernst y el Doctor venezolano Rafael Villavicencio. En su carácter de Jefe del Gobierno Nacional, el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl creó en 1889 la Academia de la Historia, con el designio de que ésta se ocupase, entre otras cosas, en escribir la historia de Venezuela, «la verdadera historia, la que, con suficiente copia de hechos, probidad y doctrina filosófica, debe pronunciar el fallo definitivo sobre los hombres, las instituciones y los principios que han tejido la trama de nuestra vida política y social, desde el fin de la Colonia» hasta la fecha en que se dictó el decreto. Obedeciendo á ese propósito laudable, la Academia de la Historia, protegida por las administraciones de Rojas Paúl primero y de Andueza Palacio después, comenzó la publicación de los *Anales de Venezuela* en varios tomos; pero dicha publicación se suspendió con motivo de los acontecimientos políticos que produjeron la Revolución Legalista del 92, y *la verdadera historia* está por escribirse todavía. En 1890 apareció en la ciudad de Coro (cuna ilustre de García de Quevedo y del elocuentísimo tribuno José María Gil) la Sociedad Alegría. Con referencia á ella, léase en seguida lo que escribió en Nueva York, el año de 95, el autor de *Peonía* y de *Marcelo*: «Las muchachas de Coro dicen que Polita de Lima fundó la Sociedad Alegría en una época de profunda tristeza. Huelga pensar cómo sería esa losa de plomo, cuando ellas, habituadas al medio, sintieron su enorme peso.» «Burla burlando, nació la Alegría el 18 de Febrero de 1890; la primera acta la pusieron en verso; luego fundaron un periódico manuscrito, y lo bautizaron *El Chistoso*. Hé ahí la primera piedra de esa estructura que admiramos desde las playas del Norte, como único templo alzado en Venezuela al culto de la mujer. A los quince números de *El Chistoso*, apareció *Flores y Letras*, «edición impresa»—dicen ellas, llenas de noble orgullo—que circuló el 30 de Junio de 1890. A los cinco meses se convirtió el gusano en mariposa. El ejemplo cundió. Tras la Alegría vimos aparecer la Armonía, fundada por otro grupo de muchachas inteligentes. Polita va á la cabeza de la obra civilizadora; la siguen treinta ó cuarenta cabecitas negras que—cuando quieren—vieren luz. ¿Qué propaganda más simpática que ésa, que va envuelta en los perfumes tibios del tocador y arrullada por la dulce voz de una mujer?» Las Sociedades Alegría y Armonía contribuyeron poderosamente, en la última década del siglo dé-

cimo noveno, al progreso intelectual de Coro y á su cultura literaria. El 7 de Enero de 1893, por decreto ejecutivo del General Joaquín Crespo, se estableció el Ateneo de Caracas; pero desde el año siguiente en adelante, puede decirse que aquella corporación no existió sino en el nombre, quizás por la ne-



Mariano Talavera

gligencia y falta de entusiasmo de los individuos que la componían. Y de propósito he dejado para última á la Academia Venezolana de la Lengua, á pesar de que en el orden cronológico le corresponde otro lugar.

Por la sola y empeñosa iniciativa de Don Evaristo Fombona, asturiano de mucha ilustración y fecundo escritor público, se estableció en Caracas en 1883 la referida Academia, Correspondiente de la Real Academia Española, y el General Guzmán Blanco la protegió con singular munificencia. Como en España, y como en otros países de origen castellano, esa Academia fué víctima durante muchos años, y todavía lo es, de los ataques satíricos-burlescos de muchos escritores y de la inquina de la prensa, no

obstante que su objeto no consiste sino en trabajar, en cuanto sea posible, por conservar la lengua y mantenerla en su pureza —«como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes,» según escribió el sabio Bello— y por enriquecerla con todos los neologismos y americanismos de procedencia limpia, autorizados por la costumbre que no riña con la índole especial del castellano, y suficientemente apoyados en los principios y en las reglas de la ciencia filológica. Si la Academia Venezolana, tanto como la Española, incurre á veces en el error y en la antilogía, recuérdese que ésta y aquél son condiciones de que no pueden librarse los humanos; recuérdese que ella no quiere llevar la autoridad que tiene hasta creerse infalible, hasta imponerse con rigorismos de todo punto inaceptables como el de Baralt, ni hasta rechazar los advertimientos y la ciencia de los hombres ilustrados en materias relacionadas con la lengua; y recuérdese que en vez de encastillarse en el criterio exclusivista de la Academia Española, en lo que se refiere á la adopción de los americanismos cultos y de legítima sangre, fomenta más bien el progreso del idioma sin excederse en la pretensión innovadora, y contribuye al enriquecimiento del diccionario que nos sirve de autoridad para escribir con corrección en punto al buen empleo de locuciones y vocablos. Don Andrés Bello escribió con mucho acierto, y la Academia Venezolana ha trabajado y trabaja en tal sentido, que nada tiene de retrógrado sino más bien de justo y progresista, lo siguiente: «No se crea que recomendando la conservación del castellano sea mi ánimo tachar de vicioso y espurio todo lo que es peculiar de los americanos. Hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas, y que subsisten tradicionalmente en Hispano-América: ¿por qué proscribirlas? Si, según la práctica general de los americanos, es más analógica la conjugación de algún verbo: ¿por qué razón hemos de preferir la que caprichosamente haya prevalecido en Castilla? Si de raíces castellanas hemos formado vocablos nuevos, según los procedimientos ordinarios de derivación que el castellano reconoce, y de que se ha servido y se sirve continuamente para aumentar su caudal: ¿qué motivos hay para que nos avergoncemos de usarlos? Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus acentuales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada. En ellas se peca mucho menos contra la pureza y corrección del lenguaje, que en las locuciones afrancesadas, de que no dejau de estar salpicadas

hoy día aun las obras más estimadas de los escritores peninsulares.» (4) Repito que la Academia Venezolana ha trabajado mucho y trabaja en tal sentido, á pesar del espíritu intransigente y no nada equitativo de la Academia Española, que introduce en el diccionario con la mayor facilidad los espanyolismos regionales de uso enteramente circunscrito á los linderos de sus respectivas provincias y de ningún conocimiento en América, según puede probarse hasta la saciedad con citar muchos ejemplos, y rechaza los americanismos de uso frecuente y general en nuestro continente, aun cuando no sean antojadizos, impuros y arbitrarios. Por lo demás, tanto como en la familia, como en la sociedad, como en la república, en la lengua debe también existir el principio de gobierno, la imposición de la ley reguladora y la fuerza de la autoridad, para evitar el desorden, la anarquía y la barbarie. Si aun los mismos escritores que se revuelven airados é implacables contra la Academia Española, no pueden prescindir de expresarse con arreglo á su gramática y á su diccionario, procurando eso sí no sujetarse á sus deficiencias y contradicciones singulares—que no son sino el fruto de la falibilidad humana—y atenerse más bien en muchos puntos á autoridades americanas como Bello, como Caro y Don Rufino José Cuervo, es porque saben que el arte literario, para serlo, tiene de fijo que someterse á leyes, y que esas leyes deben dictarse por alguna autoridad y ser obedecidas en la república de las letras por los que las cultivan, cuando aquéllas sean el resultado de la sabiduría y no hagan resistencia á los naturales impulsos del progreso. Como la raza, como las costumbres, como la literatura propia, la lengua es una parte constitutiva é integrante de la Patria; y para conservar á ésta íntegra en su esencia, en su carácter y en su fisonomía peculiares, es necesario conservar los elementos de que se compone, entre los cuales resalta y se encarece, por su importancia incalculable, la lengua en que se expresa, enteramente en armonía y consustancialidad estrecha con los demás elementos esenciales. «Si en la preservación de un idioma sabio—según ha escrito el colombiano Becerra con sobra de verdad—estriba en mucha parte la unidad y la fuerza de los pueblos que por medio de él se comunican y se entienden,» la belleza, la armonía y la duración de las literaturas han dependido siempre, también en mucha parte, de la pureza y de la integridad de los idiomas en que ellas se producen. «Quien no ama á su lengua —dijo el padre Mir en su discurso de recepción en la Academia

(4) *Prólogo á la Gramática de la lengua castellana.*

Española—no ama á su patria. Quien la cultiva y estudia, al par que cultiva y enriquece su ingenio, adorna y embellece lo más grande que hay en una nación: el trasunto de su vida; el símbolo de su historia y de sus tradiciones.»

La fisonomía con que aparece nuestra literatura en sus comienzos, es clásica: unas veces parecida á la de los escritores del gran siglo de las letras castellanas; otras, semejante á la que se produjo en la Península bajo la influencia del clasicismo estrecho, descolorido y preceptista exagerado por Boileau Despréaux, calificado por eso de *pseudoclasicismo*, fundado en los principios contenidos en las poéticas de Aristóteles, de Horacio y de Jerónimo Vida, copiosamente difundido en sus doctrinas por el abate francés Carlos Batteux y otros maestros, extremado por Voltaire de una manera rigurosa, introducido y divulgado en España por Luzán, llevado hasta el fanatismo necio por Don Blas Nasarre y otros propagandistas entusiastas, y cultivado, con mayor ó menor sujeción á sus preceptos conservadores y serviles, por Meléndez, Don Nicolás de Moratín, Jovellanos, Lista, Arriaza y Martínez de la Rosa. Las primeras producciones poéticas de Bello, por ejemplo, que datan de 1804, adolecen del rigorismo pseudoclásico; pero la *Égloga* imitada de Virgilio, en ocasiones prosaica en demasía, tiene algo de poetas españoles como Garcilaso, que es de los que poseen, en su forma y en su índole, dentro de los términos del clasicismo indígena é histórico, sello más delicado, propio y definido. Bolívar, que no fué literato en el sentido estricto del vocablo, había leído mucho las más notables obras de los escritores franceses del siglo décimo octavo, los discursos de Mirabeau, Dantón, Vergniaud, y las elocuentísimas arengas de Napoleón Primero. Por eso en sus discursos y proclamas, que antes que todo muestran los esplendores de su imaginación fogosa, la riqueza de su vocabulario á las veces galicano y cierta gallardía peculiar de su temperamento, que no se confunde con ninguna, se advierte el colorido revolucionario francés de aquellos escritores y oradores, así como también en los discursos exaltados de Coto Paúl y Muñoz Tébar. Esta forma literaria, sin embargo, no logró alcanzar prosélitos entonces, á pesar de la muy marcada influencia que ya ejercía en Venezuela el espíritu brillante y expresivo de la Revolución Francesa.

Los hombres como Roscio, Pedro Gual, Cristóbal Hurtado de Mendoza, Fernando Peñalver y Francisco Javier Yáñez, son más políticos que literatos, más conceptuosos que galanos, más pensadores que estilistas. Cecilio Acosta calificó á Miguel Peña de «rival de la elocuencia antigua,» porque en aquel gran ora-

dor se ve el influjo que ejercieron Cicerón y otros clásicos latinos; y de «orador brillante» al padre Mariano Talavera, porque sus oraciones tienen algo de la solemnidad, de la armonía, de la grandeza y la hermosura de las de Luis de Granada, si bien con más soltura y más vigor en el estilo. El padre Tala-



Guillermo Morales

vera, llamado por Juan Vicente González «el orador sagrado de Colombia,» y de quien dijo que era el que más lo había acercado al tipo de la verdadera elocuencia, tiene rasgos, dentro del propósito evangelizador que lo anima y en el orden de ideas á que pertenece, tan hermosos y expresivos como este: «Es necesario establecer en Roma el reinado de la Cruz, y la capital del mundo idólatra sólo espera á su vencedor para venir á ser la capital del mundo cristiano. Un pueblo de fieles derrama lágrimas por su partida. Pedro le mira, le consuela, le trasmite su espíritu con el de Jesucristo, y se embarca para nuevas conquistas. ¡Mares implacables, someted vuestras olas;

vientos impetuosos, moderad vuestro furor; respetad ese bajel, que lleva los intereses del cielo y el destino de la tierra!» Casi siempre didáctica es la prosa de Andrés Bello, quien imita en sus versos, antes de tomar puésto en las numerosas filas del romanticismo, la dulzura de Fray Luis de León, el suave eolórico eglógico de Garcilaso, y en ocasiones la alteza de Juan Nicasio Gallego, pero sin apartarse nunca de la manera característica y especial del clasicismo antiguo de los españoles. Don José Luis Ramos, en sus composiciones rimadas tristemente prosaicas, sin hermosura y sin ninguna inspiración, es un clásico frío, amanerado é ilegible, tanto como el matemático Meneses; y en sus trabajos de crítica literaria honrada, conserva siempre el tono didascálico. En 1841 comenzó á figurar Don Rafael María Baralt, el cual, ya por su educación, ya por su índole, ora por sus tendencias vehementes á la imitación de los clásicos del siglo de oro castellano, imitaeión que se advierte desde luego tanto en sus poesías como en su discurso de recepción en la Academia Española y en la *Historia de Venezuela*, es quizás (digo quizás, porque no debe olvidarse al Doctor Seijas, sin la genial elegancia y armonía de Baralt) el escritor venezolano en quien tiene más relieve el clasicismo con todas sus maneras peculiares, con sus exagerados discreteos, con su rigorismo técnico, con su fraseología tradicional, y hasta con las intransigencias y susceptibilidades de sus más entusiastas defensores. Respecto de su natural inclinación á los escritores del siglo mencionado, léase lo que en cierta ocasión dijo al sabio latinista y matemático Manuel María Urbaneja, su condiscípulo y amigo bajo la dirección científica del ilustre Cajigal: «Mi escuela estuvo en los campamentos y euarteles, desde 1827 á 1830. Mientras que mis compañeros perdían el tiempo en bagatelas, yo leía y releía los principales clásicos españoles que llegaban á mis manos, los cuales casi conozco de memoria, pues de eoro puedo repetir párrafos de muchos de ellos. He leído tanto á estos señores, que al empuje de mi voluntad puedo imitar el estilo de Mariana, el de Cervantes, el de Fray Luis (¿de León ó de Granada?) y el de otros.» (5)

Después de Don Rafael María Baralt, aparecen sucesivamente, en periódicos políticos, en periódicos literarios y en folletos, Fermín Toro, Juan Manuel Cajigal, Félix Soubllette, Federico Núñez de Aguiar, Cecilio Acosta, Rafael Seijas, Ildefonso Riera Aguinalgalde, Ricardo Ovidio Limardo, Jesús María Morales Marcano, Alejandro Peoli, Nicanor Bolet Peraza (éste en

(5) Aristides Rojas.—*Recuerdos de Baralt*.

artículos de verdadera gracia deliciosa, que rivalizan con los mejores de Mesonero Romanos, como *Antaño y ogaño*, por ejemplo) y algunos escritores más que sería demasiado prolijo enumerar, dados los unos á la franca imitación del clasicismo indígena, y tomando los otros el camino del neoclasicismo que empezó á desenvolverse en la Península del año de 50 en adelante, conservando éste la base primordial é histórica de aquél, pero modificada en parte por el espíritu de libertad, de independencia y de brillante colorido de la revolución romántica. Mas con todo, ello no fué de una manera absorbente y absoluta, porque ni el clasicismo español sin contaminaciones galicistas, ni el preceptista y autoritario de la decadencia por el influjo de Boileau, ni el romanticismo tampoco, ni el neoclasicismo, cuyo progreso se acentuó en la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras de Caracas en 1869, se impusieron jamás en Venezuela con carácter dictatorial y exclusivista en el desenvolvimiento de su literatura, sino que dominaron simultáneamente los cuatro en el espíritu de los escritores, y por tanto, en el fondo y en la forma de las producciones literarias. El cual fenómeno singular se puede ver, de modo completamente definido, en personalidades tan sobresalientes como Fermín Toro, que fué clásico puro como en los *Honores á Bolívar* y en el *Juicio crítico acerca de la Historia Universal* de Juan Vicente González, también clásico puro como en la oda *A la zona tórrida* y en la poesía *A Carmen*, romántico en sus novelas y en composiciones de tanta viveza y brillantez de colorido como *La ninfa del Anaeco*, y neoclásico enteramente revolucionario, por la música de sus períodos fascinadores, como en los discursos que pronunció en la Convención de Valencia del 58, los cuales le valieron con justicia su gran reputación de príncipe de los oradores venezolanos. Asimismo citaré, para precisar más el fenómeno á que aludo anteriormente, á José Antonio Calcaño, que fué clásico recordado en prosa, como en la biografía del Mariscal Falcón; clásico amanerado é incoloro en verso, como en la elegía *Al Catuche* y en la oda *A la reunión del Concilio Vaticano*; neoclásico semejante á Juan Nicasio Gallego, aunque mucho menos independiente que éste, como en la silva *A la Academia Española*; romántico á lo Lamartine, y en cierto modo á lo Leopardi, como en *La muerte*; romántico á lo Byron, como en *El ciprés*; romántico á lo Víctor Hugo (si recordamos la más tiernas poesías del gloriosísimo francés), como en *La Saboyana*; y romántico á lo Zorrilla, como en *La fiesta de las reinas*.

Si el clasicismo neto se mantuvo imperturbable en escritores como Baralt, Peoli, Seijas, Linardo y Julio Calcaño (en

éste desde cuando publicó *El Semanario* en su segunda época y luego fué nombrado Individuo Correspondiente Extranjero de la Academia Española), la tendencia neoclásica adquiere más relieve todavía—desde 1880 en adelante—en personalidades como Eduardo Calcaño, Marco-Antonio Saluzzo, el tercer Cristóbal Mendoza, Nicanor Bolet Peraza, Felipe Tejera, Raimundo Andueza Palacio, Laureano Villanueva, Vicente Coronado y aun el mismo Cecilio Acosta, de quien las *Consideraciones generales sobre la poesía*, verbi gracia, acusan cierta desenvoltura en el estilo, dentro del carácter peculiar y permanente de éste, de la cual carecen casi todos sus trabajos anteriores, tales como la descripción de los funerales del Arzobispo Mosquera, como *Cosas sabidas y cosas por saberse*, como la *Causa de la desgracia de Ovidio*, y como la admirable carta dirigida á Don Rufino José Cuervo, refiriéndose al estado político-moral de las Repúblicas Hispano-Americanas. (6) Entre los jóvenes que empezaron á brillar de 1878 á 88, resaltan como clásicos bien inspirados en los del siglo de oro, y por ningún respecto como sus imitadores serviles, el malogrado escritor y pensador Guillermo Morales (véase

(6) De Andueza Palacio, que manejó el castellano casi siempre con corrección, sonoridad y gallardía, puede verse la meseniana á Grau (el héroe insigne del Perú) y los siguientes discursos: en el Panteón Nacional, en elogio de Falcón; en la Cámara de Diputados, al clausurar sus sesiones, como Presidente de ella, en 1876; en el Colegio de Niñas del Corazón de Jesús, sobre la misión de la mujer en los destinos de la sociedad; en el Colegio Avelado, acerca de la necesidad urgente de formar ciudadanos capaces para la vida del civismo y para la dirección idónea de los negocios públicos; en el Colegio Villegas, sobre la enseñanza y la educación del hombre (que son cosas distintas) en los países republicanos como el nuestro; en la Cámara del Senado (1881), al combatir contra la constitución que denominaron *Suiza*; en el Colegio de Santa María, para bosquejar la obra de la Colonización Española en la América Meridional; en la Cámara de Diputados, al abrir sus sesiones, como Presidente otra vez, en 1890; y en el Congreso del mismo año, al juramentarse como Presidente Constitucional de la República.

De más alcance inteligente, más ilustrado, más correcto y más artista que Andueza Palacio, el Doctor Laureano Villanueva es uno de los escritores que han acentuado el neoclasicismo, con mayor independencia, en la literatura nacional. En los estudios históricos, que son los más sobresalientes en su notable obra literaria, narra con facilidad, describe con bella animación, pinta con brillantez de colorido, y en sus párrafos resaltan con frecuencia aquella dignidad aristocrática, aquella solemnidad en la forma de expresión, aquella elocuencia numerosa que aconsejan como necesaria, en estudios de tal género, los que hallan cierta afinidad ó semejanza en lo esencial de las artes de la tribuna y de la historia. Por la alteza de los pensamientos y por el esplendor del estilo, que es el que naturalmente corresponde á la palabra hablada, en Villanueva existe virtualmente el orador, el orador completo de felices disposiciones interiores; y si hasta ahora no ha logrado empinarse en la tribuna con la arrogancia que Andueza Palacio, por ejemplo, es porque le falta el complemento obligado de la elocuencia *córporea*, sobre todo en el volumen y en las armonías de la voz.

el discurso que pronunció al recibir la borla del Doctorado en Medicina, el fragmento *Acerra de la educación religiosa*, los artículos que publicó en *La Tribuna Liberal* con los pseudónimos de *Cosmes* y *Apolodoro*, y algunos otros de enseñanza amena, como el titulado *Ciencia para el hogar*, que aparecieron en *La Amé-*



Luis López Méndez

rica Ilustrada y Pintoresca y en otras revistas literarias), Manuel Fombona Palacio, Víctor Antonio Zerpa, Juan de Dios y Eugenio Méndez Mendoza, Lisandro Alvarado, Luis López Méndez, Alejandro Urbaneja (consúltense, entre otras cosas, los *Perfiles parlamentarios* insertos en la obra de Andrés Jorge Vigas de este mismo título, *El derecho constitucional venezolano* y el sentido discurso pronunciado en el entierro de los restos de Luis López Méndez), Tulio Febres Cordero, Gabriel Muñoz, Claudio Bruzual Serra y Ángel Carnevali Monreal, observándose en todos ellos los caracteres del neoclasicismo, y en algunos, como

Alvarado. Zerpa, los Méndez Mendoza, Bruzual Serra y Carnevali Monreal, la admiración y el culto por la tendencia especialísima de Cecilio Acosta, que en la historia de nuestra literatura tiene fisonomía tan propia y enteramente definida, como la de Montalvo en el Ecuador y la de José Martí en la Habana. En otros, como Urbaneja, Gabriel Muñoz, Morales y Luis López Méndez, resalta la elegancia de Baralt, que es como acercarse á Jovellanos, ó el aticismo del español Don Juan Valera. Cuanto á Carnevali Monreal, también se advierte en su brillante estilo alguna huella del coturno de oro de Montalvo, muy especialmente en sus dos elocuentísimos discursos sobre Sucre, en el que dijo sobre Pérez Bonalde en la ciudad de La Victoria, en el que se refiere á la educación de la mujer y en su novela corta *Bolívia*.

Así como el autor de la oda *A la invención de la imprenta*, por su imaginación fecunda, por su independencia revolucionaria, por su gran nacionalismo y por su abundancia lírica, es uno de los precursores del romanticismo en España, yo creo que Bolívar (y se me figura que en tal opinión voy no muy fuera de camino), por las mismas condiciones, por la riqueza de su vocabulario, por la arrogancia de su temperamento y por la brillantez de sus discursos y proclamas, es también uno de los precursores del romanticismo en Venezuela. Antes que él aparece Muñoz Tébar, y al mismo tiempo que él Coto Paúl, con rasgos semejantes, aun cuando no tan vivos, porque el genio de Bolívar era único. El padre Talavera, no obstante su clasicismo, se mezcla en esa misma evolución, por la viveza del colorido y del esplendor de su elocuencia, como puede comprobarse con la lectura atenta, por ejemplo, del sermón denominado del *Indulto*, del contraído á celebrar los triunfos del Perú, y del que pronunció en la catedral de Caracas, el año de 1832, acerca del príncipe de los apóstoles de Jesucristo. Para definir la índole intelectual de Muñoz Tébar, me bastará citar, por su belleza, la síntesis en que Juan Vicente González lo describe: «¿Quién enseñó el arte de conmover á ese niño que aún no ha dejado las aulas? ¿Quién ha dado á sus rosados labios el acento patético, la invectiva acerada, todos los tonos de la sátira, los pensamientos y los colores de Tácito? ¿Cómo ha caído esa abeja de Helicón en el cáliz de ajeno de los partidos?» Cuanto á Coto Paúl, su elocuencia tiene el tono de la elocuencia de trueno de Dantón, arrolladora, vehemente y formidable. Oíd cómo resuena su tempestuoso acento: «¡La anarquía! Esa es la libertad, cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera ondulosa. ¡La anarquía! Cuando los dio-

ses de los débiles—la desconfianza y el pavor—la maldicen, yo caigo de rodillas á su presencia. ¡ Señores ! Que la anarquía, con la antorcha de las Furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague á los facciosos del orden y la sigan por calles y por plazas, gritando libertad. Para reanimar el mar muerto del Congreso, estamos aquí ; estamos aquí, en la alta montaña de la Santa Demagogia. Cuando ésta haya destruido lo presente, y espectros sangrientos hayan venido por nosotros, sobre el campo que haya labrado la guerra, se alzará la libertad.»

Desde 1835 se empezaron á leer sucesivamente en Venezuela, así traducidas al castellano como originales, las obras de Madame Stäel, de Chateaubriand, de Lamartine, de Alfredo de Vigni, de Víctor Hugo, de Alfredo de Musset, de Jorge Sand, del Duque de Rivas, de Zorrilla y de Espronceda. Según Don Fermín Toro—en el artículo citado en el capítulo anterior (7)—«el sentimiento necesitaba también de pábulo en aquella época histórica de reconstitución y de renovación ; romances de todo linaje abundaron, y nuestra juventud no fué ya extraña á la contienda de las escuelas clásica y romántica.» La tendencia iniciada por Bolívar, imitada por los escritores y oradores mencionados que figuraron junto á él, y latente después en literatos como Toro, como Juan Vicente González y como Don Felipe Larrazábal, tomó grande incremento desde luego, estimulada por la abundante savia de la revolución romántica española, así como también de la francesa. De estas dos revoluciones, que tienen muchos puntos de contacto, pero muchos asimismo de separación por la distinta genialidad de los dos pueblos, por el diferente medio en que se agitan, por la diversa atmósfera que respiran y por la no muy profunda afinidad que existe entre sus respectivas tradiciones políticas y literarias, procede en línea recta el romanticismo venezolano ; pero si aquellas dos revoluciones corrieron paralelamente con el movimiento político-social de ambos países, el romanticismo venezolano nada tuvo qué hacer con la política, ni ejerció ninguna influencia sobre ella, ni causó estragos en el seno de la sociedad como en España y en otras naciones europeas, ni fué sino un acontecimiento aislado, parcialísimo, de moda y de pura imitación ; y si en Francia y en España el romanticismo constituyó una transformación radical en el arte y dominó todos los géneros literarios y á todos los ingenios, en Venezuela no fué sino parte de una mezcla singular en su literatura y en los hombres

(7) *Ideas y necesidades.*

mismos que la cultivaron con amor, haciéndola producir flores hermosas y regalados frutos, así como adefesios, extravagancias y delirios. A lo cual debe agregarse que el romanticismo venezolano se nos presenta más visible en la forma que en el fondo, en las calidades extrínsecas que en la sustancia, en el derroche de la imaginación que en la naturaleza de los asuntos que describe. Pueblo sin recuerdos, sin leyendas y sin tradiciones medio-éviles, rebosantes de una así como fantástica y misteriosa poesía, en Venezuela mal podían producirse obras como *El moro expósito*, como *Nuestra Señora de París*, como *El Trovador*, como *Don Juan Tenorio*; había que limitarse á dramatizar y engrandecer, bajo la influencia y con los procedimientos de la escuela, las emociones personales, los mitos de los Andes, el heroísmo de las razas aborígenes por defender el suelo sagrado de la Patria, las historias de amor, de sangre y de codicia de los valientes conquistadores castellanos; y cuando escritores como García de Quevedo, como Julio Calcaño, como Guardia, como Eduardo Blanco, se empeñaron en dar á nuestra literatura la apariencia del romanticismo exótico basado en la leyenda ó en la historia adulterada por la fantasía, tuvieron que ocurrir al caudaloso raudal de las crónicas y tradiciones europeas, para componer las muy pocas y deficientes obras de semejante especie que tenemos en la novela y en el drama. Y en lo general puede decirse que el romanticismo venezolano es más individual que legendario ó histórico, y que por lo mismo se acerca más, verbi gracia, á Chateaubriand (*Atala*, *René*, *Los Natchez*) y á Lamartine (*Graziela*, *Rafael*, *El picapedrero de Saint-Point*), que á escritores como Don Ángel de Saavedra, Víctor Hugo, García Gutiérrez y Zorrilla.

Toro, Maitín, Juan Vicente González, Felipe Larrazábal, García de Quevedo, Francisco Aranda y Ponte, Abigaíl Lozano, Pérez Coronado, Domingo Ramón Hernández, y algunos más que figuran en diferentes partes de este libro con el sello que les corresponde, abrazaron con entusiasmo la prestigiosa causa del romanticismo, que se mantuvo firme y con banderas desplegadas hasta el año de 70 en Venezuela, sin que por ésto dejaran de cultivarlo en la década siguiente escritores como Julio Calcaño (en sus novelas y en algunas de sus poesías), Felipe Tejera, Eduardo Blanco, Jacinto Gutiérrez-Coll, Miguel Sánchez Pesquera, Santiago González Guinán y aun Francisco Pimentel, que pertenece á una generación más joven, y que en 1882 publicó, en el número primero de *La Entrega Literaria*, su novelita *Genaro*, de gusto romántico subido. Con este mismo aspecto aparece Alejandro Urbaneja en la fantasía titulada *Los*

amores del Ávila. El mismo López Méndez no pudo sustraerse de aquella honda y persistente influencia literaria, y en 1888 y 1891 se le ve aparecer con *El beso del espectro*, *La balada de los muertos* y *El último sueño*, fantasías llenas de romántica exaltación las dos primeras, y de suave melancolía lamartiniana la segunda.



Alejandro Urbaneja

La balada de los muertos semeja una de las más hermosas páginas de Juan Vicente González, y ello no es extraño, porque López Méndez lo leía con frecuencia, rindiendo profunda admiración al cerebro poderoso de aquel hombre extraordinario. Pero recuérdese lo que dejó dicho atrás: que el romanticismo no se impuso en Venezuela en ningún tiempo con carácter dictatorial y exclusivista, sino que dominó simultáneamente con el clasicismo y con el neoclasicismo, según las observaciones que sobre este raro fenómeno antes he apuntado.

Imbuido en la lectura frecuente de los escritores franceses é italianos, tanto como Felipe Larrazábal, pero con la fisonomía personalísima de un temperamento fogoso, pendenciero, batallador é intrépido, que adquiere su más alto relieve en los editoriales de *El Heraldo*, en los de *El Nacional*, en la *Biografía de José Félix Ribas* y en *El eco de las Bóvedas*, Juan Vicente González es romántico en toda la extensión de la palabra, si bien atemperado por el criterio luminoso y por el buen gusto especialísimo de su *yo* intelectual. «Creen algunos—dijo él para definirse á sí propio—al leer escritos los acentos escapados á mi corazón, que son creaciones del ingenio, frívolos juguetes de la exaltada fantasía. Miden por sus sensaciones los latidos de mi pecho, arrojan mis dolores en el molde de sus vanidades, y acusan de exagerada mi imaginación por la debilidad exagerada de la suya. ¡Ay! esos pensamientos son los ramos, agitados por la tempestad, del árbol de mi vida; y al tocarlos, brotan sangre, como los del bosque encantado por Armida. Mi estilo no es el pan laborioso del hombre, regado con el sudor del rostro: como la vegetación de los climas meridionales, espontánea, poderosa, él viste risueños valles ó escarpadas rocas, multiforme, quimérico, extravagante, pero expresión purísima de mis sentimientos. Idéntico conmigo, si cristalizáseis las ideas que hace visibles, no obtendríais un mosaico de abigarrados colores, sino un mineral fundido en la sangre de mi pecho, al fuego de mi corazón... De mi corazón, consumido en busca de la gloria y de la felicidad.» Lo mismo hubiera podido decir Byron, ó el mismo Chateaubriand. Quien lea, por ejemplo, en la *Historia Universal* la semblanza del misterioso Dante, de quien la gente del pueblo, cuando le veía pasar por la campiña florentina, melancólico y sumido en sus profundos pensamientos, exclamaba: «ése es el que va al infierno y vuelve,» tiene forzosamente que encontrar en semejantes rasgos una pintura magistral donde resaltan los más característicos del romanticismo, así como en *El eco de las Bóvedas*, obra sombría y dolorosa que tiene algo de pavorosamente bíblico, y en el pronunciado sabor lírico con que se desenvuelven ciertas escenas dramáticas y trágicas en la interesante *Biografía de José Félix Ribas*.

A imitación de Casimiro Delavigne, publicó sus *Mesenianas*, pero en prosa, y más brillantes, más sentidas y más bellas que las de aquel poeta. Abundan en simbolizaciones admirables, en pensamientos profundos, en intensa y embriagadora poesía, que se desprende de sus párrafos como un raudal de rosas blancas, de rosas amarillas, de purpurinas rosas henchidas de fragancia. El título de *Mesenianas* les viene de las elegías en que el abate

francés Barthélémy cantó las desgracias de Mesenia, comarca de la antigua Grecia. El abate Barthélémy nació en 1716, en Cassis, cerca de Aubagne, en la Provenza. Murió en París en 1795; fué miembro de la Academia Francesa, y publicó, fuera de gran número de sabias disertaciones arqueológicas, el *Viaje del joven Anacarsis á Grecia*, pintura fiel de este país durante el siglo de Pericles. Las *Mesenianas* de Juan Vicente González están llenas de dulce poesía melancólica, ó intensamente amarga. «Luna, tú, que has recibido la herencia del moribundo día, revéla á mi corazón los misterios de nuestras dolorosas tardes... ¡Ah, tú vienes al espacio silenciosa, tranquila como el genio del Dolor, mientras las auras abren sus alas para llevar en triunfo los apacibles encantos de la luz! ¿Qué nueva tumba visitas? Dime... ¿de qué ciprés acaricias las hojas, plantado por la mano de un pueblo? Sin duda has despedido las estrellas que te acompañan siempre, para llorar en la soledad la muerte del poeta.» Este apóstrofe parece como de Chateaubriand, así como este otro se asemeja á los más tiernos de Alfredo de Musset: «¡Oh dulce voz de acordes melancólicos, alegres, voluptuosos, fugitivos; ligero soplo aéreo; iris de sonidos que embriagan y enloquecen!... Canta, Música, canta, que el universo entero te acompaña. Los astros cantan, y al són armonioso de sus liras danzan al rededor de sus soles, y despiertan las flores en los valles, y melodías misteriosas se escuchan en los bosques. Tu voz heriría como una espada, sin aquellos bajos suavísimos tan tiernos, aun cuando expresan la ira; lechos de suspiros, notas melancólicas donde se adormece el alma. ¿Por qué el Señor no le dió ese acento al aura, á los árboles que el viento agita, al Anauco, que corre pensativo en sus guijarros? Cuando cantas, ¿no eres la onda del Rhin que gime? ¿O eres alguna sombra cubierta hasta los pies por nuestros largos deseos? Envíame una rosa de las que se hayan enredado en tus cabellos, para que exhale su resto de perfume en mi sepulcro.» Repito que Juan Vicente González es romántico en toda la extensión de la palabra, y si convengo con José Gil Fortoul, mi condiscípulo y compañero en letras, en que puede considerársele á González como el iniciador de la literatura genuinamente nacional, no es porque me funde en la manera, en la índole, en las calidades esenciales de la forma ó vestidura de sus amables producciones, sino por la empeñosa propaganda que hizo en el sentido de nacionalizarla.

Bello se volvió con simpatía, en fuerza de su temperamento ecléctico, hacia el romanticismo, é imitó á Víctor Hugo en *Los fantasmas* y en *Los duendes*, poesías comparadas, por Don Enrique

Piñeyro, con «esos broncez cnidadosamente cincelados que reproducen las obras maestras de la estatuaría en mármol.» (8) García de Quevedo, á pesar de su educación clásica, se fué por los caminos de Zorrilla en muchas de sus poesías líricas y en leyendas como *La caverna del Diablo*; y con el gran poeta español colaboró en el poema bíblico *Pentápolis*, en el religioso *María* y en *Un cuento de amores*, emulando de tal suerte la imaginación fecunda, el resonante y copioso verbo lírico, la hermosísima abundancia de las descripciones y la profusión de galas del maestro, que en una sola se confunden las personalidades del venezolano egregio y del milagroso cantor de las tradiciones españolas. También Maitín es un reflejo de Zorrilla, pero pálido reflejo, tan pálido como Abigaíl Lozano, si bien Maitín está muy lejos de todos los extravíos, excesos y resonantes ampulosidades en que se precipitó Lozano. En las poesías de Arístides Calcaño se ve la influencia de Byron, de Espronceda y de Alfredo de Musset, lo mismo que en la prosa desordenadamente erótica de Francisco Aranda y Ponte, y también en los versos llorosos de Escobar, que fué clásico en la forma, pero eminentemente romántico en el tono y en el fondo, y hasta en aquel su inolvidable y melancólico aspecto personal. La filiación romántica de Eduardo Calcaño aparece en *Horas amargas*, en *Fecha sombría* y en otros pedazos magistrales; la de Cecilio Acosta, en composiciones como la que escribió para el álbum de Doña Elmira Antomarelli, y en la tremenda fantasía titulada *Los espectros que son y un espectro que yá va á ser*; la de Saluzzo, en la meseniana *A Cumaná*, en la meseniana á Etanislao Rendón y en la elegía á Devota, hermosa hija suya, casta flor de juventud que murió ahogada en el río Neverí; y la de Pardo, en composiciones tan hermosas como *Confidencia* y *Soledad*. Domingo Ramón Hernández, de los más altos poetas que ha producido Venezuela, tiene fisonomía propia, porque su romanticismo, en lo general, no es el que debe considerarse como perteneciente á una escuela literaria, sino como condición ingénita, como fenómeno constante ó como estado permanente de ciertos corazones muy delicados y sensibles. Cosa idéntica sucede con aquel bardo infeliz, con aquel triste bohemio, gloria del Zulia por la alteza del espíritu, á quien conocimos con el nombre de Manuel María Bermúdez Ávila, de cuya dolorosa poesía parece que se escapa siempre el húmedo ambiente de las lágrimas, ó el quejido de algún hondo pesar del corazón. Y esa misma aserción puede escribirse respecto de José Ramón Yepes, porque sus bellos versos

(8) *Poetas famosos del siglo diez y nueve.*

tienen el definido sello de su personalidad inconfundible, y porque él fué, antes que todo, como Federico Mistral en la Provenza, un poeta regional, característico en eminente grado y con todo el colorido vernáculo, el pronunciado gusto indígena, el perfume á ondas marinas, la tristeza en ocasiones y á las veces la



Angel Carnevali Monreal

alegría de la ciudad donde nació, que fué su desposada y á la cual cantó inspirado las más bellas estrofas de su ingenio.

Si Madama Stüel, Chateaubriand y Lamartine se sienten palpar en el estilo de Juan Vicente González y Don Felipe Larrazábal, la huella de Víctor Hugo se ve honda en el orador Calcaño (*La balanza*, *El telescopio* y *Sobre las tumbas* de sus *Páginas literarias*), en Eduardo Blanco (*Una noche en Ferrara*, *Vánitas vanitatum* y *Venezuela Heroica*) y en Cecilio Acosta. Léanse de éste en seguida, por la índole terrífica del fondo, los párrafos consagrados á la descripción del cementerio en *Los espectros que son y un espectro que yá va á ser*.

«Era anoche el filo de la media noche, cuando cubría su negro manto á la ciudad de los muertos; hora cargada de tristezas que no admiten bálsamo yá, y lugar donde la tiniebla es espesa y fría, no tiene el adiós eco, se desespera uno llamando para que nadie le responda, y el silencio, que se sienta allí como una deidad sombría y eterna, no sólo es mudo sino ominoso. El bulho de las torres derruidas y el pájaro oscuro del mechinal, van allí á gozarse—como en orgía fúnebre—de que nadie bulla ni hable, y el grillo á soltar, no al viento, que no sopla, sino al aire, que gravita como plomo, su canto monótono y su estridor seco, como una señal aciaga de que pasaron para no volver más nunca los días festivos y las músicas alegres. Fuera de estos dos seres espantosos, ningún huésped más en la casa amarga. Las tumbas, sí, la pueblan como sus habitantes ó su adorno; las unas medio inclinadas, hueco ó flojo yá el descanso por haberlo abandonado los gusanos; las otras abiertas como cuencas horribles del esqueleto de un monstruo colosal; y acá y allá, yerbas que no tienen más rocío que el del llanto, pinos que se enderezan al cielo como en actitud constante de preces, y sauces que desgredñan y dirigen á la tierra removida sus ramas, para expresar así su dolor.

«Ninguna voz humana que se oiga, sino la del que va á orar ó á enterrar; ningún movimiento de vida, sino de la que vegeta, y esa misma, poca. El rayo de la guerra duerme, la palabra de la elocuencia calla, de los siglos que han pasado no quedan ni segundos, de generaciones enteras ni memoria, y todas las riquezas de la conquista y todo el poder del conquistador han venido á reducirse á un hoyo, en donde sólo entra la pala que saca y el pisón que rellena. Hubo un tiempo en que Alejandroató á Egipto, inundó el Asia, pasó el Eufrates y el Indo, vencedor, triunfó en Babilonia y en Persépolis, y quiso por orgullo bañar sus corceles en las remotas aguas del Ganges; hubo otro tiempo en que tal vez jugó el hijo del sepulturero con su cráneo, y luego, ni el mismo espíritu de las ruinas, que vive de hacerlas y conservarlas á su modo, pudiera dar razón de su polvo; como no lo pudiera dar del de César, tan grande en las Galias como en el Rubicón y en el Senado; ni del de Aníbal, que cruzó los Alpes para poner espanto á Roma; y cuando mucho, podría señalar las cenizas, cenizas nomás, del Pasma de la especie humana, del que al galope de su caballo por Europa toda creaba constituciones é imperios, del que vió á reyes y emperadores haciéndole antesala, y aguardando á que se ocupase el César para hablarle, si él se dignaba consentirlo, en Dresde ó en Erfurt.

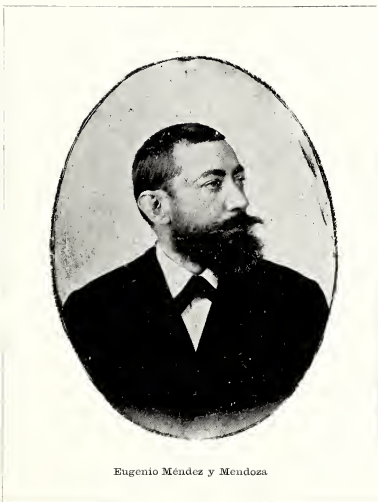
«Con todo, aunque sepultadas algunas bajo lápidas de siglos, muchas de tales grandezas mundanas conservan recuerdos permanentes en esos abismos de la nada, porque el vacío tiene huecos alfabéticos y las sombras frases fúnebres; y es de verse en ocasiones, á períodos fijos, algunos de ellos milenarios, cómo ciertos espectros aviesos, ó por insano capricho ó por maligna complacencia, amantes como son todavía de la servidumbre y de la sangre, danzan al rededor de esos ruidos yá sordos, de esos renombres yá pálidos, de esa gloria yá negra. Sólo la virtud tiene allí culto: silencio la cubre siempre: pero silencio respetuoso.

«Algo había de nuevo en la sombría necrópolis. Salía una sombra, y otra, y otra, hasta formar largas hileras; pasaban en grupos, ó de dos en dos, tomadas de las manos; y como brujas descarnadas, sucias, fatídicas, ora se guiñaban del ojo y se hablaban, para secretos profundos y risotadas impuras ó sarcásticas, ora hacían círculos y los deshacían á luégo, para mistificaciones negras, planes ocultos ó misterios de magia. En el centro estaba el osario, al rededor del cual dieron todas nueve vueltas, echando sobre él al pasar polvo de reyes y de poderosos de la tierra, que la principal sombra sacó de caja preciosa que llevaba al pecho; y después se sentó, ella en medio y las demás en alas, en un tribunal delantero, en són de juicio y de sentencia solemne.»

Oradores españoles como Donoso Cortés y Castelar, no podían menos que imponerse á la imitación por parte de los venezolanos, y en los discursos de Ildefonso Riera Aguinagalde, de Eduardo Calcaño, de Salnzso, de Raimundo Andueza Palacio, resaltan los esplendores de la imaginación, el período caudaloso, la música sonora de la lengua y la síntesis brillante; sin que se observe solamente en los oradores la huella de los españoles mencionados, sino también en Don Felipe Tejera (*El progreso en la historia*, por ejemplo) y en Bolet Peraza (recuérdense, entre sus trabajos más animados y brillantes, sus crónicas de viaje por Italia). En cambio, Francisco de Sales Pérez y Rafael Hernández Gutiérrez tienen la claridad de Selgas y lo conceptuoso de Larra. El célebre orador Morales Marcano posee un estilo exclusivamente suyo, á pesar del conocimiento que demuestra de los clásicos del siglo de oro; un estilo torrentoso, resonante como un parche, henchido de adjetivos, en ocasiones culterano y siempre numeroso de trasposiciones violentas, que lo hace menos agradable en el elogio de Juan Vicente Camacho, en la descripción de la apoteosis de Vargas y en el prólogo á la biografía de éste por el Doctor Laureano

Villanueva, que en los interesantes discursos pronunciados en la Convención de Valencia del 58, en los cuales se ve la espontaneidad de la palabra sin artificios retóricos, caldeada por la inspiración, por la vehemencia y por el fuego del combate. Al disertar jurisconsulto y literato Doctor Cristóbal Mendoza parece como que le son bastante familiares todos los buenos clásicos de España anteriores al siglo décimo octavo; ese es el molde de su estilo, sin que resulte arcaico, y en él brilla también el culto por Cecilio Acosta. Cuanto á Gil Fortoul, ha tenido varias fases en su manera de expresión, sin perseverar en ninguna: la de Castelar (*De la oratoria* y *La poesía en la raza latina*), la de Martí (discursos pronunciados en la Sociedad de Amigos del Saber y artículos como el titulado *Época de combate*), la de Pérez Galdós (en el *¿Idilio?*), la de Zolá (en *Julián*, *Recuerdos de París* y *El humo de mi pipa*). Ultimamente se empeña en prescindir de toda clase de galas, que puede encontrar superfluas hoy, y procura que su estilo sea sobrio, condensado, trasparente como un raudal de agua cristalina; pero no obstante su empeño, la pujanza de su imaginación lo traiciona con frecuencia. Por lo que hace á Zumeta, posee bien el castellano, lo maneja con habilidad, procura emanciparse de todo convencionalismo asaz gastado, escribe á veces con la serenidad hermosa de Baralt, en otras con el fuego de Juan Vicente González, y en ocasiones se convierte en admirable cincelador de la palabra, que de su pluma sale como primor de arte. Y si lo digo así con mi genial sinceridad, es porque yo estoy bastante lejos de negar la gloria de mis compañeros en el mundo de la inteligencia, de sentir el dolor del bien de ellos, de escatimar la alabanza á quien de sobra la merece, y del placer menguado y torpe de irme en són de guerra y de maledicencia infame (¡placer de almas impuras y mezquinas!) contra las frescas flores, radiantes de belleza y rebosantes de perfumes, que á plena luz del sol ríen y esplenden en los cármenes ajenos. Carnevali Monreal es todo un estilista, fuerte, brioso, lleno de pompa y reluciente colorido. Su fantasía es potente, correctísima su forma, exquisito su gusto literario. Jamás puede encerrarse en las cláusulas cortas que son características de los escritores franceses, y por tanto sus períodos son amplios, oratorios, resonantes de verdadera música, y en ocasiones se desdoblán como un manto de seda en ondas numerosas y brillantes. Y ahora copio aquí el siguiente perfil del tachirense López Méndez, no sólo para que se recuerde el estilo de Alejandro Urbaneja, sino también por lo sentido y por lo honrado, porque tiene matices de una época de renacimiento lite-

rario, y porque exhibe con vigor á un hombre muy notable en los anales de la literatura patria: «¡Cuántos años de ausencia! Cuando escribíamos *El Partido Democrático*, llenos de entusiasmo y de esperanzas, lo miraba yo con un cariño no exento de respeto. Me parecía un ente superior á la muchedumbre de jóvenes escritores que se disputaban el favor del



Eugenio Méndez y Mendoza

público en la tribuna y en la prensa. ¡Y así era, en verdad! Le oía como se oye á los sabios y á los maestros: con atención y recogimiento. Su boca no vertió jamás palabras supérfluas: expresaba sus convicciones con energía, y con precisa claridad sus pensamientos. Amaba el arte, y cultivaba sus múltiples fases con pasión de artista y alegría de creyente. Su tertulia intelectual la formaban los grandes pensadores clásicos y positivistas. A todos los estudiaba con ahinco en sus obras, y hasta en sus antecedentes genealógicos; y para no desperdiciar la más leve noticia relativa á la vida é influencia de sus autores favoritos, estudiaba la lengua en que se producían y la época histórica en que hubieron florecido. Así llegaba á conocerlos honradamente, y á poseer una erudición vasta y pro-

funda, que sorprendía é interesaba al círculo de amigos que le rodeábamos en la *Plaza Bolívar*, y con la que más tarde asombró á sus contendores en la prensa periódica. Allí, frente á la estatua del Libertador, nos agrupábamos media docena de soñadores, peleados con las tiranías de arriba y las pasividades de abajo. Nos enardecíamos con el recuerdo de las hazañas del heroísmo y de la abnegación de aquel hombre único que contemplábamos en el hermoso grupo de bronce. López Méndez, en mitad de los discursos históricos, políticos ó artísticos que brotaban de su boca en torrentes armoniosos, se detenía de pronto alguna vez, quedándose como en suspenso. Había herido sus oídos alguna melodía, alguna armonía cualquiera. La melodía ó la armonía despertaban en su cerebro infinidad de recuerdos artísticos. Y allí, después de cantar á media voz los pasajes más importantes de la pieza, llamándonos la atención sobre cada uno de ellos, sobre lo hermoso de las combinaciones armónicas, sobre la precisión y nitidez de alguna frase melódica, abría el libro de su memoria y nos contaba los percances de la vida del autor; las peripecias de la misma obra; el motivo social que la inspiraba; la historia misma que ella contaba en su lenguaje divino, y la época en que había vivido el maestro que compuso la *partitura*, dándonos noticias de las demás obras de valía que hubiese éste escrito. Una mañana se presentó en la Redacción. Venía á comunicarme su nombramiento de Cónsul en Bruselas. Se iba á realizar uno de sus sueños: ver á París, Madrid, Londres, Berlín, Roma. ¡Cuánto estudiaría en los grandes centros! Escribiría una historia de Bolívar en francés, para vulgarizar los hechos de armas y el genio superior del Semi-dios de América. Después... ¡tenía tantos proyectos aquella cabeza tan perfectamente organizada! Comenzó la tarea, y el golpe de lo invisible acogotó al pensador de súbito. Regresó á la Patria... ¡en caja cineraria! Y allí, en el País del Sur, donde el silencio eterno despierta recuerdos dolorosos en las almas vivas; ante la oscura huesa abierta, mis palabras y mis lágrimas fueron tributo afectuoso á sus virtudes y merecimientos. Recuerdo que le dije: *Hasta la vista*. Pero la ausencia se ha prolongado demasiado.»

De 1880 en adelante comienza á sentirse en Venezuela, de una manera que sorprende, la influencia de Cecilio Acosta, no sólo por el fondo trascendental de sus trabajos, sino también por la manera hermosa y personalísima de escribirlos. Como Juan Montalvo en el Ecuador y como José Martí en la Habana, él tiene fisonomía propia, definida, enteramente suya. Verdad es que la lectura de los más selectos clásicos españoles contribuyó

á la formación de su estilo; pero en éste se advierte cierta elegancia peculiar que no se confunde con ninguna (lo repito, con ninguna) en la literatura castellana de ambos mundos. Se parece á Martí y á Juan Montalvo; pero no muéstra el aspecto profundamente arcaico del segundo, ni menos las ampullosidades del primero; y en medio de su neoclasicismo briosamente personal, se siente el fuerte soplo del espíritu moderno. Á Cecilio Acosta, como á Castelar y á Montalvo, se le reconoce el mismo en cualquiera de sus obras, aunque se ignore que el fué quien la escribió. Comenzar á leerle, y en seguida adivinarle, todo es uno. Á él pueden aplicarse los siguientes notabilísimos conceptos, en que Baralt define la personalidad intelectual de Don Juan Donoso Cortés: «Poseía la cualidad sobresaliente de los grandes ingenios, á saber: la unidad, que ilumina y explica sus obras; que permite estudiarlas siempre á una misma luz y bajo un mismo aspecto; que pone de manifiesto la clave del hombre moral é intelectual; que descubre, en fin, el principio y móvil supremo de su espíritu.» Como pensador, Acosta tiene un alcance incalculable, y sus frases equivalen á párrafos enteros, sus párrafos á artículos, sus artículos á libros. «Asombra en sus escritos—dice admirablemente bien Juan de Dios Méndez Mendoza—aquella mirada intelectual eminentemente filosófica, que ora cae, llena de poder, sobre la causa y la fecúnda hasta hacerla producir la última de sus consecuencias, ora domina la confusa aglomeración de los fenómenos, para armonizarlos en la síntesis y atarlos á la ley; y ésto con el colorido de una imaginación creadora, que ve en cada nube de polvo germinador selvas enteras que contiene, y transforma el caos en serenidad de espacios, en luz y atracción de soles, en armonía de movimientos y en belleza universal. Su palabra resuena en el sarcófago de la historia como la trompa apocalíptica; el polvo de los siglos vuelve á ser sangre que corre y lágrimas que se vierten; y los profundos osarios devuelven á la vida los héroes y los sabios, que ejecutan de nuevo, ante nuestras atónitas miradas, los actos yá pasados de la tragedia humana. Se vuelve al porvenir, y nos muestra la serie de los siglos futuros como la sucesión de las olas de un océano cuyos límites no se alcanzan; una faja de luz rielandó en ellos, que marca el rumbo del progreso; y el astro que la irradia desde el cielo, que es la Providencia.» Es difícil encontrar síntesis más densas, más jugosas, más opulentas de sabiduría y de videncia que las suyas, expresadas en giros verdaderamente originales, en refinamientos artísticos, en audacias de imaginación que deslumbran y en delicadezas de lenguaje que

son todas sentimiento. A Bolívar le llamó «la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas ; » á Juan Vicente González, «el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica ; » á Fermín Toro, «el gran pensador artista y el poeta filósofo.» Sin salirse de lo verdadero, es imposible decir más, y tan bien dicho, en una cláusula. Los que después quisieron hacerlas tan hermosas y densas como ésas (Jesús María Morales Marcano, Laureano Villanueva y Raimundo Andueza Palacio), en discursos parecidos al pronunciado por Cecilio Acosta en la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras, fracasaron por completo en la imitación. Léase ahora el párrafo siguiente, que es la vida, la alegría, el amor santo y la historia siempre bella de nuestro hogar americano, y se verá candor, fe primitiva, delicadeza que ablanda, honda ternura que deleita y poesía que llega al corazón y lo conmueve. Al referirse á *El Hogar*, del escritor colombiano Adriano Páez, dice así : «Es ése un cuadro hermosísimo, cuyos colores los ha tomado el autor, del sueño, que en el hogar es que se tiene ; de la paz, que en él es que se goza ; del candor, que allí es que vive. Fuera, en el mundo exterior, fatigas nomás, discordias y engaño. Nada es más encantador que un niño durmiendo y una madre al lado, velando ó contemplando, ó bien para que no despierte, ó para extasiarse mirando aquella cinceladura delicada y casta, en que la naturaleza no ha recibido aún la injuria del tiempo. Los niños, cuando duermen, sueñan blancas albas que no son de aquí, ó ideas ligerísimas como mariposas místicas, que los divierten un instante para volverse á su cielo ; y cuando despiertan, de nada se acuerdan, sino de la que les dió el sér, cuyos brazos piden. Nada más solemne que la oración dominical, pronunciada en la mesa por el jefe de la familia. El alimento así, sabe mejor, y se hace una comida religiosa. Nada más imponente que un oratorio, donde los coloquios son santos, las promesas ciertas, y el Dador se inclina á oír y otorgar lo que se pide. Nada más divertido que una turba de traviesos muchachos corriendo acá y allá, ó cruzándose por entre los rosales del jardín, cuyas flores deshojan, ó bien intentando coger de uno de los frutales un nido, que algunas veces no logran, porque también aquél es un hogar, y vienen los pájaros padres á defenderlo. Nada más tierno que sentir á nuestra hermana acudiendo á abrirnos la puerta de la calle, porque conoció nuestro toque, nuestra voz ó nuestros pasos. El primer pedazo de cielo que vemos, del patio de la casa ó del umbral es que lo vemos, y de uno ú otro resguardados, es que observamos, simplecillos, pasar por fuera odios que se devoran, pasiones que hierven, y una sociedad presa de

luchas. El hogar es donde pasa la historia de la inocencia, toda ella pensamientos de ángeles, hasta con sus candideces divinas; la historia de la infancia, llena de incidentes, en que los juegos son gracias, y los engaños, donosas burlas para los padres; la historia de la virtud, en que es el cielo quien derrama



César Zumeta

dones por preces. El hogar, por último, es donde hay concordia, familia, consuelo, ventura, lumbré, pan y Dios.» En suma, que la síntesis, manejada por Cecilio Acosta con su alto entendimiento y pluma espléndida de oro, parece insuperable por la densidad que alcanza. Dígallo, si nó, el admirable juicio acerca del ilustre poeta Campoamor y de su prodigioso *Drama universal*, juicio donde la admiración por la belleza, así en el vasto fondo como en la artística forma del poema, va pareja con un sentido crítico verdaderamente lúcido: «Campoamor es todo un poeta y todo un filósofo. Como filósofo, es uno de los que han ido más adelante en abrir cauce en su país al espíritu de investigación. Conocer los primeros principios y hallar en ellos la genealogía de las ideas, es la manera única de clasificarlas y aplicarlas bien. El método de *causación*, ya que sea inseguro en física, en moral es el que conviene, porque si en el mundo de la materia se to-

man las cosas como son, en la sociedad se toman como deben ser. Un pueblo que emprende este rumbo, adelanta, porque puede encontrar la verdad sin necesidad de sistemas, y hacerla provechosa en la práctica, sin el estorbo de la rutina. Bajo este punto de vista, Campoamor ocupa un puesto conspicuo entre los grandes escritores. Su filosofía es trasparente como lo es su estilo, y profunda como su talento. Como poeta, tiene ya un nombre; y ese sello, por histórico, no se puede quebrantar. Ha escrito mucho y deleitado mucho. Si hago mención de esto, no es porque yo pueda agregar nada de mío, como homenaje, aunque justo, á tanto lauro, sino para hacer ver, hasta donde alcance, y así nomás que de paso, cual se puede en una carta, la impresión que me ha causado la lectura de su *Drama universal*. Me parece una grande obra. El autor rompe los moldes antiguos, y presenta en el suyo uno nuevo. Quiere que la poesía no sólo enseñe (sin necesidad de convertirse en docente, agrego yo, porque así no lo sería, y lo que abunda en el *Drama universal* es poesía deslumbradora), sino que enseñe universalmente, y vaya por todas partes á buscar temas. Hace intervenir la teología, la astronomía, la historia, la magia, las creencias vulgares, la superstición, las pasiones, las transformaciones de unos seres en otros; atraviesa los espacios, recorre los siglos; y de acá y de allá toma, ó ejemplos para el desengaño, ó ocasión para la doctrina. Tiene de Calderón las galas, de Quevedo los caprichos, de Ovidio las metamorfosis, de Ariosto el vértigo sublime. No hay un sistema único en el libro, sino varios; y aunque aparece como un caos por la mezcla de las cosas, es el caos de la luz. Es de pensar que el autor, sintiéndose estrechado en las antiguas formas, buscó otras más amplias en que pudiese hallar desahogo para su numen y teatro para su escuela. Siendo todo acabado, casi no se puede citar un pasaje con preferencia á otro; pero nótese que no cabe mejorar *La confesión de Florinda*, la descripción de los astros en sus varios estados, *Eva en el Paraíso*, y sobre todo, la transformación de Honorio, primero en mármol de tumba, y después en árbol. Esta última es tan perfecta, que hace recordar la de Dafne:

Pes, modo tam velox, pigris radicibus hæret.

Hay, sin embargo, en el fondo de todo un tinte sombrío de melancolía y desconfianza. El autor como que había sufrido mucho; pero en cambio, y fuera de las dotes mencionadas, ¡qué naturalidad de pensamientos! ¡qué grandeza de creación! ¡qué arte tan puro!»

Al ilustre escritor venezolano es necesario leerlo con detenimiento, para darse cabal cuenta de la inmensidad de ideas que se admira en cada una de sus disertaciones, y de la originalidad innegable de su forma literaria. Al mismo tiempo que posesión plena del idioma, que suma habilidad para manejarlo y que un vocabulario abundoso, en Cecilio Acosta se encuentra sabiduría profunda, amplio conocimiento de la historia y de su filosofía, y en ocasiones dón profético. Martí le conoció, le trató íntimamente y supo estimar en todo su valor la grandeza de su inteligencia, por lo cual escribió aquella semblanza del venezolano insigne, después de muerto éste, que aparece al principio de la obra de Acosta intitulada *Influencia del elemento histórico-político en la literatura dramática y en la novela*. Montalvo hizo de él pomposo elogio. Los hombres más eminentes de Colombia, y algunos de España que entendieron el alcance de sus obras, ensalzaron sin rebozo sus talentos. El mismo Acosta, en ocasión oportuna, en un momento de arrogancia disculpable, porque replicaba con fuerte acerbidad á los que se atrevieron á desacreditar los códigos de Venezuela, para cuya redacción se nombró, durante la primera dominación del General Guzmán Blanco, una comisión de jurisconsultos respetables, entre los cuales se contaba Acosta; él mismo, repito, se retrata á sí propio, cuando al terminar el artículo titulado *Códigos nacionales*, dice: «Para ello (para hacer algunas apreciaciones históricas á que se siente inclinado) cuento con que conozco los hechos, con que soy independiente, con que tengo una vida sin mancha, y con que—por estas circunstancias y otras—lo que yo digo, perdura.» Como orador valía en calidad de excelente, entre otras condiciones, por el énfasis, por el entusiasmo, por la convicción con que hablaba, que era como poner el corazón en las armonías del verbo. El día que pronunció en la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras de Caracas su discurso en elogio admirable de las últimas, fué acompañado hasta su casa, después que la sesión hubo concluido, por los miembros de la academia, por el clero, por altos funcionarios públicos, por la juventud estudiosa y por el pueblo; y Don Antonio Leocadio Guzmán, por una parte notabilísimo orador y por la otra poco amigo de Cecilio Acosta (lo cual da más valor á su alabanza), al penetrar el acompañamiento en la humildísima vivienda del eminente ciudadano, se dirigió á la madre de éste en alta voz, y le dijo con todo el entusiasmo que sentía en el corazón: «Señora, acepte usted mi felicitación más sincera y afectuosa, porque su hijo acaba de pronunciar el discurso más elocuente que ha llegado á mis oídos.» Leamos ahora al Doctor Juan

José Mendoza, voto autorizado en tratándose del esplendor de la tribuna, por cuanto sus contemporáneos le recuerdan como orador de brillantes disposiciones exteriores: «El Licenciado Acosta, pálido de emoción, profundamente conmovido, subió á la tribuna. ¡Cuánto sentimos con él en aquel instante! ¡Cómo gozamos y padecemos con sus goces y vacilaciones, reveladas en las palabras de su entrada y en el acierto mismo con que las produjera! ¡Raro privilegio del genio, ése de atraerse todas las voluntades, hacer suyos todos los espíritus, infiltrar en todo oyente sus ideas, imprimir su pensamiento en el pensamiento universal, y conmover, y dominar, y arrastrar tras de sí todo corazón bien puesto! Así Acosta en aquel día feliz de su existencia; feliz igualmente para cuantos tuvimos la satisfacción de acompañarle en su camino de luz. Subió desde luego tan alto el orador, que sentimos la flaqueza de Gay-Lussac en sus pruebas aéreas; temimos verle caer desfallecido. ¡Cómo nos engañábamos! Aquella poderosa inteligencia probó á mantenerse en tanta altura, y lo consiguió sin esfuerzo, con pasmosa naturalidad.» Decir ésto un orador de otro orador (porque la envidia baja y negra no sosiega en el corazón del hombre), y un orador contemporáneo suyo, y sin incurrir en la exageración dudosa de la hipérbole, y con la amable sinceridad que se trasluce en cada una de las cláusulas, equivale á confesar la más profunda y razonada admiración. Como escritor de lucha, cuando se atrevían á provocar su cólera. Acosta era temible, formidable, arrollador, y en la tremenda acometida se asemejaba á Juan Vicente González, pero con la autoridad moral que el redactor de *El Heraldo* no tenía. El 14 de Noviembre del 77, Don Antonio Leocadio Guzmán osó atacarle sin motivo desde las columnas de *La Opinión Nacional*; llamóle oligarca empedernido, y en medio de su apasionamiento exaltado, rasgo característico del señor Guzmán en el combate político, le comparó con Marat y Robespierre. Al día siguiente apareció en *La Tribuna Liberal* la siniestra fantasía, que algo tiene de dantesco, titulada *Los espectros que son y un espectro que ya va á ser*, la cual dictó Cecilio Acosta, en la mañana de aquel día, á Víctor Antonio Zerpa, que era entonces su amanuense y su discípulo. En dicha fantasía, la sombra principal de las que forman el tribunal delantero, en són de juicio y de sentencia solemne, grita de improviso con voz chillona que repercuten los muros espantados: «Es preciso, es preciso traer, para residenciar aquí, al Viejo Impenitente; al llamado por sí mismo Prócer del 46; al enemigo de Bolívar porque lo proscribió, y del pueblo porque lo engañó; al falso Profeta; al Practicón políti-

co; á *Petrus in cunctis et Paulus in nihil*; al Evangelista sin fe; al Sabio sin ciencia; á la Máquina de palabras vacías y siempre las mismas; al Diccionario sin definiciones.» A los que se atrevieron á desacreditar los códigos nacionales, Acosta les



Juan Vicente González

decía: «Lo que sucede es que estos practicones de política, estos bachilleres de burocracia, estas polillas de archivos que creen que los conocen porque han estado en ellos, estos eruditos de *El Instructor* y *La Colmena*, y cuando más de *Las Ruinas de Palmira*, estos tráfugas de todas las ideas y defensores de los odios cuando triunfan, se creen autorizados para hablar de todo, contando con su petulancia como ciencia y con su desvergüenza como título.» Y en 1877, al encararse «con ciertos hombres maléficos que se llaman á sí mismos tribunos,» los denomina «charlatanes, embaucadores de bobos, políticos de cartelones de esquina, periodistas de frases tabernarias, que siendo amigos de la tiranía por índole, se proclaman amigos del pueblo para engañarlo y deslanarlo.» «Sin embargo, debe decirse

que ya los tiempos han variado; que ya estos zurcidores de frases huecas, tomadas en gacetas, en proclamas y en malas traducciones castellanas del francés, han caído en total descrédito, y que los muchachos de escuela apenas necesitan, para batirlos, de otra cosa que de su compendio de gramática.»

Hombre de semejante estatura intelectual, tenía que influir forzosamente en los de la época á que perteneció, y sobre todo en los jóvenes que empezaron á escribir de 1880 en adelante, porque acababan de leer los luminosos trabajos, sobre distintas é interesantes materias, publicados por él en *La Tribuna Liberal*, durante aquel bienio de reacción política en que el General Alcántara dió amplia libertad al periodismo. Y así fué, en realidad. La influencia de Cecilio Acosta es innegable en la literatura patria. Recórranse las obras de Eduardo Calcaño, de Ildefonso Riera Aguinagalde y de Nicanor Bolet Peraza, por ejemplo, y en algunas de ellas se encontrarán reminiscencias del estilo peculiar que siempre usó el eminente escritor venezolano. En Eduardo Calcaño no es extraño, porque el gran orador fué su discípulo. El propio Acosta se lo recuerda con orgullo en su disertación *Filología*: «De algo he sido maestro tuyo, aunque nada haya podido enseñarte; el país tiene derecho á tus talentos; y alguna vez me gustará que se diga que tuve lazos de familia, en ciencias, con quien después me honra y enaltece.» De Riera Aguinagalde, que le admiraba con franqueza, con amable ingenuidad, con orgullo de ser su compatriota, sin envidia malintencionada ni emulación hiriente y venenosa como el colmillo de las serpientes, léase el discurso que escribió para el acto de su recepción en una sociedad de bellas letras de Caracas. En tal elocuentísimo discurso, hecho como á cincel de oro, radioso de aquella dulce y santa caridad del Evangelio, y palpitante del espíritu de la democracia cristiana, se distingue, más que en ningún otro del barquisimetano ilustre, la huella de la referida imitación. Del exordio de esa obra trascibo estas palabras: «¡Ah! ¡Si me fuera prestado, siquiera para esta ocasión solemne, el verbo luminoso de Cecilio Acosta, que crea cielos con la fecundidad de su intelecto, y siembra de estrellas sus discursos como el ángel de la noche los espacios, y tiende maravillosamente sus períodos como otras tantas cadenas de oro en que los eslabones son ideas que llevan á compás el ritmo del pensamiento!» Y entiéndase bien que si aquí hago referencia muy especial de Riera Aguinagalde, es porque éste fué maestro en el decir aristocrático, hombre de acrisolado gusto literario, profundo sabidor en achaques del habla y de la estética, y por lo mismo capaz de comprender y de apreciar, en todo su

valor, á su compañero en letras, tanto de esas que se han calificado de divinas, como de las llamadas humanas. En 1878 aparece Víctor Antonio Zepa en *La Tribuna Liberal*, y luégo el Doctor Cristóbal Mendoza, con relevantes dotes de orador, en la tribuna del Colegio de Santa María; y en sus escritos se ve el rastro del ingenio de Cecilio Acosta. La imitación de su forma literaria continúa, con alternativas, en Lisandro Alvarado, Juan de Dios y Eugenio Méndez Mendoza, Claudio Bruzual Serra, Ángel Carnevali Monreal y aun el mismo Gil Fortoul. Quien lea *La balada de los muertos* de Luis López Méndez, tendrá que hallarle semejanza, en la disposición y en el corte, en el pronunciado gusto romántico, en la descripción del cementerio y en la exaltación de los sentimientos patrióticos, con *Los espectros que son y un espectro que yá va á ser*. El discurso del mismo López Méndez en elogio de las bellas letras, pronunciado en la Sociedad de Amigos del Saber, está calcado en mucha parte sobre el de Cecilio Acosta. Analícense los *Trovadores* de Rufino Blanco-Fombona, que pertenece á una generación posterior, y en semejante fina prosa castellana, con principios de espíritu francés á lo moderno, habrán de verse giros, expresiones, cláusulas cortadas en la forma de las del gallardo prosista que tan alto pensó y tan hermosamente dijo en las *Consideraciones generales sobre la poesía*. Lo mismo debe afirmarse respecto del bellísimo discurso, acerca de la Gloria, del Arte y la Mujer, pronunciado por el sacerdote Carlos Borges en la tribuna del Colegio Bolívar del Tinaco, discurso admirable como una rica joya á maravilla trabajada por artífice diestro y excelente. Juan de Dios y Eugenio Méndez Mendoza (el primero en el *Parnaso venezolano* publicado en Curazao por los editores Bethencourt, y el segundo en *El Cojo Ilustrado* correspondiente á 1893), Víctor Antonio Zepa (así en la semblanza que escribió de su afectuoso maestro, como en un sesudo artículo que apareció en *El Imparcial* de la mencionada Antilla), Lisandro Alvarado (en *El Sur de Occidente* de Guanare, trabajo que fué reproducido en diferentes periódicos de Venezuela) y José Gil Fortoul (en más de una de sus disertaciones sobre literatura patria), dijeron el elogio del célebre venezolano, sin incurrir en la hipérbole efectista y nada llena, é inspirándose en la luz de la verdad. Por último, en publicaciones hechas por Eloy Guillermo González, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro-Emilio Coll, José Machado, Angel César Rivas y otros escritores pertenecientes á la última generación de la República, se encontrará, cada vez que se han referido á la evolución intelectual de Venezuela, citado el nombre de Cecilio Acosta con altísima alabanza, en

atención á los rasgos enteramente definidos, peculiares y sobresalientes, en el fondo y en la forma, de su personalidad literaria. Los escritores patrios viejos (los que vinieron al mundo de 1822 á 1835) lo señalan como una de las más excelsas cumbres del pensamiento nacional. Los que nacieron á mediados de aquel siglo, ponen sobre su nombre las rosas fragantísimas y las triunfales palmas de la glorificación. Los posteriores le citan á menudo en sus escritos, que tanto es como admirarle. Y todo ello sirve á dar de alguna suerte consolación al patriotismo, ya que Cecilio Acosta no ha tenido todavía en Venezuela (! qué tarde amanece para los hombres superiores el día de la apoteosis!) un homenaje digno de sus merecimientos, de su gran sabiduría, de sus bellas virtudes y su nombre; nombre así como de gloriosísimo ateniense en el siglo de oro en que Pericles (inteligencia, verbo y brazo vigorosos, todo en uno) presidió, muy seguro de sí propio, los hermosísimos torneos de una de las civilizaciones más brillantes que registran los anales de la historia. Y por eso Carnevali Monreal dijo, en ocasión solemne para las letras patrias, inspirándose en la verdad más dolorosa: «En otra edad y en otro ambiente, quizá en la misma Atenas de la Academia y del Agora, Cecilio Acosta habría tenido discípulos amantes y posteridad reconocida, comenzada para él á la vera misma del sepulcro; y en la Roma de Augusto y Marco-Aurelio, una tumba en el Panteón con magnífico epitafio. Pero aquí, aquí, bajo este cielo que aquel grande espíritu cruzó con alas de ave olímpica y de ángel peregrino; aquí, donde con las hermosas galas de aquel verbo bien pudiéramos hacer algo semejante á manto de púrpura y armiño para los augustos hombros de la Patria; aquí, maldito si no se suman con los dedos de la mano los que dicen cosa buena del ingenio esclarecido, y recuentan con sentida vanagloria sus obras, sus virtudes y su méritos; maldito si no es apenas una cruz irregular, ó algún montón informe de piedras y ladrillos, lo que reza en la necrópolis; *Aquí está Cecilio Acosta*; maldito si, movida su ánima á penetrar en el recinto de los muertos consagrados, quizá para entouarle una salve de las suyas al redentor de medio mundo; maldito si un sargentón de mala traza, sintiendo acaso que el pedestal le bambolea, no la emprende á denuestos de motín con la cándida y gloriosa aparición.» (9)

(9) Véase á continuación la lista de algunos trabajos de Cecilio Acosta, publicados en libros, en folletos y en diferentes periódicos.

SOBRE POLÍTICA Y JURISPRUDENCIA :

Caridad, ó fruto de la cooperación de todos al bien de todos.

Para terminar este capítulo, no me resta sino hablar, como curiosidad histórica, de la influencia de José Martí en la juventud intrauniversitaria de 1880. Vino en este año á Caracas,



Cecilio Acosta

precedido de resonante fama, el insigne orador cubano. Noches después de su llegada, como para manifestar públicamente el

Reseña histórica y prospecto de código del derecho penal.

Una disertación acerca de los *Montes de Piedad* [también con su reseña histórica].

Prólogo á la *Legislación comercial comparada* de Don Ricardo Ovidio Limardo.

alborozo que sentía por encontrarse al fin en la patria de Bolívar, vehemente anhelo suyo desde los días más hermosos de la juventud, pronunció un elocuentísimo discurso en el que se llamó *Club del Comercio*, el cual acababa de fundarse en una de las casas de balcón situadas entre las esquinas de la Palma y el Teatro Municipal. Concurrieron al acto casi todos los hombres

Deberes del patriotismo.

Cosas sabidas y cosas por saberse.

Revista de Europa y de los Estados Unidos de la América del Norte.

Dos decretos de crédito público de la Administración del General Alcántara.

El Doctor Don José María Samper.

Otro artículo sobre el mismo literato colombiano.

Libertad de imprenta.

Los partidos políticos.

Códigos nacionales.

Sobre Moneda.

El General Julián Trujillo y consideraciones sobre política general y de actualidad.

Los espectros que son y un espectro que yá va á ser.

Quintín Bocayuca [del Brasil] ó un nombramiento digno.

Carta á Don Florencio Escardó.

Carta á Don Rufino José Cuervo.

Polémicas en El Federalista de Caracas.

El Doctor Acosta dejó varias obras inéditas notables, entre ellas, un tratado de Derecho Internacional.

Se recuerda, por último, que el Doctor Acosta fué uno de los redactores del Código Penal sancionado y expedido durante la primera Administración del General Guzmán Blanco.

SOBRE HISTORIA :

Causa de la desgracia de Ovidio.

La obra del Doctor Don Nicolás González [Resumen de la historia militar Colombiana].

Un asunto de grave interés y de justicia nacional [acerca de los próceres de nuestra Independencia].

SEMBLANZAS DE HOMBRES NOTABLES :

Del General José Antonio Páez [*Al Ciudadano Esclarecido*].

Del Doctor y General Gonzalo Cárdenas [prólogo á una biografía de este célebre venezolano].

Del eminente jurisconsulto Luis Sanojo.

Del orador y hombre de estado Doctor Eloy Paredes.

Del pianista Don Manuel Larrazábal.

Del escritor colombiano Adriano Páez.

CRÍTICA, BELLAS LETRAS Y FILOLOGÍA

Influencia del elemento histórico-político en la literatura dramática y en la novela.

Consideraciones generales sobre la poesía.

Carta á la Academia de Bellas Letras de Chile [que le nombró Socio honorario suyo].

Carta á Don Miguel Antonio Caro.

de letras de Caracas, la juventud universitaria y una gran masa del pueblo, y el triunfo de Martí fué extraordinario (yo puedo decirlo con certeza, porque lo presencié). De una amable revista de aquel acto, entonces publicada por mi compañero de aulas Pedro María Brito González, recojo los párrafos siguientes, para que se vea clara la hermosa impresión honda que produjo en

Discurso pronunciado en la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras de Caracas.

Fantasia en el álbum de Doña Elmira Antomarchi.

La Mujer.

A Epsilon Kappa [estudio en que se trata de varios puntos referentes al organismo, evolución y cultura de la lengua castellana].

Conste, además, que en el Diccionario de la Academia Española se les dió entrada franca á muchos neologismos y americanismos cultos, de formación legítima, enviados por Cecilio Acosta.

Otros estudios de él, sobre distintas materias, se encontrarán en los periódicos siguientes:

De París:

El Americano [José María Torres Caicedo].

De Bogotá:

El Repertorio Colombiano [Miguel Antonio Caro y otros].

La Patria [Adriano Pérez].

De Caracas:

La Opinión Nacional [Fausto Teodoro de Aldrey].

El Semanario [Julio Calcaño].

La Tertulia [Juan Piñango Ordóñez].

La Tribuna Liberal [Nicanor Bolet Peraza].

La Entrega Literaria [Juan de Dios Méndez Mendoza y otros].

El Ángel Guardián [Presbítero Doctor Antonio Ramón Silva, hoy Obispo de Mérida, y otros].

El Zancudo [Gabriel de Aramburu].

El Cojo Ilustrado [Jesús María Herrera Irigoyen].

De Valencia:

Un Periódico [Jesús María Maduro].

Advierto que Cecilio Acosta firmaba algunas veces con los seudónimos de *Tullius* y *Niemand*.

La bibliografía en que se le ensalza y juzga, es notabilísima y extensa; y en ella resaltan, fuera de Martí, cuyo trabajo es excelente, José María Torres Caicedo, Miguel Antonio Caro, Adriano Pérez y José María Samper [para sólo nombrar á algunos de los extranjeros de más fama].

El padre Francisco Blanco García publicó un tercer tomo de su historia de *La literatura española en el siglo diez y nueve*, consagrado á las regionales de España y á la de las Repúblicas Hispano-Americanas. Pero tan mal nos trata allí, tan desdeñosamente, y en un tono de protección tan magistral y campanudo, que desde luego mueve á risa. Mas no podía ser de otra manera. El padre Blanco García ignoraba la literatura de estas jóvenes naciones, como él mismo lo confiesa, de un modo indirecto, en la introducción á los *Apuntes* con que tan por lo bajo paró mientes en nosotros. Su trabajo, por lo mismo, no merece que se le preste atención en la parte que nos corres-

nuestra juventud inteligente la deslumbradora elocuencia del orador famoso: «Dió el Club su primera velada artística con motivo de la presentación en él del eminente literato Don José Martí, hijo de aquella Cuba que—tendida en su lecho de palmeras que salpica la espuma de los mares tropicales—fué sorprendida por la gente castellana, y que de entonces, dejando de ser la garza libre y gentil de las azules aguas, llora la pérdida de su libertad y espera ansiosa la hora de la redención. Martí es, además de eminente literato, gran figura política. Fué esforzado adalid de las libertades de su patria; mas cuando vió perdida la obra del patriotismo cubano, por causas dolorosas y nunca bien sentidas, vino á refugiarse—peregrino de una idea sublime—en el seno de estas Repúblicas, que tienen un hogar para todos los mártires de la tiranía, y que á todos pueden ellas cobijar con el manto de iris de sus glorias. Él mismo nos lo dijo, hablando de la emancipación de Cuba: *El poema de 1810 está incompleto, y yo quise escribir su última estrofa*; pensamiento que por sí solo da una precisa idea de su numen poderoso. Yá sabía todo Caracas que Martí pronunciaría un discurso en el acto de su presentación. La fama que precedía á su nombre, daba derecho á esperar un éxito ruidoso. Es de noche, y estamos en el Club. Todo respira animación, encantos, poesía. Los salones, iluminados á *giorno* y esmaltados de flores, cuyos aromas penetrantes se confunden con el suave y puro aliento de tantas formas gallardas, de tanta hechicera mujer que hace palidecer con los destellos de sus ojos la luz de las bujías, semeja la morada de los Genios Benéficos. Una voz de mujer hiende los aires, y después que se apaga el eco de aquel canto, que arroba y extasia los corazones, aparece Martí en la tribuna; y no palpita su pecho á impulsos del temor, sino que se pinta en su semblante la complacencia que le da la convicción de su cercano triunfo. En efecto, la realidad excedió á todas las ilusiones concebidas. No era un hombre; era

ponde, por la falta de conocimiento en el asunto en que se aventuró á torpes juicios que no resisten el análisis. Todas las Repúblicas Hispano-Americanas resultan atrozmente barajadas por la pluma del catedrático del Escorial, pero antes que ninguna, Venezuela, contra la cual se observa cierta mal disimulada inquina, hasta cuando se refiere á Baralt y á García de Quevedo en los dos primeros tomos de la obra. De la ignorancia del maestro, en lo que se refiere á Venezuela, puede juzgarse por lo que él asienta de Juan Vicente González: «que brilló principalmente como periodista satírico.» Y conste ahora que si pongo aquí esta nota, no es sino porque de Cecilio Acosta no se le ocurrió decir sino «que cultivó la poesía con esmero, aunque se resiente de falta de naturalidad, achaque también de sus elegantes escritos en prosa.» Mejor hubiera sido silenciarlo, ó no meterse el catedrático á hablar de lo que no sabía.

el genio viviente de la inspiración, personificado en el orador, que poblaba el espacio con las armonías de su palabra, que inflamaba los corazones con el fuego de la elocuencia varonil, que subyugaba las almas con el influjo de misteriosa é irresistible simpatía. Todos prorrumpimos en frenéticos aplausos y gritos de entusiasmo al primer pensamiento vertido por los labios del orador; y aquel entusiasmo, y aquellos aplausos, y aquellas demostraciones de sincero cariño, fueron creciendo á medida que eran oídos aquellos pensamientos: ora vigorosos y enérgicos cuando imploraba al Numen de la libertad, para hablar en esta tierra clásica del heroísmo: ora tiernos y delicados, pero siempre nuevos, cuando describía con mágico arrebató la belleza de nuestras mujeres y el brillo de las virtudes que resplandee en sus frentes candorosas; cuando, mensajero del porvenir, predicaba á esta América, paraíso del mundo, los triunfos más gloriosos en las lides del progreso universal. Bajó de la tribuna y cayó en brazos de tantos como lo esperábamos para darle un testimonio del aprecio y del respeto que merecen é inspiran las almas generosas consagradas al culto del deber y la virtud.» Martí empezó luego á escribir en los periódicos, y á poco fundó *La Revista Venezolana*, de la cual no salieron sino dos entregas, porque él se vió en la necesidad forzosa de irse á Nueva York, desde donde siguió colaborando en las columnas de *La Opinión Nacional*. Ello es lo cierto que su nombre como trabajador infatigable por la independencia política de Cuba, su figura simpática, su prestigio como orador, el número copioso de sus escritos sobre diversos é interesantes temas ó cuestiones, el excelente elogio que hizo de Cecilio Acosta, y las formas abundosas y la desbordante grandilocuencia de su estilo, extrañamente arcaico, audaz como ninguno en las imágenes, pletórico de fantasía deslumbradora como una vasta selva americana bañada á torrentes por la luz, en ocasiones lleno de extravagantes metáforas y en otras interminable en los períodos, le granjearon la más ciega y entusiasta admiración entre algunos de los jóvenes de aquella época. De semejante entusiasmo tenía que originarse el propósito de la imitación, y José Gil Fortoul, Alejandro Urbaneja (véase de éste, verbi gracia, el discurso que pronunció el 24 de Julio de 1887 en el Asilo de Huérfanos de Caracas) y el malogrado cumánés Víctor Manuel Mago (para no citar sino á tres) incurrieron en ella con la mayor debilidad, sin darse cuenta de que podía ser sobremanera exigente y peligrosa, y por lo mismo ocasionada á rayar en la exageración ridícula. Pero si Gil Fortoul y Urbaneja, en fuerza de su buen sentido, jamás llegaron á extremar la imitación y á poco la abandona-

ron resueltamente, persuadidos de la candidez juvenil de su entusiasmo y de que el estilo de Martí debía considerarse como inimitable, Víctor Manuel Mago, en cambio, se obstinó en el empeño sin dar oídos á las advertencias de sus compañeros de aulas, se volvió intransigente con todo estilo que no fuese el de Martí, extremó la imitación hasta hacerse incomprensible, y publicó varios trabajos completamente raros (algunos de ellos en *La Buena Nueva*, revista en cuya redacción le acompañó el tachirense Arístides Garbiras Guzmán), los cuales trabajos nadie es capaz de leer hoy, ni aun llenándose de la benevolencia más noble y afectuosa. Martí hubiera escrito con verdad lo que Rubén Darío en el preámbulo de sus *Prosas profanas*; pero sin escribirlo, sus imitadores todos han debido comprenderlo: «Mi literatura es mía en mí; quien siga servilmente mis huellas, perderá su tesoro personal; y paje ó esclavo, no podrá ocultar sello ó librea.»

Afortunadamente, bien ligero pasó el entusiasmo por Martí; los que se dieron á pisar sobre sus huellas, á poco desdeñaron el propósito; y la influencia de su personalidad, por tanto, nada tiene de honda en los anales de la literatura patria. Tan sólo fué resplandor de una mañana, que apenas causó estragos en algunos de los jóvenes de aquella época de renovación en los dominios de la inteligencia nacional.





CAPITULO QUINTO

SUMARIO

El General Antonio Guzmán Blanco.—Su influencia en la política de Venezuela.—Reacción intelectual contra su personalismo.—Consideraciones generales.



El período literario que tiene sus orígenes en el año de 1878, segundo del gobierno del General Francisco Linares Alcántara, me obliga ahora á reseñar de una manera breve los acontecimientos políticos más notables ocurridos de 1870 á 1887, puesto que éstos sí tienen correlación estrecha con los acontecimientos literarios, y á esbozar de la suerte más sintética posible la prominente figura del General Antonio Guzmán Blanco, «personaje de importancia excepcional en la historia política de Venezuela,» según lo calificó *El Cojo Ilustrado* al comunicar la noticia de su fallecimiento en París.

La historia de tan célebre varón está de tal manera unida á nuestra historia nacional durante un cuarto de siglo; marcó tan honda huella su carácter en la transformación radical de la política, y tan poderosamente influyó su inteligencia impositiva en el desenvolvimiento y suerte de la República, que su vida de luchador tenaz no puede compendiarse en cuatro rasgos. Formado primero en el estudio de la jurisprudencia y de las bellas letras, luégo en la contienda cívica de los partidos conservador y liberal, y por último en el estruendo de los campamentos, en su personalidad extraña adviértese el espíritu civilizador que surge de la meditación y del estudio, tienen alto relieve las pasiones vehementes del sectario, y se observan los hábitos adquiridos en el ejercicio de la autoridad discrecional.

Con la arrogancia nunca desmentida de su brioso temperamento de caudillo, con sus grandes aptitudes para imponerse y gobernar, y con su persistencia inquebrantable en los propósitos que concebía, se abrió paso hacia la cumbre del poder, mantúvose en el solio con el efectivo prestigio de su nombre y con la alteza de su inteligencia, y si en él cometió faltas muy graves contra la libertad, contra el derecho, contra la democracia pura, contra el desprendimiento personal y contra la austeridad republicana—faltas de que no lo absolverán jamás ni la posteridad justiciera, ni el patriotismo honrado, ni el tribunal implacable de la historia, ni el criterio de los pensadores ingenuos—necesario es convenir, á riesgo de caer en el abismo de la pasión mezquina, en que de firme puso á raya á la barbarie asoladora, quebrantó la cabeza de la guerra sobrepujó al caudillaje bochinchero y disolvente de la unidad social, sostuvo el principio de autoridad en su alta grandeza y su decoro, civilizó á su patria, y le dió crédito y respeto ante las demás naciones. Reformador imperioso, tanto como la mayor parte de los reformadores históricos, cubrióse el pecho con el bronce de la dictadura para realizar sus designios; gobernante acostumbrado á ejercer sin contradicción alguna la autoridad omnímoda, injurió la libertad con el pomo de su espada, se alzó tonante sobre la majestad de la ley é impuso á toda costa la fuerza de su voluntad; jefe de un partido combatiente que lo constituyó en árbitro de sus destinos, hízolo invulnerable y poderoso con el sostenimiento de la República en la paz, en la civilización y en el progreso, hiriendo de muerte á su adversario no sólo con la fuerza del derecho, sino también con las intolerancias é imposiciones incontrastables de la fuerza, necesaria en muchos casos para impedir el desequilibrio social, digan lo que quieran los partidarios líricos, sensacionistas é inexpertos del puritanismo utópico y de las prácticas austeras é ilusorias, en las alturas del gobierno, dentro de países como el nuestro, acostumbrados al desorden, á la licencia y al militarismo rebelde y ambicioso; dentro de países como el nuestro, donde las excelencias de la democracia, las enérgicas reclamaciones por el cumplimiento estricto de las leyes y las teorías más avanzadas del derecho constitucional, no sirven casi siempre sino para pronunciar discursos efectistas en los bancos de la oposición, para deslumbrar las multitudes y llenarlas de esperanzas engañosas; dentro de países como el nuestro, donde (son palabras de Cecilio Acosta) «no sabemos hacer uso de ese término medio que reparte el calor en todo el cuerpo, del derecho escrito, de la palabra simpática, de la reclamación digna, de la ciudadanía res-

petable; » dentro de países como el nuestro, donde se quiere el derecho, pero no el deber, la libertad, pero no la justicia, la autonomía del ciudadano, pero no el principio de autoridad que la contiene dentro de los términos de sus prerrogativas. Si Luis Catorce dijo: *el Estado soy yo*; y Napoleón Primero: *La Revolución soy yo*; y Bolívar, de un modo indirecto, *la Independencia de América soy yo*, Guzmán Blanco también dijo, si nó con la claridad de la expresión, sí con la altivez ingénita y con la férrea entonación de su carácter, *la República soy yo*. Verdad es que con ello quemó incienso en el altar de la autocracia, rindió culto á la soberbia, ultrajó la dignidad humana y rompió contra el espíritu de las ideas é instituciones democráticas; pero preciso es confesar que impuso el orden, hizo de la propiedad un tabernáculo inviolable, mantuvo á la sociedad en su respeto y en sus fueros, venció al monstruo de la anarquía disociadora y aplastó la cabeza impenitente de las revoluciones fratricidas. (1)

(1) Pretender los ciudadanos y los partidos políticos el ejercicio de todos los derechos sin limitación alguna, pero nó el cumplimiento de todos los deberes que les son correlativos, ha sido enfermedad dominante en todas las Repúblicas Hispano-Americanas, aun en aquellas que suelen atribuirse, en tono demasiado campanudo, mayor suma de orden, de regularidad, de civilización y de cultura intelectual, incurriendo por ello en la soberbia de despreciar á las demás, de criticarlas con frecuencia y hasta de herirlas con los dardos del dictorio. En 1892 decía el Doctor Mont, notable hombre de estado, en la Cámara de Diputados de Chile y pocos días antes de que se sublevara el Congreso contra Balmaceda, las siguientes significativas palabras, cuyos comentarios dejó á la inteligencia de quien se digne leerme:

«La paz interna de la República constituye en estos momentos un problema, al parecer sin una solución inmediata. Al rededor de este problema se ha escrito y hablado mucho. Pero las ideas, como los hombres, han fluctuado siempre, oscilando entre el despotismo y la demagogia, como si no fuese posible eludir estos términos extremos. Los partidos no han podido nunca detenerse en el justo medio razonable, y los gobiernos no han conseguido hasta hoy que impere el principio de autoridad fundado en la Constitución y las Leyes. Ellos mismos han tenido que inventar un verdadero *fetiquismo*, colocando el principio de autoridad en las personas que ejercen el poder. Lo que se llama y siempre se ha llamado el respeto á la autoridad, no ha existido ni existe aún. Pueblos y partidos no han tenido sino temor en unos casos, y desprecio en otros, por la ley. El triunfo del principio de autoridad sólo se ha impuesto á cañonazos, y no se ha mantenido sino con los Presidentes de carácter enérgico y dominante. Los Presidentes no se han hecho respetar y obedecer invocando la ley y recordando sus deberes á los hombres y á los partidos, sino echando mano de las bayonetas y de los cañones, y poniendo en movimiento las fuerzas armadas de la nación.»

«Nuestros gobiernos republicanos han sido casi una continuación del Gobierno Colonial: han conseguido, á veces, hacerse temer, pero jamás hacerse respetar. La educación y el carácter del pueblo les ha impuesto la necesidad de optar por uno de estos extremos, siguiendo el consejo de Maquiavelo: hacerse temer arrojando el odio, antes que merecer el desprecio del pueblo. Discurrimos, á veces, como hombres civilizados, y obramos gene-

Andueza Palacio, en su elocuentísimo discurso pronunciado en el Teatro Caracas el 9 de Agosto del 86, dijo estas célebres palabras, contra las cuales protestaron (y ello parece inverosímil), en los salones y zaguanes, en los grupillos de las plazas públicas y en los maledicentes sanedrines revolucionarios, muchos hombres de ilustración y de talento: «En el día de las grandes y finales liquidaciones, cuando se haya apagado el fuego de los odios y de las pasiones coetáneas, Guzmán Blanco puede presentarse al tribunal de la posteridad con su decreto de 27 de Junio sobre instrucción popular, para pedir á la historia la absolución de sus faltas y la apoteosis de su nombre. Será entonces cuando la justicia decretará su estatua, no sobre base de deleznable granito, sino sobre esa pirámide de luz de la Instrucción Popular.» Andueza Palacio no hacía otra cosa que ensalzar, como hombre inteligente y culto, lo que el General Guzmán Blanco, en su condición de magistrado pensador, había decretado y luégo realizado, y lo que Cecilio Acosta aconsejaba desde el año de 68: «Enseñanza para el pueblo tan extendida como el aire.» Pero el partidarismo político adverso á Guzmán Blanco, agitándose en la confusa y desordenada mezcla de elementos completamente heterogéneos, muchos de ellos sin autoridad moral, se revolvía indignado, con sus rencores vetustos, con sus tradicionales pasiones, con sus eternas mezquindades, contra la justicia hecha por el verbo siempre relampagueante del orador famoso. Y yo agrego ahora: la nación venezolana, en 1887, se encuentra á gran distancia de la nación venezolana en 1870, por su progreso, por su crédito, por su civilización, por la paz de que disfruta y por su dignidad ante las demás naciones. Esa distancia es la obra administrativa del General Guzmán Blanco, realizada á fuerza de carácter, de perseverancia y de voluntad enérgica. Guzmán Blanco no fué sino un gran reformador y un civilizador tenaz, imperioso y formidable, y negar lo que es claro como la luz del día, lo que hemos todos tenido ante los ojos, es atentar contra los fueros de la justicia histórica. La paz nacional á todo trance, la conservación del orden, el persistente empeño de la administración inteligente y laboriosa, que es lo que salva y enriquece á las naciones como á los individuos, y por último, la imposición del

ralmente como salvajes. No hemos podido conciliar aún el respeto que se debe á los magistrados en el ejercicio de los derechos, y el cumplimiento de los deberes del ciudadano. Existe en la actualidad, entre pueblos y gobiernos, el mismo antagonismo que entre las razas primitivas (pehuenches, queraudés, guaraníes, guayacanos) y los gobiernos de origen español instituidos por la Conquista.»

respeto debido y necesario al principio de autoridad, no ya sólo para reconstituir la República sobre fundamentos sólidos, sino también para poder civilizar en medio del combate y de las más violentas pasiones partidarias, fueron su propósito, su estre-



Antonio Guzman Blanco (1870)

lla, su esfuerzo y su ideal ; y ello nomás, durante quince años de gobierno, sin duda que es obra de progreso, de cultura y de regeneración ; y si cometió errores, y consumó escandalosos atentados, y por la intrepidez de su carácter y por su índole de civilizador fué soberbio y vanidoso en las alturas del poder, tanto como lo fué Bolívar, téngase bien en cuenta que la flaqueza y la fragilidad son condiciones inherentes á la triste naturaleza humana.

Por causa de la sangrienta, larga y tormentosa guerra de la Federación, detrás de Guzmán Blanco no se ven sino la anarquía y el desorden, la falta de administración inteligente y acertada, el ejercicio de la política sin ningún ideal noble, el periodismo convertido en palestra de rencores banderizos y en desahogo de deshonrosos vituperios, los caminos públicos llenos de salteadores, los cuarteles en frecuentes defecciones y asonadas, la propiedad particular á merced de los candillos de parroquia, la sedición constante como único designio en la vida de los pueblos, el progreso en lamentable estancamiento, la civilización sin estímulo y sin alas, grupos de hombres convencidos de la necesidad regional de las oligarquías permanentes y por lo mismo peligrosas, la dignidad de la República yéndose muy á menos en el concepto de los gobiernos extranjeros, y por último, esa inmensa miseria asoladora, negra como el abismo, repugnante como un nido de serpientes, amasada con odios y ambiciones por las furias del averno, devastadora de todo lo que el progreso crea, infecunda porque retarda la evolución social, sinuestra como el crimen y henchida de venganzas y rencores, que se llama la guerra fratricida: evocación medrosa ésa que no deja como rastro de su carrera sino ruinas, duelo en los hogares, consternación en las familias, dificultades que interceptan el movimiento expansivo de los pueblos, universal retroceso que abate y desencanta, el eclipse de las ciencias, el eclipse de las letras y de las bellas artes, el eclipse de la industria, el empobrecimiento de todos los raudales de la riqueza pública, la expropiación inicua del hombre por el hombre, la crueldad de las venganzas entre hermanos, la infancia de los odios implacables, un mar de sangre y lodo, un tumulto de ambiciones que se destrozan mutuamente después de conseguida la victoria, una montaña de cadáveres cubierta de brútes é impurezas, y arriba, arriba, en lo más alto de ella, sobre el vértice dantesco en que la luz del sol no ríe sino que arden las llamas del incendio, la figura sombríamente trágica de la Discordia, hirsuta, desgredañada, agitando muy en alto la pavorosa tea, asordando los espacios con las blasfemias y vociferaciones de su ira, y contemplando ante sus pies—soberbia y desdeñosa como el Satanás de Milton—el amontonamiento horrible de todos los escombros del desastre. Pero Guzmán Blanco apareció, irguióse altivo sobre el escenario de la historia nacional, abrazó el fuerte escudo del desnudo, y puso término á semejante estado caótico y sombrío, de tribulación constante para la sociedad venezolana, y hasta de peligro para la santa integridad de la República. «Es comprobación de la historia—ha dicho no hace mucho José Aus-

tría en su hermosísimo trabajo acerca de Bolívar—que siempre hubieron menester los pueblos (pero en determinadas circunstancias por su anormalidad, agregó yo) de estos formidables pastores agresivos, que suman en la potencia de su alma y en la eficacia de la acción, el alto pronóstico de los civilizadores y la violencia imperativa de los dominadores.»

Se le acusa á Guzmán Blanco de que fué personalista en grado sumo ; pero también lo fué Bolívar, lo fué Páez, lo fueron los Monagas y Falcón. Se le acusa de que se glorificó á sí propio con la ridícula erección de sus estatuas ; pero no fueron sino los personajes más notables del partido liberal los que las decretaron y erigieron, para derribarlas después la mayor parte de ellos, rebotantes los labios de invectivas contra el que había sido su ídolo, incurriendo en la flaqueza de la apostasía y poniéndose en ridículo ante el país y ante la historia. Se le acusa de que ultrajó á los hombres con la vehemencia de su temperamento ; pero los hombres que protestaron con altivez contra los ultrajes salidos de sus labios, fueron pocos. Se le acusa de que profanó el santuario de la soberanía nacional ; pero en el Congreso resonaba con frecuencia la palabra irrespetuosa de la revolución, disfrazada de oposición patriótica. Se le acusa de que fué autoritario, de que amordazó la prensa, de que se sobrepuso á la constitución de la República ; pero sus gobiernos fueron de combate contra la reacción, contra la revolución armada, contra el conservatismo intransigente y contra los elementos disgregados del partido liberal. Se le acusa de implacable y temerario con sus enemigos ; pero se olvida que en contra de su personalidad se hizo uso hasta del puñal siniestro de la conjuración. Se le acusa de su larga permanencia en el poder ; pero sus gobiernos fueron sostenidos por la mayoría de los venezolanos, por los hombres de más alta significación política en los Estados Federales, y por muchos ciudadanos eminentes en la ciencia del gobierno. Se le acusa de haber tiranizado á Venezuela ; pero no se recuerda que en la vida de los pueblos y en medio del estruendo de los negocios públicos, á los pueblos les toca tanta parte de responsabilidad moral como á sus gobernantes. Y si es verdad que Guzmán Blanco fué soberbio, autoritario, personalista, contumelioso y absorbente ; si es verdad que rindió culto con exceso al utilitarismo impuro, y que incurrió en la triste debilidad ególatra, y que no realizó ningún progreso en la política, en cambio edificó, fomentó el progreso material en grande escala, reorganizó la administración con verdadero acierto, protegió con mano larga y rebotante las ciencias, las letras y las artes, reformó la legislación, entonó y dignificó las relaciones exteriores, acrecentó y

mantuvo con interés particular los copiosos trabajos estadísticos que sirven hoy de frecuente información á nacionales y extranjeros, gobernó casi siempre y por lo general acompañado de ciudadanos distinguidos por su clara inteligencia y su saber, fué avanzado liberal en muchos de los actos de su larga dominación en la República, y representó á su patria en todas ocasiones con la arrogancia, la cultura, la distinción y el decoro que merece, por el brillo de su historia y por su egregia fama de nación inteligente é ilustrada. Como liberal que soy, como demócrata sincero y como hombre de principios, yo no puedo justificar sus faltas contra la libertad, sus atentados contra el derecho, ni sus tremendas demasías en favor de su personalismo; pero como amigo del orden y la paz, como partidario de la administración inteligente que salva y regenera, como ente de razón y de conciencia que para juzgar se abstrae de cierta atmósfera viciada por la sordidez de las miserias y de las mezquindades humanas, como venezolano sin odios ni pasiones, como patriota, en suma, tengo por fuerza qué reconocer y me creo en el indeclinable deber de confesar los excelentes y numerosos servicios con que supo engrandecer á Venezuela, tanto más, cuanto que para él comienza yá el juicio definitivo de la historia. (2)

(2) Recomiendo la lectura atenta y reflexiva de los curiosos párrafos que siguen, tomados del discurso que pronunció el Doctor Carlos Arvelo, Presidente de la Asamblea Nacional Constituyente de 1878, en la sesión del día 17 de Diciembre.

«Ciudadanos Diputados:

«El primero de esos decretos (se discutía, entre otros, el de honores al General Guzmán Blanco), cuya lectura demanda el ciudadano Diputado por Apure, y que será leído, está suscrito por mí como Presidente de la Cámara de Diputados en aquella fecha.»

«Creo, ciudadanos Diputados, que tengo derecho en esta República, que es mi Patria, para ser creído cuando digo que obré entonces de buena fe, y que procedo también de buena fe ahora. Ni me movió la amistad ó el temor, ni me impulsa hoy ningún sentimiento apasionado.»

«Pero, ciudadanos Diputados, ¿será posible que en una República democrática, como la nuestra, se preste siquiera á discusión, se discuta todavía, y aun se niegue el derecho de discutir si es conveniente y liberal levantar estatuas á hombres en vida, y más si ocupan el puésto de mandatarios? (*Ruidosísimos y prolongados aplausos*).»

«¿Es posible, ciudadanos Diputados, que presentemos á la América y al Mundo el escándalo de ofrecerles como gran republicano á un hombre que—hecho Dictador para salvar nuestras libertades y desvanecer la anarquía—se erige á sí mismo estatuas? (*Los aplausos, vítores y aclamaciones, tanto en la Cámara como en las barras, ahogan la voz del orador*).»

«¿Y debemos respetar esos decretos? ¿Y no tenemos derecho ni para discutirlos, ni para abrogarlos? ¡Ah! ¿En dónde está nuestra antigua Venezuela? ¿Dónde están los hombres que nos dieron independencia y libertad? ¡Ah! Se fueron para siempre; pero nos contemplan desde el templo de la inmortalidad, y sus hijos no pueden renegar de la gloria de sus padres. ¡Venezuela siempre será grande! (*Repetidos aplausos*).»

El 27 de Abril de 1870 entró á Caracas vencedora, después de tres días de heroica resistencia por parte del Gobierno, la revolución que desembarcó en Curamichate, acaudillada por el que había sido Secretario del Mariscal Falcón, factor



Matias Salazar

del tratado de Coche, Vicepresidente de la República, y brutalmente apedreado en su casa de habitación, no sólo por las

«Como Presidente de la Cámara de Diputados firmé aquel decreto (conste que se refiere al de la erección de la estatua ecuestre de Caracas) por varias razones; y no me arrepiento de haber puesto mi firma, con el mismo derecho con que ahora pido su derogatoria, porque actos posteriores del General Guzmán Blanco lo han hecho incompatible con los principios. En nombre del partido liberal se hizo; el partido liberal lo deshace. Cuando creímos que merecía premios, se dió ese decreto; ahora, por haberse comportado mal, lo derogamos con el mismo derecho. Que sirva de ejemplo en

turbas populares, sino también por ciudadanos de elevada significación política y social, la noche del 14 de Agosto de 1869; y desde el 27 de Abril de 1870, el General Guzmán Blanco, hombre de cuarenta años entonces, en todo el vigor y plenitud de su existencia, empeñado en batallar contra las emulaciones que lo circundaban, en alcanzar la victoria á todo trance y en imponerse en Venezuela con la potencia de su autoridad, empezó á combatir con éxito contra los enemigos del partido liberal y contra sus propios enemigos. Ciudadanos eminentes, peritos en la administración de los intereses públicos y conocedores de las altas dotes intelectuales, políticas y administrativas que adornaban al ostentoso caudillo de la Revolución de Abril, lo acompañaron sin vacilaciones. Primero venció á los conservadores; luego á los liberales rebeldes, acaudillados por el General Matías

lo futuro. ¿Cómo puede sostenerse que lo hecho por un Congreso no puede ser derogado por otro? ¿Quién puede sostener que nó? En la política hay leyes de circunstancias; la justicia es eterna, inmutable, de todos los tiempos. Porque hoy sostenemos un gobierno, no contraemos el compromiso de sostenerlo eternamente, si ese gobierno es finito, limitado por la ley y responsable. (*Los aplausos ahogan la voz del orador*).»

«Dí mi voto entonces á ese decreto porque estábamos al frente del enemigo, y no debíamos de ningún modo procurar ni consentir la división del partido liberal; dí mi voto porque no imaginé, ni nadie pudo imaginarlo, que el General Guzmán Blanco se atreviera á ser él mismo quien se erigiera esa estatua, y mucho menos que no le bastara con ésa. Ese decreto ha podido, como tantos otros, quedar bajo la carpeta, esperando que la posteridad hubiese venido á hacer justicia; habría obrado bien entonces, y no tendríamos qué ocuparnos de este asunto, que es desagradable, porque no nos mueve la pasión, ni nos excita la venganza, sino la necesidad de desagaviar los principios y dar saludables ejemplos para el porvenir. Pero puesto que él lo quiso sin miramientos á la prudencia, nosotros debemos decirle ahora: *hiciste mal*. Si vuelves á tu patria, te recibiremos como á un ciudadano, nó como á un señor; y si te arrepientes, si te conviertes, te podremos llamar amigo; pero en una República no puede haber un ciudadano superior á los demás ciudadanos ante la ley, porque entonces ¿en dónde estaría la igualdad? ¿dónde la libertad? ¿ni cómo se concibe la fraternidad? (*Grandes aplausos*).»

Difícilmente se consigue, en los anales del Parlamento Nacional, una sesión más peregrina, por no calificarla de otro modo, que la del 17 de Diciembre de 1878. La mayor parte de los hombres que habían decretado las estatuas del General Guzmán Blanco, dieron su voto, en la Asamblea Nacional Constituyente, para que fuesen derribadas; y los discursos que pronunciaron para justificarse ante la historia, tienen notable parecido, en la sustancia, con el del Doctor Carlos Arvelo. ¡Con cuánta razón decía éste que en la política de Venezuela existen leyes que no son sino de circunstancias! Mas por desgracia para ellos, los legisladores oportunistas del 78 no alcanzaron á adivinar, cegados como estaban por las pasiones del momento, la revolución *Reivindicadora*, su victoria definitiva en pocos días, y el regreso del General Guzmán Blanco á Caracas en Febrero del 79.

Como rasgo característico de aquel momento histórico, no he querido prescindir de los aplausos de la Asamblea y de la barra al discurso del Doctor Arvelo.

Salazar, en amalgama ó fusión con los mismos conservadores; luego al General León Colina, cuya revolución, sin duda alguna, tenía en mucha parte los mismos caracteres fusionistas que la de Salazar, aun cuando más veladas, por convenir así á los intereses de la revolución y al éxito que se perseguía. Con su poderosa inteligencia, con su gran talento práctico, con su carácter de bronce, con la firmeza de su voluntad, con su persuasiva elocuencia de tribuno, con su admirable competencia en administración, con su profundo conocimiento del país, con la constante actividad de su cerebro trabajador é infatigable, con la arrogancia de su personalidad sobresaliente y con su imperioso *yo*, absolutamente necesario en aquellas circunstancias anormales de diversas corrientes contrapuestas y de descabelladas ambiciones, combatió á sus enemigos—para alcanzar sobre ellos la victoria—en el gabinete, en los periódicos y en los campos de batalla; pero al mismo tiempo que los combatía y los vencía con la multiplicidad de sus potentes facultades, reorganizaba la administración, la instrucción pública, la hacienda, la estadística, las relaciones exteriores, el ejército, y trabajaba sin cesar, como hombre laboriosísimo que era en el manejo y despacho del Gobierno, por el progreso material é intelectual de la República.

Sus enemigos, que procedían de los restos dispersos y anulados del partido conservador, no menos que de los diferentes núcleos personalistas que á fuer de liberales aspiraban á la conquista del poder, no cejaban por eso en el intento de triunfar sobre el General Guzmán Blanco y derrocarlo; pero viéndose en la impotencia para conseguirlo por los caminos de la nobleza, del heroísmo y la hidalguía, se valieron del funesto expediente del asesinato, exclamando como el escritor francés Edmundo About, *faz á faz con el gobierno de Napoleón Tercero: ¡no queda más que el puñal!* En la mañana del 28 de Octubre del 74, cuando el Ejecutivo Nacional y el pueblo de Caracas se preparaban para celebrar pomposamente el onomástico del Libertador y la erección de su estupenda estatua ecuestre en la plaza que se engalana con su nombre, abortó una conjuración contra la personalidad temida del que todavía no era sino Presidente Provisional de la República, y la mayor parte de los conjurados fueron inmediatamente aprehendidos y reducidos á prisión en la célebre cárcel denominada *La Rotunda*. A fuerza de perseverancia y de carácter, venciendo dificultades, allanando inconvenientes, forcejeando sin descansar un solo día y adquiriendo más prestigio cada vez por su indiscutible labor beneficosa en el orden administrativo, Guzmán Blanco logró al fin im-
po-

nerse en el ánimo de los pueblos de Venezuela, y gobernó bajo el amparo de la paz—paz armada, por supuesto—hasta el 2 de Marzo del 77, después de haberse visto en la necesidad forzosa de proceder muchas veces por caminos arbitrarios para conservarla sin menoscabo alguno, mantener inmovible el orden público y sostener muy en alto, con firmeza, el principio de autoridad, que es uno de los más poderosos fundamentos del progreso y civilización de las naciones. Lo sucedió en la Presidencia el General Francisco Linares Alcántara, hombre vivo, dadivoso, de verdadero prestigio popular, observador é inteligente, el cual, aunque no muy á las claras en los primeros meses de su Administración, reaccionó contra su resaltante antecesor, apelando al resorte de la revalidación de la carta fundamental del 64, sancionada después del triunfo de la Federación. En el mismo año de 77 comenzó por toda la nación la ruidosa propaganda de la candidatura del Doctor Andueza Palacio para la Presidencia de la República en el período constitucional de 1879 á 81; y candidatura ésa tan simpática y digna del aprecio de los pueblos como era, no ya sólo por su carácter civil y por la inteligencia, ilustración y seriedad del Doctor Andueza Palacio, sino también por la alta fama tribunicia de que éste gozaba en el país, llegó á tener en Mayo del 78 el apoyo y contingente de catorce Estados de la Federación Venezolana. Sin embargo, el proceso de las reformas la hizo fracasar, y Andueza Palacio tuvo que embarcarse para Europa en Agosto del 78. Por eso años después, al recordar sin duda el resonante estrellamiento de su prestigio y de su nombre contra el pretexto mal velado de la revalidación constitucional del 64, decía en el proscenio del Teatro de Verdes, en uno de los brillantes párrafos del discurso antes citado: «Nuestras elecciones son casi siempre farsas sangrientas ejecutadas detrás de las cortinas del poder, como los movimientos de los títeres de un saltimbanqui; y si alguna vez los pueblos se yerguen, y reivindicando su soberanía ungen á un ciudadano con el óleo de su voluntad, la usurpación encuentra la fórmula para decretar su patíbulo, ó para proscribirlo del suelo de la Patria.» Por desgracia para Venezuela, el Doctor Andueza Palacio no se acordó después en el poder de estas enérgicas palabras, y consumó el golpe de estado del 14 de Marzo del 92, que dió origen á la Revolución Legalista, valiéndose, para justificar la funesta usurpación, del mismo expediente de que se había valido el General Alcántara, ó sea la revalidación constitucional del 64. Ello es lo cierto que el proceso reformista, el fracaso de la candidatura Andueza Palacio, la muerte del General Alcántara en Diciembre del 78, la instalación de la Asamblea

Nacional Constituyente, la reacción contra el General Guzmán Blanco, el derribamiento de sus estatuas por los mismos hombres públicos que las habían decretado y erigido, la elección del General José Gregorio Valera para ejercer la Presidencia de la República, y por último, el estado siniestro de anarquía en que aquélla se encontraba, contribuyeron á formar



Francisco Linares Alcántara

y organizar la Revolución Reivindicadora del 79, acaudillada por el General Gregorio Cedeño. La cual puso sitio á La Victoria, donde se habían reconcentrado las fuerzas del Gobierno; luchó con heroísmo durante varios días, y ayudada con singular esfuerzo por el valor paladinesco de Castrillo Cortés el valenciano, y por el ejército del Guárico, mandado por el General Joaquín Crespo, tomó la plaza briosamente defendida por los Generales Valera, Luis Level de Goda y Nicanor Bolet Peraza, y marchó hacia Caracas vencedora.

En febrero del 79 entró á Caracas el General Guzmán Blanco, asumió inmediatamente el mando del país, por causa del singular desprendimiento, único en Venezuela, del General Cedeño, y comenzó el gobierno eminentemente personal que se llamó el *Quinquenio*, gobierno de combate, de rudo y constante batallar, de escandalosos atentados, durante el cual sostuvo im-

perturbable el orden público y dió el golpe de gracia al caudillaje impenitente. Las revolucioneillas que estallaron durante este período, acaudilladas por los Generales José Pío Revollo, Pedro Nolasco Arana, Natividad Solórzano, Juan Antonio Machado y Eleazar Urdaneta, las debeló en pocos días; aplastó la sangrienta cabeza á la traición, y sus tenaces enemigos, impotentes como antes para vencerlo y derrocarlo con el valor y la hidalguía en los revueltos campos de batalla, apelaron de nuevo al expediente del crimen; pero la conjuración tramada en el cuartel de la Trinidad con las más cautelosas precauciones, abortó como la del 74, por haber sido sorprendida.

El 27 de Abril del 84 entregó el poder al General Joaquín Crespo, que había sido electo Presidente Constitucional de la República por el Consejo Federal, y días después se embarcó en el puerto de La Guaira para la capital de Francia. Como el General Alcántara, Crespo comenzó á reaccionar contra Guzmán Blanco en el segundo año de su Administración, aun cuando Landaeta Rosales nos asegure que nó, fundándose para ello en cierta carta política amañada, despistadora del propósito de la reacción, que el General Crespo dirigió al exaltado periodista Pedro Obregón Silva. Pero Crespo tropezaba á diario con el prestigio sólido que el General Guzmán Blanco tenía sin duda alguna en los Estados de la Federación, con el apoyo moral y material que prestaban á su nombre, por lo mismo, los hombres de más alta significación política y social en las referidas agrupaciones federales, y con la resistencia que oponían á ciertas arbitrarias invasiones del Gobierno Nacional, conducentes, para poder condensar y solidificar la pretendida reacción, á hacer desaparecer en los Estados á guzmancitas completamente definidos, caracterizados é influyentes, como lo era en Los Andes, por ejemplo, el valeroso General Juan Bautista Araujo, jefe de un partido disciplinado y brillante, al cual pertenecieron muchos hombres notables por su inteligencia, por su espada y por su capital.

Aquella reacción tan mal disimulada fué la causa eficiente de lo que se llamó el proceso de la *Aclamación*, movimiento verdaderamente nacional en que se pedía con instancia y entusiasmo, como una necesidad imperiosa para los intereses permanentes del país, la elección del General Guzmán Blanco para la Presidencia de la República en el período constitucional de 86 á 88. Dió la *Aclamación* como inmediato resultado, el 27 de Marzo del 86, la elección unánime del célebre estadista en el Consejo Federal, y el 27 de Agosto del mismo año entró á Caracas el General Guzmán Blanco, para juramentarse legalmente y encargarse del Gobierno el 15 de Septiembre. Como los del

Septenio y del *Quinquenio*, fué aquél un gobierno de progreso material, de paz imperturbable, de crédito y consideraciones elevadas ante las demás naciones, y de protección eficaz para las ciencias, las letras y las artes, como que Guzmán Blanco, en cuanto hombre inteligente é ilustrado, jamás pudo prescindir de sus primeras naturales aficiones á la filosofía, á la literatura y á la oratoria tribunicia y académica, arte en el cual mostró y lució con gallardía sus relevantes disposiciones exteriores, siendo justamente aplaudido por los más altos oradores venezolanos de su tiempo. Pero también, como los del *Septenio* y del *Quinquenio*, fué un gobierno de combate, no sólo contra latentes resentimientos personales, contra emulaciones ruines, contra la defección mal encubierta, contra el riesgo de la revolución armada, contra la conjuración siniestra por la tercera vez, sino también contra la revolución de las ideas, contra el periodismo independiente, contra los escritores, que pedían, por ser yá tiempo, la sustitución del personalismo en el gobierno con las prácticas rigurosamente democráticas, republicanas y legales. Estimulado por el ruidoso movimiento de la *Aclamación*, que fué el voto extraordinario de la gran mayoría de los venezolanos; creyendo que las pasiones y los odios contra su nombre y su persona habían cesado, y suponiendo que era llegada yá la hora de la reconciliación, del doctrinarismo puro y de la confraternidad patriótica, Guzmán Blanco ensayó la libertad y permitió los desahogos de la prensa; pero la prensa, rencorosa, violenta, intemperante, cargada de efectismo, declamatoria y agresiva, se desbordó como un torrente de vituperios é invectivas contra su personalidad, contra su gobierno y contra los hombres que en éste figuraban, y atreviéndose á todo, logró precipitar la reacción.

Desde el 27 de Abril de 1870 hasta el 8 de Agosto del 87, día en que el General Guzmán Blanco abandonó el gobierno que se llamó de la *Aclamación*, puede decirse que su propósito más firme, su voluntad más decidida, su designio con más perseverancia y energía solicitado, fué la paz de la República, porque sólo en el seno de la paz se desarrolla el progreso y pontifica la civilización; fué levantar una compuerta á las revoluciones fraticidas, porque ellas no acarrearán sino exterminio, sangre infecunda y lastimosa, la división y el rencor implacable entre los hombres, la desolación de los hogares y el agotamiento de la riqueza pública y privada; fué sojuzgar con fuerte brazo al caudillaje, porque éste no deja laborar en la obra del engrandecimiento de los pueblos, ni acepta de buen grado el influjo de las inteligencias, ni trabaja sino en pro de la bar-

barie, ni se preocupa de otra cosa que de sus propios intereses, poniendo los de la Patria á buen recaudo; fué imponer á la nación el respeto al principio de autoridad, circundándolo de la solemnidad con que le corresponde aparecer por su decoro propio y por el de la nacionalidad cuyos destinos preside y representa; fué, por último, administrar con sabiduría y orden, para poder crear, edificar y establecer. Mas para conseguir aquellos fines elevados y patrióticos, Guzmán Blanco, hombre de suyo autoritario y vanidoso, que nunca soportó la menor contradicción en sus designios, ni rectificaciones de un orden muy visible en el desenvolvimiento de sus planes de gobierno, se valió en lo general de medios completamente inaceptables por la filosofía del progreso, por las teorías republicanas, por los principios de la democracia y por la dignidad del hombre, inspirándose de fijo en el principio inmoral de Maquiavelo; y por eso, en lugar de contener la reacción que en contra de su personalidad venía preparándose desde el año de 79, lo que hizo fué avivarla y al fin precipitarla. Aquel su gobierno autoritario, esencialmente personal y demasiado violento en ocasiones, llegó á ponerse en abierta contradicción con las ideas dominantes dentro y fuera del país, con las aspiraciones generosas de la juventud independiente é ilustrada, y hasta con los hombres de positivo influjo en la política de las localidades federales; y el General Guzmán Blanco, enteramente penetrado de que él había llegado á ser incompatible con las necesidades y exigencias de aquella época de rectificaciones y de renovaciones, aun cuando lo disimulase mucho con la indefectible arrogancia de su temperamento altivo, resolvió retirarse del poder el día 8 de Agosto del 87, se embarcó para Europa el día 10 y fijó su residencia en París, manteniéndose completamente ajeno á la intervención de hecho en la actividad política de Venezuela, aunque siempre celoso de su nombre y de lo que él llamaba la tradición guzmancista en el Gobierno Nacional, ó lo que es lo mismo, la consulta y la obediencia, el respeto y la consideración serviles á su palabra harto imperiosa, en el desenvolvimiento de la política venezolana.

Después del gobierno del *Septenio*, el primer intelectual venezolano que reaccionó y encabezó la reacción contra la política personalista del General Guzmán Blanco, en la tribuna del Congreso y en el periodismo diario, fué el célebre *escritor Don Nicanor Bolet Peraza, orador parlamentario de prodigiosas facultades y periodista sorprendente de batalla como Juan Vicente González. Luégo lo siguieron, en las nutridas columnas de *La Tribuna Liberal*, hombres como Cecilio Acosta, como José

Félix Soto, como Vicente Marcano y Víctor Antonio Zerpa, al mismo tiempo que en *La Prensa Libre* de Puerto Cabello, el Doctor José de Jesús Paúl, en *La Ciudadanía* de Valencia, el



Joaquín Crespo

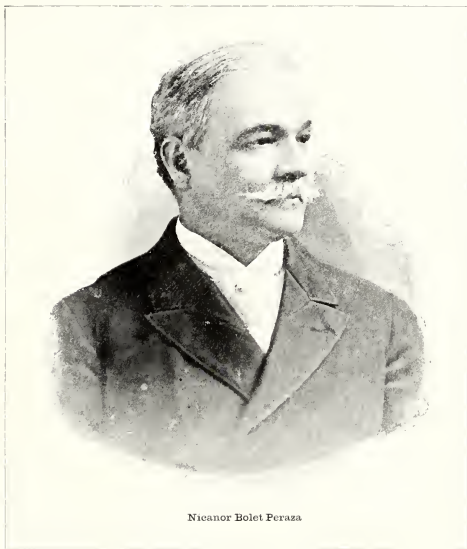
Doctor Sebastián Casañas, y en *El Fonógrafo* de Maracaibo, Eduardo López Rivas. A la sombra de aquellos escritores se agrupaban con entusiasmo y decisión varios jóvenes que estudiaban por entonces en la Universidad Central, tales como Carlos Rangel Garbiras, Atilano Vizcarrondo, Pedro María Brito González, Tomás Aguerreverre Pacaníns, Guillermo Morales, Nicomedes Zuloaga, José Félix Soto Silva y Ovidio Antonio Abreu, de los cuales algunos escribían en *La Tribuna Liberal*, y acompañados de los otros concurrían á diario á las barras del Congreso, para

azuzar al pueblo contra los oradores guzmancistas y estimular la reacción con sus aplausos. Y así como la tradición guzmancista estaba representada entre los viejos por ciudadanos como Antonio Leocadio Guzmán, Diego Bautista Urbaneja, Francisco Pimentel y Roth, Eduardo Calcaño, Juan Pablo Rojas Paúl, Francisco González Guinán y Vicente Coronado, entre los jóvenes la caracterizaban Francisco Tosta García, Marco Antonio Silva Gandolphi, José María Manrique, Pedro José Saavedra, José María Gil, Andrés Jorge Vigas, Pedro Vicente Mijares, Rómulo Guardia y otros más que después han figurado, con mayor ó menor brillo, en la política, en las letras, en el periodismo diario, en la tribuna y en el foro.

Después del triunfo de la *Reivindicación*, fué convocado por el General Guzmán Blanco, y se reunió en Caracas, el Congreso de Plenipotenciarios de los Estados de la Federación, el cual nombró á dicho General, el 12 de Mayo del 79, Presidente Provisional de la República. Por separación temporal del General Guzmán Blanco, que se embarcó para Europa con licencia del referido Congreso, encargóse del Gobierno, el 30 del mismo mes de Mayo, el Doctor Diego Bautista Urbaneja, á la sazón Ministro de Relaciones Interiores, y gobernó hasta el 1.º de Diciembre. Durante esa peligrosa interinaria se constituyó en Caracas una sociedad secreta de jóvenes independientes—que eran, como se ha dicho yá, estudiantes de la Universidad Central—con el designio de levantar otra vez la bandera de la reacción contra el General Guzmán Blanco. Aquellos jóvenes ilusos, soñadores ardientes para entonces de una política ideal, saturados de platonismo delicioso y amantes entusiastas de una República perfecta, inmaculada, alba como la nieve y el armiño, entre los cuales se contaban Guillermo Morales, Atilano Vizcarrondo, Antonio Díaz Rodríguez, Ovidio Antonio Abreu, José Félix Soto Silva y Nicomedes Zuloaga, publicaron en la imprenta de Jesús María Soriano la primera hoja suelta, y personalmente la repartieron por todas las calles de Caracas, fijándola también, de una manera sigilosa, en las esquinas más centrales y concurridas de la población. La pequeña hoja suelta levantó la polvareda consiguiente; el Doctor Urbaneja la pidió para leerla, é inmediatamente comunicó á Rómulo Guardia, á la sazón Prefecto del Distrito Federal, la orden perentoria de averiguar quiénes eran los autores de la hoja, y de reducirlos á prisión. Guardia, sin pérdida de tiempo, recorrió las imprentas sospechosas, y en la de Soriano descubrió, yá compuesta para el tiro, la segunda incendiaria hoja suelta; intimó al viejo impresor la orden del Jefe del Gobierno, y también la terminante de distribuir lo que ha-

bía sido compuesto para la otra impresión; se llevó el original consigo, y á los tres días, como á las once de la noche, fueron reducidos á prisión Nicomedes Zuloaga y algún otro de los mencionados jóvenes.

Recién llegado á Caracas del Tocuyo, en 1880, á comenzar



Nicanor Bolet Peraza

en la Universidad Central los estudios de jurisprudencia, fundó José Gil Fortoul *El Popular*, semanario de literatura y variedades, del cual no publicó sino tres números apenas. En el tercero salió un editorial con el título de *Páez*, donde el nuevo periodista hacía el elogio del fundador de la República Venezolana, mas no sin estampar algunas fuertes consideraciones que reñían abiertamente con la política del General Guzmán Blanco, y el periódico cesó por la prisión de Gil Fortoul en *La Rotunda*. El 5 de Abril del 81 se consumó la del Doctor Eusebio Baptista, célebre orador parlamentario nativo de Trujillo, por su ruidosa oposición en el Congreso á la constitución que en dicho año se expidió, calcada en varios puntos sobre la constitución de Suiza, por convenir así á los intereses esencialmen-

te guzmancistas del Jefe del Ejecutivo Nacional; y es del momento recordar que en aquella oposición, así como en las polémicas referentes á la contestación del mensaje del General Guzmán Blanco, le acompañaron los Doctores Raimundo Andueza Palacio y Ángel Delfín Ramos, pronunciando elocuentísimos discursos. El 8 de Julio del mismo año falleció en Caracas el eminente literato venezolano Doctor Cecilio Acosta, de quien dijo con justicia el colombiano José María Samper que era «una de las más altas glorias de nuestro continente y de nuestra raza,» y al cual Tamayo y Baus, que bien le conocía y le admiraba, calificó de «poligloto, orador y escritor elocuente, jurisconsulto y literato de gran valía, á quien el continuo trabajo rindió más gloria que provecho; hombre integérrimo, que dobló la frente á la adversidad, *antes que la rodilla al poderoso.*» El 9 de Julio en la mañana se verificó el entierro de aquel ilustre pensador, que había luchado con su elocuente pluma, en las columnas de *La Tribuna Liberal*, contra el personalismo del General Guzmán Blanco, pero sin darse cuenta, en medio de su acendrada buena fe, de que estaba contribuyendo á la formación de otro personalismo en el Gobierno Nacional. Antes de caer sobre la urna las paladas de tierra que sobre ella descargó el sepulturero con ese ruido formidable que parece repercutir en las regiones misteriosas de ultratumba como una interrogación desesperada, el Presbítero Doctor José León Aguilar pronunció cuatro palabras, en que sintetizaba las virtudes y el carácter de aquel muerto glorioso: «Cecilio Acosta no inclinó jamás la frente ante ningún tirano.» Aquella seguía siendo la voz de la reacción tenaz en boca de los intelectuales del país, pero ya faz á faz con Guzmán Blanco y de un modo agresivo, y el Presbítero Aguilar purgó su independencia en *La Rotunda*, y luego en un destierro de seis años.

El 29 de Noviembre del mismo año, por la iniciativa y el generoso empeño de los Doctores Ángel Ribas Baldwin, Agustín Aveledo, Eduardo Calcaño, Santiago Terrero Atienza, Elías Rodríguez y otros más, se celebró en Caracas, en el templo de los antiguos frailes franciscanos, el primer centenario del natalicio de Andrés Bello. En aquella festividad verdaderamente solemne, á la cual no contribuyó el Gobierno Nacional sino con su presencia, leyó Gonzalo Picón-Febres la silva *Á la agricultura de la zona tórrida* del venezolano insigne, y el Doctor Cristóbal Mendoza pronunció el elogio del poeta, del filólogo, del jurisconsulto y eminente literato. Aquel discurso está lleno de intencionales consideraciones filosóficas acerca de la triste fragilidad y pequeñez de la soberbia y de la vanidad humanas, y en poco estuvo que el orador pagase, como el Presbítero Agui-

lar, la señalada intención con que en aquel solemne acto expresó sus pensamientos. En 1883, en uno de los días consagrados á las fiestas del primer centenario de Bolívar, el General Guzmán Blanco pronunció el célebre discurso inaugural de la Academia Venezolana de la Lengua, obra mediana, demasiado vulgar en el exordio, disparatada en el asunto y de poquísimos gusto literario; y Víctor Antonio Zepa se encargó de refutarlo, con toda la sabiduría que posee, no sólo en la parte filológica y en la parte literaria, sino también en la que tiene conexión con la política de Venezuela, dando á su importante y bello libro el ardoroso colorido de la exaltación intensamente reaccionaria. También en 1883, César Zumeta y Telésforo Silva Miranda, siendo muy jóvenes aún, fundaron en Caracas *El Anunciador*, diario de combate contra cuyas violentas agresiones, que tenían todo el vigor patriótico de la juventud, descendió personalmente á la palestra cívica el General Guzmán Blanco, ocultando su nombre bajo el seudónimo de *Alfa* en las columnas de *La Opinión Nacional*. Y á poco fundaron *El Deber*, cuya imprenta se encontraba entre las esquinas de Mercaderes y la Gorda, los Doctores Laureano Villanueva y José Manuel Montenegro, diario en mucha parte de carácter doctrinal y sin mayor acrimonia en el lenguaje. Y bien puede decirse que tanto del periodismo diario como de muchos elocuentísimos discursos pronunciados en solemnes festividades públicas, y también de numerosa parte de los libros y folletos publicados desde el año de 77 hasta la Administración del Doctor Andueza Palacio, se oye salir la resonante palabra de la reacción como una gran protesta, en ocasiones mal disimulada por el eufemismo y la perífrasis, en ocasiones encubierta por el velo de las abstracciones filosóficas, en ocasiones con toda la franqueza que da el valor civil. En considerable número de las publicaciones hechas en la mencionada época, llenas de odio, ó erizadas de sarcasmos, ó henchidas de amargura como las hojas del ajeno, ó escritas con la serenidad juiciosa que acostumbran los filósofos y los pensadores, como que saben la benéfica misión que ellos representan en la obra del progreso intelectual de las naciones, se va condensando poco á poco la reacción política en contra del caudillo de la Revolución de Abril, reacción sin duda alguna paralela á la científica y á la literaria, y que ofrece cual sazonado fruto, en los últimos años del siglo décimo noveno, una literatura intensamente vigorosa, reflejo de ideas nuevas y rehabilitadoras, que representa un gran progreso en la literatura patria, aun cuando la crítica no nada liberal en materia de tendencias filosóficas la haya considerado disociadora, disolvente y perniciosa.

Mas no era solamente en los periódicos, en los folletos y en los libros donde se sentía el aliento de la reacción, sino también en la conversación familiar de los salones, de los teatros, de los cafés, de los hoteles, de las esquinas y las plazas. La atmósfera de Caracas, que nó la de los Estados Federales, era en mucha parte esencialmente antiguzmancista; y el que caía bajo su influencia, ó vacilaba en su partidatismo hacia el Gobierno, ó se lanzaba de firme por el camino de la oposición. Los oligarcas ó conservadores, y los descontentos ó rezagados del partido liberal, trabajaban sin descanso por conseguir adeptos y voceros en el seno del Congreso y en el periodismo, y se adscribían con entusiasmo á todas las revoluciones impotentes que se organizaban y estallaban sin positivo orden ni concierto, tanto como sin suficiente base de autoridad moral, para inmediatamente ser vencidas y dispersarse en poco tiempo, algunas de ellas por manera completamente vergonzosa. Las pasiones políticas se exaltaron de tal modo, y de tal suerte se conspiraba en todas partes, dentro de Caracas y en sus alrededores, que el Gobierno se veía en la necesidad forzosa de dictar serias medidas preventivas para mantener intacto el orden público. La oposición no tenía el carácter circunspecto, equitativo y medurado que era conveniente para no romper el equilibrio social, sino que resultaba sobremanera violenta y agresiva, irrespetuosa con las autoridades legalmente constituidas, atentatoria contra el orden, de fisonomía bastante pronunciada en cuanto sediciosa, azuzadora de la revolución armada y muchas veces encendida por el fuego de los resentimientos personales. Se atacaba la tiranía del Gobierno, pero sin fijarse en que el Gobierno, venga de donde venga y llámese como se llame, no puede estar sometido á la tiranía de la libertad, y mucho menos cuando la libertad pretende convertirse en demagogia. Se quería—como se ha dicho atrás—el derecho, pero no el deber, la libertad, pero no la justicia, la agresión, pero no la defensa, la autonomía del ciudadano, pero no el principio de autoridad que la regula y contiene dentro de los términos legales. El que servía al Gobierno, aun cuando fuese honrado, sincero y convencido, era víctima de todos los vituperios del rencor; y el que se iba á las filas de la oposición, aun cuando fuese un tráfuga, un especulador y un corrompido, llegaba á convertirse, por arte milagrosa de la pasión política, en ciudadano intégrrimo, digno de todos los respetos y consideraciones sociales. Y después que el General Guzmán Blanco se separó definitivamente del Gobierno en Agosto del 87, y que fué electo Presidente de la República el Doctor Juan Pablo Rojas Paúl, y que éste acabó de caracterizar en

toda forma y sin reservas la reacción contra su antecesor, se vió claramente que no era sólo Guzmán Blanco el que luchaba contra la oposición violenta, el que hacía respetar el principio de gobierno y el que imponía la paz á todo trance como base de la



Vicente Marcano

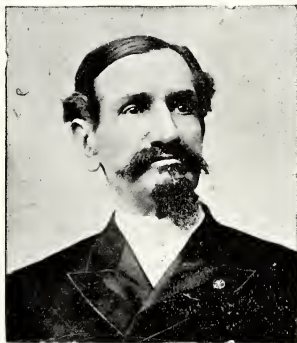
prosperidad pública, sino que también Rojas Paúl—tanto como Andueza Palacio, como Crespo, como Andrade, como Cipriano Castro—tuvo necesidad de dictar medidas preventivas para sostener la paz, de defenderse de la sedición, de la oposición exagerada, de la revolución, y de explicar al país, en una carta muy sensata dirigida al Doctor Sebastián Casañas, por qué razón dictaba esas medidas, en su carácter de depositario de la confianza pública y de jefe del gobierno legítimamente establecido.

«Las libertades políticas ilimitadas—dijo Rojas Paúl en la referida carta—sin las restricciones que el interés social les impone, son sueños de espíritus generosos; son ideales á que se

debe aspirar para ir diariamente estimulando al hombre hacia la perfección; pero en manera alguna son doctrinas aplicables á la realidad, dada la condición humana.» «¡Fuera usted, mi buen amigo, el Presidente de la República—que es digno de ello—y estuviera yo al frente de un diario político, para preguntarle si estaría en los deberes constitucionales y legales de usted, como Primer Magistrado, y si aun podría siquiera merecer su aprobación, como hombre de partido, el que unos cuantos individuos se reúnan con el fin premeditado de irrespetar á las autoridades, gritar, escandalizar y amenazar, provocar conflictos entre los ciudadanos, y poner, en fin, á la sociedad en zozobra!» «La libertad individual en todas sus manifestaciones, desde las que se refieren á la vida del espíritu hasta las que se refieren á la vida material, está necesariamente limitada por el interés público rectamente entendido, es decir: *por el orden, que es el objeto primordial de la asociación política.*» «Equilibrar la libertad con el orden, fijando el límite de la una donde está el comienzo del otro, es el justo medio en que yo he combinado, para equilibrarlas en mi política, estas dos ideas fundamentales y eternas de la sociedad.» La acción de la policía «es irremplazable, es de necesidad absoluta y permanente, como elemento de orden y garantía de la seguridad pública y privada, cuando las luchas políticas enconan los ánimos; y entonces su acción debe extenderse hasta donde las necesidades públicas lo exijan.»

El 14 de Marzo de 1886, se celebró en Caracas con la mayor solemnidad, en el teatro de la esquina de Veroes, la incomparable escena histórica—digna de las mejores y más regocijadas finas plumas—que se conoce con el nombre de *La Delpiniada*. La causa de su celebración, su primitivo carácter puramente literario, la intención política honda é ingeniosa que se le dió después, su trascendencia innegable, y además los resultados que de ella pudieron recogerse, se encontrarán descritos en *Marcelo*, escenas inconclusas de la vida revolucionaria, las cuales Romero-García publicó en *El Eco Andino*, que fué diario de combate del colombiano José María Vargas Vila en 1890. Aquel acto estupendo forma época en los numerosos anales de la reacción contra la personalidad del General Guzmán Blanco, y en su seno se engendró *El Delpinismo*, periódico de lucha que apareció días después, siendo acompañado Romero-García, en la violenta redacción de aquella hoja, por Lucio Villegas Pulido, José de las Mercedes López y José María Seijas García. Gobernaba para entonces el General Joaquín Crespo, y Pedro Obregón Silva estimulaba desde las columnas de *La Nación* el espíritu reaccionario que se desenvolvía á la sombra del poder. El

1º de Mayo de aquel año, el mismo Obregón Silva encabezó en *La Conciencia Pública* la reacción yá descarada contra la poderosa influencia del caudillo de la Revolución de Abril en la política venezolana; en torno de *La Conciencia Pública* se agruparon *El Delpinismo*, *El Delpiniano*, *El Paladín* y *El Eco Libre*;



Juan Pablo Rojas Paúl

Crespo tuvo miedo, y retrocedió en sus vergonzantes propósitos, entre otras razones, porque no estaba seguro del apoyo que pretendía obtener sin suficiente base de prestigio en el seno de las Entidades Federales; y el 13 de Mayo fueron reducidos á prisión, en *La Rotunda*, los periodistas independientes de Caracas. (3) Pero yá faz á faz con Guzmán Blanco, sin circunloquios ni rodeos, llamando á las cosas por su nombre, haciendo propaganda bélica frente á su Gobierno, franca, resuelta, perseverante y obstinada, la prensa reaccionaria de Caracas tomó cuerpo desde los primeros meses del 87. En las columnas de *El Yunque*, donde colaboraban algunos escritores pertenecientes al grupo de la Universidad, entre ellos Alejandro Urbaneja, con

(3) Aquí es bueno anotar que el fulminante periodista Obregón Silva continuó hasta su muerte, durante su voluntario destierro en las Antillas, la oposición al General Guzmán Blanco; oposición sistemática, implacable, apasionada, vulgar en ocasiones, y por lo general rebotante de encantador li-

el seudónimo de *Alejandro García Nieto*, llegaron á leerse estas palabras: «Nos dirigimos al pueblo, á ese heroico y generoso pueblo que infructuosamente ha derramado su sangre redentora por la libertad, para que arroje del templo sagrado de la Patria á sus infieles comisarios.» Luis Correa Flinter, José de las Mercedes López, José Ramón Silva Bonalde y Tomás Ignacio Potentini fueron encarcelados, y el General Guzmán Blanco, en circular dirigida á los Presidentes de los Estados de la Federación con fecha 2 de Abril del 87, escribía las siguientes significativas frases: «Para hacer desaparecer la *reacción* cuanto antes, debe usted desplegar en ese Estado una política francamente represiva, en nombre del Gran Partido Liberal, que es casi la unanimidad de Venezuela, y que tiene, por tanto, derecho á imponer la paz á todo trance.» Pero á pesar de esa política francamente represiva, la reacción continuó; y comprendiendo el General Guzmán Blanco que su estrella se apagaba á todo andar, que el formidable bastión de su personalismo se aportillaba y derrumbaba con fragoroso estrépito, y que ya él, como se ha dicho atrás, resultaba incompatible con las exigencias de la época, resolvió retirarse del poder, aun cuando sin declararse vencido por sus enemigos, sino cansado de servir á Venezuela durante diez y siete años de rudo y constante batallar en beneficio del progreso, de la civilización y del engrandecimiento de la Patria. «Cuando un orden de cosas es juzgado y condenado justamente por cierto número de conciencias esclarecidas—ha dicho el colombiano Becerra—su caída y desaparición definitivas son mera cuestión de tiempo, por más que la complicidad de la inercia popular logre prolongar algunos días su existencia.» En el caso concreto, estos conceptos son aplicables hasta cierto punto y con toda la probidad que demanda la justicia, porque—según el mismo Becerra—«la historia no consiste solamente en puntualizar los hechos y su cronología, sino también

rismo democrático. Véase el folleto que en Marzo del 87 publicó en Curazao, con el título de *Las cosas de Venezuela*. En su advertencia preliminar se leen estas palabras, tan expresivas como interesantes para cuantos escritores honrados se den á la tarea de narrar, con espíritu reflexivo y ánimo sereno, la historia de aquel período político: «Debo advertir que no me tengo por literato, ni soy escritor de profesión; no me cuido sino de decir las cosas á mi manera, y en estilo rudo y áspero; trato de buscar la verdad desnuda en todo caso, como protesta contra el sistema de mentiras y falsificaciones que hasta ahora hemos venido empleando, y con el fin de ratificar mi separación radical y definitiva de esa bahorrina política que tantos errores me hiciera cometer. Y en ese camino no me detiene ya ni la consideración de que mi indúctil franqueza me pueda herir á mí mismo, ó á mis propios compañeros y amigos. Yo, el primero, confieso mis pecados y me arrepiento.»

en desentrañar lo que ellos encierran, que es en puridad lo que constituye la filosofía de la historia.»

Y para que se vea claro que en lo que acabo de exponer



Raimundo Andueza Palacio

acerca de la personalidad histórica del General Guzmán Blanco no estoy solo en medio de la generación intelectual á que pertenezco, transcribiré á continuación el juicio de José Gil Fortoul, por encontrarse de acuerdo con el mío; en la inteligencia de que ni aquel pensador venezolano, ni yo tampoco en ningún tiempo, cantamos alabanzas al caudillo de la Revolución de Abril, ni solicitamos sus favores, ni medramos á la sombra de nin-

guna de sus administraciones, sino que más bien contribuimos, cada cual en la medida de nuestras facultades, al definitivo término de su personalismo en la República. «Gobernó Guzmán Blanco—dice en *El hombre y la historia* Gil Fortoul—diez y nueve años, ya como Presidente, ya con el carácter de inspirador de la política nacional, imitando en ésto el papel que representó Páez de 1830 á 1848. Más hábil que Monagas, más instruido que Páez y más enérgico que Falcón, Guzmán Blanco logró someter el militarismo formado en la guerra de cinco años y en las revoluciones del 64 al 70. Mantuvo la paz, reorganizó la administración, revivió el crédito exterior, fomentó el progreso material, perfeccionó la legislación, y si no permitió nunca que su personalidad fuese discutida ó censurada, dió en cambio muestras de liberalismo, solicitando la colaboración de sus adversarios y llevando á las leyes algunos de sus ideales, como la instrucción laica, la supresión de los conventos y el registro del estado civil.» A lo cual debo agregar un párrafo muy jugoso y significativo de Lisandro Alvarado en el juicio que escribió acerca de mi novela *Fidelia*, párrafo donde se lee entre líneas una opinión sensata é inspirada en la justicia, y donde se me censura con razón lo que escribí en los días más exaltados de la reacción contra el personalismo guzmancista. «La época (la de la novela) es de 1870 á 1880, época revolucionaria en cierto modo, en que por necesidad tiene que surgir el nombre del General Guzmán Blanco. He creído notar con extrañeza en Picón-Febres alguna saña é intransigencia cada vez que habla de aquel célebre dictador; y digo con extrañeza, porque el escritor se halla en este caso como si tuviera entre sus dedos la pluma de Suetonio, aparejado tan sólo á desdoblar y explotar los diferentes aspectos de la evolución social y filosófica. Obra interesante sería la de que el autor llevara su consideración, en otro ensayo, á la obra política de aquel decenio, aprovechando las intrigas, las violencias, el progreso y las demás condiciones, aún no bien estudiadas, que caracterizan ese tiempo.»

Para terminar este capítulo diré, como al principio, que el juicio acerca del General Guzmán Blanco no puede caber en esta síntesis—de todo punto necesaria en el presente libro—sino en estudios largos, detenidos y desapasionados, que son los que se exigen á los historiadores científicos é imparciales, y por ningún respecto á los sectarios rencorosos y rebeldes. Si en el mío faltan páginas, téngase bien en cuenta que no escribo la biografía del célebre estadista, ni mucho menos la historia política de Venezuela. Si caigo en el error, que fué siempre flaqueza ó debilidad del hombre, recuérdese que por lo mismo estoy su-

jeto á él ; pero sépase también que si yérro, no es sino de buena fe como yérro, y que mi humilde juicio tiene—como dijo López Méndez de su espléndido *Mosaico de política y literatura*—la expresión de una grande honradez intelectual. Sobre la personalidad política del dictador venezolano pesa con formidable pesadumbre la crítica implacable de sus enemigos y sus émulos ; pero la mayor parte de ellos no puede redimirse hoy del cargo severísimo de haber sido inconsecuentes con su apasionada crítica, por cuanto cometieron ó resultaron cómplices en la comisión de muchas de las faltas que él cometió con su carácter imperioso, sin haberse visto como él en la forzosa necesidad de cometerlas, y sin hacer por el progreso de su patria cuanto él hizo, pudiendo por más de una razón aventajarlo en esa obra meritoria, al mismo tiempo que apartarse con firme decisión de los funestos hábitos del personalismo. Una cosa es la predicación de los más bellos principios liberales en el periodismo diario, para contradecirlos después en el ejercicio del gobierno. ó pronunciar discursos efectistas en los bancos de la oposición, para incurrir á poco en la flaqueza de la apostasía, y otra cosa es gobernar en medio de las pasiones concitadas, manteniendo la paz sin menoscabo, administrando con acierto y trabajando sin descanso por el progreso nacional. Muchos de los hombres que arrojaron tremendos vituperios contra el General Guzmán Blanco, fué porque en vano solicitaron sus favores ; muchos de los que estigmatizaron su personalismo, llamándole soberbio y vanidoso, resultaron los facedores principales de otros personalismos tan ponderosos como el suyo ; muchos de los que lo negaron como civilizador de Venezuela, viviendo en el fondo de su casa una vida de odios infecunda, jamás hicieron nada por la Patria, sino que la cubrieron de afrentas y baldones ; muchos de los que lo condenaron en cuanto usurpador, contribuyeron con todos sus esfuerzos á las usurpaciones de otros gobernantes ; muchos de los que maldijeron sus arbitrariedades por mantenerse á toda costa en el poder, censuran hoy con la mayor severidad al Doctor Juan Pablo Rojas Paúl por no haber consumado el continuismo del 89 al 90 ; muchos de los que de engañoso calificaron el progreso que impuso con su brazo de bronce en Venezuela, no supieron ni conservar lo que él dejó ; muchos de los que lo inculparon de peculado y de codicia, bien pronto dieron al olvido que debían ser consecuentes con la autoridad moral que se atribuían, la cual no se conquista solamente á fuerza de palabras que se desvanecen en el aire, sino también con la unidad de las acciones limpias de pecado ; muchos de los que lo llamaron ególatra, lo fueron tanto como él,

ó más quizás sin duda alguna; ególatras como políticos, como oradores, como literatos, como poetas, como jurisconsultos y hasta como periodistas, montando en cólera irrisoria cuando se les contradecía, y figurándose, en medio de su torpe vanidad y mal disimulada egolatría ridícula, que nadie podía ni debía objetar ni discutir sus opiniones, pronunciadas en tono como de hierofantes y saturadas de majestad olímpica; y si ninguno de los actos del General Guzmán Blanco deja de aparecer ante la historia con la sanción solemne que le prestaron los consejos federales, los congresos, las legislaturas y los concejos de los municipios, sus enemigos no recuerdan, ó no quieren recordar, que la responsabilidad moral de dichos actos pesa tanto sobre el nombre del caudillo de la Revolución de Abril, como de idéntica manera sobre el de los ciudadanos que fueron sus colaboradores y decididos partidarios. Semejante criterio resulta á todas luces caprichoso, contradictorio é inmoral, y es claro que no es el que conviene para escribir el juicio histórico acerca de la prominente personalidad del General Guzmán Blanco.

Recordemos lo que decía Cecilio Acosta, desde las columnas de *El Federalista* (en 1868), contestando al escritor que firmaba con el seudónimo de *Clodius*: «Hay otro campo más noble (más noble que el del periodismo diario y de combate, casi siempre apasionado y además impresionista) donde pueden tratarse estas materias (las referentes á la política pasada): el de la crítica severa, el de la historia imparcial; la que quita pero que da, y si condena, lóaa también. No todo es malo, ni todo es bueno; y los asertos absolutos en política concreta, son la forma natural del ciego absurdo, ó el recurso triste de las pasiones ignorantes. Y no se nos venga ahora con la vieja canción de *retrogrados*, *atrasados* y otras cosas parecidas. Éstos son yá resortes gastados, fraseología muerta, baba corrompida de una demagogia rabiosa é impotente. Estáis engañados los que así pensáis. Desde la locomotora de las ideas, donde hemos sentado plaza y donde vamos devorando espacio y luz, os decimos adiós, apóstoles de una religión que yá no existe, y no os volveremos á ver más.» Y recordemos, recordemos lo que decía el año de 77, desde las columnas de *La Tribuna Liberal*, siendo consecuente ahora con la doctrina que en 1868 predicara: «Siempre he creído que los asuntos de administración y organización política son los más importantes de remover y tratar en un país como se halla hoy Venezuela, cansado de luchas que por su antigua data han traído al fin decadencia, comprometido de atrás en alianzas, combinaciones y mezclas de partido que han empeñado la responsabilidad, puede decirse, de

todos; las injurias, flamantes, las pasiones, sobreexcitadas, las heridas, frescas; y ya se ve, en tal situación, no de salud perfecta y con un cuerpo social desangrando aún, que es mejor recurso el bálsamo, que la saja en carnes vivas. No es ésto



Antonio Guzmán Blanco (1899)

condenar que se haga la relación de los hechos pasados, que tanto conviene recoger y analizar para el juicio de la historia contemporánea y de la póstera, ganosas ambas de presentar ejemplos que ilustren ó desengaños que retraigan; y hasta yo mismo, tan amigo de la templanza, tal vez tome el arco y las saetas; pero me gustaría que éstas fuesen, más dirigidas á las

cosas que á las personas ; que se buscasse más la enseñanza que el vituperio, y que hasta por sobre la cólera en que es justo rebose el patrio pecho, se vea el olvido que cura y la magnanimidad que perdona. La crítica así tiene grandeza, y la justicia alto decoro.» Luégo pinta con colores terribles el *Septenio*, obedeciendo menos á su natural templanza que á la influencia de las desbordadas pasiones de la época, y termina con la siguiente reflexión, que jamás debe olvidar la filosofía de la historia: «Pero téngase presente, ora sea la causa de ello (de lo reprobable durante la primera dominación del General Guzmán Blanco) las malas administraciones y los gobiernos de partido, engendrados de una servidumbre disciplinada que da aprobación y aplauso por sueldo y pan, ó el efecto de las guerras intestinas, que lo primero que hacen es postrar las virtudes cívicas y los nobles caracteres ; téngase presente, digo, que en estos graves cargos contra la sociedad contemporánea, tienen tanta parte los que consienten como los que dirigen, y que el azote de Tácito, si el fin es corregir las costumbres y encastrarlas á mejor, debe caer igualmente sobre los unos y los otros, para que la justicia sea igual, y para que no retoñen de los resabios antiguos nuevos gérmenes de corrupción y mengua.»

Para la crítica torcida siempre hay campo ilimitado ; los criticones siempre abundan como la inútil sandia yerba ; criticar es siempre sinónimo de malignidad, de audacia, de odio y desvergüenza ; las pasiones terribles de los hombres encuentran siempre razones numerosas para maldecir é improperar ; la mala fe es lo que siempre está demás en los caminos de la tierra ; pero las teorías engañosas se vocean desde abajo con la mayor facilidad, y la práctica se hace desde arriba tropezando con el odio, con la envidia, con los resentimientos personales, con la deslealtad impúdica, con la traición siniestra, con las asquerosas perfidias de la burocracia, con las alianzas y los conciliábulos secretos, con la eterna ambición de los caudillos y con el riesgo permanente de las revoluciones.





CAPITULO SEXTO

SUMARIO

El Doctor Adolfo Ernst.—El Doctor Rafael Villavicencio.—Influencia de estos dos sabios profesores en los jóvenes que empiezan á escribir de 1880 en adelante.—Polémicas científicas y filosóficas.—El realismo y el naturalismo literario.—Polémicas sobre las dos tendencias literarias.—Influencia del realismo y del naturalismo en la literatura nacional.—La critica literaria hasta fines del siglo décimo noveno, y la critica de artes.—Concepto de la critica.—Consideraciones respecto de ella en Venezuela.—Los articulistas de costumbres.—Los oradores.—Conclusiones.



E dicho en el capítulo anterior que la reacción política fué sin duda paralela á la reacción científica y á la literaria de aquella época de renovaciones en los hombres, en las ideas, en las aspiraciones y en la estética del arte, y nada hay más cierto, de seguro, que semejante afirmación.

El General Guzmán Blanco, que era libre-pensador, utilizó en la Universidad Central la profunda sabiduría del germano Doctor Adolfo Ernst, nombrándolo profesor de ciencias naturales. El Doctor Ernst, asimismo libre-pensador, dió á la enseñanza de las referidas ciencias toda la seriedad y necesaria expansión que reclamaban, propagando el darwinismo, con el objeto de estimular á sus alumnos al estudio de la filosofía basada en las ciencias experimentales. Respecto de este ilustre hijo de Alemania, que fué venezolano por el corazón, leamos al brillante prosador Don León Lamedá: «Vino á Caracas, provi-

dencialmente, hace más de un cuarto de siglo. Trajo consigo extensos conocimientos, y los fué exponiendo á proporción que fué familiarizándose con el idioma castellano. Todos sus tesoros consistían en su ciencia; de manera que, al dirigirse á Venezuela, pudo decir como Thales en su viaje á Egipto: *omnia mea mecum porto*. Todo lo llevo conmigo.» «Ernst, todavía joven, activo y laborioso, á su llegada comenzó á dar muestras de su candal de facultades, y llamó la atención de los doctos y de la juventud estudiosa. Pronto tuvo discípulos entusiastas, estimadores concienzudos, y aun puede decirse admiradores.» «Lingüista, naturalista, físico, etnólogo, ningún misterio puede escaparse á su análisis. Sus escritos admiran, enseñan y convencen; su laboriosidad asombra, y la serenidad y placidez de su espíritu en medio del incesante batallar, le exhiben como un sér predestinado á la alta misión que desempeña. Nunca se ponderará bastante el beneficio que ha derivado Venezuela de la incorporación á nuestra patria de este sabio, que con su ejemplo y contracción ha engendrado el amor á la ciencia, divulgándola por la enseñanza y sosteniéndola por la constancia. Sus trabajos son innumerables y corren en periódicos venezolanos y extranjeros. Es miembro de varias sociedades europeas, á las cuales ha alimentado con revistas científicas sobre la zona Sur-Americana, su fauna, su flora y su geología, cediendo todo ello en honor de Venezuela.» (1) Leamos ahora al Doctor Villavicencio: «El segundo benéfico resultado obtenido por la fundación de la *Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales* de Caracas, fué que sus trabajos llamaron la atención pública y la del Gobierno, y dieron motivo á la creación de la cátedra de historia natural en la Universidad, y al establecimiento del Museo Nacional, hechos que se debieron al General Guzmán Blanco en su primera Administración. Nombrado profesor de la primera y director del segundo el Doctor Adolfo Ernst, consagró todas sus facultades á la difusión de los conocimientos referentes á la naturaleza, y al adelanto y perfeccionamiento del Museo. La manera cabal con que el Doctor Ernst ha llenado sus deberes, lo demuestran, por una parte, la numerosa juventud que se ha formado en su escuela y que es hoy honra de la Patria y esperanza del porvenir; y por otra, el rico Museo que posee la Universidad de Caracas, y que es, en su mayor parte, obra suya; pues á las colecciones legadas por el Doctor Vargas, ha reunido gran número de objetos valiosos; y lo que es más im-

(1) *Notas biográficas del Primer libro venezolano de literatura, ciencias y bellas artes.*

portante, ha clasificado y ordenado todos estos objetos de manera que facilita notablemente el estudio al investigador. El señor Doctor Ernst ha sido el principal propagador en Venezuela de la doctrina de la evolución en biología, y ésto le ha va-



Adolfo Ernst

lido las acerbis censuras de los que critican sin conocimientos, á veces ni aun elementales, en la materia de que hablan, con un aplomo digno de mejor causa. Les bastaba á tales críticos echar una ojeada á la historia de la doctrina, para comprender que debe encerrar un fondo de verdad incontrastable, cuando ha logrado triunfar, en un tiempo relativamente corto, de los innumerables obstáculos opuestos por la superstición, por

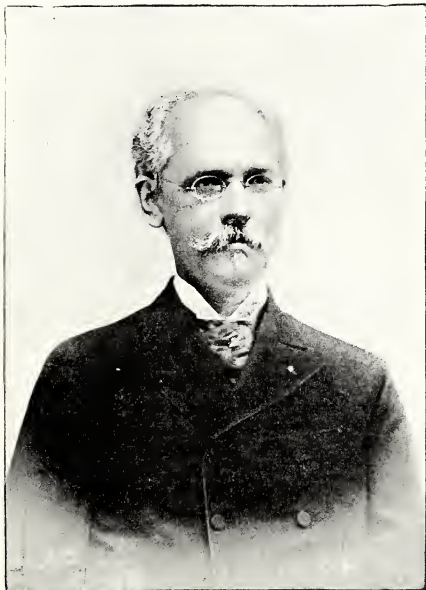
ideas profundamente arraigadas en las inteligencias, y por el espíritu esencialmente conservador que anima siempre á las clases directivas, todo apoyado en la grande autoridad de Ray, de Linneo, y sobre todo, de Cuvier.» «No nos toca entrar ahora á inquirir cuáles sean las ideas filosóficas del señor Doctor Ernst; pero sí creemos oportuno dejar establecido que, los que aseguran que la doctrina evolucionista es contraria á los principios de la filosofía espiritualista, están en un error capital, nacido de la confusión que se hace entre la naturaleza de ambos problemas. Puede muy bien un individuo (y el ejemplo se nos viene á la mano en dos hombres ilustrados y elocuentes, Alfredo Russell Wallace y Camilo Flammarion) ser al mismo tiempo, y sin faltar á la lógica y á la unidad de sus creencias, partidario de la doctrina de la evolución y eminentemente espiritualista; y ésto porque la naturaleza de los dos problemas es distinta: el transformismo es una cuestión biológica; el materialismo y el espiritualismo son una cuestión filosófica.» (2) Leamos, en fin, á Gil Fortoul, cuando contesta á ciertas afirmaciones consignadas por Don Julio Calcaño, en su *Estado actual de la literatura en Venezuela*, respecto del sabio naturalista: «El General Guzmán Blanco, hombre de talento muchísimo más claro (y valga el elogio de quien nunca escribió un solo artículo en su favor), hombre de ideas muchísimo más progresistas que la generalidad de sus sectarios, no impuso como profesor de la Universidad al Doctor Ernst, deprimiendo así á otros sabios del país, sino que reconoció sus aptitudes para un ramo de enseñanza que casi no existía en Venezuela, haciéndole así un bien positivo á su patria.» (3)

A tiempo que el Doctor Ernst enseñaba el curso de ciencias naturales en la Universidad, el Doctor venezolano Rafael Villavicencio, igualmente libre-pensador, hombre de gran talento y de profunda y numerosa ilustración, daba en el mismo instituto el curso de historia universal, aplicando á su filosofía las doctrinas positivistas de Augusto Comte. La influencia de Ernst y de Villavicencio fué notable y decisiva en la mayor parte de sus aprovechados discípulos, tales como José Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Luis Razetti, David Lobo, y en muchos jóvenes que no seguían los referidos cursos en la Universidad, sino que hacían sus estudios en privado, tales como César Zumeta, Gabriel Muñoz, Víctor Manuel Mago, Romero-García, Manuel Revenga, Alejandro Urbaneja y López Méndez. De aquella in-

(2) *Las ciencias naturales en Venezuela.*

(3) *Pequeñeces académicas.*

fluencia nació el espíritu amplio y general de la curiosidad científica, y se empezaron á estudiar con entusiasmo la biología, la antropología y la sociología; el *Origen de las especies*, de Darwin; *Los primeros principios*, de Heriberto Spencer; el *Origen de*



Rafael Villavicencio

las naciones, de Bagehot; *La Filosofía*, de Andrés Lefèvre; *La política experimental*, de León Donnat; *Los orígenes de la civilización*, de Lubbock, y muchas obras más relativas á la filosofía, al derecho constitucional, á la economía política, al concepto del universo, á la evolución humana y á la criminología moderna, enlazadas todas ellas por la afinidad científica, y también por el criterio que se basa en la observación y estudio de

los fenómenos sociales, psicológicos y naturales para la dirección de la política, para la formación de las leyes, para el entendimiento de los delitos y de su penalidad, para la aplicación cabal de la justicia, para la definición de la moral, para la explicación del mundo y de su evolución, y para el conocimiento de la historia. De aquellos estudios y de la influencia de aquellos sabios profesores, nació en 1881 la idea de establecer la Sociedad de Amigos del Saber, que se estableció en 1882 y coleccionó sus trabajos en un folleto, con el fin de presentarlos como ofrenda en las fiestas consagradas á solemnizar el primer centenario de Bolívar. Entre los hombres que formaron aquella sociedad, figuran José Gil Fortoul, Luis López Méndez y Lisandro Alvarado, cuyos nombres han venido después á ser gloriosos en la literatura patria; y en buena parte de los referidos trabajos, que revelan bastante ilustración, á pesar de la juventud de sus autores, se ve la huella paciente del análisis, el espíritu de la investigación científica, el aliento de la filosofía positivista y la crítica literaria de alto vuelo. Ello es lo cierto que la reacción en contra del clericalismo absorbente, en contra de la filosofía católica, en contra de las preocupaciones sociales en punto á religión, en contra de la enseñanza estrecha de la Universidad, en contra de la crítica literaria circunscrita solamente á señalar las faltas gramaticales en la forma, en contra de la política entendida como oficio lucrativo y no como la ciencia del progreso social, en contra, en fin, de la rutina en tratándose de procedimientos literarios manoseados hasta la saciedad, se sentía en todas partes: en los bancos universitarios, en las curules del Congreso, en la tribuna académica, en el periodismo consagrado á la lucha contra la política personalista, y en los semanarios de literatura y ciencias. Las polémicas sobre *fuerza y movimiento*, verdadera filosofía del universo, según el padre Sechi; sobre la doctrina darwinista pura, y completada luego por el radicalismo de Hæckel; sobre el derecho de la iglesia á la potestad civil, y sobre la libertad de conciencia; sobre federación, instrucción laica, intolerancia del catolicismo y otras materias relacionadas con la política, la historia, el derecho y la filosofía, no se hicieron esperar en los periódicos de dentro y de fuera de Caracas; y en esas polémicas ruidosas, generalmente mesuradas, caballerescas y brillantes, pero en ocasiones caldeadas por el fuego del sarcasmo y de la sátira, tomaron parte activa Gil Fortoul, Luis López Méndez, Guillermo Morales y Revenga, en el campo del radicalismo, y Pedro Obregón Silva, el tachirense Luis Vélez, Domingo Antonio Olavarría y los Presbíteros Doctores Juan Bautista Castro (hoy Arzobispo de

Caracas y de Venezuela), Luis Felipe Esteves, Francisco José Delgado y Manuel Felipe Rodríguez (que fué Obispo de Guayana), en el terreno del moderantismo los unos, ó en el ultra-conservador los otros. Aquellas polémicas se publicaron en *La Opinión Nacional*, *La Revista Dominical*, *El Ángel Guardián*, *La Entrega Literaria* y *El Áncora* de Caracas, en *El Fonógrafo* de Maracaibo y en *El London Bazar* de la capital de Carabobo.

Para entonces yá había tomado cuerpo la influencia de Zolá en la literatura francesa, y trascendía á las de las demás naciones de Europa; renacían los nombres de Diderot, Enrique María Beyle, el gran Balzac y el disector Flaubert; triunfaban los Goncourt con el análisis profundo montado en exquisito estilo artístico, y Daudet con su risueña ironía, con sus fieles y animadas descripciones, con su noble ingenuidad y con su admirable graciosa sencillez; Edmundo de Amicis, en Italia, encantaba y sorprendía por el reflejo exacto de la vida que se ve en todas sus obras; Pérez Galdós, Pereda, Emilia Pardo Bazán, José Ortega Munilla, Leopoldo Alas, Armando Palacio Valdés y Jacinto Octavio Picón, enriquecían y regeneraban la novela española; el nombre del portugués Eça de Queirós traspasaba las fronteras de su patria con la admirable obra titulada *O primo Basílio*; Núñez de Arce se imponía á la imitación con *La pesca* y el *Idilio* incomparable; se evocaba el gloriosísimo recuerdo de la *María* de Jorge Isaacs, por su realidad vivida y por su intenso color americano; y en Francia, y en Italia, y en España, y en Portugal, y en la América Española, se investigaban los orígenes ó manantiales del realismo en la literatura, se describía su evolución, se trazaba su genealogía, se ensalzaba á sus audaces corifeos, y se protestaba á cada paso contra la inmoralidad que se atrevían á suponerle, propalándola con espanto en lenguaje efectista y sentimental, los escritores tímidos y los que no lo eran.

Aquella inmensa ola de realismo avasallador y saludable, capaz de acrecentar de nuevo la empobrecida savia de la literatura, llegó también á Venezuela, y comenzó á influir de una manera vigorosa en los ingenios que iniciaban entonces su carrera literaria, causados yá de los procedimientos clásicos, no menos que de las vaguedades y extravíos del romanticismo. La protesta alarmadora no se hizo esperar mucho en la pluma de los hombres que sostenían el espíritu conservador en la literatura patria, anatematizando las inmoralidades supuestas del realismo, clamando contra sus descripciones y considerando sus tendencias no solamente infecundas, sino también perjudiciales, en el sentido del orden de la sociedad y en la obra de la ci-

vilización de los pueblos. Mientras que el Doctor Eduardo Calcaño, siendo Ministro Plenipotenciario de Venezuela en Madrid, se revolvió asombrado en su célebre carta á Don Víctor Balaguer contra los horrores del realismo, el Doctor Manuel Dagnino, en Maracaibo, se desbordó en invectivas contra los nombres y las obras de la revolución potente; más tarde la exhibió como desaguisada, como demoledora y como asaz indigna de las regiones del arte literario, poniendo á Zolá de oro y azul, Don Ricardo Ovidio Limardo; y Don Julio Calcaño, en el *Estado actual de la literatura en Venezuela*, estudio publicado en el *Diario de Caracas* á fines de Febrero del 94, remató el expediente de la propaganda contra la nueva escuela literaria, la cual, como todas las revoluciones trascendentales que instauran, regeneran y reintegran, había alcanzado yá la victoria en todas partes, á pesar de la crítica asustadiza y de la oposición conservadora. Doña Emilia Pardo Bazán se encargó de romper lanzas con el Doctor Calcaño; cuanto al Doctor Dagnino, afrontóse con él en singular batalla, para dejarlo vencido en la palestra, el numeroso verbo crítico y polémico de Manuel Revenga con el seudónimo de *Fávor*; Gil Fortoul escribió desde Madrid una interesante carta á López Méndez, sobre el realismo en general y sobre el naturalismo de Zolá en particular, con motivo del escándalo que había producido los escarceos aiosos de Revenga en derredor de la intolerancia ultraconservadora; y á Don Julio Calcaño le salieron al encuentro, armados de todas armas, embrazado el fuerte escudo y bien alta la visera, el mismo Gil Fortoul en su refutación titulada *Pequeñeces académicas*, y Eloy Guillermo González en la serie de artículos violentos que publicó en las columnas de *El Republicano*.

Desde cuando Bolet Peraza y José de Jesús Paúl comenzaron la reacción política en el periodismo diario, Ernst y Villavicencio la científica en las cátedras de la Universidad, y López Méndez, Gil Fortoul, Revenga, Morales, Alvarado y David Lobo la literaria y filosófica en la prensa y la tribuna, quizás que la lucha se resienta algunas veces del fuego de la exaltación, de la aspereza del sarcasmo y del tono agresivo del diaterio; pero téngase en cuenta que el carácter venezolano es de suyo pendenciero, batallador y quisquilloso; téngase en cuenta que de las imposiciones no se sale sino con un poco de amargura en el corazón, y además téngase en cuenta que si las revoluciones armadas no triunfan sino á fuerza de sangre y de heroísmo, las revoluciones en la filosofía, en las ciencias y en la literatura no alcanzan la victoria sino á fuerza de carácter, de pasión, de fanatismo y de energía.

Ello es lo cierto que de aquella reacción, que se ve andar por tres caminos paralelos, surgió como una aurora, como una primavera profusamente llena de regaladas fragancias y de flores



Manuel Revenga

de espléndidos matices, la literatura venezolana que se inició al terminar el personalismo del General Guzmán Blanco en la República, y al comenzar una época de verdadera libertad para escribir lo que pensaba la inteligencia y sentía el corazón. Sus caracteres distintivos son la independencia, el empeño del análisis, el espíritu de la filosofía nueva, la tendencia á la inves-

tigación de las causas de donde se originan las desventuras del hombre y de la sociedad, la pintura del medio asaz viciado por la influencia del personalismo político, la descripción de las costumbres y de la naturaleza en Venezuela con sus colores propios, y la ruptura de los convencionalismos rutineros en lo que dice relación con la forma literaria.

Muchos de los escritores que empiezan á brillar desde 1880 en adelante, tienen poca semejanza con aquellos en quienes anteriormente se ve el sello del clasicismo puro, del romanticismo considerado como escuela y de la tendencia neo-clásico-romántica. Fermín Toro, Julio Calcaño, Eduardo Blanco y José María Manrique no se parecen, por ejemplo, en cuanto novelistas, á Gil Fortoul, Cabrera Malo, Romero-García y Miguel Eduardo Pardo. La novela naturalista á lo Zolá, se inicia con *Débora* de Don Tomás Michelena, aunque no bien á las claras, y menos en la verosimilitud de las escenas—algunas de ellas, la mayor parte de fijo, enteramente falsas—que en la desnudez de las descripciones y en la trascendencia de la finalidad. Luégo sigue *Julián* de Gil Fortoul, y más tarde *La tristeza voluptuosa* de Pedro César Domínici, si bien ya ésta con ventanas completamente abiertas hacia el decadentismo, y con marcada inclinación á la psicología de Bourget. En 1890 aparece Romero-García, cuya primer novela representa un gran progreso en la literatura patria, echa los fundamentos de la novela autóctona, y establece la división profunda que hoy se advierte entre dos épocas radicalmente distintas. Por su independencia, por su originalidad en el estilo, por el color venezolano de sus descripciones, por su tendencia á la naturalidad en los diálogos, no siempre muy feliz en fuerza de la excesiva é innecesaria vulgaridad de que algunos adolecen, y por su deseo vehemente de regeneración é innovación, Romero-García, en su primer novela de costumbres con cierto fondo político-social, y después en los amargos unas veces y otras regocijados cuadros de *Marcelo*, es un reformador; y bien así como de Flaubert y de Balzac proceden los naturalistas franceses, y de Fernán Caballero y de Alarcón los realistas españoles, de Romero-García descienden Nicenor Bolet Peraza (en sus *Cuadros caraqueños*), Betancourt Figueredo (en su novela *Guillermo*), Rafael Bolívar (en su chistosa cuanto maleante *Guasa pura*), Urbaneja Achelpohl (en casi todo lo que ha escrito), Tosta García (en *Don Secundino en París*), Miguel Eduardo Pardo (en *Todo un pueblo*), Jacinto López (en su bellísima novelita *Graziela* y en la vigorosa pintura intitulada *Destinos*), Rafael Cabrera Malo (en la parte venezolana, que nó en la francesa, ni tampoco en la disertativa con subido

color vargasviliano, de *Mimi*), Francisco de Sales Pérez (en *La guerra civil*, excepción hecha de los diálogos, donde, aun cuando hay naturalidad y sencillez, se emplea el pronombre personal



Salvador Llamozas

como no se usa en Venezuela), Tulio Febres Cordero (en sus cuentos y tradiciones regionales), Gil Fortoul (en cierta faz del *Idilio* y de *Pasiones*), Carnevali Monreal (en *Bolivita*), Alejandro Urbaneja (en *¡Marchen!*...esbozo que vale una novela bien sentida), Blanco-Fombona (en *Juanito*, en *Molinos de maíz*, en *El canalla San Antonio* y *Democracia criolla*), y hasta el mismo Díaz Rodríguez (en su novela *Idolos rotos*), si bien los dos últimos escritores que

menciono se apartan de los otros en el procedimiento y sabor decadentistas del estilo, no menos que en el refinamiento de éste.

La poesía del *Idilio*, de *La pesca* y de *Maruja* (poemas del eminente Núñez de Arce), realista y rusticana al mismo tiempo, la imitaron, entre otros, Andrés Mata, en el *Idilio trágico*, admirable por su exacto colorido y por su eseuclórica versificación, pero no en cuanto poema, puesto que apenas tiene acción y movimiento, que son condiciones esenciales, bien se sabe, en composiciones como ésta; Engenio Méndez Mendoza, en *Luz*; Udón Pérez, en *Vencida*; Betancourt Figueredo, en su *Nobleza indiana*, y Emilio Constantino Guerrero, en *La despedida*, poemita versificado sin destreza alguna y en el cual se advierte aún, casi tanto como en trabajos posteriores de este buen escritor asaz fecundo y erudito, que el poeta es poco experto en cuanto artista y literato. *Vencida* y *Nobleza indiana* resultan poemas demasiado prosaicos en no pocos pasajes, tanto como *La despedida*, á fuerza de busear sus autores la sencillez y la naturalidad en los diálogos y en la narración, que fueron los escollos del mismo Núñez de Arce en sus poemas, cuando se empeñaba, sin alcanzar éxito alguno, en dar expresión bella á lo que no puede librarse de la fisonomía característica de la vulgaridad ni aun en el molde de la versificación correcta. Y en este punto es necesario recordar á Samuel Darío Maldonado, el más notable en mi concepto de todos los poetas que nacieron en las márgenes del Torbes, tanto cuanto distinguido entre los mejores que ha dado la nación venezolana, por un hermosísimo poema, titulado *Luis Cardozo*, que desde entonces guarda inédito, en el cual se ve la alegría de nuestro sol, perfuman á los versos nuestras campestres florecillas, se huele nuestro aire fragante y delicioso, se admira el esplendor de esta nuestra naturaleza ubérrima, y se adivina la influencia del realismo y de la psicología que resaltan en los pequeños poemas de Don Ramón de Campoamor.

A los trabajos sobre historia política y literaria de la mencionada época, no quiero referirme, porque en los dos primeros capítulos de la presente obra he dejado escrito el juicio que me correspondía escribir, de acuerdo con mis sinceras convicciones. Respecto de la literatura del teatro, en los dramas de entonces que he leído, así como en los representados en Caracas en 1879 (de Eduardo Blanco, Alfredo Rey, Elías Calixto Pompa, José María Manrique, Félix Soublotte y algunos más), se advierten los caracteres distintivos del realismo y la finalidad social, sin que por eso deje de respirarse un poco el ambiente romántico-efectista de que llenó Echegaray buena parte de sus dramas, tanto en la primera como en la segunda época; y por lo que

hace al desempeño, se resiente de la falta de destreza para vencer las dificultades que presenta el género literario cuya excelente ejecución tiene que estar basada en el feliz concurso de singulares facultades, íntimamente unidas por una correlación estrecha y armoniosa.

La crítica literaria moderna, la que analiza las condiciones esenciales del medio ambiente en que se producen las obras que caen bajo su jurisdicción, así como el momento histórico político-social, como el temperamento del autor, como la escuela á que pertenece, como su parecido con otros escritores, como el fondo de sus producciones y la parte de originalidad ingénita que se les ve en el estilo, como el valor psicológico de ellas ó su trascendencia en lo que dice relación con la filosofía, como su correspondencia ó afinidad con la vida y con el alma de quien las ha engendrado, como las bellezas y defectos que contengan, como las formas de expresión que las adornan y como la armonía que existe, más ó menos resaltante, entre estas formas de expresión y las ideas, tuvo también representantes muy notables. Después de Cecilio Acosta (en la *Influencia del elemento histórico-político en la literatura dramática y en la novela*, que es estudio demasiado sintético, pero de síntesis brillantes y jugosas que en pocas palabras dicen mucho); de Aménodoro Urdaneta (cuya obra sobre *Cervantes y la crítica* tiene más valor intrínseco del que generalmente le suponen los que apenas la han leído por leerla, y nó por estudiarla y apreciarla; notabilísima obra que puede figurar con gloria para Venezuela, por la sabiduría que encierra, en el catálogo de las consagradas al autor del *Don Quijote* por los más altos cervantistas de América y España); de Felipe Tejera (en los *Perfiles venezolanos*, muchos de ellos sobremanera condensados y no escritos algunos con acierto, como se ha visto yá en el capítulo segundo de este libro); de Julio Calcaño (en sus tres reseñas históricas de la literatura nacional, y en sus semblanzas de escritores y poetas venezolanos ilustres); de Marco-Antonio Saluzzo (en sus *Estudios literarios*, entre los cuales se distingue por su imparcialidad y ferviente amor al arte, que siempre debe estar muy por encima de las pasiones y mezquindades de los hombres, el destinado al elogio y glorificación de Juan Vicente González); y de Don Ricardo Ovidio Limardo (en trabajos tan detenidos é ilustrados como el juicio crítico-histórico del canto épico á Páez por Don Félix Soubllette), aparecen sucesivamente (algunos al mismo tiempo que los anteriores, y con posterioridad los otros) Víctor Antonio Zerpa, López Méndez, Lisandro Alvarado, Gil Fortoul, Manuel Fombona Palacio, César Zumeta, Pedro Fortoult Hur-

tado, Pablo Vílchez, Eloy Guillermo González, Ángel César Rivas, Rufino Blanco-Fombona, Pedro-Emilio Coll y pocos más, así como en la crítica de artes competente, y por ningún respecto en la que no lo es ni puede serlo, sino vacía, disparatada y chacharera, que acostumbra decir lo que no sabe en parrafillos de crónicas maleantes (tan socorridos para disfrazar lo que se ignora), Don Ramón de la Plaza (el cual, en su obra titulada *El arte en Venezuela*, si bien un poco desatinada en la gramática, chabacana en el estilo, errónea en las apreciaciones artístico-filosóficas y sin mayor precisión ó exactitud en los juicios que contiene de los ingenios del país, legó á éste un libro útil, riquísimo de datos importantes sobre la materia, y necesario, en cuanto manantial de información, para todos los escritores patriotas que quieran dedicarse á complementar y perfeccionar el trabajo que él dejó); Salvador Llamozas (en sus juicios de buen número de óperas, en sus reseñas teatrales y en sus perfiles de músicos venezolanos); Manuel Revenga (también en sus reseñas de teatro y en la propaganda que hizo de las teorías musicales de Ricardo Wagner); Antonio Herrera Toro (en estudios como el titulado *Apreciaciones sobre el arte*, tanto como en los destinados al análisis de obras pictóricas de Martín Tovar y Tovar, Cristóbal Rojas y Arturo Michelena); y Juan de Dios Méndez Mendoza (cuya sabiduría y competencia en el particular pueden apreciarse con la provechosa lectura de su extenso tratado sobre estética denominado *El arte en su fundamento y en sus especies*, de su notable obra acerca de *La declamación artística*, de su discurso en elogio de Arturo Michelena, después del fallecimiento de este venezolano ilustre, y de sus juicios sobre *Una estatua de Bolívar*, *El Calvario*, *Miranda en la Carraca*, *La multiplicación de los panes* y *El Nazareno de San Pablo*); pero si es verdad que la mayor parte de los críticos citados (y aquí no me refiero sino á los literarios) por lo general se inspiraron de firme en la justicia para escribir sus opiniones, no todos fueron siempre consecuentes con su corazón, con su sinceridad y con su inteligencia, sino que á las veces incurrieron en flaquezas del alma y en pequeñeces tristes que no están en relación ni se conforman con la alteza de su ingenio. Doloroso es publicarlo, pero muchos de nuestros excelentes escritores, en vez de formar causa común, de compactarse estrechamente para la obra meritoria de la civilización venezolana, de estimarse y admirarse mutuamente por las afinidades que entre ellos existen del ideal y del talento, de cerrar filas en beneficio de su causa generosa y en contra de la ruda barbarie asoladora, se dividen, se anarquizan, se mueven

guerra fuerte y formidable, se escatiman la alabanza, se destrazan el renombre y se hieren con los dardos del dieterio, sin comprender que las obras del ingenio humano que aparecen en-



Juan de Dios Méndez Mendoza

grandecidas por la luz de la belleza indiscutible, se imponen á la admiración de los pueblos y al respeto y glorificaciones de la posteridad, á pesar de las diatribas que caigan sobre ellas, á pesar de la risa de Aristófanes, á pesar del rencor personal de Mevio y Bavio, á pesar del negro odio de aquel Blanco de Paz que dentro del pecho no llevaba corazón sino una ampolla de veneno, y á pesar de la triste emulación de Avellaneda. Re-

cordemos aquí lo que por experiencia propia decía el gran Quintana, atacado con saña por Tineo, por Moratín, por Hermosilla y por Capmany: «Páreceme que los que en literatura hacen profesión de maldicientes, y aspiran por medio de sarcasmos á castigar en los autores la ambición de sobresalir, no logran jamás humillarlos tan completamente como desean. El amor propio de los que escriben se rebela contra el amor propio de los que critican; á los malos autores consuela el ejemplo de los buenos, zaheridos y mofados también como ellos; y á los buenos, el conocimiento de sus propias fuerzas, que los pone á cubierto de la rabia insensata de sus adversarios.»

Es preciso convenir con Don Rafael Altamira, notabilísimo crítico español, en que la primera cualidad del crítico «se llama tener corazón.» Pero tener corazón, según asienta él mismo, «es sentir la belleza, hállese donde se halle; es ser justo; es anteponer la razón de estética á todas las razones humanas; es olvidar, pluma en mano, por la pasión del arte, las otras, lícitas é ilícitas, que pueden perturbarla; es tener la valentía y la lealtad de declarar en público, siempre, lo que en el fuego interno se aprueba, aunque sea de un enemigo; es no pensar ni en *sombras* ni en *competencias*; es no hacerse cómplice de la *conspiración del silencio*, ni de las vanidades de los endiosados; es no poner nunca la luz debajo del celemín, ni consentir que la pongan otros; es no tener horizonte estrecho, confinándose siempre en los mismos nombres, aunque tengan mucha mano para ayudar en propósitos egoístas de la particular ilusión del crítico; es tener abierto el espíritu á todos los vientos del arte, y saber orientarlo hacia los puntos de donde soplan nuevos y frescos, que suele ser del lado de los humildes y de los jóvenes; es poner sobre todos los intereses el supremo interés de la belleza y del arte, olvidando lo demás del mundo como el buen sacerdote olvida, cuando dice misa, todo lo que no sea de Dios y para Dios; es ser bueno, indulgente, franco, absolutamente franco, lo mismo cuando la franqueza acusa defectos de quienes, por estar muy altos, pueden creer que son impecables é indiscutibles, que cuando descubre méritos nuevos, que también saben mal, á veces, á los que convierten el arte en coto cerrado; es participar un mucho de la enfermedad de Marcial —el de *La Pasionaria*—que se traduce luego en la facultad de indignarse por las tropelías...*críticas* que otros cometen; es tener *sangre y vergüenza*, como dice el vulgo, en las relaciones á que obliga la literatura; es, en fin, no olvidar, en medio de la franqueza, ni la cortesía, ni aquel calor de humanidad que sólo los buenos saben poner, incluso en sus más severas justicias.»

Moverse brava guerra y agredirse muchas veces con verdadera saña (que no ejercer con generosa intención el ministerio de la crítica honrada y circunspecta) los hombres de ilustración y de talento, los que rinden culto ferviente al ideal, los que



Cristóbal Mendoza

hacen la obra magna—con la sangre de su corazón y con la lumbré de su inteligencia—del perfeccionamiento de los pueblos, pontificando á diario desde su gabinete por la civilización de la Patria; dividirse en grupitos sin cohesión alguna, á fuerza de menguadas pasiones recelosas, para no llegar jamás sino al desorden, á la anarquía devastadora, al pujilato indecoroso de las personalidades, y por consiguiente á la prostitución del arte literario; silenciar los méritos ajenos, teniendo arraigada la con-

vicción de ellos, para sólo buscar la alabanza de los propios, que muchas veces resultan negativos en fuerza de la soberbia lusbélica y de la vanidad desatentada; no recordar que de la unión de todas las inteligencias, de todas las energías creadoras y de todas las ambiciones puras, es de donde proceden, como en la Grecia antigua, la grandeza, la hegemonía y la perdurable gloria de las nacionalidades; figurarse que los viejos no significan nada en el estadio de la literatura, cuando en la herencia que dejaron, de su pensamiento es donde han aprendido y se han estimulado para el bien las generaciones posteriores, ó que los mismos viejos son los únicos que tienen el derecho de pensar, de escribir, de distinguirse, de brillar y de ser ensalzados por las multitudes; entender que los jóvenes de alto pensamiento é inspiración hermosa, á pesar de sus atrevimientos y vehemencias revolucionarias, no traen á las naciones sino la ruina y el descrédito del arte, cuando lo que hacen es regenerarlo, transfundirlo y enriquecerlo con vigorosa y exquisita savia nueva saturada de riquísimas fragancias, ó que los mismos jóvenes son los depositarios únicos de la sabiduría y los secretos milagrosos que producen con su magia el esplendor de la belleza; encastillarse en la pequeñez de ánimo de que tanto entre los viejos, como en las numerosas falanjes que los jóvenes componen, no debe haber jamás sino dos ó tres ególatras que sean dignos de los loores de la prensa, de los aplausos de los pueblos, de los elogios de la sociedad, de las alabanzas de la crítica y de las glorificaciones de la historia; abandonar la grandeza y serenidad de las ideas por las miserias del mundo, el éter por los légamos, el esplendor del ideal por el fango sombrío de la tierra, la generosidad que dignifica por el ciego egoísmo que deprime, la humildad bien entendida que levanta por la soberbia que desconceptúa y abisma; sentir la honda tristeza de la brillante corona de laureles que alcanzan los demás en el día de la victoria intelectual, y desbordar esa honda tristeza en sarcasmos é invectivas contra los nobles y gloriosos triunfadores; no pensar, como pensó un notable escritor venezolano, que cada generación va dejando una capa de conquistas en la improba labor de la civilización nacional; empuñar, en fin, la piqueta que demuele y la tea que calcina para cerrar contra el pasado y arrasarlo, es mezquindad de corazón, es volverse de espaldas á la confraternidad que redime y purifica, es labor antipatriótica, es alentar á la barbarie en la tremenda brutalidad de sus deseos incontinentes, es trabajar contra los grandes intereses de la nacionalidad, contra el concepto, contra el hecho, contra la realidad tangible de lo que se llama Patria, la cual vive, respi-

ra y se alimenta no sólo en la familia, no sólo en el santuario del hogar, no sólo en la religión, no sólo en las costumbres y en la poesía hablada de los dulces troveros populares,



Claudio Bruzual Serra

no sólo en las amables tradiciones que se oyen de los labios del abuelo al rescoldo de la lumbre en el solar nativo, sino también en la alegría de la lengua y en el tesoro de la literatura, que son la encarnación de todos los grandes ideales por que suspira y sufre el hombre en su peregrinación doliente por los tor-

tuosos caminos de la tierra, entristecidos siempre por el rocío de las lágrimas y por la pálida flor del desengaño.

El género de costumbres, tan difícil, porque para su desempeño se necesita el concurso de la espontaneidad, de la gracia sin afectación, del tino para remediar los defectos y úlceras sociales, de la risa contagiosa del autor, de la intención aguda y de la oportunidad, tuvo sus cultivadores de mayor significación en Francisco de Sales Pérez, más vigoroso y con más admirable colorido en su segunda que en su primera época; en Felipe Tejera, cuyas hebdomadarias publicadas en *La Tribuna Liberal* con el seudónimo de *Rey de Bastos*, revelan honda sagacidad, presentan descripciones magistrales y están llenas de sal ática; en Juan José Breca, de quien puede decirse que mucho menos ríe de las miserias y ridiculeces de la humanidad, que acerca de ellas filosofa; en Manuel María Fernández, cuyo ingenio travieso y campechano era un arroyo de numeroso chiste fino; en Eugenio Méndez Mendoza, que hizo trabajos de gran mérito, los cuales valdrían más de lo que valen, si él, por timidez, por la natural delicadeza de su índole y por el exagerado tributo que desde niño pagó á los clásicos del siglo de oro de la literatura castellana, no hubiese contenido los arranques de aquella gracia y agudeza que lo caracterizaban, como no los contenía jamás en los salones ni en las pláticas con sus amigos, que sin reserva admirábamos su caudalosa vena cómica; en Rafael Bolívar, de quien es aquel buen libro titulado *Guasa pura*, eminentemente criollo por la esencia de sus regocijados cuadros, por su exacto colorido, por la verosimilitud de sus animados diálogos, y porque en semejante *guasa*, ó dolorosa, ó melancólica, ó amiga de reírse á carcajadas, tanto cuanto el gran realista Sancho, de las mentiras y farsas de la vida, se ve pintado en cierta faz, á maravilla, el carácter de los venezolanos; en Delfín Aurelio Aguilera, que sazona con espesa mostaza y salpimienta sus críticas sociales, erizadas de dardos y llenas de admirables sutilezas; en *Jabino*, ó sea Miguel Mármol, en quien abunda la espontaneidad, cuya epidermis es como de gasa para sentir el ambiente del ridículo, y cuya benéfica ironía corta como un cuchillo de dos filos, pero sin causar dolor; y por último, en Nicanor Bolet Peraza, al cual distinguidísimo escritor he dejado ex profeso para último, aun cuando le corresponda otro lugar en el orden cronológico, y quizás el más alto en el jerárquico de nuestros escritores de costumbres; de quien cada palabra es un donaire, cada frase una burla deliciosa que provoca el raudal incontenible de la risa, cada artículo una joya de gran precio, y de quien el ingenio fecundo en

travesuras y ocurrencias de buen tono, se ha espaciado en vivísimos cuadros admirables, por la belleza del estilo y por la exuberante riqueza de las descripciones, para reconstituir gráficamente la Caracas donde alcanzaron incomparable gloria cierto chocolatero ilustre á quien le decían Natividad, cierto insigne bedel de luenga barba y vozarrón de contrabajo, y cierto liliputiense tenorcillo, de garganta como de agudo pífano, que solía figurar, lleno el jubón de rutilantes lentejuelas, enorme espada de cazoleta al cinto y cubierta la cabeza por el chambergó emplumado de anchas alas, en el coro de tenores desmirriados del coliseo de Veroes, después de haber sido celebrado como actor de pura raza castellana en las históricas funciones que se denominaron *las entradas á Jerusalem*.

Por lo que se refiere á la oratoria tribunicia, parlamentaria y académica, brillaron dentro de sus dominios, con resaltantes dotes, varones tan famosos como Antonio Guzmán Blanco, Eduardo Calcaño, Nicanor Bolet Peraza, Marco-Antonio Saluzzo, Raimundo Andueza Palacio, Cristóbal Mendoza y el zuliano Gregorio Fidel Méndez; y entre los jóvenes sería más que injusto no citar á Manuel Montiel Pulgar, Claudio Bruzual Serra, José María Gil, Teodoro González, Tomás Mármol, Ángel Carnevali Monreal y Rafael Cabrera Malo, aun cuando dichos jóvenes (y conste que si á ellos me refiero es porque tuve ocasión de oírlos y apreciarlos) no alcanzaron verdadera personalidad como oradores sino en los últimos años del siglo décimo noveno.

¿Cuál fué, pues, el resultado de aquella reacción intelectual, que se desenvolvió paralela á la política, y que representa un progreso evidente é innegable en la literatura nacional?

Yá lo he dicho, según mi leal saber y entender; pero quiero repetirlo ahora, para acentuar mis muy humildes deducciones. En las ciencias se impuso el espíritu de análisis y de investigación de las causas de donde se originan los fenómenos de la naturaleza, para explicar la vida en todos sus aspectos y la evolución humana; en la filosofía, la prescindencia de la metafísica por parte de numerosos intelectuales del país, y la inmediata aplicación del método científico positivista; en la crítica literaria, el estudio psicológico de los escritores, la relación de éstos con sus obras para definir en ellas la introversión del *yo* de cada artista, el análisis de los temperamentos creadores para darse cabal cuenta de la originalidad de cada uno en la esencia y el estilo, y el estudio de las circunstancias de tiempo y de lugar en las cuales se produjeron dichas obras; en la novela, el realismo sin perífrasis ni ambajes, la pintura de las

costumbres nacionales, la finalidad social y la etopeya primorosa por la habilidad y firmeza del dibujo; en la poesía, el exquisito arte de la forma en correspondencia ó conformidad estrecha con la alteza del lirismo, con la intensidad de las emociones y sentimientos del poeta, con la representación de lo real y con los cánones de la belleza; en los artículos de costumbres, el chiste agudo que corrige, la gracia que enseña y civiliza, la ironía y el sarcasmo enderezados como flechas contra los defectos sociales y contra las demasías políticas, la descripción de lo presente y la reconstrucción de lo pasado; y en la oratoria tribunicia y académica, por entenderla como el arte milagroso de avasallar, conmover, seducir y entusiasmar las multitudes con los recursos del sentimiento y de la imaginación, el uso de la síntesis brillante, el trabajo pomposamente arquitectónico y musical de los períodos, el sabio empleo de los medios necesarios para despertar la profunda emoción en los oyentes, la íntima armonía de todas las piezas del conjunto á que da forma la palabra, y por último, el afinamiento y eficacia de las dotes exteriores por medio del ejercicio y del estudio, con el objeto de alcanzar los grandes triunfos de la elocuencia hablada.





CAPITULO SÉPTIMO

SUMARIO

Comienzos de la verdadera poesía nacional.—El clasicismo.—Breve reseña de la revolución romántica en España.—El romanticismo en Venezuela.—José Antonio Maitín y Abigail Lozano.—El neoclasicismo.—Poesía heroica, leyendaria, filosofica y social.—Influencia de Heine y Bécquer en los poetas venezolanos.—Parnasianismo.—La poesía india y la criolla.—La epopeya.—Poesía satírica y festiva.—Decadentismo.—Rufino Blanco-Fombona.—Consideraciones generales.



La poesía venezolana propiamente dicha, la en que yá se ven clarrear las verdaderas gracias del ingenio, la gentileza de la forma y los esplendores del arte, la que merece después admiración y es digna de alabanza, comienza en los primeros diez años del siglo décimo noveno,

y comienza completamente llena, en muy contadas producciones, del espíritu del clasicismo español; pero no del clasicismo sandio, soso é infecundo que fué como reflejo del clasicismo galicano entronizado por el abate francés Carlos Batteux, Hugo Blair, Boileau Despréaux y Voltaire, sino del cla-

sicismo de pura y buena cepa castellana, durante cuyo reinado florecieron y brillaron poetas como Jorge Manrique, Garcilaso, Francisco de la Torre, Luis de León, Herrera, Rodrigo Caro y Rioja.

Andrés Bello, conocedor profundo del idioma latino y de sus clásicos, de la antigua literatura española y de los escritores

franceses de más fama en el siglo que se llamó de Luis Catorce, escribe en aquel tiempo sus primeros ensayos, entre los cuales resaltan la *Égloga* virgiliana, con mucho sabor á Garcilaso, y alguna de las traducciones de Horacio, de la cual encontró sólo un fragmento, entre los manuscritos que á su muerte dejó el ilustre poeta y civilizador venezolano, su biógrafo Amunátegui. También debe recordarse de aquel tiempo, con elogio, á Sor María Josefa de los Ángeles, cuya composición *Anhelo*, por su fondo profundamente místico y por la especial manera de su versificación, parece obra de Santa Teresa de Jesús. Detrás de Bello y junto á él figuran solamente algunos que para mí no son sino versificadores, como Vicente Salias (autor del himno nacional), Vicente Tejera y Domingo Navas Spínola, fríos, amanerados, incoloros y desprovistos de todo gusto literario. Sus producciones se leen hoy apenas como curiosidad bibliográfica y fenómeno de evolución, revelan el esfuerzo infecundo de la inteligencia por alcanzar las altas cimas de la poesía, y están llenas de prosaísmos y de rípios.

El clasicismo español (el retorcido, pedestre é inodoro de la decadencia, muchas veces) se acentúa en escritores de versos como José Luis Ramos, Luis Alejandro Blanco, Juan Vicente González, José Hermenegildo García, Pedro José Hernández, Jerónimo Eusebio Blanco y José Antonio Echeverría, en los cuales, á pesar de que se trasparenta más habilidad, gusto y sabiduría que en Salias, en Tejera y en Domingo Navas Spínola, se ve de sobra la impotencia para producir la poesía que perdura por el sello de la espontaneidad, por la fragancia exquisita como de rico primaveral capullo, por la melodiosa música y por el *quid divinum* propio é inexplicable que reside como una luz del cielo en el entendimiento de los verdaderos poetas.

Respecto de Baralt, huelga decir que es el poeta venezolano en quien tiene más relieve el clasicismo antiguo de los españoles, no sólo por la inclinación cultísima de su temperamento, sino también por el número copioso de imitaciones resaltantes que aparecen en sus obras, sobre todo en la oda *Á Cristóbal Colón*. Pero con Baralt sucede casi lo mismo que con el sacerdote español Don Juan Nicasio Gallego: la alteza del ingenio, el poderoso vuelo de la imaginación—mayor, mucho mayor en Gallego que en Baralt, sin duda alguna—y la sabiduría en el manejo del ritmo y del epíteto, sirven en los dos para disimular el gusto arcaico, por excelente que se le considere, de una escuela literaria; en la inteligencia de que Gallego, no obstante su anterioridad á Baralt, tiene fisonomía más moderna que el egregio

hijo del Zulia. A la misma escuela pertenecen poetas como Fermín Toro, en composiciones como la silva *Á la zona tórrida*, el *Canto á la Conquista* y la poesía *Á Carmen*; como Félix Soubllette, porque hasta en su magistral canto titulado *La gloria de Páez*,



Rafael María Baralt

á pesar de los atrevimientos de la fantasía y de la magnificencia deslumbradora de las descripciones, se ve la huella de la imitación dentro de los términos del clasicismo indígena de España, y el espíritu que predomina en las obras de Juan Nicasio Gallego, si bien con mayor independencia; como Cecilio Acosta, descendiente de Fray Luis de León, pero con la dulcísima frescura y encantadora melodía de Teócrito, de Virgilio y Garcilaso, y con más espontaneidad que Bello; como José Antonio Calcaño, en trabajos del temple y contextura de la

silva *Á la Academia Española*, que es silva admirable entre las mejores de su especie, no embargante la contraria opinión de López Méndez, inexplicable en un crítico de su estatura por la ilustración y el excelente gusto literario; como Eloy Escobar, cuyos lacrimosos versos, excesivamente amanerados á las veces, en fuerza del esmero con que solía castigarlos y pulirlos, no parecen escritos en el siglo décimo noveno, sino en el diez y siete; como Francisco Guaycaypuro Pardo, en la mayor parte de sus odas, donde sí en ocasiones triunfa con el arranque vigoroso y la independencia de Quintana, y con el *os magna sonaturum* de Gabriel García Tassara, por lo general se ve el tributo que paga en la manera del estilo, no obstante su abundancia de color, á las influencias clásicas; y como algunos otros, entre los cuales quiero citar á Vicente Coronado, Amenodoro Urdaneta, Diego Jugo Ramírez, José María Salazar y Ermelindo Rivodó, que no han sido, en mi humildísimo concepto, sino poetas muy medianos, aun cuando pueda haber muchos críticos que opinen lo contrario, y consideren como una blasfemia atroz la afirmación que acabo de exponer con la mayor franqueza y sin rodeos de ninguna clase, que es como les cuadra á trabajos literarios de los que se proponen ser sinceros como este pobre y quizás desaguisado mío.

Y en fin de fines puede asegurarse, sin temor de desbarrar, que desde Bello hasta la época en que empezaron á figurar con éxito poetas como Paulo Emilio Romero, Gabriel Muñoz, Andrés Mata, Tomás Ignacio Potentini, Alejandro Romanace, Samuel Darío Maldonado, Pimentel Coronel y Racamonde, no ha habido en Venezuela poeta ni versificador que no haya reflejado de alguna suerte ó modo la índole característica del clasicismo español denominado histórico. Por supuesto que aquí huelga nombrar, en tal sentido, á Monasterio Velázquez, á Fombona Palacio y Eugenio Méndez Mendoza, quien en *La muerte de Jesús* se aventura con tal brío en el propósito de la imitación, que llega hasta rayar en el excesivo amaneramiento pseudoclásico. El mismo Luis Churión, tan nacional, tan criollo, tan independiente, y además tan modernista en ocasiones, se deja ir en algunas de sus primeras poesías (*Crepúsculo* y *Lucha*, por ejemplo) sobre las huellas de Baralt, de Toro y de Cecilio Acosta. Y todavía hoy, á pesar del barroquismo que por desgracia reina en la mayor parte de los hombres pertenecientes á la última generación literaria que ha producido Venezuela, se ven aparecer algunas veces trabajos muy notables por su aliento y por su forma artística, pero enteramente llenos del espíritu clásico español. Y para comprobarlo no hay sino leer el *Canto patrió-*

tico del inspirado sacerdote Carlos Borges, canto en el cual se advierte la expresiva imitación de Baralt en la oda *Á Cristóbal Colón*, y la de José Antonio Calcaño en la silva *Á la Academia Española*. Lo cual, filosóficamente considerado y lógicamente comprendido, es natural, porque así como las costumbres de una raza ó de un pueblo como el español, que forman parte esencial é inherente de su sér, perduran en su fisonomía y no se modifican sino al través de años y aun de siglos, el carácter y la índole de las literaturas tampoco pueden modificarse nunca sino de una manera lenta, obedeciendo de fijo á las leyes de la evolución en el idioma en que se escribe, y por virtud de la influencia persistente de circunstancias distintas, entre las cuales deben señalarse el cansancio de las sociedades respecto del gusto dominante en mucho tiempo, la inevitable esterilidad del campo que inútilmente se cultiva con el designio de que siempre dé frutos hermosos de la misma especie, la tendencia vehemente de los pueblos hacia la novedad, el espíritu renovador de la juventud (que equivale en las literaturas al de la jugosa primavera en la naturaleza), la dirección que van tomando los ideales políticos por causa de las revoluciones, el deseo de la originalidad en los ingenios vigorosos, la manera de ser diferente y peculiar de los temperamentos literarios, y el influjo de las ideas extranjeras.

Por la audacia de los argumentos, por cierto espíritu de libertad que encarna en épocas de tremenda tiranía, por el medio caballeresco y de frecuentes aventuras que refleja con colores tan brillantes, por la exaltación de las pasiones y de los sentimientos humanos, por la pompa de la imaginación y por el caudaloso derroche de lirismo, que va en versos admirables como un arroyo de aguas cristalinas por entre márgenes de rosas, el teatro antiguo español, sobre todo en las obras de Lope de Vega y Calderón de la Barca, es una de las ricas fuentes donde bebieron con ansia el gusto regenerador los caudillos y porta-estandartes de la revolución romántica española, que coincidió con la francesa, la inglesa y la alemana, dirigiéndose con éstas por caminos paralelos. Cualquiera que lea con atención los estupendos dramas de Don Ángel de Saavedra, de Zorrilla, de García Gutiérrez, y aun mucho tiempo después los de José Echegaray, que en su primera época es un romántico innegable desde cualquier punto de vista que se le considere, tendrá que encontrarles profunda semejanza con los del gran poeta de *La vida es sueño*, pomposamente ensalzado por la crítica alemana, y puesto muy en alto por la pluma de oro y luminoso juicio de Menéndez Pelayo.

Desde los comienzos del siglo décimo noveno empezó á prepararse la poderosa revolución romántica en que triunfaron Martínez de la Rosa (aunque no muy á las claras, en fuerza de su timidez característica), Don Ángel de Saavedra, Espronceda *el byroniano*, Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch, la Avellaneda y muchos otros, y por eso los españoles, y aun los que no lo eran, volvieron entonces la mirada, con admiración y entusiasmo, hacia nombres tan gloriosos y olvidados como los de Lope de Vega, Calderón, Tirso de Molina, Alarcón, Moreto y Rojas. Debido á ese entusiasmo, que propendía á cierto espíritu de libertad y de caudalosa renovación en el arte, completamente esclavizado en el fondo y en la forma por un clasicismo de inaceptable procedencia, apergaminado, servil y rutinario, muy distinto del griego y del latino, en España hubo polémicas ruidosas, como la sostenida por el germano Juan Nicolás Böhl de Fáber, propagandista en forma briosa de las doctrinas de su compatriota Schlegel y padre de la ilustre novelista que con el seudónimo de *Fernán Caballero* se conoce, faz á faz con escritores tan temidos como el tempestuoso tribuno Alcalá Galiano y Don José Joaquín de Mora, acerca de la riqueza, de la espontaneidad y de la extraordinaria poesía que los mismos españoles no querían ó no podían encontrar, á fuer de adoradores de Boileau, en su admirable teatro antiguo.

Quintana, el gran Quintana, discípulo de Meléndez Valdés y de Cienfuegos, es otro de los precursores del romanticismo en España, y lo es por la pujanza de su imaginación deslumbradora, por la sonoridad musical del verbo lírico, por el espíritu de independencia que hay en sus armoniosos versos, y porque él fué quien rompió, antes que nadie, con la tradición del clasicismo degenerado é infecundo. El escritor cubano Nicolás Heredia ha dicho en su buen libro *La sensibilidad en la poesía castellana*: «Sus gustos literarios (los de Quintana) eran los que imperaban dentro de una escuela esclava de Boileau, y sin alientos para dilatar la inspiración una línea más allá de la preceptiva aristotélica. Sin embargo, por el fondo atrevido de sus odas y su insubordinación contra las tendencias históricas de su pueblo, Don Manuel José Quintana tiene más significación que cualquier poeta romántico español, en cuanto es un precursor de la España política del día.» Y de la España literaria, agregó yo, porque la primera no es sino la consecuencia de la segunda; por que no ha habido ningún alto poeta español que no haya pisado sobre las huellas de Quintana (y me refiero á poetas como Gallego, García Tassara, José Monroy y Núñez de Arce), y porque según Menéndez Pelayo, «siempre será gloria de Quintana haber sacado

nuestra poesía de la soledad del gabinete, y del convencionalismo de las escuelas, y de los asuntos triviales y baladíes, y haberla levantado con majestad no usada, trayéndola al polvo y á la arena y avezándola al estruendo de la plaza pública.» Leamos al padre Francisco Blanco García, en su notable obra tantas



José Antonio Martín

veces citada en este libro: «*El panteón del Escorial* (de las mejores obras de Quintana) parece un cuadro dramático arrebatado á Víctor Hugo, ó á cualquier otro escenógrafo terrorista de su escuela.» Por último, leamos á Don Enrique Piñeyro, en su excelente estudio acerca del poeta español: «*La fuente de la mora encantada*...tiene algo de nuevo, de más rico, que recuerda un poco las baladas de Schiller y de Goethe.» Y ya se sabe que estos dos grandes poetas pertenecen en cierto modo á la escuela romántica alemana, rehabilitadora del arte medioeval.

Por consecuencia de la entusiasta propaganda que se hacía en favor de la revolución literaria, en España se tradujo en alguna parte á Shakespeare, cuyo grandioso genio es, digan lo que

quieran algunos críticos muy sabios y que se alcanzan á fuerza de quisquillosos y sutiles, otro de los frescos y perfumados manantiales donde bebieron con deleite los corifeos del romanticismo en Europa. No sólo por el carácter melancólico ó profundamente triste de los personajes, no sólo por la altísima expresión dramática de las escenas, no sólo por el aliento de libertad artística que de ellas brota como aire que purifica y regenera, sino también por la poesía eminentemente exquisita y elevada del soberano verbo lírico, el *Romeo y Julieta* y el *Otelo* pueden considerarse hoy, aun cuando se escribiesen en el siglo diez y seis, como dramas de pronunciado gusto romántico. Si García Gutiérrez y Zorrilla se parecen á Calderón de la Barca, del soñador solitario de las orillas del Avón tiene algo sin duda Víctor Hugo.

Ello es lo cierto que los trabajos de Don Juan de Iriarte, Don Francisco Nieto Molina, Don Agustín Montiano Luyando y otros en favor del teatro antiguo español; la restauración del romancero castellano por excelentes plumas extranjeras, como las de Jacobo Grimm, Fernando Wolf y algunos más; las polémicas de Böhl de Fáber; la vulgarización de las doctrinas de Schlegel; el célebre discurso de Don Agustín Durán acerca del influjo de la crítica moderna en la decadencia del teatro nacional; el pronunciado por Donoso Cortés para inaugurar su cátedra de humanidades en Cáceres; el preliminar de *El moro expósito*, escrito por Don Antonio Alcalá Galiano, y muchas otras publicaciones de las cuales no es posible hacer mención en esta síntesis de la historia del romanticismo español, indispensable en el presente libro, prepararon, comenzaron después y alimentaron más tarde, con energía y entusiasmo, la hoguera de la revolución. Poco á poco se tradujeron en España los poemas ossiánicos de Macpherson, el *Werther* de Goethe y el *Giaour* de Byron; se fueron leyendo originales las obras de Madama Stäel y del célebre novelista inglés Walter Scott, de Chateaubriand, de Lamartine y Víctor Hugo, y alcanzaron notable trascendencia las vulgarizaciones hechas en la vecina Francia de las obras de insignes escritores extranjeros, tales como el mismo Scott, Byron, Shakespeare, Schiller, Herder, Amadeo Hoffman y Goethe. Luégo Martínez de la Rosa, que había defendido con singular esfuerzo, tanto como Alcalá Galiano y Don José Joaquín de Mora, las doctrinas de Boileau, da el golpe de gracia con *La conjuración de Venecia* al elasicismo incoloro, amanezado y retorcido contra cuyas frivolidades y simplezas se venía combatiendo, y una era nueva, luminosa, llena de músicas no oídas y saturada de perfumes, se abre con horizontes dilata-

dos, donde resplandecen nombres dignos de alabanza como el Duque de Rivas, Espronceda, Zorrilla, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Salvador Bermúdez de Castro y Gertrudis Gómez de Avellaneda.

En el capítulo cuarto de este libro dejó dicho que el romanticismo venezolano procede en línea recta de la revolución romántica española y también de la francesa, así como el papel que representa y la fisonomía que tiene en nuestra historia literaria.

El aparecimiento de José Antonio Maitín y de Abigaíl Lozano en los verjeles de la poesía nacional (de 1840 á 1841), marca época histórica precisa, señala en aquélla un nuevo rumbo y significa el tránsito, parcial como se ha dicho y mucho más acentuado en la forma que en el fondo, del clasicismo al romanticismo. Antes de ellos no se oye ni se siente aquella lírica desordenada, aquel torrente de adjetivos, aquella caudalosa versificación, aquella libertad de fantasía. Los dos se enamoraron de tal manera de Zorrilla, que lo imitaron en las calidades extrínsecas hasta rayar en el exceso, incurriendo muchas veces en sus defectos y extravíos. Ninguno de los dos se apartó nunca de su natural genialidad, tan interesante para la crítica ilustrada; y aunque Lozano cultivó la oda heroica, no se encerró en los estrechos moldes de la preceptiva clásica española, sino que buscó los de Manzoni, tan cercanos al romanticismo por la brillantez del colorido y por la audacia de la imaginación. Aun cuando con rasgos muy distintos, por la diferencia esencial de sus temperamentos, los dos coinciden en el tono general de la poesía que á la posteridad legaron; los dos forman contraste con el medio en que figuran; los dos concurren á componer un todo que tiene peculiar fisonomía, y los dos fundan escuela, que afortunadamente pasa.

Maitín es un poeta completo, por su fecunda vena para versificar, por la abundancia de su lirismo y por la delicadeza de aquella sentida melodía que se levanta de sus versos para conmover dulcemente el corazón. Su poesía mana y corre con la misma facilidad que de la alta cumbre el chorro de aguas vivas por entre márgenes de gramas y de flores. Fué poco literato y poco artista, y por eso hay en sus estrofas faltas de gramática, faltas de retórica, faltas cometidas contra las leyes inviolables de la versificación correcta, y hasta vulgaridades que dan grima. El poeta se conoce, entre otras visibles cualidades, por la espontaneidad, por la fluidez, por la armonía (provenientes de su naturaleza y jamás del artificio) con que canta, y por el instinto para comunicar variedad á los

acentos en la versificación, como lo tiene el músico, en razón de su especial genialidad, para combinar artísticamente los sonidos. Maitín nació dotado de semejantes cualidades, y por eso fué poeta, aun cuando sumamente desigual en la expresión artística (que nó en la que pudiéramos calificar de natural), por la falta de destreza que se adquiere con la sabiduría en gaita. Su obra poética es uno como frondosísimo bosque americano, siempre abundante, siempre húmedo de rocío, siempre lleno de aromas y frescura, pero en el cual es necesario podar mucho la vegetación ubérrima, para encontrar la flor divina y el fruto espléndido de púrpura ó de oro. A veces tiene expresiones admirables. Zenea, el gran poeta cubano, no hubiera dicho más ni más sentido en dos estrofas, que Maitín en las siguientes, al despedirse del sepulcro recién abierto de su amada:

¡ Adiós, adiós ! Que el viento de la noche,
de frescura y de olores impregnado,
sobre tu blanco túmulo de piedra
deje al pasar su beso perfumado.

Que te aromen las flores que aquí dejo ;
que tu cama de tierra halles liviana ;
sombra querida y santa, yo me alejo ;
descansa en paz.... Yo volveré mañana.

Del célebre Abigaíl Lozano, el poeta más popular que ha existido en Venezuela, puedo hacer en lo esencial el mismo juicio que de Maitín acabo de exponer. Pero en Lozano hay más calor para cantar, más vehemencia en la expresión, más música en los versos, más originalidad y audacia en las ideas, más vuelo en la fantasía creadora, y más dueñez y señorío en el manejo de los acentos rítmicos. Es incorrecto, descuidado, extravagante, nebuloso y palabrero ; mas casi nunca le falta la melodía que encanta, la voz dulce y sonora, el divino lenguaje del poeta. Don Felipe Tejera le ha negado facilidad para versificar, y yo creo que es lo que más tiene. Otros críticos (los más, sin duda alguna) no han encontrado en él sino los numerosos defectos en que abunda ; pero esos no son, ni podrían serlo, sino los críticos mezquinos, los críticos pedantes, los incapaces de mirar, con mirada profunda y luminosa, en el seno de las almas superiores. La cuerda que por lo general vibró en su lira, fué la del amor ; y por eso, y por su tono melancólico, y hasta por el desorden de sus composiciones, aparece en nuestra historia literaria con el aspecto singular de los troveros medio-éales. Con frecuencia es hiperbólico, abigarrado en el color,

desmedido en las imágenes que expresa, empalagoso y campanudo; pero en muchas ocasiones se levanta con poderoso vuelo (vuelo de águila ó de alondra), alcanza cumbres elevadas y frisa con la sublimidad. Y á pesar de sus extravíos, de sus incorrecciones, de sus extravagancias y del desorden perenne que resalta en sus estrofas, Abigaíl Lozano es, en relación con la época re-



Abigaíl Lozano

volucionaria durante la cual pulsó la lira, uno de los más altos poetas que ha producido Venezuela. Si Bello, Baralt y Fermín Toro, verbi gracia, le vencen en el manejo sabio del idioma, en la claridad de la expresión y en el arte clásico para trabajar los versos, es claro que Lozano les supera en la abundante música de éstos, en la novedad de las imágenes, en la pompa y esplendor del colorido, en la intensidad de las cadencias, en la variada, pintoresca y espontánea distribución de los acentos; y si la memoria de poetas como Toro, como Eloy Escobar, como Juan Vicente Camacho y Arístides Calcaño se va eclipsando poco á poco á proporción que pasa el tiempo, la de Abigaíl Lozano se mantiene siempre fresca, sobresaliente y luminosa en medio de los cambios y vaivenes de la literatura nacional, como la de García de Quevedo, como la de Yepes, como la de Domingo Ramón Hernández y José Antonio Calcaño.

Épicas, soberbiamente épicas (á pesar de la poca precisión en las imágenes), son estas dos octavas reales consagradas á Napoleón el Grande, á quien llamó Cecilio Acosta «el Pasma de la especie humana,» y de quien Byron dijo : «después de Satanás, ni hombre, ni ángel, ni demonio, han caído de tan alto » :

Águila del desierto, cuyo nido
mecióse entre las roncadas tempestades ;
flamígero cometa, suspendido
sobre el cielo sin fin de las edades ;
tú, que en las mismas aguas del olvido
has lanzado tus regias claridades ;
dios caído del trono de los dioses,
¿quién recibió tus últimos adioses ?

No en verdad las Pirámides, que oyeron
tus pasos de titán, y retemblaron ;
ni el Nilo, cuyas náyades te vieron
y asombradas tu nombre murmuraron ;
ni las grandes ciudades, que encendieron
sus torres, y en las noches te alumbraron.
¿ Quién fué?... ¡ Silencio !... Trémula mi boca,
 nombra apenas el mar... nombra una roca.

En 1869 se estableció en Caracas la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras, á la cual pertenecieron los hombres más notables de la literatura patria. Menguaba ya de fijo para entonces la influencia del romanticismo ; se sentían venir de afuera corrientes reaccionarias contra él, y muy especialmente contra sus excesos y extravíos ; en España se había iniciado con firmeza, desde 1857, el movimiento del neoclasicismo, apareciendo de nuevo la poesía heroica, filosófica y social ; después de Quintana y de Gallejo, habían cantado poetas como García Tassara, Ventura Ruiz de Aguilera, Campoamor, López García y José Martínez Monroy ; los ingenios venezolanos querían hermanar la independencia del romanticismo y su elevada entonación, con la corrección y pureza del clasicismo histórico, pero apartándose de sus peculiares discreteos y artificios ; y el espíritu de la libertad, y las conquistas de la civilización, y los milagros realizados en el desenvolvimiento de la humanidad por el cerebro jamás bien ponderado de los genios, y el recuerdo constante de la estupenda guerra de nuestra Independencia, y la gloria incomparable de Bolívar en cuanto heroico emancipador de pueblos ; y además de todo eso, la influencia de poetas españoles como los mencionados, y también la de Manzoni, y asimismo

la de Víctor Hugo, que desde su voluntario destierro en Inglaterra tronaba colérico y sublime contra Napoleón el Chico y contra todos los despotismos de la tierra, fueron condensando poco á poco en Venezuela, en parte muy visible, cierta especie de reacción moderantista contra el romanticismo, y ensanchando los horizontes de la poesía. La Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras de Caracas se estableció con el propósito de fomentar la reacción, y promovió un certamen poético para el 28 de Octubre de 1869, onomástico del Libertador Bolívar, sobre el tema *La libertad del viejo mundo*, al cual certamen concurrieron José Ramón Yepes, Francisco Guaycaypuro Pardo, Arístides Calcaño, Diego Jugo Ramírez y otros más, resultando premiada en el torneo la oda del fecundo poeta Heraclio Guardia, precisamente la del más independiente, la del menos sujeto á la moda de la imitación, y la del más voluble, en tratándose de escuelas literarias, de todos los poetas venezolanos que figuraron en aquellos días y hasta fines del siglo décimo noveno. El mismo Guardia obtuvo una medalla de honor de la Universidad de Caracas, por la oda en elogio de la ciencia que dedicó al mencionado instituto, y escribió en aquel entonces composiciones de índole trascendental como la titulada *Ciencia y poesía*.

Después del triunfo de la Revolución de Abril, acentuóse más y más aquella tendencia literaria, y en 1872, 1875 y 1877 hubo en Caracas tres concursos poéticos, á los cuales se presentaron Yepes, Guardia, Jugo Ramírez, Gutiérrez-Coll y pocos más, siendo laureadas en dichos tres concursos, cuyos temas fueron respectivamente *La gloria del Libertador*, *El poder de la idea* y *El porvenir de América*, las tres odas del eminente poeta Francisco Guaycaypuro Pardo, á quien se le rindió en el teatro de la esquina de Veroes—después de su fallecimiento y en razón de sus indiscutibles altos méritos—un solemne homenaje de justicia, y cuya oda *El porvenir de América* presentó como suya un estúpido plagiario en un concurso habido años después en Buenos Aires, para obtener segunda vez la palma triunfadora. Y como no está demás decirlo en este punto, conste que lo mismo sucedió con una de las odas de Guardia, no hace mucho tiempo, en otra de las Repúblicas Hispano-Americanas.

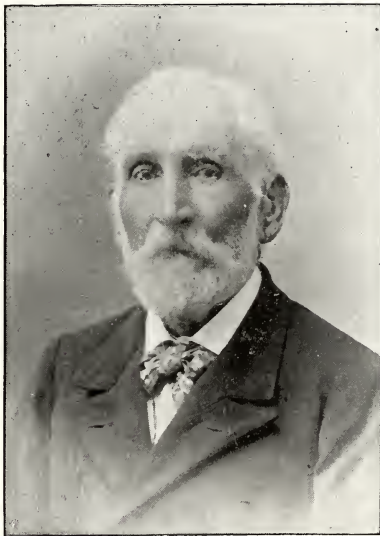
La poesía heroica, la leyendaria, la filosófica y social tomaron desde entonces grande incremento en Venezuela, dentro de los términos neo-clásico-románticos, y bien puede afirmarse que la mayor parte de los poetas venezolanos de entonces—aun los más extraños por su temperamento y por su índole á semejan- te género de poesía, tales como Domingo Ramón Hernández y Jacinto Gutiérrez-Coll—le pagaron su tributo hasta el año de 90,

en el cual se inauguró el gobierno del eminente orador, tan justamente celebrado por la prensa, Raimundo Andueza Palacio. Las proezas de los héroes, los resaltantes magnos hechos de nuestra Independencia, la memoria de los varones eminentes, las conquistas de la civilización, las glorias de la Patria, el esfuerzo inspirado de los genios por la redención y engrandecimiento de las nacionalidades en el seno de la libertad, de la confraternidad y del derecho: hé ahí el campo dilatado donde la poesía abrió las alas esplendentes y embocó la trompa de oro. José Antonio Calcaño triunfó en Madrid con su admirable silva *Á la Academia Española*; Heraclio Guardia, tanto dentro como fuera del país, con diferentes trabajos muy ensalzados por la crítica; Felipe Tejera, en Cumaná, con *La gloria de Sucre*; Udón Pérez, Félix Soubllette y Monasterio Velázquez, en Caracas, con *Miranda mártir*, *La batalla de Ayacucho*, *La gloria de Páez* y las *Bodas de oro de León Trece*; y Rufino Blanco-Fombona, en Coro, con *Patria*, composición de poderoso vuelo y numerosa pompa lírica, aun cuando carezca del exquisito brillo artístico en que abundan no pocas de sus composiciones posteriores.

Pero así como el romanticismo no logró apoderarse por completo del espíritu de nuestros poetas, tampoco el referido género de poesía ocupó en absoluto su atención, pues á tiempo que pisaban sobre los hondos rastros de Quintana y de Gallego, de García Tassara y de Aguilera, de Martínez Monroy y de Bernardo López García, imitaban el espiritualismo de Selgas, el escepticismo de Campoamor en sus *Doloras*, la profunda tristeza de Bartrina, el patriotismo regional de Trueba, la vigorosa energía de los esculturales versos de Núñez de Arce, y el colorido andaluz, lleno de sol, de perfumes intensos de claveles y de regocijados respuntes de guitarras, del malogrado y fecundo cantor que se llamó José Velarde, tan caprichosamente juzgado y zaherido por la crítica periodística española, y aun por la académica, ya que es necesario convenir en que los versos de Velarde, á pesar de los rudos prosaísmos que algunas veces los afean, hay blandísima ternura, deslumbradora fantasía, descripciones magistrales, bellas originalidades de expresión, reflejo encantador de las emociones del alma y de los espectáculos de la naturaleza, uno como ambiente de vigorosa juventud que nos llega al corazón embalsamado por los follajes nuevos y fragantes de la adorable primavera, y en ocasiones parece que se escucha el gran desbordamiento como de torrencioso río del soberano verbo de Zorrilla.

Enrique Heine, el admirable y profundo Enrique Heine, caudillo de una revolución poética en Alemania y en Francia,

era desconocido en España. Eulogio Florentino Sanz hizo un viaje á la rubia y misteriosa Alemania, tierra de leyendas, de fantasías y baladas, y se encontró con la inmensa reputación del gran poeta y con el rico tesoro de sus obras. Volvió á España



Hieracio Guardia

con ellas, y en 1857 publicó en Madrid varias traducciones de mérito al castellano. En la biblioteca *Arte y Letras* de Barcelona de España, apareció en 1885 una versión mayor de Don Teodoro Llorente; y más tarde fué conocida del público hispanoamericano la estupenda traducción del *Cancionero*, hecha por nuestro gran Pérez Bonalde. Aun cuando hay otras españolas, de las cuales no se expresa bien la crítica, yo no conozco más traducciones de Heine que las que acabo de nombrar; y desde luego declaro, ateniéndome á lo dicho por el germano-español

Juan Fastenrath con referencia á la fidelidad de la versión, y respecto de la belleza de la forma á mi criterio artístico y á mi manera independiente de entender el lenguaje de la divina poesía, que lo mejor y más notable que se ha hecho en tratándose de Heine puesto en verso castellano, es la traducción de Pérez Bonalde. Y afirmo ésto, sin temor de que mi patriotismo ni el afecto con que me distinguió el gran poeta de la *Vuelta á la Patria*, me hagan parcial en semejante apreciación, porque hay muchos que creen que solamente la fidelidad, con un poco de corrección en el estilo, es suficiente para que se digan alabanzas de las traducciones hechas al castellano de poetas insignes que en otros idiomas escribieron. Traducir en verso no es simplemente traducir, porque cualquier versificador adocenado y de mediano gusto literario, pero de competencia en el idioma del cual vierte al castellano, es capaz de traducir con la mayor fidelidad, pero sin belleza alguna en la expresión. Traducir es pasar, por ejemplo, á nuestro idioma, en palabras equivalentes, las ideas, los sentimientos y las emociones expresadas con arte en otro idioma, pero, naturalmente, interpretando el alma del poeta á quien se traduce, trasladando la belleza artística de sus versos, haciendo semejantes en castellano, según la índole de éste, la delicadeza y fino gusto de lo que se traduce, y convirtiéndose el traductor, por la alteza de sus facultades poéticas, en eco exacto del traducido, ó en su segundo *yo*. Y tal así sucede con Pérez Bonalde, que ha traducido á Heine verso á verso, en la casi totalidad del *Cancionero*, con sorprendente habilidad (según la opinión de Fastenrath, que es autoridad en la materia), y con toda la belleza, arte y colorido característicos del original (según Menéndez Pelayo), el cual, no embargante su intransigente españolismo y el poco afecto que á los venezolanos se digna profesarnos en fuerza de sus recias debilidades históricas, confiesa honradamente que la traducción de Pérez Bonalde es la mejor, la más notable y la más bella que se ha hecho al castellano. (1)

(1) Respecto de la habilidad y delicadeza que poseía Pérez Bonalde para verter á nuestra lengua, léase con atención el interesante juicio que el Doctor Juan de Dios Méndez Mendoza publicó, en *El Republicano* de Caracas, acerca de la versión de *El Cuervo* de Edgard Poe. Con pleno conocimiento así del inglés como del castellano, bien penetrado del poema tanto en su fondo como en su forma original, y con el alto sentido artístico que le distingue, el Doctor Méndez Mendoza define en qué consiste la traducción verdaderamente bella, determina las condiciones necesarias de donde se origina su hermosura, y hace resaltar la personalidad de Pérez Bonalde en semejante labor, por cuanto él supo vencer gallardamente las dificultades de la refe-

Del admirable Enrique Heine procede en línea recta Gustavo Adolfo Bécquer; pero entre los dos hay diferencias radicales. Heine se revolvió furioso contra Dios, y Bécquer jamás negó la Providencia; Heine, en medio de su infortunio y de sus dolencias físicas, odia y blasfema como un atormentado y alza iracundo los puños contra el cielo, mientras que en Bécquer no se ve sino una sonrisa amarga de desprecio contra la ingratitud humana; el temperamento de Heine es agresivo hasta con la mujer á quien amó y que le dió á beber el vino del placer en refulgente copa, y el de Bécquer apacible y resignado al sentir en el corazón la mordedura sangrienta de los desengaños; Heine es profundamente escéptico, y por no creer en nada se empeña en lapidar todas las cosas de la tierra, mientras que en Bécquer se ve un fondo de espiritualismo que lo hace alejarse, como para reposar, del fango de las miserias humanas; Heine dice mejor de lo íntimo del corazón, y Bécquer de la naturaleza; Heine, por último, enturbia en ocasiones la belleza de su poesía con expresiones demasiado vulgares y prosaicas, mientras que Bécquer conserva en sus admirables rimas la unidad en el lenguaje elevado, en la delicadeza poética y en el arte con que sabe engalanarla.

Heine y Bécquer despertaron también la admiración y el entusiasmo en los poetas venezolanos que aparecieron de 1878 en adelante, y muchos de ellos (no sólo de los que perseguían el renombre literario por entonces, sino también de los que ya lo habían alcanzado) imitaron al renegado germano y al melancólico español; pero si en unos fué la imitación completamente servil y palabrera, en otros puede decirse que se acercó muy mucho á los modelos, aun cuando jamás pudiese coincidir con ellos, porque á los poetas de personalidad propia y de *yo* completamente definido—el cual no depende sino de circunstancias especiales de su alma—es difícil asimilarlos por entero en su fondo y en su manera artística. Entre los imitadores de Heine figuran en primer término, pero en una que otra composición apenas, poetas como Pérez Bonalde, en *Por siempre jamás*, como Gutiérrez-Coll, en las *Querellas*, como Sánchez Pesquera, en *La tumba del marino*, como Gabriel Muñoz, en su bellísimo soneto intitulado *En el cementerio*, como Juan Arcia, en *Post*, como González Guinán (Santiago) y como el tachirense Hora-

rida versión hasta en el solemne ritmo de los versos, sin dañar en nada la integridad esencial del excelentísimo poema.

También debe consultarse el hermosísimo perfil de Pérez Bonalde escrito por Zumeta, atento que éste, como conocedor muy á fondo del inglés y el alemán, tuvo la competencia necesaria para decir lo que dijo de las traducciones de Heine y Edgar Poe hechas por el ilustre poeta venezolano.

cio Castro; y entre los imitadores de Bécquer, poetas como Eugenio Méndez Mendoza, en *Celaje*, como Felipe Tejera, en *Ideal*, *La poesía* y *La mujer*, como Paulo Emilio Romero, en *Nuestro amor*, y como Leopoldo Torres Abandero, en muchas de sus *Mariposas*; en la inteligencia de que el que tiene más afinidad con Bécquer, por su delicadeza, por su melancolía, por su dulcísima ternura y por su habilidad para encerrar un pensamiento profundo en pocas frases, es Paulo Emilio Romero, si bien no pueda decirse con verdad que sea solamente un reflejo del poeta sevillano, pues la personalidad de Romero, ya que imitadora en parte, tiene cierto sello original é independiente, como puede verse en su libro *Pétalos sueltos*.

De Sánchez Pesquera quiero copiar aquí el *Madrigal*, á pesar de la inexactitud de algunas de esas sus imágenes y de la poca afinidad ó semejanza que entre ellas existe, para que se vea claro el espíritu de la imitación:

Todo tiende á su fin : el manso río
va á sepultarse al piélago bravío ;
el rayo tiende al imantado acero ;
del rocío la gota cristalina,
al tierno corazón de una violeta
ó al clavel hechicero ;
la inspiración divina,
á la ardorosa frente del poeta ;
el águila del cielo
al nido tiende en la encumbrada roca ;
y el beso de mi amor, con blando vuelo,
al nido tiende de tu dulce boca.

De Don Felipe Tejera, el *Ideal*:

Si eres lluvia, rocía mi sembrado ;
alba, despierta en mi enlutada noche ;
si flor que aromas verdecido prado,
en mi yermo pensil ábre tu broche ;
si tormenta, me hiere ; si bonanza,
dáme ver el azul de tu esperanza.

Si eres nube fatídica, de horrores
no cubras más mi tenebroso día ;
iris, dáme tus nítidos colores ;
si poema, tu eterna poesía ;
Hombre, tu gloria, Lucifer ; tu duelo ;
Amor, tu dicha ; Serafín, tu cielo.

De Méndez Mendoza, el hermosísimo *Celaje* :

Una nube vagaba por el cielo,
y un alma triste por el mundo erraba ;
rayo de sol hirió la blanca nube,
y el de unos ojos penetró en el alma ;
brilló en el manto de la nube el iris,
y en el alma doliente la esperanza ;
sopló el viento en los aires, y en la tierra,
de las penas el ábrego con saña ;
la nube en blancas perlas se deshizo,
y el alma triste se deshizo en lágrimas.

Y del barquisimetano Don José Parra Pineda, esta encantadora rima :

¡ En vano te alejas ! Doquiera te sigo :
yo soy una sombra
flotante y fugaz ;
soy luz en la estrella, fragancia en las flores,
rumor en las ondas azules del mar ;
yo soy un espíritu
que vuela inmortal.

—
Si duermes, yo velo ; despiertas, y canto :
¿ no sientes en torno
constante rumor ?
Son esas mis alas ; yo estoy á tu lado.
Antorcha en el ára, reflejo en el sol,
suspiro en el aire...
¡ yo soy el Amor !

La serenidad de estatua griega en el conjunto, el aspecto escultural de las estrofas, la opulencia y exquisitez del ritmo, la sabiduría en el manejo del acento y del epíteto, la íntima y estrecha correlación entre las ideas y la forma, la música de los versos y el refinado brillo artístico en el todo de la composición poética, que no pueden lograrse sino por medio de la reflexión y la destreza, constituyen la escuela parnasiana, la cual tiene su origen, á no dudarlo, en Víctor Hugo. Pero Teófilo Gautier, Teodoro de Banville, Carlos Baudelaire, Lecomte de Lisle, y más tarde el cubano José María de Heredia, que son los representantes más promiuentes y afamados de la escuela en Francia, acentuaron, mejoraron y perfeccionaron, cada cual con su contingente personal y con su peculiar manera artística,

las tendencias del pontífice del romanticismo francés, el cual magno poeta se inspiró, probablemente, en la serenidad olímpica del Júpiter de Wéimar. Esa escuela ha tenido apasionados corifeos en Venezuela, tales como Gutiérrez-Coll, Eduardo Calcaño, Manuel Fombona Palacio, Andrés Mata, Víctor Racamonde, Rafael Marcano Rodríguez y Gabriel Muñoz, los cuales han despertado, en algunos de los poetas de la última generación, el estímulo vehemente en el sentido de convertir la forma en primorosa filigrana.

Las monstruosidades y los horrores cometidos por los conquistadores castellanos en las tribus indígenas de América; la destrucción, por medio del incendio, de los hogares de los indios y de sus propiedades; la matanza de los hombres, que morían combatiendo con la flecha por defender el suelo sagrado de la Patria; la torpe violación de las doncellas, salvajemente hermosas como la ubérrima naturaleza americana; la profanación de los ritos, de los dioses y misterios que formaban las diferentes religiones de las diversas tribus; la cólera, el despecho, el dolor y la desolación de los indios en presencia de la inesperada invasión y la catástrofe, así como el ardor con que heroicamente lucharon por sobrepujar á los conquistadores, así como la belleza que contienen muchas de las tradiciones que de entonces nos quedaron, y así como la hermosura inagotable y magnífica de este suelo eternamente engalanado por una vegetación deslumbradora, hicieron nacer en Venezuela un género de poesía encantador por su frescura, por su brillo y por el medio singular donde se desenvuelve. Pero no solamente los crímenes y desafueros cometidos por la conquista castellana en América, sino también el deseo de hacer conocer en pomposas descripciones las costumbres, la religión, las luchas, las supersticiones, las consejas, la vida singular y el carácter de las tribus venezolanas durante la conquista, y aun en los días que alcanzamos, han contribuido á la formación de ese género de poesía que es opulento filón de oro puro, y que ojalá, cuando pase el entusiasmo por esa poesía sensual, mórbida, liviana, demasiado artificiosa y no nada consistente que hoy priva en Venezuela entre muchos de los escritores más jóvenes, mereciese la atención de los verdaderos poetas. Dicho género, que tiene una fisonomía completamente propia y caracterizada, como lo tienen las leyendas húngaras, las fantasías de Alemania y las tradiciones moriscas españolas, se distingue por el esplendor y opulencia de las descripciones, por lo extraño de los incidentes y de las costumbres que narra y que describe, y por el carácter dramático, y en ocasiones trágico, de las historias

de amor que pinta en medio de la vida salvaje de las tribus ; y sin duda los que lo han cultivado, así como la poesía *criolla* á que adelante me refiero, se acordaron del consejo de Juan



Francisco Guaycaypuro Pardo

Vicente González : « Hilad la seda de vuestro seno ; libad vuestra propia miel ; cantad vuestras canciones, porque tenéis un árbol, un panal y un nido. » A ese género pertenecen las *Hecatonfonías*, de Don Fermín Toro, en quien la sabiduría literaria y el conocimiento del arte suplen la falta de inspiración y de espontaneidad ; una *Indiana*, el fragmento *Guaycaypuro* y *Los hi-*

jos de Paraganta, de José Ramón Yepes, en las cuales composiciones el poeta venezolano más hijo de su región hace gala de una imaginación fecunda, derrocha el lirismo á manos llenas, y ensaya el rico ingenio en la pintura no ya de miniaturas y acuarelas, sino en lienzos que tienen gran valor por sus asuntos, y con frecuencia por su primorosa ejecución; las *Indianas*, de Francisco Guaycaypuro Pardo, «colección de leyendas y tradiciones que—con un poco de unidad—hubiera podido ser algo semejante á la *Canción de Hiawathá*, el hermoso y fresco poema de Longfellow»; el *Canto de los piragüeros*, de Pablo José Arocha; el *Arrullo de las palomas*, de Domingo Ramón Hernández; *El loro de los Atures*, tradición referida por los guarecas á Humboldt, puesta en versos alemanes por Ernesto Curtius, y traducida al castellano en buen romance por el notable crítico, filólogo é historiador Lisandro Alvarado; la *Balada indiana*, de Eduardo Calcaño; *Orillas del Coquivacoa*, *Non serviam* y el poema titulado *El buitre*, del insigne bardo andino, gloria del país del Táchira, Samuel Darío Maldonado; *Aramare* (hoy aumentado en las partes accesorias del asunto y corregido en la versificación) y la hermosísima *Guaricha*, de Abelardo Gorrochotegui; *El último cacique* y el *Nocturno indiano*, de Felipe Tejera, y *La venganza de Yaurepapa*, de Udón Pérez, poema que alcanzó la medalla de oro en el último certamen promovido por *El Cojo Ilustrado*; de Udón Pérez, que en el género poético á que me refiero ahora, pisa con firmeza y gallardía sobre las huellas de su conterráneo Yepes. Mas lo que sí debe exigirse para lo sucesivo, es el empleo del menor número posible de los vocablos indios, ó por lo menos el uso de los que sean más conocidos, pues los lectores se ven en la necesidad de consultar á cada paso los vocabularios escritos al efecto, para poder comprender el sentido de los versos.

Afin con dicho género poético existe otro en Venezuela con todos los expresivos colores del *criollismo*, contraído á pintar la exuberancia, la hermosura y los paisajes de nuestra naturaleza, las costumbres del pueblo, las supersticiones que privan en su ánimo, la vida de los campesinos laboriosos, la profunda nostalgia del soldado á quien arrancan brutalmente del hogar para que vaya á alimentar la pavorosa hoguera de las guerras fratricidas, las tradiciones milagrosas de los santos que en las repuestas ermitas se iluminan, se veneran y de campestres florrecillas se engalanan, y otros aspectos de la vida popular y rústica; pero en esta poesía no se han hecho sino ensayos, como *El recluta*, de Elías Calixto Pompa; *Los dos árboles* y *La sombra de las playas*, de José Antonio Calcaño; *Del pasado*, de Andrés Mata; *El recluta*, de Gabriel Muñoz; *Nobleza indiana*, de Betan-

court Figueredo ; varias composiciones muy bellas y de sorprendente colorido local, de Luis Churi6n ; la *Ep6stola 6 Enrique* y *El canto del llanero*, de Domingo Ram6n Hern6ndez ; la melanc6lica y admirable *Silva criolla*, del excelente poeta Francisco Lazo-Mart6 ; *La campesina de Touchal6*, de Siso6s Finol ; los dos regalad6simos sonetos titulados *6ngelus* y *Paisaje*, y gran parte del poema *Luis Cardozo*, as6 como de las *Odas 6rgenes*, de Samuel Dar6o Maldonado ; *Al paterno campo* (composici6n notable por su bien trabajada versificaci6n y por la delicadeza de sentimientos que respira), de Julio Calca6o ; la *Ma6ana de Mayo*, de Emilio Constantino Guerrero, y *La casita blanca*, de Cecilio Acosta, de la cual quiero copiar varias estrofas en que se ve con mucho brillo el colorido local venezolano, mas no sin lamentar de paso que dicha composici6n no sea perfecta por las numerosas cacofon6as que tiene, por no pocas anfibolog6as demasiado resaltantes, y por la falta de variedad en los acentos r6tmicos, que descansan sobre las mismas s6labas durante muchos versos seguidos, haci6ndolos mon6tonos. Gil Fortoul se atreve 6 calificarla de «obra maestra de inspiraci6n y de forma ;» pero en lo que 6 la forma se refiere, es claro que no acierta.

La partida de caza vocinglera
la quinta deje al despuntar el d6a ;
6gil salga y festiva la jaur6a ;
atravi6se del valle 6 la ladera ;
recorra sin ser vista la ca6ada,
y tras de tramontar los altos cerros,
saltando observes los pintados perros
entre alegres ladridos la quebrada ;
y despu6s de subir agrio repecho,
de la cima en los altos miradores
divisen los cansados cazadores
alzarse el humo del pajizo techo.

Al terminar el d6a, el af6n duro
del campo cese, que el v6gor enerva ;
llegue buscando la feliz caterva
descanso en el hogar libre y seguro ;
la parda luz de la tranquila tarde
apague de la noche al fin el velo ;
6 poco luzca en el remoto cielo
de las estrellas el vistoso alarde ;
y mientras el aura entre las hojas suena,
haya para el placer bebida helada,
en barros de primor blanca *cujada*
y en medio 6 bromas mil r6stica cena.

Cerca esté del cortijo la vacada
 que á las veces se sienta estar bramando,
 y al tiempo del ordeño, en eco blando
 se queje la paloma en la hondonada.
 Venga en *totuma* con su pie de plata
 la blanca leche á rebosar la artesa,
 que el aire luégo con su soplo espésa
 temblar haciendo la movible nata.
 Que el ave matinal tus pasos siga,
 vuele confiada á tu graciosa mano,
 y allí pique atrevida el rubio grano
 que tú propia tomaste de la espiga.

La epopeya también tuvo en Venezuela sus cultivadores decididos, pero con poco éxito, durante el siglo décimo noveno. La primera que se escribió fué *La Colombiada*, de Don Felipe Tejera, en octavas reales, la cual dió motivo á una polémica ruidosa entre el autor y el español Don José Güell y Mercader, escritor éste de gran privanza por entonces en *La Opinión Nacional* de los Aldreyes, pero demasiado parcial y muchas veces miope en los juicios literarios que escribió acerca de algunos escritores venezolanos. Para el centenario de Bolívar, el mismo Tejera publicó *La Boliviada*, superior con mucho en mi concepto, como plan y como versificación, á *La Colombiada*. En dicho poema, Tejera se manifiesta más alto, como poeta, que en sus composiciones menores pertenecientes á otros géneros, y no disimula, con frecuencia, la imitación rayana en parafrástica de muchos poetas españoles, desde Quintana hasta el andaluz Velarde, y de algunos venezolanos. Más tarde apareció la *Odisea de Colón*, de Fernando Morales Marcano, en octavas reales como *La Colombiada*, estrofa ésa que al prolongarse mucho en un poema, aun cuando éste se llame *La Jerusalem Libertada*, cansa y fastidia por la repetición de los consonantes en los seis primeros versos, no menos que por el golpeteo de los pareados finales, máxime si las octavas no son obra de poetas escultores de la versificación, como el maestro Núñez de Arce en *La última lamentación de Lord Byron*. Pocos serán los que hayan leído las tres obras apuntadas, las cuales no han tenido resonancia alguna ni dentro ni fuera del país. Es más aún, creo que hoy nadie se atreva á leer sino fragmentos de *La Boliviada*, y en ello podrá encontrarse en muchas ocasiones deleite verdadero, porque además de que en dicho poema existen trozos verdaderamente magistrales, se sabe bien en Venezuela que Felipe Tejera es hombre sabio en puntos de versificación, no sólo por su acendrado gusto literario, sino también por enten-

dido en el arte musical, que contribuye poderosamente, en quien es capaz de sentirlo, por lo menos, á la mayor armonía de los versos. Por lo demás, preciso es decir que la *Odisea de Colón*, considerada como obra de arte, es inferior, muy inferior, á los poemas de Tejera desde cualquier punto de vista, y que no resiste la comparación ni aun con *La Colombiada*, á pesar de



Juan Antonio Pérez Bonalde

la versificación pedestre, desgarbada y asaz floja de esta asendereada epopeya, en cuya composición Tejera se descuidó sin duda alguna. No sólo por la fisonomía singular y arcaica de los versos de Morales, sino también por la pobreza de sus descripciones y por la manera casi siempre extravagante del relato, al autor de la *Odisea de Colón* se le encuentra á gran distancia de Tejera. Y ahora no me resta sino preguntar: ¿á qué se debe la glacial indiferencia del público por la epopeya, escrita á fines del siglo décimo noveno como se escribió en la antigüedad, en la época del Renacimiento y aun en la Edad Moderna? La contestación me llevaría muy lejos, y me daría ocasión para un trabajo muy largo y detenido, que no puede caber en la presente humilde obra, por no ser ésta sino ape-

nas un ensayo de historia crítica de nuestra literatura; pero recuérdese que Núñez de Arce, hombre de alta filosofía estética, no creyó conveniente la epopeya, en las literaturas de fines del siglo décimo noveno, sino con el carácter breve, sintético y subjetivo, por decirlo de tal suerte, que le comunicó él mismo en *La última lamentación de Lord Byron*; y recuérdese también que el distinguido poeta español Enrique Gil dijo con mucho acierto desde 1840, en el *Semanario Pintoresco* de Madrid, las siguientes significativas palabras, dignas, más que entonces, de tenerse en cuenta en nuestros días: «La única epopeya compatible con el individualismo de las naciones modernas, es la novela, tal como la han entendido Walter Scott, Manzoni y algún otro.»

La sátira política y social, el humorismo rico sin amargura ni acrimonia, el chiste agudo y fino, la agresión aristofanesca en lo cómico y festivo, las letrillas punzantes y los intencionales epigramas, comenzaron á zumbiar en Venezuela, como vibradoras flechas, desde el año de 40 en adelante. Rafael Arvelo, en la sátira política y social, es quizás el más agudo, el que sorprende más por lo oportuno é ingenioso, y el más sobrio y conciso. Jesús María Sistiaga, desigual, incorrecto, sobremanera desgarrado y pedestre en demasía, envuelve la intención y la filosofía en la forma de la fábula, género que adquirió mucho después corrección, elegancia y dignidad en las manos del cuidadoso escritor Francisco Pimentel. En Manuel María Fernández, alma buena y generosa como pocas, ingenio que poseía la viveza, la agilidad y la gracia picante del de Bretón de los Herreros, el humorismo tiene cierta melancolía dolorosa, que parece brotar del corazón contra las injusticias sociales, lo mismo que en Juan Vicente Camacho. Si Rafael Agostini blandía el chiste acerado como espada de temple toledano y de dos filos en la lucha de los partidos políticos, el involvidable José María Reina lo que hizo fué reírse y más reírse de las ridiculeces del mundo engañador y de la eterna farsa humana. En cambio, en Eduardo Díaz Lecuna hay cierto fondo serio, filosófico y moralizador, y en ocasiones una lágrima ó el eco de un suspiro que se siente venir de lo más íntimo del alma. José Antonio Calcaño, Jacinto Gutiérrez-Coll y Felipe Tejera abandonaron pocas veces, por la vocinglería de las calles, el templo sagrado de las Musas: el primero, para la carcajada zumbona; el segundo, para la herida que echa sangre; el tercero, para el sarcasmo y la invectiva. Por último, para definir la índole festiva de Eugenio Méndez Mendoza, me bastará con trascibir este epigrama:

— ¡ Tum, tum !

A la puerta tocan.

Responden dentro :

— ¿ Quién es ?

— ¡ Gente de paz !

Se equivocan :

quien toca es gente de guerra,
que en esta bendita tierra
todo se entiende al revés.

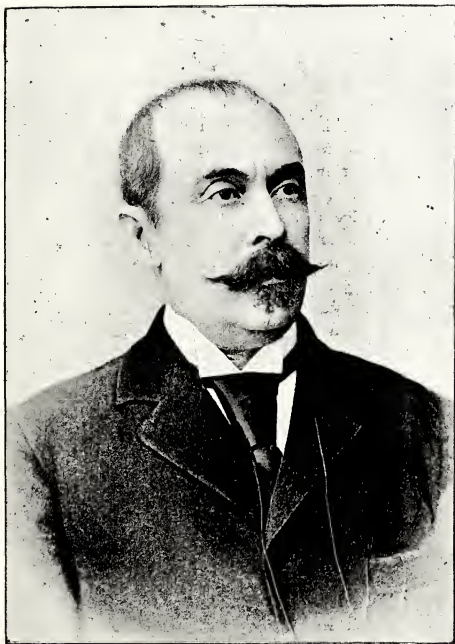
Pero como yo vengo hablando de la poesía y de los distintos géneros poéticos que se han cultivado en Venezuela, me cumple exponer con toda franqueza mi opinión en lo que se refiere al último de los mencionados. Por híbrido, por prosaico, por demasiado vulgar y callejero, porque en modo alguno tiene ni puede tener elevación en el fondo ni en la forma, dicho género se encuentra á gran distancia de la poesía, y los que lo cultivan no pueden ser jamás sino versificadores con más ó menos gracia, facilidad y salpimienta, mientras quieran ser festivos, satíricos ó epigramáticos. *Hacer* poesía es crear hermosa peregrina, y para crearla se necesita que el asunto sea elevado (objetivo ó subjetivo) ; que se mantenga en los dominios de la estética, digno de los esplendores de la imaginación, del entusiasmo del espíritu, de la admiración del hombre y de las filigranas del arte. Ocuparse en verso hiriente de las pasiones bajas, de las miserias apestosas, de las trivialidades y sandeces de la vida, es prostituir el divino lenguaje de las Musas. Para eso están allí, hechos como de molde, el artículo de costumbres, el cuento y la novela. En la sátira, en la burla, en la ironía y en el chiste, no puede haber belleza alguna, en produciéndose en el idioma de la poesía, que es el de los versos. Habrá, cuando más, gracia ; mas no la gracia esencial de la belleza—la que es pura como el éter, alegre como la luz y fragante como los lirios y las rosas—sino la gracia de la risa, que es distinta. Por eso yo encuentro en el ingenio de José María Núñez de Cáceres, cuya índole aristofanesca es la misma en casi todo lo que escribe, fecundidad maravillosa, facilidad incomparable para versificar, graficidad descriptiva extraordinaria, viveza sorprendente de imaginación y una risa contagiosa que desgarrar las carnes á fuerza de sarcástica y maleante ; pero muy raras veces lo que se entiende por verdadera poesía.

Impregnado del espíritu de la literatura francesa durante el siglo décimo noveno, apasionado por los colores vivos y brillantes, y lleno de entusiasmo por el arte primoroso, refinado y

altamente aristocrático establecido en Francia por los gentiles y exquisitos parnasianos, pero quintaesenciado luego por el decadentismo, comenzó Ruben Darío, desde el 88, su victoriosa carrera de poeta, celebrado por el periodismo, aplaudido por los críticos sensatos é imitado por sus compañeros. Casi al mismo tiempo que Darío, aparecieron Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva, Julián del Casal, Ismael Enrique Arciniegas, Leopoldo Díaz, Justo Facio y otros poetas excelentes de la América Española, y sus obras comenzaron también á despertar en Venezuela, como las de Rubén Darío, el gusto por el arte afiligranado de su estilo, por su manera singular de dar seductora expresión á las ideas, y por los asuntos raros que fueron la inspiración de dichas obras. Se sentía yá de Francia en nuestro mundo la influencia de Baudelaire y Mallarmé, de Verlaine, de Moréas y Morice; de la nación portuguesa, la del espléndido de Castro; de España, la del colorista Rueda; y al mismo tiempo que en la esfera de la poesía los referidos nombres, figuraban como pro-sistas pertenecientes á la misma escuela literaria—sensual, abigarrada, enferma de epitetismo neológico y arcaico, ambiciosa más que el romanticismo de extravagantes novedades, unas veces perisológica, otras nebulosa, é incomprensible con frecuencia—Pedro Balmaceda Toro, Leopoldo Lugones, Enrique Gómez Carrillo, José María y José Ignacio Vargas Vila, Tulio Cestero, José Enrique Rodó y otros escritores de gran fama en tal sentido, empeñados en aristocratizar el arte literario por medio del refinamiento esplendoroso de la forma, de los vocablos exquisitos, de las imágenes insólitas y de la extrema brillantez del colorido; pero de un colorido que no se parecía, á pesar de lo brillante, ni al de Don Ángel de Saavedra, ni al de Bécquer, ni al de los taumaturgos Zorrilla y Castelar. En nuestro mundo castellano renacía Teófilo Gautier con su magnificencia de príncipe oriental; Edmundo de Goncourt era leído con interés creciente; Pierre Loti deslumbraba con sus japonerías; Anatolio Francee, Mendés y Pierre Louys hacían prosélitos que los seguían con entusiasmo, y Gabriel D' Annunzio se imponía á la imitación con su prosa tersa y limpia como una copa de alabastro.

Aquella escuela literaria empezó á causar profunda sensación en Venezuela, y los escritores más jóvenes, tales como Díaz Rodríguez, Pedro-Emilio Coll, Rufino Blanco-Fombona, Pedro César Domínici, Francisco Iazo-Martí, Jacinto López, Ángel César Rivas, Jerónimo Maldonado y José María Agosto Méndez, se apasionaron de ella y se apresuraron á colocar en sus altares las ofrendas de su devoción, pero observándose en algunos el influjo de la imitación contrapesada por el buen gusto y la racio-

nabilidad, en otros la consecuencia con la índole de la lengua y de la literatura castellanas, y en los demás el sectarismo ciego, decidido y fervoroso.



Jacinto Gutiérrez-Coll

Rufino Blanco-Fombona representa, en la historia de la poesía venezolana durante el siglo décimo noveno, el comienzo de esa escuela, ó sea el tránsito del neo-clasicismo y del romanticismo parnasiano al decadentismo exageradamente artificioso, porque fué él, sin duda alguna, quien la acentuó con sus modalidades y rasgos más salientes. Los poetas que lo siguie-

ron en la obra revolucionaria, tales como Alejandro Fernández García (con más relieve, gallardía y brillantez como prosista), Rafael Benavides Ponce (inclinado al decadentismo por moda, y no por índole), Juan Duzán (poeta de excelentes facultades, aunque á las veces palabrero, nebuloso y descuidado en la forma), Emiliano Hernández (escritor de sensibilidad exquisita así en prosa como en verso, que por desgracia para él suele adulterar la distinción de su personalidad con la expresión relanida y demasiado chillona en los colores), y algunos más de verdadero ingenio, pero que irreflexivamente, ó por sólo el espíritu de moda, incurren en todas las exageraciones muchas veces desatinadas é irrisorias de la escuela, resaltando entre ellas como absolutamente inaceptables el empleo de rebuscadas y efectistas necias rimas, no menos que el desaguisado rompimiento con el ritmo, que es la música, el encanto, la inefable seducción y la dulce alegría de los versos; los poetas, vuelvo á decir, que siguieron á Rufino Blanco-Fombona en la obra revolucionaria, pertenecen á la historia de nuestra literatura durante el siglo veinte, por ser demasiado jóvenes en los últimos años del siglo décimo noveno, y porque apenas, para entonces, comenzaban á escribir. Pero la justicia obliga á reconocer que de entre los jóvenes poetas que empiezan á brillar con los albores del presente siglo, algunos (precisamente como los que acabo de nombrar) se distinguen en lo general no sólo por la templanza y el buen gusto en la obra de la imitación bajo la influencia de una escuela imperativa y absorbente, sino también por la espontaneidad, por el temperamento artístico y por la blanda delicadeza de buena parte de sus versos. Afortunadamente para las bellas letras patrias, la época presente no puede ser sino de transición, como lo fué en España el decadentismo ridículo y estrafalario (y conste que el de ahora no debe ser calificado así) que imperó durante algunos años de la centuria décimo octava, tan briosamente combatido por la pluma vigorosa de Feijóo; la influencia de la escuela literaria que en la actualidad domina, tendrá forzosamente qué desaparecer en mucha parte, por ser contradictoria dicha escuela con la razón, con el buen gusto, con los fines que el arte se propone y con la naturaleza; de la poesía que hoy se hace (sébase que me refiero á la que denominan decadente) y que sin duda es nebulosa, cuasi fantasmagórica, inconsistente, barroca y disoluta, será muy poco lo que viva; y los jóvenes que le rinden homenaje poseídos de ciega y lamentable admiración, por los rasgos de indiscutible extravagancia que generalmente la distinguen, volverán sobre sus pasos á fuerza de reflexión serena, para emplear sus facul-

tades en obras de aliento que perduren por la proporción y la armonía, por la nobleza y elevación de las ideas, por la fidelidad en la pintura de la naturaleza, por los sentimientos y emociones que reflejen, y también por su calor y color de humanidad, discretamente idealizada por los fulgores de la imaginación. Las obras literarias que perduran son las que reflejan de un modo verdadero la realidad de la vida, la realidad del corazón humano, la realidad de la naturaleza y los ensueños de la fantasía; son aquellas en que la expresión es consustancial con lo que expresa, ó lo que es lo mismo, que esté en armonía, que tenga semejanza, que se manifieste en completa identidad con las ideas, sentimientos, espectáculos, escenas ó emociones que describe. Entre lo que se expresa y la manera de expresarlo debe ser la relación tan íntima y tener tal claridad y analogía, que la percepción sea fácil é instantánea por parte de la inteligencia. El fundamento del arte está en el orden, que no es sino el concierto entre la idea principal y las que le sirven de accesorias, entre los detalles y el conjunto, entre *lo que es* no sólo por su virtualidad, sino también por la forma en que se vierte para que sea perceptible. Yo ignoro, por supuesto, si estas afirmaciones mías resultarán desencajadas y anacrónicas en los actuales tiempos, si la razón no me asiste con sus luces, si me equivoco por completo, ó si mi espíritu no está condicionado eficazmente para alcanzar las grandezas y sublimidades de algunos poetas hispano-americanos á quienes hoy se considera como altísimos; pero declaro á la faz de todo el mundo literario, sin miedo á las tremendas fulminaciones de la crítica, sin escrúpulos de ningún linaje y con la mayor sinceridad, que si yo entiendo y admiro, verbi gracia, á Rubén Darío en los *Abrojos* y en las *Prosas profanas*, no lo entiendo en los *Cantos de vida y esperanza*, en *Los cisnes* y *Otros poemas*; ni menos al argentino Lugones en el *Himno á la luna* y en composiciones á ésta similares, como tampoco los entienden, de seguro, los que no tienen la franqueza de decirlo, los que no quieren que se les tilde de ignorantes (porque ignorancia es ahora no saber entender lo incomprendible), y los que se dicen sus admiradores en semejantes obras; y si en ellas hay belleza, legítima belleza, belleza dentro del orden característico del arte, asimismo declaro que la belleza es demasiado oscura y difícil de entender; que para entenderla se necesita haber nacido con muy especiales condiciones de intelectualidad sobremanera extraña y peregrina; que Rubén Darío, al referirse á las últimas poesías citadas, tiene razón cuando dice que él no es «poeta para muchedumbres,» sino para muy pocos iniciados (ya que esto se sobreentiende desde luego) en

los sagrados ritos y misterios del ocultismo literario; y que Quintana, y Zorrilla, y Núñez de Arce (para sólo nombrar á tres egregios españoles, tan poetas de muchedumbres como de espíritus selectos) no fueron sino unos manos puercas del parnaso, perteneciendo, por lo tanto, á lo que el mismo Rubén Darío llama, en medio de la que él quiere que sea olímpica soberbia, «la mediocridad, la mulatez intelectual, la chatura estética.» Porque la consecuencia resulta rigurosamente lógica. Si los poetas de muchedumbres; si los poetas á quienes entiende todo el mundo por la claridad y verdad de la expresión, no menos que por la blanda música del ritmo, valen poco ó no tienen valor posible alguno (aun cuando sean originales y eminentemente artistas), es claro que Quintana es chato, mulato el gran Zorrilla y Núñez de Arce mediocre, en caso de no ser un quidam completamente despreciable. (2)

(2) De entre las cosas verdaderamente raras que Rubén Darío dice en el *Prefacio de los Cantos de vida y esperanza*, *Los cisnes* y *Otros poemas*, tomo esta: «Aunque respecto á técnica tuviese demasiado qué decir en el país en donde la expresión poética está anquilosada, á punto de que la momificación del ritmo ha llegado á ser un artículo de fe, no haré sino una corta advertencia. En todos los países cultos de Europa se ha usado del exámetro absolutamente clásico, sin que la mayoría letrada, y sobre todo la minoría leída, se asustasen de semejante manera de cantar. En Italia há mucho tiempo—sin citar antiguos—que Carducci ha autorizado los exámetros.» Entrar aquí á contradecir, con suficiente é incontestable acopio de razones, tan enorme y enrevesada paradoja, sería largo y enojoso. Sin embargo, debo decir, aun cuando sea de paso, que el exámetro *absolutamente clásico* (supongo que Rubén Darío, para calificarlo así, se referirá al griego y al latino) es intrasladable al castellano de la manera esencial con que aparece en aquellos dos idiomas, porque en el nuestro el verso tiene condiciones peculiarísimas de estructura y de acentuación, enteramente distintas de las que lo hacen tal en el griego y el latín. Al verso, que es música, lo constituye el ritmo, que se produce por la combinación de los acentos; pero el ritmo, en castellano, se diferencia radicalmente del ritmo que es característico en las referidas lenguas sabias. Por consiguiente, quien quiera trasladar un exámetro griego al castellano, tiene qué someterlo al ritmo que se usa en nuestra lengua, para que pueda tener íntegramente la condición del verso. Léase la *Conversación literaria* leída á la Academia Venezolana de la Lengua, en junta de 24 de Septiembre de 1891, por el Doctor Eduardo Calcaño, quien en la cual conversación, en cuanto músico y en cuanto literato, trata acerca del asunto con admirable lucidez. La síntesis de ese trabajo es la siguiente: «El ritmo del verso antiguo dependía principalmente del valor vario de las sílabas y las pausas; y digo principalmente, porque el *acento* de las voces tenía en ello alguna influencia. El ritmo del verso moderno depende exclusivamente del *acento* y las pausas. Es cosa ya averiguada y con abundancia comprobada por el erudito Coll y Vehí, en sus *Diálogos literarios*, que el acento de las voces en nuestra lengua no altera el valor de la sílaba en que recae, ni eleva siquiera el tono, sino que produce el solo efecto de hacer más fuerte la pronunciación de la sílaba que lo lleva. Ahora bien: como todas nuestras sílabas son iguales en valor, no ha quedado otro elemento posible, para crear un ritmo cualquiera, que la mayor ó menor intensidad que se dé á los sonidos; así es que el antiguo es ritmo *de duración*, y el moderno ritmo *de in*

Baralt no fué sólo un estilista excelente, sino también un pensador, un cerebro asaz equilibrado, un conocedor profundo de la lengua castellana y de su literatura. Su discurso de recepción en la Academia Española, destinado á hacer el juicio de Donoso



José Ramón Yepes

Cortés y de sus obras, es un monumento de crítica sabia y perspicaz. De tal discurso trascibo estos conceptos, porque son aplicables al presente momento literario: «La transformación á que propende la lengua, en vez de maduro y sazonado fruto de un

tensidad. Establecida esta verdad, se palpa la imposibilidad de reproducir en modo alguno los versos griegos y latinos en nuestra lengua, por cuanto carecemos de los elementos necesarios para ello.»

No se olvide, además, que Rubén Darío protesta, con mucho énfasis y aplomo, contra lo que él llama *la momificación del ritmo* en España. Ésto no pasa de ser sino una frase efectista y campanuda. Entre las lenguas romances no hay parnaso tan variado, tan rico y armonioso—en tratándose de metros y de sus combinaciones acertadas—como el de la lengua española. Con dificultad se consigue un diapasón más extenso, más abundante en melodías y más lleno de sonoridad, que el diapasón de Zorrilla, sobre todo en los

sistema, va pareciendo aborto de un desorden; y más que con los pacíficos caracteres del plan y de la regla, se nos presenta con los signos alarmantes de la confusión y la anarquía; indefectible dolencia ésta y grave pesadumbre de las épocas de transición, en que la sociedad oscila sin punto de apoyo visible, movida á todos los vientos por corrientes irregulares de hechos y de ideas peregrinas, de ensayos fallidos, de sistemas, doctrinas y opiniones que buscan la norma general del equilibrio y del reposo, caminando, á tienta y con angustia, entre la sombra de lo pasado, el enigma de lo presente y el misterio—insondable al parecer—de lo futuro. Porque no puede ser último y provechoso fin de la reforma literaria que notamos, la mezcla absurda de los tonos, colores y barbarismos más discordantes entre sí y más opuestos al buen gusto, que es el supremo conocedor y juzgador de la belleza; ni que hablemos en privado el lenguaje de la sencillez y de la moderación, cuando en público nos entregamos sin reparo á todo género de profanaciones del corazón y del espíritu; ni que en tortuosa y desmañada frase, á fuerza de rebuscar la novedad en el concepto y la expresión, sólo lleguemos á la falsedad del pensamiento y del estilo. Nunca apetecemos más libertad que cuando hay mayor desorden; ni más hablamos de teorías y de originalidad que cuando toda pauta reguladora desaparece y las fuentes de la invención se van secando; que así como el corazón gastado busca una pasajera sensibilidad en las más violentas emociones, del mismo modo el entendimiento pervertido pide una remisa luz de inspiración á la licencia. Y en literatura la licencia es pervisión, porque propaga como mala simiente las vocaciones facitias, y arma el brazo de los ingenios de segundo orden, que las profesan, con el hacha de cierto estilo mecánico, á cuyos traidores golpes muere el arte. En vano se dirá que cada época literaria, como distinta de las anteriores, há menester una manera bien distinta de expresarse. Porque cuando—dócil instrumento de la inteligencia—puede una lengua manifestar en modo bello y formas adecuadas las más finas y abstrusas operaciones de la mente, los más eficaces y variados afectos del ánimo, y las infinitas impresiones del cuerpo y del espíritu, semejante lengua ha llegado á toda la perfección de que son susceptibles las cosas humanas, y nada más necesita, en la sucesión de los tiempos, sino

Cantos del trovador. Lo que no puede aceptarse en español, por extraño á la índole peculiar de su versificación, es la acentuación arbitraria, el encabalgamiento forzado (porque rompe la melodía de los versos) y las combinaciones de metros sin ninguna afinidad musical. Léanse los números XIII y XVII de *Otros poemas*, y dígase después si tales combinaciones métricas no chocan abiertamente con el espíritu de la versificación española.

aumentar su caudal siguiendo los progresos de la civilización, y rejuvenecerse en las fuentes vivas de su propia historia. Es el arte un compuesto de forma y fondo, ó si decimos, de cuerpo y alma, al cual no es menos necesaria la inteligencia que piensa, que la voz que dice lo pasado. Ni pura materia, ni puro afecto ni espíritu, sino muestra y símbolo de nuestra triple naturaleza corporal, moral é intelectual, es el resultado de la concordan-
 cian- de todas las facultades humanas, y tiene por órgano indispensable la palabra hablada ó escrita; esto es, la lengua. Háblase de preferir el fondo, y no se advierte que—de cualquier manera que se separen estas dos cosas, enlazadas por la naturaleza con indisoluble parentesco—se llega por diferente camino, pero siempre con toda seguridad, á la barbarie. Si las ideas se hallan forzosamente encarnadas en la forma y es ésta lo primero que—al modo de los objetos materiales—hiere los sentidos, ¿cómo, degradando la una, clevaréis la ótra? ¿Cómo separaréis el signo del pensamiento, ó el pensamiento del signo? Por cierto, en su perfecta armonía estriban la belleza de las artes, el triunfo del ingenio y los verdaderos goces literarios. En cuanto adorno del espíritu, requiere sin duda la elocuencia una correlativa y común madurez en las demás artes; y como medio de acción y persuasión, necesita de la violencia de las pasiones, de la influencia de grandes intereses, ora populares, ora individuales; pero ni en estos aspectos, ni en ningún otro bajo el cual se la quiera considerar, puede ni debe jamás eximirse de la obediencia á los principios y reglas literarias; porque ellas no han venido á ser tales por la sola autoridad de Aristóteles ni Horacio, sino por la autoridad soberana de la naturaleza, que es el tipo invariable y eterno de lo bello. Libres somos para elegir las formas que nos plazcan; pero cuanto mayor sea la libertad, tanto así conviene más que el escritor y el orador se penetren de la idea estricta y rigurosa de las propiedades técnicas del arte, bien como de sus condiciones de dignidad y fines útiles. No hay estilo absoluto y determinado (es verdad), atento que cada prosista y cada poeta tiene el suyo, que le distingue entre todos, y es como el emblema de su personalidad y su carácter; pero si el estilo libre distingue y caracteriza al escritor y al orador, la frase caracteriza y distingue al idioma; por manera que—para ser á un mismo tiempo original y nacional—es preciso hablar ó escribir, con estilo propio, sí, pero en el lenguaje de la Patria. Y ni ahora ni nunca ha venido él estrecho á los ingenios; que antes bien, ningún ingenio, por grande que haya sido, le ha agotado. No hay más rico venero; no hay terreno más fértil y abundoso. Lejos de servir de rémora al entendimiento, él le sostiene é ilumina,

le fortifica y colora. Pródigo de sus tesoros, para todos tiene sonidos, matices, luces y armonías infinitas. A todos los tamaños se ordena y proporciona flexibilidad maravillosa: fuerte en lo grande, templado en lo mediano, gracioso en lo pequeño. Organo de numerosos registros, pulsado por mano ejercitada y docta, imita todas las voces del cielo y de la tierra. Atleta y gimnástico consumado, es apto para toda lucha, y puede hacer, sin romperse, toda suerte de pruebas de habilidad y fortaleza. Con él hablaron dignamente á Dios y de Dios, los maestros de nuestra elocuencia sagrada; con él tocaron y conmovieron todas las fibras humanas, los escritores del siglo de oro de nuestra literatura nacional. Cuando posteriormente perdió ésta mucho de su índole nativa, para convertirse de original en libre, en imitadora servil de una literatura exótica, todavía fué bella la lengua española en manos de los que repudiaban el espíritu español; y hoy, cuando abierta como plaza desmantelada á las invasiones de fuera, está turbia con la mezcla de giros y palabras extrañas, todavía adquiere singular encanto en la pluma de los que saben fundir, juntas las nuevas y las antiguas riquezas, en el crisol del talento y del buen gusto.» «Por fortuna—dice Baralt algunos párrafos después—el medio de acelerar la próxima y fecunda regeneración de nuestras letras, es asequible, pues consiste en estudiar la antigüedad pagana, para todo lo relativo á la expresión de los pensamientos y á la sobriedad en el lenguaje; en poseer la literatura de las naciones modernas, no para imitarla en lo que es propio y característico de ellas, sino para aumentar nuestro caudal de instrucción y de doctrina; en conservar la pureza de las formas naturales del idioma patrio y las tradiciones del gusto en el estilo, hábitos y modos de ser y existir del ingenio nacional, y en la meditación incesante de los buenos modelos; porque éstos, á la ventaja de nutrirnos con su savia, reúnen la de encender la inteligencia y darle alas para que se remonte al tipo ideal de gracia y de belleza que constituye la divina verdad y perfección del arte. Con esto, y reservando la invención y las reformas para los asuntos, las ideas principales y las infinitas aplicaciones coetáneas de las humanidades en sus relaciones con la vida actual de la nación, tendremos una literatura nueva sin necesidad de formar una nueva lengua; y lengua y literatura se renovarán sin cambiar de naturaleza, se perfeccionarán sin corromperse, tendrán originalidad sin ser extravagantes. Fuera de que no existe ningún otro medio de cortar eficazmente los vuelos al flamante gongorismo que nos invade, el cual, hijo de la extrema licencia, como el otro lo fué de la extrema sujeción del entendimiento, concuer-

da con él en los vicios capitales de prodigar las palabras bárbaras y espurias, de adulterar los conceptos para variar el modo de expresarlos, y de singularizar las cosas más comunes, dándoles un aire de falsa grandeza y cierta engañosa



Luis Churión

apariencia de juventud y bazaría. Si el espíritu moderno tiene, como creo, un sentido exacto y susceptible de aplicación á la vida real, el problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota. Una lengua artificial, aplicada á la literatura de todos los pueblos, es, en efecto, una ilusión tan absurda y desvariada, como la de una poesía general de convención. Poesía y lengua de tal especie contradicen la eterna ley que—sin menoscabo de la unidad del

género humano—une con lazo indisoluble los idiomas y las razas á los climas y á la configuración de los lugares; ni, á ser posibles, darían otro resultado que el de destruir por siempre la energía intelectual de las naciones. De aquí la necesidad de contar con lo pasado para las reformas de lo presente; porque en política como en religión, en religión como en costumbres, en costumbres como en artes y literatura, la sociedad que se despoja de las antiguas formas pierde su natural fisonomía, renuncia á su carácter, se priva de la más sólida garantía de independencia, y dificulta todo progreso fecundo y estable en la carrera de su civilización y vida nacional. Familia sin memorias ni recuerdos, borra sus fastos, mancha sus blasones y se entrega sin previsión ni recaudo á las azarosas experiencias de lo desconocido y contingente. La tradición, por el contrario, es nervio al par que nobleza de las naciones; porque, al modo que una-fortaleza murada y guarnecida, mantiene el orden interior, conserva el legítimo dominio, é impide que poderes extraños, violentos é invasores penetren de sobresalto y mano poderosa en el país. Salvo que, para ser útil, entiendo yo que debe la tradición acoger en su seno de buen grado los verdaderos y sanos adelantamientos de la civilización humana; que el culto intolerante y fanático de lo pasado, encerrado en el espíritu y la acción del pueblo en un círculo de ideas y de movimientos estrechísimo, termina por envilecerle y degradarle. Lo pasado es la semilla, no el fruto del árbol de la ciencia; y como hasta ahora ninguna generación ha poseído la verdad, el trabajo del hombre es inquirirla, con el sudor de su frente y bajo la dirección de la Providencia, en el transcurso de los siglos. Detenerse en el camino, tanto vale como negarse á llevar la carga impuesta por Dios á nuestra vida, en la cual nada se alcanza sin dolor, esfuerzo ni pelea. La sensata tradición, que nada legítimo excluye; la tradición liberal y generosa, que únicamente rechaza lo que perturba y desconcierta; la tradición que liga con cadenas de oro y flores lo pasado á lo presente y lo presente á lo porvenir; en suma, la tradición civilizadora y expansiva, y por lo tanto cristiana, es la sola que este docto cuerpo está encargado de conservar.»

Blanco-Fombona, por sus antecedentes en materia de tradición literaria, por ser español neto en el manejo del habla castellana, por la herencia indeclinable y hasta por la arrogancia de su temperamento, que no puede prescindir del abo-
 lengo en ningún caso, es como el broche que une dos escuelas; y no obstante su vehementísimo deseo de independizarse de la influencia de las letras españolas, es mucho más castellano que

francés. Su verdadera complexión poética, enteramente definida, se halla toda en *Patria*; su *yo* no se confunde con ninguno en lo que se refiere á la fisonomía, pero no disimula el espíritu de la admirable lengua de Cervantes en la manera de expresión; su gusto es de artista refinado, pero á cada palabra, á cada verso, á cada estrofa, se deja ver el sello que lo caracteriza como castellano neto, aun cuando él quiera afrancesarlo. Para Blanco-Fombona, quizás no sea esta franca apreciación un elogio de su personalidad literaria; mas para mí es el mejor que pueda pensarse y escribirse. Lo que de Blanco-Fombona vivirá, es lo que engendra la primitiva fuerte savia castellana que por sus venas corre; de lo ficticio, de lo asaz artificioso, de lo imitado con singular empeño del francés, se acordarán muy pocos. Y si nó, léanse los *Cuentos de poeta*, y dígase después si *Historia de un dolor*, *Juanito* y *Molinos de maíz* no son los cuentos que verdaderamente valen en el hermoso libro. Léanse las semblanzas de los gloriosos *Trovadores* que Blanco-Fombona coronó de rosas y laureles, y niéguese después que la hermosura de esa prosa en parte no se debe á la mal velada imitación que acusa, en ciertas locuciones y gallardías de lenguaje, de Juan Montalvo y de Cecilio Acosta, que son los dos escritores americanos más escritores españoles que ha producido el Continente. Léanse los *Cuentos americanos*, en los cuales Blanco-Fombona retrocede en el propósito de la imitación extranjera, se da cuenta cabal de quien es él, asume todo el vigor de su temperamento, escribe con su propia pluma y derrama á manos rebosantes la fragantísima savia (rica savia de la Patria) de nuestras selvas y jardines. Léase el libro titulado *Más allá de los horizontes*, donde las páginas consagradas á impresiones de viaje y á juicios literarios (tales como el admirable de Zolá), huelen intensamente á levadura fuerte de sabrosa literatura castellana, sin prescindir el escritor de su briosa independencia, completamente acentuada y llena de energía. Léanse las *Noticulas*, en cuyo estilo aparece Blanco-Fombona con todo el altísimo relieve de su brillante personalidad hispano-americana. Léase, en fin, la *Pequeña ópera lírica* con la atención que merece, por el derroche de imaginación que en ella corre como un raudal de oro, y dígase después todo lo bello que se piensa de la *Carta á la primavera*, de *La vida*, de la *Carta lírica* y de *Toledo*, á pesar de ciertas llanezas de lenguaje incompatibles con el selecto que siempre debe hablar la poesía, á pesar de ciertos sustantivos y adjetivos raros é incongruentes hasta por su pobreza eufónica, á pesar de ciertas comparaciones chillonas, como la de *las trenzas de la amada con un chorro de libras esterlinas*, y á pesar de

ciertos encabalgamientos desairados que no sirven sino para malograr completamente la armonía de los hemistiquios, y por tanto, la música inviolable de la versificación. En ese libro hay expresiones admirables, sentimientos conmovedores, imágenes bellísimas y pensamientos que deslumbran por su brillantez y audacia, al mismo tiempo que chabacanerías, frases demasiado crudas, metáforas sobremanera inciertas ó atrevidas, neologismos innecesarios por la abundancia de sinónimos que tiene el castellano, lamentables prosaísmos, locuciones enteramente francesas, como «encontré *hoy mañana* en mi camino,» y fruslerías indignas del talento del poeta caraqueño, que no soportan, ni en el fondo, ni en la forma, ni mucho menos en el ritmo, el análisis de la crítica imparcial. En ese libro hay dos poetas: el primitivo y el revolucionario exagerado; mas yo confieso que me quedo con el poeta primitivo, con el de raza castellana, con el que mi razón y mi gusto saben entender, con el que no puede prescindir de su genealogía, con el que se formó á la sombra de los colores gualda y rojo de la bandera española.

Leed esta expresión, que es hermosísima por su originalidad:

Vi entre muchas mujeres gentiles
¡qué mujer! Parecía una flor.
Espiraban sus blondos abriles
un fragante veneno de amor.

Fulgecía. ¡Candor de azucenas!
Y en sus ojos de plácido mar
cantaban sirenas.
¡Yo escuché el cantar!

¡Ay, Dios mío, qué daño me ha hecho
la mujer de sonrisa de flor!
¡Cómo pudo sembrar en mi pecho
la semilla de un negro dolor!

Este sarcasmo, que hiere como la punta de un puñal:

Haz un ramo de mis flores;
de mis perlas, un collar;
un amor, de mis amores;
de mis cantos, un cantar.

Y brinda tanta quimera
á tu futuro amador,
que así dirán, traicionera,
que das un poco de amor.

Este presentimiento melancólico, expresado con tanta novedad en la imagen de la exhalación fugaz y pasajera :

Estreché sus quince años.
Besé la boca de flor
y los cabellos castaños
junto al viejo mar cantor.



Francisco Lazo - Martí

—Piensa, amada, en el amante ;
no me quieras olvidar.—
Y cayó una estrella errante
en la copa azul del mar.

Esta admirable estrofa, rebosante de verdadera poesía, como de aromas y micles una flor que hora nomás despliega el broche fresco é inefable :

No busques, poeta, collares de rimas
en casas de orfebres. Cinceles y limas
repujan ni nielan los cantos mejores :
los cantos mejores son nuestros amores,
son nuestros amores y nuestros dolores ;
las dulces quimeras, los casos de angustia ;
idilio que enflora, pasión que se mística :
visiones de encanto
al vuelo de un tren,
y cosas de llanto,
y cosas de bien.

Esta energía de tierra americana, llena de olor de selva
joven y de frescura de dehesas :

...Caravanas
de sueños y ambiciones
por mi cerebro pasan.
Mi querida se acerca, y dulcemente
apóyase en mi espalda.
Su cabellera se impregnó en el baño
de un olor de campiña. Me dan ganas
de beber leche, de domar un potro,
de atravesar un río.....

Esta amargura, que parece brotar de un enfermo corazón
como el de Heine, combatido por el escepticismo y siempre
triste á fuerza de dolores muy profundos :

Tus pupilas de azur y tus mejillas
de pétalos de rosa,
embriagan más que el vino, Primavera.
Tu ebriedad es de aromas.
¿Cuál es como tu beso, ni qué filtro
turba como tu boca ?
.....

El labrador esparce la semilla
y fecúnda la tierra generosa ;
tú, velos de ilusión echas al mundo
y fecundas los seres y las cosas ;
la tierra da sus ricas esmeraldas,
sus cristalinos velos da la atmósfera,
el ciclo su zafir, el ave trinos,
y arabescos de encajes nube y onda.
.....

Los besos no gustados, la amargura
nunca sufrida y el tropel de estrofas
que pugnan por salir de la colmena
del alma como abejas luminosas,
nos tornan suspirantes á la música
del viento en los pinares ; á la honda
queja del mar ; al viaje de las nubes ;
y aun al trino del ave que en la copa
del abedul enriza el venturoso
plumaje y rompe en líricas eglógicas.
.....

Encontré, hoy mañana, en mi camino
una mujer, un hada. Era su boca
un collar de sonrisas ; sus mejillas,
cual dos melocotones ; y sus blondas
y magníficas trenzas
parecían la crencha de la aurora.
Un ramo de glicinas
espiraba su aroma
prendido en el jubón de la hermosa.
.....

...Y el hada vaporosa,
á medida que fué desvaneciéndose,
fué también deshojando mi corona.
Rotos, idos los pétalos,
en espínas trocáronse las rosas.

Las espinas me punzan ; y librarme
de la injuria sutil y dolorosa,
pudiera solamente el hada rubia ;
esa misma visión azul y blanca ;
mi encanto de un momento ; la perdida,
la pasada visión rubia é incógnita.

Amor de lontananzas, pesadumbres,
desasosiegos y quimeras locas,
has sembrado en mi alma, Primavera.
; Cuándo será que pongas
en mi pecho el amor, el viejo grano,
sal de la vida y alma de las cosas !

Y por último, esta evocación histórico-fantástica, que es, al mismo tiempo, bella y animada descripción :

Es la noche. Toledo se reclina
á dormir en sus piedras historiadas,
la cabeza en un bosque de laureles,
en el Tajo las plantas.
Es la noche. Toledo se ha dormido
á la vera del agua
y al susurro del viento.
Mientras duerme Toledo, el río canta.
Canta las viejas horas ; las nocturnas
crüeles ó amorosas emboscadas
del viejo rey Don Pedro ; los torneos,
los toros y las cañas...

.....
Canta los trovadores, las callejas,
los balcones floridos de albähacas.
Canta á Zocodover, que vió en su torno
las razas de ojos negros, las tres razas
que llenaron la historia de leyendas.
Mientras duerme Toledo, el río canta.

Parece que los seres y las cosas
han escuchado la canción del agua ;
la soñadora luna
su perlería entre las ondas lanza ;
siembra de oros la inquietud del río
y de nadantes ínsulas de plata ;
los álamos suspiran ;
chirrían las cigarras ;
laten los perros ; cröan
las bucólicas ranas ;
y mientras plañe el agorero cuco,
afina y suena el ruiseñor su flauta.
La propia vieja catedral se anima.
Se diría que rompen las estatuas
silencio de centurias, y que el lírico
soplo de aurora de Longfellow pasa,
infundiendo la vida entre los reyes
y obispos que decoran la portada.
Vibra en la torre esbelta
la voz de las campanas.
¿ Es que va á hacer el César Carlos Quinto
una triunfal entrada ?
¿ Es que ha llegado un portador con nuevas
de la rota y prisión del rey de Francia ?

No. Toledo no bulle. Fué un viajero
el que vió erguirse la ciudad ; un alma

de esas que ven visiones en la bruma,
de esas que aprenden lo que el agua canta,
de esas que oyen voces del silencio.

No.

Toledo no bulle.

¡ Triste calma !



José María Núñez de Cáceres

De todo lo que atrás he dicho no debe deducirse, en modo alguno, que yo profeso negra inquina al decadentismo literario, cuyo estilo no es—según Teófilo Gautier—«sino el arte llevado á esa madurez extremada que produce el oblicuo sol de las civilizaciones vetustas; estilo ingenioso, complicado, hábil, lleno de matices y tentativas, que ensancha los límites del idioma, pone á contribución todo vocabulario técnico, pide colores á toda paleta, notas á todo teclado, y se esfuerza en traducir los pensamientos más inefables, las formas y con-

tornos más vagos y fugitivos. Tal es el idioma fatal y necesario de los pueblos en que la vida facticia sustituye á la natural, desarrollando en el hombre necesidades desconocidas. Y no es fácil de manejar este estilo, que los pedantes desdennan, porque expresa ideas nuevas con nuevos giros y palabras nunca escuchadas.» En todas las escuelas admiro lo que es bello, lo que tiene una expresión encantadora por exquisitamente artística, lo que se manifiesta fuera de la rutina, lo que entra en el camino de las innovaciones racionales, lo que engrandece, en suma, al arte, y mucho más cuando—para crear belleza—se dispone de un gran fondo de originalidad individual, que está muy por encima de las turbas, de las forzosas é incuestionables turbas literarias. Lo que no sé admirar, venga de donde venga y llámese de la suerte que se llame, son las exageraciones sin orden ni concierto, los abusos del color hasta hacer la pintura abigarrada, los relamidos artificios que no sirven sino para adulterar la realidad que nos rodea y la que va dentro de nosotros mismos, la falta de sinceridad en los artistas, la ausencia de toda relación armónica entre los colores, el paisaje y las figuras, y ver que los ingenios distinguidos subordinen la excelencia de sus facultades creadoras á las imposiciones absolutas de cualquier movimiento literario, ó al estado espiritual de otros escritores, ó á las condiciones y circunstancias comprensibles de otros medioambientes, que resultan contradictorias con aquel donde se incurre en la debilidad de la imitación servil. Yo comprendo, por ejemplo, el fantástico desorden en que se agita *El Cuervo*, porque Poe no lo escribió sino bajo la influencia de la exaltación mental que le producía el alcohol; comprendo, por lo mismo, las alucinaciones, los delirios y las locuras de Verlaine en su segunda época, ya que no eran sino el fruto emponzoñado de un estado morbozo ó patológico; comprendo la serenidad olímpica de Göethe, porque tal serenidad gloriosa y envidiable era el eco fiel de su perfecto equilibrio cerebral; comprendo *Los Castigos* de Víctor Hugo, por cuanto ellos dependían de la sincera indignación patriótica en que se revolvía su espíritu al contemplar á Francia sojuzgada por el cetro de Napoleón Tercero; mas no comprendo la imitación por la sola imitación, ni en el fondo ni en la forma; ó lo que es lo mismo, que se pretenda hacer á sangre fría lo que otros han hecho bajo el influjo cierto de estados anímicos diversos, los cuales sirvieron á caracterizar las obras literarias, no ya sólo en los asuntos, sino también en su manera de expresión.

Depósitos de barro que vale mucho por su delicadeza, canteras de mármol excelente, minas riquísimas de oro hay en

Venezuela para crear nuestra literatura propia, inconfundible con ninguna, de colorido exacto al medio en que vivimos, expresión elocuente de nuestros dolores y alegrías, característica y hermosa. Lo que falta es el amor de los artistas á la riqueza indígena,



Rufino Blanco - Fombona

y patriotismo en ellos para explotar los grandes yacimientos de poesía social, de poesía india, de poesía criolla que tenemos, sin darnos cuenta de que ellos constituyen un tesoro. ¿Por qué hemos de empeñarnos en describir, como Pedro César Domínci (de un modo reflejo y por fuerza inevitablemente frío), las costumbres de la Grecia antigua, si ellas nos interesan poco y nada pueden significar en la obra de la civilización de la República? Hagamos, sí, como Juan Arcia, que en su poema *Sangre del trópico* ha pintado, en versos dignos de alabanza, el más grande quizás de nuestros pavorosos infortunios, el que más fuerte sentimos en lo más hondo de nuestros corazones, en la médula viva y palpitante de nuestra vida na-

cional, por causa del egoísmo humano, del utilitarismo sórdido y de la falta de ideales. En la Conquista, en la guerra de la Independencia, en el océano de sangre de las revoluciones fratricidas, en la existencia de las tribus todavía salvajes, en el desenvolvimiento social, en las costumbres populares y en la repuesta vida rusticana, existe un venero abundantísimo de elementos admirables para formar el mundo de la literatura nacional, condensación é imagen imperecedera de la Patria. Madre fecunda es ésta, los ingenios originales se encuentran dondequiera, y el progreso literario se acentúa de una manera que sorprende; pero en él no sobresalen los elementos propios, sino los ajenos. Hagamos literatura menos egoísta y más humana. Hagamos literatura *vivida*, con más relieve y consistencia, con menos vaguedades efectistas, con menos palabrería extraña, fofa, rebuscada y de procedencia nada limpia; literatura donde brille el esplendor de nuestros campos y verjeles, donde la tierra huela á vigorosa y rica savia americana, donde revienten en resinas y fragancias las opulentas yemas de nuestros árboles frondosos, y donde sintamos palpar el corazón de nuestras gentes. No es necesario renegar del arte, vulgarizarse, prescindir de los cánones de la belleza, como no han prescindido Luis Churión, Samuel Darío Maldonado, Juan Arcia, ni Francisco Lazo-Martí, el facedor artista de la estupenda y regalada *Silva criolla*; lo que se pide es unión íntima entre la literatura y el medio en que se escribe. Seamos más amantes del sol que nos alumbra, y de los montes á cuya falda nos dormimos al rumor de nuestros frescos airecillos. Abandonemos un poco los fríos mármoles de Atenas, y embarrémosnos las manos con la flexible greda que sóbra en el terruño. Renegar de nuestra madre, es empequeñecernos. Nacionalizar nuestra literatura, es trabajar por el engrandecimiento de la Patria, y querer que ella perdure en el espacio y en el tiempo en fuerza de la originalidad nativa.





CAPITULO OCTAVO

SUMARIO

Los poetas.—Elogio y juicio crítico de ellos.



ENÉNDEZ PELAYO ha dicho, con verdadero tino en mi concepto: «Voz unánime de la crítica es la que concede á Bello el principado de los poetas americanos; pero ésto ha de entenderse en el sentido de mayor perfección, no de mayor espontaneidad genial, en lo cual es cierto que muchos le aventajan.» «Más que el título de gran poeta, que con demasiada facilidad se le ha adjudicado, y que en rigor debe reservarse para los ingenios verdaderamente creadores, le cuadra el de poeta perfecto, dentro de su escuela.» En efecto, Bello no sobresale por los deslumbramientos de la imaginación, ni por el vigor de la inventiva, ni por la originalidad de las ideas, ni menos por la espontaneidad del verbo lírico, sino por el gusto literario, por su competencia en el manejo del ritmo y del epíteto, y por su delicadeza artística en la mayor parte de sus versos que forman poesía, puesto que tiene otros que no son, á pesar del esmero con que los escribió, sino prosa rimada sin mérito ninguno, tales, verbi gracia, como los del *Miserere*. En su obra poética hay más filosofía que lirismo, más reflexión que música, más cuidadoso arte que abundante facilidad en la versificación. Cecilio Acosta y Fermín Toro, que pertenecen de fijo á la misma escuela literaria en tratándose de poesía, le sobrepujan en espontaneidad, en dulzura y sentimiento. Vale mucho, y valdrá siempre con singular valor, por el alto relieve con que brilla en su poesía descriptiva, donde las imágenes, si no son

extraordinarias, resaltan por su delicadeza exquisita y por la propiedad con que reflejan los aspectos y hermosuras de la naturaleza, bañándola de luz.

También acierta el padre Francisco Blanco García, cuando se expresa de este modo: «Cualquiera nóta que no es la espontaneidad el carácter de su numen, ni muy viva la llama que lo enciende; antes bien, por todas partes se ve asomar la obra de la reflexión sabia é infatigable, que pule y abrillanta los versos, que dispone cuidadosamente los vocablos y busca la perfección de la forma, como ideal supremo y recompensa de sus afanes. La *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, que es, sin disputa, la producción poética más acabada de Bello, obedece, en cuanto á su pensamiento inicial, como las *Geórgicas* de Virgilio, á la atracción que ejercen en un alma noble y varonil los encantos de la Madre Naturaleza, de la vegetación rica y exuberante, de la existencia del hogar dignificada por el trabajo, del idilio eterno que se oculta en las faenas del agricultor al arrancar de las entrañas de la tierra los tesoros que la transforman y embellecen, y que rinden al hombre el sustento, la tranquilidad y la honesta alegría. El nuevo paraíso que celebran las estrofas de Andrés Bello, posee el vigor primitivo de la virginidad, pero ofrece á sus ojos el contraste de los luctuosos trofeos conquistados en la guerra, con los que proporcionan los días de calma fecunda; y por eso la sencillez patriarcal del poeta se interrumpe con los agrios sonidos de la sátira y con las lamentaciones de la elegía, y hace vibrar la lira de Virgilio con los estremecimientos propios de la de Juvenal. Cuando las falsedades bucólicas que inundaron con su vicioso follaje la literatura del Viejo Continente caían en el abismo del descrédito y el olvido, ¡cuán grato suena el rumor de esta poesía sana y vigorosa, que trae en sus alas el aroma de una vegetación nueva! ¡de esta poesía, en que la intención didáctica pierde su monótona sequedad y ostenta la misma frescura que en Hesiodo, dirigiéndose también á una sociedad recién constituida, y con la inexperta movilidad de la infancia! Bello realizó algo de lo que Augusto recomendaba á Virgilio, al darle el encargo de restaurar en los pueblos de Italia el amor á la agricultura, obscurecido por el tumulto bélico; y si hubiese logrado convencer á las naciones emancipadas por el vencedor de Junín, no las habríamos visto nunca en la postración que dejan en pos de sí las discordias civiles. A la alteza del pensamiento que inspiró la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, acompaña la gallardía de la ejecución, en que parecen multiplicarse los recursos y primores de nuestro idioma,

hasta competir con el del Lacio, por la concisión y la fuerza representativa de la frase. Fuerza es reconocer, sin embargo, que la musa de Bello no se mantiene á la misma altura en el decurso de la composición, sino que también languidece y se echa en brazos del prosaísmo. Y lo que no pasa en la *Silva* de defecto venial, se agrava, hasta tocar los límites de pesadez intolerable, en varios fragmentos de la *Alocución á la poesía*, y en otras composiciones que parecen escritas por cálculo frío y razonador, sin el movimiento apasionado con que estremece á el alma la inspiración legítima. Nada de ésto debió de ocultarse á la perspicacia crítica del mismo Bello, quien, acaso por haber llegado, en la última época de su vida, á adquirir plena conciencia de lo que podía y lo que no podía hacer su numen poético, lo aplicó con asiduidad á la versión esmerada de obras ajenas que le daban ya dispuesto el material, encargándose él de elaborarlo primorosamente.»

El distinguido cubano Don Enrique Piñeyro ha escrito de las imitaciones (más bien que traducciones fieles) que de Víctor Hugo hizo Bello: «Las cinco son muy buenas, modelo perpetuo de lo que puede ser la verdadera trascripción en verso, de la manera única quizás de verter un poeta á otro gran poeta en idioma diferente, sin que en ninguno se deslustre ó se amengüe la inspiración.» Y Castelar, de un modo exagerado, en su semblanza del pontífice del romanticismo francés: *La prière pour tous* («La oración por todos») es quizás una de las composiciones de Víctor Hugo en que se hallan reunidas todas las magníficas cualidades que en él descuellan, y en donde se admira al poeta cristiano, al hombre amante del pueblo, al padre cariñoso, al apóstol de la humanidad que pide á su hija que ore por todos los desgraciados. El insigne y clásico poeta venezolano Andrés Bello vertió al castellano esa inspirada poesía, y en esa traducción nada pierde el original en brillantez de imágenes y en armonía rítmica, pudiendo decirse de ese acabado trabajo lo que decía Lamartine á un poeta inglés que había traducido una de sus *Contemplaciones*:—Me admiro en tus versos.»—El patriotismo no me ciega para decir que hasta cierto punto nomás tienen razón Piñeyro y Castelar, porque Bello entremezcló en esas trascripciones é imitaciones, á pesar de su destreza para versificar, de su gusto literario y del esmero que puso en el trabajo, estrofas hermosísimas y detestables, expresiones levantadas y pedestres, versos de oro melodiosos y versos duros como piedras de granito. *La oración por todos* es una prueba de ello que no admite discusión. En la primera parte se leen admirables estrofas como estas:

Vé á rezar, hija mía. Yá es la hora
de la conciencia y del pensar profundo :
cesó el trabajo afanador, y al mundo
la sombra va á colgar su pabellón.
Sacude el polvo el árbol del camino
al soplo de la noche, y en el suelto
manto de la sutil neblina envuelto,
se ve temblar el viejo torrón.

.....

Brota del seno de la azul esfera
uno tras otro fúlgido diamante,
y yá apenas de un carro vacilante
se oye á distancia el desigual rumor.
Todo se hunde en la sombra : el monte, el valle,
y la iglesia, y la choza, y la alquería,
y á los destellos últimos del día
se orienta en el desierto el viajador.

En cambio, en la segunda y cuarta parte se tropieza uno,
y cae de un modo lastimoso, en versos tan malos como los que
siguen :

Ruéga después por mí : más que tu madre
lo necesito yo... Sencilla, buena,
modesta como tú, sufre la pena
y devora en silencio su dolor.
Á muchos compasión, á nadie envidia,
la vi tener en mi fortuna escasa :
como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre su alma el ejemplo corruptor.

.....

Hija, réza también por los que cubre
la soporosa piedra de la tumba,
profunda sima á donde se derrumba
la turba de los hombres mil á mil ;
abismo en que se mezcla polvo á polvo
y pueblo á pueblo, cual se ve á la hoja
de que al añoso bosque Abril despoja,
mezclar la suya otro y otro Abril.

Adrede me he fijado en esta imitación, porque es en ella
donde más abundan las desigualdades á que antes me refiero ;
y aun cuando bien podría multiplicar las citas, no quiero hacer-
lo, atento que la persona entendida que me lea, será capaz de
comprobar mi aserto con su propio juicio. Aun en esas poesías,
en las cuales se ve algo del influjo que ejerció en todos los

escritores de la época el espíritu independiente y revolucionario del romanticismo, Bello deja entender á cada paso que sus versos, en ocasiones insuperables de belleza, son más hijos de su trabajo cuidadoso, de su perseverancia y de su acendrado gusto, que de la espontaneidad y de la inteligencia que crea



Andrés Bello

sin mayor esfuerzo. La misma falta relativa que se observaba en él de semejantes calidades, muchas veces lo obligó á imitar ó traducir sin la hermosura brillante de la forma que aparece en el original. Hay facultades en el hombre que se desenvuelven á expensas de las otras, y tal sucedió en Bello: el entendimiento que asimila, concentra y atesora; el entendimiento que investiga, compara y analiza con claridad meridiana, debilitó, por su potencia eminentemente vigorosa, las facultades que sirven á multiplicar los recursos de la elocución para huir del prosaísmo. La verdadera gloria de Bello no se encuentra sino en su poesía descriptiva. Cuando filosofa, cuando recuenta los hechos de los héroes, cuando deja que hable el sentimiento, incurre en expresiones duras, en versos ilegibles, en exageraciones clásicas y en artificios lamentables que no sirven sino para

oscurecer los pensamientos. La mayor parte de los fragmentos del poema titulado *América*, la traducción del *Miserere*, algunos trozos de la misma *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, y no pocas estancias de otras composiciones, son más que suficientes para convencerse del juicio que acabo de exponer, después de una lectura muy atenta y de la más detenida reflexión.

De defectos ó descuidos menores, y no pocos, adolece también Don Andrés Bello, tales como anfibologías, cacofonías frecuentes, hiatos de dilatada acentuación, forzudas sinalefas y aliteraciones ásperas, increíbles en retórico tan fino y tan sabio. Las anfibologías resaltantes, sobre todo, abundan en sus versos; y aun cuando no lo son de pensamiento (si así vale decirse), y éste se encarga de corregirlas fácilmente, y ellas no quitan nunca ni belleza ni armonía á las ideas que expresan, más les hubiese valido no aparecer en donde su autor las colocó. Tanto de ellas, como de los demás descuidos, citaré varios ejemplos como persuasiva muestra.

Anfibologías :

Sacude *el polvo el árbol del camino*
al soplo de la noche...

(*La oración por todos*).

El intrincado bosque el hacha rompa,
consume *el fuego*...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Adorne *la ladera*
el cafetal...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

¡ Compañeras, al baño ! Alumbra *el día*
la cúpula lejana...

(*Moisés salvado de las aguas*).

Hiatos de exagerada acentuación :

Y que tal vez la senda que á la gloria
guiar parece, á la miseria va...

(*La oración por todos*).

Ayer, por estas aguas,
segura de sí propia,
desafiaba al viento
otra arrogante proa...

(*Á la nave*).

Asaz de nuestros padres malhadados
espíamos la bárbara conquista...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

De su *triunfo* entonces, patria mía,
verá la paz el suspirado día...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Sinalefas violentas :

Como sobre el cristal la sombra, pasa
sobre *su alma* el ejemplo corruptor...

(*La oración por todos*).

« Hora es, » dice, « ¡ dáte prisa ! »...
y abriendo los pavorosos
labios con yerta sonrisa...

(*Los fantasmas*).

¡ Qué ! ¿ no *me* oyes ? ¿ El rumbo
no tuerces ? ¿ Orgullosa
descoges nuevas velas
y sin pavor te engolfas ?

(*Á la nave*).

Y de tu añil la tinta generosa
émula es de la lumbre del zafiro...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Bueno es advertir que la penúltima y la última desagradables sinalefas han podido evitarse con la mayor facilidad, suprimiendo en la penúltima el *que*, y en la última cambiando el verbo. Con ello se habría ganado desde luego la música y elegancia de los versos.

¿No me oyes? ¿El rumbo
no tuerces? ¿Orgullosa
descoges nuevas velas
y sin pavor te engolfas?
.....

Y es de tu añil la tinta generosa
émula de la lumbre del zafiro.

En la estancia que sigue, tomada del poema consagrado á América, se encontrarán versos iguales y asimismo semejantes en la expresión, siendo éstos exactos en el pensamiento que encierran, á algunos de los que aparecen en la parte descriptiva de la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*.

Tiempo vendrá, cuando de ti inspirado
algún Marón americano, oh diosa,
también las mieses, los rebaños cante ;
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona :
donde cándida miel llevan las cañas
y animado carmén la tuna cría ;
donde tremola el algodón su nieve
y el ananás sazona su ambrosía ;
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar ; da azucarados globos
el zapotillo ; su manteca ofrece
la verde palta ; da el añil su tinta ;
bajo su dulce carga desfallece
el banano ; el café el aroma acendra
de sus albos jazmines, y el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra.

Versos completamente flojos, prosaicos, desgarrados, monótonos por la falta de variedad en los acentos rítmicos y desprovistos en absoluto de armonía, abundan en las composiciones del venezolano insigne, sin exceptuar la misma *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida*, trabajada durante catorce años con pacientísimo cuidado. De tales versos no hago citas, porque me haría interminable.

Cuanto á expresiones oscuras, ú ordinarias, ó amaneradas y llenas de un artificio que repugna por lo retorcido, baste citar las dos siguientes, en la primera de las cuales se dirige á los americanos :

¿ Esperaréis que forme
 más venturosos lazos himeneo
 do el interés barata,
 tirano del deseo,
 ajena mano y fe por nombre ó plata,
 que do conforme gusto, edad conforme,
 y elección libre y mutuo ardor los ata ?

Y en la segunda á Dios, para implorar de él las gracias
 y beneficios de la paz :

¡ Ah ! desde el alto asiento
 en que escabel te son alados coros
 que velan en pasmado acatamiento
 la faz ante la lumbre de tu frente,
 si merece por dicha una mirada
 tuya la sin ventura humana gente,
 el ángel nos envía,
 el ángel de la paz, que al crudo ibero
 haga olvidar la antigua tiranía,
 y acatar reverente el que á los hombres
 sagrado diste imprescriptible fuero ;
 que alargar le haga al injuriado hermano
 (¡ ensangrentóla asaz !) la diestra inerme ;
 y si la innata mansedumbre duermie,
 la despierte en el pecho americano.
 El corazón lozano
 que una feliz oscuridad desdeña,
 que en el azar sangriento del combate
 alborozado late,
 y codicioso de poder ó fama
 nobles peligros ama,
 baldón estime sólo y vituperio
 el prez que de la Patria no reciba,
 la libertad, más dulce que el imperio,
 y más hermosa que el laurel, la oliva.

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Otro de los defectos de que adolecen, en mi humildísima
 opinión, las poesías de Bello, es el encabalgamiento forzado (ó
enjambement, como le llaman los franceses, ó *concatenación poética*,
 como quiere Don Ricardo Ovidio Limardo que se diga), el cual
 defecto, además de que dificulta la lectura, da al traste sin
 remedio con la melodía de los versos. No sólo de uno á otro,
 sino con frecuencia en más de dos, se ve al encabalgamiento
 abarcando dos ó tres sílabas apenas del verso que puede califi-
 carse de pasivo, y no el primer hemistiquio por completo, ya

que el pensamiento finaliza en dichas sílabas. Encabalgando así, es quitar á los versos su elegancia, y acusa desde luego pobreza de imaginación, tanto como falta de facilidad para versificar.

Lo que quise decir, si bien me acuerdo,
es que la línea recta, cuanto puedas,
evites : tortuosas las veredas...

(*La moda*).

Y se propone hacer una leyenda
en que bonitamente las ensarte
todas, sin que aparezca en nada el arte...

(*La moda*).

Lejos del necio y vano
fausto, el mentido brillo...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Deja la prole implume
el ave, y otro bosque no sabido...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Bendecida de tí, arraigue y medre
su libertad ; en el más hondo encierra...

(*Á la agricultura de la Zona Tórrida*).

Ya beben el aliento á las bermejas
bocas, como lo chupan las abejas...

(*La oración por todos*).

Para que el encabalgamiento sea bello, elegante y armonioso, debe terminar forzosamente en el primer hemistiquio :

Y para ti el maíz, jefe altanero
de la espigada tribu, hincha su grano...

ANDRÉS BELLO.

Intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión : el diente impío
de insecto röödor no lo devore...

ANDRÉS BELLO.

En tu seno nacida
fué la primera luz, hija del cielo...

FERMÍN TORO.

Oíd. Bramando crece
nocturna, horrenda lid. El firmamento
con pálidas estrellas aparece...

FÉLIX SOUBLETTE.

Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar, la Italia ciega...

MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Y las mismas condiciones de belleza tiene, sin duda alguna, cuando abarca á entrambos hemistiquios, para finalizar en el segundo el pensamiento :

Escasa industria bástale, cual puede
hurtar á sus fatigas mano esclava...

ANDRÉS BELLO.

Que cuando de süave
humo en espiras vagarosas huya...

ANDRÉS BELLO.

O en el follaje oscuro de una yerma
cumbre recién mojada de rocío...

ANDRÉS BELLO.

Tú siempre flotarás con tus eternas
leyes sobre los orbes que gobiernas...

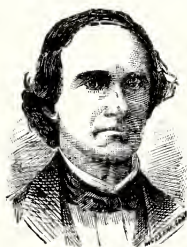
GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Pero ninguno de los defectos apuntados, ni todavía todos juntos, podrán oscurecer ni deslustrar en ningún tiempo la purísima gloria del excelente poeta descriptivo, del que amó con todo su corazón á la gran Patria Americana, cantando su hermosura y su riqueza en forma tan brillante y primorosamente artística, que no ha sido igualada hasta la fecha, ni mucho menos superada, por ningún otro poeta.

He dicho en otra parte que el poeta venezolano que ha tenido fisonomía más acentuadamente clásica, es Don Rafael

María Baralt, no sólo por su natural inclinación, no sólo por el cariño que le puso á semejante manera desde joven, sino también porque en sus poesías multiplica las imitaciones de los clásicos del siglo de oro, abusa de lo arcaico y frecuente demasiado los retorcidos giros empleados por aquellos escritores; giros no malsonantes en la época en que eran un elemento de belleza, de acuerdo con el gusto que imperaba, pero gastados, desagradables é incoloros para cuando escribió Baralt. Á éste, más que á Bello, pueden aplicarse con propiedad mayor los conceptos expresados por Menéndez Pelayo, puesto que Bello fué inferior en el manejo de la versificación. Baralt tuvo imaginación brillante, como sin duda se verá en los mejores trozos de la oda al descubridor del Nuevo Mundo; pero la sofrenó con fuertes bridas, subyugado por su ferviente admiración hacia la escuela literaria que él pudo extremar con los recursos de su sabiduría y extraordinaria habilidad. Por eso tiene mérito excelente como versificador perfecto, sin que pueda titularsele de gran poeta. De tal manera es rígido á las veces, amanerado y asaz artificioso en sus versos á maravilla hechos, que las ideas que ellos encarnan, llegan á perder en la expresión buena parte de su magnífica hermosura. En ocasiones es necesario releerlos, para alcanzarles el sentido y comprender sus elevados pensamientos. La reacción contra los extravíos del romanticismo, en la cual reacción tomó Baralt una parte muy activa, lo hicieron excederse en el designio de revivir, con todo su esplendor, una escuela manoseada, asaz arcaica y por tanto incomprensible en aquel tiempo, la cual, en fuerza de lo mismo, no podía tener éxito entre la gente ineducada, desde luego que se contradecía y resultaba incompatible con las nuevas tendencias y aspiraciones dominantes de la época. En suma, que para entender á Baralt en toda su integridad como poeta, y para apreciar las bellezas innegables que aparecen en su obra, es preciso poseer la ilustración que ella reclama, retroceder en el espacio y en el tiempo, y relacionarla íntimamente con el gusto que se empleó para escribirla, delicioso y admirable en la afamada centuria de la literatura española (centuria yá hoy apenas conocida por algunos literatos de los que todavía suelen leer las cosas viejas y olvidadas), pero sin duda en riña abierta con el espíritu renovador de mediados del siglo décimo noveno. En el *Adiós á la Patria*, que es una de las poesías menos amaneradas de Baralt, siempre se ve el tributo que el insigne zuliano pagó en todas ellas al clasicismo exagerado; y lo primero que se observa en sus afiligranadas liras, es la contradicción que existe entre la frialdad de su expresión y la ardiente y hermosísima tie-

rra que describe, siempre llena de sol deslumbrador, de brillantísimos matices, de admirables perspectivas, y desde cuyos bordes ornamentados de palmas se dilata, azul como el palio de los cielos, el rumoroso lago que supo cantar Yepes en su ar-



Fermín Toro

moniosa lira. Y ahora copiaré, para finalizar estos conceptos, el madrigal *Sus labios*, á fin de que se vea que hasta en el madrigal, composición para la cual se necesita la mayor gracia, frescura, flexibilidad y ligereza encantadora, Baralt no se atrevió á prescindir del fanatismo que llegó á apoderarse por completo, hasta tiranizarla, de su elevada y luminosa inteligencia.

Puros, rosados, frescos, relucientes,
dulces á quien los mira, al tacto ardientes ;
y si oprimidos, blando
aroma y miel brotando.

Pétalos de una flor lozana y pura
 dirás que son ; pero mi amor te jura
 que tus labios son éstos,
 cuando, abeja de amor, los libo á besos.

Don Fermín Toro suplió, con lo selecto de su cultura intelectual, la innegable deficiencia de sus facultades poéticas. Su nombre no vivirá por sus composiciones en verso, ni mucho menos por la calidad intrínseca de sus novelas, sino por la majestad de su prosa y por la elocuencia de sus discursos. Lo mismo cabe afirmar cuanto á Cecilio Acosta, á pesar de haber sido más espontáneo como poeta que Toro, y de haber poseído mayor donaire y elegancia para versificar. Don Fermín Toro fué, antes que todo, un eminentísimo orador. Los que le conocieron han dicho que era un hombre de singular fealdad, pero que en la tribuna se iluminaba su semblante de tal suerte al favor de su deslumbradora elocuencia, que se transfiguraba de varonil hermosura. Á sus dotes estupendas de orador fué á lo que debió su elección para primer Presidente de la Convención que se reunió en Valencia el año de 58, compuesta de los hombres más notables, en fuerza de su sabiduría y de su inteligencia, del partido conservador de Venezuela. El candidato que generalmente sonaba, por su reconocida honorabilidad, era el distinguido ciudadano Don José Eusebio Gallegos ; pero la opinión se condensó de una manera espléndida por Toro, y los diputados le favorecieron con su voto, sin ninguna clase de vacilaciones, entre otros motivos de gran peso, «*por oírlo hablar.*» Detrás de estas palabras, sencillamente hermosas, se ve resplandecer la gloriosa excelsitud del orador. Príncipe de los de la República en en aquella época, le apellidaron sus contemporáneos.

Mayor, mucho mayor poeta que Baralt, alcanzó á serlo José Heriberto García de Quevedo, por la riqueza de su fantasía, por su fecundidad maravillosa, por los atrevimientos de su inspiración, por su torrencialesca expresión lírica, por la abundancia de su vocabulario y porque no se encerró en estrechos límites, sino que trabajó obras magníficas de poderoso aliento. Con él no rivalizan, en semejantes sobresalientes cualidades, sino muy pocos de nuestros más altos poetas. Escribió en colaboración con el célebre Zorrilla, como se ha dicho atrás, el poema bíblico *Pentápolis*, el poema religioso *María* y un *Cuento de amores* ; y en cada uno de los cantos que le corresponden en las referidas obras, no sólo emula á su maestro y compañero, sino que en ocasiones lo aventaja. Fué poeta épico, poeta leyendario, poeta eminentemente lírico, y en todos los géneros

que se atrevió á invadir con su talento y su arrogancia, puede decirse que triunfó. Su educación esmeradamente clásica le sirvió para jamás abandonar el culto de la forma bella; pero él no se valió del clasicismo sino de un modo indirecto, modernizándolo con amplitud completa é independizándose de su manera arcaica, de su vocabulario antiguo, de sus giros entabados y de su alambicamiento sin brillo, sin hermosura y sin fragancia. No fué un poeta relamido, sino un poeta elegante sin ninguna afectación. Tiene composiciones en que llega á ser verdaderamente hermoso, sosteniéndose imperturbable en las alturas. Sus descripciones son vivas, pintorescas y animadas; se mueven con soltura, y se encarecen por la flexibilidad en el manejo de los versos. Se produjo en muchos metros y en diversas estrofas distintas en la forma; pero en la octava real y en el romance de versos octosílabos, fué donde más brilló por su maestría y gentileza. Mas á pesar de todo, no puede considerársele como poeta sin pecados. La abundancia de su imaginación, la independencia de su temperamento y el natural influjo ejercido sobre él por la época revolucionaria en que escribió, le hicieron incurrir por una parte en la amplificación viciosa, y por la otra en defectillos correspondientes á la forma, tales como cacofonías, sinalefas formidables, exagerados hiatos, versos duros y pedestres, encabalgamientos forzados é insonoros, y á mayor abundamiento, en el desapacible uso de las palabras esdrújulas y agudas en los versos impares del romance de ocho sílabas asonantado en forma grave. El padre Francisco Blanco García, en la obra que he citado varias veces, dijo lo siguiente con la mayor formalidad: «Cundieron más que las poesías propias y originales (de García de Quevedo), las en que colaboró con el maestro.» Semejante afirmación es natural: Zorrilla era español, y venezolano García de Quevedo; razón muy especiosa por la cual el ilustradísimo agustino pretendió que el segundo no tuviese sino el brillo reflejo del primero. Sin embargo, García de Quevedo vale más como poeta original, que como imitador; y yo me atrevo á asegurar que si hubiese escrito en Francia y en la lengua de Víctor Hugo y de Alfredo de Musset, hoy se le pondría muy cerca del ilustre Lamartine en las primeras poesías de éste: en aquellas *Meditaciones* siempre llenas de verdadero brillo y de música sonora.

Y aquí me descubro con respeto y con profunda admiración ante la brillante y nobilísima figura de José Ramón Yepes, que es sin duda alguna, en toda la extensión y excelencia del epíteto, uno de nuestros más altos poetas, el más grande de los zulianos hasta ahora, y el que tiene más derecho á que

se le eternice en el bronce y en el mármol, con la mayor solemnidad, en la bella ciudad de Maracaibo, en la patria que él pintó con soberbio colorido, ensalzó en todos los tonos con su lira, glorificó con su elevada inteligencia y amó con toda el alma. Por supuesto que me refiero al poeta eminentemente original, al poeta vernáculo é indígena, al poeta que supo condensar el sentimiento y la filosofía en la forma vaporosa de las *Nieblas*, al que dijo en irreprochables versos, estupendamente artísticos, la vida de *La golondrina*, el *Himno epitalámico*, las gracias y hermosura de *La ramilletera*, la descripción de *Las orillas del lago*, la grandeza de *La media noche á la claridad de la luna*, la balada de *Santa Rosa de Lima*, el poema *Los hijos de Parayauta*, y otras composiciones ya de fisonomía india, ya de sabor criollo, ora eminentemente subjetivas, ora apenas descriptivas de la naturaleza. Allí es donde Yepes alcanza la victoria (me refiero á Venezuela) sobre sus contemporáneos, rivaliza airoosamente con insignes poetas extranjeros y conquista la corona de su inmortalidad. En la poesía india, en la del rumoroso lago azul y en la de los alegres campos que circundan á la ciudad del Zulia, Yepes es poeta único en nuestro fértil suelo, tiene personalidad propia, resalta por el brillo de su originalidad, sorprende por su delicadeza y por su arte sin afectación, y á fuerza de colorido exacto, de encantadores *ritornellos*, de riqueza y selección en los vocablos, de característico aire regional y de cierto dulce tono que á manera de *leitmotiv* resnena de un modo intencional en todas sus composiciones ajustadas á ese aspecto peculiar, ostenta en nuestra historia literaria una fisonomía parecida á la gloriosa y asaz interesante de Federico Mistral en la Provenza. Imitó á Selgas en *El nacimiento*, y lo igualó; imitó á Trueba en el canto *Pastoril*, y alcanzó á superarlo; creó las incomparables *Nieblas*, é hizo en su delicada forma algo más aéreo, más artístico y hermoso que las *Doloras* de Don Ramón de Campoamor, porque éstas están llenas de pesimismo y amargura, en tanto que las *Nieblas*, de melancolía inefable, de consoladora fe y de esperanza contagiosa. La que escribió con motivo de la muerte de María Luisa Álvarez, puede decirse que es insuperable, por la originalidad del pensamiento, por lo bello de la expresión y hasta por la música de los versos. Yo creo que es difícil escribir nada que sea más sentido y primoroso:

Cogiendo flores en la campiña,
más vaporosa que el aura leve,
aquella dulce risueña niña
vió una mañana

dos nubecitas color de nieve
que se tiñeron color de grana.

—«Quiero ser nube»—dijo la niña
más vaporosa que el aura leve.
Y con las flores de la campiña,
cintas y galas,
y con sus velos color de nieve,
la dulce niña formó sus alas.

Cuando en los huertos de la campiña
y al viento leve de la mañana
la pobre madre buscó á su niña,
¡ ay...en su anhelo,
vió que entre nubes color de grana
la dulce niña volaba al cielo !

El *Himno epitalámico* es un joyel precioso ; la balada de *Santa Rosa de Lima* abunda en movimiento, en colorido marinesco y en flexibilidad de versificación ; y en *La media noche á la claridad de la luna*, todo es admirable : la elevación de las ideas, la solemnidad del tono, la magnificencia de las estrofas á maravilla trabajadas, la expresión del asombro religioso que despiertan en la inteligencia humana la inmensidad de lo infinito y el silencio profundo del misterio, y hasta el uso de aquellos artísticos estrújulos en los terceros heptasílabos, los cuales contribuyen poderosamente, con la repercusión armoniosa del sonido, á la grandeza y majestad de tan gloriosa poesía.

La ramilletera se encarece por el derroche de ingenio y gentileza :

Ramilletera de estos alcores,
siempre vendiendo, llenos de cintas,
de cintas verdes, ramos de flores ;
si yá vendiendo
te siguen siempre los ruisñores,
no es por las flores de gayas pintas,
sí por el seno do van las cintas.

Del huertecito de los mauzanos
dicen que quieres, ramilletera,
los olorosos lirios enanos.

¿ Por qué los quieres,
cuando no hay lirios como tus manos ?
No por la fama, que es volandera,
sí por ser lindos, ramilletera.

Tienen tal magia tus ojos pardos,
que el dios con venda sobre los ojos,
entre verbenas, mirtos y nardos
guardó su venda,
rompió la aljaba, rompió los dardos,
queriendo sólo que en sus enojos
sirvan los dardos que hay en tus ojos.

Como andas siempre por los rosales,
y esas tus trenzas son hebras de oro,
dicen no hay otras trenzas iguales,
porque en tus trenzas,
á los suspiros primaverales,
van ocultando como un tesoro
las mariposas su polvo de oro.

Según repiten las zagalejas
por las encinas de boca en boca,
mientras dormías so las añejas
altas encinas,
posó en tus labios tropel de abejas,
y al despertarte, la turba loca
panal del Hibla llamó tu boca.

¿Qué más? El día que en las junqueras,
cogiendo flores, quedó tu talle
preso entre juncos y enredaderas
llenas de flores,
se dijo á gritos en las praderas
que entre los juncos del hondo valle
no hay junco verde como tu talle.

No, pues, te engrías, dulce paloma,
vendiendo incauta tus ramilletes :
es que no hay flores de tanto aroma
como la incauta
que baja al valle, sube á la loma,
dejando toquen sus brazaletes,
mientras le compran sus ramilletes.

Y en ¡ *Tardas!* es verdaderamente sublime la expresión apasionada del amor :

¡ *Tardas!* ...Y muere el día,
y se acerca la noche, y desespero.
Tardas, Clemencia mía,
porque no sabes tú cuánto te quiero.

Herido siento el corazón, y llóro,
y tú tardas, Clemencia, y yo te adoro.

En silencio apacible
se han venido los astros asomando.
¡ Y tardas !... Imposible
es vivir como vivo, agonizando,
muriendo en medio de tan dulce calma.
¡ Ay, si vinieras tú, bien de mi alma !

¡ Si vieras, en mi anhelo,
cómo sufro esperando tu venida !
¡ Cómo demando al cielo
la paz del corazón, ya que la vida
eres, Clemencia, tú ; tú, que no vienes
y aquí esperando sin piedad me tienes !

En zozobra tan triste,
piénsalo bien, Clemencia, yo me muero.
Mi alma no resiste
el bien de la esperanza, si te espero.
¿ El bien de la esperanza ?... ¡ Cuán sombrío
es ese bien si tardas, amor mío !

Clemencia, bien lo sabes :
mientras mi pobre corazón se abisma,
solemnes son y graves
nuestros destinos, nuestra vida misma.
¡ Silencio, hermosa ! Cuando así se quiere,
palpita el corazón, estalla... y muere.

En suma, que el Yepes de todas las composiciones mencionadas, de otras de la misma ó parecida índole, y de las que forman el poema desgraciadamente inconcluso *Los hijos de Parayanta*, en todas las cuales se hacen raros los versos pedestres ó prosaicos, las asperezas, oscuridades de sentido, incorrecciones, frases extravagantes ó vulgares, alambicamientos sosos ó amplificaciones de mal gusto, es el Yepes admirable, el Yepes primoroso, merecedor de la apoteosis y que pertenece á la inmortalidad. En esas poesías se siente el aire de la Patria, el ruido de las espumas y las olas, la animación de las barquillas, el misterioso rumor de las palmeras remecidas por los céfiros, la voz de lo sobrenatural en las campanas de las torres, el fuego del hogar, el calor de la familia, la dulzura de los afectos que recalientan y estimulan al corazón en las tormentas de la vida, la melancolía, en fin, y la tristeza, y la profunda nostalgia que se apodera del hombre cuando no vive en el seno de la

Patria, ni se alegra en su regazo, ni se alimenta de los jugos de su seno; y todo éso, engrandecido por la imaginación lozana, por la belleza del arte y por la exquisitez del sentimiento, es lo que caracteriza á Yepes como poeta original é inconfundible con ninguno en Venezuela, y lo que hace de su admirable obra la condensación exacta, la fidelísima pintura y la síntesis brillante de la tierra regional donde nació, vivió y cantó, no sólo para gloria de ella misma, sino también para ornamento esplendoroso de la Nación Venezolana.

En los odas es frío, declamador y palabrero; en algunas de sus meditaciones filosóficas, desmazalado y nebuloso; en sus disertaciones rimadas acerca del darwinismo y de las teorías materialistas, cansado é ilegible por absolutamente prosaico; y en muchas de sus composiciones religiosas, el hombre que hace versos por hacerlos con la facilidad que le es característica, y por satisfacer el sentimiento piadoso de sus conciudadanos. Por todo lo cual es de desearse que sus hijos, como un homenaje á la verdadera gloria de su padre, publiquen la segunda edición de sus poesías, descartando la primera de las que sean indignas de tan preclaro ingenio, haciendo de ellas todas la más cuidadosa selección, y clasificándolas con más sabiduría.

Don Felipe Tejera cierra su interesante obra *Perfiles venezolanos*, con la siguiente alabanza: «Yá para terminarse esta publicación, ha llegado la triste nueva de la muerte del ilustre poeta José Ramón Yepes, acaecida en Maracaibo el día 21 de Agosto del corriente año (1881). Refiérese que el poeta trabajaba una poesía en conmemoración del centenario de Bello; y como para madurar el plan de su obra, se paseaba de noche por el muelle de Maracaibo. Las estrellas vertían sobre la frente del bardo claridades apacibles, el aura tibia de los vecinos cocoteros refrescaba sus sienes, y corrían á lo largo de la ribera las aguas fosforescentes del lago, cuando el poeta, quizá absorto y embargado, abstraído del mundo y en pos de sublimada inspiración, cayó de improviso en las aguas. La noche eterna cerró sus párpados, y fué á continuar el divino cántico de los espíritus en el coro infinito de los cielos estrelados. Venezuela llora en él uno de sus mejores poetas.» «Hay hombres que—al correr en inmensa parábola hacia el sol del Ideal—dejan en pos de sí una sombra luminosa que se prolonga en las edades, como los cometas, que proyectan en los cielos su cauda esplendorosa: esa estela, que no apaga ni la noche de la muerte, son las producciones del ingenio.»

Si Don Félix Soublette no hubiese escrito más composiciones que *La gloria de Páez* y *La batalla de Ayacucho*, premiadas

ambas con justicia por la Academia Venezolana de la Lengua, ellas solas bastarían para considerarle excelentísimo poeta. Obra maestra es la primera, elogiada extensamente, en sesudo y jugoso juicio crítico, por la pluma de Don Ricardo Ovidio Li-



José Heriberto García de Quevedo

mardo, el cual escritor, en dicho juicio, tiene el brillo de que carecen casi todas sus producciones anteriores. La corrección y abundancia en el decir, el vuelo de la inspiración, la maestría en el desenvolvimiento y combinación del ritmo, la habilidad para emplear los adjetivos, y la grandilocuente y sonora entonación de los períodos poéticos, resaltan de un modo magistral en las dos composiciones. La cercanía de Soublette á la guerra de nuestra Independencia, la atmósfera que desde niño respiró en el regazo de su prócera familia, las tradiciones de ésta en la causa redentora, y la admiración del poeta por las glorias nacionales durante aquella época, sin duda que acendrarón la hermosura, en el fondo y en la manera artística de su atildada forma, de los dos épicos cantos. En el primero, mucho más que en el segundo, trasciende la influencia de Quintana, contrapesada eso sí con donairoso tino por la del célebre

Gallego, que supo recoger con bridas hábiles el vigoroso arranque de su fantasía, pero sin abatir su vuelo y esplendor. En *La batalla de Ayacucho* sobreabunda el epitetismo, se ven menos ideas que palabras, y la música de los versos tiene algo de wagneriano por su repercusión ruidosa. Soublette nació clásico á la vida literaria, y se mantuvo siempre fiel á su bandera, aunque sin incurrir, en los dos cantos mencionados, en exageraciones anaerónicas. En sus composiciones pertenecientes á otros géneros poéticos, vale poco por su falta de novedad, y se amanaera con frecuencia en la expresión. Véase, por ejemplo, *Luz y sombra*. Su índole poética está en relación más estrecha con lo objetivo que con lo subjetivo, y pinta mejor la realidad externa que los sentimientos del alma.

Ingente, como la de García de Quevedo, como la de Guardia y Yepes, es la obra de José Antonio Calcaño en la historia de la literatura nacional. Semeja él un espléndido cometa, cuya abundante cabellera está formada de hermosísimas estrofas. Nació eminentísimo poeta, y su educación en el seno del clasicismo, lo enseñó á ser artista. Imitó á Lamartine, á Leopardi, á Víctor Hugo, á Byron y á Zorrilla, siempre con éxito envidiable. Hay versos suyos que resplandecen como las chispas del brillante de aguas puras, estrofas que semejan joyeles peregrinos, poesías que parecen unos así como cálices de oro ornamentados con primor y henchidos de perfumes exquisitos. Supo expresar el sentimiento con delicadeza encantadora, decir con elocuencia de los dramas de la vida, llorar las amarguras del espíritu enfermo y desolado. Su verdadera poesía, la en que se siente el fresco soplo de la época moderna, y que merece por lo mismo admiración, es un raudal de ayes que enternecen, de lágrimas salidas de lo más íntimo del alma, de fragantísimos tomillos y de primaverales pétalos de rosas. Las poesías suyas que son dignas del elogio, pueden clasificarse en varios grupos enteramente definidos, y en todos ellos se advierte desde luego la huella más ó menos resaltante que ha dejado la sandalia de oro del poeta original y maestro en gay saber. Pero donde resulta verdaderamente admirable, donde brilla con todo su esplendor y donde su grande espíritu invisible puede hombrearse con los más altos poetas del siglo décimo noveno, es en las composiciones en que dice las amarguras de su corazón, los anhelos de su alma, los recuerdos inefables de su vida, sus dudas, sus creencias y sus aspiraciones ideales. Díganlo, si nó, *La saboyana*, en que describe la nostalgia con la mayor de las ternuras, con el más suave de los tristes coloridos, y con el más sugestivo de los medios ó representaciones; *Amor é*

inocencia, en que lamenta la felicidad perdida, y se duele de las amargas penas que le punzan el alma en medio de las flaquezas y tremendos devaneos del mundo engañoso; *La nave*, en que aconseja á su hermana un elevado sentimiento humanitario y dulcemente religioso; *El ciprés*, en que dice la tormentosa duda de su amante corazón, y amenaza con el remordimiento eterno á la mujer á quien adora, si ella le olvida y le es infiel en los brazos de otro hombre; *La hoja*, inimitable poesía de pronunciado sabor venezolano, en que revela el más hondo desengaño, expresándolo por medio de dos imágenes estrechamente unidas en la originalidad, objetiva la una y eminentemente simbólica la otra; y por último, *La muerte*, en que la llama como consuelo de sus desolaciones, vuelve la vista al cielo estimulado por la fe, y ardiendo en el divino resplandor de la esperanza, que le señala el rumbo hacia la eterna luz y hacia el ideal eterno, busca abrazarse en lo infinito con las almas á las cuales amó y que le amaron en la tierra. José Antonio Calcaño también supo expresar, con verdadero colorido, con interés creciente y con emoción profunda, ciertos dramas de esos intensamente tristes que pasan en el sagrado apartamiento del hogar, que lo llenan de tedio y amargura, que destruyen la felicidad en sólo un día, que castigan con el remordimiento acerbo, que matan con el cuchillo del dolor, y que revelan de improviso á la inteligencia ensoñadora de los niños las realidades aplastantes de la vida, espantándolos de un modo pavoroso con su tremenda fealdad y formidable pesadumbre. *¿Llorar al río*, *En la orilla de la mar*, *La faja azul*, *Frigus*, *¿Qué se hará Dios?* y *Los arabescos de Eduino*, son composiciones de tal manera sentidas, tan conformes con lo que se ve en la realidad, tan movidas en su interesante acción dramática y tan pintorescas en sus armoniosos versos, que nos graban para siempre en la memoria las figuras de sus personajes, nos hacen admirar las dotes singulares del poeta, y constituyen uno de los más firmes fundamentos de su gloria. El *Canto triunfal* que dedicó á Zorrilla, es un prodigio de versificación magnífica, abundante y primorosa, donde el poeta venezolano rivaliza con el insigne bardo de *Granada* y de las leyendas españolas, sobrepujándolo en la artística belleza de la forma. En ese canto la fantasía deslumbra, deleita la bien sostenida melodía de los alejandrinos, sorprenden el brillo y la riqueza del selecto vocabulario histórico, y resulta solemne y majestuosa la glorificación del genio que supo reconstruir en sus poemas, semejantes á ríos de brillantes y rubíes, de fragantísimas flores y espléndidas estrellas, la España de los tiempos medio-evaes. Cuando José

Antonio Calcaño se desvía de su temperamento y de su índole, para hacerse cultivador servil del clasicismo, decae de una manera lamentable y ya no se parece á él sino en muy poco. *Al Catuche*, *Á la reunión del Concilio Vaticano*, *Bolívar en Santa Marta*, *Á Calixto Oyuela*, *Genium* y otras semejantes, son composiciones frías, amaneradas y sin novedad alguna, que no sirven sino para enturbiar la gloria envidiable del poeta. Cuanto á la silva que dedicó *Á la Academia Española*, á pesar de que se muéstra rigurosamente clásica, es manjar exquisito y delicioso dentro de la escuela á que pertenece, aun cuando no todos los paladares puedan saborearlo con verdadero gusto, y mucho menos en el actual momento literario.

Oigamos al poeta en *La hoja*, digna, para mí, de admiración :

Ibamos niños
por la floresta
llena de aromas
y de rumor.
Todo cantaba
la alegre fiesta
del primer beso
de nuestro amor.

Nos saludaron
mirtos y palmas ;
su frente al sauce
doblar miré ;
á augurar dichas
á nuestras almas
cantó en las ceibas
el Dios—te—dé.

Hízonos tordo,
fresco y sombrío,
con sus ramajes
el cafetal ;
epitalamio
nos hizo el río ;
cantó las nupcias
un cardenal.

Vió por diadema,
su sien divina,
temblante aljófar,
diamantes mil ;
tuvo por velo
tenue neblina,
tules dorados
al sol de Abril.

Y allí, premiando
mi amor primero,
sus esponsales
me refrendó.
Con una espina
de limonero
sobre una hoja
los escribió.

¡ Cómo esa prenda
me envanecía !
¡ Ni en sueños hubo
ventura igual !
Yo era cual árbol
que se gloria
de su follaje
primaveral.

¡ Ay, qué ventura
tan ilusoria !
¿ Tánta protesta
dónde se fué ?
¡ Dílo, hoja frágil,
triste memoria,
donde la niña
grabó su fe !

Hoy, con la prenda
que me acongoja
contra este pecho
que la adoró,
soy como el árbol
al que una hoja
de su atavío
sólo quedó.

La obra poética del fecundo Heraclio Guardia es uno así como río caudaloso, aunque no siempre cristalino, y con ella se llenarán volúmenes. El viejo y simpático poeta ha hecho en verso historia, filosofía, epopeya, sentimentalismo dulce y deva-



José Antonio Calcaño

neos brillantísimos de imaginación. Bastante de lo que ha lanzado á los cuatro vastos vientos del espíritu en el idioma de las Musas, mejor habría cabido en los moldes de la prosa. Cuanto siente, cuanto inquiere, cuanto imagina y le sorprende en el espacio y en la tierra, todo lo versifica en diferentes metros con singular facilidad. Algunas veces resulta nebuloso, incomprendible, poco denso en las ideas y abundante en las palabras. No toda su torrentosa producción es poesía, ni en buena parte de sus versos hay pureza en el decir, ni acertada combinación melódica para con ellos producir la verdadera música de las estrofas. Los prosaísmos, las expresiones vulgares, las asperezas de forma que disminuyen el esplendor de las ideas en ella contenidas, le deslustran con frecuencia. El arte, el arte excelso, el

que brilla cual primorosa filigrana, parece impacientarle. Preocupado por expresar lo que piensa y lo que siente en su integridad esencial, á ello se abandona por completo, prescindiendo de esa correlación profunda que debe existir siempre, para que la belleza sea sin mancha, entre el pensamiento y la manera de decirlo, de forma que en ésta aquél se vea en toda su hermosura y dignidad. A veces vuela, vuela por lo más alto del cielo, y se baña muy de cerca en los resplandores del sol; á veces canta de suerte tan dulcemente melodiosa, que el alma, al escucharle, se conmueve. *La primavera*, por ejemplo, huele como una fresca rosa, alegra como el alba, arrulla como los céfiros del campo. Como Abigaíl Lozano, Heraclio Guardia es poeta en toda la extensión de la palabra; y si Lozano le vence en audacia y esplendor de fantasía, jamás en corrección. En la Grecia antigua hubiera sido, por la abundancia de su versificación y por la inmensa variedad de los asuntos que ella canta, no el poeta, sino el bardo, y al mismo tiempo, el rapsoda de sí propio, el rapsoda original.

Cuanto á Domingo Ramón Hernández, es el poeta más popular que ha existido en Venezuela, después de Abigaíl Lozano. ¿Quién que haya leído algo siquiera de la literatura nacional, no le conoce en la República? ¿Quién es el que no sabe de los encantos de su lira, de su ternura angélica, de aquel perenne sentimiento que brotaba de su corazón como un torrente de melancolía, como un raudal de lágrimas sinceras, como un río de sollozos? ¿Quién no ha llorado con su llanto, y sentido con la grandeza de su alma, y tenido tedio de la vida con aquel escepticismo suyo en presencia de la eterna farsa humana, de las comedias y mascaradas del mundo, de las horribles pequeñeces y pavorosas ruindades de los hombres? Creyó en Dios, fué religioso á su manera, rindió culto ferviente á los heroicos paladines que lucharon bravamente por la Libertad y por la Patria, coronó de verdes palmas y de flores á la virtud ignorada y olvidada, puso ofrendas de lirismo delicioso en el sagrado altar de la naturaleza, amó, en fin, todo lo grande, todo lo noble y bello, todo lo sublime y delicado. Su poesía huele á grama fresca de márgenes de arroyo, á campestres florecillas, á fragancia de limoneros y jazmines. Leyéndole sentimos y observamos las inmensas verdades de la realidad objetiva y subjetiva, y no nos acaricia ningún ambiente extraño, sino el ambiente de la Patria. El sentimiento, el más profundo sentimiento, cándida flor del corazón y radiosa luz del alma, es lo que más vibra en sus versos y se respira á pulmón pleno con delicia. Fué poeta eminentemente romántico; mas no romántico de escuela, de conven-

cionalismo pasajero, de intención revolucionaria, sino romántico de temperamento y de carácter, por aquella honda tristeza que despertaron en su alma los dolores, los tremendos dolores de la vida, los que caen con más fuerza, como garra implacable y despiadada, sobre el genio, la virtud y la belleza. La poesía en que llora, en que se queja, en que desahoga sus grandes amarguras, ó bien directamente, ó bien por medio del simbolismo más hermoso, como en el admirable *Canto de la golondrina*, es la que tiene más relieve, la que vive en una eterna juventud, la que nunca morirá, la que lo hace poeta de fisonomía propia y casi inimitable. En esa poesía íntima, tierna como un suspiro, desbordante de angelical delicadeza, nadie lo sobrepuja en Venezuela, y es tan notable, de fijo, como Yepes, como José Antonio Calcaño, como Jacinto Gutiérrez-Coll. El famoso Don José Echegaray se atrevió á parafrasear las *Alas de mariposa*, y resultó inferior á Hernández en la idea y la expresión. Sin aparecer nunca afectado, ni pedante, ni asaz artificioso, el poeta venezolano, en sus versos, es artista, aun cuando á veces caiga, si nó en vulgaridades, sí en incorrecciones y llanezas. Ser poeta y ser artista son para mí dos conceptos diferentes. Los críticos le ensalzaron, y le ensalzaron con justicia. Su grande espíritu cruzó por los espacios de la gloriosa inteligencia nacional cantando como las alondras, blanquísimo de alas, luminoso como la estrella de la tarde, y dejando en pos de sí como un reguero de resplandores inmortales. Su nombre esplende en nuestra historia literaria como uno de sus blasones más hermosos.

¡Qué bello es el *Canto de la golondrina*, en cuyos versos dijo él su propio canto dulcemente melancólico!

Dejé el alero donde vivía,
crucé los mares, luégo torné ;
mas el alero yá no existía
que fué mi cuna, que tanto amé.

Busqué otro techo donde abrigarme,
y lo hallé rico ; ¡ mas ay de mí !
que yo no puedo nunca olvidarme
del pobre techo donde nací.

Mis tiernos padres allí miraron
por vez primera la luz brillar,
y allí más tarde me acariciaron,
fuerza me dieron, y eché á volar.

Naturaleza me dió un tesoro,
que siempre avara gocé feliz,
ya en el insecto volátil de oro,
ya en el rastrero, rico en matiz.

Y entre los brillos matutinales
valles y montes atravesé ;
rocé mis plumas con los rosales
y en los arroyos me reflejé.

Á donde quise llevé mi vuelo
entre horizontes, luz y arbol ;
y en todas partes encontré cielo,
y encontré nubes, y encontré sol.

Y si afanosa pasó mi vida ;
si me miraron todos pasar
cual ave errante que va perdida,
volando á locas, sin reposar,

fuéronme oasis los más seguros
para el descanso reparador,
las altas torres, los viejos muros
y el techo humilde del labrador.

Mas hoy advierto, cansada y triste,
que mi reposo me lo dejé
con el alero que yá no existe,
que fué mi cuna, que tanto amé.

¡ Y qué casta y qué fragante aquella flor que *En la tumba*
de Amelia depositó bañada en lágrimas !

Triste, á la luz con que la tarde brilla,
vengo á regar con llanto de amargura
esa flor que tan sola y amarilla
se mece en tu olvidada sepultura.

No tienes otra gala en tu aislamiento.
¿ Y qué otra gala conquistar podría
quien tuvo por tesoro el sentimiento,
el bien por faro y la virtud por guía ?

¡ Ay ! la que sólo muéstra su hermosura
ceñida de candor, rica en decoro,
no espere, nó, que en su postrer clausura
mármoles se alcen entre verjas de oro.

Y tú, que de las noches y los días
en tu labor contabas los instantes,
si en tus bucles violetas te prendías,
no adornabas tu cuello con diamantes.

Al fin se marchitó tu primavera,
cubrió la palidez tu faz de rosa,
y la muerte voraz su garra fiera
clavó en tu pecho y te arrojó en la fosa.

Mas no importa que el mundo, indiferente,
pasando huelle tu reliquia santa ;
que palmas ves lucir sobre tu frente
y estrellas fulgurar bajo tu planta.

¡ Duérme !... Á la luz con que la tarde brilla
vengo á regar con llanto de amargura
esa flor que tan sola y amarilla
se mece en tu olvidada sepultura.

Don Eloy Escobar fué un poeta elegíaco muy ensalzado por sus contemporáneos, pero completamente anacrónico en su tiempo, en fuerza de su fisonomía vetustamente arcaica. De él y de Arístides Calcaño son muy pocos los que todavía se acuerdan. Arístides Calcaño, como José Antonio Maitín, fué harto fecundo, pero con las mismas desigualdades, incorrecciones y abundantes prosaísmos que el solitario cantor del Choróní. Don Julio Calcaño deja muy atrás á su hermano Don Arístides en el atildamiento de la forma ; pero sus versos por lo general son fríos, aun cuando en ellos se vea la cultura intelectual del escritor. Él vale más en sus críticas, en sus novelas y en sus cuentos, á pesar de tener composiciones tan sentidas como *Al paterno campo*, la cual no hubiera trabajado mejor su hermano José Antonio, que es entre todos los Calcaños el único á quien puede calificarse, á labios llenos de loores, de eminentísimo poeta. Y por lo que se refiere á Don Pedro Arismendi Brito, compáresele con José Ramón Yepes, con Domingo Ramón Hernández, con Pardo ó con Gutiérrez-Coll, y se verá la enorme distancia que se advierte entre el versificador empeñado en serlo culto, y los ingenios de alta inspiración, ó sean aquellos en quienes se reúnen, con admirable

afinidad y estrechísima armonía, como en la bella flor la esencia dulcemente delicada y la pompa inimitable de los pétalos, de los colores y contornos, la potencia original de las facultades singularmente creadoras y la destreza fácil y primorosa del artista.

Eduardo Calcaño descolló como orador; fué uno de los más eximios que ha producido Venezuela, y en ello está su gloria. Como Don Fermín Toro, él no vivirá por sus versos, sean ellos cuales fueren y á pesar de su parnasianismo delicado, sino por la esplendente hermosura de su prosa y por la cautivadora elocuencia de sus discursos. En otro tiempo escribí el perfil que va en seguida; y si lo reproduzco ahora, es no ya sólo porque mi juicio no ha variado respecto del Doctor Calcaño, sino también porque no quiero repetirlo con diferentes frases.

«Alguien ha dicho—no sé cuándo, ni dónde, ni con qué motivo—que el antiguo hogar de los Calcaños era un nido de ruiseñores ó de alondras, fundándose para decirlo en que todos han sido escritores y poetas. ¡Y es un hecho indiscutible! Todos nacieron con talento, y todos han cultivado con mayor ó menor éxito las letras. Pero los Calcaños se dividen en dos categorías, no ya sólo por la alteza del ingenio, sino también por la cultura intelectual, por el sentido estético, y hasta por la fama de que gozan en todo el continente. Á la primera categoría pertenecen Eduardo, Julio y José Antonio, porque son los que tienen más talento, los que saben más y mejor sin duda alguna, y los que más han figurado en la reducida historia de nuestro desenvolvimiento literario. Los tres han hecho versos, novelas, disertaciones y discursos; pero cada uno posee su especialidad, en la cual no se le hombrea ninguno de los otros dos: Eduardo es orador, crítico Julio y José Antonio poeta, uno de los mejores y más cultos poetas del suelo americano.

«De Don Eduardo se saben en Venezuela muchas cosas: se sabe que es un diarista muy fecundo, y no como se quiera, sino correcto, elocuentísimo, cautivador y apasionado; se sabe que fabrica versos, muy sentidos los únos, impasables los ótros á fuerza de prosaicos, no nada originales la mayor parte de ellos; se sabe que hace música, música parecida en lo quejosa á la poesía regional de los gallegos, música á lo Bellini y Donizetti, muy triste, muy romántica, muy llena de soponcios y dejos melancólicos, muy propia, en suma, para ser cantada al són de la guitarra en las noches espléndidas de luna, entre enredaderas y árboles frondosos, y aspirando fragancias de claveles y rosales al soplo de los céfiros cargados de frescura; se sabe que recita poesías con una propiedad que maravilla, con

una intención insuperable, con un arte correctísimo, con cierta *pose* harto simpática, dándole á cada idea, á cada frase, á cada verso, su legítima expresión y verdadero colorido; se sabe, en fin, que escribe cartas deliciosas, diserta-



Domingo Ramón Hernández

ciones llenas de síntesis soberbias, elocuentísimos discursos, y que es un artista del idioma como no hay muchos en América, de soberana inspiración y primoroso gusto literario.

«Pero como Don Eduardo Calcaño vale más es como orador eminentemente artista, en lo cual no le aventaja ni le ignala nadie en Venezuela. Andueza Palacio, que es un voto muy autorizado, no por Presidente de la República, sino porque también es orador, y orador que puede hombrearse dondequiera, dijo en cierta ocasión que Don Eduardo era entre nosotros *el príncipe de los artistas de la palabra*, y le sobró razón para decirlo muy en alto.

«Cuando el Doctor Calcaño era en Madrid nuestro Ministro, pronunció un hermosísimo discurso en un banquete celebrado en no sé cuál de los teatros de la Corte, y al día siguiente dijeron casi todos los periódicos que el Ministro de Venezuela

era un verdadero prodigio de elocuencia. Para que en una tierra como la capital de España, que es la tierra de los grandes oradores—¡de Castelar, Pidal y Mon, Moret, Martos y otros!—se diga aquéllo de un orador americano á quien se oye por la primera vez, se necesita que éste posea, en grado muy notable, las singulares dotes del orador artista. En Caracas todos estamos convencidos de que Don Eduardo las posee cual ninguno; y gibelinos y güelfos confesamos, aunque no falten envidiosos que lo nieguen por pequeñez tristísima de alma, que él, que Don Eduardo Calcaño, ó sea un ciudadano que gasta lentes de oro, y camina con garbo y gentileza, y viste con elegancia y pulcritud, y tiene un trato que encanta por lo fino, es el orador artista más notable que tenemos, llámense como se llamen sus émulos de gloria en la tribuna. Una noche, en Nueva York, celebraba la colonia hispano-americana una fiesta muy hermosa. Allí se recitaron poesías, hubo música de orquesta, se tocaron en el piano bellos trozos y hablaron varios oradores. Cuando yá el acto iba á terminar, se le pidió al Doctor Calcaño que dijera :—¡Estos labios que Dios me dió, son míos!—El Doctor Calcaño no se negó á complacer al auditorio, y de sus labios cayó sobre las gentes, que le oían encantadas, el vistosísimo raudal de su elocuencia. Cada aplauso era un estruendo, y cada aclamación un tumulto estrepitoso de entusiasmo. Y la verdad es que, en cuanto dijo la última palabra del discurso, tuvo que inclinarse á recoger pañuelos, abanicos, guantes perfumados, ramos de flores y sombreros. El entusiasmo del concurso había arrojado á sus pies aquel tributo, en señal de verdadera admiración.

«Otros le ganarán en seriedad, profundidad y trascendencia, porque saben más que él; pero en la originalidad, en la elocuencia y en el arte...; en el arte, sobre todo!... alcanza la victoria sobre los más gallardos. Á la belleza y novedad de las imágenes, que se escapan aleteando de su boca cual mariposas de reluciente pedrería; á la armonía de las cláusulas, que parecen dulcísimos acordes compuestos sabiamente para formar con ellos admirables conjuntos musicales; á la rotundidad de los períodos, que se desdoblán cual mantos imperiales de rutilante púrpura y armiño; al sentimiento, que corre por los párrafos como raudal campestre por entre cepas de tonillos; á la solemne majestad de aquellas síntesis grandiosas, en las cuales condensa por maravillosa suerte los rasgos más salientes de una época, de un acontecimiento histórico famoso, ó de la influencia ejercida por algún hombre extraordinario en los destinos de la humanidad; á la obra de mano del estilo, ricamente tra-

bajado como joya primorosa del siglo XVI; á todo éso, que yá es mucho, junta lo que más necesita el orador, y lo que sin duda lo hace tál en grado excelso: la elocuencia *córporeis* de que hablaba Cicerón con interés tan vivo, y que es la más difícil, porque si no la da naturaleza del tesoro de sus gracias, no es fácil adquirirla. Don Eduardo posee la dulzura y claro timbre de la voz, que se resuelve en modulaciones de flexibilidad riquísima; la apostura, que es serena y arrogante, como cumple á un sacerdote del espíritu, á un artista de la palabra humana, á un apóstol de la idea; el aplomo con que dice cada frase, cada cláusula opulenta, cada párrafo encendido por la llama inspiradora del ingenio, comunicándoles á tiempo el colorido eufónico que su intención há menester para realizar su efecto; la radiosa agilidad de la mirada, con la cual como que hinche de irisaciones deslumbrantes el raudal de leche y miel que se desprende de sus labios; las diversas expresiones de la fisonomía, en que se advierte la profunda convicción con que encarece los ideales de su alma; la propiedad con que pronuncia los vocablos, disminuyendo ó aumentando el volumen de la voz, según que ellos sean ásperos ó suaves, cariñosos ó coléricos, rugientes como el trueno ó apacibles como el soplo regalado del ambiente en una enredadera de campánulas azules como el cielo; la acción, el ademán, el gesto, en suma, manejados con tanta discreción y gentileza como para hacer más sensible y conmovedora la elocuencia que le hace conquistar en cada nuevo discurso que pronuncia, un triunfo nuevo.

«Don Eduardo nació orador. Aunque después las haya perfeccionado en el estudio, en la imitación y el ejercicio, las dotes que posee le vienen de la cuna. Cuando discurre en público, cuando habla en privado, cuando regenta alguna clase en la Universidad, cuando conversa en las visitas, cuando se encuentra en la Academia platicando con todos sus colegas, siempre es orador, orador elocuente y delicioso. Da gusto contradecirle en alguna opinión que tiene hondas raíces en su espíritu, porque da rienda suelta al verbo numeroso como á chorro de aguas vivas, y yá no hay sino escucharle con deleite. Escoge las palabras con verdadero tino, las agrupa en frases bellas, compone con las frases períodos que suenan como música, y los pronuncia con toda la elegancia con que pudiera hacerlo en la tribuna, ante un inmenso público y acariciado por el frecuente rumor de los aplausos. En ocasiones no satisface su argumentación, no convence su dialéctica, no persuade su sabiduría, pero siempre cautiva la rara genialidad de su elocuencia.

«Antes que yo lo ha dicho Gil Fortoul, pero yo quiero repetirlo ahora, porque viene como al justo para exhibir al orador tal

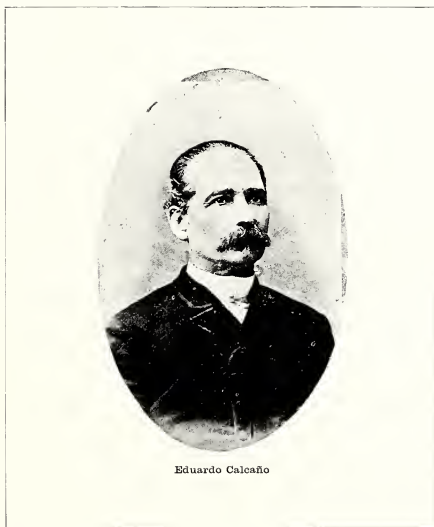
como es. Asistíamos de niños, en la Universidad Central, á la clase de legislación romana, regentada por el Doctor Calcaño. El día que el catedrático faltaba, estábamos tristes los discípulos, y nos íbamos de la Universidad alicaídos. El Doctor Calcaño entraba con la frente muy erguida, ponía el sombrero y el bastón sobre la mesa, se sentaba en la silla octogenaria, calábase los lentes un momento, veía el Ortolán con tristísima desgana, se pasaba la mano por la frente despejada y luminosa, quedábase mirando con fijeza y con los ojos muy abiertos los átomos de oro que nadaban en el rayo de sol vivo que se metía curioso por la puerta.....y de improviso comenzaba á hablar, primero dulcemente, después con entusiasmo, y por último, como si estuviera en el escenario de un teatro ó en la tribuna del Congreso. ¿De qué hablaba? De todo, menos de la legislación romana, esencia, medula y fundamento del derecho universal. Empezaba, verbi gracia, por las herencias, por las obligaciones, por los delitos y los cuasi-delitos, y terminaba con la influencia del arte en los destinos de la humanidad, con un himno de triunfo á la familia, ó con cualquiera otra cosa que guardaba muy escasa analogía con la lección de la mañana. Sin duda que era poco—acerca del derecho de la inmortal ciudad—lo que nos enseñaban aquellas disertaciones bellas; pero queríamos al maestro con singular cariño, y nos gustaba oírle sin perder cláusula alguna del discurso, porque nos deleitaban el riquísimo frasco y los resortes admirables de su artística palabra.

«Una imaginación pomposa, un sentimiento dulcemente delicado, un misticismo vago y delicioso, un idealismo que todo lo magnifica y embellece, y un arte para decir las cosas que parece trabajo de orfebrero, son los elementos que concurren á la composición de la elocuencia del distinguido orador venezolano. Con la imaginación deslumbra, con el sentimiento conmueve, con el misticismo evangeliza y sugestiona, con el idealismo envuelve las miserias de la vida en cendales de oro y escarlata, y con el arte se hace envidiar de todos los tribunos y oradores, á los cuales desesperan su habilidad y su maestría.

«Pedantes hay que dicen—en tono campanudo y despectivo—que los discursos del Doctor Calcaño no son sino lirismo; que si no fuera por el hondo sentimiento que respiran, no valdrían casi nada; que no tienen alcance científico ninguno, ni filosófico tampoco; en suma, que no se aprende nada en ellos. Pues á pesar de todo eso—que se dice por el prurito necio del hablar sin reflexión—Don Eduardo alcanza un triunfo extraordinario cada vez que pronuncia algún discurso; y con lo que á los pedantes se les figura poco ó casi nada...; con la imaginación y el sentimiento, que son omnipotencias!... se hace aplaudir de tirios y troyanos, de

escritores y poetas, de sabios y estudiantes, de damas distinguidas y mujeres del arroyo.

«Arte sublime es la oratoria—arte como la poesía—y no existe sino para cautivar. Ciencia y filosofía caben de fijo en su lengua-



je, mas no con el prosaico tecnicismo y exclusivo propósito docente que ellas usan en la cátedra. Si al profesor toca enseñar y al conferenciante persuadir, la misión del orador es entusiasmar las almas con la música del himno, con el mágico esplendor del ditirambo, con el vuelo del ingenio por la divina excelsitud del ideal. El profesor lleva á la inteligencia el conocimiento exacto de los hechos y de las causas de donde se originan; el conferenciante los describe y analiza para deducir de ellos imperativas conclusiones; el orador los sintetiza en frases bellas, en melodiosas cláusulas, en períodos grandilocuentes y sonoros, para impulsar á los hombres hacia el bien y la hermosura, que es lo que engrandece y glorifica á las naciones. Y así como el primero debe usar la sobrie-

dad y concisión austeras que convienen á la ciencia y á la filosofía, y el segundo exponer con claridad y deducir con absoluta precisión, el orador há menester—para sugestionar las multitudes y producir en ellas la tempestad del entusiasmo por los grandes ideales—de la música que encanta, de la síntesis brillante que deslumbra, del sentimiento que conmueve, y de la imaginación que sobrecoge y avasalla al magnificarlo todo con la eficacia milagrosa de su poder creador. El Doctor Calcaño conoce todo ésto con verdadera propiedad, y por eso es orador—y sin duda sabe serlo—con las gracias de la naturaleza y con las excelencias admirables del artista.

«Como todo talento superior, el Doctor Calcaño tiene gratuitos enemigos. Pues cuando el orador venezolano se yergue en la tribuna para adueñarse de las almas con el poder de su elocuencia, y despliega sus labios vibradores, y comienza á derramar de ellos poesía en ondas luminosas, hasta sus propios enemigos le aplauden y le ensalzan.»

Tampoco ha despuntado como poeta, ni menos de ello necesita para el brillo de su nombre, en la literatura nacional, don Marco-Antonio Saluzzo. Él es y ha sido, antes que todo, el orador de felices disposiciones académicas, lleno de armonía en la composición de sus discursos, ricamente sonoro en sus períodos, solemne y arrogante en la manera de decirlos. En toda la fuerza y gallardía de sus años, alcanzó triunfos ruidosos y envidiables ante extraordinarios concursos, que le aclamaban llenos de entusiasmo y le aplaudían estrepitosamente. Entre esos grandes triunfos debo recordar, porque los presencié y pude apreciarlos en toda su hermosa magnitud, los obtenidos en el *Teatro Caracas* con sus magistrales discursos referentes al espíritu de la verdad, el fino, y á la belleza y trascendencia gloriosa de la confraternidad humana, el ótro. En un medio más amplio y de más resonancia que Caracas, de cierto que el señor Saluzzo habría alcanzado mayor nombre famoso del que tiene. Andueza Palacio y Guzmán Blanco en su calidad de tribunicios, Bolet Peraza en cuanto parlamentario de recursos prodigiosos, y Eduardo Calcaño, Cristóbal Mendoza y Marco-Antonio Saluzzo como académicos de escultórico relieve, son los verdaderos oradores venezolanos en los últimos veinte y cinco años del siglo décimo noveno. En el señor Saluzzo el orador existe en todo virtualmente: en la declamación correcta, en la apostura distinguida, en lo culto de las maneras y de los precisos ademanes, en la elocuencia esplendorosa y no nada vacía, y en la pronunciada aristocracia del estilo. De él puede decirse, como de Toro y de Calcaño, que las condiciones más salientes de toda su obra literaria, son las relevantes condi-

ciones oratorias. Léanse todos sus discursos, siempre llenos de arte y de doctrina en vigorosas nobles síntesis; léanse sus *Estudios literarios*, entre los cuales se distingue (y de propósito lo repito aquí) el consagrado al redactor combatiente de *El Herald*; léase su notable obra titulada *Los tres máximos oradores griegos* (Péricles, Demóstenes y Esquino), sin duda alguna refleja en mucha parte, como era natural que resultara, á pesar del concienzudo y reflexivo estudio que hizo el escritor para planearla y componerla; léase su compendio de historia de la literatura hebrea, en el cual se alcanza á sentir la imitación de Juan Vicente González en la *Historia universal*; léanse, en fin, sus mesenianas, antes que todas la destinada á encarecer la memoria del ilustre ciudadano Etanislao Rendón, así como la hermosísima semblanza de Don Eduardo Calcaño, recientemente publicada, y dondequiera se verá al estilista oratorio, á aquel que se preocupa grandemente—convencido de que ese habrá de ser el más brillante y prestigioso de los blasones de su escudo—de la belleza ática y solemne dignidad de la palabra. Y para que se vea que yo tengo razón en lo que afirmo, á continuación trascribo la honorífica alabanza que del señor Saluzzo hizo en Enero del 78, durante el gobierno del General Alcántara, el Doctor José María Samper, ó sea uno de los oradores más fecundos y brillantes de Colombia. Y conste desde luego, para mayor valor y mayor dignidad de la alabanza, que fué un orador distinguido y extranjero, sin mezquindad de corazón, sin pequeñez negra de ánima, sin emulación bastarda, sin espantoso y tristísimo dolor de la envidiable gloria ajena, el que ensalzó á un eminente orador venezolano. «Acabamos de asistir á la ceremonia de la inhumación, en el Panteón Nacional, de los restos del heroico soldado de la independencia y de la libertad Juan Antonio Sotillo, y escribimos bajo la grata impresión que nos ha dejado aquel sencillo pero imponente espectáculo. Merced al espíritu democrático del actual Presidente de la Unión, la justicia nacional se ha hecho sentir, trayendo al recinto consagrado á las glorias patrias aquellas reliquias por mil títulos preciosas; y es muy satisfactorio para Venezuela que su conciencia haya sido tan felizmente interpretada por la elocuente y simpática palabra del señor Saluzzo, Ministro de Relaciones Exteriores, á quien cupo el encargo de ser el orador de orden. El señor Saluzzo (lo decimos con ingenuidad, aunque él sea Ministro) tiene una figura y unas maneras de gentil-hombre republicano, que seducen desde el primer momento y engendran en su favor la simpatía; y luego, el timbre de su voz es tan suave al par que claro, que aumenta en el auditorio el deseo de escuchar con atención á este orador oriental, en quien están reunidas ciertas

dotes hereditarias de la raza italiana, y las que son propias de nuestra raza nacional, esencialmente andaluza. Hemos oído con vivísimo placer, con verdadero entusiasmo, el discurso del señor Saluzzo. Una gran sencillez de composición, realizada con la claridad y precisión de los pensamientos; un profundo sentimiento de la justicia y de los derechos y títulos de la democracia; un liberalismo elevado y sin encono alguno; un patriotismo sin fanfarronería y nada exento de estimación por la raza que fundó nuestra civilización; riqueza y amplitud de ideas, fuertemente impregnadas de filosofía; lenguaje ameno y florido, sin caer ni un instante en la ampulosidad; abundancia de hechos y recuerdos históricos, traídos con oportunidad; belleza, novedad y magnificencia de imágenes, sin perjuicio de la sobriedad y seriedad del asunto; grande admiración por lo heroico y lo sublime, y una tendencia manifiesta á dar á las ideas liberales la alteza de la doctrina y de la enseñanza saludable: tales nos han parecido ser las cualidades sobresalientes en el discurso del señor Saluzzo. Nos es grato felicitar al orador y al país por esta bella producción, que enriquece la oratoria nacional, honra con perfecta justicia la memoria del General Sotillo y de todos sus compañeros de armas en la Magna Guerra, y da la medida, bien que apenas en uno de los géneros de la elocuencia, de lo que Venezuela debe esperar de un hombre de corazón, inteligencia y carácter, que con tantas ventajas y tan segura posesión sabe ocupar la tribuna.»

Francisco Guaycaypuro Pardo fué un ingenio verdaderamente distinguido, antes que todo por la forma brillante de sus versos. Los que le igualan en ella no son muchos, y son pocos los que le aventajan. Su versificación es generalmente pura y tersa. Sin duda alguna artista y maestro en gaya ciencia, bruñía las estrofas, en las cuales es intenso el colorido y la imaginación deslumbra. Como poeta descriptivo tiene gran valor, recursos envidiables, flexibilidad gentil, animación sobremanera pintoresca y un derroche de melodía que sorprende. Las *Indianas*, por ejemplo, lo pregonan en cada uno de sus cantos, y muy especialmente en los romances octosílabos, donde, por lo bien hechos, emula y hasta en ocasiones supera aun al mismo Don Ángel de Saavedra. Manejó con resaltante destreza y con mayor habilidad el octosílabo y sus diferentes combinaciones, que el endecasílabo. En las liras se produce con más elegancia que en el serventesio y que en la octava real, porque en las dos últimas estancias no es acertado siempre en comunicar la variedad requerida á los acentos métricos. En los alejandrinos tiene pompa, movimiento y cadencia sostenida. Repito que la poesía de Pardo se distingue, en su conjunto, por la belleza y corrección de

la forma, por el arte, por la fantasía esplendorosa, por la música. Mejor narra que piensa, describe que expresa el sentimiento, refléja el mundo exterior que el interior, ó sea el del alma. Así como en Guardia y como en Yepes, en Pardo se encontrarán futesas, naderías, frivolidades; pero si en Guardia y Yepes nó, en Pardo se leen siempre con cariño, aunque después se olviden, por la cultura y brillo de la versificación. Como García de Quevedo, imitó con éxito á Manzoni en la célebre oda á Napoleón. Algunos han creído que Pardo, en el sentido que más vale es en el de poeta épico, y desde luégo no me adhiero á semejante opinión. Valen más que sus odas sus *Indianas*, desgraciadamente inconclusas, y aun las octavas reales de la *Introducción de un poema á Venezuela*. No desconozco la corrección, el esplendor y la sonoridad de las liras en sus odas; pero éstas, en lo general, tienen más palabras é imágenes que ideas, y bien pueden calificarse de variaciones casi idénticas sobre distintos temas. Las combinaciones de frases y de rimas, son las mismas; no hay mayor diferencia en los epítetos; las tautologías abundan; casi todas las composiciones de ese género comienzan por la invocación al Numen, excesivamente manoseada; y cuando se les lee la última estrofa, parece como que la idea desenvuelta no termina. Como poeta épico, sin duda que valen más que él, por la densidad del fondo y la manera precisa de expresarlo, Don Félix Soubllette (en los dos cantos á que atrás me he referido) y Don Felipe Tejera (en *La Boli-viada*). Pardo fué gran poeta en *Soledad*, en *Confidencia* y *Alma máter*, porque allí hay verdadero sentimiento. *Soledad* es una perla admirablemente engastada en rico oro de altísimos quilates.

¿ Á qué tan dulces horas
traer al corazón, Leonor altiva,
si el sol de esas auroras
yá pasó como lumbre fugitiva?

Callada está la ola
del blando río; el aura no despierta;
y mi alma está sola;
y la tuya, Leonor, la tuya muerta.

Mira el bosque, sombrío;
mustio el ciprés; fatídica la nube;
y tu suspiro, frío
como esa niebla que del lago sube.

De tanto amor abrigo,
allí está ¿no la ves? seca la palma
que fué mudo testigo
del amor de tu alma y de mi alma.

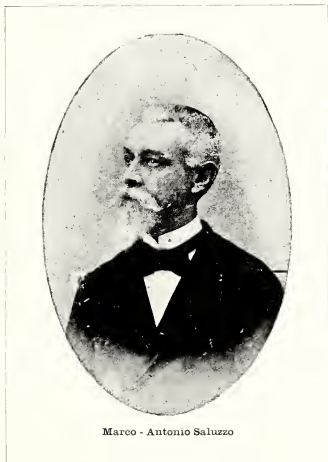
¡ Iris de mil colores
que espléndido brillaste una mañana !
Te fuiste con sus flores
y entre sus orlas de zafiro y grana.

Todo sobre la ola
pasó del tiempo, con tu amor y el mío ;
y mi alma está sola ;
y está sin tí mi corazón vacío.

Y ahora me encuentro en el camino con aquel selecto espíritu, radiante de hermosura, que se llamó Jacinto Gutiérrez-Coll. Pocos cerebros tan perfectamente cultos, asaz equilibrados y luminosos como el suyo. Pocos en donde las raras facultades del poeta hayan tenido más espontaneidad, más dulzura y gentileza. Pocos en donde el sentido del artista verdaderamente elevado y primoroso, se haya manifestado con mayor esplendidez. Pocas poesías en Venezuela como la que salió, cual admirable flor de ingenio, fragante y peregrina, de la destreza de sus manos, y en la cual haya más íntima armonía entre la forma de expresión y las ideas. Gutiérrez-Coll fué artista, un grande artista en toda la alteza y distinción del calificativo, un artista gloriosísimo que supo embellecer, con ornamentación brillante y pura, los sentimientos y las ideas del poeta. Por lo mismo, á él pueden aplicarse con entera propiedad, en lo que á Venezuela toca, los siguientes conceptos de Menéndez Pelayo al referirse á Heine: «Nunca la mezcla de espontaneidad y de reflexión ha llegado en el arte moderno á más alto punto. Nunca se ha alcanzado más profundo efecto con medios más sencillos, con historias casi triviales de amor. Nunca ha florecido una poesía más intensamente lírica, y más desligada de las condiciones de raza y de tiempo; más propia, en suma, para servir de expresión palpitante á sentimientos de todos los pueblos y de todas las latitudes. Nunca ideas y afectos más flotantes, más ondulosos, más difíciles de aprisionar en la tela de oro y seda que teje la palabra rítmica, han venido tan dóciles al conjuro del poeta. Nunca manos escépticas han tocado con tanto amor las luminosas quimeras de la vida. Todo, hasta el más fugitivo movimiento del ánimo, se cuaja aquí en forma traslúcida.» Gutiérrez-Coll fué todo un parnasiano, un

parnasiano como hay pocos en América, un parnasiano verdaderamente exquisito, y la extensa colección de sus sonetos bien puede compararse á un pedazo azul de cielo engalanado de estrellas rutilantes.

Su romanticismo tiene la ingenuidad de las lágrimas que no se fingen, de la melancolía sincera, del desengaño que se siente,



y por ello se parece, en lo eminentemente personal, al de José Ramón Yepes, al de Domingo Ramón Hernández, al de Manuel María Bermúdez Ávila.

Las aromadas purpurinas flores
con que orné de tu seno la hermosura,
mudaron su verdor y sus matices
en secos tallos y corolas mustias.

Yá queda sólo despareír los restos,
y que luégo, en las brisas errabundas,
vayan, como el que muere desterrado,
al seno de ignorada sepultura.

Mas yo un valle conozco donde en calma,
cuando la tarde su fulgor oculta,
es más dulce la voz de las palomas
y más sereno el rayo de la luna.

Allí los sauces gemidores mecen
su amante pabellón ; allí susurran
las auras con suspiros inefables
de infinito descanso y paz augusta.

Allí en la noche trémulos resbalan
fuegos errantes, y el contorno azulan ;
allí nacen las flores amarillas
que el alma mía en sus anhelos busca.

Yo las arrancaré, y ellas entonces,
como lágrimas de oro en negra urna,
puestas sobre mi pecho, á tu retiro
carifiosas vendrán para ser tuyas.

Tú las recibirás sobre tu seno ;
y yo seré, cuando en tu seno luzcan,
el jardinero fiel que noche y día
de su fragancia cuide y su frescura.

¡ Y vivirán por siempre ! Que las flores
nacidas en el valle de las tumbas,
si las guarda el afán de un alma triste
y las riega el dolor, no mueren nunca.

Sus versos contagian de tristeza, pero no causan estrago
en quien los lee como los versos del infeliz Leopardi, porque
en los del cumanés ilustre no hay odio sino resignación, blas-
femias sino espiritualismo hondo, tinieblas pesimistas sino espe-
ranzas inefables. El poeta se arrodilla ante el altar de lo in-
finito, y lleno de la fe consoladora de la inmortalidad, quiere
confundirse con el eterno misterio impenetrable.

Soy el alción que el ala entumecida,
sobre la ronca espuma sacudiendo,
hacia la azul esfera brilladora
quiere tender el fatigado vuelo.

Soy la flor que en la tarde solitaria,
yá de la niebla entre el ropaje denso,
su pálida corola vuelve mustia
al lejano esplendor del firmamento.

¿ Quién ha cantado la nostalgia con más delicadeza, ori-
ginalidad y profundo sentimiento que Gutiérrez-Coll ?

Las alboradas del Abril tranquilas
de ópalo tñen la flotante nube,
y el aroma temprano de las lilas
sobre las auras regalado sube.

Y al efluvio de amor que el valle exhala
y el mar sumiso y el repuesto monte,
raudo tropel alígero resbala
por la bóveda azul del horizonte.

¡Ellas son ! Bajo el trémulo rñido
de sus alas turquíes, trasparente
tórñase el aire, arrullador el nido,
tibio el hogar, vivífica la fuente.

Y á los plácidos ecos juguetones
que desparce en el viento la bandada,
se deja ver la hermosa en sus balcones
y alégrase el anciano en su morada.

Airecillos, soplad puros y suaves ;
que asoman yá, con las serenas horas,
las amadas del sol parleras aves,
de regocijo y paz anunciadoras.

Yá vuelven las viajeras golondrinas ;
su enjambre yá por el espacio ondea ;
yá vuelven las aladas peregrinas
á posarse en la torre de su aldea.

Pasó el invierno tempestuoso y frío ;
y llegan, bajo el cielo de oro y rosa,
á revolar con sosegado pío
sobre el confín en que el nidal reposa.

¡ Hay boda en las techumbres ! Yá posaron.
¡ Cuánto ledó rumor vága en la altura !
Su abrigo, como ayer, hoy encontraron
del viejo campanario en la hendidura.

¡ Oh viajadoras aves ! Si así el vuelo
tendéis á la estación de la alegría,
y en el regazo del nativo suelo
halláis quieta la noche y claro el día ;

ya que mi suerte mísera no espera
otro bien que el dolor de la memoria,
bálsamo dulce á mis congojas fuera
de la vuestra gozar cándida gloria :

volver al valle donde está mi cuna,
donde canté el amor y la esperanza,
donde un tiempo halagaron mi fortuna
dichas que yá mi corazón no alcanza.

Y allí, bajo sus árboles umbríos,
mirar el sol cuando á lucir empieza ;
y después... en la tumba de los míos
reclinar para siempre la cabeza.

Brillante, gloriosa é inmortal es la figura de Juan Antonio Pérez Bonalde. Esa cabeza de pensador, de artista, de poeta, circundada de laureles, es una de las más excelsas cumbres de la literatura nacional. Amó la belleza con fervor, porque tuvo alto sentido de la estética, é hizo de la palabra humana un instrumento melodioso, porque poseyó los secretos que se necesitan para hacerla vibrar como una música sonora. Obra poética más grande, más sentida, más luminosa que la suya, ninguna en Venezuela. A veces tiene los resplandores del sol, á veces lo profundo del océano, ora el hondo sollozo, el grito desgarrado, el inmenso rugido del dolor. Pérez Bonalde es *él*, en su originalidad, en su manera independiente, en su brioso colorido fresco y nuevo, en su *yo* refractario á la imitación servil. Si como traductor fué egregio, el poeta original no le va en zaga. Su nombre y el de Heine aparecen estrechamente unidos en el cielo de la gloria, porque Pérez Bonalde es, en las letras castellanas de ambos mundos, la imagen admirable, la reproducción exacta, el eco fiel del gran poeta de Alemania. Tradujo *El Cuervo* de Edgard Poe, y la traducción es absolutamente digna de la obra original, porque aparte la fidelidad que tiene, Pérez Bonalde le comunicó el mismo ritmo de la poesía inglesa, y la misma onomatopeya ú armonía imitativa. Tradujo la bella prosa francesa de Paul de Saint Victor, consagrada á la glorificación solemne de *La Venus de Milo* incomparable, y la tradujo en limpio verso castellano, dejando en las estrofas de su casta *Venus Vietris* un hermosísimo poema. En las obras originales sorprende por las audacias de la fantasía, por la grandiosidad del tono, por la expresión del sentimiento, que en ocasiones alcanza una ternura verdaderamen-

te conmovedora é inefable. Pérez Bonalde muy rara vez deja de ser el poeta correcto y delicado, celoso de la forma brillantemente sostenida y ferventísimo amador de la verdadera música en la versificación. Si alguna composición vivirá siempre, fresca y llena de perfume, es la *Vuelta á la Patria*, porque ella encierra, en un torrente de versos melodiosos, uno de los sentimientos más nobles y más altos que existen en el corazón del hombre. El *Poema del Niágara* es la obra del pensador, en el más elocuente simbolismo. *Flor* es el poema del dolor inmenso, de la desesperación, de la blasfemia incontenible. El poeta, profundamente desolado ante el cadáver de su hija, se revuelve sombrío entre la negación y la esperanza, alza los puños contra el cielo, interroga airado á Dios, golpea fuertemente sobre la piedra ponderosa de la tumba, tratando de arrancarle el gran misterio, y cae rendido por el golpe formidable. La composición que trascibo sería suficiente, de seguro, junto con la *Vuelta á la Patria*, para immortalizar el nombre del poeta.

Flor se llamaba ; flor era ella ;
 flor de los valles en una palma,
 flor de los cielos en una estrella,
 flor de mi vida, flor de mi alma.

Era más suave que blando aroma,
 era más pura que albor de luna,
 y más amante que una paloma,
 y más querida que la fortuna.

Eran sus ojos luz de mi idea ;
 su frente, lecho de mis amores ;
 sus besos eran dulzura hiblea,
 y sus abrazos, collar de flores.

Era al dormirse, tarde serena ;
 al despertarse, rayo del alba ;
 cuando lloraba, limbo de pena ;
 cuando reía, cielo que salva.

La de los héroes, ansiada palma ;
 de los que sufren, el bien no visto ;
 la gloria misma que sueña el alma
 de los que esperan en Jesucristo.

Era á mis ojos condena odiosa,
 si comparada con la alegría,
 el ser el vaso de aquella rosa,
 el ser el padre de la hija mía.

.....

Cuando en la tarde tornaba al nido
de mis amores cansado y triste,
con el inquieto cerebro herido
por esta duda de cuanto existe,

su madre tierna me recibía
con ella en brazos... ¡ Yo la besaba...
y entonces... todo lo comprendía,
y al Dios sentido todo lo fiaba !

¿ Que el mal impera ?—¡ Delirio craso !
¿ Que hay hechos ruines ?—¡ Error profundo !
¿ No estaba en ella mirando acaso
la ley suprema que rige al mundo ?

¡ Ah ! ¡ Cómo ciéga la dicha al hombre,
cómo se olvida que es rey el duelo,
que hay desventuras sin fin ni nombre
que hacen los puños alzar al cielo !
.....

¡ Señor ! ¿ Existes ? ¿ Es cierto que eres
consuelo y premio de los que gimen,
que en tu justicia tan sólo hieres
al seno impuro y al torvo crimen ?

Respónde, entonces, ¿ por qué la heriste ?
¿ Cuál fué la mancha de su inocencia ?
¿ Cuál fué la culpa de su alma triste ?
¡ Señor ! ¡ Respóndeme en la conciencia !

Alta la llevo siempre y abierta ;
que en ella nada negro se esconde ;
la mano firme llevo á su puerta,
inquiéro... y nada, ¡ nada responde !

Sólo del alma sale un gemido
de angustia y rabia, y el pecho, en tanto,
por mano oculta de muerte herido,
se baña en sangre, ¡ se ahoga en llanto !

Y en torno sigue la impía calma
de este misterio que llaman vida ;
y en tierra yace la flor de mi alma,
y al lado suyo mi fe vencida.
.....

¡ Allí está !... Blanca, blanca
como la nieve virgen que el potente
viento del Norte de la cumbre arranca ;
como el lirio que troncha mano impía
orillas de la fuente
que en reflejar su albura se engreía !



Miguel Sanchez Pesquera

¡ Allí está !... ¡ La sũave
primavera pasó ; pasó el verano
y la estación poética en que el ave
y las hojas se van ; retornó el cano
pálido invierno con su alegre arreo
de fiestas y de niños, y aún la veo
y la veré por siempre !... ¡ Allí está !... Fría,
entre rosas tendida, como ella
blancas y puras y en botón cortadas
al despuntar el día !

¡ Ay ! En la hora aquélla,
¿ dónde estaban las hadas

protectoras del niño,
que no vinieron con la clara estrella
de su vara de armíño
á tocar en la frente á la hija mía,
á devolver la luz á aquellos ojos,
y á arrancar de mi pecho los abrojos
de esta inmensa agonía,
de este dolor eterno, de esta angustia
infinita, fatal, inmensurable,
de este mal implacable
que deja el alma mustia
para siempre jamás... que nada alcanza
á mitigar en este mundo incierto !

¡ Nada !... Ni la esperanza ;
ni la fe del creyente
en la ribera nueva,
en el divino puerto
donde la barca que las almas lleva
habrá de anclar un día ;
ni el bálsamo clemente
de la grave immortal filosofía ;
ni tú misma, doliente
inspiración, divina Poesía,
que esta arpa de las lágrimas me entregas
para tornar el salmo de mi duelo ;
tú misma, nó, no llegas
á calmar mi dolor !

¡ Ábrase el cielo !
¡ Desgájese la gloria en rayos de oro
sobre mi frente... y desdénosa, altiva
de su mal sin consuelo,
el alma mía cerrará su puerta !
Que ni aquí, ni allá arriba,
en la región abierta
de la infinita bóveda estrellada,
nada hay más grande... ¡ nada !...
¡ más grande que el amor de mi hija viva !
¡ más grande que el dolor de mi hija muerta !

En Miguel Sánchez Pesquera la inspiración supera al arte, la inspiración que no decae, que se mantiene arriba, muy arriba, y que embriaga á la manera que una copa jamás no rebosante de champaña. Es claro, por supuesto, que me refiero á sus *Primeras poesías*, donde el fresco arroyo lírico es un cantor dulce y amable de cosas admirablemente bellas de la vida, sin

que se agote el caudal de sus aguas cristalinas, siempre abri-
llantadas por el sol. En sus *Primeras poesías* es incorrecto al-
gunas veces, desordenado y hasta falso de luz y colorido; pero
se sostiene fuertemente en las alturas con la potencia de sus
alas, y es muy raro que rompa la melodía de los versos, que
es lo que en él más sobresale. Abunda en ideas originales, su
adjetivación es brillante, y la combinación de los acentos rít-
micos la maneja con sabiduría. La cuerda que mejor vibra en
su arpa, es la cuerda del amor, del amor apasionado, ardien-
te como los ceibales en flor, henchido de perfumes intensos como
de exuberante bosque americano. En ocasiones tiene el sabor
del romanticismo acomodaticio de escuela; pero en lo general
revela verdadero sentimiento, y una ternura no fingida que de-
leita. Sánchez Pesquera, en sus composiciones posteriores, es
más reflexivo, más cuidadoso de la forma, más correcto; pero
no tiene la inspiración que en las primeras, siempre elevada y
vigorosa. Como traductor vale poco, á pesar de sus esfuerzos.
Su índole de poeta original sobresaliente, se rompe allí las alas
y fracasa.

En *La tumba del marino* hay uno así como reflejo de Heine :

—¡ Ha muerto !—dicen desde el ancha nave
que rauda vuela á la remota España.

—¡ Pues al agua con él !—con brusco tono
indiferente el capitán exclama.

Presto envuelven el gélido cadáver
en el tosco sayal de su mortaja,
y atándole á los pies enorme piedra
tumba le dan entre la mar airada.

Y prosigue la nave su carrera,
feliz, alegre, impávida y gallarda,
besada por los vientos de la tarde,
dorada por la luz de la mañana.

Y yo, sentado, inmóvil en la popa,
y el alma triste en angustiosa calma,
envidiaba la suerte de la nave
que pudo en tanto aligerar la carga.

Y dije á mi pesar :—Si yo pudiera
mi muerto corazón lanzar al agua,
¡ cuán alegre la nave de mi vida
cruzara el bello mar de la esperanza !

Sunt lacrimae Rerum encierra una verdad que se ve todos los días en el mundo.

Alegre ruiseñor, que en la espesura
ajeno de pesar vuelas ligero :
¿ por qué encierra tu canto más ternura
cuando te ves del hombre prisionero ?

Y tú, lirio gentil, cerrado el broche,
bello egoísmo de la selva umbría :
¿ por qué exhalas tu aroma con la noche
y lo recoges al rayar el día ?

Así del genio el ritmo más fecundo
es aquel que de llanto se alimenta :
¡ si canta es como el cisne moribundo
y al áspero rugir de la tormenta !

El *Ultimo pensamiento de Wëber* es una interpretación admirable de la última sentida melodía compuesta por el inspirado artista de Alemania.

Virgenes, escuchad :

Aquel que era
orgullo de la patria de Beethoven,
canta cual cisne por la vez postrera
inspirado, infeliz, artista y joven.

Su fin presente, y trémula su mano
como las rosas que deshoja el viento,
esparce melancólica en el piano
el último divino pensamiento.

« ¡ Cuán triste es ver pasar nuestra existencia
como el aroma de la flor querida !
En un rayo de luz volar la esencia
y en un golpe de tos volar la vida.

« ¿ Y por qué ha de durar sólo una hora
la inspiración que en mi cerebro arde,
nacida con los rayos de la aurora
y muerta con los rayos de la tarde ?

« ¡ Adiós, mujeres, flores y sonrisas ;
adiós, sonidos, músicas suaves ;
ecos que se adormecen con las brisas,
voces que se despiertan con las aves ! »

En la *Fantasia* se dirige á la mujer á quien ama, y termina con dos hermosísimas estrofas.

Hoy quisiera bajar al océano
y de la tierra al corazón ardiente,
por una perla para ornar tu mano,
por un diamante para ornar tu frente.

Y ser quisiera el aura que perfuma
de tu inocencia la bendita palma,
y recoger tu lágrima en mi pluma
para escribir tu nombre sobre el alma.

En los siguientes fragmentos se verá que en la *Despedida*, que es una de sus composiciones más descuidadas é incorrectas, la entonación es byroniana.

Voy á partir : el fúnebre consuelo
de mi sombrío espíritu cansado,
es el seno del mar alborotado.
Desde el planeta hasta el azul del cielo
todo es paz y quietud : el manso río,
el aura blanda, la dormida luna.
Díme, fatalidad, Dios ó fortuna,
¿por qué al hombre sarcasmo tan impío?
Sólo del mar en la aparente calma
debe arrojar su tempestad mi alma.

¡ Adiós, mujer, adiós ! Porque el tormento
desgarra la ilusión ; porque lo ordena
mi enemigo mortal, mi pensamiento.
Rompo de tus encantos la cadena ;
la fuga es mi victoria ;
sobre la frente del destino quiebro
el arpa de mis tristes armonías,
porque escucho un adiós en mi cerebro
de algo que muere en mí todos los días.

Es la tristeza en que mi sér desmaya
la de Byron, de Newton y Loyola :
aluvión de recuerdos á mi playa
arroja del dolor la amarga ola.
Soy el hebreo errante
que á morir sin vivir fué condenado ;
la fuente de mi llanto se ha secado
y está la duda en mi razón triunfante.

En un rincón del alma se quebranta
mi helada fe, que entre congojas muere ;
la sociedad con su desdén me hiere,
la soledad con su silencio espanta.
Un instinto me liga á toda tumba ;
está mi oído en donde está el lamento,
y donde el cierzo ó la tormenta zumba,
allí debe rugir mi pensamiento.

Cuanto á la *Melodía hebreaica*, es una verdadera joya en el
parnaso nacional.

Volverá la cercana primavera ;
¿y tú no volverás, sol de mi día ?
Te aguardo del Cedrón en la ribera ;
vén sin temor, levántate, alma mía.

Porque sin verte, á mi pesar yo muero ;
porque ya siento sin calor la vida,
y el arpa del amor con que te quiero
la tengo de los sauces suspendida.

Aquí te aguardo en tardes y mañanas,
y cuento mi dolor á las estrellas,
viendo las tiendas de Cedar lejanas
al blando cabalgar en mis camellas.

Si yo la esencia de tu sér no aspiro
junto á las aguas del Jordán risueño,
no hay olas que suspiren si suspiro
y no hay almas que sueñen cuando sueño.

.....

Porque caminas como hermosa nube
y con tu acento el alma me recreas,
y es más dulce que el arpa del querube
el canto de las vírgenes hebreas.

Porque en tus ojos, luz de la alborada,
para mirar tu corazón me asomo,
y tu boca, cual flor de la granada,
para mí guarda cipro y cinamomo.

.....

Nadie en el valle, por mi mal, me nombra ;
mi cielo está cubierto de tinieblas,
y tú misma, tal vez, sólo eres sombra
de aire y de luz, de aromas y de nieblas.

¡ Un beso !... Nó ; que en sus volubles giros
tus blancas alas empañar pudieras :
yo besaré en el viento tus suspiros,
besaré tu recuerdo cuando mueras.

Si eres una ilusión que se evapora
y oculta sólo en mis entrañas arde,
húye con la sonrisa de la aurora,
vuélve con los suspiros de la tarde.



Manuel Fombona Palacio

Si de algún poeta venezolano puede decirse muy en alto que no tiene manchas ni defectos, es de Manuel Fombona Palacio. Es difícil encontrarle prosaísmos, adjetivos desgarrados ó llanezas de lenguaje. Versadísimo en la lengua castellana, y extensamente sabio en su literatura desde los más lueñes orígenes, trabajó sobre aquélla, tanto en verso como en prosa, con verdadera corrección, noble cultura y elegancia. Su destreza para versificar puede calificarse de completa. Sus estrofas tienen alegría en la expresión, movimiento pintoresco y un brillo extraordinario. Fué maestro en la composición irreprochable de la décima, tanto como Núñez de Arce ; y en el romance de ocho sílabas, hecho con todos los cánones del arte, nadie lo aventaja en Venezuela. Tiene mucha semejanza con Francisco Guaycaypuro Pardo, no sólo por el es-

plendor y música de la versificación, sino también (y me refiero al conjunto de su poesía) porque expresa mejor lo que ve que lo que siente. La mayor parte de sus composiciones para álbumes vale poco, y huelgan los comentarios sobre ellas, entre otros, el de ser composiciones obligadas forzosamente á la alabanza, por lo regular escritas para salir del paso. Se leen por el brillo que ostentan en la forma; pero casi todas dicen lo mismo con diferentes combinaciones de palabras. Como poeta descriptivo es gallardísimo, aun cuando su admiración por ciertas locuciones clásicas, yá descoloridas, le quite algo de la independencia con que generalmente se produce. Sus composiciones *Vivida imago*, *Andalucía* y *Á la ciudad de Coro* son admirablemente magistrales; y en la titulada *Alfonso Doce* la entonación es solemne, gráfico lo descriptivo, propia y riquísima la adjetivación, y las estrofas rebosan señorío, gentileza y egregia dignidad aristocrática. Él tuvo culto muy marcado por la poesía de Don Juan Nicasio Gallego, sin desdeñar la de Quintana (por el vuelo potente de la imaginación) y la de Núñez de Arce (por el bravo relieve y energía de los versos), y en esa composición, quizás la mejor suya en el género á que pertenece, resalta á cada paso la influencia del sacerdote español. La muerte de su padre fué un golpe formidable para él, uno de esos golpes que desconciertan hasta á los caracteres más enérgicos, los sacuden y quebrantan, y los dejan espantados al darse cuenta cierta de la tremenda realidad. La muerte de su hijo lo sumió en profundo duelo y amargura, le dejó el alma fría, lo aplastó con ponderosa pesadumbre. Por eso las elegías que escribió sobre las tumbas de su padre y de su hijo, son dos gritos del corazón hecho pedazos, y al mismo tiempo dos flores muy hermosas del parnaso nacional, que no morirán nunca. Fombona Palacio, en *Ánima filii*, tiene mucha semejanza con Pérez Bonalde en *Flor*; pero si éste increpa á Dios, Fombona Palacio se arrodilla y llora resignado; si Pérez Bonalde no siente el bien de la esperanza, Fombona Palacio la ve como una dulce imagen del Consuelo; si el grito de Pérez Bonalde es el de la desesperación que blasfema, Fombona Palacio, solo, solo con su dolor inmenso en medio de las ruinas de su alma, exclama con la palabra de la fe:

Ni un lirio queda yá, ni una azucena
de cuanto ornó su tumba; sólo brilla
la guirnalda inodora y amarilla,
emblema vivo de mi amarga pena.

La maternal solicitud decora
 con nuevas flores el sepulcro abierto ;
 mas ¡ ay ! ni en él, cuando el alivio implora,
 encuentra paz el corazón desierto.
 Madre infeliz, las rosas que aquí dejas,
 en vez de dar á tus angustias calma,
 al marchitarse exhalarán tus quejas
 y aumentarán las sombras de tu alma.
 A más clara región ir es preciso
 para apurar la fuente del consuelo,
 que no mora en la tierra el Paraíso
 y es patria de los ángeles el cielo.

Lo que realmente vale, y no de cualquier modo, sino con gran valor, en la personalidad literaria de Andrés Mata, es el poeta, el poeta de inspiración radiosa, el poeta de los garbados versos que parecen labrados como en mármol. En la generación á que pertenece, resalta bastante su figura, y es uno de los poetas que gozan de más fama. Su versificación es limpia, brillante de nobleza, seductora. Su poesía sugestiona, conmueve de verdad, y en ocasiones deslumbra. Los afectos, las emociones, las hondas tristezas de su alma, sus ambiciones y sus sueños, sabe expresarlos con dulzura, con pasión, con la fuerza de quien siente lo que dice. La belleza de sus versos alcanza algunas veces tal altura de artística magnificencia, que se iguala con la de los poetas más notables que han cantado en la sonora lengua castellana. El *Idilio trágico*, analizado en cuanto poema, deja mucho qué desear, ya que no tiene casi acción ; pero las descripciones son admirables, animadas, hermosamente gráficas, y los versos tienen luz, aroma intenso y encantadora melodía. El canto *¡ Eccelesior !* de un poema inédito, es un trozo de poesía selecta. El mejicano Díaz Mirón tiene en Venezuela muchos admiradores entre los poetas que empezaron á cantar en la penúltima década del siglo décimo noveno. Uno de ellos es Mata, y por éso lo ha imitado en algunas de sus *Pentélicas*, superándolo sin duda en la limpieza y tersura de los versos, pero sin alcanzar la energía del famoso poeta mejicano. Cuando Mata se desentiende de sí propio, para pisar sobre las huellas que otros dejan, resulta pálido, inseguro y como fuera de su centro. Muchas veces lo he dicho y ahora quiero repetirlo : la sabia combinación de los acentos rítmicos contribuye poderosamente á la verdadera melodía de la versificación, y vale mucho como elemento artístico. En tal sentido, Mata no acierta siempre, y tiene composiciones en que la versificación es monótona. Lean los entendidos (el vul-

go nó, que de éso nada sabe, ni tampoco las turbas literarias) sus *Pentélicas*, y se verá que bien tengo razón en lo que afirmo. En el soneto *Estigma*, que es de ayer, aparece dicho defecto con una claridad innegable, porque todos los versos llevan los acentos sobre las mismas sílabas.

¡ Cláva en mi pecho tu perfidia ! ¡ Cláva
sobre mi pecho tu puñal ! ¡ Ahónða !
Hasta que el hierro sin piedad responda
á tu conciencia delincuente y prava.

¡ Y no te ocultes ! Como intensa lava
saldrá del pecho la sangrienta onda,
antes que presa de terror se esconda
tu mano un tiempo de mi mano esclava.

Horrendo estigma que al perdón resiste
será en tu vida miserable y triste
la marca impresa por mi sangre ardiente.

Y de extinguirla tratarás en vano,
porque al borrarse en tu rebelde mano
mucho más negra infamará tu frente.

En el manejo del acento, aunque no siempre, lo aventaja Racamonde, así como en la exuberancia descriptiva de la naturaleza Luis Churión, en la vehemencia para expresar los afectos Rufino Blanco-Fombona, y en la abundancia lírica y en la novedad de las imágenes Samuel Darío Maldonado.

Entre las composiciones más sentidas y más bellas que Mata recogió en el fragante manojo de *Pentélicas*, se encuentra *Del pasado*.

Crisálidas que duermen oprimidas
y despiértanse aladas mariposas,
son los recuerdos de mi edad primera,
dulces recuerdos que en alegre ronda
se agitan en tropel dentro del alma
cuando su oscura cárcel abandonan.

...Del sol naciente
que doraba los cerros de la costa,
apenas sonreía un débil rayo
entre el ramaje espeso de las frondas.
Poetas de la selva, los turpiales,
cantando alegres y bebiendo aromas,
con el aura sutil de la montaña
celebraban la vuelta de la aurora.
De los nopales en las verdes pencas
ensayaban su vuelo las palomas ;

y un hálito sensual se desprendía
de la tierra fecunda, que sus bodas
aguarda celebrar con el arado,
al que habrá de entregarse voluptuosa
para que arránque de su virgen seno
cuanto en su seno virgen atesora.



Andrés Mata

¡ De todas las muchachas de la aldea
era la más hermosa !
Abandonaba el cántaro en la orilla
del abundante manantial que brota
no lejos del cortijo, entre el menudo
césped que el suelo del camino alfombra ;
y siempre allí la sorprendí... soñando,
soñando yo no sé qué tiernas cosas ;
las faldas recogidas al descuido,

el pie desnudo entre las muertas hojas,
y la mirada fija en los nopales
donde ocultan su nido las palomas.

...Una mañana
apareció más fúlgida la aurora,
y tuvieron más trinos los turpiales
y las flores campestres más aroma.
Pobló los aires el rumor de un beso,
y fué un beso de amor, la última estrofa
que faltaba al idílico poema
de mi primera edad : gratas memorias
que eu el mar de mis duelos se reflejan,
cual se refléja en noche tempestuosa
un rayo fugitivo de la luna
sobre el trémulo dorso de las ondas.

¡ Oh, los recuerdos de mi alegre infancia !
¡ Oh, los recuerdos de mi edad dichosa !

Crisálidas que duermen oprimidas
y despiértanse aladas mariposas,
son los recuerdos de mi alegre infancia,
son los recuerdos de mi edad dichosa.

De Gabriel Muñoz digo lo mismo que de Mata : que vale más, mucho más, como poeta original que como imitador. No desconozco la belleza de sus composiciones *helénicas*, ni tampoco dejo de admirarla, sobre todo en el *Himno de las bacantes* ; pero se comprende que en ellas hay más artificio que espontaneidad, y que no son la creación de lo sentido, sino de lo estudiado y asimilado con verdadera inteligencia, como es la que distingue al notable escritor venezolano. Cuando Gabriel Muñoz expresa lo que siente, lo que *vive*, lo que lo conmueve en el mundo, entonces es muy otro, y su poesía tiene alma que se queja, alma que se aíra, alma que se desborda en llanto ingenuo. Sus *helénicas* son imitaciones de imitaciones, y yá se sabe que entre la expresión del *yo* y la copia de un modelo, hay la misma diferencia que entre la luz del sol y la luz artificial. Poeta escéptico, quien conozca á Gabriel Muñoz y le trate muy de cerca, habrá de comprender al punto que su escepticismo no es mentira pedantesca, y que sus versos, diáfanos, luminosos, delicados, son el reflejo del filósofo, del convencido de lo que es la eterna lucha de los hombres, de quien no cree en las

tremendas farsas é injusticias de la humanidad, y la toma como es ella, incompleta, deforme, engañadora, y en ocasiones cubriendo la siniestra fealdad de sus monstruosidades y miserias con un pedazo de púrpura que brilla, pero debajo del cual hay negro fango, remordimientos y vergüenza. Su obra poética es relativamente pequeña, pero en lo general ostenta la habilidad con que fué hecha por las manos del artista.

Su soneto *En el cementerio* es de los más bellos que se han escrito en Venezuela.

Miré sobre una tumba en que el olvido
descargó la impiedad de sus rigores,
entre el ramaje de fragantes flores
un pequeño nidal casi escondido.

—¡ Quién tuviera epitafio tan sentido !—
me dije ; y recordando mis dolores :
—¡ También sobre una tumba mis amores
entre lirios en flor tienen el nido !

Los dones de la gloria apetecida
no anhelo para mí cuando sucumba.
Se borra la inscripción adolorida ;
muere la flor ; la estatua se derrumba.
¡ Amigos ! ¡ Como imagen de mi vida
un nido colocad sobre mi tumba !

Y el que lleva por título una interrogación, una interrogación muy dolorosa, valdría más de lo que vale, si no fuera por el tercer endecasílabo del primer cuarteto, el cual endecasílabo es demasiado zafio, y además, doblemente anfibológico.

Cuando tras larga ausencia llegué un día
á visitar el viejo camposanto,
en donde duerme la que amaba tanto
el sueño eterno de la tumba fría ;

contemplé con mortal melancolía
rota la cruz que consagró mi llanto,
y que mustio el rosál que fué su encanto,
la yerba vil sobre mi amor crecía.

Pensativo exclamé :—Si nada existe
de ese hondo más allá que mi alma espera,
¿ qué destino fué el tuyo ?... ¿ Á qué viniste ?

¡ Oh virgencita rubia y hechicera,
en tu vida fugaz tan sólo fuiste
un capullo de rosa en primavera !

La composición *Pudor* es verdaderamente exquisita.

Las rosas eran blancas. Aún no había
tornádolas bermejas
la flecha del amor, cual las hería
el sutil aguijón de las abejas.

Erraban por la selva una mañana
las ninfas bulliciosas,
cuando rendida de cansancio Diana,
inquieta dijo á las nevadas rosas :

— « Mi pudor os confío.

Si algún sátiro audaz me acecha oculto,
mi sueño protegéd ; oh candorosas
galas fragantes del bosque umbrío !
¡ Vengad con vuestros dardos el insulto,
rasgando el pecho del profano impío ! »

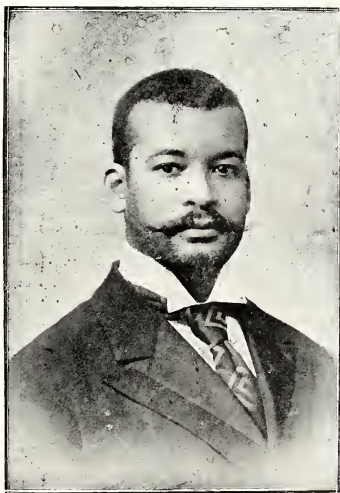
Y quedó sobre el césped reclinada
la diosa adormecida
con ese blando sueño del que nada
sabe de los dolores de la vida.

Un fauno que rondaba en la espesura,
con pasos cautelosos
se acercó, y admirando su hermosura,
vió, de lascivia lleno,
asomada entre pliegues vaporosos
del entreabierto peplo recatado,
la erecta comba del ebúrneo seno,
cual globo de alabastro coronado
por un botón de adelfa sonrosado.

Y en vano, al abatirse temblorosos
los rosales formando un bosque espeso,
le hirieron con sus ramos espinosos,
pues él, ya enardecido, en breve instante
la contempló con lúbrico embeleso ;
y ciego, delirante,
apartando tenaz flores y hojas,
sobre el róseo botón dejóle un beso.

.....
¡ Las rosas blancas se tornaron rojas !

Manuel Pimentel Coronel fué un gran talento, que dejó un reguero de luz por dondequiera que pasó. Como diarista, calzó punto muy alto. La mayor parte de los editoriales de *La Batalla*, por ejemplo, son trozos de brillantísima elocuencia. Ofició de crítico en diferentes veces, y en tal sentido su obra lite-



Gabriel Muñoz

ria tiene trabajos tan notables como el consagrado á Pérez Bonalde. Poseía el dón de la improvisación, y le adornaban dotes sobresalientes de tribuno. Su prosa no es enteramente castiza, pero abunda en movimiento, en esplendor, en armonía, sin ser empalagosa, ni mucho menos campanuda. Escritor de todo punto independiente, ha sido uno de los pocos que jamás rindieron culto al clasicismo. Como poeta, nunca dejó de mantenerse en las alturas de la inspiración, y se distingue por una originalidad innegable; pero en muchas de sus composiciones da lástima que haya las más enormes asperezas, versos completamente

flojos, oscuridades de sentido, deslices gramaticales, y de cuando en cuando prosaísmos. Pimentel Coronel se preocupaba más de la verdad de las ideas y de los sentimientos, que de los cánones del arte referentes á la forma. Sin embargo, escribió composiciones en que la belleza de la expresión responde á la belleza del asunto, á pesar de las incorrecciones que hay en ellas.

Leed, si nó, la intitulada *Nómade* :

Á los últimos claros de la tarde,
sobre la cumbre que corona el cerro
y á la sombra de un árbol del camino,
yá fatigado descansó el viajero.

Miró hacia atrás, y entre la opaca niebla,
á la trémula luz de los reflejos,
como una línea blanca se perdía
en curvas el sendero.

Y en el confín lejano,
como amante recuerdo,
el techo rojo del hogar veía
como si fuese negro.

Dos lágrimas brillaron en sus ojos,
y cuando triste prosiguió el viajero,
la mano de la noche yá encendía
la antorcha de los astros en el cielo.

Y se internó en la sombra
como en la selva el cazador resuelto,
y armado paladín, para el combate
llevaba al cinto el plectro ;
como escudo, la lira ; su corona,
como brillante casco de guerrero ;
y en el morral de munición llevaba
su bagaje de ensueños.

Dejaba atrás la vida,
la realidad, lo cierto ;
y el ideal buscando,
lo fútil, lo quimérico,
sintió rugir bajo sus pies la tierra,
á su redor los pueblos,
y no temió las iras de los hombres,
ni el rayo de los cielos.

Y se internó en la sombra,
y se abrazó á la muerte en el desierto,
y aquel cerebro en que anidaban águilas,
desgarraron los cuervos.

Leed *Los paladines* :

En el alto peñón rudo y musgoso
divisábase el nido,
como el altivo pensamiento humano
sobre la calva frente de los siglos.

El águila llegó, plegó las alas,
y al cobijar sus hijos,
oyó en el fondo del abrupto monte
del león hambriento el hórrido rugido,
como la voz de la montaña enorme
saliendo de las fauces del abismo.

El león miró sobre la cima á el águila
que cobijaba el nido ;
subió trepando las desnudas rocas
cuando afilaba el águila su pico,
y entonces fué la lucha de las fieras,
la lucha de la fuerza y el instinto,
la lucha de las alas y las garras
al borde inexpugnable del abismo.

La bestia hirsuta levantó su brazo
sobre el pájaro altivo,
y al descargar las iras de su cólera,
mostró los dientes de marfil pulido ;
pero escapando el ave de aquel golpe,
fijó en la arteria de la fiera el pico ;
rasgó... ¡ y en sangre se bañó la roca !

El león cayó rendido,
y oyeron las montañas seculares
atronador y desgarrante grito,
como el lamento de la tierra toda,
como la voz doliente del abismo.

¡ Oh poetas, Oriente se colora
con la brillante luz que despedimos !
En las gigantes luchas con la fuerza
nos unge la victoria con su nimbo.
Como somos las alas del derecho,
¡ no podemos ser nunca los vencidos !

Leed su *Primer lauro* :

Era una noche de apolínea fiesta,
de premio á la virtud, damas y flores.

Al acorde postrero de la orquesta
escalé la tribuna.

Atronadores
llenaron el salón, como el rugido
de un agitado mar, bravos, palmadas.
Al niño, en el tribuno convertido,
saludaban los buenos camaradas.

Y ¡ oh majestad de un océano ! El estro
tembló en mis labios ; contemplé el paisaje,
y vi la blanca barba del Maestro
como un pálido sol sobre el oleaje.

Y alentando mi fe ; sonriente y bella ;
con dulce arrobación, casi angustiada ;
como la luz muy blanca de una estrella
que besa el mar, la frente de mi amada.

Y surgió, matizado de colores,
ligero, alado, caprichoso, terso,
cual una mariposa entre las flores,
de mi mente infantil volando el verso.

Y ante aquella emoción de los extraños,
mi padre (¡ lo estoy viendo todavía !),
viejo monte nevado por los años,
bañábase en la luz de un nuevo día.

Leed sus *Inmortales* :

En verdad que sus tumbas
abandonan los muertos.

Se sientan en sus túmulos de piedra
y allí están largas horas en silencio,
á la luz de la luna que blanquea
las paredes del triste cementerio.

Y callan pensativos,
y al cirio resplandor de sus recuerdos,
revisten con las formas de la vida
su desnudo esqueleto.

Explicarme no alcanzo ;
pero en mis noches de dolor intenso,
en las desolaciones de mi espíritu,
en el sonambulismo de mis duelos,
tristes como mi alma
he mirado á mis muertos ;

á los que tanto con el alma quise,
que estaban vivos y me estaban viendo ;
sentados en sus túmulos de piedra
al cirio resplandor de sus recuerdos.

Leed, en fin, esta graciosa acuarela de la capital de Andalucía :

En una alegre mañana
de feria y de *manzanilla*,
reí tu risa, Sevilla,
desde *El puente de Triana* ;

la gracia mora y cristiana
mezcladas á maravilla ;
el mantón y la mantilla,
la coleta y la sotana ;

la *chula* que va mostrando
gruesa pierna y breve pie ;
un *trovero* tarareando ;

en un balcón mil claveles,
y tirando de un cupé
dos mulas con cascabeles.

Entre los hombres que empezaron á escribir en la última década del siglo décimo noveno, uno de los que más se distinguen es Samuel Darío Maldonado, por su vasta y privilegiada inteligencia. Ha leído y estudiado en abundancia y con ahínco, posee una ilustración sólida y numerosa, conoce varios idiomas y las principales literaturas de Europa, es versado en la griega y la latina, y sabe mucho de nuestras razas aborígenes. Los estudios sobre asuntos americanos le seducen, los hace con detenimiento, y en ellos puede alcanzar toda la fuerza de una grande autoridad, si persiste en el empeño. También es crítico, y en los estudios que ha hecho, demuestra mucho alcance y perspicacia. Como polemista es formidable. La ironía, la sátira y el sarcasmo los maneja con flexibilidad y al mismo tiempo fortaleza abrumadoras, y en el fuego de la discusión dispone de numerosos recursos, entre ellos, de una argumentación nutrida y abundante, y de cierta sutileza muy aguda para meterse de lleno en el corazón de las materias é ilustrarlas. Conocedor de la lengua latina y de la vieja literatura castellana, su prosa, que no es siempre muy correcta, ni mucho menos fina, tiene el nervio de la primera y el fragante sabor de la segunda, pero sin ser arcaica, con una independencia enteramente moderna, y para decirlo en una imagen, pareciéndose á rico vino añejo va-

ciado con el mayor desparpajo en odres nuevos. Piensa alto, escribe con singular facilidad, su mirada se dilata en muy amplios horizontes, es patriota, verdaderamente patriota, en tratándose de literatura, y por ésto en su inteligencia está profundamente arraigado (como debiera estarlo en la de todos los escritores del país) el gran principio de Baralt: «Si el espíritu moderno tiene, como creo, un sentido exacto y susceptible de aplicación á la vida real, el problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena.» Por éso en todo lo que escribe se siente con intensidad el ambiente genuino de la Patria. Como poeta, tiene brillantísima personalidad, y goza en Hispano-América de reputación extensa. Su imaginación es exuberante y espléndida, deslumbrador su colorido y sus versos cadenciosos. No siempre es terso en ellos, porque abandonándose él muchas veces al vuelo de la inspiración, prefiere la integridad de ésta antes que la impecabilidad de la forma literaria. Por la misma razón, hay momentos en que aparece nebuloso, oscuro en la expresión, desordenado é incorrecto, pero sin nunca dejar de ser poeta. Es habilísimo en el uso del endecasílabo combinado con el heptasílabo, y cuando los asonanta, sus composiciones exhalan una frescura deliciosa. En ésto se parece mucho al uruguayo Juan Zorrilla San Martín en el poema indio *Tabaré*. Emplea con frecuencia verbos, sustantivos y adjetivos que no aparecen en el diccionario de la Academia Española, y que saca del latín para castellanizarlos, ó de los dialectos que hablaron las tribus indígenas de Venezuela. En tal sentido es muy probable que le tilden los rigoristas y los intransigentes. Su obra poética, en conjunto, es esencialmente *de la tierra*, y ostenta la alteza de las cumbres y el esplendor de la vegetación de nuestros Andes. Es poeta criollo hasta en el gusto regional del copioso vocabulario que se oye resonar en la abundosa cascada de su verbo lírico. Hay poesías suyas que vuelan como el buitre, que esplenden como la nieve irisada por el sol, que huelen como el dictamo aromoso y acarician suavemente como el albo terciopelo del frailejón de nuestros páramos. Tiene concluidos *El poema de la almohada* y los titulados *El buitre*, *Luis Cardozo* y *Ultimum feriens*. La colección de sus sonetos es un estuche lleno de piedras preciosas relucientes, y en las *Odas vírgenes* es donde quizás, por la alegre lozanía, por la espontaneidad y por el arte de la versificación, se manifiesta con más luz su alma de excelentísimo poeta.

En *Non serviam*, Maldonado ha dicho cuanto piensa y cuánto siente con referencia á las formas que debe revestir la poesía que él ama y admira :

El arte, religión de nuevas aras,
que erigió las columnas de su templo
en las grietas profundas del barranco
donde el águila abriga á sus polluelos ;
en las nubes que engendran tempestades,
en ramajes de palmas y de ceibos,
en los sordos murmullos de la onda,



Manuel Pimentel Coronel

del Orinoco en el nutrizo seno ;
viril, hirsuto, rebelado arcángel
de la tierra, los mares y los cielos,
es el arte que vive, porque nunca
naturaleza, madre de lo excelso,
le negó los calores de su vientre,
la savia exuberante de sus pechos.

.....

Viejos cantos del Inca, grandes himnos
de tórridos arpegios,
que en las sagradas fiestas conmovían
las indígenas bóvedas del templo ;
odas ásperas, brucas, que encarnaron
la religión, la duda y el deseo

de las vírgenes almas
y de esforzados genios,
profetas de la muerte de las tribus
cuando en su raza el porvenir previeron,
víctimas del coloso de los siglos,
del monstruo apocalíptico... el progreso ;
¡ oh toscos ritmos bárbaros,
surgid, vibrad enérgicos,
como en los graves salmos que entonaba
montado en odio el aborigen pueblo
á quien venero en inmortales rastros
y bendigo en el ara de sus huesos,
reliquias de grandezas que no vuelven,
mudos testigos del ideal moderno !
.....

Ritmos de luz y vida,
ritmos de sol y fuego,
notas que expresen gestaciones de alma,
perenue hervor que en la cabeza siento,
animen los escorzos de mi estilo,
de la tonante libertad eugendo,
y así una vida viviré que nunca
aguardan los cantores de mi suelo,
desdeñadores del origen patrio,
del origen egregio.
.....

El arte de los trópicos me escude
y la idea refulja en mi cerebro,
y mis versos serán como los amo,
hijos robustos como yo los quiero.
¡ Y que la injuria me salpique el rostro,
y que caiga vencido por el suelo !
¡ Yo nunca temo los combates rudos,
nunca sentí la ofuscación del miedo !
.....

¡ Hurra á los luchadores que se aprestan !
¡ El triunfo los saluda en el torneo !
Aplando el corazón que se levanta ;
corazones de esclavos los desprecio ;
y odio la escuela de la estéril forma
de metáforas huecas y rodeos,
porque siento una fiebre que me abrasa
y porque el arte tropical veuro.
.....

Amo la luz, el ritmo y la bravura
del salvaje anapesto
que en el ambiente americano vibra,
y en las ondas satúnicas del trueno,
y en el rayo de sol que colorea
el matiz de libélulas é insectos.
¡ Soy insurrecto de latina estirpe,
y yo sus ansias de titán heredo !
¡ Hurra á la idea juvenil que rompe
las cadenas de un arte que era siervo !
Como el condor de nuestros Andes libre,
al porvenir que se remonte el vuelo.
Non serviam es el grito y la consigna ;
disciplinad, rebeldes, el ejército ;
rueden á tierra los vetustos moldes,
y en sus ruinas oficie el pensamiento.

La misma índole criolla que la composición anterior, á pesar del tinte mitológico, tiene *La Gloria*, á la cual da la más pintoresca animación la variedad riquísima de los metros en ella combinados con acierto.

La gloria es una ninfa,
botón de primavera,
de unos túrgidos senos de alabastro,
de unas brunas y gráciles guedejas.

Y son sus ojos, grandes,
y las pupilas, negras,
quemantes como el sol de rojas ascuas
en las pampas ubérrimas.

Yo no sé dónde móra,
sí en el lago, en la selva,
en las cañadas vírgenes,
en el musgo plumizo de las ceibas,
en tupidas almácigas de lirios
ó en las honduras que los gnomos pueblan.

Un fauno, de esos faunos
que son dulces poetas,
y á las ninfas persiguen en los bosques
y con las ninfas vagabundas sueñan,
una tarde de Julio me decía
(perdonad que divulgue confidencias) :
«Es pícara, la quiero...
¡ es tan graciosa *Ella* !»

«Tiene la galanura de mis montes
y esbeltez de aborígenes doncellas ;
la sorprende muchas veces,
la sorprende dondequiera ;
en la comba lápiz-lázuli del cielo,
en las linfas del raudal que vocinglea. »

«Juega, salta, ríe,
corre, trina, vuela,
cuando voy con el alma de rodillas
hacia mi novia espléndida. »

Y en el rostro del fauno aparece
la sonrisa de amarga tristeza.
Y prosiguió charlando
con una voz de abeja,
á tiempo que en sus lánguidas pupilas
destello de ambición relampaguea :

«Si tú, cantor silvano,
la ninfa de la gloria conocieras,
en la guzla de tñ alma zumbarían
enjambres de cadencias. »

Calla el fauno ;
la floresta
se percibe
como trémula ;
y en los cielos,
en las siembras,
en las frondas
de la vega
derramaron el asombro del misterio,
la explosión de la belleza,
la embriaguez de los colores
en dival eflorescencia,
mariposas
como flores que en los aires voltejean,
esmeraldas, con matices de arco-iris,
color perla,
blancas, rojas
y violetas,
de oro y grises,
las de gualda y las bermejas.

Y se oyeron de torcaces las quejumbres melancólicas,
y los pájaros silvestres entonaban una orquesta ;
y el pícaro del fauno se escabulle
y en altos gritos rompe por el bosque : ¡es *Ella* !

Los colibrís chillaron sus festivos himnos ;
con alegría nostálgica me sumergí en la selva.

La busco desde entonces
en los juncos que tiemblan ;
de la orquídea en el cáliz ;
en los vívidos rayos de la estrella ;
en los capullos, ángeles dormidos
en sus cunas de pétalos y esencias ;
y la encuentro en las miradas centelleantes de la púber,
en los labios que simulan los botones de cayena,
en las nubes de ópalo,
en las recientes éras,
en el rauda tumulto de los ríos
y el verde-oscuro de las rozas nuevas.

Entonces es que siento
en mi cerebro ruidos de colmenas,
aletazos de cóndor
cuando en el éter de las cumbres rema ;
y un aroma que trasciende á los perfumes de las ánforas
de un banquete del país de los ensueños me embelesa ;
y percibo que estridula en el ambiente de las márgenes umbrías
la canción enervadora de los ósculos que incendian.

Canta como los pájaros salvajes,
gime con el gemir de la oropéndola,
solloza como el cárbano
y como el buitre vuela.

En sus acordes bullen caricias de las sombras,
arcanos de las páginas de míticas leyendas ;
resurgen esqueletos de razas que no existen :
su verbo es el de Cristo, que á Lázaro despierta.

Allá, sobre la cúspide
solemne de la Sierra,
donde la luz irisa
el seno de la nieve, novia eterna,
oriflama celeste
inmaculado ondea,
para mostrar á los futuros héroes
el porvenir de América.

Ninfa de los idilios
de cándida terneza,
dáme el arpegio tórrido,
dáme la estrofa ebria,

arrúlla mis ensueños,
esplénde en mi tiniebla :
es mi alma una hambrienta de laureles
y mi lira una loca de cadencias.

Tú de la noche fosca,
tú de la obscura brega,
el astro fuiste que los pasos guía
del pensamiento en la escabrosa senda.

No me abandones, ámame,
envuélveme en tu lacia cabellera,
mírame con tus ojos de carbunclo,
bésame con tus labios de cereza,
estréchame en tu seno de alabastro
y para siempre mis sentidos quéma,
y para siempre como el iris fúlge
en el ara sin luz de mi cabeza.

En la composición titulada *En el río Zulia*, aparece hermosamente expresada la profunda melancolía que se apodera del espíritu, á la caída de la tarde, faz á faz con aquella naturaleza primitiva, grandiosamente salvaje, sombría y al mismo tiempo espléndida en su vegetación abrumadora, de las tristes riberas solitarias.

Se estremece el cañal, y los alisos
inclinan soñolientos la cabeza ;
y corona el verdor de la espesura
el capullo encarnado de las ceibas.

A lo lejos, azul el horizonte ;
azul como esperanza que nos deja,
y rumor perezoso de las ondas,
y ruidos de arboledas.

En el cielo, bandadas de pericos
que chillan y se alejan
en busca de la noche á las montañas,
donde el polluelo entumecido espera
la caricia y el ósculo
que resarcan las horas de la ausencia.

Al corazón, que es ave sin abrigo,
de ignota vida en soledades yermas
¿quién lo aguarda en la noche, quién lo aguarda,
quién resarce sus horas de tristeza?

.....

Balbuze en los palmares
el viento su monótona cadencia ;
la vacada se apiña en el cortijo,
y los labriegos al hogar regresan.

Viene la noche al fin, viene el reposo
que con afán se anhela.



Samuel Dario Maldonado

¡Cuántos, desde el umbral de su bohío,
cuando brota en los cielos una estrella,
sentirán en ló íntimo del alma
surgir sonriendo una esperanza nueva!

Noche que vienes y la calma traes
á las almas que sueñan
con algo que redime los dolores,
eres, noche, muy bella.

Mas ¡oh noche! que vienes taciturna
y de recuerdos de amarguras llena,
eres mueca sarcástica de tedio,
eres negra, muy negra.

.....

Es el último toque.

De los cerros
en las erguidas cumbres reverberan
los destellos del sol agonizante ;
y las sombras envuelven las florestas,
y se extinguen los gárrulos chirridos.
Sólo la calma y el silencio imperan.

Y del Zulia las ondas todavía
á borbotones ruedan ;
y eternamente seguirán lamiendo
el césped que tapiza las riberas.

Mas de aquel corazón que la energía
en las luchas gastó de la existencia ;
que llevó los dolores de su siglo
como la cruz el Nazareno á cuestras ;
cuando caiga en la sombra
y la noche sin límites lo envuelva,
¿ no quedará un latido de sus fibras,
ni un puñado de tierra ?

A lo lejos, murmurios ; á lo lejos,
lo que nunca se enerva ;
savia de juventud que no se agota ;
virgen primaveral eflorescencia ;
el latido sin término ;
algo de vida eterna
que sacude las almas y difunde,
en medio del dolor y la tristeza,
irradiación de auroras de esperanza
que retosa, palpita y centellea.

Olor de regalada poesía, fuerte como el olor de nuestra naturaleza eternamente lozana y vigorosa, es lo que exhala esta sentida invocación :

Musa que viajas, errabunda y sola,
en mis nativas selvas ;
musa que con las tórtolas suspiras,
con el paujil te quejas,
y ruges como el tigre

que los tímidos siervos olfatea ;
y corres en las ondas que balbucen
y lamen el juncal de la ribera,
y en los aires que pueblan de zumbidos
bandas de insectos, juguetona vuelas ;
musa que me arrullaste cuando niño
con rumor de arboledas,
vuélve á inspirarme el gemebundo canto,
sacúde con tus alas mi cabeza.

Escucho tus suspiros en los vientos
pujantes de la abrupta cordillera ;
es tu voz la que viene á mis oídos
desdē indias florestas,
y tus miradas son las que descienden
palpitando en la luz de las estrellas.

Yo siento que me arrullas,
yo siento que me besas ;
eres tú la que ardiente enamorada
en tu seno me oprimes y me estrechas
en esas horas de profundo hastío
y de nostalgia eterna,
cuando suspiran todos mis dolores,
cuando sollozan todas mis tristezas.

Musa de los fugaces desvaríos
de mi ansiedad primera ;
si en las vibrantes cuerdas de mi alma
de las rimas pusiste la cadencia,
y luz de sol en la mullida cuna
en que es calor la célula ;
madre quē ama al pensamiento niño
que en sueños de oro se estremece apenas ;
musa—mi eterna novia—de rodillas
el corazón espera
los besos de tu boca :
son la escala
tendida entre los cielos y la tierra.

Es necesario al Numen
que por la sombra de la vida ascienda.

Al pastel es un cuadro que seduce por su primorosa ejecución :

Las sombras de la noche
extendieron su manto por la esfera ;
se ocultaron las aves en las frondas,
y descansó de palpar la tierra.

Silencio, lobreguez.

Acaso un eco
aún vibra entre las cuerdas
de una olvidada lira que la pulsan
las hadas de la rima en las tinieblas.

Y flotan en el aire,
se desvanecen ledas,
caricias que brotaron en un tiempo,
entre el ruido de alegres cantinelas,
del corazón de la gentil amada
que yá el sepulcro del olvido encierra.

Se estremecen los árboles ; el viento
suspira en la sauceda ;
los pichones se abrigan en las alas
de castas madres que arrullarlos sueñan ;
se desprenden las hojas amarillas ;
los capullos se cierran,
y Hebe, como una virgen
que á la cita de amor abre la reja,
en los cielos asoma.

Sus pupilas
esclarecen la escena :

En el tugurio angosto del artista,
sobre las tablas de vetusta mesa,
aparecen los libros en desorden,
esparcidos los cantos de un poema,
y de nimbos de luz los fluecos de oro
circundando las sienes del poeta.

Y ahora reproduzco de la colección de sus sonetos el titulado *Paisaje*, por ser quizás el mejor hecho y el que tiene más brillante colorido, aun cuando no sea enteramente correcta la colocación de los consonantes en los dos tercetos.

De pericos la banda vocinglera
en el maizal el labrador espanta,
y la luz que los montes abrillanta
en las mazorcas de oro reverbera.

Se columpia y susurra la palmera ;
lá onda azul en su lenguaje canta,
y esponjado el vellón de la garganta
va pescando la garza en la ribera.

Resuena el estridor de la algarada
que entona jugueteando en la espesura
de las aves silvestres la parvada.

Y la tierra se agita alborozada,
y en su estremecimiento hay la ternura
de un ensueño de virgen desposada.

Rufino Blanco-Fombona ensalzó con entusiasmo, en uno de sus *Trovadores*, á Víctor Racamonde, y no he visto loores más justamente merecidos. Racamonde es uno de los poetas más conspicuos que ha dado hasta ahora Venezuela, y hay que decirlo con absoluta franqueza y sin ninguna ruindad de corazón. Todo le favorece y le acompaña, en el campo de la poesía esplendorosamente bella, para cubrirse de gloria y ser timbre de la Patria. Sus versos tienen una armonía encantadora, y por éso da lástima que algunas veces, quizás por impaciencia, los rompa en su natural delicadeza rítmica con el inaceptable uso del encabalgamiento arbitrario, y con sinalefas ó hiatos completamente indignos de sus condiciones de artista notable en grado eximio.

Udón Pérez pisa con firmeza y dignidad sobre las huellas de su conterráneo Yepes, y procura dar á su obra el colorido humano, y también el regional. Posee, para expresarse, facilidad sorprendente; y por poseer facilidad tan difícil y envidiable, no siempre la castiga con el cuidado que merece, para que la expresión no tenga manchas ni defectos. Tanto en sus poesías líricas, como en sus poemas y en su interesante drama *Frutos naturales*, representado con gran éxito en Caracas, lo que primero se ve es la irradiación ardiente del verdadero numen. En toda la extensión (¡óigase bien!) de la obra que ha compuesto, es superior á Yepes por la elegancia de la forma, siendo él mismo más notable que en sus odas, en algunas de sus composiciones líricas y en sus poemas. Los titulados *La venganza de Yaurepara* y *Vencida* (me refiero al que se publicó en *El Cojo Ilustrado* correspondiente al 1º de Enero de 1905), son dos obras hermosas que ponen muy en alto las cualidades del poeta. *Vencida* es un poema versificado con maestría, que hace recordar el vigor y gentileza característicos de Núñez de Arce; pero el recurso de que el poeta se valió para dramatizarlo al final, de una manera sombría y dolorosa, quizás no tenga toda la verosimilitud que llegó á suponerle, aun cuando Leonor, en aquel momento de desesperación y de amargura inconsolable, se encontrase medio loca. En mi concepto, es un recurso efectista, para comunicar mayor potencia dramática al desenlace; pero lo creo, en relación estricta con los antecedentes, fuera de la realidad. Yo

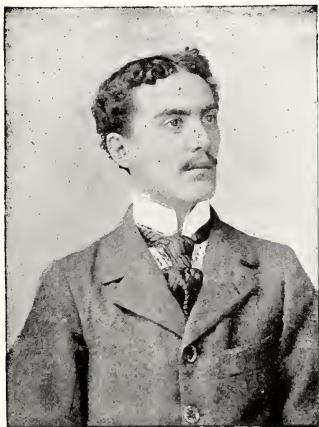
no dudo que semejante manifestación pueda ser cierta dentro de lo humano, atento que en el mundo se ven con la mayor frecuencia los fenómenos más raros. Sin embargo, dados el carácter, la abnegación, la ternura, la grandeza de alma y las demás excelentes cualidades que con tanta hermosura dice Pérez de la infeliz Leonor, la consecuencia resulta en absoluta contradicción con las premisas, por la virtud incontrastable de la lógica. Una muchacha singularmente bondadosa que ve á su triste padre casi moribundo, hambriento y sumergido en la tremenda soledad de aquel tugurio medroso y lleno de miserias, no lo abandona cuando comienza á oscurecer, sin parar mientes algunas en lo que pueda sucederle durante las doce horas de la noche, para volver, cuando comienza la claridad del día,

casi demente,
con un puñado de oro
y sin nimbo de luz sobre la frente.

Si Francisco Pimentel, Eugenio Méndez Mendoza y el coriano Maximiliano Iturbe tienen la afinidad del sentimentalismo ingenuo, Tomás Ignacio Potentini, tan incorrecto y desgarbado algunas veces como el carabobeño Alejandro Romanace, que fué notable en cuanto sonetista antes que todo, se parece á éste en la rebeldía, en el impulso combatiente y en la blasfemia que repercute en los espacios con el inmenso grito de la desesperación incontenible; y Paulo Emilio Romero y Sebastián Alfredo Robles se asemejan en el escepticismo torturante, en el dolor espantoso de la vida, en la perenne melancolía sin consuelo, en el desengaño que asombra, consume lentamente y aplasta el corazón con la pesadumbre glacial de sus dolores. Méndez Mendoza y Maximiliano Iturbe no necesitan alabanzas, porque su reputación tiene la base del mérito innegable, que se impone aun á despecho de la conspiración del silencio, eternamente siniestra y calculada. Cuanto á Francisco Pimentel, no hay sino leer su *Remember*, la más notable quizás de sus composiciones de ese género, para concederle sin reservas la fresca y verde rama del poeta.

¿Te acuerdas? Era en la infancia.
Tú eras muy niña, muy niña;
el viento de la fortuna
te trajo á la patria mía.
Como dos nubes que errantes
cruzan la esfera zafírea
hasta que por fin se juntan
y siguen la senda misma;

así, mujer, nuestras almas,
para adorarse nacidas,
se unieron al encontrarse
en la senda de la vida.
Pasaron pronto, muy pronto,
las horas de nuestra dicha,
y separados vivimos



Victor Racamonde

los dos en tierras distintas :
tú, del Rhin en las riberas,
yo, del Guaire en las orillas.

.....

Nada es eterno en el mundo ;
todo lo destruye el tiempo ;
tu cariño y mi cariño
dieron lugar á otro afecto ;
y cuando los dos nos vimos
un día en tu patrio suelo,

como dos seres extraños
tu alma y la mía se vieron ;
pero de aquellas cenizas
de nuestro amor de otro tiempo
brotaron ardientes llamas,
y recommenzó el incendio,
y sólo tuvimos vida
para adorarnos de nuevo.

.....

¿ Te acuerdas ? Era una noche :
solos y juntos los dos,
del astro de los amantes
al indeciso fulgor,
me juraste eternamente...
¿ Á qué recordarlo hoy ?
¡ No volváis á mi memoria,
dulces instantes de amor !
¿ Á qué recordar promesas
que el viento se las llevó ?

.....

¡ Una tarde !... Ese recuerdo
vivirá cuanto yo viva ;
uno entre muchos retratos
despertó mi simpatía ;
y al preguntar yo quién era,
y al saber que era tu hija,
sentí una lágrima ardiente
obscurecer la pupila,
y al fin rodó silenciosa
por la abrasada mejilla.
Quiso maldecirte el labio,
y en vez de la frase impía,
de lo más hondo del alma
exclamé :—¡ Dios la bendiga !

El infortunio cruel que desespera, las más negras decepciones, la soledad sombría y dolorosa en el cubil estrecho, el desprecio con que el vulgo popular y aristocrático, asaz necio é ignorante, ve pasar por la tierra al talento luminoso, al mismo tiempo que celebra y canta ditirambos irrisorios á la estulticia fugazmente engrandecida por el brillo engañoso, funambulesco y casi siempre siniestro del dinero, han vigorizado en los últimos años el verbo lírico de Potentini, y por éso él ha escrito sonetos de tan singular vehemencia y energía como el titulado

Á mi Dios; sonetos verdaderamente hermosos, pero rebosantes de hiel, extravasados y blasfemos.

Me llamas, y no sé qué contestarte ;
brillas con luz divina, y por no verte,
á Satanás le doy mi ánima fuerte,
y en tus misterios nó, no quiero parte.

¡ Así debo morir, sin adularte,
soberbio en mis harapos, sin hacerte
jamás la venia, ni cambiar mi suerte
por el orgullo fiero de negarte !

¿ Qué á mí el antro, el cubil, miseria y penas ?
¡ En la mayor zozobra es cuando estalla
el bardo en himnos de inmortal victoria !

Al mundo lanza rotas sus cadenas,
besa otra vez su alfanje de batalla
y se duerme soñando con la gloria.

O como este otro (*Mi yo pecador*), tan vibrante de altivez como sincero :

¡ Yo no pido perdón ! El alma mía,
de genial entereza al grave arrullo,
guarda como blasón de fe y orgullo
la lealtad : mi norte y faro y guía.

Ardo siempre en suprema rebeldía
contra el traidor del mundanal barullo
que el lirio del honor troncha en capullo
en contubernio vil con la falsía.

Yo merezco calzar espuela de oro
y cubrirme ante el rey, pues soy un noble
que sabe alzar la frente sin mancilla.

Si pequé, fué por sobra de decoro,
y mi conciencia manda que no doble
ni ante Dios ni ante nadie la rodilla.

De Paulo Emilio Romero ha dicho con verdad César Zúmeta, en una de sus más bellas y más sentidas narraciones, que es la titulada *Un funeral*, lo que en seguida copio, aun cuando yo no opine como él cuando le califica de artista sin salvedad

alguna (en entendiendo el adjetivo en toda la integridad de su significación altísima), pues si *Paolo* jamás dejó de ser todo un poeta subjetivo de singulares facultades, no siempre tenía en cuenta (quizás por su falta de cultura intelectual) que debía preocuparse, por igual, tanto del fondo como de la forma de sus composiciones. «De él no se decía que hacía versos, sino que era poeta. Y *Paolo*, en efecto, era artista. Basta leer sus versos para sentir cómo palpita en ellos la inspiración, el genio. Bastaba observar su rostro inteligente y sus grandes ojos negros, llenos de fuego, por más que miraran con cierta suave resignación.»

Sebastián Alfredo Robles nació á nuestra vida literaria como una estrella en el azul del horizonte, se enfermó de melancolía tristísima como las flores amarillas que se abren en torno de las tumbas, brilló apenas un momento en el cielo de la poesía nacional, y desapareció dejando una reputación que es digna de los elogios más cumplidos. ¡Cuán bella y cuán amarga es su composición *Últimos ayes de un bardo*, en la cual el desengaño y el remordimiento se quejan con el dolor más hondo, y aparecen tan admirablemente expresados !

Entre amigos que el oro me produjo
pasaba sin afán las horas yo,
y de mí bolsa al poderoso influjo
todos gozaban de esplendente lujo...
¡pero mi madre nó !

¡Pobre madre ! Yo de ella me olvidaba
cuando en brazos del vicio me dormí.
Un inmenso cortejo me rodeaba,
y á ninguno mi afecto le faltaba...
¡pero á mi madre sí !

Hoy, moribundo, en lágrimas deshecho,
exclamo con dolor :—¡ Todo pasó !
Y al ver que sufre mi angustiado pecho,
todos se alejan de mi pobre lecho...
¡pero mi madre nó !

Y cerca yá de mi postrer suspiro,
nadie se acuerda, por mi mal, de mí.
La vista en torno de mi lecho giro,
y en mi triste redor á nadie miro...
¡pero á mi madre sí !

Luis Churi6n apareci6 acentuadamente cl6sico en sus primeras obras. Despu6s se independiz6 del convencionalismo cerrado que por entonces reinaba en Venezuela, y buscando mayor frescura para su inspiraci6n, se sumergi6 en la gaya lozanía eternamente primaveral y embriagadora de nuestros nemorosos campos, y escribi6 composiciones muy bellas, en las cuales resalta la pompa descriptiva como un gran florecimiento de rosales. En cuanto colorista *del terruño*, es de lo m6s notable que existe hasta ahora en el pa6s; y por lo mismo, bien podría cultivar con 6xito el poema rusticano de N6ñez de Arce, adapt6ndolo 6 hechos palpitantes de la vida venezolana, 6 6 dramas íntimos del coraz6n, como lo han hecho Mata, Arcia, Betancourt Figueredo y Ud6n P6rez. Sensible es que frecuentemente se abandone 6 la descripci6n exagerada, sin amenizarla con oportunos toques filos6ficos 6 sentimentales, como sucede en sus composiciones tituladas *Campesina* y *Del terruño*, y que se detenga en pormenores cuasi nimios y hasta excesivamente vulgares, que no sirven, de seguro, sino para deslustrar la ostentosa belleza de sus cuadros. Por lo dem6s, su versificaci6n es generalmente correcta y esmerada. Ultimamente ha sentido muy de cerca el influjo del movimiento literario que hoy domina por todas partes en Am6rica, y en vez de consagrar sus finas aptitudes de poeta 6 trabajar obras de alguna substancia y trascendencia, en las cuales se respire el aliento embalsamado de nuestra naturaleza, no menos que se sientan los latidos del alma nacional en cualesquiera de sus aspectos y manifestaciones, se empeña est6rilmente en desviarse de la índole que lo caracteriza y que acentúa los rasgos naturales de su personalidad, d6ndose con delectaci6n morosa 6 la f6brica de versecillos tan falsos de color, tan inconsistentes, tan frívolos y tan indignos de su clara inteligencia, como los que llevan por nombre *Alba dilecta*.

¡ V6ya un primor de mañana !
Hecha un querubín travieso,
me ha despertado de un beso
entrando por la ventana.

Hoy est6s lo mismo, hermana,
que cuando en un bucle espeso
me ensortijabas tu beso,
como quien en oro hilvana.

Dáme de aquel embeleso,
y con infantil exceso
romperé en aquella diana

repicada con mi beso,
cuando era un pájaro preso
bajo tu azul porcelana.

Tomás Mármol reveló desde las aulas universitarias condiciones no nada comunes de orador, y sería más digno del encomio en semejante aspecto, si no fuera por la exageración con que hace uso del énfasis en el decir de sus discursos, probablemente hija de su temperamento nervioso en grado altísimo. Sin duda alguna que es poeta, y es de lamentarse que por falta de entusiasmo, ó porque la gloria es para él apenas humo que se desvanece en el espacio con la mayor facilidad, no pulse la lira con frecuencia, ya que sabe arrancarle tan dulces melodías. Las composiciones que ha escrito no son muchas, y si algunas no se encarecen por la forma completamente irreprochable, casi todas encierran algo noble y elevado como sentimiento ó como idea. Quizás no ha hecho poesías sino por gala de su ingenio, ó por dar expansión á los afectos y sensaciones de su alma en esas negras horas en que el hombre, cansado de las penas y las miserias de la vida, tiene tedio de ella, como el profeta de Idumea en medio del inmundo estercolero, y necesita volver la desolada vista al firmamento azul tachonado de estrellas inefables, para consolarse, mirando hacia el ideal eterno, del dolor que nunca muere en los caminos ásperos del mundo.

Él ha cantado á su hija muerta con dulcísima ternura, y ante la tumba de aquel pedazo de su alma, ha sentido la alegría de la fe en la inmortalidad del espíritu.

¡ Graciosa estás !... Más que en los bellos días
en que luciendo primorosas galas,
ángel de paz, al entreabrir las alas,
amor y luz en torno difundías.

Brillas ufana en el celeste coro,
digna mansión de tu ideal pureza,
mientras te cifies la gentil cabeza
con diadema inmortal de rayos de oro.

¡ Salve, mi bien, mi amor ! Desde esa altura
en que al través de la ilusión te miro,
á mí descende en armonioso giro
el hálito feliz de tu hermosura.

¡ Triunfaste al fin, y trasponiendo el mundo,
ave fugaz de peregrino vuelo,
fuiste á salvarme á la región del cielo
con esta cruz de mi dolor profundo !

Él ha cantado la tristeza de su *Soledad* en medio del tumulto de la tierra, valiéndose de una síntesis intensamente lírica y esplendorosa de hermosura.



Tomás Marmol

Yá está tranquilo el corazón : ¡ es *Ella* !
La musa del dolor, mi confidente,
se acerca y en mi frente
posa un beso de amor lánguida y bella.

No, no te vayas. Departir contigo
quiero sobre el misterio de la suerte,
y aquí á mi lado verte,
en la callada alcoba, sin testigo.

Me quedas tú por cariñosa egida
después que el tiempo, en su mortal empeño,
me descifró este sueño
de la espantosa noche de la vida.

Y me bastas por noble compañera
para salir airoso en la jornada,
por más que ruja airada
la tempestad en mi triunfal carrera.

Él ha dicho lo que es *La poesía*, de una manera completamente original.

Es lira suspendida en el espacio
la musa del poeta.
La más ligera ráfaga que cruza
... un suspiro... la suena.
Y esa nota que exhala no se extingue :
vive, como la idea,
en el libro, en la fama, en las edades,
incorrutable, eterna.

En ese mundo que los versos forjan
el hombre y Dios se acercan.
El uno sube á la región soñada ;
baja el otro á la tierra.
Y al encontrarse, espléndido y sonoro,
de inmenso amor emblema,
cual vibrante expresión de lo infinito
un ósculo resuena.

Y no cause extrañeza en este punto la revelación que hago de Alejandro Urbaneja como poeta, ya que él no es conocido en la República sino como jurisconsulto, como político y como periodista de combate en las columnas de *La Unión Democrática* y de *El Yunque*. Lo cito como poeta, porque creo que lo merece, y porque forma parte, con tal fisonomía, de la brillante generación literaria que se despertó á la luz en la penúltima década del siglo décimo noveno, distinguiéndose entre sus hombres de mayor valer, por la claridad de su talento. Ha publicado varias composiciones en los diarios de Caracas, pero sin diafanizar nunca su nombre, sino firmándolas con diferentes seudónimos ; composiciones rebosantes de un subjetivismo ardoroso expresado con pasión. El endecasílabo, en sus manos, se desenvuelve con soltura y hace gala de riqueza en los acentos rítmicos. No siempre es atildado ni celoso de las leyes inviolables

de la versificación ; pero muchos que hacen versos, versos solamente, versos fríos y prosaicos, quisieran para perfumarlos la amable poesía que él pone en los suyos con una verdad y un sentimiento que se escuchan brotar del corazón. Gusta de las composiciones festivas, y por éso ha escrito las tituladas *Fas-tidio*, *¡Pobre Zapi!* y algunas otras de significación menor ; pero en ellas, hasta por la vulgaridad del género, es premioso y no nada interesante. Su verdadero mérito no está sino en la poesía del alma.

Detén tus ojos negros en los míos ;
míra en mi corazón ;
inquiére en lo más hondo de mi alma
la verdad de mi amor.

Un instante nomás, un breve instante
envuélveme en la red
magnética de llamas que en tus ojos
fulgurando se ve.

Humilde río soy que en lecho de oro
deslizo mi cristal :
¿ por qué no ha de arrastrarme y de absorberme
el poderoso mar ?
.....

Tengo miedo de ti, de tu hermosura
radiante y juvenil.
¿ No percibes que al verte palidezco
cual si fuese á morir ?

Tus ojos, tus divinos negros ojos
me ven desfallecer,
y no tiendes la mano salvadora
al náufrago sin fe.
.....

Me turba tu presencia, y en mis labios
desfallece la voz.
¿ No me miras temblar ? Soy un cobarde,
indigno de tu amor.

¿ Odias á los esclavos ? Pues escúcha,
escúcha tú también :
esclavo de tu amor, yo viviría
de hinojos á tus pies.
.....

Tengo miedo de ti ; tus ojos negros
me atraen sin cesar,
como el sol á los átomos que cruzan
la eterna inmensidad.

Mas deténlos aquí, sobre mi pecho ;
que es libro el corazón
y una página escrita sólo tiene :
¡ la triste de mi amor !

En la composición *¡ Todo está muerto !* se acentúa con admirable sencillez la nota de melancolía profunda que se observa en las anteriores estrofas.

Á orillas del abismo de mis ojos
detén alguna vez tus ojos bellos,
y si es tu corazón audaz y noble,
míra hacia dentro.

¡ Alegría, placer !... ¡ Mentiras fúlgidas
que jamás anidaron en mi pecho !
... ¡ Yo vivo del dolor !... ¡ La desventura
tiene su templo !

Deletré en el libro de mi alma ;
revuélve mis ocultos pensamientos ;
míde la intensidad de mis pesares
... y ríe luego.

Ríe con esa risa con que matas
todas mis ilusiones y mis sueños,
que al cabo de la risa vienen lágrimas,
vienen tormentos ;

vienen horas eternas de amargura,
vienen tristes insomnios y hondo duelo ;
vienen desesperantes laxitudes
para el deseo.

Acércate al abismo de mis ojos,
y óye que no hay rumores en mi pecho.
¡ Pasó la tempestad ! ¡ Duerme el piloto !
¡ Míra hacia dentro !

.....

¿ No ves cómo los campos tienen flores ?
Así mi corazón las tuvo un tiempo,
y apenas quedan hoy raros despojos
del rudo cierzo.

¡ Y no lloras aún ! ¡ Y fué tu mano
la que trocó el verjel en cementerio !
¡ Y no pides perdón, sino que exaltas
tu orgullo necio !

Marchitas vé las flores de estos campos,
las fuentes sin rumor, los ramos secos,
sin luz el horizonte de mi vida...
¡ Todo está muerto !

Verdaderamente patética es la expresión de la soledad del alma en los siguientes versos, y sin duda que es poeta quien alcanzó á escribirlos con tan visible inspiración :

¡ Estoy triste !...La angustia me devora :
paso la noche en éxtasis sombrío
en esta soledad que me rodea.
Márca el reló monótono la hora
en que á tu labio ardiente el labio mío
hurtó, rico panal, su miel hiblea ;
y está mi alma sola, sola y fría
como nicho de piedra en un santuario ;
como templo sin ídolo, vacía ;
como ancha nave sin armonium, muda ;
con todas las tristezas del sudario,
con todos los horrores de la duda.

En mi concepto, la composición *¡ Quimeras !* puede calificarse de primorosamente delicada, hasta por la dulcísima vaguedad de ensueño casto que parece envolverla como un velo de blancas róseas nieblas doradas por la luz.

Intranquilo y rebelde el pensamiento,
en las rígidas cláusulas del código
lucho por encerrarlo... y ¡ vano intento !
Siempre astuto y sutil, cual hijo pródigo
se escapa del hogar en seguimiento
de la novia perenne... ¡ la Esperanza !
Indómito y audaz, nada le cierra
el horizonte azul por donde avanza
en góndola de luz sobre la tierra ;
y arriba, en la confusa lontananza,
juega como las nubes de colores
al sople de los vientos.

¡ Oh Quimeras !
Sois en el carmen de la vida flores
que nacéis y morís á las primeras

llamas del sol, avaro en sus amores ;
morís y renacéis como los días ;
calentáis los enfermos corazones
con lumbré de las viejas alegrías
y con plumón de nuevas ilusiones.
¡ Por éso os amo, compañeras mías !

Vosotras acudís á mi conjuro
cual enjambre de alegres mariposas
al nectáreo rosal, oliente y puro ;
y me traéis, en vuestras alas, rosas,
é ilumináis mi pabellón obscuro.

¡ Oh vosotras, vosotras las Quimeras,
venid hasta mi celda solitaria !
¡ Mariposas de luz, venid ligeras,
cual si al cáliz de ardiente pasionaria
voláseis á libar mieles primeras !

Debo afirmar, por último, que ni aun el mismo Abigaíl Lozano habría cantado con más intensidad poética la pasión del alma ardientemente enamorada, que Alejandro Urbaneja en estos serventesios :

¡ Flórver, escúchla ! En la mazmorra triste
á do me trajo erguido la Venganza,
me consuela aquel beso que me diste
en noche de pasión y de esperanza.

La negra soledad no me acongoja,
ni me enervan los miasmas que respiro :
me acompaña una flor en cuya hoja
tu imagen veo y tu perfume aspiro.

Es la flor del cariño puro y santo ;
la que en medio de angustias y dolores
en tu pecho nació bañada en llanto :
¡ es la rosa de amor de mis amores !

¡ Flórver, te adoro ! En el silencio adusto
de mis noches sin luz, mi alma te invoca ;
y surges de la sombra ¡ ídolo agosto !
y brilla el antro al beso de tu boca.

Nada me arredra al evocar tu nombre ;
nada me inquieta el porvenir contigo :
me basta con tu amor para ser hombre
siempre feliz... ¡ por éso te bendigo !

Me basta con la fe, con la ternura
de este amor que es mi gloria y mi delirio,
para que no me espante la tortura
y vaya si es preciso hasta el martirio.

¡ Flórver, te amo ! En las calladas horas
de mi celda sin sol y solitaria,
recuérdote tus palabras redentoras
y elevo al dios-amor una plegaria.

.....

¡ Nada quiero sin ti !... La gloria bella,
si no fulge en tus ojos y en tu boca ;
si no vibra en tus besos... será estrella
viajera del espacio errante y loca.

Nada quiero sin ti : ni luz, ni día,
ni libertad, ni vida... ¡ nada, nada !
Es mi fuerza tu amor, y mi alegría
vivir entre tus brazos ¡ oh mi amada !

Yá no tengo otra fe que tu cariño,
yá no tengo otro dios que tu ternura :
cuando me besas tú, me siento niño ;
con ganas de volar hacia la altura.

Cuando me abrazas y el aliento mío
se incendia con las llamas de tu seno,
mi pobre corazón, antes vacío,
comienza á palpar de sangre lleno.

.....

Nadie te vence en gracias y hermosura ;
en virtudes á ti nadie te iguala :
cisne de amor, conservas tu blancura
aunque roces el fango con el ala.

.....

Eres tierna y amante como es tierna
en época de arrullos la paloma :
alma sencilla y cándida, la interna
belleza de tu sér al rostro asoma.

Alma de niña enferma y soñadora
en tus labios expresa la sonrisa :
mezcla hay en ti de Eva teutadora
y de Teresa casta y poetisa.

Si Francisco Lazo-Martí no hubiese escrito sino la encantadora *Silva criolla*, ella sola bastaría para su reputación de alto poeta merecedor del afectuoso aplauso. Inspiración, filosofía, expresivo simbolismo, rico sabor local de la región llanera, arte, sentimiento profundo de la Patria: todo se junta en sus estancias para hacerla brillar como una flor espléndida de lozanía en el parnaso nacional. Pasajes tiene que recuerdan, así en la parte descriptiva como en la filosófica, la silva del ilustre Bello *A la agricultura de la Zona Tórrida*.

Es tiempo de que vuelvas ;
es tiempo de que tornes ;
no más de insano amor en los festines,
con mirto y rosa y pálidos jazmines,
tu pecho varonil, tu pecho exornes.

Es tiempo de que vuelvas.
Tú alma—pobre alondra—se desvive
por el beso de amor de aquella lumbre
deleite de sus alas. Desde lejos
la nostalgia te acecha : tu camino
se borrará de súbito en su sombra.
Y voz doliente de las noches tristes,
y de tus penas invisible dardo,
el recuerdo que vive y nunca muere,
el recuerdo que hiere,
hará sangrar tu corazón ; oh bardo !

No más á los placeres de la Corte
humilles la altivez de tus instintos.
Apárta de tus ojos
falaz visión de pórticos y plintos
que del tiempo serán tristes despojos.
Déja que de los años la faena
los palacios derrumbe
donde el amor es vórtice que atrae
y deslumbrada la virtud sucumbe.

Vén de nuevo á tus pampas. Abandónala
el brumoso horizonte
que de apiñadas cumbres se corona.
Lejos del ígneo monte
vén á colgar tu tienda ; vén felice ;
vén á dormir en calma tus quebrantos ;
y sea de nuevo la fulgente zona
la que derrame luz sobre tus cantos.

¡ Guárdate de las cumbres !
Colosales, enhiestas y sombrías,
las montañas serán eternamente
la brumosa pantalla de tus días.
Déja para otra gente
el placer de mirar picos abruptos,



Juan Arcia

y vén á contemplar, desde el Ocaso
hasta el fúlgido Oriente,
la línea, el ancho lote, siempre al raso,
de la tierra natal.

¡ Ah ! de las cumbres
baja la nieve á entumecer las almas :
las almas que han soñado en el desierto
á la rebelde sombra de las palmas
y bajo el cielo azul claro y abierto.

Déja, déja ese ambiente
en que rima el placer su verso rojo,
y cubiérta de pámpanos la frente,
celebra en la locura del despojo
parda penumbra y carnación turgente.
Si es oro la lisonja, dá tu enojo
á la falaz lisonja
que á la vil abyección tus pasos mueve.
Abandónala el placer ; pena la vida
quien de su filtro bebe ;
y si quieres al fin que no te alcance
de la vergüenza el dardo,
de igual manera que al hiriente cardo
á la pasión venal esquivá el lance.

Es tiempo de que vuelvas ;
es tiempo de que tornes ;
no más de insano amor en los festines,
con mirto y rosa y pálidos jazmines,
tu pecho varonil, tu pecho exornes.

¡ Vén, acúde á gozar como gozaste
de la luz de ese cielo sin mudanza ;
del calor de la tierra en que dejaste
dormida á la Esperanza !
.....

Torna á soplar del Este
el viento alegre y soñador ; ondea
cual agitada veste
el sedoso follaje ; el sol oreo
la charca pantanosa ;
y por el reino de la luz pasea
legión de garzas de plumaje rosa.

Sobre la tosca falda
de las viejas malezas entreteje
la parásita en flor áurea guirnalda ;
cuelga, blanco vellón, de su costado
el nido comenzado ;
regio collar de abiertas campanillas
la trepadora mazamaza enreda ;
y en dos mitades la coraza rota,
despide al aura leda
del nevado cairel de su bellota
trenza brillante el orozul de seda.

Tras la menuda flor cuaja el primero
sus gajos el uvero ;
sus nacarados frutos en el limo
el punzador curujujul engendra ;
la maya erige colosal racimo,
y desprende el merey jugosa almendra.
Encendidos granates el orore
en sus estuches cría ;
emulando la escarcha
el espinito su jazmín estéra,
y del verde mogote en la cimera
abre su flor simbólica la parcha.

En el aire, en la luz, en cuanto vive,
soplo de amor resbala ;
soplo de amor febril que con su beso
estremece del pájaro travieso
el sedoso plumón bajo del ala.
Del árbol generoso
la regalada sombra al sueño invita ;
por la margen del caño
espárcese el rebaño ;
tiemblan reverberando los confines ;
y borracha de sol y más ligera,
la mariposa azul de primavera
agita sus ondeados banderines.

.....

Yá no viene bramando cual solía,
al declinar el día,
por uno y otro rumbo la vacada ;
ni plantado en mitad del paradero,
escarba y muge fiero
el toro padre de cerviz cuajada.
Yá no turba el reposo de los hatos
madrugador lucero ;
ni despiertan el eco adormecido
el amante reclamo del bramido
y la festiva copla del vaquero.

Á más benigno suelo ;
á más fértil región de aguas profundas
y de lucientes pastos regalados ;
á las islas lozanas y fecundas
fuéronse al fin pastores y ganados.

Allá, por la vereda caprichosa,
bajo el quemante sol de la sabana,
al paso lento de la res morosa,
envuelta en luz pasó la caravana.

.....

Yá dos veces, monstruoso y despiadado,
en la sabana pródiga el incendio
su abanico flamante ha desplegado.
Yá dos veces, por furias impelido,
las yerbas infecundas
su aliento abrasador ha consumido.
Y tras labor inmensa
su encendido turbante
ha brillado en las noches del desierto,
como si fuera un faro deslumbrante
clavado en la ribera de un mar muerto.

En línea de combate, á campo raso,
pronta la garra, la mirada alerta,
los buitres han seguido paso á paso
del fuego la reyerta.
Consume aún su aliento las entrañas
de los troncos vetustos ;
fluye sutil fermento de las cañas,
y blanda mirra lloran los arbustos.
Sobre el negro pavés de la macolla
sangriento cardenal bate sus alas ;
las consumidas galas
el inconstante remolino arrolla ;
y sobre el lienzo obscuro del *quemado*,
con dibujos grotescos,
la ceniza y el aura han dibujado
flores grises y rotos arabescos.

Cuando mengüe la luna habrá verdores
en el fresco bajío ;
y cerriles atajos corredores,
y venado bisoño,
en las primeras horas del rocío
alegres pacerán tierno retoño.

.....

La riente primavera,
favorita del sol ; la de los rojos
madrigales de broches perfumados,
oro y seda en manojos
teje sobre los bancos espigados.

Del predio floreciente
aroma traen los hálitos de Oriente ;
y de la escasa floración primera
el botón más hermoso
prende sobre el cabello revoltoso
la inocente muchacha sabanera.

¡ Oh luz primaveral ! De tu alegría
el espíritu inundas ;
por ti es más bello y amoroso el día ;
tú enciendes su pasión, tú la fecundas ;
tú mueves las canciones voluptuosas
y los castos arrullos ;
tú brindas al placer lecho de rosas ;
tú haces morir las blancas mariposas
en la dulce embriaguez de los capullos.

¡ Oh florida estación ! Haced que nunca
turbe dolor violento
la paz de mis nacientes alegrías.
Y cuando vuele, al fin, mi pensamiento ;
cuando vuele hacia allá ; cuando yo muera...
que sea su compañera
la más brillante aurora de tus días.

.....

Cuando el caído sol, desde lejano
purpurino confín luz moribunda
desmaya sobre el llano ;
y del bosque rumoroso y tibio,
á la postrera luz, vuelan serenas
la canción funeral de las chicharras
y la ronca oración de las colmenas ;
cuando se apaga el púrpura sangriento
y brota el color gris, al horizonte
baña de nuevo en rojo
la columna de fuego que calcina
la tostada maleza del rastrojo.
Y por la faz siniestra de la noche,
y bajo el cielo trémulo y sin nube,
en ondas mueve su plumón, y sube,
y la esperanza lleva,
el humo...la plegaria del trabajo,
el holocausto de la roza nueva.

.....

Con los primeros hálitos del Norte,
del país de la nieve,
en junco silbador y bora leve
tendrá el estero florecida corte.
Al pie de sus ganados,
y cuando caiga la primera bruma,
volverán los pastores emigrados ;
volverán las vacadas
á repletar las cercas, y de espuma
á coronar los botes
la linfa de las ubres ordeñadas.
Volverá la alegría
á despertar sus ecos... ¡ la amorosa
lejana romería !
Y al calor del brasero,
cuando la noche pavorosa avance,
brotarán del inculto caucionero
la copla, el tono triste y el romance.

.....

¡ Vén, acúde á luchar con nuevos bríos
por el bien de esa raza cuyos lares
consagra el almo sol junto á los ríos,
no lejos del rumor de los palmares !
Por el bien de esa raza, que abandona
el rincón sin azares
de la vieja ciudad ; y repartida
sobre la ardiente solitaria zona,
lúcha con el dolor y con la vida.
Por amor á esa raza sin ventura ;
por esta pobre tierra
que el maléfico genio de la guerra
yá convierte en inmensa sepultura.
Por esos seres buenos y sencillos ;
por este pueblo amado
que vive ¡ pobre víctima ! entregado
á la ciega ambición de los caudillos.

¡ Vén, acúde á luchar por el destino
sagrado de tu raza ! Con abrojos
cruzado está el camino,
y de tristes y míseros despojos
que hacen correr el llanto de los ojos.

.....

Vuélve tu paso hacia el hogar ¡ oh bardo !
La guacaba cantó ; lleva la hormiga

el germen de su prole,
y á cuestras con su fardo
la araña previsora se fatiga.

Conquistan por la fuerza y la osadía
nidos para el invierno los turpiales ;
en los malos matorrales
mueve el amor salvaje algarabía ;
y con tesón que ráya en el enojo,
como el artista el bloque, en la montaña
el carpintero de bonete rojo
cincela el tronco hasta la dura entraña.
Lucero del bosque, blanquecino ; *
efímera ilusión que apenas dura ;
flor de luz, el cocuyo peregrino
tachona la espesura.

Salmo doliente de la noche oscura
bajo del alta nave,
en tono triste, quejumbroso y grave
brota doliente salmo en la llanura.
Y tras breve reposo, cual sonora
burla al dolor vecino,
en són de fiesta alcaravanes pardos,
abierto el ala de purpúreos dardos,
rompen á carcajadas en un trino.

.....

Yá no triunfa el color, ni rojo splende
cual reguero de espigas inflamadas
el último crepúsculo. ¡ Desciende
con luces empañadas !
Yá las noches no son, como eran ellas,
propicias al amor. El cielo obscuro
semeja inmenso muro
donde asoman temblando las estrellas.
Yá no brilla inclinada hacia el Oriente
la hermosa Cruz del Sur. Vuelca las hojas
la ráfaga en el monte,
y por la comba gris del horizonte
serpean ligeras llamaradas rojas.

.....

Es tiempo de que vuelvas. Sin mancilla
te aguarda el viejo amor. Viva te espera
del culto del hogar la fe sencilla.

¡ Se fué la primavera :
 ruge amenazador trueno lejano,
 y de soles nublados agorero
 la cenicienta garza del verano
 tañe al pasar su canto plañidero !

Juan Arcia, en el volumen que tituló *Vestigios*, ha dejado un oloroso ramillete de composiciones escogidas que se dejan leer casi todas con cariño, atento que su forma se recomienda por su finura y gentileza. Algunas de sus traducciones son de todo punto acreedoras á los más cumplidos elogios de la crítica, en siendo ella honrada y noble. Respecto de su interesante poema *Sangre del trópico*, debo decir que abunda en descripciones magníficas, sabe á la sal y al jugo de la tierra, tiene un sentimentalismo amable, y antes que todo, por ser ello su más relevante calidad digna de encomio, reviste una intención generosa, patriótica y civilizadora, que va derecho contra el espíritu de sangre, de desorden y exterminio de nuestras guerras intestinas; pero el poema, quizás por la índole blandamente apacible de la poesía de Arcia, es deficiente de animación y de vigor en los pasajes en que la impetuosidad dramática se imponía, no sólo para hacer más resaltante el propósito de la finalidad, sino también para comunicar interés siempre creciente al episodio, desenlazarlo en armonía completa con los antecedentes, y hacer más bellas las figuras de Rosa y de Martín. En el término del poema, sobre todo, después que Martín cae muerto en la empinada roca al alcanzar el triunfo, y Rosa corre á buscarlo con delirante anhelo, creyendo que no ha sucumbido en el revuelto campo de batalla, faltan vehemencia y patética energía en la expresión, las cuales hubieran aumentado en considerable parte el valor positivamente artístico del poema en sus diferentes facies.

Asaz fecundo y lleno de fuerte colorido es el bolivarense José María Agosto Méndez. Seis folletos de composiciones ha publicado hasta la fecha en que escribo, titulados *Cantos bohemios*, *Guayanecas*, *Siluetas literarias*, *Lampos y rosas*, *Bronces y filigranas* y *Floresta lírica*; pero no obstante su gusto literario, que en ocasiones alcanza grande altura, no todas sus composiciones, sino apenas un número de ellas seleccionado con prudente juicio, impónese al aplauso. Y no es que en todas las colecciones apuntadas deje de sentirse nunca el *quid divinum* del poeta en la facilidad para cantar, sino que lo abundoso en él de la palabra rítmica, no menos que la falta de reflexión fría y serena, lo hacen incurrir en la expresión viciosa, en el abigarramiento y en la falsa brillantez. La misma fecundi-

dad que le distingue, lo precipita con frecuencia en vaciedades, repeticiones, oscuridades de sentido, epitetismo supérfluo, metáforas impropias é hipóboles sin novedad alguna, en las cuales se ve la magnitud, pero nó el esplendor con que se imponen á la admiración las que son verdaderamente bellas, á pesar de su índole intencionalmente exagerada. Agosto Méndez sabe versificar, y esa es la cualidad que sobresale más en sus composiciones, por la música de las estrofas; pero en muy contadas veces es cuando ha salido de sus manos la obra de arte que bien pueda calificarse de exquisita, así por la distinción del asunto como por la forma intachable que lo expresa. Claro es que Agosto Méndez posee brillantes cualidades de poeta, y por lo mismo debiera darse cuenta cierta de su personalidad para aprovecharlas siempre, y con más fineza, habilidad y reflexión, en producir valientes obras que realmente hayan de singularizarse y perdurar, no sólo para gloria de su nombre, sino también para timbre de Guayana.

Agosto Méndez resulta con la mayor frecuencia completamente arbitrario en versos como los que en seguida traslado en letra bastardilla, y que él, no sé por qué, se ha empeñado en que sean endecasílabos:

*Y esta nostalgia cruel Y Esta duda
aún vagan por mi alma...*

*El matiz Y EL brillo que derrocha
la luz en los paisajes tropicales...*

*Menos mi madrigal, que á bacanales
prefiere soledad Y AISLAMIENTO...*

*De trinos Y Arrullos dulce coro
formado por palomas y turpiales...*

*En ocasiones fingen, sollozantes,
azul Y Apacible serenata...*

Rafael Marcano Rodríguez, así como Gutiérrez-Coll, como Sánchez Pesquera y Andrés Mata, hace altísimo honor á la región oriental de Venezuela. Por lo que se refiere á Leopoldo Torres Abandero, sus versos tienen una serenidad dulcísima y amable; y si jamás deslumbran, llegan al corazón con su per-

fame y su tierna ingenuidad. A proporción que pasa el tiempo, su gusto literario se acendra y se acrisola, y á ello contribuyen el estudio asiduo y su temperamento moderado, que es eclético sin duda, al mismo tiempo que la escuela en que hubo de formarse y de la cual no puede prescindir.

Y al terminar este capítulo, me cumple recordar á José Antonio Pérez Calvo, á Santiago González Guinán y Pedro Fortoult Hurtado, por cuanto ellos también acrecentaron el tesoro del parnaso nacional con inspiradas poesías, dignas algunas de figurar con noble orgullo en el más escogido florilegio.





CAPITULO NOVENO

SUMARIO

Orígenes de la novela nacional.—El romanticismo y los novelistas románticos.—Influencia del naturalismo de Zola.—Iniciativa de los escritores de costumbres en el sentido del criollismo.—Aparecimiento de la novela genuinamente nacional en "Peonía."—Continuadores de este movimiento literario.—Cuentos y narraciones ó novelas cortas.—Los costumbristas jóvenes.



PRIMERO Juan Jacobo Rousseau en *La nueva Heloísa* y el *Emilio* (y todavía hay en Venezuela ejemplares de las primeras versiones castellanas), y después Bernardino de Saint Pierre y la Baronesa de Stäel, Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, Walter Scott y Göethe, *Jorge Sand*, Alejandro Dumás y Eugenio Sué, fueron los novelistas más leídos en Venezuela desde 1838 en adelante. Ellos influyeron poderosamente y de un modo casi exclusivo en el ingenio de los escritores patrios, y á ese influjo se debe el nacimiento de la novela nacional después de 1841, la cual nace romántica. Nuestros pocos novelistas se apasionaron de tal suerte sobre todo del romanticismo francés, y más tarde de truculentos romanzones como los del español Manuel Fernández y González, que se lanzaron de firme y vibrantes de entusiasmo, sin reflexión posible alguna, al propósito de la imitación, imitación de lo extravagante, de lo completamente inverosímil, de lo fantástico é ilógico, pudiendo decirse con certeza que se asimilaron los vicios, pero nó las condiciones excelentes de los escritores mencionados. Trastornados por el movimiento revo-

lucionario de la época, incurrieron en la exageración del sentimentalismo agudo, del terrorismo imaginativo, de las aventuras sorprendentes reñidas con la realidad, sin producir ninguno de ellos obra alguna que pueda recordarse con verdadera complacencia. En vez de inspirarse en tantos y tan ricos episodios y leyendas de la época de la Conquista y de los gloriosos días de la Independencia, y de imitar á Walter Scott en la novela histórica de que fué creador excelso y admirable, se dieron á imaginar imposibles, á relatar casualidades y sorpresas de mal gusto, á consignar diálogos delirantes y requintados de lirismo, y en una palabra, á planear y desenvolver novelas que no resisten ni el impulso más leve de la crítica. Escenas de sangre y de crueldad, perversidades humanas que dan risa porque no son el resultado sino de la inventiva caprichosa, fantasías solicitadas con abinco para despertar el interés siempre creciente aunque disparatado en los lectores, falta de unidad en los caracteres, contradicciones garrafales entre éstos y el escenario en que se mueven, idealismos que no existen ni pueden existir sobre la tierra, intervención constante de lo casi milagroso para poder alcanzar las soluciones más descabelladas, conversaciones en las cuales hasta los personajes más incultos hablan con una vivacidad desordenadamente colorida, adulteración chocante en la manera de describir la humanidad, las costumbres y la naturaleza, y por último, *lo interesante* á toda costa para buscar el éxito en el público, son en lo general los rasgos fisonómicos de la novela venezolana hasta los comienzos de la administración del Doctor Andueza Palacio. Á lo cual debe agregarse, para convencerse de la pequeñez de su significación, la tendencia invencible de los escritores patrios en el sentido de colocar la acción de sus novelas en lugares de otros países desconocidos para ellos, en lugares cuya falsa pintura no ha tenido por objeto sino provocar la curiosidad de lo que el público ignora, aumentando así también el interés novelesco. Y si algunos ha habido que hayan descrito esos lugares porque vivieron alguna vez en ellos, la descripción es tan vaga, tan borrosa y tan sin relación directa con los personajes y el asunto, que los lectores no llegan á preocuparse sino de devorar con precipitación el cuento, sin que de él quede nada en la memoria á poco de leído. Ello es lo cierto, no ya sólo por las razones apuntadas, sino también por la extrañeza ó simplicidad de los argumentos narrados, ó por su aspecto visiblemente exótico, ó por la premiosidad y poco arte del estilo, que no puede citarse, entre las novelas románicas venezolanas, ninguna que pueda calificarse de sobresaliente, ni que se lea hoy sino por mera curiosidad ó distracción. Casi

todas bien puede decirse que se ocultan en el más completo olvido, no obstante los esfuerzos que se hacen con el patriótico designio de revivirlas de algún modo.

El primer novelista que aparece en nuestros anales literarios, con la distinción de un estilo correcto y en ocasiones muy brillante, es Don Fermín Toro; pero es evidente que sus novelas valen poco, no sólo porque adolecen de los resabios románticos, sino también por la exigua originalidad de los asuntos. Si todavía se recuerdan por los hombres que gustan de enterarse de la literatura patria, ello se debe á la prosa del eminente orador, la cual, por otra parte, es más hermosa en el juicio de la *Historia universal* de Juan Vicente González, en la *Descripción del baile del Casino* hecha en Madrid, en la de los *Honores á Bolívar*, en sus discursos parlamentarios y en algunos trabajos sobre política venezolana publicados en folleto. La alta inteligencia de Toro, acostumbrada á elevarse con poderoso vuelo sobre las pequeñeces humanas, pierde, al fijarse en ellas, mucha parte de su energía y esplendor. *Los mártires*, á pesar de los elogios que se le han prodigado á causa del prestigio de que goza el nombre del autor en la República, es novela asaz premiosa á cuyo término se llega con fatiga. El estilo de Toro no se produce allí con su característica hermosura; el estudio psicológico es pesado y carece hoy de novedad por haber sido excesivamente manoseado con más acentuación y lucidez; la lucha interior de Emma, lucha en que ella no puede precisar qué es lo que sucede en su alma, desazona por su falta de vehemencia; se ven con desagrado escenas importunas que no guardan una armonía perfecta con el propósito de la narración; las casualidades sobremanera candorosas no dejan de aparecer, una de ellas, la de tomar uno de los hijos de Teresa, del tocador de Fanny Moore, el manuscrito en que se ratifican las sospechas despertadas en el corazón de Eduardo contra Emma; el tono general es demasiado lacrimoso, y el desenlace resulta completamente frío. La tendencia de la novela se dirige de frente y sin embozo á abogar por los desheredados de la suerte en un medio viciado por la falta de caridad cristiana, no menos que á censurar esa falta en el seno de sociedad tan cruel é inhumana como Londres, «aunque con los fueros de la más culta y más adelantada.» Alrededor de esa tendencia giran todos los episodios, y cualquiera otro escritor tan diestro como Toro, pero con verdaderas sobresalientes dotes de novelista, habría sabido aprovecharla, desenvolverla y finalizarla de una manera más bella y más movida, sin necesidad de incurrir en lo interesante del romanticismo sin orden ni concierto. Respecto de *La viuda de Corinto*, que tan

sólo es un episodio, imita el desbordado colorido, la exaltación pasional y el terrorismo trágico, si bien en forma sobria, de que abusó sin reservas Víctor Hugo. Cuanto á *La sibila de los Andes*, no puedo formar de ella ningún juicio, porque apenas si conozco el único fragmento publicado, ignorando si el resto de la novela se ha perdido.

Lo mismo que de Toro puede asegurarse de Don Ramón Isidro Montes en su leyenda de *Boves*, la cual, según el mismo autor, «adolece de inverosimilitudes y otras imperfecciones.» Y sin ninguna vacilación hay qué decir que el plan de esta leyenda, publicada en 1844, está mal concebido; su narración es soporífera, y los diálogos se resenten de inexcusable impropiedad, por su retoricismo como de rancia academia intransigente. Con todo, vale más, mucho más, que cualquiera de las composiciones en verso del venerable Doctor Montes, cuya memoria, como sabio maestro de varias generaciones y como escritor disertó en otros géneros de literatura, es honra y gloria de Guayana.

Seguió á Toro, con *El amor de una niña*, *Dos duelos á diez y ocho años de distancia*, *Sin nombre*, *Un amor de estudiante*, *La vuelta del presidiario*, *El castillo de Tanearville*, *La tercera dama duende* y *La llama del amor en un incendio*, José Heriberto García de Quevedo, que muéstra más desenvoltura, animación y brillantez que el autor de *Los mártires* y *La viuda de Corinto*. García de Quevedo sitúa sus romances fuera de Venezuela; gusta de lo fantástico y de la complicación para avivar la impaciencia en los lectores; abunda en fogosísimos afectos, en escenas de sangre y de pavor, en aventuras arriesgadas y en duelos admirables por la arrogancia de los briosos combatientes, debido ello quizás á su carácter caballeresco y valeroso, del cual dió pruebas espléndidas é insignes en su vida intensamente impresionista y andariega; tiene grande apego al efectismo teatral en lo dramático; sus personajes se exceden en los hechos no nada verdaderos y en la exacerbación de las pasiones, sin mantenerse en la unidad; preocupado por el amontonamiento de los lances, en ellos se detiene con placer, no importándole nada el estudio de las almas; y cuando yá se alcanzan los desenlaces llenos de convencionalismo, presentidos por el que lee en atención á los antecedentes, las novelas de García de Quevedo se abandonan para siempre. De ellas no queda en la memoria sino el recuerdo confuso de narraciones pintorescas en que la verdad y lo supuesto imposible se mezclan de una manera híbrida y desagradable por lo mismo. En suma, que García de Quevedo, en cuanto novelista, carece de legítimo valor para apreciarle, y deja

muy en alto, para eclipsarle en absoluto, á García de Quevedo como poeta lírico, heroico y leyendario.

En 1864 se publicó, en un grueso volumen, *Gullemiro ó las pasiones*, del eminente médico venezolano Doctor Guillermo Michelena. En una obra de crítica literaria ingenua, tal novela no es digna sino de la omisión. Es farragosa, laberíntica, disertativa en grado sumo, rabiosamente aguda en su desorden pasional, y está escrita en un estilo campanudo y recargado de fuerte y rebosante colorido. *Gullemiro* es todavía más farragosa que *La Regenta* del español Don Leopoldo Alas, que es cuanto puede decirse en su justísimo desdoro. Como novela no significa nada; pero leída en muchas de sus consideraciones filosóficas, se encontrarán en ellas muchas verdades nacidas al calor de la honda meditación de aquella clara inteligencia, tan pomposamente ensalzada muchas veces por sus contemporáneos. Superior á *Gullemiro* como concepción novelesca, pero inferior en el estilo, resulta *Un drama en Caracas*. Su autor, Juan Alfonso, que firmaba con el seudónimo de *Aecio* y que vive hace mucho tiempo en Lima, la imprimió y la hizo conocer en 1868. Es novela de inextricable enredo, sin uniformidad en los caracteres, empapada en algunos capítulos de un sentimentalismo empalagoso y de un idealismo que no se ve jamás en nuestro bajo y puerco mundo, desmazalada con frecuencia en la expresión, y repleta hasta no poderse más de inconsecuencias risibles y de contradicciones lamentables. Uno de sus mayores defectos, el cual da la medida del grandor de los estragos causados por el romanticismo de escuela en los escritores patrios, consiste en la falta de concordancia que abunda entre el medio social donde los episodios se hilvanan, algunas veces estimable en la pintura por la observación detenida que revela, con la fisonomía moral, el carácter, las acciones y los sentimientos falsos de los personajes, de todo punto inadaptables á Caracas. De dicha obra apenas vió la luz el primer tomo; pero basta con él para juzgarla desfavorablemente. Si la cito, es porque en su época alcanzó considerable nombradía y hasta elogios excesivos de la crítica, lo cual puede aprovecharse con ventaja, como elemento asaz precioso, para calificar de un modo cierto aquel momento extraño de la literatura nacional.

Si la memoria no me engaña, en el mismo año de 68 fué acogida con cariño *Blanca de Torrestella*, de Don Julio Calcaño, por el periodismo de Caracas. En la última edición, que es la tercera y que proviene del primer año de este siglo, el autor la ha revisado, corregido y aumentado con esmero, y por lo tanto muéstra hoy más perfección que al salir de la imprenta por la primera vez. Aun

cuando *Blanca de Torrestella* se resiente del romanticismo sectarista en sus rasgos indefectibles y curiosos, el buen sentido y la experiencia de Calcaño los han disimulado, los han aflojado en su tensión disciplinaria y excesiva, y la obra se lee con interés, por lo pintoresco y fácil de la agradable narración. *Blanca de Torrestella* es novela histórica y exótica, novela de segunda mano en tal sentido, y carece de la verdad parcial ó relativa que los ingenios españoles Don Mariano José de Larra y Don Enrique Gil pusieron en sus reconstrucciones históricas, tan dignas de alabanza en buena parte de su enredo y desenvolvimiento, aunque lo sean de censura por la falta de seguridad en la reproducción de los personajes que resucitan en sus páginas. Si en alguna novela de alta distinción y señorío se requiere antes que todo observación minuciosa, estudio bastante detenido, perspicacia en la pintura de los personajes, habilidad para relacionarlos con el medio en que se mueven y singular destreza para la asimilación del colorido que podría calificarse de exhumador de tiempos muertos, sin romper de suerte alguna con las condiciones esenciales de la naturaleza y de la humanidad, es en la novela histórica, si tan admirablemente bella en los maravillosos libros del escocés Walter Scott, tan estrafalaria, abigarrada y mentirosa en los del español Manuel Fernández y González. Desde su iniciación en la vida literaria, Don Julio Calcaño se enamoró con entusiasmo de la novela histórica y exótica. De allí que haya escrito y publicado, además de *Blanca de Torrestella*, las tituladas *La danza de los muertos*, *La leyenda del monje*, *El escultor Marliani*, *El ingeniero Chatillard* y *Tristán Cataletto*; pero si en las dos primeras tiene mucho de superficialmente reflejo y hasta falso en ocasiones en la parte que á la historia se refiere, los demás nombres no son sino de cuentos ó narraciones cortas de muy escaso mérito, singularizándose *Tristán Cataletto* por semejante circunstancia. Por lo que hace á *La danza de los muertos*, es inferior con mucho y no soporta la comparación con *Los espectros que son y un espectro que yá va á ser* de Cecilio Acosta, ni con *La balada de los muertos* de Luis López Méndez. La índole terrífica y romántica encierra el mismo sabor fuerte en las tres mencionadas producciones; pero en ellas se verá como de bulto la diferencia radical que existe entre lo que se vive con pasión y lo que artificialmente se trabaja sobre reminiscencias históricas esbozadas de una manera poco firme, como hizo Calcaño en *La danza de los muertos*, y como hizo también Don Fermín Toro en *La viuda de Corinto*. El aspecto de la novela y del cuento, en la pluma del escritor Calcaño, es uniformemente romántico, tanto en el fondo como en la forma que

lo viste: unas veces lleno de terrorismo espantoso, otras de sentimentalismo alambicado. Para convencerse de ello no hay sino leer con atención las obras que acabo de citar, no menos que la enmarañada novela *El rey de Tebas*, la narración *Hojas de mirto*, que sabe á Lamartine, y los cuentos *La estrella de la mañana* y *El pájaro blanco*, merecedores del elogio, tanto como las *Hojas de mirto*, dentro del convencionalismo de su escuela. Don Julio Calcaño ha publicado otros cuentos, tales como *Nuevo Tenorio*, *Rara monografía*, *Un duelo á muerte*, *Un amor espiritual*, *Un dicho venezolano* y *Las lavanderas nocturnas*, que no tienen más valor que el del estilo, no nada pampinoso ni afectado. En mi sentir, lo mejor como novela que ha salido del fecundísimo ingenio de Calcaño, es el bello episodio nacional denominado *Letty Somers*, porque ostenta naturalidad graciosa, porque dibuja los paisajes y las personas como son, y porque sabe y despide fresco olor á Venezuela. La pintura de la revolución, aun cuando breve, es verdadera; el combate cerca del bosque, es copia de lo visto y observado; y lo que es el padre Beltrán Larrea, temible y astuto guerrillero, cura de almas de una de las parroquias de los llanos de Venezuela y Coronel efectivo de los ejércitos de la República, no lo hubiese descrito con más brío el español Don Pedro Antonio de Alarcón en la época en que hizo como á cincel de oro aquel altorrelieve que se llama *El sombrero de tres picos*. «Alto y vigoroso, de ojos pequeñitos y vivos, nariz aguileña, cuello ancho y carnosos, cara redonda con las mandíbulas inferiores muy desarrolladas, de movimientos bruscos y voz de trueno, revelaba energía y arrojo, y era de verle en su macho, con gran sombrero de palma, la sotana metida entre los pantalones, de botas de campaña, el sable colgado al uso del llanero y un par de pistolas de dos cañones al cinto, que era lo mismo que ver al diablo con un Santo Cristo al cuello. En cuanto estalló la guerra, se lanzó con un puñado de lanceros y combatió en La Victoria; y lejos de desalentarse con las derrotas, cobró mayores bríos y se hizo guerrillero en la montaña. Pronto supo que la autoridad eclesiástica le había suspendido en sus oficios, y sin quejarse por ello, atribuyólo á la tiranía de los gobernantes, y exclamó:—¡Canallas! Ya nos pondrán arcos, y me harán Arcediano ú Obispo cuando triunfemos.»—*Letty Somers* posee notable significación entre nuestros mejores episodios nacionales: *El hijo del Generalísimo*, de Celestino Martínez, *La guerra civil*, de Francisco de Sales Pérez, *Desamparada*, de Luis Ramón Guzmán, *Democracia criolla*, de Rufino Blanco-Fombona, *Lo que hizo una vez el Diablo*, de Andrés Jorge Vigas, y algunos más que sería largo enumerar. Y de sentirse es que el escritor Calcaño,

á quien tan relevantes condiciones de novelista adornan, no las haya consagrado á la composición de otros bellos episodios como ése, en donde se diafaniza la tendencia hacia el realismo de la novela moderna, sino malgastado en narraciones en las cuales lo que ha predominado casi en absoluto es el esfuerzo de lo imaginativo para la ficción sin carne y alma, y que solamente viven en la memoria una mañana. Con referencia á *El rey de Tebas*, baste afirmar que la crítica más blanda y bondadosa encontraría de sobra, en páginas tan híbridas como descabe-lladas, motivos más que suficientes para pulverizarla.

En 1875 se dió á conocer en cuanto novelista el ostentoso prosador Eduardo Blanco, que revela en la abundancia de su estilo la misma fortaleza, la misma arrogancia varonil, la misma complexión nerviosa y la misma verbosidad vehemente, precipitada y expresiva que se advierte en su persona. Lo primero que publicó, en las páginas de *La Tertulia*, despertando el asombro en todos los literatos viejos y en muchos de los jóvenes, que no sospechaban al escritor debajo del dormán del Coronel que mucho tiempo fuera gallardísimo edecán del Ciudadano Esclarecido, fué *El número ciento once*. En seguida apareció *Vánitas vanitatum*. Ambos trabajos son exageradamente fantásticos, sin parecerse á los de Hoffmann, y por ello apenas sirven para entretenimiento. Si *El número ciento once* es cuento extraño por la intervención de lo sobrenatural y milagroso, y su argumento insustancial no se resuelve en el supersticioso desenlace sino de una manera completamente baladí, *Vánitas vanitatum* es una fruslería, una sucesión ca-leidoscópica de escenas sorprendentes, en las cuales no se sabe cuál fué el objeto que se propuso el señor Blanco, pues desde luego se presta á diferentes interpretaciones. El curioso lector coge el volumen en que se publicaron los dos cuentos por la segunda vez, y de seguido lo devora hasta el final, porque Eduardo Blanco relata con mucha animación, sin descuidarse nunca en lo que toca al interés pasajero de la novela puramente novelesca; mas cuando alcanza el término deseado, quizás que apenas se da cuenta de una confusión de luces, de colores, de perfiles y movimientos rápidos, revueltos en una vaguedad como de sueño, de la cual no se saca nada en limpio. En *Vánitas vanitatum*, la imitación de Göethe, en lo que atañe á la evocación de Mefistófeles, es demasiado audaz, ya que en el cuento no hay densidad en el asunto que sea digna de aquella evocación, como la hay en el *Fausto*, donde figura como elemento tradicional y al mismo tiempo simbólico. Eduardo Blanco aumentó en el propio año de 75 su obra literaria con *Una noche en Ferrara*, novela donde la exaltación de la fantasía sin freno se encarga de planear el episodio más vehe-

mentemente inverosímil y más disparatado. *Una noche en Ferrara* no fué por el autor calificada de fantástica, y sin embargo, ese es el adjetivo que le viene de perlas como el anillo al dedo. Con dificultad puede encontrarse en Venezuela una obra más enmarañada, en que brille más la lógica por su absoluta ausencia,



y en que se vean más precisos, con todas sus locuras, los rasgos más salientes del romanticismo efectista. Dicha novela no es sino la conjunción precipitada y delirante, hecha con lirismo sobreagudo, de muchos incidentes que no pueden ocurrir en una sola noche apenas, y que producen un espantoso tragedión, al cual no se le siente ni el más leve sabor de realidad. En el tono, en el color, en los matices, en lo dramático fantástico, se entiende bien al punto que existe sin rodeos la imitación de Víctor Hugo; pero en la trama y su manejo para desenlazarla, lo que predomina es la falta de concierto, de lógica y de orden de Fernández y González, por ejemplo. No es preciso poseer un gran sentido crítico para comprender de plano que en esta novela todo es falso, todo es producto de la inventiva ardiente, todo es convencional, y por tanto causa perplejidad que Francisco Guaycaypuro Pardo, sin detenerse en ninguna clase de consideraciones serias, la haya

elogiado en el prólogo sin tasa ni medida, hasta el extremo de asegurar, entre otras condiciones atinadas, «la delincación magistral de los caracteres,» y que la obra pertenece á «la categoría de una verdadera creación artística.» En 1882, Eduardo Blanco publicó, en dos volúmenes, su novela denominada *Zárate*, que en el primero de ellos trasparenta mayor habilidad que en el segundo, no embargante lo improbable de capítulos de poca detenida reflexión como el que se titula *El león bajo la piel del cordero*. El segundo tomo no es sino la adulteración lamentable de lo que en el primero vive y se mueve con verdad, y parece increíble que éste fuese escrito por la misma no nada diestra pluma que el segundo, porque entre los dos llega á clarearse un desequilibrio inexplicable. En *Zárate* vale más todo el conjunto que los episodios, valen más los personajes que los recursos con que actúan en la trama, valen más las descripciones de la naturaleza y las costumbres que la parte novelesca, por cuanto en las descripciones Eduardo Blanco se propuso el reflejo de lo cierto, que es lo que en literatura nunca muere, en tanto que en la parte novelesca, la sujeción formal á los preceptos arbitrarios de un artificio pasajero. En el segundo tomo causan lástima las frecuentes tonterías, candidices é inexperiencias infantiles de los personajes. Desde cuando condenan á Horacio Delamar á ser pasado por las armas, hasta el desenlace de la obra, todo es un tejido inconsistente de invenciones caprichosas. Sin embargo, la novela es acreedora, en el primer tomo sobre todo, á franca y decidida estimación. El bandido Zárate parece mostrar en su carácter arrojado algo del resistente bronce de aquellos luchadores impertérritos de *Venezuela heroica*. La figura de Don Carlos Delamar es hermosísima, porque es la de uno de aquellos hidalgos de puro origen castellano, todos bondad, todos nobleza, todos corazón harto sensible y generoso, cristianos en el más alto sentido de la doctrina de Jesús, que vivieron en Venezuela á los principios del siglo diez y nueve. Montecuro es admirable. Respecto de Bustillón, se encarece por su estupendo parecido con tantos Bustillones como abundan por ahí, oráculos de pueblo ó de parroquia para los inconscientes, politiqueros de zaguán y de encrucijada oscura, hipócritas por hábito y por especulación, malvados por desastrosa índole, amigos de dividir para reinar con su palabra consagrada por los cretinos y los necios, terribles y siniestros cuando se les contradice en su irrisorio dogmatismo, sucios de cuerpo y de conciencia, incapaces de mirar de frente á nadie, envidiosos y egoístas asaz reconcentrados, enemigos del progreso porque la luz les alumbra la triste nulidad y el alma ruin, vividores á la sombra de todas las situaciones políticas, sin dejar de censurarlas con descuartizadora sa-

ña, y capaces de todas las infamias tanto dentro como fuera de la profesión que ejercen, pero echándola siempre de sinceros, de íntegros y de inmaculados. Aurora y Clavellina, con muy pocas excepciones, son dos bellezas que seducen, la una con el candor virginal de la azucena, la otra con la pompa exuberante de una rosa purpurina recién abierta á las caricias de la luz; y Carmen, la querida del bandolero Zárate, está llena de verdadera poesía, por la grandeza de su afecto, por su abnegación constante y por aquel silencio resignado con que sufre las mordeduras acerbadas del dolor. Años después que *Zárate*, en *El Cojo Ilustrado* aparecieron algunos episodios nacionales de Don Eduardo Blanco. Á pesar de los hábitos románticos tan arraigados en su ingenio, son esos episodios lo más digno del elogio, excepción hecha del primer tomo de *Zárate*, que ha salido de la pluma del celebrado escritor venezolano en su fase ó condición de novelista; pero necesario es decirlo con franqueza: el nombre interesante de Don Eduardo Blanco no habrá de perdurar por sus novelas, sino por *Venezuela heroica*, libro en el cual hay cenáculos, como el de la batalla de Carabobo, de deslumbradora belleza.

En el mismo periódico literario *La Tertulia* se encuentra muy afectada y relamida, ahogándose de retóricos adornos y numerosa de una declamación altísima y pesada, *La expósita*, desgraciada y extravagante novelita de Don Felipe Tejera, que en ella todo lo exageró con el poderoso empuje de su imaginación. Increíble parece que *La expósita* haya sido engendrada por tan distinguido hombre de letras. Personajes, plan, desenvolvimiento raro, extraño desenlace, finalidad moral, y por último, el estilo sobrecargado de imágenes é hipérboles chillonas: todo se junta allí con desparpajo singular para componer una deformidad enorme. Dicha novela no soporta ni aun el juicio más deliberadamente lleno de estudio disimulo y benevolencia amable, en gracia del talento del autor y de los grandes servicios que ha prestado á la literatura patria.

En diarios posteriores al semanario *La Tertulia* dió á leer Don José María Manrique, en la sección del folletín, sus novelas tituladas *La abnegación de una esposa*, *Preocupaciones vencidas* y *Eugenía*. En las dos primeras, que son completamente ilegibles, aventaja en todos los desaciertos á Don Felipe Tejera. El señor Manrique describe personajes que no son sino abstracciones; y aun llegando á suponer que sean rigurosamente humanos, no pueden adaptarse á Venezuela por ningún respecto. El señor Manrique tenía repleta la cabeza de incalificables engendros novelescos, por que otra conjetura sería de todo punto aventurada, y trabajó aquellas obras sobre modelos que no debía seguir en ningún caso, excediéndolos de fijo en la falta de pericia y de verdad. Desme-

nuzar con fina sutileza crítica las primeras novelas de Manrique, es perder el tiempo en escribir mucho papel, para no dar con nada útil, y hermoso mucho menos. En *La abnegación de una esposa* se inventa una especial mujer venezolana, profundamente inverosímil, de la manera más cruel y desatornillada, y lo que el autor ha pretendido que sea moralidad flamante en la tendencia, se resuelve en inmoralidad vitanda. Esto mismo debe asegurarse de *Preocupaciones vencidas*, que tampoco facilita por qué lugar cogerla, incluyendo la manera que se emplea para vencer la preocupación del gran mastuerzo inverecundo que se llama Don Nicolás de Fajardo. En *Eugenia*, el señor Manrique planteó un problema psicológico, y lo resolvió de la suerte más ridícula y deprimente para el marido de la mujer culpable, si es que la lógica no puede transigir con ninguna especie de contradicciones manifiestas, y todavía menos con las que pertenecen á la categoría de las intencionalmente garrafales. Aunque Manrique se proponga después disimularlo con la sensiblería que se desborda en llanto á cada paso, Eugenia se enamora de Rafael, y es indudable que la infidelidad moral se consuma, aun cuando aquel amor viva apenas un momento en sus manifestaciones exteriores. Yá moribundo, Rafael convence á Fernando de que su esposa es inocente, y de que él, Fernando, hizo bien en herirlo en el duelo concertado entre los dos, porque Eugenia no hubiera podido resistir á lo que él intentaba en su locura. Muere Rafael, y Fernando, á los pocos días, llama á Eugenia y le revela, fuera de otros hechos de segunda significación ó monta, la confesión de su amigo. Eugenia alza entonces la cabeza, bañado el rostro en lágrimas, y dice estas significativas palabras, en las cuales se oye la voz aguda y dolorosa del remordimiento:—¡ Inocente yo, inocente, y mi conciencia no tiene para mí sino gritos de execración !—Y después de esta confesión tan espontánea y tan ingenua, suficiente para derramar el acíbar de la duda y del negro desencanto en el alma del hombre más inexperto y papanatas, Fernando le contesta muy cariñoso y convencido:—¡ Cálmate, por Dios, Eugenia mía ! Tú sólo eres culpable de ligereza, pero tu corazón es inocente ; y puedes creer que te amo y te estimo como antes ; más aún, porque ahora eres bien desgraciada, y la desgracia siempre para mí ha sido amable. Tu error fué hijo del entendimiento, no del corazón, y ese error no ha manchado tu pureza.—Yo no me encuentro capaz de comprender por qué singular suerte de sinrazón inexcusable un escritor de juicio como el señor Manrique, después de pintar con los más vivos colores la simpatía vehemente de Eugenia por el amigo de su esposo, y su infidelidad moral como forzosa consecuencia, pueda calificar esa infidelidad, por boca de

Fernando, de error de entendimiento, sin advertir que antes ha dicho estos dos claros conceptos, que riñen entre sí por lo asaz contradictorios :—Tú sólo eres culpable de ligereza, pero tu corazón es inocente.—La razón por una parte y la naturaleza humana por la otra, están clamando contra semejante afirmación, al mismo tiempo que protestan, en nombre y por autoridad de sus fueros inviolables, contra la descosida solución del problema psicológico de Don José María Manrique. En 1879 vino al mundo de la bibliografía nacional otra novela del mismo escritor venezolano, con el nombre de *Los dos avaros* y apadrinada por Don Eduardo Blanco. Yá en ella hay más naturalidad y sencillez que en sus hermanas, y el autor hace el empeño de apartarse del camino que ha venido trillando con perseverancia estéril ; pero esta novela puede clasificarse en el abundoso número de aquellas cuyo desenlace, por el modo convencional y resobado de exhibir los caracteres y su índole, se prevé, se prejuzga y se adivina desde cuando se leen los capítulos primeros ; puede clasificarse en el abundoso número de aquellas en las cuales se amontonan los más bellos sentimientos y la nobleza de más egregia estirpe en los personajes bondadosos, al par que todos los defectos y condiciones bajas en los personajes malvados, con el propósito de establecer la lucha por medio de la repetición de lances en lo general casuales como por artes de magia y de milagro, de manera que al fin triunfe la virtud del hombre justo y el vicio quede vencido en la palestra. No es que niegue yo en buena parte de sus líneas y contornos á Don Juan Mayora, porque hay en el mundo muchos hombres como él que á manos llenas dan, desde el silencio y de la sombra impenetrable, socorro aliviador á los necesitados y afligidos ; lo que niego es el aspecto voluntariamente odioso que el novelista le supone sin acierto, así como el gastado procedimiento novelesco, que pudiéramos llamar de cartulina, á que se ajustan los otros personajes. En casi todas las novelas del señor Manrique triunfa la virtud y la perversidad resulta castigada, que es precisamente lo que se ve de raro en raro en esta ascosa feria, arlequinesca farsa y carnaval incesante de la vida. La novela debe ser la reproducción exacta de la realidad en todos sus detalles, á fin de que perdure. Naturalmente, me refiero á la realidad sin desnudeces asquerosas, de esas que huelen y no á ámbar, según que dijo Don Quijote á su jamás bien ponderado cuanto ilustrísimo escudero, ó de esas que todo lo pervierten cuando no es de la pluma de Zolá de donde salen, con aquel alto sentido enderezado á desempuercar al hombre de sus monstruosidades bestiales y execrandas, y á llenarlo, por medio del cauterio en carnes vivas putrefactas, de purificaciones. Agréguese

á todo lo anterior que el señor Manrique escribe con precipitación, que no es lo que se llama un estilista, que sus descripciones se parecen todas entre sí, que es un imitador siempre invariable y que su tendencia es la de moralizar á todo trance, la de moralizar de una manera que podría calificarse de cristianamente pedagógica, aun cuando la moralidad no salga por caminos expeditos ni tampoco muy clara que digamos, y se le encontrará notable parecido (conste que aquí no me refiero sino á *Los dos avaros*) con las novelistas españolas Doña Faustina Sáez de Melgar, Doña Ángela Grassi y Doña María del Pilar Sinués de Marco. Tengo para mí, é ingenuamente lo confieso, que si algo puede leerse con verdadero agrado en la obra literaria de Manrique, incluyendo en ella todos sus dramas, también convencionales en su propósito moralizador, es la novela psicológica, en monólogos, *Abismos del corazón*, y algunos de sus cuentos, no obstante su melindrosa sencillez. Como nota saliente y expresiva de la perniciosa influencia que ejerció el romanticismo atormentado y vicioso en estas tierras de la América Española, hasta el extremo de lograr la perversión del gusto artístico en casi todos los criterios, léase á continuación el tan descabellado juicio que escribió Don Juan Ignacio de Armas, literato de la Habana que vivió algunos años en Caracas, acerca de *La abnegación de una esposa*: «El argumento es bueno, interesante é instructivo; los caracteres, bien delineados, y tan propios, que parece los acabamos de ver atravesando la calle; y la trama corre sencilla, del modo más natural, desde su exposición hasta su tierno y moral desenlace.» En semejante opinión, macarrónica hasta serlo de sobra en el estilo, no hay una sola frase que diga la verdad, ni que merezca benevolencia tan siquiera. El mismo autor de los *Perfiles venezolanos*, sin acordarse bien quizás de *La abnegación de una esposa* y de *Preocupaciones venecidas*, y sin fijarse mucho en *Eugenia* y en *Los dos avaros*, dijo en aquella obra lo siguiente: «Manrique exopne con mucha claridad, y sus argumentos son siempre sencillos, modestos y encaminados á un fin moral y práctico. No forja creaciones imposibles, caracteres platónicos, personajes inverosímiles, como los que vemos á cada paso en Víctor Hugo, Dumás, Sué. Antes bien, sus novelas procuran describir escenas que advertimos en cada hogar, tipos conocidos y comunes, sentimientos positivos ó posibles, y derivar enseñanzas prácticas para la sociedad, á quien indudablemente sirve con ellas.» Por último, la imparcialidad completamente sincera á que he querido ajustarme en este libro, me obliga á considerar como hiperbólicas las afirmaciones de Don Eduardo Calcaño en el prólogo á los *Cuentos* de Manrique, y de Don Eduardo Blanco en el de *Los dos avaros*.

Inspirándose de fijo en la parte descriptiva de la naturaleza que en *Atala* y en *Los natchez* de Chateaubriand ofusca, José Ramón Yepes escribió con el título de *Anaida*, en 1860, su primer trabajo novelesco. En 1879 escribió otro con el nombre de *Iguaraya*, y en el mismo año el que se llama *Un hombre malo*. Las dos primeras novelas son indianas, y en medio de su particular fisonomía se les ve algo de romántico, pero sin exageraciones. En *Anaida* es brillantísima la pintura de la fuerte vegetación exuberante, de las costumbres de los indios, de sus preocupaciones y tradicionales fiestas; abundan las imágenes afines con lo peculiar del medio en todos sus detalles, y es rasgo valiente y pronunciado el duelo entre Aruao y Turupén. Los diálogos, en lo general, habrían quedado más propios como narración que en boca de los personajes, ya que éstos mal hubieran podido expresarse de aquel modo poético y sembrado de reminiscencias clásicas. Sortilegios, hechicerías, supersticiones y otros aspectos de las tribus, aparecen descritos no por imaginación, sino por el conocimiento que Yepes tenía muy de cerca de semejantes pormenores. La trama novelesca nada tiene de extraña y complicada, aunque le falte calor en lo dramático, así como flexibilidad y soltura en el relato, que en ocasiones se hace premioso en demasía. *Iguaraya* tiene más mérito que *Anaida*, porque es más original y está mejor concebida y desenvuelta, mostrándose en ella más hermosa la figura de la protagonista que la del indio Taica. Con relación á *Un hombre malo*, diré que en sus páginas se intenta comprobar, pero de un modo nebuloso, la inclinación innata del criminal irresponsable é instintivo, y por consiguiente, la necesidad forzosa de la abolición de la pena capital. El manejo del asunto es irrisorio, inverosímil el asunto mismo en todos sus aspectos, y la figura de Pablo la de un necio. Por lo demás, el novelista, en Yepes, se queda muy atrás del poeta que en las cuerdas de su lira supo cantar el rumoroso lago azul y las bellezas de la región zuliana.

En 1880 ya se leía á Zolá en Venezuela; pero eran los intelectuales jóvenes los que se daban á leerlo con placer; la generación bizarra que así dentro como fuera de las aulas de la Universidad nació entonces á la vida y cultivo de las letras, vibrante de energía, rompiendo moldes viejos y agitando muy en alto la bandera de la revolución. Los corifeos del clasicismo y del romanticismo se horrorizaban de las rojas desnudeces del caudillo del naturalismo francés, sin mirar en la obra que iba edificando lentamente y con una tenacidad incontrastable—obra gigantesca de profunda verdad y de belleza—la trascendencia del plan que la animaba. Don Tomás Michelena, entre los escritores viejos, fué

uno de los pocos que admiraron á Zolá, sin detenerse en pormenores de los calificados de inmorales por la crítica hipócritamente asustadiza, sino abarcando el vastísimo horizonte á donde se dirigía impertérrito el genio del escritor francés. De esa admiración de Michelena, posteriormente confirmada en estudios detenidos que ha hecho acerca de Zolá, nació el año de 84 *Débora*, pero de un modo incongruente en lo que atañe á los procedimientos de aquel arrojado innovador, pues Michelena, al par que se excedió en la vulgaridad de algunos cuadros de que hubiera podido prescindir sin ningún daño de su obra, no quiso romper abiertamente con la tradición romántica, y llegó á la finalidad de la novela, que es como decir la necesidad imperiosa del divorcio en cuanto ley, con los recursos más violentos contra la realidad que puedan concebirse. Michelena, en 1891, compuso otras dos obras, apartándose en ellas de su primera forma híbrida. *Un tesoro en Caracas* es reflejo de la tan conocida tradición nacional de los *entierros*, y al mismo tiempo una conseja que Michelena recogió de los pintorescos labios de una viejecita amiga suya. La relación de los sucesos tiene bastante animación en «medio de su simplicidad; la obra, en su conjunto, se acerca más al espíritu del cuento legendario que al de la novela moderna fundada en el realismo; y es de lamentarse que Michelena hiciese alto en el esbozo político de la dominación de Guzmán Blanco en Venezuela, porque sobre que no quitaba ni ponía tampoco nada al especial interés del episodio, aquel esbozo resulta allí postizo y sin mayor objeto armónico en la composición. Y júntese á lo dicho, porque también disuena, la mezcolanza que en los diálogos se hace con las distintas modalidades del pronombre personal. Un paso hacia adelante en el esfuerzo literario del señor Michelena es *Margarita Rubinstein*, estudio psicológico que encierra observaciones de poderoso alcance. Bien se conoce que Michelena ha visto hondo en el alma femenina, y que el temperamento de Margarita no es una crueldad en la vida del boliviano Lucio Balta, sino un estudio de mujer hecho por el autor, ya que de aquello que impresiona y conmueve con viveza se escribe con precisión tan sólo cuando se observa con los propios ojos ó se siente con el propio corazón. Y es evidente que mayor interés despertarían estas dos últimas novelas, teniendo en cuenta las apuntes hechas con respecto á *Un tesoro en Caracas*, si el señor Michelena manejase mejor y con más hermosura el castellano, si no fuese tan desgarrado algunas veces, y si de su pluma no fluyese con resuelta indiscreción la levadura del francés, bebida en el constante leer de sus escritores acerca de materias filosóficas, los cuales atienden más á lo que dicen que á la manera de decirlo, cuando no es Renán, por ejem-

plo, el que habla en estilo delicioso por su delicadeza y armonía. Respecto de *La hebrea*, en otra parte he dicho que vale más que *Débora*; pero si vale más en tratándose del fondo, es más inverosímil en el desenvolvimiento, por otra parte indigno de que se le tome en cuenta como expresión ni medianamente artística. Un novelista más hábil que el señor Michelena, habría sacado del asunto algo muy bello aun en la novela corta, tan difícil de manejar por ser sintética. Uno de los más extraños rasgos que disuenan en *La hebrea*, son los pujos filosóficos de Sara, sin saberse, con la preparación debida oportunamente hecha por el irreflexivo autor, que Sara sea capaz de semejantes parrafadas. En el conflicto que surge entre la ley de Moisés, que es la ley suya, y la filosofía positivista, que es la creencia de Raúl, Sara se expresa de este modo completamente falso, y repugnante, además, por su pedantería: «Ante mi fe profunda é inmóvil, y ante la idea científica, cabe una conciliación, sincera, pura, sin sacrificio de la conciencia y sin tortura de la mente. Salvaremos cada cual una parte de nuestras creencias: aquella que es la sustancia.» «Creeremos en lo Invisible, de que se deriva lo Real; corresponderemos así á una Imanencia, de la que se desprende la nuestra, y no seremos incapaces de apreciar lo Desconocido é Incognoscible, puesto que nos ha concedido la facultad de estudiar lo existente.»

En 1888 sorprendió Gil Fortoul á sus amigos con el bosquejo de un temperamento que lleva por título el nombre de *Julían*. Es una obra admirablemente escrita, con mucho gusto, mucho brillo y elegancia, tanto como los *Recuerdos de París*, donde *La Venus de Milo* es una joya que deslumbra, y *El humo de mi pipa*. En *Julían* hay dos manifestaciones paralelas: la del naturalismo sensual y la de la observación psicológica hasta hacer ver de qué manera es como vive el alma apasionada del protagonista, que tan pronto se deja dominar por el deseo vehementemente de los triunfos literarios, como se abandona con la más concupiscente de las voluptuosidades á los deleites desbordados del amor. La acción de la novela es casi nula, y sin embargo, vibra de animación; pero á los episodios les faltan páginas para no ir tan de carrera, y les sobra ficción en pormenores que no son apreciables en su carencia de verdad sino por escritores que hayan vivido y mirado muy de cerca el movimiento social y literario de Madrid. Cualquier conocedor podría hacer á Gil Fortoul idénticas anotaciones de censura que las que hicieron á Pereda y á Palacio Valdés, cuando dieron á la luz *La Montálvez* y *La Espuma*, algunos críticos de España. Si la obra es autobiográfica en buena parte de su acción, que es lo que yo creo, porque si no lo fuera no estaría tan admi-

rablemente escrita y bien sentida, hay qué afirmar que Gil Fortoul, en muchas confesiones que parecen insignificantes y que sólo para una minoría muy pequeña no pueden pasar inadvertidas, no es completamente sincero. *Julían* no es libro para mujeres frívolas cabezas de chorlito; *Julían* es libro para hombres, y para hombres que piensen, ó para mujeres vivas de inteligencia y asaz despreocupadas, de las que saben cómo es toda la vida, aunque lo disimulen mucho con su instintiva habilidad y coquetería graciosa, y que nunca se espantan de verla reflejada sin eufemismos ni perífrasis. Gil Fortoul, quizás por la lectura de los realistas españoles, modificó su aspecto novelesco en el *Idilio*? Esta obrita es una nota enteramente personal, íntima, autobiográfica, en la cual se desenvuelve el deliberado propósito de hacer aparecer á Enrique lleno de una precocidad intelectual que pertenece á los dominios de la excepción insólita. La parte idílica, tan exquisita en su expresión poética, podría separarse con ventaja de la parte especulativa. El autor, al relacionar semejantes dos acciones tan sin afinidad artística, se fijó sólo en el efecto de un detalle: en que la tempestad mate á Isabel, Enrique se aire contra Dios, y en vez de hundirse moralmente con aquel golpe formidable, se llene de energías para perseverar en el estudio y en sus hondas y dolorosas reflexiones. Sin necesidad de ese recurso, encajado por la fuerza en la novela, Enrique habría proseguido en el combate, porque lo que predomina en su ente es la inteligencia y el deseo irrefrenable de la sabiduría, absorbiendo todo lo demás, y porque su amor por Isabel, tal como lo expresa Gil Fortoul, resulta descuidado, indiferente, frío y aplastado sin cesar por el amor que siente por los libros. En lo especulativo, todo en esta obra de combate es sistemático. Enrique ha oído decir al maestro de escuela Don José, durante las lecciones, que el sol se encuentra fijo en el espacio, y que la tierra se mueve al rededor del sol; pero también ha oído decir al buen párroco Don Roque, en las pláticas de la iglesuela de Baroa, la leyenda de Josué, ó sea que este personaje detuvo tres horas al sol en su carrera. La duda, atrevida, rebelde y torturante, surge en el cerebro de Enrique, niño de quince años. La lucha consigo mismo, á fin de armonizar las dos teorías que de aquellos dos dichos se desprenden, va tomando proporciones poco á poco; y el muchacho, desesperado y sombrío en medio de la lucha, «daba golpes en la tierra; cogía puñados de yerba y los arrojaba con despecho; apretaba, hasta hacerles daño, las manos de Isabel; sudaba; gesticulaba grotescamente, y volvía á empezar el mismo razonamiento para tropezar otra vez con el mismo

obstáculo: la contradicción irreductible entre la lección y la plática.» Este detalle es falso, y si parece insignificante, no lo es. Un niño de quince años podrá desesperarse de ese modo por celos que le nazcan de la chiquilla que le gusta, porque no lo dejan ir á la función de volatines ó de modestos comiquillos de la legua, ó porque le prohíben montar en un caballo brioso y bravo, ó no salir á la calle por la noche en risueña compañía con sus alegres camaradas; pero si á Enrique, niño excepcional por sus inclinaciones reflexivas y estudiosas, le hubiesen preocupado mucho á ciertas horas aquellas dos teorías antagónicas, no hubiera sido tanto como para angustiarse de la suerte que afirma el novelista, olvidándose éste de la volubilidad, de la inconstancia, de las ardientes ilusiones, siempre nuevas, caprichosas y radiantes de encantadoras galas, de la fecunda fantasía juvenil. Gil Fortoul siente desdén por esta obra, á juzgar por el poco valor que le atribuye en algún trabajo suyo sobre literatura patria, del cual se ha hablado en el presente libro. Gil Fortoul es injusto con su propia inteligencia y con su pluma, porque la parte idílica es de lo más hermoso que él ha escrito. Aquel pueblecillo de Baroa es una miniatura que encanta; aquel ambiente regional venezolano huele á malva, á limoneros y á blancas florecillas de café; aquel quisquilloso Rompelibros está hablando; aquel duelo de éste con Enrique, á puñetazos, es soberbio; aquella Isabel tiene todos los rasgos luminosos de una figura poética admirable, cándida como un copo de espuma en que la luz tiembla y sonríe; aquel Don Roque no se olvida, y aquella escena final, allá en el cementerio cercado de piedras que ornamentan las frescas florecitas de los campos, cuando Rompelibros, también con el dolor dentro del alma, le dice á su rival:—Enrique, seamos ahora amigos—y le tiende la mano con franqueza, al mismo tiempo que dos lágrimas brotan de sus ojos, es una pincelada artística preciosa. Lo que repugna en la novela es la amalgama de aquellas dos acciones sin armonía posible; la precocidad de Enrique, un si es no es petulantescas, y por último, el propósito, igualmente sistemático, de hacer aparecer á Enrique, años después y en la capital de Francia, con aquella gran potencia intelectual y sabiduría asombrosa. En 1895, insistiendo en el realismo é inclinándose á la psicología de Bourget, Gil Fortoul acrecentó su obra literaria con *Pasiones*, libro que tiene algo de novela por la intervención poco sensible de Angelina, pero que no lo es en entendiendo la novela moderna en todo su rigor. *Pasiones* quiere ser el reflejo de la juventud venezolana, en su manera de pensar y de sentir, durante los últimos seis años de la dominación de Guzmán Blanco; y digo quiere

ser, porque si en muchas observaciones acierta, en otras se ve á Gil Fortoul á gran distancia de la verdad histórica y de todo el movimiento intelectual de aquella época. En *Pasiones* se siente la luz de una mirada analítica profunda en muchos cuadros que son como de mano de maestro. Los perfiles de Peñaranda, á quien no podría negarse, y de aquel Ministro histórico, hábil en cuanto vividor político, son extraordinarios. Los capítulos no muestran una ilación continua; cada uno de ellos puede leerse con prescindencia de los otros, sin que nada le falte ni le sobra; pero como el carácter dominante es el de Aracil, en él sí se percibe, al través de la narración entera, la nota persistente y distintiva de su *yo*, la consecuencia en todas sus manifestaciones, la *pose* invariable con que actúa, y además, cierta especie de *leitmotiv* constante que consiste en la manía de filosofarlo todo, hasta las sensaciones del amor cuando habla con Angelina de palabra ó por escrito, y que por lo mismo desagradan. En ese punto, *Pasiones* no es ni un reflejo aproximado de la manera de sentir de la juventud venezolana en la referida época; será, cuando más, lo característico de un temperamento excepcionalmente singular. Angelina, tratándose de su probabilidad en Venezuela, es un tipo dudoso en fuerza de su finura intelectual. Varios capítulos de *Pasiones* alcanzarían puesto más interesante en una obra sobre sociología venezolana. Debo decir también que si en este libro abundan verdades innegables, no faltan en distintas ocasiones, así en religión como en filosofía práctica, así en moral como en política y en literatura, muy galanas paradojas, candideces y faltas de reflexión madura. Enrique Aracil, pongo por caso, asienta con gran seguridad, desde la tribuna de la Sociedad de Amigos de la Ciencia: «Todos los viejos ideales han desaparecido ó están muriéndose de consunción, lo mismo los ideales religiosos que los ideales literarios, así los ideales filosóficos como los ideales políticos. Los dioses de los templos han quedado reducidos á estatuas heladas y á imágenes descoloridas; los dioses de la conciencia van desvaneciéndose como fantasmas de un sueño inquieto. Y con la desaparición de la religiosidad en los espíritus más cultivados, coincide naturalmente la disolución de aquellos principios que formaban una moral universal en otros principios de moralidades parciales.» Ni aun hoy mismo ésto es verdad; y si quizás fué entonces la convicción ilusoria y efectista de los Amigos de la Ciencia, que apenas respiraban una atmósfera de radicalismo hasta cierto punto lírico, bien lejos se encontró de constituir la creencia profunda y arraigada de todos los pensadores así viejos como jóvenes que hablaban y escribían en Venezuela. Aun hoy

mismo, los que se llaman á sí propios radicales, no lo son en la íntegra y numerosa cantidad y calidad del adjetivo, y sin duda que están en minoría, en una minoría sumamente pequeña y reducida; y considerable parte de los espíritus más finos é ilustrados, sigue creyendo en los mismos ideales á que se refería Enrique Aracil en su discurso, dándolos por moribundos ó por desaparecidos.

En 1899, después de haber publicado un volumen con el título de *Ideas é impresiones*, en donde el escritor no ha acabado de formarse todavía, se nos presenta de improviso Pedro César Domínici como atrevido novelista, por una parte saturado del naturalismo sensual que se atropella con determinado objeto en la obra gigantesca de Zolá, y por la ótra del espíritu de análisis que predomina en Paul Bourget. *La tristeza voluptuosa*, que es novela para hombres capaces de entenderla y de juzgarla, se funda en esta estrafalaria tesis: si la vida es amar, y el amor no produce sino acerbo escepticismo y desconsolador hastío; si la vida es inútil para el hombre de superioridad intelectual, porque todos los ideales han muerto en la conciencia de los pueblos; si para los espíritus selectos no existen alegrías sino desolaciones hondas, preferible es suicidarse lentamente y en plena juventud, hasta caer en las tinieblas del Nirvana, ó sea en la nada eterna del pesimista Schopenhauer. Parece mentira que esa tesis desastrosa, que es la negación precisamente del artista, del sabio y del filósofo, cuya vida no es sino de lucha por el perfeccionamiento humano, haya sido locamente formulada por Pedro César Domínici, imaginándosela cierta, y que él se figurase que la generación que encarna en Doria pudiese pensar de aquella suerte, perteneciendo Domínici á esa misma generación adulterada por su pluma. Cuando mueren unas ilusiones en el alma de la juventud, nacen otras con más fuerza, como las nuevas hojas de la nueva y fragante primavera; los ideales que se gastan, al fin desaparecen, pero es para abrir campo á nuevos y potentes ideales en la ciencia, en la filosofía, en el arte y en el seno de esa entidad gloriosa y soberana que es savia fecunda, calor benéfico, regenerador estímulo, amor y adoración de todos los humanos, que sin cesar palpita luminosa en la concepción de Patria. Los ideales, que no pueden morir nunca, son el alma de la humanidad, el germen de la renovación eterna, el triunfo del progreso, la victoria permanente de la civilización. Doria llena con su sonambulismo inverosímil toda la novela; pero como es el tipo del gran egoísta repulsivo, no es ni puede ser el reflejo de la generación que le cuenta entre sus filas, según Domínici supone. Esa generación fué luchadora, y el in-

calificable Doria no es una energía, una fuerte voluntad, un heroísmo para la eterna lucha por el bien y la hermosura. Lo que revela desde luego ese infeliz romántico, débil de cerebro y sin nervios y sin sangre, no es que se suicida porque á su alma refinada no la entienda la vulgaridad plebeya, sino porque París, la gran bacante embriagadora y siempre llena de lujuria, lo pervierte, lo idiotiza, lo degenera de sí propio con el placer y el verde ajeno ponzoñoso. Por éso vale más Carlos Lagrange, creyente de la ciencia y la filosofía modernas, encarnación de un ideal que él se figura provechoso, trabajador tenaz en el camino de sus aspiraciones nobles, como es noble en el santuario de su alma el sentimiento de la Patria. Por éso vale más aquel egregio Iriarte, aquel artista doloroso que se muere de tisis en la lucha por algo que es excelso. *La tristeza voluptuosa*, no obstante las bellezas en que abunda para desenvolver la acción, es de esas obras destinadas á vivir breve momento, no sólo por lo extraño del carácter principal, que es una excepción sin posible consistencia de verdad en la época en que actúa, sino también por el exceso de su romanticismo, y porque de suyo tiene más de abstracción ensoñadora que de realidad humana. El talento de Pedro César Domínici, de fijo perturbado por una concepción falsa del hombre, se manifiesta con más vigor aún en *El triunfo del ideal*, poema en prosa en el cual brilla con toda su lumbré tropical la poderosa fantasía del celebrado escritor venezolano. Pero es poema esencialmente romántico, rayano con lo maravilloso, desbordante de un idealismo imposible en todos sus ficticios pormenores, y al mismo tiempo, revelador de aquel naturalismo griego que privó, pongo por caso, en las pastorales fresquísimas de Longo. Una de las razones que de cierto contribuyen á hacer inverosímil el poema, no menos que á llenarle del aspecto de lo extranatural, es el concepto erróneo, ó exagerado cuando menos por el ofuscador prestigio con que todo se mira á la distancia, que Domínici, como otros escritores griególatras de Venezuela, tiene de Atenas la inmortal. Domínici no ve las cosas del Atica sino al través de un lente que todo lo engrandece hasta el milagro. Para Domínici los griegos no eran hombres sino dioses, las mujeres realizaron el tipo de la belleza incomparable y desaparecieron, el arte del Atica dijo la última palabra en la región de lo ideal, y desde entonces ha sido estacionario. Léase con atención esta novela poemática llamada *El triunfo del ideal*, y en ella se hallará á cada paso una radiante paradoja, un sofisma engalanado con vestidura de oro y perlas, una deslumbradora negación de la fatal ley del progreso, y una indirecta afirmación, pomposamente

colorida, contra el excelso arte de famosas edades posteriores, que éste desmiente con el sublime esplendor de su hermosura. El Conde Carlos de Cipria, descendiente de muy ilustres abuelos, que ama el arte con pasión exclusivista hasta del amor carnal y cuyo carácter es profundamente melancólico, sale de su palacio de Italia y se dirige á Atenas, con el objeto de estudiar, de comprender y de sentir la grandeza del arte de los griegos, última palabra, según él, del genio de los hombres. De Atenas vuelve á Roma, en la que encuentra su verdadera patria intelectual, y de allí á su palacio, para prepararse á la obra de bien y de cultura refinada, á la obra que medita de regeneración del mundo. Desempuercarlo de sus instintos bajos, de sus deseos impuros, de su egoísmo asolador, de todas sus pasiones execerandas, de su sentido práctico sórdido y dañino, valiéndose del amor profundo que pretende infundirle por el arte, es el alto designio que le anima. En el palacio se enamora de María, la hija del viejo mayordomo, en la cual ve con encanto una hermosura helénica, una reviviscencia pagana, una mujer en quien se juntan todas las perfecciones primorosas de la belleza plástica sin mancha; se regocija de que sea la encarnación de su ideal cuasi divino; le trasmite poco á poco la elevada concepción que él alimenta del arte y sus virtudes prodigiosas; María, convencida de que ella es el ideal del Conde, física y moralmente, se abandona á sus caricias, y el Conde la posee en el delirio ardiente del amor. Pero el amor deforma aquella hermosura mancillada en su cándida virginidad; María llega á entender que yá ella no es el casto ensueño de su amante, porque siente que la mira como poseído de remordimiento melancólico, y desesperada se precipita á un lago, donde ahoga su vida y las hondas tristezas de su alma. El Conde habla consigo mismo entonces: «¿Por qué te quejas? ¿Has visto nunca nada más bello que esa muerte que te aflige? ¡Morir por haber perdido su belleza! ¡Morir por no poder realizar sus ensueños! Por el contrario, debieras ser feliz ¡oh pobre inconsciente! ¿No es ése el triunfo de tu ideal? Existen todavía almas capaces de morir por un ideal; luego el reino del arte no ha perecido; la jerarquía suprema no es una quimera; y si logras que la imaginación reivindique su primacía sobre las otras facultades, un optimismo bienhechor llenará las almas, y sólo el arte y la belleza gobernarán el universo.» Luégo ve por última vez el cuerpo blanco de la ahogada flotando en el sereno lago azul, y se aleja precipitadamente del palacio. El triunfo del ideal consiste, pues, en la muerte de María, para que su recuerdo quede en la imaginación del Conde como la eterna musa ins-

piradora, y al mismo tiempo, en la libertad que él recupera para realizar sus designios generosos, para predicar á todos los pueblos la salvadora nuéva que resplandece como un sol en su cerebro. En mi sentir, la concepción es eminentemente bella, la narración rebosa de poesía seductora, y el brillo y aristocracia del estilo no decaen un solo instante. Repito que *El triunfo del ideal* es un poema en prosa, en el cual vale más el pensamiento principal que las ideas accesorias, el sentido de la realidad no existe en ningún caso, las figuras del Conde y de María son ficciones imposibles, y el desenvolvimiento peca de romántico y de contradictorio en grado sumo.

Paralelo al romanticismo en la novela, si bien no completamente puro, el realismo venezolano nace en 1844 con un ingenio alegre, espontáneo y abundante de gracejo. Daniel Mendoza, que desapareció á deshora y cuyas renombradas críticas, tan intencionales como sonoras de deliciosa risa, se han quedado casi todas diseminadas en periódicos de muy corta duración, es el escritor que tiene más relieve, en cuanto costumbrista, desde el año de 1844 hasta el de 66; y si no aparece enteramente dueño de sí mismo, ni enteramente criollo en la expresión, fué porque no alcanzó á emanciparse por completo de la influencia que en la República ejercieron Don Mariano José de Larra, Don Ramón de Mesonero Romanos y Don Modesto Lafuente, españoles generalmente conocidos con los seudónimos de *Figaro*, *El Curioso Parlante* y *Fray Gerundio*. Con todo, *Los críticos en Caracas*, *Los muchachos á la moda*, *Gran sarao ó las niñas á la moda* y *Un llanero en la capital*, el más criollo de todos sus trabajos de este género, acusan observación directa y propia, talento para censurar con agudeza los rasgos característicos viciosos de determinadas épocas, contingente personal en ciertos pormenores que pueden aplicarse, con las variantes obligadas, á todos los períodos sociales, y chiste é ironía á los cuales se les ve la regalada frescura de lo que es genial y no imitado de los libros. Antes de la época citada, ni durante su deenrso, encuentro yo otro escritor de costumbres que se le pueda comparar, ni que valga la pena de nombrarse con encarecimiento. En 1865 surge Nicanor Bolet Peraza, con aquella flexibilidad de prodigioso y rico ingenio, con aquella oportunidad absolutamente suya, con aquel *yo* tan distintivo, con aquel brioso talento de asimilación que era de elogiarse á boca llena, y con aquella temible carcajada que jamás le abandonó, que riyó él con intención insuperable hasta en la candente arena del periodismo político, que fué deleite de los hispano-americanos en las revistas ilustradas que publicó en Nueva York, y que le hace el humorista más

ilustre y envidiable que ha existido hasta ahora en Venezuela. Bolet Peraza, que escribió con verdadera lucidez y regia galanura acerca de política é historia, acerca de sociología, literatura, relaciones internacionales, patriotismo hispano-americano y personajes insignes en las armas y en las letras; que fué un diarista sorprendente, un estupendo orador parlamentario, un pensador y analizador profundo en trabajos de cuenta como el que se refiere al ciudadano de la América del Norte, y un gran poeta en prosa en sus brillantes impresiones de viajes por Italia y por España, no dejó zaguera nunca, en las distintas facetas de su personalidad eximia, la del original y delicitoso costumbrista. Como todo el que se ensaya en algún género de la literatura, sus primeros artículos festivos muestran la imitación bien á las claras, muy especialmente de Don Ramón de Mesonero Romanos, y en el estilo se les sienten reminiscencias muy pronunciadas de Cervantes. Después cayó en la convicción de lo que él valía en su originalidad, de los numerosos recursos de que podía disponer, de su espontánea risa y ahondadora perspicacia, y se independizó de todo influjo, llegando á producir artículos tan regocijados, tan agudos y tan venezolanos como los titulados *De Caracas á La Guayra*, *Mis nerrios* y *Costumbres caraqueñas*, las cuales son—llenas de vida, graficidad extraordinaria, personajes inequívocos y donosísimo salero—la expresiva y admirable reconstrucción de Caracas la de antaño, en aquel estilo terso, alegre, derrochador de luz y bruñido como excelente oro por artífice preclaro. Después de Bolet Peraza comienza á conocerse la simpática figura de Francisco de Sales Pérez, cuyo nombre, dentro de breve tiempo, recogieron á diario los periódicos, y adquirió fama envidiable en la República. Francisco de Sales Pérez es uno de los pocos escritores patrios que poseen fisonomía precisa, sin adulteraciones, absolutamente suya; y en el género de costumbres, el sólo cultivado por su pluma con blando amor y habilidad, burla burlando ha hecho filosofía enseñadora, política fundamental, patriotismo regenerador y asaz beneficioso, sentimentalismo de ese ingenuo que nace del corazón como un raudal de lágrimas, mucha vida nacional y poesía lozana como un cafetal nuevo en la primera blanca flor como de nieve. La obra de ese venezolano ilustre es meritoria en alto grado, y será de las que vivan mayor número de años. Hombre sin pretensiones pedantescas, *Don Pancho*, en fuerza de su escepticismo irónico, no da crédito alguno á semejante afirmación, y la ríe cuando alguien se la dice. Francisco de Sales Pérez, en un medio de población más numerosa y de más propicia atmósfera para la inteligencia, tal así como Madrid, habría alcanzado puesto

resaltante entre los más famosos costumbristas de ambos mundos castellanos, y hoy tendría reputación continental. Su estilo es conceptuoso, educador, claro, sereno y transparente. Ese escritor no es retórico, porque no lo necesita; no fantasea, porque su índole es observadora; no imita á nadie, porque en su originalidad es donde está su fuerza; no se anda con tímidos rodeos ni perífrasis cobardes, sino que pone el dedo en las hediondas úlceras, para que todo el mundo las vea corroyendo los intereses permanentes de la sociedad; no critica solamente lo que es dañino y pernicioso, sino que á veces llora y pone florecillas de los campos sobre las desventuras y duclos de la Patria, sobre la flébil tumba de los héroes anónimos, de los que alimentan con la grasa de su cuerpo la pavorosa antorcha de las guerras intestinas, de los que son carne de odios exaltados y doloroso olvido de aquellos que suben en sus hombros á la cumbre. ¡Cuán pocos, valiéndose de medios tan sencillos, han llegado como él á condensar una obra de bien y de verdad! Obra pequeña por lo exiguo del volumen, pero que en su pequeñez encarna todo un hermoso mundo de intencional filosofía, no de la teórica, enrevesada y problemática de las escuelas, sino de la práctica y fecunda que nos sirve de norma, faro y brújula en la espantosa noche de la vida.

El impulso determinado por estos notables escritores, no se estanca. Lo continúan sucesivamente Don Felipe Tejera, con sus *Hebdomadarias*, publicadas en *La Tribuna Liberal* con el seudónimo de *Rey de Bastos*, entre las cuales sobresalen *El espectaculoso*, *Un baile*, *Apuros de un padre de familia*, *Antaño y ogaño* y *El histérico*, tan aplicables á entonces como á hoy; Rafael Hernández Gutiérrez, con sus atinadas críticas sociales, en las que es tan diáfano el estilo como amargamente serio el fondo filosófico; Juan José Breca, armado con su pluma de acero bien templada y con su áspera franqueza para llamar á las cosas por su nombre; y Francisco Tosta García, con sus leyendas, tradiciones y escenas de costumbres caraqueñas, en cuyas páginas, un mucho descuidadas en cuanto á corrección, atildadura y pulimento, como diría en este caso Don Quijote, es muy notable el colorido local, los personajes hablan con su característico lenguaje, se ven algunos tipos tan chistosos que llegan á ser dignos de la pluma de Don Ricardo Palma, y hay una fuente de información preciosa en lo que se refiere á la significación satírica y festiva, á las veces intencionalmente antitética, de expresiones, modismos y refranes consagrados en ciertos períodos históricos de nuestra vida nacional. Ello es lo cierto que la lectura frecuente y placentera de nuestros mejores costumbristas; el aparecimiento de trabajos como *La vida del campo* y la

sentida *Meseniana* á los soldados muertos en el torrentoso río, río de odios y de sangre, de las discordias civiles, por Francisco de Sales Pérez; la iniciativa de Celestino Martínez en el sentido de los episodios nacionales, dando á conocer *El hijo del Generalísimo*,



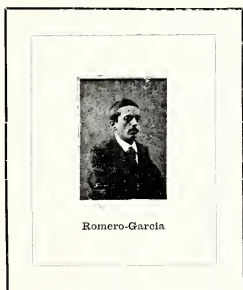
Francisco de Sales Pérez

acreedor á que se le recuerde con elogio, pero sin omitir el sabor á romanticismo impresionista y frívolo que lo desnaturaliza en algunos incidentes, y mucho menos el manejo trasnochado del pronombre en las conversaciones; el arribo á nuestras playas de la novela americana *María* por el colombiano Jorge Isaacs, la cual se popularizó en Venezuela como pocas novelas europeas de índole sentimental; la publicación de *Zúrate*, en donde Eduardo Blanco hizo un poco de nuestra vida criolla; el ejemplo dado por Gil Fortoul con el bosquejo de *Julián*, cuyo procedimiento naturalista y ajustado á lo verídico rompe abiertamente con todos los convencionalismos existentes hasta entonces; y por último, la inmen-

sa ola de realismo reaccionario que nos venía de fuera, á tiempo que en nuestra juventud inteligente se sentía palpar el espíritu flamante de la renovación en nuestra literatura, precipitaron al fin el nacimiento de la novela nacional.

Á Manuel Vicente Romero-García corresponde la gloria toda entera de ese primer paso; la gloria de haber abierto la amplia brecha por donde se han ido á todo andar los novelistas posteriores. Á pesar de todos sus defectos, vulgaridades y crudezas de descripción y de lenguaje, *Peonía* será siempre un gran esfuerzo merecedor de loa, y la realización de todos los consejos de Juan Vicente González, trabajador infatigable por el nacionalismo en la literatura patria, desde mediados del siglo décimo noveno. Novela completa, en todo el rigorismo del vocablo, no es *Peonía*, porque la tesis no es verdad, porque le falta firmeza en los caracteres, intensidad dramática, armonía en la disposición del plan y la unidad continua que era imprescindible en el desenvolvimiento de la acción. Parece escrita de carrera, *cálamo corrente*, sin reflexión detenida, como si el autor temiera que las escenas y episodios se le escaparan de la imaginación, á medida que se le iban ocurriendo, si no les daba forma precipitadamente en el grueso manojo de cuartillas. Aquellas disertaciones acerca de temas diferentes que se hallan encajadas sin congruencia en el decurso del relato, si bien sintéticas y breves, huelgan en absoluto, porque ni de ese modo aislado pueden usarse en la novela, ni valen como elemento artístico, ni encierran muchas de ellas sino extravagancias, audaces paradojas y sofismas. *Peonía*, como novela, es inferior á *Todo un pueblo*, de Miguel Eduardo Pardo; como obra esmeradamente artística, sobrepújala *Guillermo*, de Betancourt Figueredo. *Peonía* quiere ser el perfil de Venezuela después de la autocracia del General Antonio Guzmán Blanco, y desde luego no lo alcanza, porque á la trama le falta la densidad precisa de varios elementos concordantes que han debido allegarse con maestría para lograr aquel designio. *Peonía* no refleja un estado social de Venezuela, porque ese estado social tan conocido, tiene mucho de complejo que no aparece en sus irreflexivas páginas. Afirmar que Venezuela se ha perdido por la perdición del hogar venezolano, y dar por hecho que el hogar venezolano se ha perdido por la perdición inevitable de un hogar excepcional, mal dirigido, y nó de cualquier modo, sino mal dirigido por un hombre sin respeto á la moral privada y pública, sin el temor de su conciencia, esclavo de un carácter irascible y viciado por sus genialidades impulsivas é inclinaciones pésimas, es una consecuencia arbitraria y desprovista de toda comprobación histórica. Ni la autocracia tuvo ninguna culpa en la perdición de

ese hogar excepcional, ni ello deja de suceder en todo tiempo, ni el hogar venezolano ha sido nunca sino uno así como santuario merecedor de gran respeto y de veneración altísima. Una, diez, cincuenta, cien excepciones de hogares que se pierden por la nociva influencia de la mala educación, ó por cualquiera otra circunstancia poderosa, no constituyen regla. Si algo salió ileso de aquella larga época de personalismo, fué el hogar venezolano. Díganlo, si nó, las palabras á Carlos de su madre, cuando se empeña en apartarle de Luisa para siempre: «Antes que todo, el honor de la familia. Yá lo sabes. Entre nosotros jamás ha habido prostitutas; y ya que la fatalidad ha querido que las haya, no hemos de contribuir nosotros, y menos tú, que debes dar lustre á nuestro nombre, á semejante infamia.» «Vivimos en una sociedad respetable, y debemos respetarla.» El mismo Romero-García ha negado la tesis de su obra, de un modo indirecto, en trabajos posteriores de su pluma. Algunos críticos han dicho que *Peonía* no es novela porque se desenvuelve en baja esfera despreciable, y porque sus personajes secundarios son gentes de condición soez ó vulgar sobremañera. Semejante apreciación no vale nada. Pereda hizo, con tipos de esa especie (Muergo en *Sotileza* uno de ellos), novelas admirables; Palacio Valdés, con esos mismos tipos, ha hecho novelas deliciosas, derroches de alegría, pedazos de la vida española en las aldeas, en los montes y en las orillas del mar. Lo que disminuye el mérito innegable de *Peonía* no es esa afirmación sin fundamento, sino los episodios exageradamente rojos de color y los detalles que no huelen á rosas ni á azucenas. *Peonía* se lee, se lee, se lee con interés hasta el final, y yá ésto vale mucho. Las figuras que van apareciendo son exactas, efectivas, así como de carne y sangre y hueso, y además, de Venezuela, de esas que todos los días vemos y en todos los instantes. Romero-García acusa allí un talento original é independiente, y la manera con que él dice, posee fisonomía única en nuestros anales literarios, carece de antecedentes y es inimitable. Otros le ganarán en corrección, en tersura, en elegancia; nadie en fidelidad, en expresiva sencillez, en lo vivo del dibujo y los colores. Por éso es el novelista criollo más criollo que tenemos, y porque ni en *Peonía*, ni



Romero-García

bre, á semejante infamia.» «Vivimos en una sociedad respetable, y debemos respetarla.» El mismo Romero-García ha negado la tesis de su obra, de un modo indirecto, en trabajos posteriores de su pluma. Algunos críticos han dicho que *Peonía* no es novela porque se desenvuelve en baja esfera despreciable, y porque sus personajes secundarios son gentes de condición soez ó vulgar sobremañera. Semejante apreciación no vale nada. Pereda hizo, con tipos de esa especie (Muergo en *Sotileza* uno de ellos), novelas admirables; Palacio Valdés, con esos mismos tipos, ha hecho novelas deliciosas, derroches de alegría, pedazos de la vida española en las aldeas, en los montes y en las orillas del mar. Lo que disminuye el mérito innegable de *Peonía* no es esa afirmación sin fundamento, sino los episodios exageradamente rojos de color y los detalles que no huelen á rosas ni á azucenas. *Peonía* se lee, se lee, se lee con interés hasta el final, y yá ésto vale mucho. Las figuras que van apareciendo son exactas, efectivas, así como de carne y sangre y hueso, y además, de Venezuela, de esas que todos los días vemos y en todos los instantes. Romero-García acusa allí un talento original é independiente, y la manera con que él dice, posee fisonomía única en nuestros anales literarios, carece de antecedentes y es inimitable. Otros le ganarán en corrección, en tersura, en elegancia; nadie en fidelidad, en expresiva sencillez, en lo vivo del dibujo y los colores. Por éso es el novelista criollo más criollo que tenemos, y porque ni en *Peonía*, ni

en *Marcelo*, ni en sus hermosas *Acuarelas* henchidas de una melancolía profunda, imitó á escritor alguno ni de dentro ni de fuera del país.

En el mismo año de 1890 se publicó *Desamparada* de Luis Ramón Guzmán, episodio nacional de una simplicidad encantadora, más movido, más dramático y más interesante que *El hijo del Generalísimo* de Celestino Martínez, y donde la sola figura del venerable padre Juan es suficiente para diafanizar los méritos de aquel escritor venezolano en trabajos de este género. De Don Aníbal Domínci, á quien nadie conocía sino como juriconsulto, dramaturgo é historiógrafo de prendas no comunes, aparecieron en 1893 *La tía Mónica*, *Juliana la lavandera* y *La viuda del pescador*, en las cuales domina, antes que todo, la habilidad patética en la expresión de los afectos. Pero Domínci no se atrevió á prescindir, en fuerza del ambiente literario que desde su juventud respiró á grandes sorbos, de los caprichos inventados por la revolución romántica, y en *Juliana la lavandera*, muy acentuadamente, lo principal del enredo novelesco se resiente á todas luces de efectismo. De esas tres novelas, por lo demás tan bien escritas, es *La viuda del pescador* la más notable por su realismo sano y fuerte, tan digno de leerse así en la parte descriptiva como en el desenlace. Francisco Betancourt Figueredo, en 1894, alcanzó un triunfo muy sonado con *Guillermo*, bellísima novela que se lee con verdadero cariño hasta su término. No tiene ella ningunas pretensiones, y sin embargo, vale más que muchas que se andan por ahí con unos humos incomparables de selectas, de exquisitas y de soberbiamente aristocráticas. Cuanto se dice y se describe en esas páginas, es ingenno y natural, y toda la novela resulta modestamente hermosa como una madreselva engalanada por la alegría de sus flores. La figura de Irene es una así como explosión de poesía dulcísima, y aun cuando en el desenlace la conducta de Guillermo rompe de pronto la inequívoca unidad de su carácter en los antecedentes, el defecto es apenas perceptible, y el resto de la obra, que en mi concepto es una joya de la literatura patria, lo deja en la penumbra.

Y aquí me detengo ante *Mimí* de Rafael Cabrera Malo, novela, en relación con nuestro medio, mal concebida y mal planeada. Su mismo nombre exótico, y mucho más tratándose del apartado sitio en que se dan los episodios, que es un pueblo modesto de los llanos, precisamente de la región venezolana más reciamente refractaria á asimilar lo extranjero, resulta postizo é incongruente. Daniel Mendoza no habría visto en esa chica bachillera y marisabidilla una conterránea suya. En *Mimí* tratan de armonizarse, sin que logren conseguirlo, porque su desafinidad es radical, el

elemento criollo agudo, el elemento francés naturalista no sentido ni vivido sino asimilado de la literatura, el empeño de la enojosa disertación propagandista que no puede caber en la novela como elemento artístico, y el propósito encarnado en la tendencia, el cual, en Venezuela, podrá ser inspiración de apostolado, pero no es, ni ha sido nunca, la expresión de la verdad. Toda Mimí, en cuerpo y alma, es la acción predominante; las otras le están subordinadas por completo, y la protagonista campa por sus respetos en la obra; pero esa protagonista extraña, supuesta y no posible, casi toda afrancesada en el hacer y en el decir, rabisalse en grado sumo, rebosante de sensualidad ardiente y contradictoria en absoluto con el medio, con la tradición amable, con el reato esquivo, con la reserva pudorosa y con la fina educación de la noble mujer venezolana, máxime si ha crecido como una flor silvestre en un pueblo remoto del país, no es ni puede ser vernácula, por lo menos hasta ahora. Esa muchacha de los llanos se enamora del estudiante Pérez en los primeros años juveniles; el padre de éste lo envía á la ciudad capital de la República, para que siga sus estudios; durante su ausencia de seis años obligan á Mimí á que se case con Don José Avellaneda, hombre que frisa en los sesenta y que ha sido libertino, á tiempo que ella está en la ardorosa flor de los Abriles, en la fiebre que ellos dan y en la locura invencible del anhelo; desea tener un hijo y no lo tiene, por lo cual se vuelve odio y repugnancia contra el viejo Avellaneda; al fin regresa el estudiante, ya doctorado en medicina y cirugía; reanuda sus amores, pero en mucho secreto, con Mimí; no se hace esperar el adulterio; nace de él un hijo, admiración y delirio de la madre; el hastío sucede al amor loco; Mimí despierta al estudiante para siempre, desprecia y odia ahora más que nunca á Avellaneda, y llega á no pensar sino en su hijo, sintiéndose feliz, dueña y señora de sí misma, radiosamente alegre y así como transfigurada por la maternidad. Pues bien, esa novela de tal suerte planeada, que á primera vista parece verdadera, alcanza á convertirse, por las muy especiales condiciones que supone deseabelladamente el autor en la heroína, en una obra convencional y sistemática. El mismo Cabrera Malo confiesa ese convencionalismo, cuando con tanta amplitud dice: «¡Amigos, con dolores humanos hagamos libros criollos!» Pero el mismo Cabrera Malo olvida que la novela de hoy no es como la novela de otros tiempos; que la novela de hoy se ha revestido de cierta seriedad que es necesario mantener para enseñanza y civilización del pueblo, por ser el género de literatura de más fácil acceso á su inculta inteligencia; que la novela de hoy no es obra de romanticismo fantástico sino de inequívoco realismo, obra de enredos mal urdidos sino de rigurosa

lógica, obra de inventiva inverosímil sino de suposiciones posibles é indudables. El mismo Cabrera Malo olvida que la acción, toda la acción de esa novela, debe tener la más estrecha concordancia con el medio, con el ambiente moral, con los personajes en su manera de vivir, con las costumbres, con las preocupaciones reinantes y con la tradición. Salirse de ahí, es desbarrrar; violar la ley de la armonía, es adulterar lo cierto; y suponer lo que no puede ser posible, es escribir un libro falso que no está destinado á perdurar, aun cuando le sobren elocuencia, brillantez, el oro en el decir y las audacias de la imaginación. Esa mujer de Santa Rosa, pueblecillo remoto de los llanos; esa mujer que en sus amores primerizos con el estudiante Pérez hace literatura requintada de lirismo y filosofía con gran desembarazo acerca del amor; esa mujer que diserta, sin condiciones para hacerlo, en orden á la importancia humana y dignificadora de la maternidad, como pudiera disertar el mismo Cabrera Malo con la luz de su talento y con sus dotes oratorias, quizás no serenamente artísticas; esa mujer que atrae y seduce al estudiante, cuando éste regresa de Caracas, impulsada por el deseo incontenible de ser madre á toda costa; esa mujer que en su desesperación lo llama desde la margen contrapuesta del caudaloso río, en noche horrible en que éste crece y se desborda, exponiéndolo á desaparecer trágicamente en las aguas fangosas y sombrías; esa mujer que delinque de propósito, y luego se arrepiente en cierto modo singular del pecado cometido con premeditación, y para mitigar los sufrimientos de su culpa se da á la lectura meditada de la *Imitación de Jesucristo*, interpretando con admirable lucidez, pues ello se colige, el alto sentido filosófico y simbólico de ese libro profundamente desolado y consolador al mismo tiempo; esa mujer que al fin es madre, y por ya serlo insulta con cinismo á su marido, y le confiesa que es adúltera, y que su hijo no es de él, y que se enorgullece del «único pecado de su cuerpo, porque ese pecado lleva en sí la más grande de las purificaciones, que es la de la maternidad»; esa mujer que al escuchar que Avellaneda le dice: «Tú eres una adúltera, y te condenarás, sí, porque tu pecado no tiene perdón de los hombres ni de Dios,» lo califica de «inepto» y de «cobarde,» y en medio de su irrisoria chifladura le contesta con desgarró: «Mientras la esposa sumisa y resignada te hacía la limosna de sus renunciadas y hasta de su cuerpo, esto sacrosanto, esto divino, esto omnipotente que llevamos las mujeres aquí, en las entrañas, se erguía terrible para despreciarte y para acusarme»; esa mujer desvergonzada, estafalaria, vargasviliana por el corte é inventada por la imaginación juvenil calenturienta, es un contrasentido monstruoso en Venezuela y una ficción desatentada sin base alguna positiva.

Una Mimí venezolana, inculpada con razón por su marido de adulterio, no es capaz de empeñarse en justificar su falta, y mucho menos de declamar este párrafo de efectismo sobreagudo, que finaliza blasfemando: «¡No me importa! ¡No me importa! Si pierdo el cielo, gano un hijo. Una criminal, sí; pero también una madre. ¡Dios, inexorable! ¡Los hombres, impíos! Lo creo. Pero mira, este hijo me consuela, este hijo nadie me lo arrancará jamás. Todo lo demás no me importa, no me importa. Mañana me iré de tu casa. Pediré, si es necesario, una limosna, aun cuando me la nieguen. ¡Bendito sea una y mil veces este niño, que me reconcilia con la humanidad y con mi sexo, aunque me aleje de Dios y de ti!» Pero la novela y su finalidad se hacen todavía más impasables, más ridículas y más atentatorias contra la realidad que á diario se vive en Venezuela, cuando Avellaneda se estremece al oír llorar el niño, y Cabrera Malo afirma que «Cristo nacía y que la hora del perdón y de la redención se acercaba,» y Avellaneda se aproxima al lecho de Mimí, y ésta le pregunta con terror qué es lo que quiere, y el pobre viejo, llevándose el pañuelo á los ojos para enjugarse el llanto, le contesta: «Que no le des de mamar ahora. ¿Tú no comprendes que estás muy irritada y que esa leche mala podría enfermar al niño?» Los comentarios huelgan, porque no se necesita poseer sino sentido común del menos listo para comprender lo estrambótico, lo desatornillado, lo ilógico y lo falso que todo éso encierra. Semejante novela apenas fué ni pudo ser sino de propaganda en el sentido de la necesidad urgente del divorcio como ley, y para desenvolverla, Cabrera Malo se valió de diferentes medios abiertamente reñidos entre sí. Afirma él en el prólogo que Mimí «es la historia de una desdicha de amor, y viene á pedir justicia revelando un gran pesar, acaecido á dos almas entre las rosas, junto á las palmas, en el llano verde y romántico»; y no la niego yo en la esencia, pero la niego en los detalles, en el plan, en el carácter de la protagonista, en su desesperación por ser madre á toda costa y en la in-calificable ridiculez del desenlace. Para puntualizar el prólogo, Cabrera Malo dice: «Juro haber dicho todo lo que era necesario decir»; y el crítico imparcial tiene forzosamente que fijarse en que no dijo: «Juro haber dicho toda la verdad.» Lo que era necesario decir y la intención del prólogo se juntan para proclamar no la verdad rigurosa de la historia, sino su tendencia, que son cosas distintas. Negar el talento, la imaginación brillante, la elocuencia un si es no es sofística y declamatoria de Rafael Cabrera Malo, tanto como sus condiciones de artista de la palabra que seduce con la sonoridad de la lengua castellana, sería negra mezquindad de corazón. *Mimí* tiene capítulos de poesía intensa y

fuertemente embriagadora. Además, en sus páginas hay observaciones sociológicas muy finas, descripciones magistrales de la vida y de la naturaleza de los llanos, á pesar de ciertas erudezas demasiado pestilentes que no eran necesarias, y mucha animación en la parte narrativa. Y la obra sería mucho más interesante en lo que á tales aspectos se refiere, si no apareciese rompida ó detenida con frecuencia por las disertaciones aisladas que he anotado antes de ahora. Para que ellas puedan caber sin violencia en la novela, es preciso darles forma con los recursos naturales de este género de literatura, tal así como se ve en *Pequeñeces* del padre Luis Coloma y en *Pedro Sánchez* y *El sabor de la tierruca* de Pereda. El autor de *Mimi* no es un escritor independiente: en las disertaciones imitó á Víctor Hugo, tanto como en la lucha de Pérez con el río para vencer su corriente y esguazarlo; y lo que es la sinfonía de las rosas, es una amplificación exagerada de la que aparece en el Número sexto, Libro segundo y Volumen primero de *La caída del padre Mouret* de Zolá el determinista, de Zolá el cenagoso, de Zolá el disociador infame, como le llaman los hipócritas, porque la hipocresía es buen vivir; los que le dicen *corrompido* y *corruptor*, teniendo ellos en privado una lengua desvergonzada y asquerosa, que en público blasona de honorable, de impoluta é incuestionablemente honesta. Cabrera Malo hace uso también de muchos venezolanismos bárbaros, de formación y empleo exclusivamente regionales, que tienen qué ser incomprensibles para los lectores de las demás Repúblicas Hispano-Americanas, tanto más cuanto que no fueron eseritos sino con la extraña ortología generalmente aprendida por el vulgo, y por tanto es de sentirse, después del final de la novela, la falta de un vocabulario como los que aparecen en *Guillermo* y en *Peonía*.

Miguel Eduardo Pardo, en 1899, arrojó sobre Caracas, con un gesto iracundo de desprecio, la novela *Todo un pueblo*. Con tanta claridad, con tan extravasado lenguaje, con franqueza tan desnuda, nadie se había atrevido á decir cuanto él se propuso con premeditación, y produjo un escándalo, un somatén ruidoso, un vocerío de protesta que salió de todas partes con formidable indignación. *Todo un pueblo*, en su conjunto, es una de las novelas satírico-sociales más sobresalientes que se han escrito en la América Española. Tan vivo es el relato, que no obstante las frecuentes digresiones, la extensa descripción de Villabrava y el disenso sobre sociología venezolana pronunciado por Julián Hidalgo en aquel viejo caserón, el interés no llega nunca á interrumpirse. Pardo no se ahoga en pormenores baladíes; se va derecho á cada asunto para diafanizarlo; se fija en sus detalles más precisos, y los dibujos, con muy pocas excepciones, llegan á sorprender por

su estupendo parecido. Para juzgar de la verdad de esta novela, es necesario leer antes algo del expresivo prólogo. «Yo era cronista—dice Pardo—nada más que cronista. Vivía en Madrid, llenando cuartillas y más cuartillas, que enviaba casi á diario á los periódicos de América: unos periódicos me pagaban, y otros no me pagaban. Pero así y todo, era feliz.» «Un día se me ocurrió volver á América, y cómo serían los abrazos, al llegar, que entre mi familia y mis amigos me sacaron medio muerto de la estación.» «Regresé á Europa, y á vuelta de unos meses torné á mis lares; abandoné la literatura por la política; salí por casualidad Diputado al Congreso, y me apedrearon en la vía pública.» «Vamos, que hice la maleta y me escapé. Si permanezco allí un día más, pierdo el poco juicio que me queda. Cuando llegué á España, Rafael Guerrero no me conocía. Estaba flaco, lívido... y verdoso á ciertas horas. Aquí, en París, me aconsejó Gómez Carrillo que comiera carne *saignante*; pero Bonafoux me dijo que lo que yo necesitaba era carne humana chorreando sangre.» Pardo siguió al pie de la letra el consejo de su buen camarada Bonafoux, y por éso *Todo un pueblo* es una sátira de costumbres caraqueñas, pero una sátira terrible y dolorosa como un cuchillo de dos filos. Pardo corta á destajo y sin piedad; la sangre brota en abundantes chorros; en las cortaduras hondas se ven hasta los huesos, y el cortador se goza con los vapores calientes de la sangre. Pocos libros en Venezuela tan fuertes, tan sentidos, tan sinceros como ése. Villabrava no es una ficción; Villabrava, sin rodeos, es Caracas, Caracas con todas sus flaquezas, debilidades, pequeñeces, fantasmagorías risibles, preocupaciones, servilismos y defectos. Pero si la mayor parte de esa Villabrava es una gran verdad, la otra parte aparece adulterada por el odio, por una así como venganza irrefrenable, por la burla característica española asimilada con rara habilidad, por el empeño de hacer punzante risa y despellejadora befa. Las Pérez Linaza y las Tasajos no pueden servir de guía cierta para calificar tan irrevocablemente á toda la sociedad villabravense; y si Don Anselmo Espinosa es un tipo chapado á maravilla y se le ve de cuerpo entero, cínico, soez, cuasi podrido y haciendo ostentación de su indecencia, en Francisco Berza y el General Tasajo, Arturo Canelón, Florindo Álvarez y Teodorito Cuevas extrema Pardo de tal suerte en ocasiones la nota persistente del ridículo, y del ridículo grotesco, que la exageración repugna como las groserías canallescas de ciertos comiquillos procedentes de la más baja ralea, los cuales, alzados á mayores por la novelería del público y los encomios de los gacetilleros, pretenden ser, á todo su talante, la cifra y compendio de la gracia en el *género chico* indecoroso. Y al fin viene á resultar, de los excesos de Pardo en la

agria burla, qué quienes aparecen en berlina no son los referidos personajes, sino el mismísimo Pardo y la novela. Pero en cambio... ¡cuánta miseria que es verdad, cuánta pintura gráfica y negrísima que es dolor del patriotismo, cuántas afirmaciones que nadie podría desmentir, cuánta nota sociológica acertada así en la descripción de Villabrava como en el discurso cruel, desenfado y sangrientamente sarcástico de Julián Hidalgo! El carácter de éste, en casi todo el libro, se sostiene úno, consecnente consigo mismo, firme y sin contradicciones. Pardo exhibe á Julián Hidalgo noble de corazón, riquísimo de bellos sentimientos, justiciero y generoso; lo exhibe como censor valiente, recio y brusco de todo lo torcido, de todo lo infame y detestable que hay en Villabrava. Sin embargo, Julián Hidalgo se porta como el más despreciable de los hombres cuando en el duelo concertado entre Canelón y Acosta, le cae de improviso á garrotazos al primero. Este desliz de Pardo, en cuanto novelista, es desastroso, y una vez más denuncia el odio y la exaltación nerviosa con que escribió toda la obra, que si lo es de verdad y de bien por una parte, también lo es de sarcástica venganza y de maledicencia. Dado el carácter de Julián Hidalgo, semejante inconsecuencia no puede disimularse con decir: «Lo que entonces pasó, no debería ni mencionarse. Es un punto negro en la historia de nuestro héroe, que ofrecerá de fijo, á los criminalistas, ancho campo para muchas trascendentales investigaciones. El solo hecho de relatarlo fiel y cumplidamente como ocurrió, estremece la pluma en las manos del novelista y le pone los cabellos de punta. Porque fué aquél un instante de verdadera consternación: de consternación y sorpresa para combatientes y testigos.» El que todo lo censura de una manera tan falta de misericordia, debe tener siempre autoidad moral incuestionable; y si Julián Hidalgo la tiene hasta ese punto, Pardo se la quita en un momento, lo desmiente á la faz de Villabrava y lo hace aparecer como un belitre, como un redomado charlatán, como un malvado de tántos como clava en la picota. Es claro, por supuesto, que la desilusión se apodera del que lee con cuidado la novela, para poder juzgarla con imparcialidad. Á Pardo, que todo lo halló malo en Villabrava, se le hubieran podido recordar, al estilo de aquel Sancho inmortal como escudero, que los ensartaba de perlas con oportunidad maravillosa, estos dos refranes: «Todo el mundo es Popayán» y «En todas partes euecen habas.» Y afirmelo, si nó, el mismo Pardo, después de aquella aguda discusión villabravense que en el Gran Hotel de París se resuelve en contienda personal. «Al día siguiente dijo Rochefort, en *El Intransigente*, que del Gran Hotel habían sido arrojados, por escandalosos, unos salvajes de levita, sin recordar

que él es el más escandaloso, el más salvaje é incivil de los periodistas europeos.» Cuanto á la figura de Susana, es evidente que al tratarse de una mujer tan honrada como ésa, tierna amante de su hijo, digna, altiva, llena de fortaleza cristiana y convencida de su honorabilidad en ella misma y en el ajeteo social, su inesperada caída no es sino un resorte novelesco de mal gusto para llegar al desenlace. Esa mujer de oro, que siente asco y repugnancia contra el batracio inmundo á quien le nombran Don Anselmo y le apellidan Espinosa, no puede ser capaz, dentro de la realidad humana, de claudicar y de entregársele, aun cuando esté cansada de la lucha, aun cuando quiera la libertad del hijo, aun cuando se muera de angustia y de dolor. Pardo falsifica allí á la mujer venezolana de esa fisonomía moral, á la que prefiere el sacrificio á la debilidad, á la deshonor, al encanallamiento vergonzoso. Y así como creo que la caída aparece inverosímil, no se me figura extraña la prostitución después en los brazos de Espinosa. Al desaparecer la dignidad, desaparece asimismo la matrona, y sólo queda entonces la mujer, la mujer anhelante, llena todavía de juventud y vigorosa, en quien de pronto se despiertan los dormidos deseos para satisfacerse. Esa es la naturaleza, la flaca naturaleza humana, y la naturaleza jamás se contradice. En *Todo un pueblo* hay personajes admirables, tan admirables como algunos del español Palacio Valdés el humorista, que es bastante decir en alabanza del malogrado escritor venezolano, del autor de *Manolín*, cuento soberbio de belleza que vale más que muchos cuentos salidos de la pluma de cuentistas franceses y españoles de gran nombre. Providencia Pérez vive con su malignidad, su desvergüenza y su atroz alma proterva. Murmuradoras así, que se alimentan de morder la honra ajena, antropófagas terribles que abrevan deliciosamente la sed y hartan las hambres con sangre y carne de Susanas é Isabeles á quienes besan en los labios con el beso de la traición siniestra, conozco yo por centenares, y dan miedo cuando hablan, cuando hieren con los ojos, cuando destrozan con la lengua viperina, cuando matan con la risa de hiel emponzoñada. Capítulos de intensa poesía son el XX, el XXIV y el final, pero éste en su parte meramente descriptiva de la naturaleza. La salida de Susana y Espinosa, cuando se internan en la selva, es también un recurso novelesco para el desenlace violentamente trágico. Respecto del estilo, es brusco, precipitado y fuerte como un bronce; pero en medio de esa brusquedad y fortaleza, que son el sello distintivo del temperamento luchador del novelista, abunda en elocuencia y en adjetivación lujosa. Tengo para mí que *Todo un pueblo* es novela continental americana, y que siempre será considerada como la manifestación más expresiva de un

ingenio independiente y asaz observador, como sin duda fué el de Miguel Eduardo Pardo.

En 1896 apareció por la primera vez, como una gran promesa para las letras patrias, Manuel Díaz Rodríguez, con su excelente libro, lleno de arte y poesía, *Sensaciones de viaje*. La Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española lo premió con la medalla de oro de aquel año; los periódicos le cantaron himnos de admiración; muchos críticos lo ensalzaron con justicia, y el nombre del escritor, completamente desconocido enantes, se extendió en las alas de la fama, por toda Venezuela, en breve tiempo. El rasgo más saliente y luminoso, el que eclipsa los demás de este eximio escritor ornamento de la Patria, es el del estilista, el del estilista diestro, refinado, exquisito y esplendoroso de joyas de elocución en su originalidad perspicua, en la cual se han juntado, para producir un conjunto armoniosísimo, la amplitud musical del castellano y la graciosa alegría del francés. Otro libro de viajes, el que lleva por título *De mis romerías*, sacó á relucir años después, libro más colorido que el primero y más lleno quizás de filigranas en la forma, pero menos jugoso y menos interesante que ese que le abrió de par en par las puertas del renombre. En los cuadros pintorescos del segundo hizo antes caprichos delicados y embelesadores de imaginación radiosa, que puso el alma sino en vagos ensueños fugitivos que se ahogan en la pompa de la expresión poética exterior. Con anterioridad á éste publicó el titulado *Confidencias de Psiquis*, revelaciones psicológicas muy finas la mayor parte de ellas, muy sutiles, diáfanas como un velo de gasa é impregnadas de un hálito fragante de elevación espiritual, que flota como una niebla alba sobre las miserias pantanosas é infectas de la vida. Aquí el estilo es más sencillo, más ingenuo, y se le ve muy apartado de ciertos alambicamientos en que incurre con frecuencia Díaz Rodríguez. Es más que sabido, por supuesto, que ningún Doctorzuelo Bustillón (el intrigante de Eduardo Blanco en *Zárate*), ningún Don Anselmo Espinosa (el canalla de Pardo en *Todo un pueblo*), ni ningún Daniel Mitral (el despreocupado de Arévalo González en *¡Maldita juventud!*) serían capaces de entender toda la belleza cuasi etérea que en oleadas se desprende, como un perfume casto de azucena, de algunas de las *Confidencias de Psiquis*; pero las personas de espíritu elevado, que son pocas en el mundo, sí son capaces no sólo de aleazar tales psicologías exquisitas, sino también de comprender la semejanza que tienen todas ellas entre sí, hasta el extremo de creerlas manifestaciones varias de una misma y sola alma. El autor se ha sustituido á los diversos personajes en estas re-

velaciones de lo íntimo; en ellos quien habla es Díaz Rodríguez, y quien explica el resultado de eso que se llama *introversión*. Lo cual también afirmo respecto á la manera con que los personajes dicen los secretos de su *yo*, pues carece de relación perfecta con la condición de éstos de inteligencia y de cultura. En suma, que esos personajes, ellos solos, tienen verosimilitud en su apariencia personal, pero son falsos de toda falsedad en el espíritu que encierran y en la manera con que lo diafanizan. Gertrudis Fuentes no habría alcanzado á entender ni á definir, á no ser una mujer singularmente superior, lo que significaba ella para el inspirado artista en aquellos dos aspectos de su vida y su hermosura; Margarita es caso raro de contradicción moral y física, incapaz de resistir la fuerza y perspicacia del análisis; en *Mi secreto* es tan violenta la transición de lo que significa Isabel viva á lo que significa muerta para «el viejo,» que la revelación pierde mucho de verdad aun cuando gane en idealismo; y por lo que hace á *Un diletante*, no pasa de ser una negación ilógica de la innegable naturaleza humana. Capricho de refinamiento literario, ó una excepci6n muy rara en la vida de los hombres, resulta *Fetiquismo*. Rendir culto idolátrico á las manos de una dama, y amar en ella las manos solamente, tratando, sin razón de analogía, de justificar ese fenómeno por la tendencia que siempre tuvo el hombre á rendir culto á los ídolos, no es verdad ni puede serlo sino en la frase final de *Fetiquismo*, reticente y sospechosa; pero es claro que suponiendo en aquel «joven parisiense» una degradación moral sin armonía posible con el resto de la extraña confianza. Sin la frase final, que encierra un mundo de perversión vitanda, indigna del talento de Manuel Díaz Rodríguez, *Fetiquismo* es un capricho de estilista, una simpleza, una frivolidad artística. Creo que el más real de esos trabajos es *Flor de voluptuosidad*, aun cuando el «estudiante» no logre ser él mismo, sino un estado de alma, un momento psicológico, una confesión del *yo* de Díaz Rodríguez. *De mis romerías* fué seguido por *Cuentos de color*, serie también de revelaciones íntimas en que el autor se sustituye á los distintos personajes, sintiendo y pensando en vez de ellos. Este libro es inferior, en lo que al fondo se refiere, á sus predecesores, y significa menos, como psicología, que las *Confidencias de Psiquis*. Los cuentos no revisten un interés notable, ni por la acción dramática tan fría, ni por los argumentos tan poco originales. Aquellos caracteres no tienen casi acción, se mueven con alguna pesadez, y por su falta de energía no llegan á imprimirse fuertemente en la memoria; y si los cuentos se salvan en manos de los lectores no vulgares, es por la magia del estilo, admirable, delei-

tos, más que nunca ornamentado de oro y perlas de dicción. El más hermoso y por lo mismo el más sobresaliente, en fuerza de lo trágico de aquella honda pasión del violinista, es el *Cuento negro*, que va aumentando en interés hasta romper el instrumento en aquella inmensa risa, risa de odio, de amargura, de sarcasmo doloroso, de burla, de desprecio y de alegría. Díaz Rodríguez se deja dominar frecuentemente por la autosugestión del estilismo, y por detenerse en el buscar novedades para la forma literaria y en el abusar de ellas, que algunas veces le quedan relamidas como una mujer linda pero desfigurada por los refinamientos del pincel, se olvida de lo esencial del cuento y de las condiciones que deben darle vida para que pueda ser patético. Dígallo, si nó, *Música bárbara*, que es cuento premioso y cuyo asunto se ahoga en un mar de descripciones y de consideraciones de las cuales buena parte está sobrando. El estilismo no basta para comunicar á la obra de arte el fuego de la vida, la palpitación humana, el calor de los afectos; y el señor Díaz Rodríguez, absorto en su destreza, se embriaga con ella hasta caer en la vaguedad de ensueño de aquel su personaje Tulio Arcos.

Á los *Cuentos de color* siguió la novela *Idolos rotos*, que se aguardaba del autor desde cuando se leyeron las *Confidencias de Psiquis*; pero aunque fué acogida y ensalzada con entusiasmo insólito por los amigos y compañeros de aquél, saliéndose así de los linderos de la conveniencia crítica y poniéndola en los cuernos de la luna, la novela no tuvo ni ha tenido la resonancia ni el prestigio que eran de esperarse. Sin duda que Díaz Rodríguez posee condiciones muy notables para cultivar el género. Sin embargo, no sabe aprovecharlas con toda la noble habilidad que ellas merecen. El designio principal de *Idolos rotos*, que es la pintura de la tremenda lucha sostenida por el artista lleno de las aspiraciones de la gloria con el medio inadecuado, se hace al fin dificultoso por la multiplicidad de acciones que en la novela privan. Si al designio principal se le descarta en buena ley artística de los agregados incongruentes que lo abruman, cabe en la mitad del volumen sin que le falte nada. Ann en la misma acción que representa Alberto Soria, hay capítulos supérfluos, porque no tienen otro objeto que el de hacer sinfonías de colores; otros que fatigan por su amplificación exagerada, y otros en que la abundancia de pormenores nimios intercepta á cada paso el interés de la novela. Emazábel, Pedro Soria, Romero, Sandoval y algunos otros caracteres tan admirablemente reflejados, llenan más páginas nutridas que las que eran necesarias al objeto. Los amores del artista con la Almeida no tienen expresión; son fríos, estirados, recelosos, y apenas se adivinan.

En el día de los recuerdos y de los mutuos resentimientos dolorosos, obsérvase en María una honda penetración de inteligencia que es inverosímil, porque María carece del alcance suficiente, alcance muy propio del autor, que para esa penetración se necesita; allí la expresión nada tiene de perspicua, sino de abstrusa y complicada, y si la literatura abunda, escasean la



Manuel Díaz Rodríguez

pasión, el fuego, la intensidad de sentimientos que han debido dramatizar, sin exageraciones romántico-efectistas, una escena de tan capital importancia como ésta. *Idolos rotos* no es novela para personas incapaces de detenerse en otras cosas que no sean las superficialidades y sandias naderías de la vida, y significa más en el estudio detenido de las costumbres caraqueñas, del ambiente en que se mueve la política, de todos los personajes y de todos los vicios que censura, que en la manera de moverse para llegar al desenlace. *Idolos rotos*, como *Todo un pueblo*, es una sátira terrible de costumbres caraqueñas, y en mucha parte, un estudio sociológico; pero si *Idolos rotos* vale más como sagacidad certera, como atinada observación y como admirable estilo, *Todo*

un pueblo la vence en el calor de la expresión, en el interés dramático, en la fresca poesía de los amores de Julián con Isabel y en la simplicidad de la trama novelesca. Sin negarle la sinceridad que tiene y que el autor se empeñó en que constara sin rodeos, *Idolos rotos* huele á odio en todos sus capítulos, trasciende á desprecio por Caracas, respira cruel venganza. Para Alberto Soria, tanto como para Díaz Rodríguez, cuyos temperamentos puede decirse que son coesenciales, todo en Caracas es atroz, todo es podrido, cursi, demasiado irrisorio, asaz infame, asqueroso y canallesco. Fuera de Alberto Soria, porque lo da á entender él mismo, y de sus tres ó cuatro selectos compañeros de ideales y de amarguísimos dolores, todo el mundo en la ciudad es despreciable, y no así muy por encima que digamos, sino profundamente despreciable en la más baja de todas las raleas. La política es una infamia ascosa, la literatura una solemne porquería, la sociedad una inmoralidad perenne, las costumbres una eterna barbarie y salvaje, la historia una mentira, lo que se piensa un disparate continuado y lo que se dice una vulgaridad sin interrupción posible. En cambio, hay motivos vehementes para suponer con éxito que en Alberto Soria existe arraigada la creencia de que en París, pongo por caso, todo es bueno, todo hermoso, todo aristocrático, todo areádico y sublime, todo como fresco pan candéal por su blancura, y que allá no se conocen las intrigas, ni la calumnia muerde á nadie, ni en la sociedad hay impurezas, ni la política puede compararse con algo que no sea el ampo immaculado de la nieve, ni los artistas como Soria tienen qué tropezar á cada paso con la indiferencia pública, ni mucho menos con la envidia sangrienta de los émulos en la horrorosa lucha por la gloria y por la vida. La figura de Alberto Soria el escultor llega á hacerse antipática por su vanidad, por su egoísmo, por su soberbia insana, por su pedantería insufrible, por su corazón lleno de odio y por sus labios siempre rebosantes de atroz maledicencia; y Díaz Rodríguez, ni por los suyos propios ni por los de su héroe, se coloca en ningún caso en el terreno de la fría reflexión y de la lógica, para no atentar contra los fueros inviolables de la filosofía. Alberto Soria pretende que en un pueblo en donde apenas comienza el sentimiento por el arte, todo se posponga á la protección de éste, como el medio más eficaz para civilizar al mismo pueblo. Alberto Soria pretende, en medio de su orgullo, que de todo se prescinda por la glorificación de los artistas. La pretensión es candorosa, por no calificarla de otro modo, y desde luego acusa en el cerebro de Soria, á quien Díaz Rodríguez atribuye una inteligencia de claridad meridiana en un cielo com-

pletamente azul, la falta de racionalidad más lamentable. El mismo Díaz Rodríguez no fija la atención en que éso no puede suceder en los países en donde la cultura está en pañales; el mismo Díaz Rodríguez no recuerda, ó no quiere recordar, que las leyes de la evolución no obran como á saltos, que la civilización de un pueblo es empresa de siglos constante y laboriosa, que Caracas no tiene aptitudes todavía para ser como las grandes capitales europeas en punto á cultura intelectual, y que si en la Grecia antigua aquella su civilización fecunda llegó á alcanzar el apogeo del esplendor maravilloso y de la gloria, ello no fué sino después de muchas guerras encarnizadas y sangrientas, de distintos estados sociales inseguros por su anomalía y rudeza, y de largos y complicados períodos históricos; el mismo Díaz Rodríguez no hace alto en que Venezuela apenas tiene un siglo de existencia trabajando por su civilización, en que sus intelectuales han hecho por ésta demasiado, y en que si lo han hecho á fuerza de constancia generosa, ha sido en medio del estruendo de las revoluciones y de la formidable lucha de las banderías políticas; el mismo Díaz Rodríguez no recuerda, por último, que para civilizar se necesita antes que todo hombría de bien en el sentido más excelso de la frase, corazón y no egoísmo, grandeza de alma y de carácter, y una convicción profunda y una creencia luminosa de la Patria, que es la concepción más elevada y peregrina en la existencia de los hombres, por cuanto es la síntesis de todos los afectos, de todas las ambiciones nobles y de todos los ideales que se viven, al mismo tiempo que el estímulo perenne, el fuego inextinguible y la eterna inspiración del ciudadano de esa Patria, desde que él y ella son consubstanciales, y por compenetrarse mutuamente del calor y la esencia de su naturaleza, coexisten estrechamente unidos. En Alberto Soria no hay sino triste mezquindad de corazón, egolatría vesánica y la más elocuente expresión del egoísmo. Alberto Soria no vive sino para él, no piensa sino en él, no tiene más amados ideales que sus ideales artísticos, ni quiere más gloria que la suya. Cuando Emazábel, Sandoval, Romero, Alfonso y otros camaradas se reúnen en el taller del escultor, para concertar los medios de trabajar con éxito por la regeneración moral de la República, Alberto Soria ofrece con la mayor formalidad, sin prescindir de su *yo* imperitante, dar conferencias sobre arte. Cuando esos mismos individuos se convencen de que semejante obra tiene forzosamente qué ser larga, pacienzuda y dolorosa para alcanzar el triunfo, Alberto Soria asienta con Alfonso que lo mejor es emigrar, porque «aquí no florecen ideales artísticos,» y porque si él abriga

en el santuario de su alma un ideal absorbente de esa especie, «debe salvarlo y salvarse con la huida.» Cuando ve profanadas todas sus estatuas en la Escuela de Bellas Artes convertida en cuartel por una orden superior, y más que ninguna y con cinismo la de la mulatica del Tuy «fresca y primorosa, como hecha de barro blondo, fragancia de canela y zumo de flores de apamate,» Alberto Soria se desborda en vituperios contra Venezuela, porque renegar de ella es tanto como vituperarla: «Alfonzo tenía razón cuando me dijo que me fuera. Yéndome entonces, cuando él me lo dijo, me hubiera llevado quizás algo intacto, me hubiera llevado quizás casi entero el buen amor de la tierra. Alfonzo tenía razón: nadie tiene derecho á sacrificar su ideal. El supremo deber de un artista es poner en salvo su ideal de belleza. Y yo nunca, nunca realizaré mi ideal en mi país. Nunca, nunca podré vivir mi ideal en mi Patria. ¡Mi patria! ¡Mi país! ¿Acaso es ésta mi patria? ¿Acaso es, éste mi país?» Y cuando, por último, termina tan violento cuanto injusto y extravasado desahogo, Alberto Soria escribe dentro de su propio corazón esta palabra innoble, «irrevocable y fatídica,» que es la reproducción exacta de su egoísmo sórdido y de su ruin vanidad desatentada: *Finis Patrie*. ¡Como si la Patria fuese moralmente responsable de la barbarie de las revoluciones, de la embriaguez de los caudillos en el día de la victoria, de los satánicos odios populares y de los desafueros cometidos por la soldadesca impura, desenfadada é inconsciente! ¡Como si la Patria no fuese algo sublime que resplandece como un sol muy por encima de todas las infamias de los hombres, de la furia implacable é indecorosa de las sectas, del espíritu siniestro y arrasador de las venganzas partidarias! ¡Como si la Patria no tuviese derecho á demandar, precisamente de los intelectuales, de los sedicentes abanderados del bien, de los propagadores de la luz, de los que llevan en los libros la voz del ideal, siquiera una migaja de resistente fortaleza, un poco de energía, una chispa de grandeza de alma y de carácter, contra la barbarie y en beneficio de su civilización! Si *Idolos rotos* es novela asaz premiosa en su desenvolvimiento, resulta completamente inmoral en su triste desenlace, porque contribuye á la disolución antes que á la unidad; y en último término viene á resultar que Alberto Soria, con todas sus pretensiones pedantescas, tiene menos valor moral é intelectual que Emazábel, cuando éste aconseja á sus amigos: «De ningún modo sigamos como hasta ahora: el escritor escribiendo su libro, el escultor esculpiendo su estatua, el estudioso hundido en sus meditaciones y problemas, encerrados todos en un individualismo

salvaje, cada cual sobre su propio surco, sin importársele nada del vecino. Sin duda la obra realizada así vale más que todas las políticas de los Suárez, como dice Ronnero; pero su acción es tardía: no se manifiesta sino muy lejos, en el porvenir, en las generaciones futuras, y además de tardía es problemática. Es necesario que la acción de nuestra obra se revele pronto, y podamos encauzarla, sacando beneficios de ella. Para éso debemos realizarla, no como hasta hoy en las vagas regiones de la quimera, sino valiéndonos de las cosas, vida y costumbres de nuestro país, procurando por la creación de un alma nacional, y marchando, en esa tarea de próceres, de concierto unidos!» Díaz Rodríguez invoca varias veces el nombre de Bolívar, como representación ilustre de aquella obra de bien, de persistencia heroica, de voluntad incontrastable que no sólo creó el hogar patrio, sino que hizo resonar la grandeza de su gloria en ambos mundos; pero esa invocación forma contraste muy visible con los intelectuales que actúan en la novela, porque ninguno de ellos, ni aun Emazábel mismo, que flaquea ante las observaciones de sus buenos camaradas, habría sido capaz de inspirarse y retemplarse en el fuego del alma de Bolívar, para hacer algo útil por la Patria y por el brillo de su nombre. *Idolos rotos* es una novela triste, profundamente triste, y además, árida como un campo rojizo y salpicado de vegetación raquítea. La poesía no la alegra con la divina belleza de sus flores; en sus páginas se siente mucho anhelo de agua y de frescura; las flores que se ven son flores lívidas de odio, de orgullo y vanidad, para expresarme con esa rara antítesis que usa con frecuencia Díaz Rodríguez; y en la eanción de las cigarras sobre la sed ardiente de la tierra, sobre el aire abrasador, sobre las melancólicas hojas amarillas, se ve como la imagen de toda la novela en su tristeza hondamente dolorosa. Cuando la obra se termina, la figura del escultor Alberto Soria, por el brioso vigor de su dibujo, se estereotipa en el cerebro, y allí queda como figura viva; pero esa figura es repugnante, porque el rastro de odio y de ruindad que deja en su camino, no se compadece con la elevación de alma y con la alteza de ideales que Díaz Rodríguez ha pretendido suponerle.

Cuando en 1902 apareció *Sangre patricia*, fué ensalzada con calor por el periodismo de Caracas, no menos que por críticos tan afamados como el español Miguel de Unamuno y el venezolano Gil Fortoul. También se leyó entonces el interesante juicio de Antonio Ramón Álvarez, joven estudioso, amantísimo de la literatura, muy dado á los trabajos psicológicos y de sociología, en los cuales penetra muy hondo algunas veces, y dotado de un

sentido de la estética muy claro, que pone bien de relieve cuando escribe con entera independencia. De todas las opiniones acerca de *Sangre patricia* publicadas, es la suya quizás la más certera, no obstante la falta de franqueza que Álvarez demuestra para decir cuanto se debe del personaje Tulio Arcos, que es toda la novela. Los juicios de Unamuno y Gil Fortoul acusan desde luego, ó lectura poco atenta de la obra, ó benevolencia exageradamente amable para con el eximio escritor venezolano, porque Tulio Arcos no tiene para ellos tacha alguna. Gil Fortoul no disiente del autor sino en el modo de morir el mencionado personaje, el cual, en mi concepto, habría podido dejar una de las más profundas huellas, huella de verdad, de épica belleza y gloriosísimo esplendor, en la literatura nacional. Entre las obras de Díaz Rodríguez no hay ninguna que pueda ni igualar la hermosura de estilo refinado, lleno de encantadora magia, que *Sangre patricia* ostenta; pero tampoco hay ninguna en que resalte con más fuerza la autosugestión del estilismo, ni en que la manía de éste lo eche á perder todo de una manera que es incomprensible en Díaz Rodríguez. La novela se lee con entusiasmo hasta cuando Tulio Arcos cae vencido en la palestra y es desterrado del país. La concepción es verdaderamente hermosa, y el protagonista se adueña del corazón del crítico para inclinarlo sin reservas al elogio de su admirable complexión y desenvuelta arrogancia varonil. Á pesar de la pintura de Belén como si fuese una nereida, la cual pintura tiene una relación directa con las hipótesis acerea de la capacidad en Tulio Arcos para el sueño, y á pesar de esas hipótesis no nada consistentes ni posibles, que se adelantan en las páginas 29 y 31, Díaz Rodríguez esboza de tal suerte el carácter de su héroe, pone en su ánimo tal suma de virtudes eficaces, llena su espíritu potente de ideas tan generosas y concreción en su sangre con tan espesa densidad todas las energías de sus famosos abolengos, que la capacidad para el sueño, en nombre de la lógica inflexible y por la imperiosa autoridad de la razón, llega á ser insignificante ó más bien nula en el protagonista, por cuanto se absorbe y desvanece en el corazón ardiente, en la voluntad osada, en la inteligencia briosa y vibrante de salud, en la complexión granítica y en el perfecto equilibrio del cerebro de ese bravo mozo singularmente dispuesto á la lucha esforzada por la Patria. Ese hombre-hombre y nunca hombre-hembra hasta cuando le vee en la primera resuelta acometida; ese hombre valeroso cuya unidad característica señala Díaz Rodríguez con lucidez tan bella; ese hombre en el cual se enseñoorea todo lo que es entero, avasallando de seguro las debilidades inanes y remisas que por una herencia sin ya ninguna savia subsisten en su ente, si es que algunas sub-

sisten en virtud de las suposiciones improbables del autor ; ese hombre que siente la convicción profunda de que « no puede quedarse viendo correr la vida como se queda viendo pasar el agua del torrente un soñador ó un idiota » ; ese hombre cuyo patriotismo y generosidad, abnegación y noble alma justiciera, respeto por la gloria de sus antepasados y voluntad arrolladora—antes que todo voluntad—se ratifican y acentúan en las páginas 31-36 hasta la 52 ; ese hombre que ama con admiración la casa solariega, porque es la historia viva del renombre que ha heredado y que es su grande orgullo ; ese hombre que retempla á cada paso en las ingenuas y amables narraciones de la viejecita abuela la fortaleza de su sér moral, y que no céja en la creencia de que la revolución es santa, no puede tener capacidad para el sueño, aptitud para la idiotéz, nada que sea capaz de sobreponerse en su alma y en su cuerpo al elemento dominante, que es la salud renovadora de todas sus potentes energías. Por éso Tulio Arcos es un contrasentido inaceptable ; por éso la prestigiosa hermosura con que llega hasta el momento en que le echan fuera de la Patria, desaparece de pronto y como por encanto, y lo que luégo queda es una inconsecuencia del autor, una deducción sin base, un poco de romanticismo inverosímil, y un pretexto para hacer tan sólo estilo en considerable suma de las páginas que siguen del capítulo tercio en adelante. Allí abundan las sinfonías de colores y las onomatopeyas frívolas, las cuales, por su repetición frecuente, fatigan y disgustan, alcanzan muchas veces el extremo del alambicamiento y dejan á un lado el interés de la novela aun en su parte soñadora, sin que de la novela sienta el ánimo con fuerza sino la influencia hermosa del Tulio Arcos primitivo. Un hombre como ése habría sentido mucho á la mujer amada, al darse cuenta de su desaparición eterna ; jamás la habría olvidado, como jamás olvidó el poeta Jorge Isaacs á la angelical María, y le habría rendido culto en el fondo de su alma ; pero por ningún respecto habría llegado en su dolor á la anulación completa de su personalidad. Creer á la amada una sirena que vive en lo recóndito del mar y allí lo aguarda ; figurarse que en todos los matices del verde de los campos no hay para su alma sino reflejos y promesas felices de las ondas ; oír nombrar una sirena y estremecerse de alegría ; ver las aguas, todas las aguas rumorosas, y brillarle los ojos con anhelo ; buscar muchos libros que le hablen del mar y le revelen sus misterios, y otros detalles de semejante estilo que abundan en el protagonista, no son ni pueden ser sino ridículos en éste, á pesar de toda la belleza primorosa con que fueron expresados en un estilo que deslumbra. El Tulio Arcos que tal siente y que tal hace, tiene qué ser un loco, un mente-

cato; un pobre hombre; pero es el caso que Díaz Rodríguez lo supone en las premisas dueño de sí mismo por su entereza de varón y perfecto equilibrio cerebral, y es claro que la contradicción resalta de un modo lamentable. Romper una novela tan hermosa como la que el primer Arcos inicia, es una aberración inexplicable en Díaz Rodríguez, y tanto más debe sentirse, cuanto que él hubiera podido terminarla con la más bella intensidad épica y dramática en medio de nuestra vida nacional, al mismo tiempo que aprovechando el alma de la desaparecida de una manera semejante, por su exquisita y ensoñadora poesía, á como supo aprovechar la milagrosa de Isabel en *Mi secreto*.

En *El Correo de Aragua*, de la ciudad de La Victoria, se publicó en 1901 *Bolivita*, la cual novela corta debe clasificarse entre las criollas más realistas y sinceras que hasta ahora han visto la luz en Venezuela. *Bolivita* fué la revelación del talento de Carnevali Monreal para el cultivo de este difícil género de literatura, en el cual son muchos los llamados y pocos los escogidos. Esa novela es la historia de algo muy sombrío que pasa con frecuencia en nuestros pueblos, donde el pastor de almas, encargado de velar por la moral privada y pública, es quien lleva no sólo el deshonor, sino también el duelo y la desdicha á los hogares. *Bolivita*, producción de un talento muy notable, acusa la destreza del autor para salvar ciertos escollos en la expresión de la verdad, sin que ésta deje de verse tal cual es. Allí todo es natural, como lo es la vida misma que refleja; y si la figura del ortodoxo ricachón es estupenda hasta en su poca audacia escrupulosa para indignarse de firme contra el Cura y patearle la conciencia nada limpia, el personaje de sotana y alzacuello es de mano maestra en todos sus detalles, en su redomada hipocresía y en la habilidad que muestra para sortear los riesgos hasta cuando su dolorosa víctima, rebosándose de indignación y de coraje, lo llama pícaro, indecente, conversador y traicionero, y á él se le atraviesa en la garganta, por el terror que se apodera de su ánimo, la blanda pechuga de gallina que saborea con cinismo. Si cuento porque la trama es muy sencilla, *Bolivita* es toda una novela por la trascendencia del asunto. López Méndez dijo con sobra de razón: «Balzac, Dickens, Flaubert, tienen libros en que la acción es casi nula, y en que, sin embargo, se siente correr oculta, pero vigorosamente, la savia crūdadora. Las novelas de acción complicada, en que el autor atropella todas las consideraciones artísticas con tal de producir una impresión fuerte en el ánimo, van quedando yá para las gentes sencillas, incapaces de saborear las puras emociones del arte desinteresado.» Ángel Carnevali Monreal, que antes que todo es orador, con más vehemencia de tribuno que serenidad artística, y

euyo estilo pomposísimo y sonoro, que parece labrado como en mármol, es estilo oratorio no solamente en el discurso, sino también en el folleto y en el periódico de lueha, no pudo prescindir del período amplio en *Bolivita*, sin que por otra parte dejen de recordarse en la novela el culto de Carnevali Monreal por los mejores elásieos de España, desde Cervantes hasta el terso Jovellanos, y su ferviente admiración por Juan Montalvo y nuestro gran Ceelilio Acosta. Para *Bolivita* eseribió César Zumeta un prólogo sintético y jugoso. El juieio que allí hace de la obra es atinado, y por éso á continuación lo reproduzo : « Habría querido escribir unas líneas al frente de la edición completa de la obra literaria de Carnevali Monreal, por decir cómo vierte él en el viejo molde sonoro de la oratoria castellana, heeho de cierto tiempo acá á grandiloquentes retóricas, ricas nomás que en la vana pompa de la palabra ; cómo en el viejo molde sonoro vierte él noble y serena elocuencia, en que es la idea vigorosa la que expande el período, y es un elaro numen, pujante de fe entusiasta, el que pone en la eláusula el retumbo del verbo, la dilata en onda, y al restallar arranca de ella en prolongación gloriosa el trueno tribunicio. En estas páginas no está el orador, sino es el filósofo quien narra el drama de una alma simple de rústico beato y avariento, fanático como hijo que es de napolitano itinerante, receloso cual conviene á su abolengo hebreo, impulsivo y débil por herencia de la madre, campesina ignorante, sabroso y agrio fruto silvestre de nuestros campos. Cabría en la novela el episodio ; pero el autor lo encuadró en el mareo del cuento, é hizo más, porque hizo euento eriollo, no por el artificio del paisaje, ni por el recurso del vocabulario, sino presentando en buena prosa castellana, acaso vagamente arcaica por académica, aspectos altamente interesantes de la vida soeial venezolana, estudiada dijéramos en su raíz, en sus formas rudimentarias. Es el alma del euento la que es eriollo, y este solo mérito le recomienda como tipo y modelo. Pero no es ésa su única exceleneia. El asunto, dada la tiranía consentida de ciertas preocupaciones en nuestras costumbres, es asunto difícil de presentar y resolver conforme á la verdad de la vida, porque había de irse escurriendo la narración con tanta habilidad como firmeza por entre el doble escollo de faltar á la verdad ó de mover á escándalo. Y esa habilidad y esa firmeza han sido consumadas. El alma de *Bolivita* es lago que adormeee un hálito de antro, y que luego irrita y enfureee en onda tempestuosa la más pura y redentora de las pasiones que pudieran encenderse en aquella tiniebla, y ennoblecer aquel barro. Enternece, conmueve, saeude nuestros corazones la tragedia que enloquece y mata á ese hombre, porque sentimos en nosotros que *Bolivita*

vive, que en carne y hueso está muriéndose de esa misma mordedura en todas las aldeas de la tierra, á la sombra de nuestros campanarios, allá en el fondo del hogar infamado, frente al áspid inasible é inmune. *Bolivita* es algo más que una menudencia de la tierra. Ese cuento venezolano es una obra buena y valiente. Carnevali Monreal es algo más que un orador inspirado (y conste el epíteto por más que de él se abuse): es un batallador entre los pocos que libran la buena batalla.»

En 1904 apareció *Lucía*, novela semejante, por su sentimentalismo delicado, á *Guillermo* de Betancourt Figueredo, y también á la que pudiéramos titular *María* de Tulio Febres Cordero, desglosándola de *Don Quijote en América*, sin que perdiese nada el doctor Quix ni tampoco la novela. *Lucía* denuncia desde luego la admiración de su distinguido autor, Emilio Constantino Gnerro, por Bernardino de Saint Pierre, Fenelón, Chateaubriand y Lamartine, pero sin que la imitación que hace de estos escritores sea servil. Antes por lo contrario, el sentimentalismo de Gnerro, con muy pocos deslices, no desafina por el desbordamiento lírico, ni en el relato interesante, que arde de animación y vida, se derrama la invención fuera de la posible realidad. Guerrero se ha valido de una historia dolorosa para describir las amables costumbres de los Andes, sencillas, modestas, patriarcales, y la descripción, hecha sin detenerse nunca en supérfluos y nimios pormenores, es gráfica y hermosa. En el relato no dejan de aparecer garrridamente las consideraciones filosóficas, y sin embargo, no huelgan, no cansan, no fastidian, por su perfecta armonía con la acción, por su dulce amenidad y transparencia, por el estilo brillante y siempre lleno de dignidad y señorío, pero de todo punto ajeno á esos refinamientos misteriosos que ahora usan los que quieren que nadie les entienda lo que dicen, ó que lo entiendan apenas los muy pocos y sedicentes escogidos que pueden á sus anchas entenderlo, según paladina confesión de ellos mismos. En *Lucía* se ve también la imitación de Jorge Isaacs en algunos detalles que no es fácil olvidar. Aquella fatídica mariposa negra que persigue á los amantes, posándose en el pecho de la niña, es una reminiscencia de la agorera y negra ave que en *María* es el presagio de la muerte. Guerrero quizás no se atrevió á adular la historia que relata, porque sin duda que es historia, y á ello se debe la innegable monotonía del desenlace, por la acumulación de notas fúnebres y de acontecimientos tristes. La manera francamente literaria con que hablan algunos personajes en las contadas veces que lo hacen, no es propia de ellos sino del novelista. Lo que dice, por ejemplo, la atribulada madre de *Lucía* en las páginas 46-47, puede ser en la esencia verdadero, pero en la ex-

presión es falso. Afortunadamente, soliloquios como ése y como el que dice Luis cuando se duele de su funesto hado, no abundan en la obra, aun cuando sí las efectistas reminiscencias bíblicas, por el influjo que en el autor han ejercido, y que traseiende mucho, escritores de la intención cristianamente educadora de Fenelón y Chateaubriand. Yo no vacilo en afirmar que el colombiano José María Vargas Vila, que en el romanticismo delirante de sus primeras producciones, ó sea de *Emma* y *Aura ó las violetas*, es un imitador desaeertado de Chateaubriand y Lamartine, y más aún de su compatriota Isaacs, se queda á gran distancia de *Lucía* con las dos obras meneionadas. Mas con todo lo dicho en alabanza de *Lucía*, debe asentarse que en ella vale más la descripción de las costumbres andinas que la parte novelesca, y que Guerrero posee menos méritos en cuanto novelista que en calidad de escritor fino en otros géneros de letras, en los euales, por su vasta ilustración, por su pujante fantasía, por la salud de su criterio filosófico, por la elevación de sus ideas y por la gentileza, atildadura, tono vigoroso y brillo cautivador de la forma literaria, se eoloea en el mismo nivel alto de los más distinguidos escritores del país. El inolvidable Manuel Fombona Palacio, tan sabidor de competencias literarias como pareo en el elogio, dijo de Guerrero esta verdad: «Como eseritor terso y galano, pertenece á la generación de Juan Vicente González y Cecilio Acosta; como historiador, describe con el nervio y viveza de colorido de un Michelet en su *Historia de Francia*.» En efecto, *Campaña heroica* y *Sangre patria* bastarían para aereeditar á Guerrero, en cualquier parte, como notabilísimo eseritor y provechado literato. Conoeedor de los clásicos españoles por haberlos estudiado y no leído, en su estilo se junta la corrección de ellos á cierta independeneia y galanura que recuerdan á Michelet y á Lamartine en sus espléndidas historias. Hombre como se ha dicho de numerosa ilustración, perspicuo de eriterio, no palabrero sino denso y cloeuente en el decir, estudioso dentro del neesario método que ahora no se estila y cuya falta de posesión produce en los cerebros el deseoncierto de todas las ideas, y convencido de que la inteligencia y la literatura jamás deben emplearse en trabajos indignos de su alteza, sus libros rebosan hermosura, sabiduría y enseñanza. El que lleva por nombre *El Táchira físico, político é ilustrado*, es un tesoro de erudición bien adquirida, de revelaciones útiles, de amor de Patria y caudalosa poesía, y un estuche de joyas de dicción. Quízás su verdadero patriotismo, su intenso afecto á la tierruca regional, su admiración por todo lo que es noble y generoso, su tendeneia á no dejar sin premio ningún servicio ó virtud inteligente, y á mayor abundamiento la bondad que en su corazón abriga, pu-

sieron en sus ojos, al escribir en esa última obra sobre el Táchira la parte consagrada al caluroso elogio de los intelectuales, un lente de poderosa fuerza que todo lo agranda y desfigura, en sus labios la alabanza desmedida y en sus apreciaciones la hipérbole frecuente; pero nada de ello disminuye la belleza de esa pluma que es de oro y que hóura con su brillo á Venezuela.

En el mismo año de 1904 levantó polvareda é hizo ruido la novela de Arévalo González titulada *¡Maldita juventud!* Yá antes, en 1892, este escritor había lanzado por ahí, como una bomba, otro libro con el carácter de novela, á la cual con el nombre de *Escombros* bautizó. Libro destinado á zaherir la administración que presidió Andueza Palacio, y pintura recargada de odio y de rencor, con un plan sin armonía y sin ninguna belleza en el asunto, *Escombros* no significa nada en calidad de novela, y de historia mucho menos. *¡Maldita juventud!* sí es novela que merece la pena de citarse, aun cuando apenas lo merezca por la parte descriptiva, por lo vivaz de la forma literaria y por la fácil narración, que es sin duda interesante. Como *Débora* de Don Tomás Michelena y *Mimí* de Rafael Cabrera Malo, encierra la marcadísima tendencia de abogar por el divorcio; pero el autor se valió de tales medios sistemáticos y acomodaticios para llegar al fin que se propuso, que la novela, una vez analizada con un sentido crítico resuelto y riguroso, se reduce á ficción extravagante con apariencias engañosas de realidad vivida. Para probar la necesidad imperiosa del divorcio, no es preciso acudir á recursos tan extrémos. El desenlace de *¡Maldita juventud!* se adivina desde que uno se da cuenta de Mitral, que es un vividor despreocupado; del sifilítico Leonardo, que es un bicho asqueroso y detestable, y de Mariana, que es una mujer sin corazón y sin conciencia. En Mariana ha querido pintar el novelista una dama distinguida por su esmerada educación y por su espíritu selecto, al mismo tiempo que por el puésto que ocupa en la jerarquía social; pero le ha resultado una vulgar indecentilla, una cualquiera, una mujer con aspecto de señora, que señora no es ni puede serlo sino falsificada. La mujer venezolana de esa clase no es capaz, aun cuando el sufrimiento le desarre el corazón, de desfogarse brutalmente contra su marido enfermo al conversar con el amante, ni en el caso de tener un amante en contradicción á quien ella no conoce sino de vista penas, puesto que Arévalo González no insinúa tan siquiera que lo conozca de otra suerte, de exponerse á la maledicencia pública en un hotel en donde abunda la gente lenguaraz, murmuradora y amiga de pasar las horas muertas con la reputación ajena. Mariana, dada la distinción que le supone el novelista, es un tipo inverosímil; inverosímiles resultan sus transparentes amo-

res con Mitral, porque lo consecuente es que Leonardo, hombre corrido en la materia, no sea un papanatas, é inverosímiles son luego los amores de Mila con el propio Mitral despreocupado y completamente probable en su perfidia, porque Mariana, madre y amante á un tiempo mismo, los debe suponer desde que empiezan é impedirlos por lo tanto, á no ser una bribona y una gran desvergonzada. Leonardo, que es el eje al rededor del cual se mueve toda la acción de la novela, es de tal manera efímero, soez, repulsivo y asqueroso, que en él se ve el propósito de hacerlo aparecer como una inmundicia humana, contrastando con la juventud y belleza de su esposa, para que sobrevenga el adulterio. El plan de la novela es falso; falsa Mariana en su perversión moral, y falso de toda falsedad el desenlace, en donde Arévalo González ha mezclado lo espantoso á lo fantástico, y á lo trágico efectista lo ridículo de aquella exclamación con que termina la novela. En *¡Maldita juventud!* hay capítulos tan puerocos, sin necesidad de haberlos, que dan nauseas. El XIX de la primera parte hiede, y en él prueba el novelista su falta de destreza, suponiendo en una mujer de distinción, como pretende él que sea Mariana, una conversación con el amante sobre la sífilis de su marido y sus estragos, la cual conversación, además de ser cochina, no nada edificante, indiscreta como pocas, y además resbaladiza y peligrosa para las ilusiones de Mitral, revela un alma sin delicadeza alguna y sin ninguna compasión. La novela no es digna del estilo, aun cuando éste se resienta de la índole propia de la crónica; no es digna de las descripciones, muchas de ellas magistrales; no es digna de los personajes que actúan como resortes accesorios. Arévalo González ha dado, por otra parte, en la singular manía de hacer intervenir en la novela, muchas veces de un modo sin ajuste, á personas bastante conocidas, lo cual no vale nada como recurso novelesco, y comunica á la narración frecuentemente el aspecto desenfadado de la crónica de periódico hecha á las volandas. En la pintura de las costumbres locales no debe ser lo menos la hábil delineación de las figuras y su sostenimiento en la unidad, y apelar como ayuda y por salir del paso á nombres propios conocidos, es quitar á la novela uno de sus más bellos aspectos. En *Pasiones* de José Gil Fortoul, sin necesidad de nombres propios, á Peñaranda se le ve de cuerpo entero, en carne amojamada y hueso agudo, lo mismo que al Ministro. Muy lamentable es que Arévalo González, en quien hay condiciones excelentes en lo que se refiere á estilo, reflejo de costumbres, descripciones y vigor en el dibujo de ciertos caracteres como el de aquella Menjil que infunde miedo por su atroz canibalismo, no sepa aprovecharlas en lo esencial de la novela, y mucho menos

en lo esencial de la novela tendenciosa, que es la que requiere más estudio, detenida reflexión y conocimiento exacto de los tipos que se copian y que en ella han de intervenir sin falsificaciones.

En 1905 apareció la patriótica é interesante obra de Tulio Febres Cordero titulada *Don Quijote en América*, la cual se ha prestado á diferentes juicios caprichosos, algunos de ellos pedantescos y vacíos. *Don Quijote en América* es un libro de bien, de virtud reintegradora, de patriotismo intencionalmente curativo, de propaganda contra el charlatanismo reinante hoy en Venezuela, de oposición al entronizamiento de lo exótico, adulterador funesto de la integridad nacional en todos sus órdenes y manifestaciones, y de resistencia briosa contra ese espíritu de novelería inconsciente que permúta de buen grado el oro puro de la tierra por las baratijas de buhonero itinerante que echa sobre nosotros el audaz mercantilismo de los países codiciosos que quieren explotarnos á sus anchas. Esa es la tesis de la obra, y se halla toda entera en el capítulo catorce, calcada sobre el principio de Baralt dos veces ya citado en este libro: «El problema que cada pueblo de por sí debe resolver, consiste en apropiarse la civilización universal, sin salir de su propio carácter y límites morales; más claro, en ser cosmopolita sin dejar de ser indígena y patriota.» La obra del señor Febres Cordero se ha entendido en todo su propósito y alcance por los que la han leído con el cuidado que merece, dándose cuenta exacta de la siguiente confesión del mismo autor: «*Don Quijote en América* no ha nacido de un vano deseo de gloria ni de renombre, sino de un acto sincero de buena voluntad: en su composición más ha trabajado el corazón que el entendimiento. Así es que no es obra de aspiración literaria, sino obra de intención patriótica: es la aplicación del legendario Quijote como correctivo de un mal que nos aflige, muy generalizado en Hispano-América, que consiste en el menosprecio de lo *criollo* y la servil imitación de lo *extranjero*; mal que se encubre bajo la capa de un progreso artificial, y que acabará por desnaturalizarnos del todo, privándonos de creencias, carácter, tradiciones, literatura, costumbres, industrias, y cuanto de antiguo forma nuestro patrimonio de raza y nuestro distintivo señorial. Y toda esta inmensa pérdida...¿en cambio de qué? En cambio de vestir una abigarrada librea, para ir detrás, siempre detrás del extranjero, convertidos en dóciles lacayos. Este mal funesto, que se apodera de la juventud y cunde en el pueblo, tanto más perjudicial porque seduce y cautiva con brillantes apariencias, necesita un remedio popular y heroico: necesita aplicarle el cauterio del Quijote.» Siendo como es, en mucha parte, de crítica sincera é imparcial el presente libro mío, me veo en el caso de decir fran-

caamente lo que pienso de *Don Quijote en América*. Alto sin duda viene á ser el pensamiento de la obra, y generoso el designio que la anima. Lo que le falta es acierto en el plan precipitado, seguridad en el desenvolvimiento, más animación en el relato y una mirada sutilmente certera para dar en los vicios con la crítica. El señor Febres Cordero no podría nunca negar, á riesgo de no aparecer ingenuo, que la obra es de imitación, ya que ésta resalta por lo viva en los pormenores de aquélla, y muy especialmente en la figura de Sancho el escudero; pero esa imitación no se ajusta á la obra de Cervantes en la parte subjetiva, y por lo mismo carece del valor esencial é intencional que necesita para el éxito solicitado por el autor con ella como arma de combate. Varios sentidos profundamente simbólicos y bellos tiene el Quijote de Cervantes. El Quijote es la eterna lucha sostenida por el idealismo del hombre superior, á quien califican de loco y visionario, con el sentido práctico del mundo; el Quijote es la tendencia del genio á engrandecerlo todo con la imaginación creadora, pero tropezando á cada paso y rompiéndose las alas con el realismo sanchista de la vida; el Quijote es Cervantes con su espíritu de justicia enderezado contra todas las infamias de su tiempo, con la burla que hace de todos los prejuicios y defectos arraigados en la conciencia de los pueblos, con la indignación generosa que descarga sobre todas las mezquindades negras que arrojaron á su gloria sus gratuitos é implacables enemigos; el Quijote, por último, es el grito revolucionario, acompañado de la risa más franca y más ruidosa que se ha oído hasta ahora en el mundo de la inteligencia, contra aquella literatura extravagante de los descabellados libros de caballería, ridiculizados en sus extraños episodios con las empresas imposibles del ingenioso hidalgo, y puestos en berlina, respecto de su estilo abigarrado, febricitante é hiperbólico, por aquel estilo terso, claro, henchido de gracia y de donaire, luminoso y elocuente que fué arrogancia insólita, ni tan siquiera igualada en ningún tiempo, en la pluma ingeniosa de Cervantes. Aún se oye resonando á todo lo largo de los siglos, ni dejará de oírse, aquella estentórea carcajada interminable que se apoderó de Sancho en la aventura singular de los batanes, y que probablemente fué el brioso golpe decisivo, el formidable golpe, el golpe de muerte á cuyo ímpetu se hundió para siempre en el olvido aquella literatura agudamente artificiosa y delirante que alcanzó su grado máximo en España. En la obra del señor Febres Cordero no hay ni puede haber esa pluralidad de sentidos tan admirablemente armonizados por el maravilloso genio de Cervantes; pero existe la imitación de la crítica de éste, sin que por ello pueda afirmarse que el señor Febres Cordero tuvo en mientes profanar

la incomparable gloria del manco de Lepanto, empenándose ni remotamente en continuar su obra, máxima como humana, como simbólica y como filosófica entre las mayores que ha creado el genio de los hombres. La crítica, en el Quijote, está hecha por el caballero andante y por Sancho el escudero; en *Don Quijote en América* es el autor directamente quien la hace. Don Quijote se echó al mundo á desfacer agravios y enderezar entuertos, á hacer justicia por su mano y á romper contra todo lo malo y pernicioso; el Doctor Quix á lo que viene es á sembrar la sinrazón, á propagar el espíritu del charlatanismo y á engañarnos con la fantasmagoría. Don Quijote puso todo su esfuerzo en acabar altas empresas, si ridículas en la apariencia intencional, sublimes en el designio generoso; el Doctor Quix es ridículo en todo lo que hace, y tanto en la manera de hacerlo como en la candidez del propósito que abriga. Don Quijote es el hombre de bien luchando por el bien; el Doctor Quix es un solemne tracalero, todo él supercherías y engaños, que no tiene la gloria del combate para alcanzar el triunfo, sino la gloria del éxito en un pueblo asaz pagado del brillo pasajero de las modas. Don Quijote está inspirando profunda admiración en medio de la risa á carcajadas; el Doctor Quix no mueve siempre á risa, y lo que es peor todavía, no infunde admiración sino desprecio. Por criticar el charlatanismo hueco y la novelería inconsciente, el señor Febres Cordero llega á criticar los beneficios del progreso; por defender lo indígena, rechaza el espíritu expansivo que todos los pueblos necesitan para no ser estacionarios y retrógrados. Quizás y sin quizás en el señor Febres Cordero, como hombre inteligente, no ha habido esa intención; pero la intención salta á la vista, de seguro que por la falta de madurez en el plan de la novela, por los recursos escogidos para desenvolverla y porque en la segunda mitad parece escrita con precipitación. En una obra seria como *Don Quijote en América*, encaminada á un fin trascendental, es impropio el detenerse, y el detenerse tanto, en una cosa tan insignificante y frívola como la bicicleta; y todavía es más impropio el criticar la novelería por ella de la manera empleada por el señor Febres Cordero, pues á ningún hombre de sentido común mínimo se le podría ocurrir que una bicicleta suba por la agria pendiente de los páramos. La impropiedad es peor aún en la crítica del ascensor que se usa en Norte-América (y huelga decir por qué se usa), pues á nadie, ni vuelto ó trastornado del juicio que estuviese, se le podría meter en la cabeza ponerle un ascensor á una casa de dos pisos como la de posada del pueblezuelo de Mapiche. La impropiedad sube de punto en las píldoras de la *ficrabrasina*; en que se usen ó nó en castellano ciertos galicismos y anglicismos yá

aceptados en el Diccionario de la Academia Española (y el señor Febres Cordero sabe mejor que yo por qué se han aceptado); en el vestido de torero que se pone el Doctor Quix, y en otras fruslerías que nadie toma en cuenta al tratarse del progreso y civilización del mundo. Campo más vasto y fertilísimo tenía el señor Febres Cordero para criticar lo vicioso y efectista del progreso. Que los americanos del Norte hagan *fierabrasinas* con el fin de explotar á los del Sur, y parar mientes en éso con la crítica, no me parece objeto digno de la alta inteligencia del señor Febres Cordero, ni menos de la importancia de su libro. Más acertado anda cuando censura con verdadero chiste fino los excesos del modernismo literario, y cuando trata de levantar una compuerta al indebido uso, que es manía de los gacetilleros para darse la importancia que no tienen, de aquellos galicismos y anglicismos que en castellano encierran una equivalencia exacta, que no son de ningún modo asimilables por su pronunciación difícil, y de los enales, por lo tanto, no hay necesidad en nuestra lengua. El señor Febres Cordero, para censurar lo exótico en lo que atañe á las costumbres, ha debido establecer el contraste de una manera más palmaria, pintando en el estado social de San Isidro la lucha entre las costumbres criollas y la invasión de las de fuera. Pero no lo estableció, ni tampoco podía establecerlo, porque ese contraste es imposible en San Isidro. Una golondrina no hace verano. La casa de Don Manuel, un poco yanquizada en los muebles y en la ornamentación; el descontento y las pedanterías de Lola, y el desdén y los humos relamidos de Policarpo Zúñiga en punto á indumentaria y á otras cosas de poquísima sustancia, no son suficientes, y en San Isidro mucho menos, donde el autor describe las costumbres vernáculos en toda su pureza, para suponer que éstas se desintegran y se pierden á la posta por la influencia de las costumbres extranjeras. Un estado social con dos corrientes contrapuestas no se refleja de ese modo. La risa de burla que Policarpo Zúñiga, tipo no verosímil por completo, inspira á cada paso con sus necias petulancias, es la mejor prueba de que en *Don Quijote en América* hay más alarma aguda que positiva realidad. Lo profundamente indígena de un pueblo jamás llega á perderse sino por la absorción que otro hace de él con la conquista, con la fuerza, con la preponderancia de su raza y de su idioma. La obra del señor Febres Cordero es más notable en su intención que en su desenvolvimiento, en la tesis del capítulo catorce que en su comprobación, en el idilio de Santiago y de María que en la parte quijotesca. La imitación del estilo de Cervantes, que es visible, hace extraña la novela para la gente iliterata; y la narración, al principio sobre todo, abunda en premiosidad por el exceso de por-

menores que no eran necesarios. La pintura de San Isidro y sus costumbres resulta encantadora; la alegoría del pastor y de las cabras en el capítulo cuarto, es admirable; la figura del Vicario parece como de la mano maestra de Alarcón, que es mucho decir en su alabanza, y los amores de Santiago con María son bellísimos por su sencillez, por su ternura y por su exacta realidad; pero es de sentirse que su término, que ha podido resolverse de una manera más artística é interesante, se desvanezca fríamente en medio del tumulto de los acontecimientos públicos producidos por la llegada á Mapiche del insigne Caballero de la Libertad y del Progreso.

El movimiento literario que se inicia definitivamente con *Peonía*, no continúa solamente en las novelas que acabo de nombrar, sino también en las narraciones cortas, en los cuentos y en los artículos de los costumbristas. Aquella iniciativa tuvo grande influencia en los escritores patrios, á pesar de la violenta oposición que se le hacía, y al fin llegó á imponerse de tal suerte, que si nó todos los escritores, casi todos han venido á acrecentar la literatura indígena con trabajos de tal fisonomía y de verdadero mérito. *Don Secundino en París*, que es la obra festiva más notable que Tosta García ha publicado, muéstra un tipo netamente nacional, trasciende á levadura del país y hace reír de veras con el regocijado chiste que bulle murmurando por sus páginas. Luis Urbaneja Achelpohl abunda como pocos en el color de la tierra, es interesantísimo en la reconstrucción de viejas modas yá olvidadas, se deja admirar en la pintura de la vida popular y rústica, se empeña en ser escritor criollo hasta en el vocabulario extenso, y sobre asuntos bien pensados y verídicos ha hecho varias novelas cortas muy sentidas. Rufino Blanco-Fombona maneja el cuento triste con bastante habilidad, sabe comunicarle fuerza é intención dramática, y en *Juanito, Molinos de maíz, El canalla San Antonio y Democracia criolla* ha dejado comprender sus aptitudes para aventurarse con brillo en la novela. *Destinos*, admirable reflejo de un temperamento y de un estado político-social hondamente corrompido, y *Graziela*, leyenda corta henchida de fragante poesía, dan la medida de Jacinto López como narrador feliz, ardoroso y expresivo, cuando se abandona á su espontaneidad y prescinde por completo de los convencionalismos decadentes. *Lo que hizo una vez el Diablo* tiene el valor de todo un libro; Andrés Jorge Vígas sintetiza con vigor en ese cuadro la eterna escena dolorosa de las revoluciones, y deja como vaciado en bronce á aquel caudillo de parroquia, á aquel solemne vagabundo cuyo elemento es el desorden, á aquel salvaje «soezmente épico,» tan conocido y tan

temido en Venezuela por sus tremendas fechorías y por su alma como un antro rebosante de odios y tinieblas. ¡*Marchen!* de Alejandro Urbaneja tiene una fisonomía parecida á la del cuadro de Vigas, porque es una de tantas amarguras de esas que se ahogan en el estruendo de la fusilería y en las nubes de humo de la pólvora. Gerónimo Maldonado ha sido uno de los propagandistas más entusiastas del criollismo, como puede verse en su obra titulada *Cinco perfiles*, y por ello ha escrito algunos episodios de semejante índole, pero con un procedimiento que se aparta considerablemente del colorido nacional, con un estilo precipitado y en ocasiones incorrecto, desfigurando los paisajes con el exceso de la imaginación, haciéndose quizás romántico, y apartándose por último de su primer manera literaria, para rendir culto al decadentismo del modo más extremo, en lo cual no es lo menos el abuso del neologismo asaz descabellado. Á éste se le encuentra más visible todavía en la obra que Maldonado publicó con el nombre de *Episodios*.

César Zumeta, Miguel Eduardo Pardo, Simón Barceló, José Machado, Luis Ramón Guzmán (éste después de su bello episodio nacional *Desamparada*) y Pedro-Emilio Coll, á quien favorece un gran talento con sus dones, se han espaciado en campo más abierto. César Zumeta, que pertenece al número de los ingenios excelentes que nacieron á nuestra vida literaria en la penúltima década del siglo décimo noveno, que posee facultades intelectuales de poderoso alcance, y que por su lucidez, tersura, brillo y original independencia es un estilista muy notable, ha sabido explotar en la novela corta la realidad humana, los aspectos llenos de poesía profundamente dolorosa ó dulcemente melancólica, y el colorido trágico ó dramático en que la acción llega de un modo patético hasta su desenlace. El negro escepticismo, que es rasgo pronunciado de su personalidad, comunica á no pocas de sus hermosas producciones cierto desencanto que entristece como un crepúsculo de otoño en la región del Norte. En otras, como los *Claros de luna*, á veces hay alegría de juventud, calor de primavera ó melancolía dulcísima. No siempre es feliz en los asuntos escogidos, y valga como prueba *Una limosna*, relacioncilla que no es ni pasadera. En cambio, en trozos magistrales como *Rex*, que bien merece el molde de los versos trabajados con primor, su ingenio se convierte en uno así como vivo raudal de poesía. *Una cicatriz* es una gran verdad, expresada con una sencillez encantadora; aquel amor de *Juan* conmueve, porque es el amor que no se dice, que no puede decirse aunque se quiera, que mata con la desesperanza; y lo que es *La ola*, aquella ola maravillosamente descrita, hasta ser

digna del admirable Víctor Hugo, aquella ola que se traga á aquel joven sombrío lleno del tedio de la vida, es una riqueza literaria tan brillante como lo es *Un funeral*.

Con referencia á Miguel Eduardo Pardo, de un trabajo que acerca de él conservo inédito, y que escribí hace diez años, reproduzco los párrafos que siguen: «Me tiene usted encantado con su libro (el que se titula *Al trote*), y por éso no he de terminar estos reglones sin decirle algo de sus cuentos. Con ellos toca usted el alma, obliga á la cabeza á que medite, conmueve al sentimiento en lo más hondo de sus fibras y humedece los ojos con las lágrimas. Hay en *Manolín* intensidad dramática, belleza descriptiva, desenlace que apricta al corazón y lo entristece, sublime realidad bañada en ondas de oro por la luz del idealismo. *Manolín* es el pilluelo de Madrid, pero el pilluelo ecioso de su honor, el pilluelo que siente y sabe amar. La traición lo desespera, la desesperación lo convierte en un salvaje, la soledad lo mata. Aquel muchacho amable, radioso de verdadera poesía, que conmueve con su desolación inmensa, padece en un momento todas las amarguras de la tierra. ¡Qué dolor tan horrible el de su alma! ¡Qué acceso de furor tan espantoso es aquel en que acogota y golpea sin piedad á los culpables! ¡Qué tristeza la en que muere! ¡Y cómo duele el corazón cuando al pasar en el carro de la ambulancia el cadáver del muchacho, Jumerá y su querida vocean muy alegres por la calle: ¡*El Liberal!* ¡*El Imparcial!* ¡*El Herald!* Ese cuento encierra una verdad profundamente humana, vale por toda una novela y pertenece á la aristocracia de los cuentos. Escriba usted muchos así... y luego duérmase en la gloria. ¿No conoce usted *El Pájaro en la nieve*, admirable novelita de Palacio Valdés? ¿Ni ha leído tampoco el poema de Ferrari intitulado *En el arroyo*? Pues el cuento de usted se me figura á mí tan bello, tan delicado y sugestivo como la novela del célebre humorista y como el melancólico poema de Ferrari. Manuel Revenga es un mozo á quien le sobran el buen gusto y el talento, y además, extensamente ilustrado, incansable en el estudio y la lectura, de alto sentido crítico y poco amigo de elogiar sino á los buenos escritores. Pues bien, lea usted lo que de *Manolín* piensa Revenga. «Y por sobre éstos (los cuentos *Lulú* y *Día de nieve*), y como cifra y resumen de las bellezas de *Al trote*, allí está *Manolín*, obra que desafía con audacia toda crítica, joya que sin exageración puede compararse á los mejores cuentos de Daudet. ¿Qué es *Manolín*? Pues á leerlo; que pocos pilluelos como ése existen en la literatura de la España moderna; ni la impresión de suave y doloroso déjo que nos queda después de saboreado

el impecable cuentecillo, ha de encontrarse á la vuelta de cada libro. Esas tres páginas de Pardo, merecen un análisis de ciento. ¡Feliz quien supo crëarlas!» ¿Y qué decir á usted de *Día de nieve*, de *Rosa la florista* y de *Lulú*? Que si no valen



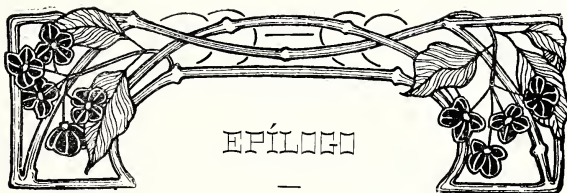
Miguel Eduardo Pardo

tánto como *Manolín*—porque cuentos como éste no los escribirá usted todos los días—se le parecen mucho en el aire de familia. Ese escepticismo natural que se respira en *Día de nieve*, no obstante los esfuerzos que usted hace por creer en el amor... de quien quizás no puede amar; esa piedad suprema, entremezclada de melancolía profunda, que usted siente por la florista Rosa, cuyo triste porvenir tiene que estar forzosamente en el fango, en la vergonzosa orgía, en el hambre, en el harapo y la miseria; esa *Lulú*, que nos revela con sus indiscreciones que usted

es un psicólogo; todo éso guarda, á pesar de ser tan poco, intensidad real que llega hasta lo íntimo del alma, para conmovérle y sacudirla con la verdad y la elocuencia de sus párrafos.»

Pedro-Emilio Coll por lo general no escribe sino exquisitas miniaturas, no comprensibles para el vulgo por encerrar la alegoría ó el simbolismo; y lástima es que poseyendo tan excelentes condiciones hasta como estilista delicado, no las aplique á trabajos de mayor intensidad y trascendencia, con los cuales podría cosechar triunfos ruidosos. Los *Cuentos* de Tulio Febres Cordero, como los de Manrique, son cuentos para niños por su tendencia educadora; saben á poco en medio de su castiza prosa narrativa, y se quedan muy atrás de *Los mitos de los Andes*, no menos que de las tradiciones y leyendas regionales que el autor ha publicado en diferentes periódicos, algunas de ellas con un tono romántico subido. Eugenio Méndez Mendoza tiene mucha semejanza con Tulio Febres Cordero como narrador cultísimo; dejó novelas cortas de gran mérito por el acertado estudio de las almas, y se distinguió antes que todo como costumbrista por la fineza de su ironía y por la espontaneidad del chiste, que le habría dado más renombre si lo hubiera dejado enseñorearse con toda la franqueza con que brotaba de su ingenio. Precisamente ése es el rasgo distintivo de Rafael Bolívar, en cuya *Guasa pura* la risa corre suelta, desbordada, sin perífrasis ni ambages, haciendo amable la burla con que ridiculiza en el idioma de *la tierra* los vicios y defectos arraigados en el vivir venezolano. Y si Miguel Mármol, ó sea el famosísimo *Jabino*, le vence en lo sutil de la ironía y en lo culto de la expresión traviesa, no hace sino rivalizarle en lo espontáneo de la gracia y en su abundancia inagotable.





El venezolano es naturalmente despierto, vivo de imaginación, talentoso y amantísimo de la poesía, para la cual posee facultades excelentes. El estado de la educación pública en Venezuela á fines del siglo décimo octavo y á principios del siglo décimo noveno—estado lamentable en grado sumo—explica en parte por qué la literatura patria no dió entonces sino frutos adocenados y raquíuticos. Sin relaciones con los países cultos, sin libertad para la introducción franca de libros, sin la lectura de los modelos bellos, los venezolanos tenían qué fracasar en el cultivo de las letras. El talento necesita estudio para adquirir destreza, para vestir y engalanar con forma hermosa al pensamiento, para comunicar á las ideas el prestigio de la armonía artística.

La magna revolución de Independencia, con su espíritu expansivo, ensanchó los horizontes de la inteligencia nacional, dió alas al talento, facilitó la introducción de toda especie de obras literarias, acrecentó así el gusto por el arte, y la poesía, después de haber quedado constituida la República, empezó á cantar hermosísimas canciones. Vino luégo la lucha recia de los partidos políticos en la arena del civismo, y más tarde en los campos de batalla. Las letras vivieron desde entonces una vida vergonzante ; pero comenzaron á renacer después del triunfo de la Federación, y llegaron á muy alto en 1869 con la fundación de la Academia de Ciencias Sociales y de Bellas Letras de Caracas. Desde aquella época no tuvieron casi eclipse, habiendo alcanzado un gran florecimiento en los últimos diez años del siglo diez y nueve.

La poesía es la manifestación literaria que ha tenido más brillo y resonancia en Venezuela. La poesía nacional se ha hecho

sentir en todo el Continente, y si dentro de éste muy pocas pueden rivalizarla, ninguna la supera.

La oratoria política se queda muy atrás de la académica. Excepción hecha de Miranda, Bolívar, Miguel Peña, Coto Paúl y Muñoz Tébar, que se inspiraron en los más excelsos y dignificadores ideales; excepción hecha de Vargas, cuyos discursos revelan patriotismo, honradez, sinceridad y tendencias elevadas; excepción hecha de Toro, Espinal, José Silverio González, Guzmán padre, Don Jacinto Gutiérrez, Morales Marcano, Barberii y pocos más, que en ciertos instantes prescindieron de las tremendas pasiones partidarias para cernerse en la región de los pensamientos nobles; excepción hecha de Raimundo Andueza Palacio, en discursos de convicción política tales como el que pronunció en alabanza de la Constitución del 64, la oratoria parlamentaria y tribunicia no es sino expresión brusca de odios ó de recelos banderizos, expresión amañada de cálculos y argucias de los enfurecidos bandos combatientes, expresión acomodaticia y oportuna de simpatías personalistas y de oropeles y sonoridades ampulosas del momento, que han desaparecido en medio del formidable estruendo de los acontecimientos públicos, sin dejar ninguna huella de hermosura.

La novela, que ha debido ser la copia de las costumbres nacionales y el reflejo de la Patria en todos los aspectos de su vida, apenas fué desafortunada imitadora durante la época del romanticismo, haciendo gala pasajera del más lamentable desacuerdo entre la fantasía y la razón. La novela realista abrió un nuevo rumbo, aunque apartándose de la verdad con no poca frecuencia, y sin emanciparse por completo de los resabios románticos de disciplina; pero el fundamento queda puesto, y los ingenios nacionales tendrán qué volver la vista á ella, para cultivarla en lo que muéstra de verdaderamente hermoso.

El teatro, por desgracia, no puede considerarse hasta ahora sino como un ensayo, apenas como obra de iniciación plausible. Más que la novela, en lo general respira romanticismo agudo, abunda en efectismo fugaz y ha desbarrado en el manejo de los recursos de la acción, traspapelando muy á menudo los escénicos. En el drama de intención moralizadora, el teatro resulta soso y pedagógico; en el que se ha calificado de *realista*, trasciende mucho á Echegaray en su primera época; y quizás vale más en la comedia ligera de costumbres, que en las piezas de alguna trascendencia. *Zapatero á tus zapatos* del inolvidable Manuel María Fernández, y *Á falta de pan buenas son tortas* de Nicanor Bolet Peraza, tienen mayor significación en su género chistoso que buena parte de los dramas. El barcelonés Aníbal Domínci

y los zulianos Udón Pérez y Marín, sin haber dado de firme con los secretos de la escena, son los que más se han acercado á la belleza del drama bien dispuesto, interesante y verdadero.

La crítica, por su valor intrínseco, es de lo que merece consideración más distinguida en la literatura patria. Revela estudio, reflexión, conocimientos bien adquiridos y gusto literario, aun cuando en ocasiones la oscurezcan los convencionalismos de secta, los extremos en tratándose de ideas filosóficas, el espíritu revolucionario exagerado, las emulaciones rastreras y bastardas, ó el gramaticalismo llevado á la intransigencia y al rigor. Bello dejó en su obra literaria gigantesca un tesoro de enseñanza, trató de ser ecléctico y lo fué, no transigió con el mal gusto, supo entender todas las bellezas del romanticismo y pondrá buen recando todos sus desórdenes y extravagancias, y concluyó trabajos de profunda erudición, como el referente al *Poema del Cid*, en que no es solamente la erudición lo que se admira, sino también la sagacidad crítica honda que adivina y esclarece. Baralt, el perspicaz filósofo, el sesudo pensador, el admirable estilista de la *Historia de Venezuela*, levantó un monumento de gran sabiduría en el juicio acerca de Don Juan Donoso Cortés, á quien, por la misma complejidad de su fisonomía literaria, era preciso censurar con tino y sutileza la gravedad de sus errores y de sus desbordamientos de lenguaje, sin dejar de reconocer las estupendas hermosuras de su deslumbrador talento y magnífica elocuencia. Los estudios de Juan Vicente González sobre Mirabeau, Renán, Leopardi, la *Historia de César* por Napoleón Tercero, la *Imitación de Jesucristo* y la Constitución Inglesa, dan la medida del poderoso cerebro de aquel hombre extraordinario, y bien pueden citarse con orgullo entre lo más notable que se ha producido en Venezuela como obra de análisis y de apreciación. El trabajo de Toro sobre la *Historia universal* de Juan Vicente González, deja entender, con los mejores del eminente literato, por qué Cecilio Acosta calificó á éste de «gran pensador artista.» De José Luis Ramos, el mismo Cecilio Acosta, Amenodoro Urdaneta, Julio Calcaño, Felipe Tejera, Ricardo Ovidio Limardo, Marco-Antonio Saluzzo, Víctor Antonio Zerpa, Lisandro Alvarado (hombre erudito como hay pocos en toda la República), Rufino Blanco-Fombona y José Gil Fortoul, he dicho lo que era necesario en diferentes partes de este libro. Juan de Dios Méndez Mendoza, que ha hecho estudios profundos sobre literatura, filosofía, bellas artes, política fundamental y economía política, ha probado que es un sabio de quien puede ufanarse Venezuela, aun cuando su criterio filosófico, sea cual fuere el sentido en que campea, aparezca tan intransigente como el del español

Menéndez Pelayo. Léanse las obras literarias de Manuel Fombona Palacio, afortunadamente publicadas en un grueso volumen, y se verá que lo que en ellas sobresale con admirable lucidez, es el sentido crítico, sobre todo en sus discursos de recepción en la Academia Venezolana de la Lengua y en la Nacional de la Historia, y que trabajos como éstos servirían para dar lustre á cualquiera nación inteligente. Ese mismo sentido crítico notable, claro y sutilísimo, se observa casi siempre en el *Mosaico de política y literatura* de Luis López Méndez. El brillante escritor César Zumeta deja de ser sincero cuando se abandona con delectación morosa á simpatías ó antipatías personales, sin comprender que su legítimo valor, en punto á apreciaciones literarias, no se encuentra sino en aquellas cuya inspiración es la justicia y cuya alma la imparcialidad serena. Las apuntaciones *De mi cartera* de Pedro Fortoult Hurtado, no obstante la sinrazón en que algunas se propasan, serían suficientes para considerarle como crítico de finas facultades, y constituyen desde luego uno así como complemento de *El castellano en Venezuela*, obra con la cual, descartándola de las apreciaciones arbitrarias en que abunda, Don Julio Calcaño ha hecho un gran servicio á la literatura patria. Eloy Guillermo González, que entre los intelectuales de su generación es uno de los pocos que estudian, investigan y analizan, posee sobresalientes dotes de inteligencia creadora y de asimilación sincrética, se da con interés á estudios serios sobre historia y sobre letras nacionales, y tendríá más relieve como crítico y como escritor disertó, si en él hubiese más detenida reflexión y más consecuencia con su primer manera de expresarse, ya que en estos últimos años ha llegado á oscurecer el copioso torrente de su estilo, enantes enérgico y conciso, con el abuso de un hipérbaton extraño y con la ampulosidad supérflua. Pedro-Emilio Coll es quizás el representante más definido de esa crítica sutil que en la consideración de las obras de sentimiento y fantasía tiene mucho qué hacer con la psicología que encierran, con las sensaciones, con sus diferentes matices y con el temperamento del autor: en ese campo ha tenido grande alcance y apreciaciones muy hermosas, siendo de lamentarse lo demasiado sintético de ellas. Bastante ilustrado, culto de expresión y amigo de inquirir en las materias de que trata, es Ángel César Rivas, cuyos estudios literarios acusan en lo general perspicacia y entendimiento lúcido, aun cuando sea probable que el compañerismo, en aquellos que se refieren á ciertas obras de venezolanos á quienes él sin duda admira, le haya parcializado á veces en el juicio. Y si el zuliano Pablo Vílchez merece también que se le cite aquí, por aquel su eclecticismo saludable y de buen tono,

Francisco Pimentel ha probado con largueza, en sus jugosos trabajos de crítica objetiva, el conocimiento y versación que posee en el idioma castellano y en las leyes que lo rigen.

No cuenta Venezuela todavía un siglo de vida independiente, y yá su literatura es acreedora á consideración altísima, distinguiéndose de fijo en el movimiento intelectual de Hispano-América. En muy pocas de las Repúblicas del Continente se escribe el castellano con tanta corrección, gentileza y galanura como se escribe entre nosotros. Los intelectuales venezolanos han hecho por la cultura patria más de lo que podían hacer, y para ello han tenido qué trabajar en medio de las revoluciones, de la apasionada lucha de los partidos políticos, de la indiferencia pública, de la falta de protección y estímulo, de la frivolidad social, del mercantilismo que todo lo esteriliza y lo devora, y de la ignorancia de la masa analfabeta. Por tanto, su legítima gloria es más brillante de lo que á primera vista parece, y el generoso esfuerzo es digno de entusiástica alabanza.

Sin prescindir de la crítica, este humilde libro mío ha venido á decir esa alabanza; y cuando ningún mérito se le reconozca, siempre tendrá el mérito de ser libro sincero, sin pasiones mezquinas y vulgares, lleno del espíritu de la imparcialidad y altamente patriótico en sus miras.

Por lo demás, satisfactorio habrá de ser para mi alma que él sirva de algo en el movimiento intelectual de Venezuela; y si puede traerme alguna gloria, siquiera por mi consagración al estudio prolijo y solitario para escribirlo sin dolo y en conciencia, desde ahora la declino toda entera en el Señor General Cipriano Castro, Presidente Constitucional de la República, sin cuya generosa protección se habría quedado inédito.



INDICE

Páginas

CAPÍTULO PRIMERO

Historia política de Venezuela.—Obras publicadas.—Juicio crítico-sintético de ellas.—Relación de obras inéditas.—Deberes del historiador.—Advertencias para la filosofía de la historia.....	1
--	---

CAPÍTULO SEGUNDO

Historia de la literatura nacional.—Ensayos publicados hasta el día.—Juicio crítico de ellos.....	27
---	----

CAPÍTULO TERCERO

Estado de la ilustración científica y literaria en Venezuela á fines del siglo décimo octavo y principios del siglo décimo noveno.—Noticias referentes al Padre Montenegro, los Ustáriz, Miguel José Sanz, Fray Cristóbal de Quesada y el Presbítero Escalona.—Nueva éra intelectual de la República de 1830 en adelante.—El <i>Colegio de la Independencia</i> .—Patriotismo de Don Feliciano Montenegro Colón.....	77
--	----

CAPÍTULO CUARTO

Orígenes de la literatura nacional.—La casa-academia de los Ustáriz.—La <i>Gaceta de Caracas</i> , el <i>Correo del Orinoco</i> y otros periódicos de lucha.—Literatura política durante la revolución de Independencia.—Las revistas literarias tituladas <i>La Oliva</i> , <i>La Guirnalda</i> , <i>El Liceo Venezolano</i> y <i>El Repertorio</i> .—Literatura política de 1840 en adelante.—Luchas de liberales y conservadores.—Guerra civil.—Periodismo literario de 1851 á 1859.—Guerra de la Federación.—Renacimiento de la literatura nacional en 1864.—Principales fuentes de ella, en el periodismo político,	
--	--

hasta fines del siglo décimo noveno.—Revistas literarias más notables en las tres últimas décadas de la centuria.—Liceos, ateneos y academias.—Evolución literaria.—Pseudo-clasicismo, clasicismo, romanticismo, neo-clasicismo.—Juan Vicente González.—Semblanza de Cecilio Acosta.—Influencia de éste en la literatura nacional.—Influencia del orador cubano Martí en los jóvenes que empezaron á escribir en 1880.....	109
--	-----

CAPÍTULO QUINTO

El General Antonio Guzmán Blanco.—Su influencia en la política de Venezuela.—Reacción intelectual contra su personalismo.—Consideraciones generales.....	159
--	-----

CAPÍTULO SEXTO

El Doctor Adolfo Ernst.—El Doctor Rafael Villavicencio.—Influencia de estos dos sabios profcsores en los jóvenes que empiezan á escribir de 1880 en adelante.—Polémicas científicas y filosóficas.—El realismo y el naturalismo literario.—Polémicas sobre las dos tendencias literarias.—Influencia del realismo y del naturalismo en la literatura nacional.—La crítica literaria hasta fines del siglo décimo noveno, y la crítica de artes.—Concepto de la crítica.—Consideraciones respecto de ella en Venezuela.—Los articulistas de costumbres.—Los oradores.—Conclusiones.....	191
--	-----

CAPÍTULO SÉPTIMO

Comienzos de la verdadera poesía nacional.—El clasicismo.—Breve reseña de la revolución romántica en España.—El romanticismo en Venezuela.—José Antonio Maitín y Abigaíl Lozano.—El neo-clasicismo.—Poesía heroica, leyendaria, filosófica y social.—Influencia de Heine y Bécquer en los poetas venezolanos.—Parnasianismo.—La poesía india y la criolla.—La epopeya.—Poesía satírica y festiva.—Decadentismo.—Rufino Blanco-Fombona.—Consideraciones generales.....	213
---	-----

CAPÍTULO OCTAVO

Los poetas.—Elogio y juicio crítico de ellos.....	261
---	-----

CAPÍTULO NOVENO

Orígenes de la novela nacional.—El romanticismo y los novelistas románticos.—Influencia del naturalismo de Zolá.—Iniciativa de los escritores de costumbres en el sentido del criollismo.—Aparecimiento de la novela genuinamente nacional en <i>Peonía</i> .—Continuadores de este movimiento literario.—Cuentos y narraciones ó novelas cortas.—Los costumbristas jóvenes.....	363
--	-----

EPÍLOGO	425
---------------	-----



OBRAS DEL AUTOR

PUBLICADAS:

Páginas Sueltas (crítica).

Revoltillo (discursos, esbozos, crítica).

Fidelia (novela).

Caléndulas (poesías).

¡Yá es hora! (novela).

Claveles Encarnados y Amarillos (poesías).

Notas y Opiniones (crítica).

El Sargento Felipe (novela).

Flor (novela).

TERMINADAS PARA PUBLICARSE:

Apuntaciones Críticas.

José María Vargas Vila (estudio crítico en cuanto novelista).

Nieve y Lodo (novela).

Poemas y Fantasías.

